

Robert A. Heinlein

**EL GATO QUE  
ATRAVIESA  
LAS PAREDES**

Una comedia de costumbres

Ultramar Editores

Título original: *The Cat Who Walks Through Walls (A Comedy of Manners)*. Traducción: Domingo Santos. Portada: Antoni Garcés.

1ª edición: marzo de 1987.

© 1985 by Robert A. Heinlein.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de datos ni transmitida en ninguna forma ni por ningún método, electrónico, mecánico, fotocopias, grabación u otro, sin previo permiso del detentor de los derechos de autor.

© Ultramar Editores, S.A., 1987. Mallorca 49. Barcelona—08029.W 321.24.00. ISBN: 84—7386—415—8 Depósito legal: NA—874—1986 Fotocomposición: Fénix, servicios editoriales / CTE. Impresión: Gráficas Estella, S.A., Estella (Navarra), 1987. Printed in Spain.

Digitalizado y corregido por ch0kl0 septiembre de 2003

A:

Jerry y Larry y Harry

Dean y Dan y Jim

Poul y Buz y Sarge

*(Hombres que tienes a tus espaldas)*

R.A.H.

¡Ah Amor! ¡Pudiéramos tú y yo conspirar con Él para aferrar entero ese lamentable Esquema de las Cosas, para que no se deshiciera en pedazos y luego remodelarlo más cerca de los Deseos del Corazón!

RUBÁIYÁT DE OMAR KHAYYÁM

Cuarteta XCIX, Quinta Edición

(traducida por Edward FitzGerald)

## **Libro Primero**

INDIFERENTEMENTE  
HONESTO

*Hagas lo que hagas, lo lamentarás.*

ALLAN MCLEOD GRAY, 1905-1975

—Necesitamos que mate a un hombre.

El desconocido miraba nerviosamente a nuestro alrededor. Tuve la sensación de que un restaurante repleto no era el lugar más adecuado para ese tipo de conversación, puesto que un alto nivel de ruido proporciona solamente una limitada intimidad.

Agité la cabeza.

—No soy un asesino. Matar es más bien una distracción para mí. ¿Ha cenado?

—No he venido aquí para comer. Simplemente deje que...

—Oh, vamos. Insisto. —Me había irritado al interrumpir una velada con una deliciosa dama; ahora le estaba devolviendo la pelota de una forma educada. No hay que utilizar los malos modales; hay que vengarse firme pero cortésmente.

La dama en cuestión. Gwen Novak, había expresado su deseo de gastar una moneda y había abandonado la mesa, y entonces Herr Sinnombre se materializó y se sentó sin que nadie le hubiera invitado a ello. Estaba a punto de decidir que se largara cuando mencionó un nombre, Walker Evans.

No hay ningún Walker Evans.

En cambio, ese nombre es o debería ser un mensaje de una de seis personas —cinco hombres, una mujer—, un código para recordarme una deuda. Es concebible que el pago de esa antigua deuda exija de mí que mate a alguien... posible pero poco probable.

Pero no era concebible que yo tratara por encargo de un desconocido por el simple hecho de que hubiera invocado ese nombre.

Aunque me sentía obligado a escuchar, no tenía intención de permitirle que estropeará mi velada. Puesto que se había sentado a mi mesa, lo menos que podía exigirle era que se comportase como un maldito invitado.

—Señor, si no desea una cena completa, pruebe las sugerencias para después del teatro. El ragú de conejo sobre tostadas puede que sea rata en vez de conejo, pero este chef hace que sepa como ambrosía.

—Pero no deseo...

—Por favor. —Alcé la vista, capté la mirada de mi camarero—. Morris.

Morris estaba inmediatamente a mi lado.

—Tres raciones de ragú de conejo, por favor, Morris, y pídele a Hans que seleccione para mí un vino seco blanco.

—Sí, doctor Ames.

—No lo sirva hasta que haya regresado la dama, por favor.

—Por supuesto, señor.

Aguardé hasta que el camarero se hubo retirado.

—Mi invitada volverá pronto. Tiene poco tiempo para explicarse en privado. Por favor, empiece diciéndome su nombre.

—Mi nombre no es importante. Yo...

—¡Vamos, señor! Su nombre. Por favor.

—Me indicaron que dijera simplemente «Walker Evans».

—Perfecto, en lo que a eso se refiere. Pero su nombre no es Walker Evans, y yo no quiero saber nada con una persona que no me da su nombre. Dígame quién es usted, y sería conveniente que dispusiera de algún documento de identidad que encajase con sus palabras.

—Bien... Coronel, es mucho más urgente explicar quién debe morir y por qué es usted el hombre que debe matarlo. ¡Tiene que admitir eso!

—No tengo que admitir nada. ¡Su nombre, señor! Y sus documentos de identificación. Y por favor, no me llame «coronel»; soy el doctor Ames. —Tuve que alzar la voz para no verla ahogada por un resonar de tambores; el último espectáculo iba a empezar. Las luces disminuyeron de intensidad y un foco arrojó su haz de luz sobre el maestro de ceremonial.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Mi invitado no invitado rebuscó en su bolsillo, sacó una billetera—. ¡Pero Tolliver debe morir antes del mediodía del domingo, o todos nosotros estaremos muertos!

Abrió bruscamente la billetera para mostrarme una tarjeta de identificación. Un pequeño punto oscuro apareció en la pechera de su camisa blanca. Su rostro reflejó una expresión de sorpresa, luego dijo blandamente:

—Lo siento.

Y se derrumbó hacia delante. Pareció como si intentara añadir algo, pero una bocanada de sangre inundó su boca. Su cabeza descansó sobre el mantel.

Inmediatamente yo estaba de pie y junto a su lado derecho. Casi con la misma rapidez Morris estaba en su lado izquierdo. Quizá Morris intentaba ayudarlo; yo no..., era demasiado tarde. Un dardo de cuatro milímetros produce un pequeño agujero de entrada y ninguna herida de salida; estalla dentro del cuerpo. Cuando la herida se produce en el torso, la muerte es instantánea. Lo que estaba haciendo yo en aquellos momentos era escrutar la multitud..., eso y un trabajo rutinario menor.

Mientras yo intentaba descubrir al asesino, Morris recibió la ayuda del jefe de camareros y un conductor de autobuses. Los tres actuaron con tanta rapidez y eficiencia que cualquiera hubiese pensado que el asesinato de un cliente en una mesa era algo que ocurría cada noche. Retiraron el cadáver con la rapidez y discreción de los tramoyistas chinos; un cuarto hombre se llevó el mantel, junto con todo lo que tenía encima, y al instante era repuesto por otro mantel limpio con servicio para dos personas.

Volví a sentarme. No había conseguido descubrir ningún posible asesino; ni siquiera observé a nadie exhibiendo una curiosa falta de curiosidad hacia lo que ocurría en mi mesa. La gente había mirado, pero una vez retirado el cuerpo dejó de mirar y dedicó su atención al espectáculo. No hubo gritos ni expresiones de horror; parecía como si aquellos que se habían dado cuenta de lo ocurrido creyeran estar viendo a un cliente que se había puesto repentinamente enfermo o había sido vencido por el alcohol.

La billetera del muerto descansaba ahora en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

Cuando Gwen Novak regresó me puse de nuevo en pie, la ayudé a sentarse. Me dio las gracias con una sonrisa y preguntó:

—¿Me he perdido algo?

—No mucho. Chistes que ya eran viejos antes de que tú nacieras. Otros que lo eran antes incluso de que naciera Neil Armstrong.

—Me gustan los chistes viejos, Richard. Con ellos sé cuándo debo reírme.

—Entonces has venido al lugar adecuado.

A mí también me gustan los chistes viejos; me gusta todo tipo de cosas viejas: los viejos amigos, los viejos libros, los viejos poemas, las viejas obras de teatro. Una de mis favoritas había iniciado nuestra velada: el *Sueño de una noche de verano*, representada por el Halifax Ballet Theater con Luanna Pauline como Titania. Ballet de baja gravedad, actores reales y mágicos hologramas habían creado un país de ensueño que a Will Shakespeare le hubiera encantado. La novedad no siempre es una virtud.

Poco después la música ahogó las últimas palabras del ingenio del viejo cómico; las chicas del coro ondularon en la pista de baile, sensualmente graciosas a media gravedad. Llegó el ragú, y con él el vino. Después de cenar Gwen me pidió que bailásemos. Tengo esa pierna mala, pero a media gravedad puedo arreglármelas con las lentas melodías clásicas: vals, tango, y todos esos otros bailes de arrimarse. Gwen es un peso cálido, vivo, fragante; bailar con ella es un desafío sibarítico.

Fue un remate alegre a una feliz velada. Estaba aún el asunto del desconocido que había tenido el mal gusto de dejarse matar en mi mesa. Pero, puesto que Gwen no parecía saber nada del desagradable incidente, yo lo había borrado de mi mente, para ocuparme de él más tarde. Por supuesto, estaba preparado para ese golpecito en el hombro que podía producirse en cualquier momento..., pero mientras tanto disfrutaba de la buena comida, el buen vino y la buena compañía. La vida está llena de tragedia; si dejas que lo abrume, no puedes gozar de los inocentes placeres de la vida.



Gwen sabe que mi pierna no soporta mucho baile; a la primera pausa de la música abrió camino de vuelta a nuestra mesa. Hice una seña a Morris para la cuenta. Pareció hacerla brotar del aire; pulsé mi código de crédito en ella, establecí la propina estándar más un cincuenta por ciento, añadí mi huella dactilar.

Morris me dio las gracias.

—¿Una última copa, señor? ¿Un coñac quizás? ¿Y una copita de licor para la señora? Con los saludos de El Fin del Arco Iris. —El propietario del restaurante, un viejo egipcio, creía en el obsequio y la atención a sus clientes..., al menos a los regulares; ignoro cómo trataba a los turistas de paso.

—¿Gwen? —pregunté, esperando que rechazara la oferta... Gwen se limita a beber un vaso de vino en las comidas. Sólo uno.

—Un Cointreau sería muy agradable. Me gustaría quedarme un poco más y escuchar música.

—Un Cointreau para la dama —anotó Morris—. ¿Doctor?

—Un *Mary's Tears* y un vaso de agua, por favor, Morris.

Cuando Morris se hubo ido, Gwen dijo suavemente:

—Necesitaba tiempo para hablar contigo, Richard. ¿Quieres dormir en mi casa esta noche? No seas recatado; puedes dormir solo si quieres.

—No soy de las personas inclinadas a dormir solas —dije. Repasé mentalmente las posibilidades. Gwen había pedido una bebida que no deseaba a fin de hacerme un ofrecimiento que no encajaba. Gwen es una persona franca; tenía la sensación de que si deseara acostarse conmigo simplemente me lo hubiera dicho..., no hubiera intentado una aproximación indirecta como aquella.

En consecuencia, me había invitado a dormir en su compartimiento porque pensaba que no era aconsejable o no resultaba seguro para mí el dormir en mi propia cama. En consecuencia...

—Viste lo que pasó.

—Desde lejos. Así que esperé a que las cosas se calmaran antes de regresar a la mesa. Richard, no estoy segura de lo que ocurrió. Pero si necesitas un lugar donde permanecer algunos días... puedes ser mi huésped.

—Oh, gracias, querida. —Un amigo que lo ofrece su ayuda sin pedir explicaciones es un tesoro inapreciable—. Acepte o no, estoy en deuda contigo. Hum, Gwen..., yo tampoco estoy muy seguro de lo ocurrido. Un completo desconocido que se hace matar mientras está intentando decirte algo... Un cliché, un maldito y trillado cliché. Si imaginara una historia así cada día, mi gremio me repudiaría. —Le dirigí una sonrisa—. En su forma más clásica resultaría que tú eras la asesina..., un hecho que se iría desarrollando lentamente mientras tú fingías ayudarme en la investigación. El lector sofisticado sabría desde el primer capítulo que tú lo hiciste, pero yo, en el papel de detective, nunca sospecharía aquello que era tan evidente como la nariz en medio de lo cara. Corrección: en medio de mi cara.

—Oh, mi nariz es más bien poco llamativa; es mi boca lo que recuerdan los hombres. Richard, no lo estoy ayudando a colgarme a mí el muerto; simplemente lo ofrecí un lugar donde esconderte. ¿Fue realmente asesinado? No pude decirlo con seguridad.

—¿Eh? —Fui salvado de tener que contestar demasiado rápidamente por la llegada de Morris con nuestras copas. Cuando se alejó respondí—: No he pensado en ninguna otra posibilidad. Gwen, no fue herido. O bien fue muerto casi instantáneamente..., o todo fue un engaño. ¿Pudo ser un engaño? Por supuesto. Si fuera ofrecido en una representación holo, podría filmarse a tiempo real con un mínimo de utilería. —Medité sobre ello. ¿Por qué la gente del restaurante había sido tan rápida, tan precisa, en cubrir el suceso? ¿Por qué no se habían producido aquellos golpecitos en el hombro?—. Gwen, acepto lo oferta. Si los procuradores quieren algo de mí, me encontrarán. Pero me gustaría discutir esto contigo con mayor detalle del que podemos conseguir aquí, no importa lo cuidadosamente que bajemos nuestras voces.

—Bien. —Se puso en pie—. No tardaré mucho, querido. Se encaminó a los servicios.

Cuando me levanté Morris me tendió mi bastón, y me recliné en él mientras la seguía a los servicios. Realmente no necesito usar bastón —incluso puedo bailar, como saben—, pero usarlo impide que mi pierna mala se canse demasiado.

Cuando salí de los servicios de caballeros, fui al vestíbulo y aguardé.

Y aguardé.

Tras aguardar más de lo que cualquiera hubiese considerado razonable, fui a buscar al encargado.

—Tony, ¿puede hacer que algún miembro femenino de su personal vaya a los lavabos de señoras en busca de la señora Novak? Creo que es posible que se haya sentido indispuesta, o tenga alguna dificultad.

—¿Su acompañante, doctor Ames?

—Sí.

—Pero si se marchó hará unos veinte minutos. Yo mismo la acompañé fuera.

—¿De veras? Debí entenderla mal. Gracias, y buenas noches.

—Buenas noches, doctor. Esperamos poder servirle de nuevo muy pronto.

Abandoné El Fin del Arco Iris, me detuve unos instantes fuera, en el pasillo público: anillo treinta, nivel de media gravedad, a dos setenta del radio de Petticoat Lane, en el sentido de las manecillas del reloj, un lugar concurrido incluso a la una de la madrugada. Busqué a los procuradores esperándome, casi convencido de descubrir a Gwen ya detenida.

Nada parecido. Un denso fluir de gente, en su mayor parte marmotas de vacaciones a juzgar por sus ropas y su comportamiento, además de reclamos de todo tipo de tiendas, guías y mirones, rateros y curas. El hábitat de la Regla de Oro es conocido en todo el Sistema como el lugar donde todo está en venta, y Petticoat Lane ayuda a mantener esa reputación en lo que a abundancia de antros de placer se refiere. Para asuntos más serios solamente necesitas seguir noventa grados en el sentido de las manecillas del reloj, hasta la calle Threadneedle.

Ninguna señal de procuradores, ninguna señal de Gwen.

Ella había prometido reunirse conmigo a la salida. ¿Lo había hecho realmente? No, en absoluto. Sus palabras exactas habían sido: «No tardaré mucho, querido.» A partir de ellas había supuesto que me esperaría en la salida del restaurante a la calle.

He oído todas las viejas historias acerca de las mujeres y el tiempo, *La donna è mobile, etc...*, y no creo en ninguna de ellas. Gwen no había cambiado repentinamente de opinión. Por alguna razón —alguna buena razón—, se había marchado sin mí, y ahora esperaba que me reuniera con ella en su casa.

Eso al menos fue lo que me dije.

Si había tomado un deslizador, ya estaría allí; si había ido andando, no tardaría mucho en llegar... Toni había dicho: «Hace veinte minutos.» Había una terminal de deslizadores en la intersección del anillo treinta y Petticoat Lane. Encontré uno vacío, tecleé anillo uno-cero-cinco, radio uno-treinta-cinco, gravedad seis décimos, lo cual me llevaría tan cerca del compartimiento de Gwen como era posible con un deslizador público.

Gwen vive en Gretna Green, justo al otro lado de la Vía Apia, allá donde cruza con la Yellow Brick Road..., lo cual no significa nada para quien no haya visitado nunca el hábitat de la Regla de Oro. Algunos «expertos» en relaciones públicas han decidido que los hábitats parecerán algo más hogareños si los rodeamos con nombres de lugares de allá donde puedes levantar polvo del suelo. Incluso hay (contengan las náuseas, por favor) una «Casita de la Esquina». Lo que pulsé eran las coordenadas del cilindro principal: 105, 135, 0,6.

El cerebro del deslizador, en algún lugar allá por el anillo diez, aceptó aquellas coordenadas y aguardó; tecleé mi código de crédito y tomé posición, agachado contra las almohadillas de aceleración.

Aquel idiota de cerebro se tomó un tiempo insultantemente largo en decidir que mi crédito era bueno..., luego situó una red en torno a mi cuerpo, la tensó, cerró la cápsula y, ¡buff. ¡bing! ¡bam!, nos pusimos en marcha..., luego un rápido flotar durante tres kilómetros desde el anillo treinta al anillo uno-cero-cinco, luego ¡bam! ¡bing! ¡buff., estaba en Gretna Green. El deslizador se abrió.

Para mí el servicio vale lo que cobra. Pero el Administrador lleva dos años advirtiéndonos que el sistema no es rentable; o bien hay que utilizarlo más, o habrá que pagar más por viaje, o el servicio será liquidado y el material vendido. Espero que encuentren una solución; hay gente que necesita este servicio. (Sí, lo sé; la teoría de Laffer siempre dará dos soluciones a un problema así, una alta y una baja..., excepto donde la teoría afirma que ambas soluciones son la misma... e imaginarias. Lo cual puede aplicarse aquí. Es posible que un sistema de deslizadores sea demasiado caro para un hábitat espacial en el actual estado del arte de la ingeniería.)

Fue una pequeña caminata hasta el compartimiento de Gwen: escaleras abajo hasta gravedad siete décimos, cincuenta metros «hacia delante» hasta su número... Llamé al timbre.

La puerta respondió:

—Esta es una grabación de la voz de Gwen Novak. Me he ido a la cama y espero estar tranquilamente dormida. Si su visita es realmente una emergencia, deposite cien coronas a través de su código de crédito. Si acepto que el despertarme es justificado, le devolveré su dinero. Si no estoy de acuerdo... —una risita entre dientes—, me lo gastaré en ginebra y le dejaré fuera de todos modos. Si su llamada no es una emergencia, por favor grabe su mensaje tras oír mi grito.

Sus palabras fueron seguidas por un agudo grito que se cortó bruscamente, como si el que lo había proferido hubiera sido estrangulado.

¿Era aquello una emergencia? ¿Era una emergencia de cien coronas? Decidí que no era aquel tipo de emergencia, así que grabé:

—Querida Gwen, al habla lo fiel caballero Richard. De alguna manera, nuestros cables se cruzaron a la salida del restaurante. Pero podemos arreglar las cosas por la mañana. ¿Me llamarás a mi madriguera cuando despiertes? Amor y Besos, Richard Corazón de León.

Intenté mantener mi no pequeña irritación alejada de mi voz. Me sentía intensamente engañado, pero tenía la profunda convicción de que Gwen no lo había hecho intencionadamente; tenía que haber algún honesto error en alguna parte, aunque yo no consiguiera captarlo.

Así que volví a casa: ¡buff! ¡bing! ¡bam!... ¡bam! ¡bing! ¡buff!

Dispongo de un compartimiento de lujo con el dormitorio separado de la sala de estar. Entré, comprobé los mensajes en el terminal —ninguno—, puse terminal y puerta en situación «durmiendo», colgué mi bastón y entré en el dormitorio.

Gwen estaba dormida en mi cama.

Parecía dulcemente tranquila. Retrocedí con cuidado, me desnudé sin hacer ruido, fui al baño, cerré la puerta —insonorizada; ya he dicho que se trata de un compartimiento de lujo—. De todos modos, Hice tan poco ruido como me fue posible mientras me bañaba y me preparaba para irme a la cama, puesto que «insonorizada» es más una esperanza que una certeza. Cuando estuve tan limpio e inodoro como puede estarlo un mono macho sin pelo a punto de entrar en el quirófano, volví suavemente al dormitorio y me metí con cuidado en la cama. Gwen se agitó, pero no se despertó.

Recuerdo que en un momento determinado de la noche desconecté el despertador. De todos modos me desperté a la hora de costumbre, pues mi vejiga no puede ser desconectada.

Así que me levanté, le di satisfacción, tomé mi baño matutino, decidí que deseaba vivir, me puse una bata, fui silenciosamente a la sala de estar, abrí la nevera y miré lo que había dentro. Un huésped especial merece un desayuno especial.

Dejé la puerta de comunicación ligeramente entreabierta para poder echarle una ojeada a Gwen. Creo que fue el aroma del café lo que la despertó.

Cuando vi que sus ojos estaban abiertos dije:

—Buenos días, hermosura. Levántate y lávate los dientes; el desayuno está a punto.

—Me lavé los dientes hace una hora. Vuelve a la cama.

—Ninfomaniaca. ¿Zumos de naranja o mermelada de cerezas o ambas cosas?

—Hum..., ambas cosas. No cambies de tema. Ven aquí y enfréntate como un hombre a lo destino.

—Primero come.

—Cobarde. Gallina. ¡Richard es un gallina! ¡Richard es un gallina!

—Un auténtico gallina. ¿Cuántos panqueques?

—¡Uf..., decisiones! ¿No puedes descongelarlos por unidades?

—No están congelados. Hace apenas unos minutos estaban vivos y cantando; los he matado y pasado yo mismo por la parrilla. Decídete, o me los comeré todos yo.

—¡Oh, qué abrumadora vergüenza! Vilipendiada a causa de los panqueques. No me queda más solución que entrar en un monasterio. Dos.

—Tres. Querrás decir convento de monjas.

—Sé lo que quiero decir.—Se levantó, fue al baño, salió al poco tiempo con una de mis batas. Agradables retazos de Gwen estaban tirados por aquí y por allá. Le tendí un vaso de zumo; hizo una pausa para dar un par de sorbos antes de hablar.

—Glub, glub. Oh, está bueno. Richard, cuando estemos casados, ¿me prepararás el desayuno todas las mañanas?

—Esa pregunta contiene implícitas suposiciones que no estoy dispuesto a estipular...

—¡Después que confíe en ti y te lo di todo!

—...pero, sin estipulación, admitiré que tanto me importa preparar el desayuno para dos como para uno. ¿Por qué supones que voy a casarme contigo? ¿Qué alicientes ofreces? ¿Estás lista para un panqueque?

—Mire, mister, no todos los hombres son tan melindrosos acerca de casarse con abuelitas. He tenido ofertas. Sí, estoy lista para un panqueque.

—Pásame lo plato. —Le dirigí una sonrisa—. Eres tan abuelita como la pierna que me falta. Ni aunque hubieras tenido lo primer hijo en la menarquía y tu descendencia hubiera sido tan rápida como tú.

—Ninguna de las dos cosas, pero digo la verdad. Richard, estoy intentando dejar muy claras dos cosas. No, tres. Primero, hablo en serio cuando digo que quiero casarme contigo si tú estás de acuerdo..., o si no lo estás, te conservaré como un animalito de compañía y prepararé el desayuno para ti. Segundo, soy realmente abuela. Tercero, si, pese a mi avanzada edad, quieres tener hijos conmigo, las maravillas de la microbiología moderna me han mantenido fértil además de relativamente libre de arrugas. Si quieres preñarme, no lo va a resultar muy difícil.

—Podría hacer un esfuerzo. Mermelada de arce en ésta, de arándano en ésta otra. ¿O quizá lo hice esta noche?

—Te equivocaste en al menos una semana..., ¿pero qué hubieras dicho si yo hubiera exclamado: « ¡Premio! »?

—Deja de bromear y termina lo panqueque. Hay otro esperando.

—Eres un monstruo sádico. Y deformado.

—No deformado—protesté—. Esta pierna fue amputada, no es que naciera sin ella. Mi sistema inmunológico se niega categóricamente a aceptar un trasplante, de modo que así están las cosas. Ésta es una de las razones de que viva en baja gravedad.

Gwen se puso repentinamente seria.

—¡Oh, querido! No estaba hablando de lo pierna. ¡Oh, cielos! Tu pierna no importa, excepto que seré más cuidadosa que nunca en no cansarte, ahora que sé los motivos.

—Lo siento. Dejemos esto. Entonces, ¿a qué lo referías con eso de «deformado»?

Volvió a ser de nuevo la alegre persona de siempre.

—¡Deberías saberlo! Después de dejarme destrozada e inútil para cualquier otro hombre normal. Y ahora no quieres casarte conmigo. Volvamos a la cama.

—Primero terminemos de desayunar y aclaremos esto..., ¿o acaso no tienes piedad? Yo no he dicho que no quisiera casarme contigo..., y *no* te he destrozado.

—¡Oh, vaya pecaminosa mentira! ¿Me pasas la mantequilla, por favor? ¡Eres deformado, completamente! ¿Qué tamaño tiene ese tumor con el hueso dentro? ¿Veinticinco centímetros? ¿Más? ¿Y cuánto de diámetro? De haberlo visto antes, jamás me hubiera arriesgado.

—Oh, tonterías. Ni siquiera tiene veinte centímetros. No te he destrozado; sólo soy de tamaño medio. Tendrías que ver al tío Jock. ¿Más café?

—Sí, gracias. ¡Por supuesto que me destrozaste! Esto..., ¿Es de veras más grande que tú el tío Jock? ¿Localmente hablando?

—Mucho.

—Oh... ¿Dónde vive?

—Termina lo panqueque. ¿Todavía quieres que volvamos a la cama? ¿O prefieres una carta de presentación para tío Jock?

—¿Por qué no las dos cosas? Sí, un poco más de tocino, gracias. Richard, eres un buen cocinero. No quiero casarme con tío Jock; sólo siento curiosidad.

—No le pidas que te lo enseñe a menos que quieras pasar a la acción..., porque él siempre pasa a la acción. Sedujo a la esposa de su jefe de Boy Scouts cuando tenía doce años. Huyó con ella. Dio lugar a numerosas murmuraciones en la parte sur de Iowa porque ella no estaba dispuesta a abandonarle. Eso fue hace más de cien años, cuando esas cosas eran tomadas en serio, al menos en Iowa.

—Richard, ¿estás dando a entender que tío Jock tiene más de cien años y sigue aún activo y viril?

—Ciento dieciséis, y aún sigue liándose con las esposas, hijas, madres y demás parentela de sus amigos. Y tiene tres esposas, según el código de cohabitación de ciudadanos adultos de Iowa, una de las cuales, tía Cissy, asiste aún a la escuela de segunda enseñanza.

—Richard, a veces sospecho que no siempre dices enteramente la verdad. Que tienes una ligera tendencia hacia la exageración.

—Mujer, ésta no es forma de hablarle a lo futuro esposo. Detrás de ti hay un terminal. Teclea Grinnell, Iowa; tío Jock vive en las afueras. ¿Le llamamos? Hablas sinceramente con él, y puede que te muestre su orgullo y su alegría. ¿Y bien, querida?

—Estás intentando quitarme de la cabeza la idea de volver a la cama.

—¿Otro panqueque?

—Deja de sobornarme. Oh, medio, quizá. ¿Nos partimos uno?

—No. Uno entero para cada uno de nosotros.

—¡Hail, César! Eres el mal ejemplo que siempre he necesitado. Cuando nos hayamos casado me pondré gorda.

—Me alegra que digas eso. Dudaba en mencionarlo, pero *eres* del tipo pellejón. Tienes aristas. Se clavan. Un poco de relleno te irá bien.

Omitiré lo que dijo Gwen a continuación. Fue colorista, incluso lírico, pero (en mi opinión) impropio de una dama. No era propio de ella, así que no lo registraremos.

—En realidad, eso es irrelevante —respondí—. Te admito por tu inteligencia. Y tu espíritu angélico. Tu hermosa alma. No lo centremos todo en tu físico.

Tengo la impresión de que debo actuar de nuevo como censor.

—De acuerdo —admití—. Si eso es lo que quieres. Volvamos a la cama y empieza a tener pensamientos físicos. Desconectaré la parrilla.

Un poco después dije:

—¿Quieres una boda por la iglesia?

—¡Alto! ¿Debo vestir de blanco? Richard, ¿eres miembro de alguna iglesia?

—No.

—Yo tampoco. No creo que tú y yo seamos realmente del tipo religioso.

—Estoy de acuerdo. Pero entonces, ¿cómo quieres casarte? Por todo lo que sé, no hay ninguna otra forma de casarse en la Regla de Oro. Nada en las disposiciones del Administrador. Legalmente, la institución del matrimonio no existe aquí.

—Pero Richard, montones de personas se casan.

—¿Pero cómo, querida? Me doy cuenta de que lo hacen, pero, si no es a través de una iglesia, ignoro cómo lo consiguen. Tampoco he tenido nunca ocasión de averiguarlo. ¿Van a Ciudad Luna? ¿O bajan a la Superficie? ¿Cómo?

—De la forma que cada uno quiere. Contrata un local y pídele a algún VIP que ate el nudo en presencia de una multitud de invitados, con música y una gran fiesta después..., o hazlo en casa con sólo unos pocos amigos presentes. O de cualquier otra forma entre esas dos. Tú eliges, Richard.

—Hum, la elección no es mía. Es tuya. Yo simplemente acepté seguir adelante. En lo que a mí respecta, considero que una mujer está en su punto cuando se halla un pelín inquieta respecto a su status. Eso la mantiene sobre la punta de sus pies. ¿No estás de acuerdo? ¡Hey! ¡Deja de hacer eso!

—Entonces deja tú de pincharme. Si no quieres cantar con voz de soprano en tu propia boda:

—Haz eso una vez más, y puedes estar segura de que no va a haber boda. Querida, ¿qué tipo de matrimonio quieres?

—Richard, no necesito una ceremonia de boda, no necesito testigos. Simplemente deseo prometerte todo lo que una esposa debe prometer.

—¿Estás segura, Gwen? ¿No estás precipitándote un poco? —Maldita sea, las promesas que una mujer hace en la cama no deberían ser vinculantes.

—No me estoy apresurando. Hace más de un año que decidí casarme contigo.

—¿De veras? Bien, entonces... ¡Hey! Hace menos de un año que nos conocemos. En la Fiesta del Día Uno. El veinte de julio. Lo recuerdo.

—Cierto.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué, querido? Decidí casarme contigo antes de que nos conociéramos. ¿Tienes algún problema con eso? Yo no. Nunca lo tuve.

—Hummm. Será mejor que te cuente algunas cosas. Mi pasado contiene episodios de los que uno no puede alardear. no son exactamente deshonestos, pero sí algo sombríos. Y Ames no es el nombre con el que nací.

—Richard, me sentiré orgullosa de que se dirijan a mí como «señora Ames». O como «señora Campbell»..., Colin.

No dije nada... en voz alta. Luego añadí:

—¿Qué más sabes?

Me miró firmemente a los ojos, sin sonreír.

—Todo lo que necesito saber. Coronel Colin Campbell, conocido como «Asesino» Campbell por sus tropas..., y en los informes. Un ángel salvador para los estudiantes de la Academia Percival Lowell. Richard, o Colin, mi hija mayor era uno de esos estudiantes.

—Que me condene eternamente.

—Lo dudo.

—¿Y por eso quieres casarte conmigo?

—No, querido. Esa razón era suficiente hace un año. Pero ahora he tenido varios meses para descubrir al ser humano que hay detrás del héroe de los libros de historia. Y... lo llevé a la cama esta noche, pero ninguno de los dos se casaría sólo por esta razón. ¿Quieres saber mi propio deslucido pasado? Te lo contaré.

—No. —La miré directamente a los ojos, tomé sus manos—. Gwendolyn, quiero que seas mi esposa. ¿Quieres tú que yo sea tu marido?

—Lo quiero.

—Yo, Colin Richard, te tomo a ti, Gwendolyn, por esposa, para mantener y conservar, para amar y cuidar, durante tanto tiempo como me tengas a tu lado.

—Yo, Sadie Gwendolyn, te tomo a ti, Colin Richard, por esposo, para cuidar y amar y conservar durante el resto de mi vida.

—¡Huau! Creo que esto lo arregla todo.

—Sí. Pero bésame.

Lo hice.

—¿Cuándo apareció «Sadie»?

—Sadie Lipschitz, mi nombre de familia. No me gustaba, así que lo cambié. Richard, lo único que falta para hacerlo oficial es publicarlo. Eso acabará de atarlo. Y quiero dejarlo bien atado mientras aún estás *groggy*.

—De acuerdo. ¿Publicarlo cómo?

—¿Puedo usar tu terminal?

—*Nuestro* terminal. No tienes que pedir para usarlo.

—Nuestro terminal. Gracias, querido. —Se levantó, fue al terminal, tecleó pidiendo el directorio, luego llamó al *Herald* de la Regla de Oro, pidió por el director de la sección de sociedad.

—Por favor, anote. El doctor Richard Ames y la señora Gwendolyn Novak se complacen en anunciar su matrimonio con fecha de hoy. No se aceptan regalos ni flores. Por favor, confirme. —Cortó la comunicación. Llamaron inmediatamente; respondí y confirmé la noticia.

Suspiró.

—Richard, creo que te he atosigado. Pero tenía que hacerlo. Ahora ya no pueden pedirme que testifique contra ti en ninguna jurisdicción de ningún lugar. Quiero ayudarte en cualquier forma que me sea posible. ¿Por qué lo mataste, querido? ¿Y cómo?

## 2

*Para despertar a un tigre, utiliza un palo largo.*

MAO ZEDONG, 1893-1976

Miré pensativo a mi esposa.

—Eres una galante dama, mi amor, y me siento agradecido de que no desees testificar contra mí. Pero no estoy seguro de que el principio legal que has citado pueda aplicarse en esta jurisdicción.

—Pero se trata de una regla general de la justicia, Richard. No puede obligarse a una esposa a testificar contra su marido. Todo el mundo lo sabe.

—La cuestión es: ¿lo sabe el Administrador? La Compañía afirma que el hábitat tiene sólo una ley, la Regla de Oro, y afirma que las regulaciones del Administrador son simplemente interpretaciones prácticas de esa ley, orientativas y sujetas a cambio..., en mitad de una audiencia si es necesario, v retroactivas si el Administrador así lo decide. Gwen, no sé. El representante del Administrador puede decidir que tú eres la testigo estrella de la Compañía.

—¡No lo haré! ¡No!

—Gracias, amor. Pero veamos cuál podría ser lo testimonio si tú fueras un testigo en... ¿cómo debemos llamarlo? Bien, supongamos que soy acusado de haber provocado equivocadamente la muerte de, esto, del señor X..., el desconocido que vino a nuestra mesa la otra noche cuando tú fuiste a visitar los servicios de señoras. ¿Qué viste?

—Richard, te vi matarle. ¡Lo vi!

—Un fiscal exigiría más detalles. ¿Le viste acudir a nuestra mesa?

—No. No le vi hasta que salí de los servicios y me encaminé de vuelta a la mesa..., y me sorprendió ver a alguien sentado en mi silla.

—De acuerdo. Hagamos un poco de memoria, y dime exactamente lo que viste.

—Oh, salí de los servicios de señoras y doblé a la izquierda, hacia nuestra mesa. Tú estabas de espaldas a mí, supongo que lo recordarás...

—No importa lo que yo recuerde; dime lo que recuerdas tú. ¿A qué distancia estabas?

—Oh, no sé. Diez metros quizá. Puedo ir allí y medirlo. ¿Es necesario?

—Si alguna vez lo es, puedes pedirlo. Me viste desde unos diez metros. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba de pie? ¿Sentado? ¿Me movía?

—Estabas sentado de espaldas a mí.

—Te daba la espalda. La luz no era muy buena. ¿Cómo sabes que era yo?

—Bien... Richard, estás siendo intencionadamente difícil.

—Sí, porque los fiscales son intencionadamente difíciles. ¿Cómo me reconociste?

—Oh... Eras tú. Richard, conozco tu nuca tan bien como conozco tu cara. De todos modos, cuando te pusiste en pie y te volviste, vi tu cara.

—¿Qué es lo que hice a continuación? ¿Me puse en pie?

—No, no. Te vi en nuestra mesa..., luego me detuve en seco cuando vi a alguien sentado frente a ti, en mi silla. Simplemente me quedé allí y miré.

—¿Le reconociste?

—No. No creo haberlo visto nunca antes.

—Descríbelo.

—Oh. No puedo hacerlo con precisión.

—¿Era bajo? ¿Alto? ¿Delgado? ¿Corpulento? ¿Qué edad tenía? ¿Llevaba barba? ¿Cuál era su raza? ¿Cómo iba vestido?

—Nunca lo vi de pie. No era joven, pero tampoco era un viejo. No creo que llevase barba.

—¿Bigote?

—No lo sé. —(Yo sí lo sabía. No llevaba bigote. Y su edad era unos treinta años.)

—¿Raza?

—Blanca. Piel clara al menos, aunque no rubio como un sueco. Richard, no tuve tiempo de captar todos los detalles. Te amenazó con algún tipo de arma, y tú le disparaste y saltaste en pie cuando apareció el camarero..., y yo retrocedí y aguardé hasta que se lo llevaron.

—¿Dónde se lo llevaron?

—No estoy segura. Volví a los servicios de señoras y dejé la puerta entreabierta. Puede que lo llevaran a los servicios de caballeros, Justo al otro lado del pasillo. Pero hay otra puerta al final del pasillo, señalada: «Sólo para empleados».

—¿Dices que me amenazó con un arma?

—Sí. Entonces le disparaste y saltaste en pie y agarraste su arma y te la metiste en el bolsillo, justo en el momento en que nuestro camarero se acercaba por el otro lado.

(¡Oh-o!)

—¿En qué bolsillo me la puse?

—Déjame pensar. Tengo que situarme mentalmente. En el bolsillo izquierdo. El bolsillo exterior izquierdo de tu chaqueta.

—¿Cómo iba yo vestido esa noche?

—Traje de etiqueta, veníamos del ballet. Camisa blanca con cuello de cisne, chaqueta marrón, pantalones negros.

—Gwen, como tú estabas dormida en el dormitorio, me desvestí aquí fuera en la sala de estar y colgué mis ropas en ese ropero junto a la puerta de entrada, con la intención de cambiarlas más tarde. ¿Te importa abrir el ropero, encontrar la chaqueta que llevaba ayer por la noche y sacar de su bolsillo exterior izquierdo el «arma» que me viste guardar en él?

—Pero... —Calló y, con rostro solemne, hizo lo que le había indicado.

Regresó al cabo de un momento.

—Esto es todo lo que había en ese bolsillo. —Me tendió la billetera del desconocido.

La acepté.

—Ésta es el arma con que me amenazó.—Le mostré mi índice derecho, desnudo—. Y ésta es el arma que utilicé yo para dispararle cuando me apuntó con su billetera.

—No comprendo.

—Querida, es por eso precisamente por lo que los criminólogos depositan más fe en las pruebas circunstanciales que en el testimonio de los testigos oculares. Tú eres el testigo ocular ideal: inteligente, sincera, cooperativa y honesta. Has relatado una mezcla de lo que viste, lo que creíste ver, lo que no observaste pese a que estaba frente a ti, y lo que tu mente lógica deduce para cubrir los huecos entre lo que viste y lo que creíste ver. Esta mezcla se halla ahora tan sólidamente instalada en tu mente como un auténtico recuerdo, el recuerdo de primera mano de un testigo ocular. Pero no ocurrió así.

—Pero Richard, yo vi...

—Tú viste cómo asesinaban a aquel pobre payaso. No le viste amenazarme; no me viste dispararle. Alguna tercera persona le disparó con un dardo explosivo. Puesto que él estaba frente a ti y el dardo le alcanzó en el pecho, tuvo que ser disparado desde tu dirección. ¿No viste a nadie de pie?

—No. Oh, había camareros yendo de un lado para otro, y el maître, y gente levantándose y sentándose. Quiero decir que no observé a nadie en particular..., y por supuesto a nadie disparando una pistola. ¿Qué tipo de pistola?

—Gwen, puede que no pareciera una pistola. El arma de un asesino oculto capaz de disparar un dardo a corta distancia puede tener cualquier aspecto, y unas dimensiones de aproximadamente quince centímetros de largo. El bolso de una dama. Una cámara. Unos gemelos de teatro. Una lista interminable de objetos de apariencia inocente. Esto no nos sirve de nada, puesto que yo estaba de espaldas a la acción y tú no viste nada fuera de lo común. Probablemente el dardo vino de detrás tuyo. Así que olvídale. Veamos quién era la víctima. O quién pretendía ser.

Saqué todo lo que había en los departamentos de la billetera, incluido un bolsillo «secreto» muy torpemente disimulado. Este último contenía certificados de oro librados por un banco suizo, equivalentes a unas diecisiete mil coronas..., el dinero previsto para largarse de allí, parecía.

Había una tarjeta de identificación del tipo librado por la Regla de Oro a toda persona que llega al eje del hábitat. Todo lo que hace esa tarjeta es probar que la persona «identificada» tiene un rostro, afirma tener un nombre, ha proclamado una nacionalidad, una edad, un lugar de nacimiento, etc., y ha depositado en la Compañía el equivalente a un billete de regreso en efectivo, al tiempo que ha pagado por anticipado la tasa de consumo de aire de noventa días..., pues esto es lo único que realmente le importa a la Compañía.

No sé seguro si la Compañía se limita a devolver al espacio a un hombre que, por algún desliz, no posea ni un billete de vuelta ni dinero para el aire. Puede que le permita ganarse ambas cosas. Pero no cuento con ello. Comer vacío es algo que nunca he sentido deseos de probar.

El documento de identidad de la Compañía afirmaba que el propietario era Enrico Schultz, edad 32 años, ciudadano de Belice, nacido en Ciudad Castro, ocupación contable. La foto era la del pobre tipo que se había hecho matar abordándome en un lugar demasiado público..., y por enésima vez me pregunté por qué no me habría telefoneado para que nos viéramos en privado. Estoy en el directorio como «doctor Ames» y si hubiera invocado a «Walker Evans» por el terminal hubiera obtenido inmediatamente una entrevista, una entrevista a solas.

Se la mostré a Gwen.

—¿Es nuestro muchacho?

—Creo que sí. No estoy segura.

—Yo estoy seguro. Hablé con él cara a cara durante varios minutos.

Lo más extraño de la billetera de Schultz era lo que no contenía. Además de los certificados de oro del banco suizo, había ochocientos treinta y una coronas y el documento de identificación de la Regla de Oro.

Pero eso era todo.

Ninguna tarjeta de crédito, ninguna licencia de piloto de vehículos a motor, ninguna tarjeta de seguro, ninguna tarjeta de sindicato o gremio, ninguna otra tarjeta de identificación, ningún título de miembro de ningún sitio, nada. Las billeteras de los hombres son como los bolsos de las mujeres; acumulan basura..., fotos, recortes, listas de compras, y un etcétera sin fin; necesitan una limpieza periódica. Pero, al hacerlo, uno siempre deja en su lugar la docena larga de cosas que cualquier hombre moderno necesita para seguir existiendo. Mi amigo Schultz no tenía nada de eso.



Conclusión: no estaba ansioso de revelar su verdadera identidad. Corolario: en algún lugar de la Regla de Oro había un montoncito con sus documentos personales..., otra tarjeta de identificación con un nombre distinto, un pasaporte casi con toda seguridad no expedido en Belice, otros artículos que podían darme una pista respecto a su entorno, sus motivos y (posiblemente) por qué había invocado a «Walker Evans».

¿Era posible encontrarlo?

Un aspecto marginal me preocupaba: aquellas diecisiete mil coronas en certificados de oro. En vez de ser el dinero que le permitiría escapar luego, ¿era posible que esperara utilizar aquella insignificante suma para contratarme para que matara a Tolliver? Si era así, debía sentirme ofendido. Preferí pensar que esperaba persuadirme de que efectuara el trabajo como un servicio público.

—¿Quieres divorciarte de mí? —dijo Gwen.

—¿Eh?

—Yo te empujé a esto. Mis intenciones eran buenas, ¡de veras! Pero resulta que fui una estúpida.

—Oh. Gwen, nunca me he casado y divorciado el mismo día. Nunca. Si realmente deseas echarme de tu lado, espera al menos a mañana. Aunque creo que, para ser honestos, deberías probar al menos treinta días. O dos semanas como mínimo. Y permitirme a mí hacer lo mismo. Hasta ahora, tus performances, tanto horizontales como verticales, han sido satisfactorias. Si alguna vez cualquiera de ellas se vuelve insatisfactoria, te lo haré saber. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Aunque me vienen ganas de azotarte a muerte con tus propias sofisterías.

—Azotar a muerte a su esposo es el privilegio de toda mujer casada..., siempre que lo haga en privado. Ahora silencio, por favor, querida; estamos en apuros. ¿Puedes pensar en alguna buena razón por la que haya que matar a Tolliver?

—¿Ron Tolliver? No. Aunque tampoco puedo pensar en ninguna buena razón por la que deba seguir con vida. Es un patán.

—Lo es, de acuerdo. Si no fuera uno de los socios de la Compañía, hace mucho tiempo que le hubieran dicho que tomara su billete de vuelta y se largara. Pero no he dicho «Ron Tolliver». He dicho simplemente «Tolliver».

—¿Hay más de uno? Espero que no.

—Veremos. —Fui al terminal, tecleé el directorio, revisé la «T»—. «Ronson H. Tolliver, Ronson Q.», ése es su hijo..., y aquí está su esposa, «Stella M. Tolliver». ¡Hey! Aquí dice: «Véase también Taliaferro.»

—Así se deletrea originalmente —dijo Gwen—. Pero se pronuncia «Tolliver» de todos modos.

—¿Estás segura?

—Completamente segura. Al menos al sur de la Línea Mason y Dixon en la Superficie. Deletrearlo «Tolliver» sugiere pobre basura blanca que no sabe deletrear. Deletreándolo a la manera larga y luego haciendo resonar todas las letras suena como un maldito yanqui recién llegado cuyo anterior nombre pudo ser «Lipschitz» o algo parecido. El auténtico aristócrata dueño de la plantación, azote de los negros, violador de muchachas, lo deletreaba a la manera larga y lo pronunciaba a la manera corta.

—Lamento que me hayas dicho esto.

—¿Por qué, querido?

—Porque hay tres hombres y una mujer relacionados aquí que lo deletrean a la manera larga, Taliaferro. No conozco a ninguno de ellos. Así que no sé a quién debo matar.

—¿Tienes que matar a uno de ellos?

—No lo sé. Hummm, creo que ha llegado el momento de ponerte al corriente. Si estás dispuesta a seguir casada conmigo al menos catorce días. ¿Lo estás?

—¡Por supuesto que lo estoy! ¡Catorce días más el resto de mi vida! ¡Y tú eres un cerdo machista y chauvinista!

—Pagué como miembro vitalicio.

—Y un chinche también.

—Yo también opino que eres encantadora. ¿Quieres que volvamos a la cama?

—No hasta que decidas a quién pretendes matar.

—Puede que eso tome un cierto tiempo. —Hice todo lo posible por explicarle a Gwen de una forma detallada, sucinta y no colorista mi corta relación con el hombre que había usado el nombre de «Schultz»—. Y eso es todo lo que sé. Murió demasiado rápido para que pudiera averiguar más. Dejando tras de sí innumerables preguntas.

Me volví al terminal, tecleé modo de proceso de textos, luego creé un nuevo archivo, como si estuviera preparando una novela barata:

## LA AVENTURA DEL NOMBRE MAL DELETREADO

## Preguntas a responder:

1. ¿Tolliver o Taliaferro?
2. ¿Por qué tiene que morir T.?
3. ¿Porqué «todos estaremos muertos» si T. no ha muerto el mediodía del domingo?
4. ¿Quién es ese cadáver que se hacía llamar a sí mismo «Schultz»?
5. ¿Porqué soy el asesino a sueldo lógico para matar a T.?
6. ¿Es necesario este asesinato?
7. ¿Quién de la Sociedad Conmemorativa Walker Evans me envió a ese cabeza de chorlito? ¿Y por qué?
8. ¿Quién mató a «Schultz»? ¿Y por qué?
9. ¿Por qué la gente de El Fin del Arco Iris actuó tan rápidamente para encubrir el asesinato?
10. (Recopilación) ¿Por qué se fue Gwen del restaurante antes que yo, y por qué vino aquí en vez de ir a su casa, y cómo entró?

—¿Las examinamos por orden? —preguntó Gwen—. La número diez es la única que puedo responder.

—Ésa sólo la puse por poner —respondí—. De las nueve primeras, creo que, si hallo la respuesta a tres de ellas, podré deducir el resto. —Medité un momento, luego seguí escribiendo en la pantalla:

## POSIBLES ACCIONES

—En caso de duda o de peligro, corre en círculos, aúlla y grita.

—¿Eso ayuda? —preguntó Gwen.

—¡Siempre! Pregunta a cualquier militar viejo. Ahora revisemos las preguntas una a una.

P. 1 — Telefona a todos los Taliaferro del directorio. Averigua la pronunciación preferida del nombre. Tacha aquellos que usen la pronunciación de todas las letras.

P. 2 — Hurga en los antecedentes de los que quedan. Empieza con los archivos del *Herald*.

P. 3 — Mientras investigas la P.2, mantén los oídos desplegados hacia cualquier cosa prevista o esperada para el domingo al mediodía.

P. 4 — Si tú fueras un cadáver recién llegado al hábitat espacial de la Regla de Oro y desearas ocultar lo identidad pero quisieras poder recuperar lo pasaporte y otros documentos para la partida, ¿dónde los esconderías? Pistas: comprueba cuándo llegó a la Regla de Oro este cadáver. Luego comprueba hoteles, cajas de seguridad, consignas, lista de correos, etc.

P. 5 — Posponer.

P. 6 — Posponer.

P. 7 — Contacta por teléfono a tantos miembros del grupo juramentado «Walker Evans» como lo sea posible. Sigue intentándolo hasta que uno de ellos diga algo. Nota: es posible que algún cerebro a medio derretir haya hablado demasiado sin saberlo.

P. 8 — Morris, o el maître, o el portero, o todos ellos, o por parejas, saben quién mató a «Schultz». Uno o más de ellos lo esperaban. Así que busca el punto débil de cada uno —licor, drogas, dinero, sexo (*comme ci ou comme ça*)— y ¿cuál era tu nombre allá abajo en la Superficie, tío? ¿Hay algún periódico que hable de ti en algún lugar? Encuentra ese punto doloroso. Apriétalo. Hazlo con ellos de tres en tres, luego ve si sus historias concuerdan. Cada armario tiene su esqueleto. Es una ley natural..., así que encuéntralo en cada caso.

P. 9 — Dinero. (Suposición concluyente hasta que se demuestre que es falsa.)

(Interrogante: ¿Cuánto va a costarme todo esto? ¿Puedo permitírmelo?)

Contrainterrogante: ¿Puedo permitirme *no* hacerlo?)

—Me he estado preguntando al respecto —dijo Gwen—. Cuando metí la nariz en esto, creí que te hallabas en un auténtico problema. Pero al parecer estás completamente libre. ¿Por qué tienes que hacer nada, esposo mío?

—Necesito matarle.

—¿Qué? ¡Pero no sabes de qué Tolliver se trata! Ni por qué tiene que ser asesinado. Si es que tiene que serlo.

—No, no, no Tolliver. Aunque puedo llegar a la conclusión de que Tolliver merece ser asesinado. No, querida: el hombre que mató a «Schultz». Debo encontrarle y matarle.

—Oh. Sí, entiendo que debe morir; es un asesino. ¿Pero por qué debes hacerlo *tú*? Los dos te eran desconocidos tanto la víctima como quien fuera que le matase. En realidad no es asunto tuyo. ¿O sí?

—Es asunto mío. «Schultz», o cual fuera su nombre, fue muerto mientras se sentaba a mi mesa. Eso es intolerablemente grosero. No estoy dispuesto a consentirlo. Gwen, mi amor, si uno tolera los malos modales, éstos empeoran. Nuestro agradable hábitat decaería a la especie de arrabal del espacio que es L-5, atestado y lleno de malos modales y ruido innecesario y lenguaje soez. Debo descubrir al idiota que hizo eso, explicarle cuál fue su delito, darle una posibilidad de disculparse, y luego matarle.

### 3

*Hay que perdonar a los enemigos,  
pero no antes de que hayan sido colgados.*

HEINRICH HEINE, 1797-1856

Mi encantadora esposa se me quedó mirando.

—¿Serías capaz de *matar* a un hombre? ¿Por sus malos modales?

—¿Sabes tú de una razón mejor? ¿Quieres que ignore el mal comportamiento?

—No, pero... Puedo comprender el que un hombre sea ejecutado por asesinato; no me opongo a la pena capital. ¿Pero no deberíamos dejar eso a los procuradores y a la administración? ¿Por qué tienes que tomar la ley en tus manos?

—Gwen, no he sabido explicarme claramente. Mi finalidad no es castigar sino erradicar..., más la satisfacción estética del desagravio por un comportamiento irritante. Ese asesino desconocido pudo tener excelentes razones para matar a la persona que se hacía llamar Schultz..., pero matarla en presencia de gente que está comiendo es tan ofensivo como el que una pareja casada se pelee en público. Además, el muy estúpido remató su ofensa realizando su acción mientras su víctima era mi invitado .... lo cual hace que el desagravio se convierta tanto en mi obligación como en mi privilegio.

»El delito putativo de asesinato no es asunto mío —proseguí—. Pero en lo que respecta a los procuradores y la administración que se ocupan de estos asuntos, ¿sabes de alguna regulación que prohíba el asesinato?

—¿Qué? Richard, *tiene* que existir alguna.

—Nunca he oído hablar de ninguna. Supongo que el Administrador puede considerar el asesinato como una violación a la Regla de Oro...

—¡Bueno, supongo que sí!

—¿De veras? Nunca estoy seguro de lo que pensará el Administrador. Pero Gwen, querida, matar no constituye necesariamente un asesinato. De hecho, a menudo no lo es. Si esta muerte llega alguna vez a la atención del Administrador, puede decidir que se trató de un homicidio justificable. Una ofensa contra las costumbres pero no contra la moral.

»Pero —proseguí, volviéndome hacia el terminal— es posible que el Administrador haya resuelto ya el asunto, de modo que veamos lo que tiene que decir el *Herald* al respecto. —Teclé de nuevo el periódico, pidiendo esta vez el índice del día, luego seleccionando las estadísticas demográficas.

El primer dato que apareció en pantalla era «Matrimonios: Ames-Novak», de modo que detuve el scroll, teclé ampliación, pulsé impresora, arranqué la hoja de papel y se la tendí a mi reciente esposa.

—Envía esto a tus nietos para demostrarles que abuelita ya no está viviendo en el pecado.

—Gracias, querido. Eres tan galante. Creo.

—También sé cocinar. —Seguí el *scroll* hasta llegar a defunciones. Normalmente leo primero las defunciones, pues siempre existe la feliz posibilidad de que alguna de ellas me alegre el día.

Pero no hoy. No reconocí ningún nombre. Especialmente ningún «Schultz». Ningún extranjero no identificado. Ninguna muerte «en un popular restaurante». Nada excepto la triste lista habitual de desconocidos muertos por causas naturales y uno por accidente. Así que teclé las noticias generales del hábitat, y dejé que el scroll fuera desenrollando la pantalla ante mis ojos.

Nada. Oh, había una interminable cantidad de sucesos rutinarios, desde las llegadas y partidas de las naves hasta (la noticia más importante) el anuncio de que la más reciente ampliación, los anillos 130-140, había sido puesta en giro y, si todo ocurría según lo programado, sería encajada y su soldadura al cilindro principal se iniciaría a las ocho sobre el sexto.

Pero no había nada acerca de «Schultz», ninguna mención sobre Tolliver o Taliaferro, ningún cadáver no identificado. Consulté de nuevo el índice del periódico, teclé la previsión de actos para el próximo domingo, descubrí que lo único que estaba previsto para el domingo al mediodía era un debate por holo entre La Haya, Tokio, Ciudad Luna, L-4, Regla de Oro, Tel Aviv y Agra: «La crisis en la fe: El mundo moderno y los Rosacruces.» Los comoderadores eran el presidente de la Sociedad Humanista y el Dalai Lama. Les deseé suerte.

—Hasta ahora no tenemos nada, nada de nada, cero. Gwen, ¿qué forma educada puedo emplear para preguntarle a un desconocido cómo pronuncia su nombre?

—Déjame probar, querido. Yo diría: «Zeñorita Tollivú, zoy Gloria Meade Calhoun de Zavannah. ¿Tiene uzte un primo, Ztacey Mae, de Chajlzton?» Cuando ella corrija mi pronunciación de su nombre, le pediré disculpas y cerraré el contacto. Pero si ella, o él, acepta la forma corta pero niega conocer a Stacey Mae, entonces diré: «Me lo zozpechaba. Ella dijo Talley-ah-fagó..., pero yo sabía que eztaba equivocá.» ¿Y bien, Richard? ¿Pido una cita o lo dejamos correr?

—Pide una cita, si es posible.

—¿Una cita para ti? ¿O para mí?

—Para ti, y yo iré contigo. Si puedes, establécela aquí. Pero primero tengo que comprarme un sombrero.

—¿Un sombrero?

—Una de esas curiosas cajas que te pones en la parte superior de la cabeza. O que lo pondrías si estuvieras en la Superficie.

—¡Sé lo que es un sombrero! Nací en la Superficie, como tú. Pero dudo que se haya visto jamás un sombrero fuera de la Tierra. ¿Dónde piensas comprarlo?

—No lo sé, muchacha, pero puedo decirte por qué necesito uno. Para poder ladearlo educadamente y decir: «Señor o señora, le ruego que me diga por qué alguien desea que usted muera antes del domingo al mediodía.» Gwen, eso me ha estado preocupando..., cómo plantear el asunto. Hay formas educadas establecidas para casi cualquier pregunta, desde proponer adulterio a una esposa previamente casta hasta solicitar un soborno. ¿Pero cómo se plantea *este* tema?

—¿No puedes decir simplemente: «No mire ahora, pero hay alguien que intenta matarle.»?

—No, es un mal enfoque. No intento advertir a ese tipo de que alguien le tiene apuntado con una pistola; estoy intentando averiguar por qué. Cuando sepa por qué tal vez lo apruebe tan de corazón que simplemente me quede sentado a gozar del espectáculo..., o quizá me sienta tan inspirado por la finalidad que lleve a cabo yo mismo el intento del difunto señor Schultz como un servicio a la humanidad.

»Por otro lado, también puedo estar tan en desacuerdo que me aliste en el bando contrario y ofrezca voluntariamente mis servicios a la sagrada causa de impedir que ese asesinato llegue a cometerse. Cosa poco probable si el pretendido blanco es Ron Tolliver. Pero es demasiado pronto para elegir bando; primero necesito comprender qué está ocurriendo. Gwen, amor, en los asuntos de asesinatos uno nunca debe matar primero y luego hacer las preguntas. Eso tiende a irritar a la gente.

Me volví al terminal, me lo quedé mirando sin pulsar ninguna tecla.

—Gwen, antes de que hagamos ninguna llamada local creo que deberíamos pedir seis llamadas diferidas, a cada uno de los Amigos de Walker Evans. Si lo pensamos bien, ese es mi indicio básico, el que Schultz pudiera

mencionar el nombre. Uno de esos seis tuvo que dárselo..., y ese uno tiene que saber por qué Schultz estaba en un tal apuro.

—¿Diferidas? ¿Tan lejos están todos?

—No lo sé. Uno estará probablemente en Marte, otros dos pueden estar en el Cinturón. Es posible que uno o dos estén en la Superficie, pero si es así, bajo nombres falsos como yo. Gwen, la debacle que me impulsó a abandonar la alegre profesión de las armas a hizo que seis de mis camaradas se convirtieran en mis hermanos de sangre..., bueno, olió más bien mal cara al público. Puedo decir que los servicios informativos que no vieron cómo ocurría jamás serán capaces de comprender por qué ocurrió. Puedo afirmar sinceramente que lo que hicimos fue moral en su contexto..., aquel momento, aquel lugar, aquellas circunstancias. Podría... No importa, querida; dejemos que mi pandilla de hermanos siga en sus escondites. Rastrearlos a todos puede convertirse en una tarea tediosamente larga.

—Pero tú deseas hablar solamente con uno, ¿no? Con el que estuvo en contacto con ese Schultz.

—Sí, pero desconozco qué uno es.

—Richard, ¿no sería más fácil rastrear a Schultz hacia atrás para descubrir qué uno era que localizar a seis personas que permanecen ocultas, algunas bajo nombre supuesto, y diseminadas por todo el Sistema Solar? O incluso fuera de él.

Me detuve a pensarlo.

—Quizá. ¿Pero cómo rastrear a Schultz hacia, atrás? ¿Tienes alguna inspiración, amor?

—Ninguna inspiración. Pero recuerdo que, cuando llegué aquí a la Regla de Oro, me preguntaron en el eje no sólo dónde había vivido, y lo comprobaron con mi pasaporte, sino también dónde había iniciado mi viaje hasta aquí, y lo comprobaron con mis visados. No sólo el hecho de que había venido desde la Luna (casi todo el mundo llega aquí desde la Luna), sino de dónde había partido para ir a la Luna. ¿No te preguntaron también eso a ti?

—No. Pero yo llevaba un pasaporte del Estado Libre de la Luna que decía que había nacido en la Luna.

—Creía que habías nacido en la Tierra.

—Gwen, Colin Campbell nació en la Superficie. «Richard Ames» nació en Hong Kong Luna..., aquí lo dice.

—Oh.

—Pero intentar rastrear las huellas de Schultz es realmente algo que debería intentar antes de probar localizar a los seis. Si supiera que Schultz nunca ha ido más allá, miraría primero cerca de casa: la Luna, y la Superficie, y todos los hábitats acoplados balísticamente a la Tierra o la Luna. No el Cinturón de Asteroides. Ni siquiera Marte.

—¿Richard? Supongamos que la finalidad es... No, es una tontería.

—¿Qué es una tontería, querida? Pruébalo conmigo, de todos modos.

—Bueno, supongamos que esta..., sea lo que sea..., conspiración, supongo..., no va dirigida a Ron Tolliver o cualquier otro Tolliver, sino que apunta hacia ti y tus seis amigos, los del «Walker Evans». ¿No podría pretender llegar hasta ti y emplear medidas de presión que lo obligaran a ponerte rápidamente en contacto con los otros? ¿Y conseguir así que les conduzcas a ellos, estén donde estén, con lo que os tendrían a los siete? ¿No puede tratarse de una *vendetta*? ¿Puede haberse producido algo que origine una *vendetta* contra vosotros siete?

Sentí algo frío en la boca del estómago.

—Sí, es posible. Aunque no en este caso, creo. Y eso no explicaría por qué fue muerto Schultz.

—Ya dije que era una tontería.

—Espera un momento. ¿Fue muerto Schultz?

—Bueno, los dos lo vimos, Richard.

—¿Lo vimos? Yo creí verlo. Pero admito que pudo ser una farsa. Lo que vi parecía ser muerte por dardo explosivo. Pero... Dos simples efectos teatrales, Gwen. Uno hace que aparezca un pequeño punto oscuro en la camisa de Schultz. El otro es una pequeña bolsita de caucho que mantiene en la parte interior de su mejilla; contiene sangre falsa. En el momento preciso muerde la bolsita; la «sangre» brota de su boca. El resto es simple actuación..., incluido el extraño comportamiento de Morris y los demás miembros del personal. Ese «cadáver» debe ser retirado rápidamente..., a través de esa puerta de «sólo empleados»..., donde se le proporciona una camisa limpia y es sacado por la puerta de servicio.

—¿Crees que es así como ocurrió?

—Hum..., no, maldita sea; ¡no lo creo! Gwen, he visto muchas muertes. Ésta ocurrió tan cerca de mí como lo estás tú ahora. No creo que fuera fingida; creo que vi morir a un hombre.—

Hervía por dentro. ¿Podía engañarme en un punto tan básico?

¡Por supuesto que podía! No soy un supergenio dotado con poderes psi; puedo equivocarme como cualquier testigo ocular, tan fácilmente como puede haberlo hecho Gwen.

Suspiré.

—Gwen, simplemente no lo sé. A mí me pareció como una muerte por dardo explosivo..., pero si la intención era falsearlo y estaba bien preparado, por supuesto que pudo parecerlo. Una falsa muerte planeada explica la forma tan rápida en que fue tapado todo el asunto. De otro modo el comportamiento del personal de El Fin del Arco Iris es casi increíble. —Medité—. Muchacha, no estoy seguro de nada. ¿Acaso hay alguien que está intentando volverme loco?

Consideré retórica mi pregunta, lo cual era cierto..., espero.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Hum..., probaremos con Schultz. Y no nos preocuparemos del siguiente paso hasta que hayamos dado éste.

—¿Cómo?

—Soborno, mi amor. Mentiras y dinero. Gran cantidad de mentiras y un parsimonioso use del dinero. A menos que seas rica. No pensé en preguntártelo antes de que nos casáramos.

—¿Yo? —Gwen abrió mucho los ojos—. Pero Richard, me casé contigo por tu dinero.

—¿De veras? Muchacha, has sido engañada. ¿Quieres ver a un abogado?

—Supongo que sí. ¿Es eso lo que llaman «violación de menores»?

—No, «violación de menores» es el conocimiento carnal de los menudillos y de todo eso..., aunque nunca he comprendido por qué nadie se preocupa de esas cosas. No creo que sea algo que vaya contra las regulaciones de aquí... —Me volví hacia el terminal—. ¿Quieres ese abogado? ¿O empezamos con Schultz?

—Hum... Richard, nuestra luna de miel es más bien extraña. Volvamos a la cama.

—La cama puede esperar. Pero puedes comer otro panqueque mientras yo intento seguirle la huella a Schultz. —Tecléé de nuevo el directorio en el terminal, busqué «Schultz» .

Encontré diecinueve «Schultz» listados, pero ningún «Enrico Schultz». No era sorprendente. Encontré un «Hendrik Schultz», así que tecléé ampliación.

«Reverendo Doctor Hendrik Hudson Schultz, Licenciado en Ciencias, Maestro en Letras, Doctor en Teología, ex Gran Maestro de la Real Sociedad Astrológica. Horóscopos científicos a precios moderados. Bodas solemnes. Consejero familiar. Terapia ecléctica y holística. Consejero de inversiones. Corredor de apuestas a todas horas. Petticoat Lane, en el anillo noventa-cinco, cerca de Madame Pompadour.» Sobre el texto había su foto en holo, sonriendo y repitiendo su eslogan: «Soy el Padre Schultz, su amigo en la necesidad. Ningún problema es demasiado grande, ningún problema es demasiado pequeño. Garantía total.»

¿Garantía sobre qué? Hendrik Schultz se parecía a Santa Claus menos la barba y en absoluto a mi amigo Enrico, de modo que borré la pantalla..., reluctante, como si sintiera una cierta afinidad con el Reverendo Doctor.

—Gwen, no está en el directorio, o al menos no con el nombre de su tarjeta de identificación de la Regla de Oro. ¿Significa eso que nunca estuvo en él? ¿O que su nombre fue borrado esta noche, antes de que su cuerpo se enfriara?

—¿Esperas una respuesta? ¿O estás pensando en voz alta?

—Ninguna de las dos cosas, supongo. Nuestro siguiente movimiento es preguntar en el eje..., ¿correcto?

—Comprobé el directorio, luego llamé a la oficina de inmigración en el eje—. Soy el doctor Richard Ames. Estoy intentando localizar a un habitante llamado Enrico Schultz. ¿Puede darme su dirección?

—¿Por qué no mira en el directorio?—(Sonó exactamente igual que mi maestro de tercer grado..., lo cual no era una recomendación.)

—No está en el directorio. Es un turista, no un abonado. Sólo deseo su dirección en la Regla de Oro. Hotel, pensión, lo que sea.

—¡Alto, alto! Sabe usted muy bien que no proporcionamos información personal sobre nadie. Si no está listado en el directorio, eso quiere decir que pagó lisa y llanamente para no ser listado. Pregunte en otro lado, doctor, si cree que hay algún otro lado donde puede preguntar. —Cortó.

—¿Dónde preguntamos ahora? —inquirió Gwen.

—En el mismo lugar y al mismo calientasiento..., pero con dinero en la mano y en persona. Los terminales son cómodos, Gwen..., pero no para sobornos de menos de cien mil. Para un pequeño estrujón, dinero en efecto y en persona es lo más práctico. ¿Vienes conmigo?

—¿Crees que vas a poder dejarme atrás? ¿El día de nuestra boda? ¡Inténtalo si lo atreves!

—Entonces sería conveniente que lo pusieras algo de ropa.

—¿Te avergüenzas del aspecto que tengo ahora?

—En absoluto. Vamos.

—Está bien, de acuerdo. Medio segundo, mientras encuentro mis zapatillas. Richard, ¿podemos pasar antes por mi compartimiento? Esta noche en el ballet lucía muy chic, pero el traje es demasiado elegante para los pasillos públicos a esta hora del día. Querría cambiarme.

—Tus menores deseos son órdenes para mí, señora. Pero eso suscita otra cuestión. ¿Tienes intención de trasladarte aquí?

—¿Quieres que lo haga?

—Gwen, mi experiencia me dice que el matrimonio puede soportar a veces las camas separadas, pero casi nunca los domicilios separados.

—No me has contestado.

—Así que lo has dado cuenta: Gwen, tengo una mala costumbre que hace que resulte difícil vivir conmigo. Escribo.

Pareció desconcertada.

—Así que me lo has dicho. ¿Pero por qué lo llamas una mala costumbre?

—Oh... Gwen, mi amor, no estoy disculpándome por escribir, del mismo modo que no me disculpo por esa pierna que me falta..., y realmente una cosa conduce a la otra. Cuando ya no pude seguir la profesión de las armas, tuve que hacer algo para comer. No estaba entrenado para ninguna otra cosa, y allá en casa algún otro tipo tenía mis papeles. Pero escribir es una forma legal de evitar trabajar sin tener que robar, y un trabajo que no necesita ningún talento especial ni entrenamiento.

»Pero escribir es antisocial. Es tan solitario como la masturbación. Molestas a un escritor cuando se halla en plena vena creativa, y lo más probable es que te muerda hasta el hueso, sin siquiera saber que lo está haciendo. Como se dan cuenta a menudo las esposas y esposos de escritores y escritoras, con gran horror.

»Y..., ¡atiende cuidadosamente, Gwen!..., *no* hay forma de que los escritores puedan ser domesticados y devueltos a la civilización. Ni siquiera curados. En una casa con más de una persona, en la que una es escritor o escritora, la única solución conocida por la ciencia es proporcionarle al paciente una habitación donde pueda aislarse, donde pueda soportar su estados más agudos en privado, y donde la comida pueda ser introducida mediante un palo largo. Porque, si molestas al paciente en tales momentos, puede estallar en lágrimas o ponerse violento. O puede no oírte en absoluto y..., si lo sacudes en este estado, muerde.

Sonreí con mi mejor sonrisa.

—No lo preocupes, querida. En la actualidad no estoy trabajando en ninguna historia en particular, y evitaré empezar una hasta que arreglemos una habitación de aislamiento donde pueda trabajar. Este lugar no es lo bastante grande, y tampoco el tuyo. Hummm, antes de que vayamos al eje quiero llamar a la oficina del Administrador y ver qué compartimientos más grandes hay disponibles. También necesitaremos dos terminales.

—¿Por qué dos, querido? Yo no utilizo mucho el terminal.

—Pero cuando lo haces, lo necesitas. Cuando estoy utilizando éste en modo de proceso de textos, no puede ser usado para ninguna otra cosa..., nada de periódicos, ni correo, ni compras, ni programas, ni llamadas personales, nada de nada. Créeme, querida: sufro esta enfermedad desde hace años, sé como manejarla. Déjame tener una habitación pequeña y un terminal, déjame meterme en ella y cierra con llave la puerta a mis espaldas, y será como si tuvieras un marido normal y saludable que se marcha a la oficina cada mañana y hace lo que se supone que hacen los hombres en las oficinas, cosa que nunca he sabido qué era ni he tenido demasiado interés en averiguar.

—Sí; querido. Richard, ¿te gusta escribir?

—A nadie le gusta escribir.

—Me lo preguntaba. Entonces debo comunicarte que no lo dije exactamente la verdad cuando señalé que me había casado contigo por lo dinero.

—Y yo tampoco lo creí. Estamos en paz.

—Sí, querido. Realmente puedo permitirme el mantenerte como un animalito de compañía. Oh, no puedo comprarte yates. Pero podemos vivir con una razonable comodidad en la Regla de Oro..., que no es precisamente el lugar más barato del Sistema Solar. No tienes que escribir.

Me detuve para besarla, cuidadosa y concienzudamente.

—Me alegro de haberme casado contigo. Pero voy a tener que seguir escribiendo.

—Pero no te gusta, y no necesitamos el dinero. ¡De veras, no lo necesitamos!

—Gracias, amor. Pero no te expliqué el otro aspecto insidioso de escribir. No hay forma de dejarlo. Los escritores siguen escribiendo incluso mucho después de que les resulte financieramente innecesario..., porque duele menos escribir que no escribir.

—No comprendo.

—Yo tampoco lo comprendí cuando di ese primer paso fatal..., era un relato corto, y pensé sinceramente que podía dejarlo en cualquier momento. No importa, querida. Dentro de diez años comprenderás. Simplemente no me prestes atención cuando lloriquee. No significa nada..., tan sólo el mono que tengo sobre mis hombros.

—¿Richard? ¿Ayudaría un psicoanalista?

—No puedo correr ese riesgo. En una ocasión conocí a un escritor que había intentado ese camino. Le curó de escribir, es cierto. Pero no le curó de la necesidad de escribir. La última vez que le vi estaba acurrucado en un rincón, temblando. Era su fase buena. Pero la simple visión de un procesador de textos le provocaba un ataque.

—Oh... ¿De nuevo esa ligera tendencia a la exageración?

—¡Vamos, Gwen! Puedo llevarte hasta él. Mostrarte su lápida. No te preocupes, querida; llamaré a la oficina del Administrador. —Me volví hacia el terminal...

...justo en el momento en que todas las luces del aparato se encendían como un árbol de Navidad y el zumbador de emergencias sonaba fuertemente. Pulsé la tecla de respuesta.

—¡Aquí Ames! ¿Hemos recibido un impacto?

Las palabras sonaron como letras arrojadas de lado a lado de la pantalla del tubo de rayos catódicos, y la impresora empezó a funcionar sin que yo le dijera que lo hiciese... Odio cuando se comporta así.

—Oficial de servicio al doctor Richard Ames: Administración comunica que el compartimiento que ocupa usted actualmente, designado como 715301 en 65-15-0,4, es necesitado con urgencia. Se le comunica que lo abandone inmediatamente. El alquiler no consumido ha sido abonado en su cuenta, más una bonificación adicional de cincuenta coronas por todas las molestias que el desalojo pueda causarle. Orden firmada por Arthur Middlegaff, Delegado de Alojamiento del Administrador. ¡Buenos días!

## 4

*Sigo trabajando por la misma razón que una gallina sigue poniendo huevos.*

H. L. MENCKEN, 1880-1956

Desorbité los ojos.

—¡Oh, por todos los infiernos y los diablos juntos! ¡Cincuenta coronas, santo cielo! ¡Gwen! ¡Ahora puedes casarte conmigo por mi dinero!

—¿Te sientes bien, cariño? La otra noche pagaste más que eso por una botella de vino. Creo que es algo hediondo. Insultante.

—Por supuesto que lo es, querida. Su intención es ponerme furioso, además de la inconveniencia de obligarme a mudarme. Así que no voy a hacerlo.

—¿No vas a irte de aquí?

—No, no. Nos iremos inmediatamente. Hay formas de luchar contra la municipalidad, pero negarse al desalojo no es una de ellas. No cuando el Delegado del Administrador puede cortar en cualquier momento la energía y la ventilación y el agua y los servicios sanitarios. No, querida, la intención es ponerme furioso, anular mi ecuanimidad y forzarme a lanzar amenazas que no voy a poder cumplir.

Sonreí a mi amor.

—Así que no voy a ponerme furioso y me iré inmediatamente de aquí, manso como un corderito..., y la intensa furia que siento en mi interior se quedará ahí, fuera de la vista, hasta que me resulte útil. Además, eso no cambia nada, puesto que de todos modos iba a pedir un compartimiento más grande, uno con más espacio al menos, para los dos. Así que voy a llamarle..., al querido señor Middlegaff, quiero decir.

Tecléé pidiendo de nuevo el directorio, puesto que no sabía de memoria el código de llamada de la oficina de alojamientos. Pulsé la tecla de ejecución.

Y obtuve un aviso en la pantalla: «TERMINAL FUERA DE SERVICIO.»



Lo miré mientras contaba del uno al diez, en sentido inverso, en sánscrito. El querido señor Middlegaff, o el propio Administrador, o alguien, estaba intentando con ahínco ponerme furioso. Así que, por encima de todo, no debía permitir que eso ocurriera. Debía pensar calmadamente pensamientos tranquilos, los mismos que debe tener un fakir tendido en un lecho de clavos. Aunque no creía que me hiciera ningún daño pensar en freír sus gónadas para comer, una vez supiera de quién se trataba. ¿Con salsa de soja? ¿O simplemente mantequilla al ajo y una pizca de sal?

Pensar en esas elecciones culinarias me relajó un tanto. No me sorprendió, y materialmente no me irritó más, cuando el aviso cambió, de «TERMINAL FUERA DE SERVICIO», a «LA ENERGÍA Y LOS SERVICIOS DEPENDIENTES DE LA ENERGÍA SERÁN INTERRUMPIDOS A LAS 13:00». El segundo aviso fue reemplazado por un aviso horario en grandes números: 12:31, que cambió a 12:32 mientras lo estaba mirando.

—Richard, ¿qué demonios están haciendo?

—Siguen intentando sacarme de mis casillas, sospecho. Pero no les vamos a dejar. En vez de ello vamos a emplear veintiocho minutos..., no, veintisiete..., en sacar de aquí cinco años de basura.

—Sí, señor. ¿En qué puedo ayudar?

—¡Esa es mi chica! La ropa pequeña está aquí, la grande en el dormitorio..., ponlo todo encima de la cama. En el estante del ropero mayor hay una maleta de lona grande. Mételo todo dentro, tan apretadamente como lo sea posible. No selecciones. Toma esa bata que llevaste en el desayuno y utilízala para hacer un fardo con todo lo que no puedas meter en la maleta; átalalo con este cinturón.

—¿Las cosas del baño?

—Oh, sí. Hay una caja grande de plástico en la alacena..., mételo todo dentro a inclúyela en el fardo. ¡Amor, vas a ser una esposa maravillosa!

—Tienes razón. Es la práctica, querido..., las viudas son siempre las mejores esposas. ¿Quieres que te cuente algo de mis anteriores maridos?

—Sí, pero no ahora. Guárdalo para alguna larga velada, cuando tengas dolor de cabeza y yo no esté demasiado cansado. —Tras echar el noventa por ciento del trabajo sobre los hombros de Gwen, me dediqué al más difícil diez por ciento restante: mis grabaciones y archivos de trabajo.

Los escritores son en su mayoría ratas acumuladoras, mientras que los militares profesionales aprenden a viajar ligeros, pues tienen que hacerlo a menudo. Esta dicotomía hubiera podido volverme esquizofrénico de no ser por el más maravilloso invento para los escritores desde que se inventó la goma de borrar al otro extremo del lápiz: los archivos electrónicos.

Utilizo discos Mega de Sony, cada uno de los cuales puede contener su buen medio millón de palabras y tiene solamente dos centímetros de ancho por tres milímetros de espesor, con la información tan densamente almacenada que uno ni se atreve a pensar en ella. Me senté al terminal, me saqué mi prótesis (mi pata de palo, si lo prefieren), abrí su parte superior. Luego extraje todos mis discos de memoria del selector del terminal, los metí en el cilindro que constituye la «tibia» de mi prótesis, lo cerré, y volví a colocarla en su sitio.

Ya tenía todos los archivos necesarios para mi trabajo: contratos, cartas comerciales, copias de mis obras protegidas por copyright, correspondencia general, archivos de direcciones, notas para historias a escribir, declaraciones de impuestos, etc. y etc., *ad nauseam*. En días anteriores a los archivos electrónicos ese archivo hubiera significado una tonelada y media de papel metido en media tonelada de acero, todo ello ocupando varios metros cúbicos. Ahora su masa era de unos pocos gramos y ocupaba un espacio no mayor que mi dedo medio..., veinte millones de palabras meticulosamente archivadas.

Los discos estaban totalmente encajados dentro de aquel «hueso», y en consecuencia a salvo de robo, pérdida y daños. ¿Quién roba la prótesis de otro hombre? ¿Cómo puede un tullido olvidar su pierna artificial? Puede quitársela por la noche, pero es lo primero que busca cuando se levanta de la cama.

Ni siquiera un atracador presta atención a una prótesis. En mi caso, la mayor parte de la gente ni siquiera sabe que llevo una. Tan sólo en una ocasión me he visto separado de ella: un asociado (no un amigo) me la quitó para mantenerme encerrado durante una noche..., tuvimos una pequeña diferencia de opinión sobre un asunto de negocios. Pero conseguí escapar, saltando sobre una pierna. Luego peiné su cabeza con raya en medio con el atizador de su chimenea y tomé mi otra pierna, algunos papeles, y me fui. El trabajo de escribir, aunque es básicamente sedentario, tiene también sus momentos movidos.

La hora en el terminal señalaba las 12:54 y ya casi habíamos terminado. Quedaba tan sólo un puñado de libros —libros encuadernados, con palabras impresas sobre papel—, que Gwen metió en el fardo que había hecho con el resto de mi ropa.

—¿Algo más? —preguntó.

—Creo que eso es todo. Haré una última inspección rápida y arrojaré todo lo que encuentre y hayamos olvidado al pasillo, luego ya pensaremos qué hacer con ello después que apaguen las luces.

—¿Qué hay de ese bonsai? —Gwen estaba contemplando mi diminuto arce plantado en una maceta, de más de ochenta años de edad y sólo treinta y nueve centímetros de altura.

—No hay forma de meterlo en ningún sitio, querida. Y además, necesita ser regado varias veces al día. El pobre tendrá que adaptarse al próximo inquilino.

—Ni hablar de eso, jefe. Lo llevarás en la mano hasta mi compartimiento mientras yo arrastro lo demás detrás tuyo.

(Hubiera tenido que añadir que «el pobre» nunca me había entusiasmado excesivamente.)

—¿Vamos a ir a tu compartimiento?

—¿Dónde si no, querido? De acuerdo que necesitamos un lugar más amplio, pero nuestra necesidad más urgente es un techo sobre nuestras cabezas. Y parece que va a nevar apenas se ponga el sol.

—¡Si, ya está empezando a hacerlo! Gwen, recuérdame que te diga lo contento que me siento de haberme casado contigo.

—Tú no te casaste conmigo; los hombres nunca lo hacen.

—¿De veras?

—De veras. Pero te lo recordaré de todos modos:

—Hazlo. Estoy contento de que te casaras conmigo. Estoy contento de que me casaras contigo. ¿Prometes que me impedirás ser sensato de ahora en adelante?

No había prometido aún nada cuando las luces parpadearon dos veces, y de pronto la prisa se apoderó de nosotros. Gwen lo sacó todo al pasillo mientras yo efectuaba una última y rápida inspección. Las luces parpadearon de nuevo, agarré mi bastón, y crucé la puerta justo en el momento en que se contraía tras de mí.

—¡Huau!

—Tranquilo, jefe. Respira lentamente. Cuenta diez antes de exhalar, luego hazlo con lentitud. —Gwen palmeó mi espalda.

—Hubiéramos tenido que ir a las cataratas del Niágara. Te dije que lo hiciéramos. Te lo dije.

—Sí, Richard. Coge el arbolito. Con esta gravedad puedo encargarme de la maleta y del fardo, una cosa en cada mano. ¿Directos a gravedad cero?

—Si, pero yo llevaré la maleta y el árbol. Ataré mi bastón a la maleta.

—Por favor, no hagas el *macho*, Richard. No cuando tenemos tanta prisa.

—*Macho* es una palabra humillante, Gwen. Utilizarla una segunda vez requerirá una zurra con la mano; utilizarla una tercera vez exigirá que emplee el bastón. Seré *macho* cada maldita vez que considere que debo serlo.

—Sí, señor. Yo Jane, tú Tarzán. Toma el arbolito, por favor.

Llegamos a un compromiso. Yo llevé la maleta y utilicé el bastón para equilibrarme; Gwen llevó el fardo con una mano, el arce bonsai con la otra. Estaba desequilibrada y no dejaba de cambiar el fardo de mano. El arreglo propuesto por Gwen era, debo admitirlo, el más lógico, puesto que el peso no debía ser mucho para ella a aquella aceleración, y descendía progresivamente a medida que trepábamos a gravedad cero. Yo me sentía tímido, un poco avergonzado..., pero para un impedido resulta una tentación demostrar, especialmente a las mujeres, que puede hacer todo lo que antes estaba acostumbrado a hacer. Una estupidez, puesto que cualquiera es capaz de ver que no puede. No caigo a menudo en esa tentación.

Una vez estuvimos en caída libre en el eje avanzamos directamente por él, con los bultos atados a nosotros, mientras Gwen sujetaba el pequeño árbol con ambas manos. Cuando llegamos a su anillo, Gwen se hizo cargo de los dos bultos del equipaje y yo no discutí. El viaje duró en total menos de media hora. Hubiera podido pedir un contenedor de carga..., pero lo más probable es que aún estuviéramos esperándolo. Generalmente los «dispositivos ahorradores de trabajo» lo son todo menos eso.

Gwen dejó su carga y le habló a la puerta.

No se abrió.

En vez de ello, la puerta respondió:

—Señorita Novak, por favor, llame inmediatamente a la oficina de alojamientos del Administrador. El terminal público más próximo se halla en el anillo cien-cinco, radio uno-treinta-cinco grados, aceleración seis décimos de gravedad, cerca de los transportes públicos del personal. Ese terminal aceptará su llamada libre de gastos, cortesía de la Regla de Oro.

No puedo decir que me sorprendiera mucho. Pero admito que me sentí terriblemente decepcionado. Hallarse sin casa es algo parecido a estar hambriento. Quizá peor incluso.

Gwen se comportó como si no hubiera oído aquel anuncio de desalojo. Me dijo:

—Siéntate en la maleta, Richard, y tómatelo con calma. No creo que tarde mucho.

Abrió su bolso, rebuscó en él, extrajo una lima de uñas y un trozo de cable, creo que era un clip. Canturreando una cancioncilla, se puso a trabajar en la puerta del compartimiento.

Ayudé no ofreciéndole ningún consejo. Ni una palabra. Resultaba difícil, pero lo conseguí.

Gwen dejó de canturrear y se enderezó.

—¡Ya está! —anunció.

La puerta se abrió de par en par.

Tomó mi arce bonsai..., nuestro arce bonsai.

—Entra, querido. Será mejor que por el momento dejemos la maleta cruzando el umbral, para que la puerta no vuelva a cerrarse. Está oscuro dentro.

La seguí al interior. La única luz procedía de la pantalla de su terminal:

#### TODOS LOS SERVICIOS SUSPENDIDOS

La ignoró y rebuscó de nuevo en su bolso, extrajo una linterna lápiz, usó su luz para mirar en el interior de un cajón de su alacena, sacó un destornillador largo y delgado, un par de tenazas autoblocantes, una herramienta sin nombre definido que podía ser de fabricación casera y un par de guantes aisladores de la esbelta talla de sus dedos.

—Richard, ¿quieres sostenerme la luz, por favor?

La placa de acceso que deseaba alcanzar estaba encima de su microondas y estaba cerrada y decorada con las habituales advertencias a los inquilinos de que no debían mirarla ni siquiera de reojo, y mucho menos tocarla, con conjuros tales como «¡Peligro! No manipular... Llame al servicio de mantenimiento», etc. Gwen se subió al horno y abrió la placa de acceso con un simple toque; al parecer no era la primera vez que lo hacía.

Luego se puso a trabajar muy silenciosamente, excepto por aquel tarareo monótono y alguna que otra petición dirigida a mí para que moviera la linterna hacia uno a otro lado. En una ocasión provocó unos espectaculares fuegos artificiales que le hicieron chasquear desaprobadoramente la lengua y murmurar:

—Malo, malo. No tienes que hacerle esto a Gwen.

Luego siguió trabajando, más lentamente, durante otro momento. Las luces del compartimiento se encendieron, acompañadas por el suave ronronear de una habitación viva: aire, micromotores, etc.

Cerró la placa de acceso.

—¿Me ayudas a bajar, querido?

La alcé y la bajé a pulso con las dos manos, y la mantuve sujeta, reclamando un beso por el servicio. Me sonrió.

—¡Gracias, señor! Oh, había olvidado ya lo agradable que es estar casada. Deberíamos casarnos más a menudo.

—¿Ahora?

—No, es hora de comer. El desayuno fue espléndido, pero ya son pasadas las catorce. ¿Te apetece comer algo?

—Es un buen ejercicio —admití—. ¿Qué lo parece el Sloppy Joe, en la Vía Apia, cerca del anillo uno-cero-cinco? ¿O prefieres la *haute cuisine*?

—El Sloppy Joe está bien; no soy melindrosa con la comida, querido. Pero no creo que debamos salir a comer; puede que no podamos volver a entrar.

—¿Por qué no? Eres excelente haciendo una derivación en la combi de la puerta.

—Richard, puede que la próxima vez no sea tan fácil. Simplemente no se han dado cuenta, todavía, de que encerrarme fuera no sirve de nada. Pero cuando se den cuenta... pueden soldar si quieren una placa de acero cruzando el umbral. No van a tener que hacerlo, puesto que no voy a luchar contra su deshaucio más de lo que has luchado tú. Comamos; luego haré las maletas. ¿Qué te gustaría?

Resultó que Gwen había recogido de mi alacena algunos artículos de gourmet que yo tenía congelados o en envases estériles. Suelo almacenar alimentos poco usuales. ¿Cómo puede uno saber por anticipado, cuando está trabajando en una historia en mitad de la noche, si va a sentir el deseo repentino de tomar una buena crema de almejas? Es prudente disponer a mano de los materiales necesarios. De otro modo puedes sentirte tentado a dejar de trabajar y abandonar tu reclusión monástica para ir en busca de un artículo que te falta..., y ese camino conduce a la bancarrota.

Gwen preparó una comida con sus reservas y las mías..., las nuestras, debería decir, y comimos mientras examinábamos nuestro próximo movimiento, porque teníamos que movernos. Le dije que tenía intención de llamar al querido señor Middlegaff tan pronto como hubiéramos terminado de comer.

Pareció pensativa.

—Será mejor que primero haga las maletas.

—Si quieres. ¿Pero por qué?

—Richard, tenemos la lepra; eso es evidente. Creo que es algo que tiene que ver con la muerte de Schultz. Pero no lo sabemos. Sea cual sea la causa, cuando asomemos fuera la cabeza, será mejor que tenga preparadas mis cosas junto con las tuyas; puede que no podamos volver a entrar. —Hizo un gesto hacia el terminal, que seguía exhibiendo el mensaje: «**TODOS LOS SERVICIOS SUSPENDIDOS**»—. Poner ese terminal en servicio de nuevo es más que un asunto de engatusar a unos cuantos solenoides, puesto que el ordenador en sí está en otra parte. Así que no podemos contactar al señor Middlegaff desde este compartimiento. En consecuencia, tenemos que hacer todo lo que tengamos que hacer aquí antes de que crucemos esa puerta.

—Mientras haces las maletas, puedo salir y llamarle.

—¡Sobre mi cadáver!

—¿Eh? Gwen, sé razonable.

—Soy enfáticamente razonable. Richard Colin, eres mi recién estrenado esposo; tengo intención de usarte años y años. Mientras estemos en dificultades, no pienso perderte de vista. Podrías desaparecer como el señor Schultz. Querido, si te disparan, tendrán que dispararme a mí primero.

Intenté razonar con ella; se tapó los oídos con las manos.

—No voy a discutirlo, no puedo oírte, ¡no estoy escuchando! —Apartó las manos de sus oídos—. Ayúdame a hacer las maletas. Por favor.

—Sí, querida.

Gwen tuvo sus cosas listas en menos tiempo del que yo había empleado, pese a que mi ayuda consistió principalmente en mantenerme fuera de su camino. No estoy muy acostumbrado a vivir con mujeres; el servicio militar no es propenso a la vida hogareña y yo siempre he tendido a evitar el matrimonio, aparte algunos contratos a corto plazo con camaradas Amazonas..., contratos cancelados automáticamente por las órdenes de cambio de destino. Cuando alcancé un grado superior tuve ordenanzas femeninas un par de veces o seis..., pero no supongo que esa relación sea muy parecida tampoco a un matrimonio civil.

Lo que estoy intentando decir es que, pese a haber escrito varios miles de palabras de confesiones de amor hechas por mujeres bajo un centenar largo de seudónimos femeninos, no sé mucho de mujeres. Cuando estaba aprendiendo el asunto ése de escribir, le señalé esto al director de la publicación que me estaba comprando esas historias de pecado, sufrimiento y arrepentimiento. Ese director era Evelyn Fingerhut, un hombre hosco de mediana edad con una cabeza calva, un tic y un cigarro permanentemente en la boca.

Gruñó:

—No intente aprender nada acerca de las mujeres; sería perjudicial para usted.

—Pero se supone que éstas son historias auténticas —objeté.

—*Son* historias auténticas; cada una de ellas va acompañada por una afirmación que es casi un juramento: «Esta historia está basada en hechos reales.» —Clavó un dedo en el manuscrito que acababa de traerle—. Hay una nota que dice «hecho real» grapada a ésta. ¿Intenta decirme que no es cierto? ¿No quiere que se la paguemos?

Sí, quería que me la pagaran. Para mí el apogeo del estilo literario en prosa queda expresado en esa simple y sublime cláusula: «Páguese a la orden de...» Respondí rápidamente:

—Bien, de hecho, esta historia no es ningún problema. No conozco realmente a la mujer, pero mi madre me habló de ella..., era una chica con la que fue al colegio. Esa chica se casó realmente con el hermano menor de su madre. Estaba embarazada cuando fue descubierta la verdad..., y entonces se vio enfrentada al horrible dilema tal como lo he descrito: el pecado de abortar, o la tragedia de un niño nacido del incesto, con la posibilidad de tener dos cabezas y carecer de barbilla. Todo es real, Evelyn, aunque lo he adornado un poco al escribirlo. Resultó que Beth Lou no tenía ninguna relación de sangre con su tío, y ésa es la parte que he escrito..., pero también resultó que su hijo no tenía nada que ver con su marido: esa parte la he dejado fuera.

—Entonces escribala de nuevo para otra ocasión y deje esa parte dentro y la otra parte fuera. Simplemente asegúrese de cambiar los nombres y los lugares; no quiero ninguna demanda.

Más tarde lo hice, y le vendí también esa segunda versión, pero nunca se me ocurrió decirle a Fingerhut que nada de aquello le había ocurrido a una compañera de colegio de mi madre, sino que era algo que había tomado de un libro perteneciente a mi tío Abby: los libretos del *Ciclo de los anillos* de Richard Wagner, que hubiera debido limitarse a componer música y dejar que alguien como W. S. Gilbert escribiera sus libretos; Wagner era un malísimo escritor.

Pero estos ridículos argumentos eran exactamente adecuados para el negocio de las confesiones auténticas, adornados con un poco, no demasiado, erotismo... y, por supuesto, distintos nombres y lugares. No

los plagió. No totalmente, al menos. Todos ellos son ahora del dominio público, los derechos de autor han expirado, y además, Wagner fue el primero que los plagió.

Hubiera podido darme la gran vida sin necesidad de salirme de los argumentos wagnerianos. Pero empecé a cansarme de ellos. Cuando Fingerhut se retiró y se compró una granja de pavos, abandoné el negocio de las confesiones y empecé a escribir historias de guerra. Esto era más difícil —durante un tiempo casi me morí de hambre—, porque sé algo de asuntos militares, y eso (como muy bien había señalado Fingerhut) es perjudicial.

Al cabo de un tiempo aprendí a dejar de lado lo que sabía, no dejar que se entrometiera con la línea de la historia. Pero nunca tuve problemas con las historias de confesiones, puesto que ni Fingerhut, ni yo, ni Wagner, sabíamos nada de mujeres.

Especialmente en lo que se refiere a Gwen. En algún lugar había adquirido la convicción de que las mujeres necesitan al menos siete mulas de carga para viajar. O su equivalente en baúles. Y, por supuesto, las mujeres son desorganizadas por naturaleza. O así creía.

Gwen salió de su compartimiento con sólo una maleta grande de ropa, más pequeña que la mía, y con toda su ropa cuidadosamente doblada, y una maleta más pequeña de..., bien, no ropa. Cosas.

Alineé nuestras posesiones: mi maleta, mi fardo, sus dos maletas, su bolso, mi bastón, el bonsai..., y se lo quedó mirando todo.

—Creo que puedo pensar en una forma de llevarlo todo a la vez —dijo.

—No veo cómo —objeté—, con sólo dos manos por cabeza. Será mejor que encargue un contenedor de transporte.

—Como quieras, Richard.

—Lo quiero. —Me volví hacia su terminal..., y me detuve—. Oh...

Gwen tenía toda su atención centrada en nuestro pequeño arce.

—Oh —repetí—. Gwen, vamos a tener que separarnos un momento. Saldré y encontraré esa cabina de terminal más cercana, luego volveré...

—No, Richard.

—¿Eh? Sólo el tiempo de...

—No, Richard.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Cuál es la solución?

—Richard, estaré de acuerdo con cualquier línea de acción que no implique el que nos separemos. Dejarlo todo dentro de este compartimiento y esperar que podamos volver a entrar en él..., es una solución. Dejarlo todo justo fuera de la puerta y abandonarlo mientras vamos a encargar un contenedor de carga y a llamar al señor Middlegaff..., es otra.

—Y conseguir que todo desaparezca mientras estamos fuera. ¿O no hay ratas de dos patas por este vecindario? —Estaba siendo sarcástico. Cada hábitat espacial tiene sus merodeadores nocturnos, habitantes invisibles que no pueden permitirse el permanecer en el espacio pero eluden el ser devueltos a la Tierra. En la Regla de Oro sospecho que la administración los lanza al espacio cuando los atrapa..., aunque corren rumores más tenebrosos, que me hacen evitar comer todo tipo de picadillo de cerdo.

—Queda todavía una tercera solución, señor, adecuada para trasladarnos hasta la cabina del terminal. Es decir, tan lejos como podemos ir hasta que la oficina de alojamientos nos asigne un nuevo espacio. Una vez sepamos nuestra nueva dirección, podemos llamar un contenedor y aguardarlo.

»La cabina no está muy lejos. Señor, antes dijiste que podías llevar la maleta y su fardo, con el bastón sujeto a la maleta. Tratándose de esta corta distancia, lo acepto. Yo puedo llevar mis dos maletas, una en cada mano, con la correa de mi bolso pasada por el cuello de modo que pueda llevarlo colgado del hombro.

»El único problema, pues, es el arbolito. Richard, habrás visto fotos en el *National Geographic* de chicas nativas llevando fardos sobre sus cabezas. —No aguardé a que yo dijera que sí; alzó la pequeña maceta, la colocó sobre su cabeza, apartó las manos, me sonrió, se inclinó, doblando sólo las rodillas, la columna recta y la cabeza erguida... y tomó sus dos maletas.

Caminó de un lado a otro del compartimiento, se volvió y me miró. Aplaudí.

—Gracias, señor. Sólo una cosa más. A veces los pasillos están atestados. Si alguien me empuja, haré esto. —Simuló tambalearse ante un empujón, soltó las dos maletas, agarró el bonsai en su caída, volvió a colocarlo sobre su cabeza y recogió su equipaje—. Así.

—Y yo dejaré caer mis bultos, cogeré mi bastón y apalearé con él a quien lo haya empujado. Sin matarlo. Sólo una reprimenda. Suponiendo que el sinvergüenza sea masculino y de edad avanzada —me apresuré a añadir—. Si no, haré que el castigo sea acorde con el criminal.

—Estoy segura de que lo harás, querido. Pero, a decir verdad, no creo que nadie vaya a empujarme tampoco, puesto que tú caminarás siempre delante de mí, abriendo camino. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Excepto que tú deberías ir desnuda de cintura para arriba.

—¿De veras?

—Todas las fotos de ese tipo del *National Geographic* muestran siempre a las mujeres desnudas de cintura para arriba. Así es como las presentan.

—De acuerdo, si tú lo dices. Aunque no estoy realmente dotada para eso.

—Deja de reclamar cumplidos, cara de mona; tienes toda la dotación necesaria. Pero eres demasiado buena para la gente común, así que mantén puesta tu blusa.

—A mí no me importa. Si realmente crees que debo...

—Eres demasiado voluntariosa. Haz lo que quieras, pero yo no, repito, no, te estoy diciendo que hagas nada. ¿Todas las mujeres sois unas exhibicionistas?

—Sí.

La discusión terminó porque sonó el timbre de la puerta. Pareció sorprendida.

—Déjame a mí —dije. Me dirigí hacia la puerta, pulsé el botón de la voz—. ¿Sí?

—¡Mensaje del Administrador!

Aparté el dedo del botón de la voz, miré a Gwen.

—¿Debo abrir?

—Creo que debemos.

Pulsé el botón de dilatación; la puerta se abrió. Entró un hombre con uniforme de procurador; dejé que la puerta volviera a cerrarse a sus espaldas.

Me tendió una tablilla.

—Firme aquí, senador. —Retiró bruscamente la tablilla—. Porque usted *es* el senador de la Standard Oil, ¿no?

## 5

*Es una de esas personas que mejora enormemente con la muerte.*

H. H. MUNRO, 1870-1916

—Traiga de nuevo eso —dije—. ¿Quién es usted? Identifíquese.

—¿Eh? Si usted no es el senador, olvídelo; me he equivocado de dirección. —Empezó a retroceder y golpeó con su espalda contra la puerta..., pareció alarmarse y volvió la cabeza, tendió la mano hacia el botón dilatador.

Bajé su mano de un palmetazo.

—Le dije que se identificara. Ese traje de payaso que lleva no es ninguna identificación; quiero ver sus credenciales. ¡Gwen! ¡Cúbrele!

—¡De acuerdo, senador!

El hombre metió la mano en un bolsillo de su cadera, extrajo rápidamente algo. Gwen pateó lo que fuera, haciéndolo volar de su mano; yo le lancé un golpe a un lado del cuello con el filo de la mía. Su tablilla saltó por los aires y él se derrumbó, cayendo al suelo con esa curiosa lentitud de la baja gravedad.

Me arrodillé a su lado.

—Mantenlo cubierto, Gwen.

—Un segundo, senador... ¡cuidado! —Me eché hacia atrás y aguardé. Ella se acercó y se agachó— De acuerdo ahora. Pero no te metas en mi línea de fuego, por favor.

—Correcto. —Mantuve los ojos fijos en nuestro huésped, derrumbado flácido en el suelo. Su desmañada postura parecía indicar que estaba inconsciente. De todos modos, había una posibilidad de que estuviera fingiendo; no le había golpeado tan duro como eso. Así que apliqué mi pulgar en el punto de presión cervical inferior izquierdo, apretando fuerte con la intención de hacer que chillara y se clavara con las uñas al techo si estaba consciente. No se movió.

De modo que le registré. Primero desde atrás, luego le di la vuelta. Sus pantalones no hacían juego con su túnica, y les faltaba el cordoncillo que desciende por los lados en las costuras y que deben llevar los pantalones de un uniforme de procurador. La túnica no era de su talla. En sus bolsillos había unas cuantas coronas en papel, un billete de lotería y cinco cartuchos. Estos últimos eran Skoda, de 6,5 mm de largo, sin camisa, de expansión, utilizados en pistolas, metralletas y rifles..., e ilegales casi en todas partes. Ninguna billetera, ninguna identificación, nada más.

Necesitaba un baño.

Me eché hacia atrás y me levanté.

—Sigue apuntándole con lo pistola, Gwen. Creo que es un merodeador nocturno.

—Yo también. Por favor, mira esto, señor, mientras lo mantengo cubierto. —Gwen señaló hacia una pistola que había en el suelo.

Llamarla «pistola» la dignifica más de lo que se merece. Era un arma mortífera, de fabricación casera, de la categoría conocida tradicionalmente como «petardera». La estudié tan concienzudamente como me fue posible sin tocarla. Su cañón era un tubo de metal tan mal calibrado que me pregunté si habría llegado a ser disparada alguna vez. La culata era de plástico, groseramente tallada con un cuchillo para que se adaptara al puño. El mecanismo disparador estaba protegido por una cubierta de metal mantenida en su lugar (¡créanme!) por gomas elásticas. Parecía evidente que se trataba de un arma de un solo disparo. Pero con aquel deficiente cañón lo más probable es que fuera un arma de un solo disparo en cualquier circunstancia: a mis ojos tenía un aspecto tan peligroso para el usuario como para su blanco.

—Tiene un feo aspecto —dije—. No me dan ganas de tocarla; es una trampa explosiva montada y lista para estallar.

Alcé la vista hacia Gwen. Mantenía cubierto al hombre con un arma tan mortífera como la otra, pero incorporando todas las sofisticaciones del más moderno arte armero: una Miyako de nueve tiros.

—Cuando te apuntó con su arma, ¿por qué no le disparaste? ¿En vez de correr el riesgo de intentar desarmarle? Haciendo esto puedes hallarte muerta en cualquier momento.

—Porque...

—¿Porque qué? Si alguien te apunta con una pistola, mátalos inmediatamente. Si puedes.

—No podía. Cuando me dijiste que lo cubriese, mi bolso estaba ahí al otro lado. Así que lo cubrí con esto. —Algo brilló repentinamente en su otra mano, y pareció estar apuntándole con dos pistolas. Luego volvió a meter el objeto en el bolsillo de su blusa... una pluma—. Me pillaste desprevenida, jefe. Lo siento.

—Oh, ¿cómo puedo cometer esos errores? Cuando te grité que le cubrieras, simplemente intentaba distraerle. No sabía que estuvieras desprevenida.

—Ya dije que lo sentía. Cuando tuve tiempo de coger mi bolso pude sacar este persuasor. Pero antes tenía que desarmarle.

Me di cuenta de que estaba preguntándome qué haría un comandante de campo con un millar como Gwen. Pesará unos cincuenta kilos y no se alza mucho más de metro y medio del suelo..., digamos ciento sesenta centímetros descalza. Pero la estatura tiene poco que ver con esas cosas, como descubrió Goliath hace mucho tiempo.

Por otra parte, no hay un millar de Gwens en ninguna parte. Lo cual quizá sea lo mejor.

—¿Llevabas esa Miyako en lo bolso ayer por la noche?

Dudó.

—De ser así, tal vez hubiera habido que lamentar los resultados, ¿no crees?

—Retiro la pregunta. Creo que nuestro amigo está volviendo en sí. No dejes de apuntarlo con tu pistola mientras lo compruebo. —Utilicé de nuevo el pulgar.

Chilló.

—Siéntate —dije—. No intentes ponerte en pie; simplemente siéntate y coloca las manos encima de lo cabeza. ¿Cómo te llamas?

Me obligó a pasar a la acción, violentamente y contra mi voluntad.

—Vamos, vamos —censuré—. Creo que no es necesario utilizar la rudeza. Señora Hardesty —proseguí, mirando directamente a Gwen—, ¿le importaría suavizarlo un poco? ¿Una pequeña herida superficial? Lo suficiente para enseñarle a ser educado.

—Si usted lo dice, senador. ¿Ahora?

—Bueno..., podemos perdonarle un error. Pero no habrá una segunda oportunidad. Intente no matarle; queremos que hable. ¿Puede herirle en la parte carnosa de un muslo? ¿Sin tocar el hueso?

—Puedo intentarlo.

—Eso es todo lo que se puede pedir. Si le da al hueso, sé que no será por despecho. Empecemos. ¿Cómo te llamas?

—Uh..., Bill.

—¿Bill qué más?

—Uf, sólo Bill. Ése es todo el nombre que utilizo.

—¿Un poco de herida en plena parte carnosa ahora, senador? —dijo Gwen—. ¿Para agudizar un poco su memoria?

—Quizá. ¿La prefieres en la pierna izquierda, Bill? ¿O en la derecha?

—¡En ninguna! Mire, senador, «Bill» es todo el nombre que tengo, de veras..., y haga que ella deje de apuntarme con esa cosa, ¿quiere, por favor?

—Siga manteniéndole cubierto, señora Hardesty. Bill, ella no va a dispararte en tanto que cooperes. ¿Qué le ocurrió a tu apellido?

—Nunca lo tuve. Fui «Bill Número Seis» en el Refugio Infantil del Sagrado Nombre. En la Superficie, quiero decir. En Nueva Orleans.

—Entiendo. Empiezo a entender. ¿Pero qué decía en tu pasaporte cuando subiste aquí?

—No tenía. Sólo una tarjeta de trabajo de un contratista. Decía «William Johnson». Pero eso fue simplemente lo que escribí el agente del contratista. ¡Mire, está agitando esa pistola hacia mí!

—Entonces no hagas nada que la irrite. Ya sabes cómo son las mujeres.

—¡Claro que lo sé! ¡No se les tendría que permitir manejar armas de fuego!

—Un pensamiento interesante. Hablando de armas de fuego... Esa que llevabas: me gustaría desarmarla, pero temo que pueda explotar en mi mano. Así que mejor utilizaremos la tuya. Sin levantarte, da la vuelta de modo que le des la espalda a la señora Hardesty. Voy a empujar lo artillería hasta donde puedas alcanzarla. Cuando te lo diga, ¡no antes!, puedes bajar las manos, desarmarla, luego volver a poner las manos sobre tu cabeza. Pero escucha atentamente esto:

»Señora Hardesty, cuando Bill se dé la vuelta, apunte a su espina dorsal, justo debajo de la nuca. Si hace el menor movimiento sospechoso..., ¡mátele! No espere a que yo se lo diga, no le dé una segunda oportunidad, no le cause una herida en la parte carnosa... mátele instantáneamente.

—¡Con gran placer, senador!

Bill dejó escapar un gemido.

—De acuerdo, Bill; ahora vuélvete. No utilices las manos, solamente el poder de tu voluntad.

Giró sobre sus posaderas, anclándose con los talones para hacerlo. Observé aprobadoramente que Gwen se había movido ligeramente, y ahora sujetaba el arma con las dos manos. Entonces tomé mi bastón y empujé la artillería de fabricación casera de Bill por el suelo hasta un punto frente a él.

—Bill, no hagas ningún movimiento brusco. Baja las manos. Desarma la pistola. Déjala abierta, con la carga a su lado. Luego vuelve a colocar las manos sobre tu cabeza.

Hice retroceder a Gwen con mi bastón y contuve el aliento mientras Bill hacía exactamente lo que le había ordenado. No sentía el menor escrúpulo acerca de matarle, y estaba seguro de que Gwen lo haría en menos de un parpadeo si intentaba volver de alguna manera aquella pistola de fabricación casera contra nosotros.

Pero me preocupaba qué hacer luego con su cuerpo. No lo quería muerto. A menos que estés en un campo de batalla o en un hospital, un cadáver es siempre algo embarazoso, difícil de explicar. La administración se mostraría dura de mollera al respecto.

Así que lancé un suspiro de alivio cuando terminó la tarea que se le había asignado y volvió a colocar las manos sobre su cabeza.

Tendí el bastón, cogiéndolo por la punta, y arrastré aquella horrible pistola y su cartucho hacia mí... Me guardé el cartucho en el bolsillo, luego di un talonazo contra el burdo cañón, aplastando su extremo a inutilizándolo. Luego le dije a Gwen:

—Puede relajarse un poco, señora Hardesty. No hay necesidad de matarlo por ahora. Sitúese en alerta de herida carnosa.



—A sus órdenes, senador. ¿Puedo herirle ya?

—¡No, no! No si se comporta. Bill, vas a comportarte, ¿verdad?

—¿Acaso no lo estoy haciendo? Senador, ¡haga que al menos le ponga el seguro a esa cosa!

—Oh, vamos, vamos. La tuya ni siquiera tenía seguro. Y no estás en situación de poner condiciones. Bill, ¿qué hiciste con el procurador que lo cargaste?

—¿Eh?

—Oh, vamos. Te presentas aquí con una túnica de procurador que no es de lo talla. Y tus pantalones no encajan con el resto de lo atuendo. Te pido que me muestres tus credenciales y sacas una pistola..., ¡una petardera, por el amor de Dios! Y ni siquiera te has bañado desde... ¿hace cuánto tiempo? Dímelo tú. Pero dime primero qué hiciste con el propietario de esta túnica. ¿Está muerto? ¿O simplemente enfajado y metido en un armario? Responde rápido o le diré a la señora Hardesty que te administre un estimulante de la memoria. ¿Dónde está?

—¡No lo sé! Yo no lo hice.

—Vamos, vamos, querido muchacho, no me mientas.

—¡Es la verdad! ¡Por el honor de mi madre que es la más absoluta verdad!

Tenía mis dudas acerca del honor de su madre, pero no hubiera sido correcto expresarlas, especialmente con un ejemplar tan lamentable como aquél.

—Bill —dijo suavemente—, tú no eres un procurador. ¿Debo explicar por qué estoy seguro de ello? —(El Procurador Jefe Franco es un riguroso ordenancista. Si uno de sus esbirros se presentara a su lista matutina con el aspecto —y el olor— de aquel pobre tipo, el delincuente podría considerarse feliz de verse embarcado al instante de regreso a la Superficie)—. Insistiré. ¿Nunca te han clavado una aguja entre la uña y la carne, y luego han calentado el otro extremo de la aguja? Mejora enormemente la memoria.

—Una horquilla para el pelo funciona mejor, senador —dijo ansiosamente Gwen—. Tiene más masa para conservar el calor. Tengo una aquí. ¿Empezamos? ¿Puedo?

—Supongo que quiere decir si puede hacerlo *usted*. No, querida, quiero que siga manteniendo a Bill bajo su vigilancia. Si es necesario recurrir a tales métodos, no voy a pedirle a una dama que haga el trabajo por mí.

—Oh, senador, es usted demasiado blando, abandonará antes de que empiece a cantar de plano. ¡Yo no! Déjeme demostrárselo..., ¡por favor!

—Bien, si insiste...

—¡Mantenga a esa bruja sanguinaria lejos de mí! —La voz de Bill era un puro chillido.

—¡Bill! Te disculparás inmediatamente ante la dama. De lo contrario, dejaré que haga contigo lo que le apetezca.

Gimió de nuevo.

—Señora, me disculpo. Lo siento. Pero me ha asustado terriblemente. Por favor, no utilice una horquilla para el pelo conmigo..., en una ocasión vi a un tipo al que le habían hecho eso.

—Oh, hay cosas peores —le aseguró Gwen placenteramente—. Un hilo de cobre de calibre doce conduce mucho mejor el calor, y hay puntos muy interesantes en el cuerpo masculino donde emplearlo. Es más eficaz. Y obtiene unos resultados mucho más rápidos. —Pensativamente, añadió—: Senador, tengo algo de hilo de cobre en mi maleta. Si sostiene por mí la pistola unos momentos, se lo traeré.

—Gracias, querida, pero puede que no sea necesario; creo que Bill desea decir algo.

—Eso no importa, señor. ¿No prefiere tenerlo a mano por si acaso?

—Quizá. Veremos. ¿Bill? ¿Qué hiciste con ese procurador?

—No hice nada, ¡ni siquiera lo vi! Dos tipos dijeron que tenían un trabajo para mí, a pagar al contado y en metálico. Yo no los busqué, no los había visto nunca antes, no iban con él. Pero siempre hay nuevos rondando por ahí, y Dedos dijo que habían pasado. El...

—Un momento. ¿Quién es «Dedos»?

—Oh, el alcalde de nuestro callejón. ¿De acuerdo?

—Más detalles, por favor. ¿Tu callejón?

—Un hombre tiene que dormir en algún sitio, ¿no? Los VIPs como usted disponen de un compartimiento con su nombre en él. ¡Me gustaría tener la misma suerte! El hogar es donde duerme uno, ¿no?

—Supongo que estás diciendo que tu callejón es tu hogar. ¿Dónde está? Anillo, radio y aceleración.

—Hum... las cosas no son exactamente así.

—Sé racional, Bill. Si está dentro del cilindro principal, no fuera en uno de los apéndices, su localización puede ser descrita de esta forma.

—Quizá sí, pero no puedo describirlo de esta forma porque no es así como funcionan las cosas. Y no le conduciré hasta allá aunque usted insista porque... —Su rostro se contrajo en una absoluta desesperación, y pareció envejecer diez años— ¡No deje que utilice el hierro caliente conmigo y no deje que me dispare poco a poco! ¡Por favor! Simplemente arrójeme al espacio y ahórreme todo esto..., ¿de acuerdo?

—¿Senador?

—¿Sí, señora Hardesty?

—Bill teme que, si le hace usted el suficiente daño, termine diciéndole dónde se oculta para dormir. Otros merodeadores nocturnos duermen también allí: ése es el quid. Sospecho que la Regla de Oro no es lo bastante grande como para ocultarle de los demás. Si nos dice dónde duermen, lo matarán. Probablemente sin apresurarse.

—Bill, ¿es por eso por lo que te muestras tan testarudo?

—Ya he hablado demasiado. Arrójeme al espacio.

—No mientras sigas vivo. Bill, sabes cosas que necesito saber, y tengo intención de estrujártelas aunque esto represente utilizar el hilo de cobre y los más sofisticados conocimientos de la señora Hardesty. Pero puede que no necesite la respuesta a la pregunta que lo he formulado. ¿Qué ocurrirá si me dices o me muestras dónde duermes?

Tardó en responder; le dejé que se tomara su tiempo. Finalmente dijo con voz muy baja:

—Los husmeadores atraparon a un compinche hará unos seis o siete meses. Le hicieron hablar, lo abrieron como una fruta madura. No era de mi callejón, gracias a Dios. El suyo era un espacio de mantenimiento cerca de cien-diez y una gravedad más abajo.

»De modo que los husmeadores gasearon el lugar y murieron un montón de compinches..., pero a ese compinche lo dejaron suelto. No le valió de nada. Apenas llevaba andando veinticuatro horas cuando lo agarraron y lo encerraron con un montón de ratas. Ratas hambrientas.

—Entiendo. —Miré a Gwen.

Tragó saliva y jadeó:

—Nada de ratas, senador. Odio las ratas. Por favor.

—Bill, retiro la pregunta acerca de tu callejón. Tu escondite. Y no te pediré que identifiques a ningún otro merodeador. Pero espero que respondas a todo lo demás que te pregunte, rápida y completamente. No más evasivas. No más pérdidas de tiempo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Volvamos pues atrás. Esos dos desconocidos te ofrecieron un trabajo. Háblame de él.

—Oh, me dijeron que se trataba sólo de causar una confusión de unos pocos minutos, nada importante. Querían que llevara esa túnica, actuara como un husmeador. Que llamara a esta puerta, pidiera por usted. «Mensaje del Administrador», eso era lo que tenía que decir. Luego lo demás... ya lo oyó. Cuando dijera: «¿Hey? ¡Usted no es el senador! ¿O sí?», se suponía que ellos intervendrían y lo arrestarían.

Me miró acusadoramente.

—Pero *usted lo* estropeó todo. Usted lo enredó, no yo.—No hizo *nada* de lo que se suponía que tenía que hacer. Cerró la puerta tras de mí..., y no debía hacerlo, no. Y resultó que era el senador después de todo..., y además *ella* estaba con usted. —Su voz sonó particularmente amarga al referirse a Gwen.

Podía comprender su resentimiento. ¿Cómo puede un sincero criminal, haciendo honestamente su trabajo, tener éxito en su profesión si su víctima no coopera? Casi todos los delitos dependen de la aquiescencia de la víctima. Si la víctima rechaza el papel que le ha sido asignado, el criminal se encuentra en desventaja, una desventaja tan enorme que despierta inmediatamente las simpatías de cualquier juez comprensivo y compasivo. Yo había quebrantado las reglas: había ofrecido resistencia.

—Realmente has tenido mala suerte, Bill. Comprobemos este «Mensaje del Administrador» que se supone que debías entregar. Siga cubriéndolo, señora Hardesty.

—¿Puedo bajar las manos?

—No. —La tablilla seguía en el suelo, entre Gwen y Bill, pero un poco hacia mi lado; podía alcanzarla sin interceptar la línea de fuego. La recogí.

Sujeto por una pinza a la tablilla había un recibo de mensajes, con un espacio donde yo (o quien fuera) debía firmar. Sujeto también por la pinza, a su lado, había el familiar sobre azul de los Tres Planetas Mackay; lo abrí.

El mensaje estaba en grupos codificados de cinco letras, unos cincuenta en total. Incluso el destinatario estaba en código. Escrito a mano, sobre el destinatario, había: « Sen. Cantor, St. Oil.»

Me lo metí en un bolsillo, sin ningún comentario. Gwen me interrogó con la mirada; conseguí no verla.

—Señora Hardesty, ¿qué debemos hacer con Bill?

—¡Esterilizarlo!

—¿Eh? ¿Quiere decir «eliminarlo»? ¿O acaso se está ofreciendo voluntaria a quitar los piojos de su espalda?

—¡Cielos, no! Las dos cosas. Ninguna. Estoy sugiriendo que lo metamos en el baño y lo dejemos encerrado allí hasta que su estado sea higiénico. Agua caliente y enormes cantidades de detergente. Champú para el pelo. Limpieza profunda de las uñas de los dedos de las manos y los pies. Todo. No dejarlo salir hasta que huela a limpio.

—¿Va a permitir que utilice su baño?

—Tal como están las cosas, no espero utilizarlo de nuevo. Senador, estoy harta de este olor.

—Bueno, sí, hace pensar en patatas podridas en un día caluroso en medio de la Corriente del Golfo. Bill, quítate las ropas.

La clase criminal es el grupo más conservador de cualquier sociedad; Bill se mostró tan relucante a desnudarse en presencia de una dama como lo había sido a divulgar el escondite de sus marginados colegas. Le impresionó que yo hiciera aquella proposición, le horrorizó que una dama secundara aquella indecente idea. Respecto a ese último punto yo hubiera estado de acuerdo el día anterior..., pero había aprendido que Gwen no se dejaba impresionar tan fácilmente. De hecho, creo que disfrutaba con aquello.

Mientras se despojaba de sus ropas, Bill se ganó algo de mi simpatía; parecía un pollo desplumado, y su expresión abatida concordaba con su aspecto. Cuando estuvo en paños menores (grises por la suciedad), se detuvo y me miró.

—A pelo —dije secamente—. Luego métete en el baño y trabaja. Si el resultado no es satisfactorio, volverás a empezar. Si asomas la nariz antes de que hayan pasado treinta minutos, no me molestaré en comprobar: te enviaré de nuevo dentro sin contemplaciones. Ahora acaba de quitarte esos andrajos..., ¡rápido!

Bill se volvió de espaldas a Gwen, se despojó de sus últimas prendas, luego se dirigió de lado hacia el baño en un fútil intento de retener una fracción de su modestia. Cerró la puerta tras él.

Gwen devolvió la pistola a su bolso, luego agitó los dedos, extendiéndolos y flexionándolos.

—Estaban empezando a envararse. Querido, ¿puedo quedarme con esos cartuchos?

—¿Eh?

—Los que le quitaste a Bill. Seis, ¿no? Cinco más uno.

—Por supuesto, si quieres. —¿Debía decirle que yo también tenía un uso para ellos? No, la información de este tipo debe ser compartida solamente sobre la base de una «necesidad de saber». Los saqué y se los tendí.

Gwen los examinó, asintió, tomó de nuevo su pistolita... extrajo su cargador, cargó en él los cinco proyectiles confiscados, volvió a meterlo en el arma, introdujo uno en la recámara, puso el seguro al arma y la devolvió a su bolso.

—Corrígeme si estoy equivocado —dije lentamente—. Cuando te pedí la primera vez que me cubrieses, lo hiciste con una pluma que sacaste de tu bolsillo. Luego, una vez lo hubiste desarmado, lo mantuviste a raya con una pistola vacía. ¿Es eso correcto?

—Richard, fui cogida por sorpresa. Hice lo mejor que pude.

—No estaba criticando. ¡Al contrario!

—No hubo ningún momento propicio para decírtelo. —Sonrió—. Querido, ¿puedes prescindir de unos pantalones y una camisa? Creo que hay algunos en la parte de encima de tu maleta.

—Sí, supongo que sí. ¿Para nuestro chico problema?

—Exacto. Quiero echar sus asquerosas ropas a la basura y dejar que sean recicladas. No vamos a librarnos del olor hasta que nos deshagamos de ellas.

—Entonces deshagámonos de ellas. —Arrojé las ropas de Bill por la tolva (todo menos sus zapatos), luego me lavé las manos en la fregadera—. Gwen, no creo que pueda sacarle nada más a ese tipo. Podemos prestarle alguna ropa y dejar simplemente que se marche. O... podemos simplemente echarle sin prestarle ninguna ropa.

Gwen pareció sorprendida.

—Pero los procuradores lo detendrán de inmediato.

—Exacto. Querida, ese chico es un perdedor nato; los procuradores terminarán atrapándolo de todos modos antes de que pase mucho tiempo. ¿Qué les hacen hoy en día a los merodeadores nocturnos? ¿Has oído alguna habladuría al respecto?

—No. Nada que tenga un asomo de verdad.

—No creo que los embarquen de vuelta a la Tierra. Eso costaría demasiado dinero a la Compañía, violando así la Regla de Oro, tal como es interpretada aquí. No hay ningún tipo de celda o prisión en la Regla de Oro; eso limita las posibilidades, ¿no?

Gwen pareció turbada.

—Creo que no me gusta lo que estoy oyendo.

—Falta lo peor. Al otro lado de esa puerta, quizá no a la vista pero no muy lejos, hay un par de matones que no nos quieren bien. O que no me quieren bien, al menos. Si Bill se marcha de aquí, tras fracasar en el trabajo para el que fue contratado, ¿qué le ocurrirá? ¿Van a darlo como alimento a las ratas?

—¡ Ugh!

—Sí, «ugh». Mi tío solía decir: «Nunca recojas a un gatito abandonado..., a menos que te hagas a la idea de ser adoptado por él.» ¿Bien, Gwen?

Suspiró.

—Creo que es un buen muchacho. Quiero decir: podría haberlo sido, si alguna vez alguien se hubiera preocupado por él.

Hice eco a su suspiro.

—Hay una forma de comprobarlo.

## 6

*No cierres el granero después de que te lo han robado.*

HARTLEY M. BALDWIN

Es difícil darle un puñetazo en la nariz a alguien a través de un terminal.

Aunque uno no tenga intención de utilizar una persuasión tan directa, la discusión vía ordenador suele ser algo menos que satisfactoria. Pulsando simplemente una tecla, tu interlocutor puede cortarte o pasarte a un subordinado. Pero si te hallas presente físicamente en su oficina, puedes contrarrestar sus argumentos más razonables con sólo mostrarte más estúpidamente testarudo que él. Basta con que te sientes erguido y digas no. O no digas nada. Puedes enfrentarle con la necesidad de aceptar tus (muy razonables) demandas o hacerte expulsar por la fuerza.

Esto último no suele encajar con su *persona* pública.

Por esas razones decidí eludir el llamar al señor Middlegaff, o a cualquier otro de la oficina de alojamientos, e ir directamente a la oficina del Administrador, en persona. No tenía esperanzas de influir con el señor Middlegaff, que evidentemente había recibido instrucciones concretas, que estaba cumpliendo con una perfecta indiferencia burocrática (¡«Buenos días», por supuesto!). Tenía la ligera esperanza de obtener una satisfacción del Administrador..., pero al menos, si el Administrador no quería saber nada del asunto, no tendría que perder tiempo yendo más arriba. La Regla de Oro, en su calidad de hábitat propiedad de una compañía privada no reconocido por ningún estado soberano (es decir, siendo soberano en sí mismo), no tenía otra autoridad superior a la del Administrador..., puesto que ni siquiera el Altísimo tenía una participación minoritaria.

Las decisiones del Administrador podían ser completamente arbitrarias..., pero eran absolutamente definitivas. No había posibilidad de años de litigio, ningún tribunal superior podía revocar su decisión. Los recursos y contrarrecursos que tanto empañaban la acción de la «justicia» en los estados democráticos allá en la Superficie no podían existir aquí. Recuerdo sólo unos cuantos casos capitales en los cinco años que llevaba

viviendo allí..., pero en cada uno de ellos el Administrador había ocupado el puesto de magistrado, y el condenado había sido lanzado al espacio aquel mismo día.

En un sistema así, la cuestión de un error judicial se convierte en algo discutible.

Añadan a eso el hecho de que la profesión de abogado, como la de prostituta, no está autorizada, ni prohibida, y el resultado es un sistema judicial que no se parece en nada al loco zigurat de precedente y tradición que es considerado «justicia» en la Superficie, La justicia, en la Regla de Oro, puede ser astigmática, si no totalmente ciega; nunca lenta.

Dejamos a Bill en el vestíbulo exterior de las oficinas del Administrador, con nuestro equipaje: mi maleta y mi fardo, las dos maletas de Gwen, el arce bonsai (regado antes de abandonar el compartimiento de Gwen), con instrucciones de que se sentara sobre mi maleta, protegiera el bonsai con su vida (frase de Gwen) y vigilara el resto. Entramos.

Dejamos cada uno nuestro nombre, separadamente, en el mostrador de recepción, luego nos sentamos. Gwen abrió el bolso, sacó un tablero Casio de juegos.

—¿Qué prefieres, querido? ¿Ajedrez, cartas, backgammon, go, o qué?

—¿Calculas que vamos a tener que esperar mucho?

—Sí, eso calculo, señor. A menos que prendamos fuego bajo la mula.

—Creo que tienes razón. ¿Alguna idea respecto a cómo prender ese fuego? Sin incendiar el carro, quiero decir. Oh, qué demonios..., adelante y prendamos fuego al carro también. ¿Pero cómo?

—Podríamos usar una variación del viejo cliché: «Mi esposo lo sabe todo.» O «Su esposa lo ha descubierto.» Pero nuestra variación debería ser completamente novedosa, pues el esquema básico tiene largas patillas blancas. —Añadió—: O puedo dedicarme a hacer punto. Esto siempre es bueno para llamar la atención.

—Pero no pareces embarazada.

—¿Quieres apostar? Hasta ahora nadie me ha echado una buena mirada. Dame cinco minutos a solas en aquellos servicios de señoras del otro lado y podrás jurar que estoy de nueve meses. Richard, aprendí ese truco hace años, cuando era investigadora de reclamaciones para una compañía de seguros. Siempre funciona.

—Me estás tentando —admití—, y sería divertido observarte mientras lo preparas. Pero el truco que utilicemos no solo ha de permitirnos entrar, sino que también ha de permitirnos mantenernos dentro bajo circunstancias en las cuales el tipo de ahí escuche nuestros argumentos.

—Doctor Ames.

—¿Sí, señora Ames?

—El Administrador no va a escuchar nuestros argumentos.

—Por favor, amplía.

—Aplaudí tu decisión de ir directamente a la cúspide porque vi que ahorraría tiempo y lágrimas recibir todas las malas noticias de una vez. Tenemos la lepra; lo que nos han hecho lo demuestra claramente. El Administrador no sólo pretende obligarnos a mudarnos; quiere echarnos de la Regla de Oro con una buena patada. No sé por qué pero tampoco necesitamos saberlo..., es así. Una vez me di cuenta de esto, me sentí mucho más relajada. Una vez tú te des cuenta también, querido, entonces podremos hacer planes. Ir a la Superficie, o a la Luna, o a la Tierra Prometida, a L-4, Ceres, Marte..., donde quieras, mi amor. «Allá donde lo vayas...»

—A la Luna.

—¿Señor?

—Por ahora, al menos. El Estado Libre de la Luna no es malo. Está avanzando de la anarquía a la burocracia, pero aún no está totalmente agarrotado. Todavía posee suficiente libertad para las personas que saben cómo tratar con ella pragmáticamente. Y aún hay sitio en la Luna. Encima, y dentro. Sí, Gwen, debemos irnos; lo sospeché antes, y ahora lo sé. Excepto por una cosa, podríamos ir directamente al espaciopuerto. Sigo queriendo ver al Administrador. ¡Maldita sea, quiero oírlo de sus propios labios mentirosos! Luego, con la conciencia clara, puedo derramar el veneno.

—¿Piensas envenenarle, querido?

—Es una forma de hablar. Tengo intención de ponerlo en mi lista, luego el Karma rápido hará lo demás.

—Oh. Quizá pueda pensar en una forma de ayudar.

—No es necesario. Una vez en la lista, nunca duran demasiado.

—Pero me gustaría. «La venganza es mía, dijo el Señor.» Pero la Versión Revisada dice: «La venganza es de Gwen..., luego mía solamente si Gwen me deja algo.»—

No pude evitar el echarme a reír.

—¿Quién decía que no debía tomarme la ley en mis manos?

—Pero estaba hablando de ti, señor; no dije ni una palabra respecto a mí. Me encanta hacer que el Karma rápido sea más rápido..., es mi diversión preferida.

—Querida, eres una niña mala, me alegra decirlo. ¿Vas a matarlo con urticaria? ¿O con padrastras? ¿Con hipo?

—Estoy pensando en mantenerlo despierto hasta que muera. La falta de sueño es peor que cualquier otra cosa que hayas listado nunca, querido, si es llevada lo suficientemente lejos. La cordura de la víctima se hace pedazos mucho antes de que deje de respirar. Sufre alucinaciones. Incluidas todas sus peores fobias. Muere en su propio infierno privado, y nunca escapa de él.

—Gwen, suena como si ya hubieras usado ese método.

Gwen no hizo ningún comentario.

Me encogí de hombros.

—Decidas lo que decidas, hazme saber cómo puedo ayudar.

—Lo haré, señor. Hummm, pienso intensamente en ahogarle en orugas. Pero no sé cómo reunir tantas orugas excepto embarcándolas desde la Tierra. A menos... Bueno, una siempre puede arreglarlo a través del método del insomnio. Hacia el final puedes hacer que el condenado cree sus propias orugas simplemente sugiriéndoselo. —Se estremeció—.

¡Schrechlich! Pero no usaré ratas, Richard. Nunca ratas. Ni siquiera ratas imaginarias.

—Mi dulce y gentil esposa, me alegra saber que has trazado una línea límite en *algo*.

—¡Por supuesto que sí! Querido, me sorprendiste con la idea de que los malos modales pueden ser juzgados como una ofensa digna de la horca. Lo que a mí me preocupa es más bien el mal en sí, antes que los malos modales. Creo que los actos malvados nunca deben quedar sin castigo. Las disposiciones de Dios para castigar el mal son demasiado lentas para que me sirvan; quiero hacerlo *ahora*. Toma los atracadores. Un atracador debería ser colgado in situ tan pronto como sea atrapado. Un pirómano debería ser quemado en la estaca en el mismo lugar donde hubiera iniciado el fuego, a ser posible antes de que las cenizas se enfriaran. Un violador debería ser muerto mediante...

No pude llegar a saber qué compleja forma de muerte había previsto Gwen para los violadores porque un educado burócrata (masculino, gris, casoso, con una sonrisa estereotipada en los labios) se detuvo frente a nosotros y dijo:

—¿Doctor Ames?

—Yo soy el doctor Ames.

—Soy Mungerson Fitts, Delegado Ayudante del Administrador para Estadísticas Superrogatorias. Estoy ayudando en lo que puedo. Estoy seguro que sabrá comprender usted lo terriblemente ocupada que está la oficina del Administrador en estos precisos momentos, cuando estamos efectuando una ampliación al giro..., los realojamientos temporales que tienen que efectuarse y los cambios de rutina que deben establecerse antes de que todos podamos asentarnos en una Regla de Oro notablemente mejorada. —Exhibió una sonrisa vencedora—. Tengo entendido que desea ver al Administrador.

—Correcto.

—Excelente. A causa de la emergencia actual estoy ayudando aquí a fin de mantener la orgullosa calidad del servicio de la Regla de Oro hacia nuestros habitantes durante las alteraciones. Tengo amplios poderes para actuar en nombre del Administrador; puede pensar usted en mí como su alter ego..., porque para todas las finalidades prácticas soy el Administrador. Esa damita..., ¿va con usted?

—Sí.

—Encantado, señora. Encantado. Ahora, amigos, si tienen la bondad de venir conmigo...

—No.

—¿Perdón?

—Quiero ver al Administrador.

—Pero ya le he explicado...

—Esperaré.

—Creo que no me ha comprendido. Por favor, venga...

—No.

(En este punto Fitts hubiera debido agarrarme con ayuda de algún otro esbirro y echarme de allí a patadas. Eso no quiere decir que le hubiera resultado fácil conseguirlo: me he entrenado con los Dorsai. Pero eso es lo que hubiera debido hacer. Sin embargo, estaba inhibido por la costumbre, el hábito y la educación.)

Fitts hizo una pausa y pareció desconcertado.

—Oh..., pero tiene que venir, ya sabe.

—No, no lo sé.

—Estoy intentando decirle...

—Quiero ver al Administrador. ¿Le dijo él qué había que hacer respecto al senador Cantor?

—¿El senador Cantor? Déjeme ver, es el senador de..., esto..., de...

—Si no sabe quién es, ¿cómo puede saber lo que hay que hacer respecto a él?

—Oh, si quiere aguardar un momento mientras consulto. —Será mejor que vayamos con usted..., puesto que no parece tener «plenos poderes» en este crítico asunto.

—Oh..., por favor, esperen aquí.

Me puse en pie.

—No, será mejor que me vaya. El senador puede estar buscándome. Por favor, dígame al Administrador que lamento no haber podido arreglar el asunto. —Me volví hacia Gwen—. Vamos, señora. No le hagamos esperar más. —(Me pregunté si Mungerson habría reparado en el tono de deferencia con que pronuncié el «le».)

Gwen se puso en pie, se colgó de mi brazo. Fitts dijo apresuradamente:

—Por favor, amigos, no se vayan. Esto, vengan conmigo. —Nos condujo a una puerta sin ninguna placa identificadora—. Aguarden sólo un momento, por favor.

Estuvo fuera más de un momento, pero pese a todo no fue mucho tiempo. Regresó con el rostro henchido de sonrisas (creo que ésta es la expresión que mejor lo define).

—¡Por aquí, por favor! —Nos hizo cruzar la puerta sin rótulo identificador, recorrer un corto pasillo, y penetramos en la oficina del Administrador.

El Administrador alzó la vista de su escritorio y nos inspeccionó, no con la familiar y paternal expresión de los demasiado frecuentes «comunicado del Administrador» que aparecían en todos los terminales. Por el contrario, el señor Sethos parecía como si hubiera encontrado algo nauseabundo en sus gachas.

Ignoré su fría actitud. Me quedé de pie justo al lado de la puerta, con Gwen aún al brazo, y aguardé. En una ocasión viví con un remilgado gato (¿acaso los hay de otra clase?) que, cuando le era ofrecida una comida no perfectamente de su gusto, se quedaba completamente inmóvil y, con una actitud digna, te hacía saber lo ofendido que estaba..., una proeza notable para alguien cuya cara estaba completamente cubierta de pelo. Pensé en el gato apenas ver al señor Sethos. Así que me quedé de pie, completamente inmóvil..., y aguardé.

Nos miró..., y finalmente se puso en pie, hizo una ligera inclinación con la cabeza y dijo:

—Señora..., ¿tendrá la bondad de sentarse?

Ante cuya invitación nos sentamos los dos. Primer round nuestro, por puntos. No hubiera podido conseguirlo sin Gwen. Pero tenía su ayuda, y ahora que había asentado mis posaderas en la silla no tenía intención de alzarlas de ella..., hasta haber obtenido lo que deseaba.

Permanecí sentado inmóvil, sin decir nada, y aguardé.

Cuando la presión sanguínea del señor Sethos alcanzó el nivel del estallido, dijo:

—¿Y bien? Ha conseguido abrirse usted camino hasta mi oficina. ¿Qué es esa estupidez acerca del senador Cantor?

—Espero que usted me lo diga. ¿Ha asignado al senador Cantor el compartimiento de mi esposa?

—¿Eh? No sea ridículo. La señora Novak dispone de un compartimiento de una sola habitación, el más pequeño en primera clase. El senador de la Standard Oil, si alguna vez viene aquí, será alojado en una suite de lujo. Por supuesto.

—¿La mía, quizá? ¿Es por eso por lo que me echó? ¿Para alojar al senador?

—¿Qué? No ponga palabras en mi boca; el senador no está a bordo. Nos hemos visto obligados a pedir a un cierto número de nuestros huéspedes que cambien de alojamiento, usted entre ellos. A causa de la nueva sección, ya sabe. Antes de que podamos ensamblarla, todos los compartimientos y espacios adyacentes al anillo uno-treinta deben ser evacuados. Así que hemos tenido que hacer una serie de combinaciones temporales para hacer sitio a nuestros huéspedes desplazados. Su compartimiento alojará a tres familias, creo recordar. Por un corto período de tiempo, por supuesto.

—Entiendo. ¿Entonces fue sólo un olvido el que no se me dijera dónde debía trasladarme?

—Oh, estoy seguro de que se le dijo.

—Yo estoy seguro de que no. ¿Tendrá la bondad de decirme mi nueva dirección?

—Doctor, ¿espera que lleve en la cabeza todas las asignaciones de alojamiento? Aguarde fuera, y alguien lo consultará y se lo dirá.

Ignoré su sugerencia/orden.

—Sí, creo que las lleva en la cabeza.

Se echó a reír.

—Hay más de ciento ochenta mil personas en este hábitat. Tengo ayudantes y ordenadores para esos detalles.

—Estoy seguro de que sí. Pero me ha dado usted convincentes razones para pensar que lleva tales detalles en su cabeza..., cuando le interesan. Le daré un ejemplo. Mi esposa no le ha sido presentada. Mungerson Fitts desconocía su nombre, así que no pudo habérselo dicho. Pero *usted* lo sabía sin que nadie se lo dijera. Sabía su nombre y en qué compartimiento vive. Vivía, quiero decir, puesto que la ha echado fuera. ¿Es así como aplica usted la Regla de Oro, señor Sethos? ¿Echando a patadas a sus huéspedes sin tener siquiera la cortesía de avisarles por anticipado?

—Doctor, ¿está intentando iniciar una pelea?

—No, estoy intentando descubrir por qué ha estado usted atosigándonos. Incordiándonos. Persiguiéndonos. Tanto usted como yo sabemos que no tiene nada que ver con los traslados temporales causados por la instalación y encaje de la nueva sección; eso es cierto... porque la nueva sección lleva más de tres años construyéndose y usted sabía desde hace más de un año, como mínimo la fecha en que iba a ser puesta en rotación... Y sin embargo me ha echado a patadas de mi compartimiento advirtiéndome de ello con menos de treinta minutos de antelación. Y a mi esposa la ha tratado peor; simplemente la ha dejado encerrada fuera, sin ningún aviso en absoluto. Sethos, no está usted trasladándonos temporalmente para poder ensamblar la nueva sección. Si eso fuera cierto, se nos hubiera comunicado hace al menos un mes, junto con las reasignaciones temporales y con las fechas para trasladarse a un lugar más permanente. No, está usted provocando que nos vayamos del hábitat de la Regla de Oro..., ¡y quiero saber por qué!

—Salgan de mi oficina. Haré que alguien les tome de la mano y los conduzca a su nuevo alojamiento... temporal.

—No hace falta. Sólo dígame las coordenadas y el número del compartimiento. Aguardaré aquí mientras lo averigua.

—¡Por el amor de Dios, realmente empiezo a creer que *quiere* usted ser echado de la Regla de Oro!

—No, me he sentido siempre muy cómodo aquí. Me encantará quedarme..., si me dice usted dónde vamos a dormir esta noche y nos adjudica nuestro nuevo alojamiento permanente..., donde iremos a vivir una vez la nueva sección haya sido ensamblada y presurizada. Necesitamos una suite de tres habitaciones, para reemplazar la de dos que tenía yo y el compartimiento de una que tenía la señora Ames. Dos terminales. Uno para cada uno de nosotros, como antes. Y baja gravedad. Cuatro décimos de gravedad a ser posible, pero no más de media gravedad.

—¿Y también un huevo en su cerveza? ¿Para qué necesita dos terminales? Eso requiere cableado adicional.

—Así es, y pagaré lo que sea necesario. Porque soy escritor. Utilizo uno como procesador de textos y para referencia bibliográfica. La señora Ames necesita el otro para la rutina doméstica.

—Ajá. Así que planea usted utilizar espacio residencial para finalidades comerciales. Eso requiere alquileres comerciales, no residenciales.

—¿Qué representa eso?

—Tendré que hacerlo calcular. Hay un factor de coste para cada tipo de utilización comercial. Tiendas al detalle, restaurantes, bancos y demás cuestan aproximadamente tres veces por metro cúbico lo que cuesta el espacio residencial. El espacio para fábricas no cuesta tanto como el de tiendas y comercios en general, pero pueden aplicársele sobretasas por índices de riesgo y así. El espacio para almacenes es apenas un poco más caro que el residencial. Entre nosotros creo que deberá pagar usted la tarifa de oficinas, es decir, un factor de tres coma cinco..., pero tengo que consultarlo con el jefe de contabilidad.

—Señor Administrador, ¿le estoy comprendiendo correctamente? ¿Está planeando cobrarnos tres veces y media lo que pagábamos por nuestros alquileres conjuntos?

—Aproximadamente. Puede que sea algo menos, quizá sólo tres veces.

—Bien, bien. Nunca he ocultado el hecho de que soy escritor; consta en mi pasaporte, y estoy listado así en el directorio, y todo ello desde hace más de cinco años. Dígame por qué de pronto resulta diferente para usted que yo utilice mi terminal para escribir cartas a casa..., o para escribir historias.

Sethos emitió lo que podía ser considerado como una risa.

—Doctor, la Regla de Oro es una empresa comercial cuya finalidad es obtener beneficios. Yo la administro para los demás accionistas con ese fin. Nadie tiene que vivir obligatoriamente aquí, nadie tiene que trabajar o realizar sus negocios aquí si no quiere. Lo que le cobro a la gente por vivir aquí, o por desarrollar sus actividades lucrativas aquí, es controlado por el baremo del máximo beneficio al accionariado, y guiado por mi mejor juicio con este fin. Si a usted no le gusta, puede realizar sus actividades en otro lugar.



Iba a cambiar la base de la discusión (puedo ver cuándo estoy en inferioridad de condiciones) cuando Gwen dijo:

—¿Señor Sethos?

—¿Eh? ¿Sí, señora Novak? Señora Ames.

—¿Se inició usted en los negocios actuando como alcahuete de sus hermanas?

Sethos se volvió de una delicada tonalidad berenjena. Finalmente consiguió controlarse lo suficiente para decir:

—Señora Ames, ¿está siendo usted intencionadamente insultante?

—Eso es obvio, ¿no? Desconozco si tiene usted hermanas; pero me da la impresión que ése es el tipo de empresa que más debe atraerle. Nos ha perjudicado sin ninguna razón evidente. Venimos a usted pidiendo un nuevo alojamiento y una satisfacción; su respuesta son evasivas, mentiras, comentarios irrelevantes..., y una clara extorsión. Justifica este nuevo ultraje con un sobado sermón sobre la libre empresa. ¿Qué precio aplica normalmente por sus hermanas? ¿Y cuánto de él se queda como comisión? ¿La mitad? ¿O más de la mitad?

—Señora, le pido que abandone mi oficina... y este hábitat. No es usted el tipo de persona que deseamos aquí.

—Me encantará marcharme —respondió Gwen, sin moverse en lo más mínimo— tan pronto como usted liquide mi cuenta. Y la cuenta de mi esposo.

—j Sal...GAN!

Gwen adelantó una mano, la palma hacia arriba.

—Primero el dinero. En efectivo, estafador calvo. La liquidación de nuestras cuentas más los depósitos que cada uno efectuamos al llegar aquí. Si abandonamos esta habitación sin ello, ninguna de sus plegarias le podrá hacer pagar lo que nos debe. Pague y nos iremos. La primera lanzadera a la Luna. ¡Pero pague, en efectivo, a inmediatamente! O tendrá que lanzarme al espacio para hacerme levantar de aquí. Si llama a sus gorilas, boca de franela, gritaré hasta que este lugar se venga abajo. ¿Quiere una muestra? —Gwen inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó un chillido que me hizo rechinar los dientes.

Al parecer a Sethos también..., vi que se acobardaba.

La miró durante un largo momento, luego pulsó un control sobre su escritorio.

—Ignatius. Cierre la cuenta del doctor Richard Ames y de la señora Gwendolyn Novak, esto... —con sólo una momentánea vacilación, dio correctamente los números de mi compartimiento y del de Gwen—, y tráigalo todo inmediatamente a mi oficina. Con dinero en efectivo para pagar la liquidación. Con recibos para firmar. Nada de cheques. ¿Qué? Usted escuche lo que le digo. Si el asunto requiere más de diez minutos, vamos a efectuar una inspección a gran escala de su departamento..., ver quién debe ser despedido, quién simplemente degradado. —Cortó la comunicación, no nos miró.

Gwen sacó su pequeño tablero de juegos, lo dispuso para el tres en raya, lo cual me pareció muy adecuado, pues se halla a un nivel intelectual que creo poder alcanzar. Me ganó cuatro partidas seguidas, pese a que en dos de ellas yo fui el primero en mover. Pero todavía me dolía la cabeza a causa de su grito supersónico.

No mantuve control del tiempo exacto, pero debieron ser aproximadamente diez minutos más tarde cuando entró un hombre con nuestras liquidaciones. Sethos las revisó, nos las tendió. La mía parecía correcta; estaba a punto de firmar el recibo cuando Gwen dijo:

—¿Qué hay de los intereses del dinero depositado?

—¿Eh? ¿De qué está hablando?

—Mi billete de vuelta a la Superficie. Tuve que depositarlo en efectivo, no me aceptaron un pagaré. Su banco carga aquí un nueve por ciento en los préstamos que concede a particulares, así que al menos debería pagar intereses de cuenta de ahorro sobre el dinero depositado. Aunque los intereses de un depósito a plazo fijo serían más razonables. Llevo aquí más de un año, o sea que sería..., déjeme ver... —Gwen tomó la calculadora de bolsillo que habíamos estado utilizando para el tres en raya—. Me debe usted ochocientas setenta y una coronas de intereses. En oro suizo, eso representa...

—Nosotros pagamos en coronas, no en moneda suiza.

—De acuerdo, me lo debe usted en coronas.

—Y no pagamos intereses del depósito del billete de vuelta; simplemente lo mantenemos en custodia.

Me puse repentinamente alerta.

—Así que no, ¿eh? Querida, ¿puedes prestarme el chisme? Veamos..., ciento ochenta mil personas..., y un billete de vuelta clase turista a Maui en la PanAm o la Quantas es...

—Siete mil doscientas —respondió Gwen—, excepto fines de semana y vacaciones.

—Ajá. —Teeclé—. ¡Hummm, por encima de los mil millones de coronas! Uno dos nueve seis seguido por seis ceros. ¡Interesante! Iluminador. Sethos, amigo, puede recibir usted por encima de los cien millones al año, libre de impuestos, simplemente depositando ese dinero que custodia por nosotros pobres desgraciados en los fondos de inversión de Ciudad Luna. Pero no creo que lo utilice de este modo..., no todo, al menos. Creo que gestiona usted su propia empresa empleando el dinero de los demás..., sin su conocimiento ni consentimientos. ¿Correcto?

El tipo (¿Ignatius?) que había traído nuestras liquidaciones estaba escuchando con un intenso interés.

—Firmen esos recibos y lárguense —gruñó Sethos.

—¡Oh, por supuesto! —dije yo.

—Cuando nos haya pagado nuestros intereses —dijo Gwen.

Negué con la cabeza.

—No, Gwen. Podemos entablar demanda contra él en cualquier lugar menos aquí. Aquí él es a la vez la ley y el juez. Pero no me importa, señor Administrador, porque me ha dado usted una maravillosa y muy vendible idea para un artículo: para el *Reader's Digest* probablemente, o quizá para *Fortune*. Veamos, lo titularé: «Un bombón en el cielo, o como hacerse rico con el dinero de los demás: la economía de los hábitats espaciales de propiedad privada.» Cien millones al año estafados al público sólo en el hábitat de la Regla de Oro. Algo así.

—¡Publique eso, y le demandaré por lo do lo que posee!

—¿De veras? Nos veremos en los tribunales, amigo. No creo que desee usted lavar su ropa sucia en ningún tribunal donde el juez no sea usted. Hummm, acaba de ocurrírseme una idea. Está finalizando usted una ampliación muy costosa..., y recuerdo haber leído en el *Wall Street Journal* que lo ha hecho sin vender bonos. ¿Cuánto de este denominado dinero en depósito está flotando ahí fuera como los anillos uno-treinta a uno-cuarenta? ¿Y cuántos de nosotros marchándonos en una misma semana podríamos retirar nuestros depósitos sin causar la bancarrota de su banco? ¿Puede pagar todos los depósitos sobre demanda, Sethos? ¿O esos depósitos son tan falsos como usted?

—¡Diga eso en público, y le demandaré en todos los tribunales del Sistema! Firme este recibo y lárguense.

Gwen no firmó hasta que el dinero fue contado delante de nosotros; una vez hecho esto, firmó, y yo hice lo mismo.

Mientras guardábamos el dinero, el terminal del escritorio de Sethos zumbó. Su pantalla sólo era visible para él, pero la voz del interlocutor era identificable: el Procurador Jefe Franco.

—¡Señor Sethos!

—Estoy ocupado.

—¡Es una emergencia! Han disparado contra Ron Tolliver. Yo...

—¿Qué?

—¡Acaba de ocurrir! Estoy en su oficina... está muy malherido, probablemente no salga de ésta. Pero tengo testigos. Lo hizo ese falso doctor... Richard Ames...

—¡Cállese!

—Pero jefe...

—¡CÁLLESE! ¡Estúpido, imbécil babeante! Preséntese inmediatamente a mí para informar. —Sethos volvió de nuevo su atención a nosotros—. Ahora váyanse de aquí.

—Quizá será mejor que aguarde a conocer a esos testigos oculares.

—Márchense. Lárguense de este hábitat.

Ofrecí mi brazo a Gwen.

## 7

*No puedes engañar a un hombre honrado.  
Primero tiene que tener el latrocinio en su corazón.*

CLAUDE WILLIAM DUKENFIELD, 1880-1946

Fuera encontramos a Bill, sentado todavía sobre mi maleta, con el arbolito en las manos. Se puso en pie, con una expresión incierta en el rostro. Pero cuando Gwen le sonrió, le devolvió la sonrisa.

—¿Algún problema, Bill?

—No, jefe. Uh, un pellejo quiso comprar el arbolito.

—¿Por qué no se lo vendiste?

Pareció impresionado.

—¿Eh? Pertenece a ella.

—Exacto. Si lo hubieras vendido, ¿sabes lo que hubiera hecho ella contigo? Te hubiera ahogado en orugas, eso hubiera hecho. De modo que has sido listo no corriendo el riesgo de cruzarte en su camino. Pero no ratas. Mientras sigas a su lado, nunca tendrás que temer a las ratas. ¿No es así, señora Hardesty?

—Correcto, senador: No ratas, nunca. Bill, estoy orgullosa de ti por no dejar que nadie te tentara. Pero quiero que dejes de hablar de esa manera; cualquiera que te oiga pensará que eres un merodeador nocturno, y no queremos eso, ¿verdad que no lo queremos? Así que no digas «un pellejo quiso comprar el arbolito». Di simplemente «un hombre».

—Hum, de hecho, el pellejo no era un tipo. Era una tipa. ¿Capta?

—Sí. Pero intentémoslo de nuevo. Di «una mujer».

—De acuerdo. Ese pellejo era una mujer. —Sonrió tímidamente—. Habla usted igual que las Hermanas que nos enseñaban en el Nombre Santo, allá en la Superficie.

—Tomaré esto como un cumplido, Bill..., y no voy a dejarte en paz respecto a tu léxico y a lo pronunciación y a tu elección de las palabras. Hasta que hables de una forma tan hermosa como el senador. Porque, hace muchos años, un hombre sabio y cínico probó que la forma en que habla una persona es lo más importante cuando se trata de enfrentarse con éxito al mundo. ¿Me comprendes?

—Hum..., algo.

—No puedes aprenderlo todo de una vez, y no espero eso de ti. Bill, si te bañas cada día y hablas como corresponde, el mundo decidirá que eres un vencedor y te tratará de acuerdo con ello. Así que no dejes de intentarlo.

—Y mientras tanto —dije yo—, lo más urgente es salir de este cubo de basura.

—Senador, esto es urgente también.

—Sí, sí, la vieja regla del «cómo enseñar al cachorrillo a no mearse por todas partes». Pero no olvidemos lo demás.

—De acuerdo, señor. ¿Directos al espaciopuerto?

—Todavía no. Directos Camino Real abajo mientras comprobamos todos los terminales públicos en busca de uno que acepte monedas. ¿Tienes monedas?

—Unas cuantas. Las suficientes para una llamada a corta distancia, quizá.

—Bien. Pero mantén los ojos abiertos sobre algún dispensador de cambio también. Ahora que los dos hemos cancelado nuestros códigos de crédito, deberemos usar monedas.

Recogimos nuestros bártulos y nos pusimos en marcha. Gwen dijo suavemente:

—No quiero que Bill oiga esto..., pero no es difícil convencer a un terminal público de que estás utilizando un código de crédito correcto cuando no lo estás haciendo.

Respondí con la misma suavidad:

—Recurriremos a eso solamente si la honradez no funciona. Querida, ¿cuántas otras pequeñas habilidades has dejado en el tintero?

—Señor, no sé de qué estás hablando. Cien metros delante de nosotros... ¿No tiene esa cabina de la derecha la señal amarilla? ¿Por qué hay tan pocas cabinas públicas equipadas para recibir monedas?

—Porque al Gran Hermano le gusta saber quién llama a quién..., y con el método del código de crédito estamos prácticamente suplicándole que comparta nuestros secretos. Sí, ésa tiene la señal. Juntemos nuestras monedas.

El Reverendo Doctor Hendrik Hudson Schultz respondió inmediatamente a su terminal. Su rostro de Santa Claus me miró, evaluándome de arriba a abajo, contando el dinero que había en todos mis bolsillos.

—¿El Padre. Schultz?

—En carne y hueso. ¿En qué puedo servirle, señor?

En vez de responder, saqué un billete de mil coronas, lo situé delante de mi rostro. El doctor Schultz se lo quedó mirando, alzó sus cerdosas cejas.

—Sea lo que sea lo que quiere, me interesa, señor.

Palmeé mi oído mientras miraba a derecha a izquierda, luego hice los tres gestos de los tres monos. Respondió:

—Oh, sí, precisamente iba a salir a tomar una taza de café. ¿Me acompaña? Un momento...

Un instante después alzó una hoja de papel donde había escrito en grandes letras mayúsculas:

#### GRANJA DEL VIEJO MACDONALD

—Podemos encontrarnos en el Bargrill Sans Souci. Está en Petticoat Lane, justo al otro lado de mi estudio. ¿Dentro de diez minutos quizá? —Mientras hablaba, asaetaba con un dedo el letrero que me estaba mostrando.

—De acuerdo —respondí, y corté la comunicación.

No acostumbro a ir al campo, puesto que la plena gravedad no se muestra muy amable con mi pierna mala, y las granjas tienen que estar en plena gravedad. No, eso no es correcto; puede que haya más habitantes en el Sistema que utilizan para sus actividades agrícolas la gravedad fraccional que quieren (o la que prefieren sus plantas mutantes) que los que usan la luz solar natural y la plena gravedad. De todos modos, la Regla de Oro utiliza la auténtica luz solar y la plena gravedad para gran parte de su comida fresca. Otros espacios en la Regla de Oro utilizan luz artificial y otras aceleraciones para producir comida..., ignoro en qué proporción. Pero el enorme espacio desde el anillo cincuenta al anillo setenta es aire libre, de lado a lado, excepto los soportes y amortiguadores de vibraciones y los caminos que unen los pasillos principales.

En esa extensión de veinte anillos —ochocientos metros—, los radios 0-60, 120-180 y 240-300 se hallan a la luz del sol; los radios 60-120, 180-240 y 300-0 son terreno de labor, y en el 180-240, el anillo 50-70 es la granja del Viejo MacDonald.

Es una extensión enorme. Un hombre puede perderse allí, especialmente en los campos donde el maíz crece más alto aún de lo que lo hace en Iowa. Pero Doc Schutlz me había hecho el cumplido de suponer que yo sabría dónde encontrarle: en un popular restaurante y bar al aire libre llamado La Cocina del Campo, que brotaba directamente en medio de la granja, en el anillo sesenta, radio 210, a plena gravedad (por supuesto).

Para llegar al restaurante tuvimos que bajar desde el anillo cincuenta, luego caminar hacia popa (¡a plena gravedad, maldita sea!) hasta el anillo sesenta, una distancia de cuatrocientos metros. Una distancia corta, por supuesto... unas cuatro manzanas de una ciudad. Inténtenlo sobre una pierna falsa al extremo de un muñón que ya ha sido utilizado demasiado en un solo día caminando y cargando peso.

Gwen se dio cuenta de ello, en mi voz, en mi rostro, en mi forma de andar o en algo..., o tal vez puede leer mi mente; no estoy seguro de que no pueda. Se detuvo.

Me detuve también.

—¿Problemas, querida?

—Sí. Senador, suelta la carga. Yo llevaré en equilibrio el Árbol-San sobre mi cabeza. Dame el fardo.

—Estoy bien.

—Sí, señor. Seguro que lo estás, y quiero seguir conservándote de esta forma. Es tu privilegio ser macho siempre que quieras..., y es mi privilegio ser femenina, hipocondríaca, débil a irrazonable. En estos momentos estoy a punto de desmayarme. Y seguiré en este estado hasta que me des el fardo. Luego puedes pegarme.

—Hummm. ¿Cuándo me toca ganar en alguna discusión?

—El día de tu cumpleaños, señor. Que no es hoy. Pásame el fardo. Por favor.

No era una discusión que deseara ganar; se lo tendí. Bill y Gwen pasaron delante de mí, con Bill abriendo la marcha. Gwen nunca perdió el control del peso en equilibrio sobre su cabeza, pese a que el camino no era un liso pasillo precisamente, sino una carretera de tierra. Auténtica tierra..., un elemento de lujo totalmente innecesario.

Cojeé lentamente tras ellos, apoyándome pesadamente en mi bastón y casi sin descansar el peso de mi cuerpo en el muñón. Cuando llegamos al restaurante me sentía bastante recuperado.

El doctor Schultz estaba reclinado en la barra, con un codo apoyado en ella. Me reconoció, pero no lo admitió hasta que yo me dirigí a él.

—¿Doctor Schultz?

—Oh, sí. —No me preguntó mi nombre—. ¿Buscamos un lugar tranquilo? Siento predilección por la quietud del bosquecillo de manzanos. ¿Pido al encargado que coloque una mesita y un par de sillas entre los árboles?

—Sí. Pero tres sillas, no dos.

Gwen se había unido a nosotros.

—¿No cuatro?

—No. Quiero que Bill se quede vigilando nuestras pertenencias, como hizo antes. Veo una mesa vacía aquí a un lado; puede colocar las cosas encima y a su alrededor.

Pronto estábamos sentados los tres en torno a la mesa que había sido trasladada para nosotros al bosquecillo. Tras preguntar, encargué cerveza para el reverendo y para mí, una coca para Gwen, y le dije a la camarera que le trajera al joven de los bultos lo que deseara: cerveza, coca, bocadillos, lo que pidiera. (De pronto me di cuenta de que era probable que Bill no hubiera comido en todo el día.)

Cuando se marchó, rebusqué en un bolsillo, saqué aquel billete de mil coronas y se lo tendí al doctor Schultz.

Lo hizo desaparecer.

—¿Desea un recibo, señor?

—No.

—Entre caballeros, ¿eh? Excelente. Ahora, ¿en qué puedo ayudarle?

Cuarenta minutos más tarde el doctor Schultz sabía casi tanto como yo acerca de nuestros problemas, pues no le oculté nada. Me pareció que podía ayudarnos solamente si sabía todas las circunstancias —al menos todas las que yo conocía— de lo ocurrido.

—¿Y dice usted que le han disparado a Ron Tolliver? —dijo finalmente.

—Yo no lo vi. Oí decirlo al Procurador Jefe. Corrección: oí a un hombre que tenía una voz muy parecida a la de Franco, y el Administrador lo trataba como a tal.

—Es suficiente. Si oyes cascots, espera caballos, no cebras. Pero no he oído nada al respecto, y no he observado signos de excitación en este restaurante..., y el asesinato o el intento de asesinato del segundo accionista más importante de esta soberanía *debería* causar excitación. Estuve en el bar unos minutos antes de que usted llegara. Ni una palabra de ello. Y sin embargo es bien sabido que un bar es donde primero llegan las noticias; siempre hay una pantalla conectada al canal de los informativos. Hummm..., ¿es posible que el Administrador esté encubriéndolo?

—Esa serpiente escurridiza es capaz de cualquier cosa.

—No estaba hablando de su carácter moral, respecto al cual mi opinión encaja con la suya, sino simplemente de posibilidad física. Uno no encubre tan fácilmente un intento de asesinato de este tipo. Ruido. Sangre. Una víctima muerta o herida. Y ha hablado usted de testigos..., o Franco lo dijo. De todos modos, el juez Sethos controla el único periódico, y los terminales, y los procuradores. Sí, si quisiera hacer el esfuerzo, seguro que podría mantenerlo bajo mano por un período considerable. Veremos..., y ése es un punto más del que tendré que informarle cuando haya llegado usted a Ciudad Luna.

—Puede que no estemos en Ciudad Luna. Tendré que telefonarle.

—Coronel, ¿es prudente eso? A menos que nuestra presencia juntos durante esos escasos segundos en el bar fuese observada por alguna parte interesada que nos conozca a los dos, es posible que hayamos conseguido mantener en secreto nuestra alianza. Realmente es una fortuna que usted y yo nunca hayamos estado asociados en nada en el pasado; no hay ninguna forma probable de rastrear hasta usted, o a la inversa. Puede telefonarme, por supuesto..., pero cabe imaginar que mi terminal esté intervenido, o haya escuchas en mi estudio, o ambas cosas..., ha ocurrido en el pasado. Sugiero más bien el correo..., excepto en casos de emergencia directa.

—Pero el correo puede ser abierto. Por cierto: soy el doctor Ames, no el coronel Campbell, por favor. Y, ¡oh, sí!..., ese joven que va con nosotros. Me conoce como «senador», y la señora Ames es la «señora Hardesty», a causa de esa pelea que tuvimos y de la que le he hablado.

—Lo recordaré. En el transcurso de una larga vida uno interpreta muchos papeles. ¿Me creará si le digo que en una ocasión fui conocido como el «cabo interino Finnegan, de los Marines Imperiales»?

—No me cuesta nada creerlo.

—Lo cual sirve para explicarle muchas cosas, pues nunca lo fui. Pero he trabajado en muchos empleos más extraños todavía. El correo puede ser abierto, cierto..., pero si yo entrego una carta en la lanzadera a Ciudad Luna justo antes de que abandone nuestro espaciopuerto, es muy improbable que llegue alguna vez a manos de alguien interesado en abrirla. En dirección inversa, una carta enviada a Henrietta van Loon, a la atención de Madame Pompadour, 20012 Petticoat Lane, me llegará con un retraso mínimo. Se trata de una vieja y bien establecida madame que lleva años ocupándose amablemente de los secretos de otras personas. Considero que hay que confiar en alguien. El arte reside en saber en quién confiar.

—Doc, confío en usted.

Dejó escapar una risita.

—Mi querido señor, vendería alegremente su sombrero si se lo dejara usted encima de mi mostrador. Pero en esencia tiene razón. Puesto que le he aceptado como cliente mío, puede confiar totalmente en mí. Ser un agente doble invita a las úlceras..., y soy un sibarita que nunca hará nada que interfiera con mis placeres en la mesa.

Pareció pensativo y añadió:

—¿Me permite ver de nuevo esa billetera? La de Enrico Schultz.

Se la tendí. tomó la tarjeta de identificación.

—¿Dice que el parecido es bueno?

—Excelente, creo.

—Doctor Ames, se dará cuenta de que el nombre «Schultz» atrae inmediatamente mi atención. Lo que quizá no sepa es que la variada naturaleza de mis labores hace deseable para mí el anotar cada nueva llegada a este hábitat. Leo el *Herald* cada día, revisándolo todo, pero anotando muy cuidadosamente cualquier cosa de naturaleza personal. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que este hombre no entró en el hábitat de la Regla de Oro bajo el nombre de «Schultz». Cualquier otro nombre hubiera podido borrarse de la mente. ¿Pero mi propio sobrenombre? Imposible.

—Parece que le fue concedido ese nombre al llegar aquí.

—«Parece...» Habla usted con mucha precisión. —Schultz contempló la tarjeta de identificación—. En veinte minutos en mi estudio..., no, déjeme media hora..., puedo producir una tarjeta de identificación con este rostro en ella, y de la misma buena calidad, que afirme que su nombre era «Albert Einstein».

—Está diciendo que no podemos rastrearle a partir de este documento.

—Alto; yo no he dicho eso. Usted me ha indicado que el parecido es bueno. Un parecido es un indicio mucho mejor que un nombre impreso. Mucha gente debe haber visto a ese hombre. Varios deben saber quién es. Un número más pequeño sabe por qué fue muerto. Si lo fue. Usted dejó esto cuidadosamente abierto.

—Bien..., principalmente a causa de esa increíble danza del sombrero mejicano que tuvo lugar inmediatamente después de que le dispararan. Si le dispararon. En vez de confusión, aquellos cuatro hombres se comportaron como si lo hubieran ensayado.

—Bien. Perseguiré el asunto, con una zanahoria y una caña. Si un hombre tiene una conciencia culpable o una naturaleza codiciosa, y la mayoría tienen ambas cosas..., pueden hallarse formas de extraerle lo que sabe. Bien, señor, parece que ya lo hemos examinado todo. Pero asegurémonos, puesto que es poco probable que podamos consultar de nuevo. Usted siga adelante con el aspecto Walker Evans, mientras yo investigo los demás extremos en su lista. Cada uno comunicará al otro los progresos, especialmente aquellos que conduzcan dentro o fuera de la Regla de Oro. ¿Alguna cosa más? Oh, sí, ese mensaje codificado... ¿Tiene intención de seguir su rastro?

—¿Tiene alguna idea al respecto?

—Sugiero que lo conserve y lo lleve a la oficina principal de Mackay en Ciudad Luna. Si pueden identificar el código, entonces sólo es asunto de pagar una tarifa, lícita o ilícita, para traducirlo. Su significado le dirá si es o no necesario aquí. Si Mackay no puede ayudar, entonces puede llevárselo al doctor Jakob Raskob en la Universidad de Galileo. Es un criptógrafo del departamento de ciencia informática..., y si él no puede extraer lo que dice, entonces no puedo sugerir nada mejor que rezar. ¿Puedo conservar esta foto de mi primo Enrico?

—Sí, por supuesto. Pero envíeme una copia por correo, por favor; puede que la necesite siguiendo la pista Walker Evans..., sí, estoy seguro que la necesitaré. Doctor, tenemos otra urgencia que no he mencionado.

—¿Cuál?

—El joven que va con nosotros. Es un fantasma, reverendo; camina de noche. Y está desnudo. Necesitamos cubrirle. ¿Puede pensar en alguien que pueda hacerlo..., y ahora? Nos gustaría tomar la próxima lanzadera.

—¡Un momento, señor! ¿Debo inferir que su porteador, ese joven con su equipaje, es el rufián que fingió ser un procurador?

—¿No lo dejé claro?

—Quizá yo fui obtuso. Muy bien, acepto el hecho..., aunque admito mi asombro. ¿Desea que le proporcione papeles? ¿Para que pueda moverse por la Regla de Oro sin temer a los procuradores?

—No exactamente. Deseo un poco más que eso. Un pasaporte. Para sacarlo de la Regla de Oro y llevarlo al Estado Libre de la Luna.

El doctor Schultz se tironeó el labio inferior.

—¿Qué va a hacer allí? No, retiro la pregunta..., es asunto de usted, no mío. O de él.

—Tengo intención de ponerlo en condiciones, aunque sea a base de azotainas, padre Schultz —dijo Gwen—. Necesita aprender a conservar sus uñas limpias y a no enredar sus palabras. Y necesita algo de determinación. Voy a equiparle con ella.

Schultz miró pensativo a Gwen.

—Sí, creo que puede usted con los dos. Señora, ¿puedo decir que, aunque no me siento en absoluto ansioso de emularla, la admiro intensamente?

—Odio ver algo malgastarse inútilmente. Bill tiene unos veinticinco años, calculo, pero actúa y habla como si tuviera diez o doce. Y, sin embargo, no es estúpido. —Sonrió—. ¡Aprenderá aunque tenga que dejarle la piel hecha unos zorros!

—Más a su favor —añadió gentilmente Schultz—. Pero suponga que resulta ser simplemente estúpido. Que le falta la capacidad de crecer.

Gwen suspiró.

—Entonces imagino que lloraré un poco y encontraré para él algún lugar protegido, donde pueda trabajar en lo que pueda hacer y ser lo que le corresponda ser, con dignidad y confort. Reverendo, no puedo enviarle de vuelta abajo a la Superficie y al hambre y al miedo..., y a las ratas. Vivir así es peor que morir.

—Sí, lo es. Porque no hay que temer la muerte..., es el confort definitivo. Como todos aprendemos al final. Muy bien, un sincero pasaporte para Bill. Tendré que ponerme en contacto con cierta dama..., ver si puede aceptar o no un trabajo con tanta prisa. —Frunció el ceño—. Será difícil hacerlo antes de la próxima lanzadera. Y necesito una fotografía suya. ¡Mierda...! Eso significa un viaje a mi estudio. Más tiempo perdido, más riesgo para ustedes dos.

Gwen rebuscó en su bolso, extrajo una Mini Helvetia..., ilegal sin una licencia especial en la mayor parte de lugares, pero probablemente no cubierta aquí por las regulaciones del Administrador.

—Doctor Schultz, esto no hace una foto lo suficientemente grande para un pasaporte, lo sé, pero... ¿no podría ampliarse luego?

—Por supuesto que sí. Hummm, es una cámara impresionante.

—Me gusta. En una ocasión trabajé para el... para una agencia que utilizaba estas cámaras. Cuando renuncié, descubrí que la había perdido..., y tuve que pagarla. —Sonrió mefistofélicamente—. Más tarde la encontré, había estado todo el tiempo en mi bolso, pero metida en el fondo con todos los demás cachivaches. —Añadió—: Voy a hacerle una foto a Bill.

—Utiliza un fondo neutro —me apresuré a indicar.

—¿Crees que voy a hacerlo delante del rótulo de la puerta? Disculpa, por favor. Vuelvo en un segundo.

Estaba de vuelta a los pocos minutos; la foto ya estaba saliendo. Un minuto más tarde era clara y nítida; se la pasó al doctor Schultz.

—¿Servirá?

—¡Excelente! ¿Pero puedo preguntar qué es ese fondo?

—Una toalla de baño del bar. Frankie y Juanita la mantuvieron tensa detrás de la cabeza de Bill.

—Frankie y Juanita —repetí—. ¿Quiénes son?

—El jefe de camareros y la encargada. Son una gente encantadora.

—Gwen, no sabía que fueras conocida aquí. Eso puede causar problemas.

—No soy conocida aquí; no había estado nunca antes, querido. Tengo la costumbre de acudir al Carro de Chuck, en la extensión del radio noventa..., tienen pista de baile. —Gwen alzó la vista, frunciendo el ceño contra la luz del sol directamente sobre su cabeza: el hábitat, en su giro regular, estaba pasando por el arco que situaba el sol en el cenit de la Granja del Viejo MacDonald. Señaló hacia arriba..., bien, en un ángulo de sesenta grados, debía ser—. ¿Ves?, desde aquí se puede divisar el Carro de Chuck; la pista de baile está justo encima, en dirección al Sol. ¿Están bailando? ¿Puedes verlo? Hay un puntal que me lo oculta parcialmente.

—Está demasiado lejos para que pueda asegurarlo —admití.

—Están bailando —dijo el doctor Schultz—. Texas Star, creo que es. Sí, ése es el ritmo. ¡Ah, juventud, juventud! Yo ya no bailo, pero he acudido como animador invitado al Carro de Chuck alguna que otra vez. ¿La he visto alguna vez allí, señora Ames? Creo que no.

—Y yo creo que sí —respondió Gwen—. Pero aquel día yo llevaba una máscara. Me gustó su forma de animar el baile, doctor. Tiene usted un auténtico toque para el espectáculo.

—Un halago que ningún animador espera. «Llevaba una máscara...» ¿Por casualidad llevaba también un traje a rayas oblicuas verdes y blancas? Con una falda de amplio vuelo?

—Amplio vuelo es decir poco: ondulaba cada vez que mi pareja me hacía dar una vuelta..., la gente se quejó de que mareaba a la vista. Tiene usted una excelente memoria, señor.

—Y usted es una excelente bailarina, señora.

Interrumpí, un poco irritado:

—¿No podemos dejar a un lado esa sesión de viejas reminiscencias? Todavía quedan cosas urgentes por hacer, y sigo teniendo esperanzas de alcanzar la lanzadera de las veinte.

Schultz agitó la cabeza.

—¿La de las veinte? Imposible, señor.

—¿Por qué es imposible? Quedan todavía tres horas. No me gusta la idea de esperar otra lanzadera; Franco puede decidir enviar sus esbirros tras nosotros.

—Ha pedido usted un pasaporte para Bill. Doctor Ames, incluso la más lamentable imitación de un pasaporte necesita más tiempo que eso. —Hizo una pausa, y dejó de parecerse un poco a Santa Claus para parecerse un poco más a un viejo cansado y preocupado—. ¿Pero su finalidad principal no es sacar a Bill de este hábitat y llevarlo a la Luna?

—Sí.

—Supongamos que lo toman aquí como su sirviente esclavo.

—¿Eh? Uno no puede llevar esclavos al Estado Libre de la Luna.

—Sí y no. Usted puede llevar un esclavo a la Luna..., pero es automáticamente libre, desde entonces y para siempre, apenas pone pie en la Luna; ésa es una cosa que suelen hacer los convictos cuando quieren verse libres. Doctor Ames, puedo proporcionarle una factura de venta de Bill convenientemente escriturada a tiempo para la lanzadera de la tarde, estoy seguro de ello. Tengo su foto, dispongo de existencias de impresos oficiales... auténticos, obtenidos la noche pasada; y hay tiempo suficiente para envejecer y ensuciar convenientemente el documento. En realidad, es mucho más seguro que intentar falsificar un pasaporte.

—Me someto a su criterio profesional. ¿Cómo, cuándo y dónde podemos recoger el documento?

—Hummm, no en mi estudio. ¿Conoce usted un pequeño bistro adyacente al espaciopuerto, a un décimo de gravedad, en el radio tres cien? ¿La Viuda del Hombre del Espacio?

Iba a decir que no, pero que lo encontraría, cuando Gwen intervino:

—Sé dónde está. Hay que ir por detrás de los almacenes Macy's para llegar a él. No hay ningún letrero en la puerta.

—Correcto. En realidad es un club privado, pero les daré una tarjeta. Pueden relajarse un poco y comer algo allí. Nadie les molestará. Sus dueños tienden a ocuparse de sus propios asuntos.

(Porque esos asuntos son el contrabando o algo igualmente tenebroso..., pero no dije nada al respecto.)

—Me conviene.

El Reverendo Doctor sacó una tarjeta, empezó a escribir algo en ella..., hizo una pausa.

—¿Nombres?

—Señora Hardesty —respondió rápidamente Gwen.

—Estoy de acuerdo—dijo sobriamente el doctor Schultz—. Una precaución adecuada. Senador, ¿cuál es su sobrenombre?

—No puede ser Cantor; podía tropezarme con alguien que conociera el aspecto del auténtico senador. Hummm... ¿Hardesty?

—No, ella es su secretaria, no su esposa. «Johnson». Debe haber más senadores llamados Johnson que cualquier otro nombre, así que no despertará sospechas, y encaja con el apellido de Bill..., lo cual puede ser útil. —Siguió escribiendo en la tarjeta, me la tendió—. El nombre de su anfitrión es Tigre Kondo, y enseña todo tipo de formas rápidas de matar en su tiempo libre. Pueden confiar en él.

—Gracias, señor.—Contemplé la tarjeta, me la guardé en el bolsillo—. Doctor, ¿quiere más anticipo ahora?

Sonrió jovialmente.



—¡Vamos, vamos! Todavía no he determinado lo profundamente que puedo sangrarle. Mi lema es: «Chupa todo lo que puedas..., pero nunca dejes a tu víctima anémica.»

—Razonable. Hasta luego, pues. Será mejor que no nos marchemos juntos.

—De acuerdo. A las diecinueve supongo que estaré por allí. Queridos amigos, ha sido a la vez un placer y un privilegio. Y no olvidemos la auténtica importancia de este día. Mis felicitaciones, señora. Mis congratulaciones, señor. Que su vida juntos sea larga y pacífica y llena de amor.

Gwen se puso de puntillas y le besó por eso, y los dos tenían lágrimas en los ojos. Bueno, yo también.

## 8

*Los bizcochos y el jarabe nunca salen igual.*

LAZARUS LONG, 1912-

Gwen nos llevó directamente a la Viuda del Hombre del Espacio, encajonado detrás de los almacenes Macy's como había dicho, en una de esas raras esquinas creadas por la forma cilíndrica del hábitat..., si uno no sabe que está allí, probablemente no lo encontrará nunca. Era agradablemente tranquilo tras las multitudes que encontramos en el extremo del espaciopuerto del eje.

Normalmente aquel extremo era tan sólo para transporte de pasajeros, con las naves de carga apilándose en el otro extremo del eje de giro. Pero posicionar la nueva ampliación para iniciar sus giros había hecho que todo el tráfico fuera desviado al extremo de la Luna, o delantero..., «delantero» porque la Regla de Oro es lo suficientemente largo como para poseer un ligero efecto de marea, que será aún mayor cuando sea ensamblada la nueva ampliación. No quiero decir con esto que tenga mareas diarias; no las tiene. Pero lo que sí tiene es...

(Puede que esté hablando demasiado; depende de lo que sepan ustedes de hábitats. De modo que pueden saltarse perfectamente esto sin perderse nada.)

Lo que sí tiene es una dependencia de marea con la Luna; el extremo delantero apunta siempre directamente a la Luna. Si la Regla de Oro fuera del tamaño de una lanzadera, o estuviera tan lejos como L-5, esto no ocurriría. Pero la Regla de Oro tiene más de cinco kilómetros de largo y orbita en torno a una masa central que se halla sólo a un poco más de dos mil kilómetros de distancia. Por supuesto, eso es sólo una parte de cuatrocientas..., pero existe una ley del cuadrado y no hay fricción, y el efecto es permanente. La dependencia de marea que la Tierra tiene con la Luna es sólo cuatro veces ésta..., mucho menos si uno tiene en mente que la Luna es redonda como una pelota de tenis, mientras que la Regla de Oro está diseñada más bien como un cigarro.

La Regla de Oro tiene otra peculiaridad orbital. Orbita de polo a polo (de acuerdo, todo el mundo sabe eso..., lo siento), pero también su órbita, elíptica pero formando casi un círculo perfecto, tiene ese círculo completamente abierto al Sol, es decir, el plano de su órbita mira al Sol, siempre, mientras que la Luna gira bajo él. Como el péndulo de Foucault. Como los satélites espía que patrullan la Tierra.

O, para decirlo de otra manera, la Regla de Oro sigue simplemente el terminador, la línea de día y noche de la Luna, una y otra y otra vez, incansablemente..., nunca en la sombra. (Bueno..., en la sombra en los eclipses lunares, si quieren ser meticulosamente exactos. Pero solamente entonces.)

Esta configuración es sólo metaestable; no crea una dependencia. Todo se somete a ella, incluso Saturno y Júpiter. Pero hay un pequeño ordenador piloto en la Regla de Oro que no hace otra cosa más que asegurarse de que la órbita del hábitat esté siempre orientada directamente al Sol..., proporcionando así a la Granja del Viejo

MacDonald sus espléndidas cosechas. Ni siquiera se necesita realmente energía, sólo ligerísimas correcciones contra las pequeñas desviaciones.

Espero que se hayan saltado todo esto. La balística es interesante solamente para aquellos que la utilizan.

El señor Kondo era bajo, aparentemente de ascendencia japonesa, muy educado, y tenía músculos tan elásticos como un jaguar... y se movía como uno. Incluso sin la advertencia del doctor Schultz me hubiera dado cuenta de que no deseaba encontrarme a Tigre Kondo en un callejón oscuro, a menos que estuviera allí para protegerme a mí.

Su puerta no se abrió del todo hasta que mostré la tarjeta del doctor Schultz. Entonces nos dio inmediatamente la bienvenida con una hospitalidad formal pero cálida. El lugar era pequeño, lleno sólo a medias, en su mayor parte por hombres, y las mujeres no eran (supuse) sus esposas. Pero tampoco eran prostitutas. La sensación que daban era la de profesionales equivalentes. Nuestro anfitrión nos evaluó, decidió que no correspondíamos a la sala principal con los demás clientes, y nos situó en una pequeña habitación o reservado lateral, apenas lo bastante grande para nosotros tres y el equipaje. Luego tomó nuestros encargos. Pregunté si se podía cenar.

—Sí y no respondí—. Sushi está disponible. Y en la mesa hay sukiyaki cocinado por mi hija mayor. Pueden pedir hamburguesas y perritos calientes. También hay pizza, pero es congelada; aquí no hacemos. Ni la recomendamos. Esto es principalmente un bar; servimos comida pero no pedimos que nuestros clientes coman aquí. Son bienvenidos para jugar al go o al ajedrez o a las cartas toda la noche sin tener que consumir nada.

Gwen puso una mano en mi brazo.

—¿Puedo?

—Adelante.

Habló con él durante un rato, y no entendí ni una palabra. Pero el rostro del hombre se iluminó. Hizo una reverencia y salió.

—¿Y bien? —dije.

—Le he preguntado si podía servirnos lo que me sirvió la última vez..., y no es un plato específico sino una invitación a que Mamá-San utilice su buen juicio con lo que tenga. También le he permitido admitir que yo había estado aquí antes..., cosa que jamás hubiera hecho si yo no lo hubiera proclamado, puesto que vine con otro hombre. También me ha dicho que nuestra pequeña joya es el mejor espécimen de arce bonsai que ha visto fuera del Japón..., y le he pedido que lo riegue y lo cuide un poco por mí antes de que nos vayamos. Lo hará.

—¿Le has dicho que estamos casados?

—No era necesario. El idioma que he utilizado al hablar de ti lo implicaba.

Sentí deseos de preguntarle cuándo y cómo había aprendido japonés, pero no lo hice..., Gwen me lo diría cuando lo creyera conveniente. (¿Cuántos matrimonios se han visto arruinados por esa desazón de «saberlo todo» de la esposa? Como veterano de incontables historias de confesiones auténticas puedo asegurarles que la curiosidad no refrenada acerca del pasado del esposo/esposa es una fórmula segura para la tragedia doméstica.)

En vez de ello, me dirigí a Bill.

—Bill, ésta es la última oportunidad. Si deseas quedarte en la Regla de Oro, ahora es el momento de dejarnos. Luego que hayas cenado, quiero decir. Pero después de cenar vamos a bajar a la Luna. Puedes venir con nosotros, o quedarte aquí.

Bill pareció sorprendido.

—¿Ha dicho ella que tengo la posibilidad de elegir?

—¡Por supuesto que la tienes! —respondió secamente Gwen—. Puedes venir con nosotros..., en cuyo caso te exijo que te comportes como un ser humano civilizado en cualquier ocasión. O puedes quedarte en la Regla de Oro y volver a tu madriguera..., y decirle a Dedos que fracasaste en el trabajo que te encomendó.

—¡No fracasé! *Él* lo hizo.

Se refería a mí... Dije:

—Eso resuelve el asunto, Gwen. Está resentido contra mí. No lo quiero con nosotros..., y mucho menos tener que mantenerle. Cualquier noche pondrá veneno en mi sopa.

—Oh, Bill nunca haría eso. ¿Lo harías, Bill?

—Oh, ¿no lo haría? —dije yo—. Observa lo rápido que responde. Gwen, hoy mismo intentó disparar contra mí. ¿Por qué debo seguir soportando ese arisco comportamiento?

—¡Richard, por favor! No puedes esperar que se comporte bien de inmediato.

Aquella inútil discusión fue interrumpida en seco por el señor Kondo, que regresó para preparar la mesa para la cena... incluidos clips de sujeción para nuestro arbolito. Un décimo de la gravedad normal de la Tierra es

suficiente para mantener la comida en el plato, los pies apoyados en el suelo..., pero no mucho más. Las sillas estaban atornilladas al suelo; había cinturones en ellas por si deseabas usarlos... No lo hice pero un cinturón tiene sus ventajas si tienes que cortar un bistec no excesivamente tierno. Los vasos y tazas tenían tapas y ranuras laterales para sorber por ellas. Esas últimas eran quizá la adaptación más necesaria: uno puede escaldarse fácilmente alzando una taza de café ardiendo a un décimo de gravedad: el peso casi no existe pero la inercia no se ve disminuida, y así el líquido contenido en la taza se derrama sobre toda lo persona.

Mientras el señor Kondo colocaba platos y palillos ante mí, dijo suavemente en mi oído:

—Senador, ¿es posible que estuviera usted presente en la caída de Solis Lacus?

—¡Por supuesto que estaba, compañero! —respondí alegremente—. ¿Usted estaba también?

Hizo una inclinación con la cabeza.

—Tuve ese honor.

—¿En qué tropa?

—La Ve a Por Todas, Oahu.

—La vieja Ve a Por Todas —dije reverentemente—. La tropa más condecorada de toda la historia. ¡Puede sentirse orgulloso, amigo, orgulloso!

—En nombre de todos mis camaradas, gracias. ¿Y usted, señor?

—Yo iba con los... Asesinos de Campbell.

El señor Kondo inspiró profundamente por entre los dientes.

—Oh, sí. Puede sentirse orgulloso también. —Hizo una nueva inclinación, y se marchó rápidamente a la cocina.

Miré mi plato con aire lúgubre. Había sido pillado por sorpresa..., Kondo me había reconocido. Pero cuando llegue el día en que, preguntado de sopetón, niegue a mis camaradas, no os molestéis en comprobar mi pulso, no os molestéis siquiera en incinerarme..., simplemente echadme fuera con la basura.

—¿Richard?

—¿Eh? ¿Sí, querida?

—¿Me disculpas?

—Por supuesto. ¿Te sientes bien?

—Completamente bien, gracias, pero tengo algo de lo que ocuparme. —Se levantó, se dirigió hacia el pasillo que conducía al vestíbulo y a la salida, moviéndose de aquella alada manera que parece más bien bailar que caminar: a un décimo de la gravedad real sólo puede andarse llevando asideros, magnéticos o de otro tipo, o disponiendo de una larga práctica; el señor Kondo no lleva asideros..., se desliza como un gato.

—¿Senador?

—¿Sí, Bill?

—¿Cree que ella me odia?

—No lo creo. —Estaba a punto de añadir que me sentiría disgustado con él si persistía en..., pero callé. Amenazarle con abandonarlo atrás había sido algo muy parecido a golpear a un niño pequeño; carecía de defensas—. Solamente quiere que te mantengas firme y no culpes a los demás por tus actos. Nada de excusas.

Tras pronunciar mi perogrullada preferida, me hundí en un hosco ensimismamiento. Yo pongo excusas. Sí, pero no en voz alta, sólo para mí mismo. Eso es una excusa en sí mismo, muchacho..., cualquier cosa que hayas hecho, estés donde estés, todo ello es, absolutamente, en un cien por cien, culpa tuya. Todo.

O mérito tuyo. Sí, pero condenadamente poco de esto último. Vamos, sé sincero.

Pero mira dónde empecé..., y recorrí todo el camino hasta coronel.

En la más saqueadora pandilla de hijoputas, piojosos y ladrones que haya existido desde las Cruzadas.

¡No hables de esa forma del Regimiento!

Muy bien. Pero tampoco eran los Guardias del Fresco Arroyo, ¿no?

¡Esos petimetres! Uno sólo de los pelotones de Campbell...

Alto.

Gwen regresó, tras estar ausente... oh, bastante rato. No había mirado la hora cuando se fue, pero vi que ahora eran casi las dieciocho. Intenté ponerme en pie, cosa no demasiado práctica con la mesa y la silla atornillados al suelo. Preguntó:

—¿Queda aún algo de la cena?

—Ni un mendrugo. Comimos, y arrojamos las sobras a los cerdos.

—De acuerdo. Mamá-San no me va a dejar con hambre.

—Y Papá-San no servirá la cena sin ti.

—Richard. Hice algo sin consultarte.

—No veo nada en el libro de instrucciones que diga que tienes que hacerlo. ¿Podremos con los policías?

—No es tan grave como eso. ¿Has observado los feces que se ven durante el día por toda la ciudad? Son excursionistas que han subido de la convención de Adoradores en Ciudad Luna.

—Así que eso es lo que son. Pensé que nos habían invadido los pavos reales.

—Si quieres decirlo así. Pero has podido verlos durante todo el día, yendo arriba y abajo por Lane y por Camino, comprando todo lo que no muerde. Sospecho que muchos de ellos no van a quedarse esta noche; tienen un programa completo en Ciudad Luna, y habitaciones de hotel por las que ya han pagado. Seguro que las últimas lanzaderas irán repletas...

—Con pavos reales borrachos, vomitando en sus feces. Y en el acolchado de los asientos.

—Sin duda. Se me ocurrió que incluso el vuelo de las veinte quedará completo más bien pronto. De modo que compré billetes para nosotros y reservé asientos.

—Y ahora esperas que te pague su importe. Presenta una reclamación y la transmitiré a mi departamento legal.

—Richard, temí que no íbamos a salir de aquí en toda la noche.

—Señora Hardesty, sigues impresionándome. ¿A cuánto asciende el total?

—Podemos arreglar nuestras finanzas en otra ocasión. Simplemente tenía la sensación de que podría cenar en un estado mental más alegre si estaba segura de que podríamos marcharnos inmediatamente después de la cena. Y, esto... —Hizo una pausa, miró a Bill—. Bill.

—¿Sí, señora?

—Vamos a cenar. Ve a lavarte las manos.

—¿Eh?

—No gruñas. Haz lo que te digo.

—Sí, señora. —Bill se puso dócilmente en pie, se marchó. Gwen se volvió hacia mí.

—Estaba ansiosa. Preocupada. A causa del limburger.

—¿Qué limburger?

—Tu limburger, querido. Formaba parte de lo que saqué de tu despensa, luego puse en la bandeja con el queso y la fruta cuando comimos. Había un pequeño trozo de cien gramos, sin abrir, envuelto aún en su papel original, cuando terminamos. En vez de tirarlo, lo metí en mi bolso. Pensé que podía ser ideal para un bocado...

—Gwen.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Lo reservé a conciencia..., porque lo he utilizado como elemento de combate en ocasiones anteriores. Es mucho mejor que algunas de las cosas de la lista. Bueno, supongo que no crearás que...

—Gwen. Yo escribí esa lista. Cíñete al asunto.

—En la oficina del señor Sethos, recordarás que yo estaba sentada casi contra la mampara..., y al lado de la boca principal de ventilación. Una corriente espantosa contra mis piernas, a incómodamente caliente. Me puse a pensar...

—Gwen.

—Todas son iguales en el hábitat..., control local, tanto en calor como en volumen. Y la tapa va simplemente a presión. Mientras el contable estaba elaborando la liquidación de nuestras cuentas, el Administrador nos ignoraba estudiadamente. Bajé el volumen a cero y el calor a neutral, y solté con cuidado la tapa. Froté el queso limburger por todas las paletas del calefactor, y arrojé el resto del paquete tan adentro del conducto como me fue posible, y volví a colocar la tapa. Luego, justo antes de irnos, giré el control de calor a «frío» y subí el volumen. —Pareció preocupada—. ¿Estás avergonzado de mí?

—No. Pero me alegra que estés de mi lado. Porque... ¿lo estás, verdad?

—¡Richard!

—Pero me alegra más aún que hayas hecho reservas para la próxima lanzadera. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que Sethos sienta frío y accione el control del aire caliente.

Lo que nos dieron para cenar era delicioso, y desconozco los nombres de todos sus ingredientes, de modo que no puedo decir de qué se trataba. Habíamos alcanzado ya el estadio del eructo cuando apareció el señor Kondo, se inclinó a mi oído y dijo:

—Señor, venga, por favor.

Le seguí a la cocina. Mamá-San alzó la vista de su trabajo y no prestó mayor atención. El Reverendo Doctor Schultz estaba allí, con aspecto preocupado.

—¿Problemas? —pregunté.

—Un momento. Aquí está su foto de Enrico; la he copiado. Éstos son los papeles de Bill; por favor, écheles una mirada.

Estaban metidos en un gastado sobre, y los papeles eran grasientos y arrugados por los bordes y algo amarillentos y algo más que manchados en algunos lugares. Mano de Obra Hércules, Inc., había contratado a William Johnson, de Nueva Orleans, ducado de Mississippi, república de la Estrella Solitaria, y había vendido a su vez el contrato a la empresa constructora Bechtel High (había una cláusula de ampliación para trabajo en el espacio, en ingravidez y en el vacío), la cual a su vez había vendido el contrato al doctor Richard Ames, hábitat de la Regla de Oro, circum Luna, etc. etc..., todo lo demás era verborrea legalista. Unido al contrato había un certificado de nacimiento muy sincero que indicaba que Bill era un expósito, abandonado en la parroquia de Metairie, con una fecha de nacimiento supuesta tres días antes de la fecha en que fue encontrado.

—Gran parte de eso es cierto —me dijo el doctor Schultz—. Pude extraer algunos antiguos registros del ordenador maestro.

—¿Significa algo el que sea o no cierto?

—En realidad no. Mientras sea lo suficientemente sincero como para sacar a Bill de aquí.

Gwen me había seguido a la cocina. Tomó los papeles de mi mano, los leyó.

—Estoy convencida. Padre Schultz, es usted un artista.

—La artista es una dama conocida mía. Le transmitiré su cumplido. Amigos, ahora las malas noticias. Tetsu, ¿quieres mostrárselas?

El señor Kondo se dirigió al fondo de la cocina; Mamá-San (la señora Kondo, quiero decir) se apartó a un lado. El señor Kondo conectó un terminal. Tecléo el *Herald*, buscó algo..., las noticias locales, supongo. Me di cuenta que estaba contemplándome a mi mismo.

Conmigo, en la otra mitad de la pantalla, estaba Gwen..., una foto que no la favorecía en absoluto. No la hubiera reconocido de no ser por el sonido, que repetía:

—...Ames. La señora Gwendolyn Novak. La mujer es una conocida estafadora que ha timado a multitud de víctimas, principalmente hombres, en torno a los bares y restaurantes de Petticoat Lane. El que se hace llamar «doctor» Richard Ames, sin ningún medio de apoyo visible, ha desaparecido de su domicilio en el anillo sesenta-cinco, radio quince, en gravedad coma cuatro. Los disparos se produjeron esta tarde a las dieciséis y veinte en la oficina del accionista de la Regla de Oro Tolliver...

—¡Hey! —exclamé—. ¡Esa hora es falsa! Estábamos...

—Sí, estaban conmigo, en la Granja. Oigan el resto.

—...según los testigos oculares, ambos asesinos dispararon sus armas. Se cree que van armados y son peligrosos; utilicen precauciones extremas para detenerles. El Administrador se muestra profundamente condolido por la pérdida de su viejo amigo, y ha ofrecido una recompensa de diez mil coronas a...

El doctor Schultz apagó el terminal.

—Ahora vuelve a repetirlo todo; es una cinta sin fin. Pero aparece como un anuncio periódico en todos los canales. A estas alturas, la mayor parte de los habitantes de la Regla de Oro ya deben haberlo visto y oído.

—Gracias por advertirnos. Gwen, ¿no sabes hacer otra cosa mejor que ir disparándole a la gente? Eres una niña mala.

—Lo siento, señor. Creo que son las malas compañías.

—De nuevo mis disculpas. Reverendo, ¿qué demonios vamos a hacer ahora? Ese hijo de un bastardo y una prostituta nos habrá lanzado al espacio antes de irse a dormir.

—Eso es algo que también se me ha ocurrido. Tome, pruebe si la talla de esto es correcta. —De alguna parte de su amplia persona extrajo un fez.

Me lo probé.

—Encaja bastante bien.

—Y ahora esto.

Era un parche para el ojo, de terciopelo negro, con un elástico. Me lo puse, decidí que no me gustaba tener un ojo tapado, pero no dije nada. Papá Schultz había puesto evidentemente esfuerzos a imaginación en intentar impedir que respirara el vacío.

—¡Oh, diosa! —exclamó Gwen—. ¡Funciona!

—Sí —admitió el doctor Schultz—. Un parche en el ojo atrae tan fuertemente la atención de la mayor parte de los observadores que se necesita un esfuerzo consciente de la voluntad para ver el resto de los rasgos. Yo siempre llevo uno a mano. Ese fez y la presencia de los Nobles de la Adoración Mística son una feliz coincidencia.

—¿Siempre lleva también un fez a mano?

—No exactamente. Éste tuvo un propietario anterior. Cuando despierte, puede que lo eche en falta..., pero no creo que se despierte pronto; mi amigo Mickey Finn está cuidando de él. Pero será mejor que evite los Adoradores del Templo de Al Mizar. Su acento es característico; son de Alabama.

—Doctor, evitaré a todos los Adoradores tanto como pueda, y embarcaremos en el último minuto. Pero, ¿y Gwen?

El Reverendo Doctor extrajo otro fez.

—Pruebe éste, querida señora.

Gwen se lo probó. Tendía a hundirse sobre su cabeza como un apagavelas. Se lo quitó.

—No creo que me sirva; no encaja con mi complejión. ¿Qué piensa usted?

—Me temo que tiene razón.

—Doctor —dije—, los Adoradores suelen ser dos veces más grandes que Gwen en todas direcciones y con bultos en los más diversos lugares. Tiene que haber alguna otra cosa. ¿Algo de maquillaje?

Schultz negó con la cabeza.

—El maquillaje siempre parece maquillaje.

—La foto del terminal no se le parece demasiado. Nadie podrá reconocerla por ella.

—Gracias, amor. Desgraciadamente, hay mucha gente en la Regla de Oro que sabe cuál es mi aspecto..., y uno de ellos en la esclusa de entrada de la lanzadera esta noche puede hacer descender drásticamente mis expectativas de vida. Hummm. Sólo con un poco de esfuerzo y nada de maquillaje podría aparentar mi auténtica edad. ¿Papá Schultz?

—¿Cuál es su auténtica edad, querida?

Me miró, luego se puso de puntillas y le susurró algo al oído del doctor Schultz. Pareció sorprendido.

—No lo creo. Y, no, no funcionará. Necesitamos algo mejor.

La señora Kondo dijo algo rápidamente a su esposo; éste se puso repentinamente alerta; intercambiaron un rápido flujo de palabras en lo que debía ser japonés. Cambió a inglés:

—¿Puedo decir algo, por favor? Mi esposa ha señalado que la señora Gwen tiene la misma estatura, más o menos, que nuestra hija Naomi..., y, en cualquier caso, los kimonos son muy flexibles.

Gwen dejó de sonreír.

—Es una idea..., y gracias a los dos. Pero no tengo aspecto de japonesa. Mi nariz. Mis ojos. Mi piel.

Hubo nuevos cuchicheos en aquel rápido pero fluido lenguaje esta vez a tres bandas. Luego Gwen dijo:

—Esto puede ampliar mis expectativas de vida. Así que por favor, discúlpenme. —Se fue con Mamá-San.

Kondo regresó al salón principal..., desde hacía varios minutos parpadeaban luces reclamando servicio; las había ignorado. Le dije al buen doctor:

—Ha ampliado usted ya nuestras expectativas de vida, simplemente permitiéndonos refugiarnos con Tigre Kondo. ¿Pero cree que podemos seguir adelante con esto el tiempo suficiente para abordar la lanzadera?

—Espero que sí. ¿Qué otra cosa puedo decir?

—Nada, supongo.

Papá Schultz rebuscó en un bolsillo.

—He tenido la oportunidad de traerle la tarjeta de turista del caballero que le ha prestado el fez..., y he borrado su nombre. ¿Qué nombre ponemos en ella? No puede ser «Ames», por supuesto, pero... ¿qué?

—Oh, Gwen reservó espacio para nosotros en la lanzadera. Compró billetes.

—¿Con sus auténticos nombres?

—No estoy seguro.

—Espero que no. Si utilizó «Ames» y «Novak», lo mejor que pueden hacer es ser los primeros en la fila de los no presentados. Será mejor que me apesure a la venta de billetes y haga reservas para ustedes como «Johnson» y...

—Doc.

—¿Sí? En la próxima lanzadera, si ésta está completa.

—No puede hacerlo. Si usted hace reservas para nosotros, todo lo que puede esperar es: ¡fuuu!, al espacio. Puede que necesiten hasta mañana para descubrirlo, pero lo harán.

—Pero...

—Esperemos y veamos lo que hizo Gwen. Si no están de vuelta dentro de cinco minutos, le pediremos al señor Kondo que las saque como sea de donde estén.

Unos minutos más tarde entró una dama. El padre Schultz hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—Usted es Naomi. ¿O es Yumiko? De todos modos, me alegra volver a verla.

La muchachita rió quedamente, inspiró a hizo una reverencia de cintura para arriba. Parecía una muñeca..., un vistoso kimono, zapatillas de seda, maquillaje blanco, un increíble peinado japonés. Respondió:

—Geisha saludar señores. Yo Ingris.

—¡Gwen! —exclamé.

—¿Si?

—¡Gwen, esto es maravilloso! Pero dime, ¿qué nombres utilizaste para hacer las reservas?

—Ames y Novak. Para que coincidieran con nuestros pasaportes.

—Esto lo arruina todo. ¿Qué hacemos, doc?

Gwen nos miró primero al uno, luego al otro.

—Por favor, ¿pueden decirme la dificultad?

Se la expliqué.

—Así que vamos a la puerta, los dos bien disfrazados..., y mostramos nuestras reservas a nombre de Ames y Novak. Telón. Nada de flores.

—Richard, no te lo dije todo.

—Gwendolyn, tú nunca lo dices todo. ¿Más limburger?

—No, querido. Pensé que las cosas podían ponerse de este modo. Bueno, supongo que puedes decir que malgasté demasiado dinero, pero... Bueno, después de comprar nuestros billetes, unos billetes que ahora no podemos usar y que por lo tanto van a perderse..., fui a la oficina de alquiler de vehículos y dejé un depósito por uno. Un Volvo Flyabout.

—¿Con qué nombre? —quiso saber Schultz.

—¿Cuánto? —quise saber yo.

—Utilicé mi auténtico nombre...

—¡Dios nos ayude! —dijo Schultz.

—Un momento, señor. Mi auténtico nombre es Sadie Lipschitz..., y sólo Richard lo conoce. Y ahora usted. Por favor, no lo divulgue: es un nombre que no me gusta. Como Sadie Lipschitz, reservé el Volvo para mi jefe, el senador Richard Johnson, y dejé un depósito. Seis mil coronas.

Lancé un silbido.

—¿Por un Volvo? Suena casi como si lo hubieses comprado.

—Lo compré, querido; tuve que hacerlo. Tanto el alquiler como el depósito tenían que ser en efectivo, puesto que no poseo tarjeta de crédito. Oh, sí poseo; tengo suficientes tarjetas como para hacer un solitario con ellas. Pero Sadie Lipschitz no tiene crédito. Así que tuve que pagar seis mil coronas simplemente para reservarlo..., para alquilarlo pero con un contrato de compra. Intenté hacer bajar un poco la cifra, pero con todos esos Adoradores en la ciudad el de la agencia estaba seguro de poder endosárselo a otro.

—Probablemente tenía razón.

—Creo que sí. Si lo tomamos, tendremos que completar el pago según la tarifa de precios: otras diecinueve mil coronas...

—¡Dios mío!

—...más el seguro y la comisión del agente. Pero recibiremos de vuelta el resto de la liquidación si lo devolvemos aquí, o en Ciudad Luna, o en Hong Kong Luna, dentro de un plazo de treinta días. El señor Dockweiler me explicó la razón del contrato de compra. Los mineros de los asteroides han estado alquilando recientemente coches sin pagar un depósito de su precio completo, para llevarlos a algún escondite de la Luna y reacondicionarlos para la minería.

—¿Un Volvo? La única forma en que puedes hacer llegar un Volvo a los asteroides es embarcándolo en la bodega de una Hanshaw. Pero diecinueve..., no, veinte mil coronas. Más el seguro, más la comisión. Es un robo, puro y simple.

—Amigo Ames —dijo Schultz, más bien secamente—, sugiero que deje de comportarse como el escocés del cuento frente a una máquina distribuidora de refrescos accionada por monedas. ¿Acepta lo que la señora Ames pudo arreglar? ¿O prefiere la ruta del aire fresco del Administrador? Fresco..., pero escaso.

Inspiré profundamente.

—Lo siento. Tiene usted razón: no se puede respirar dinero. Pero odio ser esquilado. Gwen, te pido disculpas. De acuerdo, ¿a qué distancia de aquí está la Hertz? Estoy desorientado.

—No es la Herz, querido. Es la Budget Jets. A la Hertz no le quedaba ni una sola unidad.

## 9

*Murphy era un optimista.*

(Comentario de O'Toole a la Ley de Murphy, citado por A. Bloch)

Para llegar a la oficina de Budget Jets tuvimos que rodear el extremo de la sala de espera del espaciopuerto y entrar en ella por el eje, luego dirigimos directamente a la puerta de la Budget. La sala de espera estaba atestada: la gente de siempre, más los Adoradores y sus esposas, la mayor parte de ellos atados a las sillas junto a la pared, algunos flotando libres. Y procuradores..., demasiados.

Quizá debiera explicar que la sala de espera —y la oficina de reservas, y la entrada del túnel para pasajeros, y las oficinas de alquiler de vehículos— están todas en caída libre, en ingravidez; no comparten el giro que da al hábitat su pseudogravedad. La sala de espera y las actividades anexas se hallan en un cilindro dentro de otro cilindro mucho más grande, el hábitat propiamente dicho. Los dos cilindros comparten un eje común. El mayor gira; el más pequeño no..., como una rueda girando sobre su eje.

Esto requiere un sello de vacío en la capa exterior del hábitat allá donde los dos cilindros se tocan..., del tipo de mercurio, creo que es, pero nunca lo he visto. El asunto es que, aunque el hábitat que lo rodea gire, el espaciopuerto del hábitat *no* debe girar, porque una lanzadera (o una nave de carga, o incluso un Volvo) necesita un lugar inmóvil a ingravido donde atracar. Los alvéolos de atraque de los vehículos de alquiler forman como un rosetón en torno a las instalaciones principales.

Mientras cruzaba la sala de espera evité los contactos visuales y avancé directamente hacia mi destino, una puerta en el ángulo delantero de la sala. Gwen y Bill me pisaban los talones. Gwen llevaba el bolso colgado del cuello y sujetaba el arco bonsai con un brazo mientras se agarraba a mi tobillo con la otra mano; Bill se sujetaba a uno de los tobillos de ella y remolcaba un paquete envuelto en una bolsa de Macy's con el logotipo de Macy's destacando en forma llamativa. No sé lo que habría contenido originalmente aquella bolsa, pero ahora ocultaba la maleta pequeña de Gwen, la que no llevaba sus ropas.

¿El resto de nuestro equipaje? Siguiendo el principio primordial de salvar primero el cuello, nos habíamos desprendido de él. Nos hubiera señalado como falsos viajeros: para una excursión de un solo día los Adoradores de vacaciones no llevan grandes cantidades de equipaje. La maleta pequeña de Gwen podía ser conservada porque, oculta bajo el envoltorio de Macy's, parecía como el resultado de unas compras que obviamente los Adoradores podían haber hecho. Y lo mismo podía decirse del arbolito..., el tipo de compra estúpida y fuera de lugar que suelen hacer los turistas. Pero el resto de nuestro equipaje tenía que ser abandonado.

Oh, quizá pudiera sernos remitido algún día, si podía hallarse un medio lo suficientemente seguro. Pero lo había borrado de nuestra lista de posesiones. El doctor Schultz, al censurarme por gruñir sobre el trato hecho por Gwen, me había reorientado. Con el tiempo me había ido volviendo blando y sedentario y domesticado..., él me había obligado a mirar de frente al mundo real, donde solamente hay dos tipos de personas: las rápidas y las muertas.



Una verdad de la que fui de nuevo muy consciente mientras cruzábamos aquella sala de espera: el Jefe Franco apareció detrás nuestro. No pareció reparar en nosotros y yo hice todos los esfuerzos posibles por parecer no reparar en él, Parecía preocupado únicamente por alcanzar a un grupo de sus esbirros que custodiaban la esclusa de acceso al túnel de pasajeros; derivó directamente hacia ellos mientras yo tiraba de mi pequeña familia a lo largo de una línea de la vida que se extendía desde la entrada hasta el rincón que deseaba alcanzar.

Y lo alcancé, y crucé la puerta de la Budget Jets, y ésta se contrajo a nuestras espaldas, y respiré de nuevo y volví a tragarme mi estómago.

En la oficina de la Budget Jets encontramos al director, el señor Dockweiler, atado a su escritorio y leyendo la edición de la Luna del *Daily Racing Form*. Alzó la vista cuando entramos y dijo:

—Lo siento, amigos, pero no me queda nada para alquilar o vender. Ni siquiera una escoba de bruja.

Pensé en quién era yo —el senador Richard Johnson, representante del enormemente rico sindicato, extendido por todo el Sistema, de los olisqueadores de safrás, uno de los más poderosos organismos comerciales de La Haya—, y dejé que la voz del senador hablara por mí:

—Hijo, soy el senador Johnson. Creo que uno de mis empleados hizo una reserva a mi nombre hoy..., un Hanshaw Superb.

—Oh. Encantado de conocerle, senador —dijo, mientras aseguraba el periódico al escritorio con una pinza y se soltaba el cinturón que lo retenía al asiento—. Sí. Tengo su reserva. Pero no es un Superb. Es un Volvo.

—¿Qué? Oh, le dije claramente a esa chica... No importa. Cámbiolo, por favor.

—Me gustaría complacerle, señor. Pero no me queda nada más.

—Lamentable. ¿Sería tan amable de consultar a sus competidores y encontrarme...?

—Senador, no queda ni una sola unidad por alquilar en toda la Regla de Oro. El Garaje de Morris, la Lockheed Volkswagen, la Hertz, la Interplanet... Llevamos la última hora llamándonos los unos a los otros sin parar. Absolutamente nada.

Era el momento de mostrarse filosófico.

—En ese caso, será mejor que me conforme con el Volvo, ¿no crees, hijo?

El senador se mostró de nuevo un tanto excitado cuando se le pidió que depositara el precio de tarifa de nuevo de lo que era claramente un vehículo muy usado... Me quejé de los ceniceros sucios y exigí que fueran limpiados a fondo..., luego dije que no importaba (cuando el terminal detrás de la cabeza de Dockweiler dejó de hablar de Ames y Novak) y añadí:

—Déjeme comprobar la masa y el delta uve disponible; quiero despegar inmediatamente.

Para la lectura de masa la Budget Jets no utiliza una centrífuga sino el más nuevo, rápido, barato y mucho más conveniente inerciómetro elástico..., pero me pregunto hasta qué punto es exacto. Dockweiler nos hizo entrar inmediatamente en la red (todos menos el bonsai, que sopesó y evaluó en dos kilos..., en lo cual no iba muy desencaminado), nos pidió que nos sujetáramos los unos a los otros mientras agarrábamos entre los tres la bolsa de Macy's, luego pulsó el botón del soporte elástico... Nuestros dientes castañetearon; anunció que nuestra masa total era de 213,6 kilos.

Unos minutos más tarde estábamos atándonos a los asientos y Dockweiler sellaba el morro y luego la puerta interior del alvéolo. No nos había pedido nuestras tarjetas de identificación, pases de turistas, pasaportes ni licencias de piloto para vehículos a motor. Pero había contado los diecinueve mil dos veces. Más el seguro. Más su comisión.

Teclé « 213,6 kg » en el ordenador piloto, luego comprobé el panel de a bordo. El indicador de combustible señalaba «lleno» y todas las luces brillaban verdes. Pulsé el botón de «preparado» y aguardé. La voz de Dockweiler nos llegó a través del altavoz:

—¡Feliz aterrizaje!

—Gracias.

La carga de aire hizo ¡*Bufff!*!, y nos hallamos fuera del alvéolo y en la brillante luz del Sol. Delante de nosotros y muy cerca estaba la parte exterior del espaciopuerto. Pulsé el control de orientación para un giro de ciento ochenta. Mientras girábamos, el hábitat se alejó de nosotros y surgió en mi ventanilla izquierda; delante apareció la lanzadera que llegaba —no me preocupé de ella; era ella quien tenía que preocuparse de mí, yo estaba despegando—, y, por la ventanilla de mi derecha, pudimos contemplar una de las visiones más impresionantes del Sistema: la Luna muy cerca, a sólo unos trescientos kilómetros..., podía tender la mano y alcanzarla.

Me sentí grande.

Aquellos mentirosos truhanes asesinos quedaban detrás, y estábamos para siempre libres de la caprichosa tiranía de Sethos. Al principio, vivir en la Regla de Oro había parecido algo feliz y despreocupado. Pero había aprendido. El cuello de un monarca siempre tiene que tener un lazo corredizo a su alrededor..., eso lo mantiene erguido.

Yo ocupaba el asiento del piloto; Gwen era el copiloto a mi derecha. Miré hacia ella, y entonces me di cuenta de que seguía llevando todavía aquel estúpido parche en el ojo. No, borro lo de «estúpido»..., era muy probable que me hubiera salvado la vida. Me lo quité, me lo metí en un bolsillo. Luego me quité el fez, miré a mi alrededor buscando un sitio donde dejarlo..., lo metí en el cinturón de mi pecho.

—Veamos si estamos seguros para el espacio —dije.

—¿No es un poco tarde para eso, Richard?

—Siempre hago mis comprobaciones después de despegar—respondí—. Soy del tipo optimista. Tú tienes un bolso y una bolsa de Macy's; ¿cómo están asegurados?

—Todavía no lo están. Si dejas de anadear mientras lo hago, me desataré y los sujetaré. —Empezó a soltarse el cinturón.

—¡Alto! Antes de desatarte necesitas obtener el permiso del piloto.

—Creí que lo tenía.

—Lo tienes ahora. Pero no vuelvas a cometer el mismo error. Señor Christian, el buque de Su Majestad *Bounty* está siempre en buen orden, y así seguirá estándolo. ¡Bill! ¿Cómo estás ahí atrás?

—Estupendo.

—¿Estás bien asegurado? Cuando le retuerza la cola a este trasto, no quiero nada suelto volando por la cabina.

—Está bien atado —me aseguró Gwen—. Lo comprobé. Sujeta el tiesto del Árbol-San contra su barriga y tiene mi promesa de que, si lo deja escapar, lo enterraré sin ningún rito funerario.

—No estoy seguro de que resista la aceleración.

—Yo tampoco, pero no hay forma de sujetarlo. Al menos estará en posición correcta para la aceleración..., y yo estoy recitando algunos conjuros. Querido, ¿qué puedo hacer con esta peluca? Es una de las que utiliza Naomi para las representaciones públicas; es valiosa. Fue tan amable como para insistir en que me la pusiera, creo que era el toque final más convincente..., pero no veo cómo protegerla. Es tan sensible a la aceleración como el Árbol-San.

—Maldito si lo sé..., y ésta es mi opinión oficial. Pero dudo que necesite empujar este buggy más allá de dos g. —Pensé en ello— ¿Qué hay de la guantera? Saca todos los kleenex y mételos en torno a la peluca. Y algunos dentro de ella. ¿Crees que eso funcionará?

—Creo que sí. ¿Tenemos tiempo?

—Todo el que quieras. Hice una estimación rápida en la oficina del señor Dockweiler. Para aterrizar en el puerto de Hong Kong Luna y a la luz del sol debo empezar a trasladarme a una órbita inferior aproximadamente a las veintiuna. Sobra un montón de tiempo. Así que adelante, haz todo lo que tengas que hacer..., mientras yo le digo al ordenador piloto lo que quiero que haga él. Gwen, ¿puedes leer todos los instrumentos de tu lado?

—Sí, señor.

—Estupendo, ése es tu trabajo; ése, y la ventanilla de estribor. Yo me ocuparé del impulso, altitud y ordenador. Por cierto, tienes licencia de piloto, ¿verdad?

—¿De qué sirve preguntármelo ahora? Pero no dejes que se turbe lo corazón, querido; estaba conduciendo trastos por el espacio antes incluso de salir de la escuela secundaria.

—Bien. —No le pedí que me mostrara su licencia..., como había dicho muy bien, era demasiado tarde para preocuparse por ello.

Y me di cuenta de que no había respondido a mi pregunta.

(Si la balística les aburre, éste es otro fragmento que pueden saltarse.)

Una órbita podamargaritas en torno a la Luna (suponiendo que en la Luna haya margaritas, lo cual parece improbable) requiere una hora y cuarenta y ocho minutos y algunos segundos. La Regla de Oro, que está unos trescientos kilómetros más alta que una margarita alta, tiene que ir más allá de la circunferencia de la Luna (10.919 kilómetros), es decir 12.805 kilómetros. Casi dos mil kilómetros más lejos..., así que ha de ir más aprisa. ¿Correcto?

Equivocado. (He hecho trampa.)

El aspecto más extravagante, contrario al sentido común y difícil de la balística en torno a un planeta es éste: para acelerar, frenas; para frenar, aceleras.

Lo siento. Así es.

Nos hallábamos en la misma órbita que la Regla de Oro, trescientos kilómetros por encima de la Luna y moviéndonos con el hábitat a 1,5 kilómetros por segundo (1,5477 km/s es lo que tecleé en el ordenador piloto..., porque eso es lo que decía en la hoja de instrucciones que recibí en la oficina de Dockweiler). Para descender a la superficie tenía que alcanzar una órbita inferior (y más rápida)..., y la forma de hacerlo era frenando.

Pero era más complejo que eso. Un aterrizaje sin aire requiere que descendas hasta la órbita más baja (y más rápida)..., pero tienes que eliminar esa velocidad a fin de entrar en contacto con el suelo a velocidad relativa cero: debes seguir descendiendo de modo que el contacto se produzca suavemente, sin rebote (o no mucho) y sin deslizamiento (o no mucho)..., lo que llaman una órbita «sinérgica» (difícil de deletrear y más difícil aún de calcular.)

Pero puede hacerse. Armstrong y Aldrin lo hicieron la primera vez. (¡No hay segundas oportunidades!) Pero pese a todas sus cuidadosas matemáticas resultó que en su camino había una maldita roca de buen tamaño. Un gran virtuosismo y una pizca de combustible los condujeron a un aterrizaje del que pudieron salir por su propio pie. (Si no hubieran dispuesto de esta pizca de combustible, ¿se hubiera visto retrasado medio siglo o así el viaje por el espacio? Creo que no rendimos a nuestros pioneros los honores que se merecen.)

Hay otra forma de posarse. Detenerse completamente sobre el lugar elegido. Dejarse caer como una roca. Frenar con los chorros con tanta exactitud que beses el suelo como un prestidigitador haciendo aparecer un huevo en una bandeja.

Una dificultad menor... los giros en ángulo recto son lo peor que puede hacer un piloto. El malgasto de delta uve es a veces escandaloso..., probablemente lo vehículo no lleve tanto combustible. («Delta uve», en la jerga de los pilotos, significa «cambio de velocidad», porque, en ecuaciones, la letra griega delta significa un cambio fraccional y «v» significa velocidad..., y por favor recuerden que «velocidad» es tanto una dirección como una velocidad en sí, y ése es el motivo por el que las naves cohete no efectúan giros en U.)

Me dediqué a programar en el pequeño ordenador piloto del Volvo el tipo de aterrizaje sinérgico que efectuaron Armstrong y Aldrin, aunque no tan sofisticado. Principalmente lo que tenía que hacer era pedirle al ordenador piloto que buscara en su ROM (la memoria de sólo lectura, donde se hallan almacenados de forma permanente los programas base) el programa generalizado de aterrizaje desde una órbita circum Luna..., y admitió dócilmente que sabía cómo..., y luego tuve que introducirle los datos de aquel aterrizaje en particular, utilizando la hoja de instrucciones proporcionada por la Budget Jets.

Una vez terminado esto, le dije al ordenador piloto que comprobara lo que había entrado; admitió reluciente que tenía todo lo que necesitaba para aterrizar en Hong Kong Luna a las veintidós horas y diecisiete minutos y cuarenta y ocho coma tres segundos.

Su reloj señalaba las 19:57. Hacía apenas veinte horas un desconocido que se hacía llamar «Enrico Schultz» se había sentado sin ser invitado a ello a mi mesa en El Fin del Arco Iris..., y cinco minutos más tarde lo mataban de un disparo. Desde entonces, Gwen y yo nos habíamos casado, habíamos sido desahuciados, «adoptados» por un sirviente inútil, acusados de asesinato, y habíamos tenido que huir para seguir con vida. ¡Un día ajetreado! Y aún no había terminado...

Llevaba viviendo demasiado tiempo en una complaciente seguridad. Nada da más interés a tu vida que correr para seguir vivo.

—Copiloto.

—Copiloto a tus órdenes.

—¡Esto es divertido! Gracias por casarte conmigo.

—Captado, capitán, querido. Yo también.

Aquel había sido un día de suerte, no cabía la menor duda. Una afortunada interrupción en el ritmo de los acontecimientos nos había mantenido con vida. En estos momentos el Jefe Franco debía estar comprobando la identidad de todos los pasajeros que entraran en la lanzadera de las veinte, esperando a que el doctor Ames y la señora Novak se presentaran a confirmar sus reservas..., mientras nosotros nos habíamos marchado ya por la puerta de atrás. Pero, aunque esta crítica concatenación de hechos nos había salvado la vida, Dama Fortuna seguía reteniendo aún el primer premio.

¿Cómo? Desde la órbita de la Regla de Oro, nuestro aterrizaje más sencillo en la Luna sería descender sobre cualquier punto del terminador..., menos consumo de combustible, mucho menor delta uve. ¿Por qué? Porque estábamos ya en esa línea del terminador, yendo de polo a polo, de sur a norte, de norte a sur, de modo que nuestro aterrizaje más sencillo era inclinar el morro hacia abajo allá donde estábamos, sin cambiar en ningún momento de orientación.

Aterrizar en dirección este-oeste implicaría renunciar a nuestra velocidad actual, luego gastar más delta uve efectuando ese estúpido giro en ángulo recto..., luego programar para el aterrizaje. Quizá la cuenta bancaria de ustedes les permita este dispendio; su vehículo espacial no..., corre usted el riesgo de encontrarse sentado ahí arriba con el combustible agotado y nada a sus pies salvo el vacío y rocas. No es muy apetecible.

Para salvar nuestros cuellos, estaba dispuesto a aceptar cualquier campo de aterrizaje en la Luna..., pero ese primer premio de Dama Fortuna incluía el aterrizaje en mi campo preferido (Hong Kong Luna) en el momento de despuntar allí el día, tras perder sólo una hora aparcado en órbita esperando el momento de decirle al ordenador piloto que nos llevara abajo. ¿Qué más podía pedir?

En aquel momento estábamos flotando sobre la cara oculta de la Luna..., tan arrugada como el lomo de un cocodrilo. Los pilotos aficionados no aterrizan en la cara oculta de la Luna por dos razones: 1) montañas: la cara oculta de la Luna, comparada con la Tierra, hace que los Alpes se parezcan a Kansas; 2) asentamientos: no hay ninguno que pueda mencionarse. Y no hablemos de los asentamientos que no pueden mencionarse, porque aterrizar en uno de ellos puede poner a sus inmencionables ocupantes más bien furiosos.

En otros cuarenta minutos estaríamos sobre Hong Kong Luna en el momento en que era alcanzada por la salida del Sol. Antes de ese momento pediría permiso para aterrizar y para control desde el suelo en la última y más difícil parte del aterrizaje..., luego pasaría las dos horas siguientes haciendo descender suavemente el Volvo para el aterrizaje. Luego sería el momento de pasar el control a Hong Kong Luna, pero, me prometí a mí mismo, seguiría a los mandos y efectuaría el aterrizaje yo mismo, en paralelo, sólo por el puro placer de hacerlo. ¿Cuánto tiempo hacía desde que había efectuado mi último aterrizaje sin aire? En Callisto, ¿no? ¿Qué año había sido? ¡Oh, demasiado tiempo!

A las 20:12 pasamos por encima del polo norte de la Luna y presenciamos el surgir de la Tierra por el horizonte..., un espectáculo impresionante, no importa las veces que lo hayas visto. Madre Tierra estaba en media fase (puesto que nos hallábamos en el terminador de la Luna), con la mitad iluminada a nuestra izquierda. Como fuera que hacía pocos días que había cruzado el solsticio de verano, el casquete polar norte estaba inclinado a plena luz, y su brillo era cegador. Pero Norteamérica era casi igual de brillante, porque estaba casi totalmente cubierta de densas nubes, excepto una parte de la costa occidental mexicana.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y que Gwen estaba apretando mi mano. Casi olvidé llamar al control de tierra de HKL.

—Volvo BJ-17 llamando al control de HKL. ¿Me escuchan?

—BJ-17 afirmativo. Adelante.

—Solicito permiso para aterrizar aproximadamente a las veintidós diecisiete cuarenta y ocho. Solicito aterrizaje controlado desde el suelo con manual en paralelo. He salido de la Regla de Oro y sigo aún en la órbita de la Regla de Oro aproximadamente a seis kilómetros al oeste del hábitat. Cambio.

—Volvo BJ-17. Permiso para aterrizar en Hong Kong Luna aproximadamente a las veintidós diecisiete cuarenta y ocho. Cambie al canal trece del satélite no más tarde de las veintiuna cuarenta y cinco y prepárese para aceptar control desde el suelo. Advertencia: Tiene que iniciar el programa estándar de descenso de esa órbita a las veintiuna cero seis diecinueve y seguirlo exactamente. Si a la inserción del control de aterrizaje desde el suelo se halla usted fuera del vector en más de un tres por ciento o de la altitud en más de cuatro kilómetros, espere anulación control HKL.

—Entendido y corto. —Añadí—: Apuesto a que no sabes que estás hablando con el Capitán Medianoche, el más avezado piloto de todo el Sistema Solar —pero ya había cortado el micrófono cuando dije esto.

O eso creí. Oí una respuesta:

—Y aquí es el Capitán Hemorroides Hives, el peor controlador de superficie de la Luna. Espero que me pague un litro de Glenlivet una vez lo haya llevado al suelo. Si consigo llevarlo al suelo.

Comprobé el interruptor del micrófono..., no parecía haber ningún fallo. Decidí no darme por enterado. Todo el mundo sabe que la telepatía funciona mejor en el vacío..., pero tenía que haber alguna forma en que los tipos normales pudiéramos protegernos contra los superhombres.

(Como tenía que haber alguna forma de saber cuándo uno tiene que mantener la boca cerrada.)

Puse el avisador a las veintiuna horas, luego preprogramé las operaciones y, durante la siguiente hora, gocé del vuelo mientras sujetaba las manos de mi esposa. Las increíbles montañas de la Luna, más altas y escarpadas que el Himalaya y trágicamente desoladas, avanzaron y pasaron por debajo de nosotros. El único sonido era el suave murmullo del ordenador y el suspiro del renovador de aire..., y los regulares e irritantes ronquidos de Bill. Me aislé de todos los sonidos y me relajé. Ni Gwen ni yo sentíamos deseos de hablar. Fue un feliz interludio, tan pacífico como el arroyo junto al Molino Viejo.

—¡Richard! ¡Despierta!

—¿Eh? No estaba dormido.

—Sí, querido. Son pasadas las veintiuna.

Oh..., era cierto. Las veintiuna y uno, y avanzando. ¿Qué había pasado con el avisador? No importaba ahora..., tenía cinco minutos y algún que otro segundo para comprobar que entrábamos a tiempo en el programa de descenso. Pulsé el control de iniciación, variando la posición de hacia delante boca arriba a hacia atrás pronó..., la más fácil para el descenso, aunque la hacia atrás supino funciona igual de bien. O incluso hacia atrás de lado. Sea como sea, el chorro *debe* apuntar contra la dirección del movimiento a fin de reducir la velocidad para la inserción del programa de aterrizaje..., es decir, «hacia atrás» para el piloto. (Pero me siento mejor cuando el horizonte parece «correcto» con respecto a la forma en que estoy atado al asiento; es por eso por lo que prefiero situar el vehículo en posición hacia atrás pronó.)

Tan pronto como noté que el Volvo empezaba las operaciones, le pregunté al ordenador si estaba preparado para iniciar el programa de aterrizaje, utilizando el código estándar de la lista que figuraba en su tablero.

Ninguna respuesta. Ningún sonido. La pantalla vacía.

Me acordé de sus antepasados. Gwen dijo:

—¿Has pulsado el botón de ejecución?

—¡Claro que lo he hecho! —respondí irritado, y lo pulsé de nuevo.

La pantalla se iluminó, y el sonido hizo chirriar nuestros dientes.

—¿Cómo deletrean *ustedes* confort? Para el ciudadano listo de la Luna, abrumado por el trabajo, por los estímulos, por el stress, se deletrea C-O-N-F-I-E-S: Confies, el confort que recomiendan los terapeutas contra los ardores de estómago, la acidez, las úlceras gástricas, los espasmos intestinales y los simples dolores de barriga. ¡Confies! ¡Son las mejores! Fabricadas por Productos Farmacéuticos Balsámicos Tigre, Hong Kong Luna, los fabricantes de medicinas en las que uno puede confiar. C-O-N-F-I-E-S, ¡Confies! ¡Infalibles! Pregunte a su terapeuta. —Un coro de búhos chillones empezó a cantar las excelencias de Confies.

—¡Esa maldita cosa no se para!

—¡Golpéala!

—¿Eh?

—Golpéala, Richard.

No podía ver ninguna lógica en ello, pero encajaba con mis necesidades emocionales; le di una fuerte palmada. Siguió barbotando estupideces sobre las excelencias del precio de una levadura química para hornear.

—Querido, tienes que golpear más fuerte que eso. Los electrones son cositas tímidas pero testarudas; tienes que hacerles saber quién es el jefe. Espera, déjame a mí. —Gwen le lanzó un buen mamporro..., creí que iba a romper la carcasa.

La pantalla mostró inmediatamente:

Listos para el descenso: Tiempo Cero = 21-06-17,0.

El reloj señalaba: 21:05:42,7.

Lo cual apenas me dio tiempo para echar una ojeada al altímetro radar (que señalaba 298 km por encima del suelo, sin variación) y a la lectura doppler, que nos mostraba orientados en paralelo a nuestra línea de movimiento sobre el suelo, lo suficientemente cerca para el control..., aunque no sé qué hubiera podido hacer en los escasos diez segundos que quedaban si las cifras hubieran sido distintas. En vez de utilizar chorros fraccionales emparejados para controlar la altitud, un Volvo utiliza giroscopios a impulsores..., más baratos que doce pequeños chorros y un laberinto de conducciones. Pero el proceso es más lento.

Luego, de pronto, el reloj marcó tiempo cero, el chorro entró en acción, aplastándonos bruscamente contra el acolchado, y la pantalla mostró el programa de ignición, que empezaba con:

21:06:17,0 —19 segundos

21 :06:36,0

Dulcemente, el chorro se cortó al cabo de diecinueve segundos, sin siquiera haber tenido tiempo de carraspear.

—¿Lo ves?—dijo Gwen—. Simplemente has de mostrarte firme con él.

—No creo en el animismo.

—¿De veras? Entonces, ¿cómo puedes...? Lo siento, querido. No importa; Gwen se hará cargo de estas cosas.

El Capitán Medianoche no respondió nada. No puedo decir realmente que me enfurruñara. Pero maldita sea, el animismo es una absoluta superstición. (Excepto en lo que se refiere a las armas.)

Había cambiado al canal trece, y acabábamos de salir de la quinta ignición. Estaba listo para pasar los mandos al control de aterrizaje desde el suelo de HKL (el capitán Hives), cuando aquel querido idiota electrónico machacó su RAM (su memoria de acceso aleatorio, donde estaba escrito nuestro programa de descenso). La tabla de igniciones parpadeó en la pantalla, se oscureció, se redujo a un punto y desapareció. Pulsé frenéticamente la tecla de restauración..., no ocurrió nada.

El Capitán Medianoche, impávido como siempre, sabía exactamente lo que había que hacer.

—¡Gwen! ¡El programa se ha perdido!

Se adelantó y empezó a dar golpes. El esquema de igniciones no se restauró..., una RAM, cuando resulta machacada, se ha perdido para siempre, como una pompa de jabón cuando estalla..., por muchos puntapiés que le des. En la parte superior izquierda de la pantalla apareció un cursor, parpadeando interrogativamente. Gwen dijo:

—¿Cuándo es la siguiente ignición, querido? ¿Y cuánto ha de durar?

—Veintiuna, cuarenta y siete, dieciséis, creo, durante, esto..., once segundos. Estoy casi seguro de que eran once segundos.

—Comprobaré las cifras. Hazlo manualmente, luego pide que re programe lo que ha perdido.

—Correcto. —Teclé la ignición—. Después de ésta estoy listo para aceptar el control desde Hong Kong.

—Entonces ya hemos salido del bosque, querido..., una ignición a mano, y luego el control del suelo se hará cargo. Pero reprogramaremos de todos modos, para mayor seguridad.

Sonaba más optimista de lo que yo me sentía. No podía recordar qué vector y altitud se suponía que debía alcanzar para ser aceptado por el control del suelo. Pero no tenía tiempo de preocuparme por ello; tenía que entrar aquella ignición.

Teclé:

21 :47:17,0 — 11,0 segundos

21 :47:28,0

Observé el reloj y conté con él. Exactamente pasados diecisiete segundos de las 21:47 pulsé el botón de ignición, lo mantuve pulsado. El chorro entró en acción. No sé si lo accioné yo o el ordenador. Mantuve el dedo apretando mientras transcurrían los segundos, y lo alcé exactamente a los once.

El chorro siguió encendido.

(«¡...corre en círculos y grita! »). Golpeé el botón de encendido. No, no se había atascado. Di manotazos a la carcasa. El chorro siguió rugiéndonos y aplastándonos contra el acolchado.

Gwen se inclinó hacia delante y desconectó el ordenador. El chorro se cortó bruscamente.

Intenté dejar de temblar.

—Gracias, copiloto.

—A tus órdenes, señor.

Miré fuera, decidí que el suelo parecía bastante más próximo de lo que me hubiera gustado, así que comprobé el altímetro radar. Noventa y algo..., la tercera cifra estaba cambiando.

—Gwen, no creo que estemos yendo a Hong Kong Luna.

—Yo tampoco.

—Así que ahora el problema es hacer que este trasto se pose sin hacerse pedazos.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Así que, ¿dónde estamos?, Una suposición plausible, quiero decir, No espero milagros. —Lo que veíamos delante (detrás más bien, seguíamos orientados para el frenado) parecía tan escarpado como el resto. No era lugar para un aterrizaje de emergencia.

—¿Podemos darle la vuelta al aparato? —dijo Gwen—. Si vemos la Regla de Oro, eso tal vez nos diga algo.

—De acuerdo. Veamos si responde. —Pulsé el control de maniobra, le dije al aparato que diera un giro de ciento ochenta grados, situándose de nuevo hacia delante y boca arriba. El terreno estaba apreciablemente próximo. El aparato realizó la vuelta sobre sí mismo, con el horizonte girando a derecha a izquierda..., pero con el cielo en el lado de «abajo». Irritante..., pero todo lo que deseábamos era observar nuestro anterior hogar, el hábitat de la Regla de Oro.

—¿Lo ves?

—No. No lo veo, Richard.

—Tiene que estar en algún lugar por encima del horizonte. No es sorprendente, estaba bastante lejos la última vez que lo vimos..., y ese último impulso fue más bien fuerte. Y prolongado. Así que, ¿dónde estamos?

—Cuando giramos pasamos un cráter grande... ¿Aristóteles?

—¿No Platón?

—No, señor. Platón tiene que hallarse al oeste de nuestro rumbo, y aún en las sombras. Es posible que fuera alguna otra cadena montañosa, pero esa región lisa de ahí..., esa región completamente lisa al sur..., me hace pensar que tiene que ser Aristóteles.

—Gwen, no importa lo que sea; voy a intentar hacer descender este carronato en esa región lisa de ahí. Parece bastante lisa como para ello. A menos que tengas una idea mejor.

—No, señor, no la tengo. Estamos cayendo. Si aceleramos lo suficiente como para mantener una órbita circular a esta altitud, probablemente no nos quede suficiente combustible para aterrizar luego. Es una suposición, claro.

Miré el indicador de combustible..., aquella última ignición había gastado una enorme cantidad del delta uve disponible. No quedaba margen de maniobra.

—Creo que tu suposición es correcta..., así que aterrizaremos. Veremos si nuestro pequeño amigo puede calcular un descenso parabólico para esta altitud..., porque tengo intención de frenar el impulso y simplemente dejamos caer, una vez estemos sobre un terreno que parezca lo bastante liso. ¿Qué piensas de ello?

—Oh, espero que dispongamos de suficiente combustible.

—Yo también. ¿Gwen?

—¿Sí, señor?

—Amor, ha sido divertido.

—¡Oh, Richard! Sí.

Bill dijo con voz estrangulada:

—Uh, no creo que pueda...

Yo me preparaba para situarnos en posición de frenado.

—Cállate, Bill; estamos ocupados. —El altímetro mostraba ochenta y algo..., ¿cuánto tiempo se necesita para caer ochenta kilómetros en un campo de un sexto de gravedad? ¿Conecto de nuevo el ordenador piloto y se lo pregunto? ¿O lo hago de memoria? ¿Puedo confiar en que el ordenador piloto no volverá a poner en marcha el chorro apenas lo conecte?

Mejor no arriesgarse. ¿Me puede decir algo una aproximación en línea recta? Veamos... Distancia igual a aceleración media multiplicada por el cuadrado del tiempo, todo ello en centímetros y segundos. Así que ochenta kilómetros son, esto, ochenta mil, no, ochocien... No, ocho *millones* de centímetros. ¿Era eso correcto?

Un sexto de gravedad... No, la mitad de uno sesenta y dos. Así que saca el producto y extrae la raíz cuadrada...

¿Cien segundos?

—Gwen, ¿cuánto tiempo nos queda para el impacto?

—Unos diecisiete minutos. Aproximadamente: lo he calculado de memoria.

Di otra rápida mirada al interior de mi cráneo, vi que, no teniendo en cuenta el vector de impulso—el factor de «caída hacia delante»—, mi «aproximación» no era ni siquiera una aproximación aproximada.

—Te has acercado bastante. Observa el doppler; voy a reducir algo el impulso. No me dejes reducirlo por completo; necesitamos poder elegir un poco el lugar donde posarnos.

—¡De acuerdo, capitán!

Conecté el ordenador; el chorro entró inmediatamente en acción. Lo dejé funcionar cinco segundos, corté la energía. El chorro sollozó y murió.

—Ésta es una manera infernal de reducir la velocidad —dije amargamente—. ¿Gwen?

—Nos estamos arrastrando como una tortuga. ¿Podemos dar la vuelta y ver hacia dónde estamos yendo?

—Por supuesto.

—Senador...

—Bill... ¡cállate! —Giré otros ciento ochenta grados—. ¿Ves algunos hermosos pastos lisos ahí delante?

—Todo parece liso, Richard, pero todavía estamos a unos setenta kilómetros de altura. Quizá deberíamos acercarnos mucho más antes de que anules toda nuestra velocidad. Así podríamos ver si había rocas.

—Razonable. ¿Acercarnos cuánto?

—Hum, ¿qué te parece a un kilómetro?

—Suena lo bastante cerca como para oír las alas del Ángel de la Muerte. ¿Cuántos segundos hasta el impacto? Para una altura de un kilómetro, quiero decir.

—Hum, la raíz cuadrada de mil doscientos y algo. Digamos treinta y cinco segundos.

—Correcto. Tú sigue observando la altitud y el terreno. A unos dos kilómetros empezaré a anular la velocidad. Así tendré tiempo de girar otros noventa grados después de esto, para aterrizar de cola. Gwen, hubiéramos tenido que quedarnos en la cama.

—Intenté decírtelo, señor. Pero tengo fe en ti.

—¿Qué es la fe sin obras? Me gustaría estar en Paducah. ¿Tiempo?

—Seis minutos, aproximadamente.

—Senador...

—¡Bill, cállate! ¿Reducimos la velocidad a la mitad?

—¿Tres segundos?

Accioné tres segundos los chorros, utilizando el mismo método estúpido de conectar y desconectar el chorro.

—Dos minutos, señor.

—Vigila el doppler. Avisa. —Conecté el chorro.

—¡Ahora!

Lo corté bruscamente y me preparé para el momento final, avanzando de cola, el «parabrisas» hacia arriba.

—¿Cuánto indica?

—Creo que avanzamos tan lentamente como es posible en esta situación. Y vamos a tener que seguir así: observa el indicador del combustible.

Miré, y no me gustó.

—De acuerdo, no accionaré de nuevo el chorro hasta que estemos dándole besos al suelo. —Nos situamos en posición vertical..., nada salvo el cielo frente a nuestros ojos. Por encima de mi hombro izquierdo podía ver el suelo en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Mirando más allá de Gwen podía ver también el lado de estribor, pero a una cierta distancia..., en un mal ángulo que no me servía de nada.

—Gwen, ¿cuánto tiene de largo este buggy?

—Nunca he visto ninguno fuera de su alvéolo. ¿Importa?

—Importa muchísimo cuando estoy intentando calcular lo lejos que está el suelo mirando por encima del hombro.

—Oh. Pensé que decías exactamente. Pon unos treinta metros. Un minuto, señor.

Estaba a punto de conectar brevemente el chorro cuando Bill estalló. Así que el pobre diablo se había mareado, pero en aquel momento lo deseé muerto. Su comida pasó por entre nuestras cabezas y fue a estrellarse contra la ventanilla delantera, esparciéndose por ella.

—¡Bill!—aullé—. ¡Para eso!

(No se molesten en decirme que estaba haciendo una petición muy poco razonable.)

Bill hizo todo lo que pudo. Giró su cabeza hacia un lado y depositó su segunda arcada en la ventanilla de la izquierda, dejándome completamente ciego para seguir el vuelo.

Lo intenté. Con los ojos puestos en el altímetro radar accioné brevemente el chorro..., y me perdí.

Estoy seguro de que algún día resolverán el problema de los indicadores exactos a pequeña escala tomados a través de los chorros y calibrados por la «hierba» del terreno .... simplemente nació demasiado pronto, eso es todo.

—¡Gwen, no puedo ver!



—Lo tengo, señor. —Sonaba tranquila, fría, relajada .... un excelente copiloto para el Capitán Medianoche. Estaba mirando por encima de su hombro derecho al suelo lunar; su mano izquierda estaba sobre el botón que conectaba la energía al ordenador piloto, nuestro «freno» de emergencia.

—Quince segundos, señor .... diez.... cinco... —accionó el botón.

El chorro estalló brevemente, noté una ligera sacudida, y tuvimos peso de nuevo.

Volvió la cabeza y sonrió.

—El copiloto informa...

Y perdió su sonrisa, y su expresión cambió a sorpresa, mientras notábamos que el vehículo oscilaba.

¿Han jugado alguna vez con trompos cuando eran niños? ¿Saben cómo se comporta un trompo cuando pierde su impulso? Gira y gira, cada vez más inclinado, hasta que finalmente se recuesta sobre un lado y se detiene. Pues eso es lo que hizo aquel maldito Volvo.

Hasta que quedó tendido de costado sobre la superficie y rodó sobre sí mismo. Cuando se inmovilizó seguíamos atados a nuestros asientos, seguros y sin el menor daño .... y boca abajo.

—...que hemos tomado contacto con el suelo —terminó Gwen.

—Gracias, copiloto.

## 10

*Es inútil que las ovejas aprueben resoluciones*

*en favor del vegetarianismo*

*mientras los lobos sigan siendo de distinta opinión..*

WILLIAM RALPH INGE, Doctor en Teología, 1860-1954

*Aquí uno nace cada minuto.*

P. T. BARNUM, 1810-1891

—Fue un maravilloso aterrizaje, Gwen —añadí—. La PanAm nunca hubiera posado más suavemente una de sus naves.

Gwen echó a un lado la falda de su kimono y miró fuera.

—No tan bueno. Simplemente se agotó el combustible.

—No seas modesta. Admiré en especial esa última gavota que depositó el aparato tumbado de costado. Algo de lo más conveniente, puesto que no disponemos de ninguna escalerilla aquí.

—Richard, ¿qué pudo provocar eso?

—Dudo en suponer. Puede que tuviera algo que ver con el giroscopio .... que tal vez fallara. Pero como no hay datos, no hay opinión. Querida, luces encantadora en esta posición. Tristram Shandy tenía razón: una mujer tiene mucho mejor aspecto con las faldas colgando sobre su cabeza.

—No creo que Tristram Shandy dijera nunca eso.

—Pues hubiera debido hacerlo. Tienes unas piernas encantadoras, querida.

—Gracias. Creo. Ahora, ¿tendrás la amabilidad de sacarme de aquí? Mi kimono se ha liado en el cinturón y no puedo soltarlo.

—¿Te importa si primero hago una foto?

Gwen hace a veces observaciones muy poco propias de una dama; es entonces cuando resulta conveniente cambiar de tema. Solté mi propio cinturón, hice un rápido y eficiente descenso al techo (cayendo de cara), me puse en pie y me dediqué al trabajo de liberar a Gwen. La hebilla de su cinturón no tenía ningún problema; simplemente, ella no podía verla para soltarla. Lo hice yo, y me aseguré de que no cayera al quedar libre..., la deposité sobre sus pies y reclamé un beso. Me sentía eufórico..., hacía tan sólo unos minutos no hubiera apostado ni una corona a que aterrizáramos con vida.

Gwen pagó y dio propina.

—Ahora soltemos a Bill.

—¿Acaso él no puede...?

—No tiene las manos libres, Richard.

Cuando dejé a mi esposa y miré, vi a lo que se refería. Bill estaba colgando boca abajo con una expresión de paciente sufrimiento en su rostro. Mi... *nuestro* arce bonsai seguía apretado contra su barriga, sin haber sufrido el menor daño. Miró solemnemente a Gwen.

—No lo dejé caer —dijo, a la defensiva.

Le concedí en silencio la absolución por vomitar durante el aterrizaje. Cualquiera que pueda seguir cumpliendo con su deber (por simple que éste sea) durante la agonía de un agudo mareo, no puede ser completamente malo. (Pero tiene que limpiar lo que haya causado; la absolución no significa que vaya a limpiarlo yo. Ni Gwen. Si ella se ofrecía voluntaria, iba a ponerme macho y haría valer mis derechos de esposo y me mostraría irrazonable.)

Gwen tomó el arce y lo depositó sobre la parte inferior del ordenador. Bill se soltó el cinturón mientras yo lo sostenía por los tobillos, luego lo bajé al techo y le dejé ponerse en pie.

—Gwen, dale a Bill la maceta y deja que siga cuidando de ella. La quiero fuera del camino mientras... mientras echo un vistazo al ordenador y al instrumental de a bordo —¿Debía decir en voz alta lo que me estaba preocupando? No, podía hacer que Bill se pusiera enfermo de nuevo..., y Gwen debía haberlo imaginado ya por sí misma.

Me tendí de espaldas y me metí debajo del ordenador y el tablero de instrumentos, y conecté el ordenador.

Una voz metálica que reconocí inmediatamente dijo:

—...17, ¿me oye? Volvo BJ-17, responda. Aquí el control del suelo de Hong Kong Luna llamando al Volvo BJ-17...

—Aquí BJ-17, el Capitán Medianoche al habla. Le oigo, Hong Kong.

—¿Por qué demonios no está en el canal tres, BJ? Se perdió el punto de enlace. Ya no puedo traerle al suelo.

—Nadie puede, capitán Hives; *estoy* en el suelo. Un aterrizaje de emergencia. Una avería en el ordenador. Una avería en el giroscopio. Una avería en la radio. Una avería en el chorro. Pérdida de visibilidad. Hemos aterrizado patas arriba. Se ha agotado el combustible y es imposible volver a remontarnos. Y el sistema de renovación de aire no funciona.

Hubo un largo silencio.

—Tovarich, ¿ha hecho ya las paces con Dios?

—¡He estado demasiado ocupado!

—Hummm. Comprensible. ¿Cómo está la presión de la cabina?

—La luz indicadora señala verde. No hay dial.

—¿Dónde está? —

—Lo ignoro. Las cosas empezaron a ir mal a las veintiuna cuarenta y siete, justo antes de pasarle el control a usted. Desde entonces me he dedicado exclusivamente a intentar aterrizar sobre los fondillos de mis pantalones. Aunque no sé dónde estamos, tiene que ser algún lugar en la trayectoria de la Regla de Oro; nuestras igniciones fueron todas cuidadosamente orientadas. Pasamos por encima de lo que creo que era Aristóteles a las, esto...

—Veintiuna cincuenta y ocho —proporcionó Gwen.

—Veintiuna cincuenta y ocho; mi copiloto lo registró. Estamos en un mar al sur de ahí. ¿Puede ser el Lacus Somniorum?

—Espere un minuto. ¿Siguen ustedes en el terminador?

—Sí. Seguimos ahí. El sol está justo en el horizonte.

—Entonces no pueden estar tan al este. ¿Hora del contacto?

No tenía ni la menor idea. Gwen susurró:

—Las veintidós cero tres y cuarenta y uno.

Repetí:

—Las veintidós cero tres y cuarenta y uno.

—Hummm. Déjeme comprobar. En este caso tienen que hallarse al sur de Exodus, en la parte más septentrional del Mare Serenitatis. ¿Hay montañas al oeste de ustedes?

—Grandes.

—La cordillera del Caucasus. Son afortunados; puede que vivan hasta que les cuelguen. Hay dos asentamientos presurizados cerca de ustedes; puede que haya alguien interesado en salvarlos..., a cambio de la libra de carne más cerca de su corazón, por supuesto, más el diez por ciento.

—Pagaré.

—¡Claro que lo hará! Y si son rescatados no olvide pedir nuestra factura también; puede que nos necesite otro día. De acuerdo, pasaré el comunicado. Espere. ¿No será esto otra tontería del Capitán Medianoche? Si es así, le arrancaré el hígado y lo asaré para la cena.

—Capitán Hives, lamento eso, realmente lo lamento. Sólo estaba bromeando con mi copiloto, y creía que el micro estaba frío. Hubiera debido estarlo; le di al interruptor. Uno de mis interminables problemas con este montón de chatarra.

—No debería bromear de este modo mientras está maniobrando.

—Lo sé. Pero..., oh, al infierno. Mi copiloto es mi esposa; hoy es nuestro primer día de casados..., acabamos de hacerlo, ¿sabe? De modo que siento deseos de reír y bromear constantemente; ya sabe, es ese tipo de día.

—Si eso es cierto..., de acuerdo. Y felicitaciones. Pero espero que me lo demuestre más adelante. Y mi nombre es Marcy, no Hives. Capitán Marcy Choy-Mu. Transmitiré los datos a intentaremos localizarle desde la órbita. Mientras tanto, será mejor que cambie al canal once, esto es una emergencia, y empieza a emitir un SOS. Y tengo tráfico que atender, así que...

Gwen se puso sobre manos y rodillas a mi lado.

—¡Capitán Marcy!

—¿Eh? ¿Sí?

—Soy realmente su esposa, y es cierto que nos hemos casado hoy, y si él no fuera un estupendo piloto yo no estaría ahora con vida. Todo fue mal, tal como ha dicho mi esposo. Ha sido como pilotar un barril por las cataratas del Niágara.

—Nunca he visto las cataratas del Niágara, pero la comprendo. Mis mejores deseos, señora Medianoche. Espero que tengan una larga y feliz vida juntos, y montones de hijos.

—¡Gracias, señor! Si alguien nos encuentra antes de que se nos agote el aire, lo haremos.

Gwen y yo nos turnamos emitiendo nuestro SOS por el canal once. Cuando no estaba de guardia, me dediqué a comprobar los recursos y equipo del buen viejo Volvo BJ-17, el cacharro. Según el Protocolo de Brasilia, tenía que ir provisto con agua, aire y comida de reserva, un equipo de emergencia clase dos, un mínimo de instalaciones sanitarias y trajes a presión de emergencia (UNSN especific. 10007 A) para capacidad máxima (cuatro, incluido el piloto).

Bill pasó el tiempo limpiando ventanillas y todo lo demás con los kleenex de la guantera..., la peluca de Naomi había resistido bien la emergencia. Pero su vejiga casi estalló antes de que reuniera el valor de preguntarme qué debía hacer. Entonces tuve que enseñarle cómo usar el globo..., puesto que las «mínimas instalaciones sanitarias» del vehículo resultaron ser un pequeño paquete de depósitos ad hoc y un folleto explicando cómo utilizarlos en caso de necesidad.

Los otros recursos de emergencia estaban al mismo nivel.

Había agua potable en un depósito de dos litros junto al asiento del piloto..., casi lleno. Ninguna reserva. Pero no había que preocuparse al respecto porque tampoco había reserva de aire, de modo que nos ahogaríamos en la viciada atmósfera antes de que pudiéramos morirnos de sed. El sistema de renovación de aire seguía sin funcionar, pero había un sistema de manivela para accionarlo a mano..., completo menos la manivela. ¿Comida? No bromeemos. Gwen tenía una barrita Hershey en su bolso: la compartimos. ¡Deliciosa!

Los trajes de presión y los cascos ocupaban la mayor parte del compartimiento de almacenaje en la parte de atrás de los asientos de los pasajeros ... cuatro de cada, correctos según las regulaciones. También había trajes de emergencia de reserva de origen militar, sellados aún dentro de sus envoltorios originales. Cada una de las cajas estaba marcada con el nombre del contratista (Neumáticos Michelin, S.A.) y la fecha (hacía veinte años).

Aparte el hecho de que los plasticizadores debían haber dado buena cuenta de todos los plastómeros y elastómeros —hebillas, juntas, arandelas, etc.— en todo aquel tiempo, y el hecho de que algún bromista había olvidado incluir botellas de aire comprimido, los trajes de presión eran preciosos. Para un baile de máscaras.

De todos modos, estaba dispuesto a confiar mi vida a uno de aquellos trajes de payaso durante cinco minutos, o incluso diez, si la alternativa implicaba exponer mi rostro desnudo al vacío.

Pero si la alternativa era simplemente enfrentarme a un oso gris, entonces gritaría: «¡Voy a por ti, bicho!»

El capitán Marcy nos llamó para decirnos que la cámara del satélite nos había localizado a treinta y cinco grados diecisiete al norte, catorce grados cero siete al oeste.

—He notificado a Presurizados Huesos Secos y Nariz Rota; son los asentamientos más cercanos. Buena suerte.

Intenté extraer del ordenador un directorio de la Luna. Pero seguía testarudo: ni siquiera pude extraerle su propio directorio. Así que intenté algunos problemas como prueba. Insistió en que  $2 + 2 = 3,999999999999...$

Cuando intenté obligarle a admitir que  $4 = 2 + 2$ , se irritó y proclamó que  $4 = 3,14159265358979323846264338327950288419716939937511...$  de modo que renuncié.

Dejé abierto el canal once a todo volumen y me puse en pie. Descubrí a Gwen llevando un traje de sirena color azul polvo con un pañuelo rojo al cuello. Parecía encantadora.

—Amor, pensé que toda tu ropa estaba todavía en la Regla de Oro —dije.

—Metí esto en la maleta pequeña cuando decidimos abandonar el equipaje. No puedo seguir pretendiendo ser japonesa después de lavarme la cara .... lo cual supongo que te habrás dado cuenta que he hecho.

—No demasiado bien. Especialmente las orejas.

—Eres demasiado exigente. Usé sólo un pañuelo humedecido en nuestra preciosa agua potable. Amor, no pude meter otro traje de safari, o lo que fuera, para ti. Pero tengo unos pantalones de montar limpios y un par de calcetines a lo disposición.

—Gwen, no sólo estás sana, sino que además eres eficiente.

—¡Sana!

—Lo estás, querida. Por eso me casé contigo.

—¡Buf! Cuando capte exactamente en qué modo he sido insultada y hasta qué punto, vas a pagarlo... ¡y pagarlo, y pagarlo, y pagarlo!

Aquella discusión sin sentido fue interrumpida por la radio:

—Volvo BJ-17, ¿es ésa una petición de SOS? Cambio.

—¡Sí, por supuesto!

—Aquí Jinx Henderson, del Servicio de Salvamento Feliz Suerte, de Presurizado Huesos Secos. ¿Qué necesitan?

Describí nuestra situación, señalé latitud y longitud.

—Obtuvo ese montón de chatarra de la Budget, ¿verdad? —respondió Henderson—. Lo cual significa que no lo alquiló; lo compró lisa y llanamente, con un contrato de compromiso y pago por adelantado..., conozco a esos ladrones. Así que es ahora su propietario. ¿Correcto?

Admití que efectivamente parecía ser su propietario.

—¿Tiene intención de despegar de nuevo y llevarlo a Hong Kong? Si es así, ¿qué necesita?

Dediqué casi tres segundos a pensármelo.

—Dudo que este trasto vuelva a alzarse alguna vez de aquí. Necesita a alguien que tire de él.

—Eso significa remolcarlo todo el camino hasta Kong. Sí, puedo hacerlo. Es un viaje largo y un trabajo duro. Mientras tanto, rescate personal, dos personas. ¿Correcto?

—Tres.

—De acuerdo, tres. ¿Listo para grabar un contrato?

Una voz de mujer interrumpió:

—Alto aquí, Jinx. BJ-17, aquí Maggie Snodgrass, operadora jefe y directora general de los bomberos, policía y equipos de rescate de Presurizado Nariz Rota. No haga nada hasta que oiga mis condiciones..., porque Jinx está preparándose para robarle.

—¡Hey, Maggie! ¿Cómo está Joel?

—Fino como la seda y despierto como nunca. ¿Cómo está Ingrid?

—Esperando de nuevo.

—¡Oh, me alegro por ti! ¡Felicidades! ¿Para cuándo el acontecimiento?

—Para Navidad, o tal vez para Año Nuevo, por lo que podemos decir.

—Entonces iré a verla antes de eso. Ahora, ¿quieres retirarte y dejarme tratar honradamente a este caballero? ¿O voy a tener que acribillar tu panel y dejar que salga todo el aire? Sí, ya lo veo, viniendo por esa elevación... Salí al mismo tiempo que tú, tan pronto como Marcy me dio la localización. Le dije a Joel: «Este es nuestro territorio...», pero ese bribón de Jinx va a intentar robármelo delante de mis narices...» Y no me equivoqué, muchacho: ahí estás.

—Y pienso seguir estando, Maggie..., y preparado para dejar caer un pequeño recordatorio no nuclear justo bajo tus pisadas si no te comportas. Ya conoces las reglas: nada en la superficie pertenece a nadie, a menos que uno se siente sobre ello..., o establezca un asentamiento a presión sobre ello o debajo de ello.

—Ésa es tu idea de las reglas, no la mía. Eso procede de esos tipos abogados de Ciudad Luna..., y ellos no hablan por mí, nunca lo han hecho. Ahora cambiemos al canal cuatro..., a menos que quieras que todo el mundo en Kong te oiga suplicar piedad y lanzar tu último jadeo agonizante.

—Canal cuatro pues, Maggie, vieja pedorreadora.

—Canal cuatro. ¿A quién contrataste para hacer ese bebé, Jinx? Si fueras serio con los salvamentos, estarías ahí fuera con un transporte, lo mismo que yo, en vez de con tu destartalado buggy.

Yo había cambiado al canal cuatro al mismo tiempo que ellos; ahora guardé silencio. Los dos habían aparecido en el horizonte casi al mismo tiempo, Maggie desde el sudoeste, Jinx desde el noroeste. Puesto que habíamos aterrizado con la ventanilla principal orientada hacia el oeste, podíamos verlos claramente. El camión sobre orugas (debía ser Henderson, por la charla) estaba el noroeste y un poco más cerca. Tenía lo que parecía ser un bazuca montado justo frente a su cabina. El otro transporte era un vehículo muy largo, con cintas tractoras a cada extremo y una enorme grúa montada en la parte de atrás. No vi ningún bazuca montado en él, pero sí vi lo que podía ser una Browning de 2,54 cm semi.

—Maggie, me apresuré con el oruga por razones humanitarias..., algo que tú eres incapaz de entender. Pero mi chico Wolf está preparando el transporte grande, con su hermana Gretchen a cargo de la torreta. Pronto estarán aquí. ¿Debo llamarles y decirles que vuelvan a casa? ¿O que se apresuren y venguen a su papi?

—Jinx, no creerás realmente que voy a agujerearte tu cabina, ¿verdad?

—Sí, Maggie, creo firmemente que lo harías. Lo cual me daría justo el tiempo de lanzar una bajo tus cintas, donde estoy apuntando precisamente ahora. Con el gatillo en automático por si acaso. Lo cual me dejará a mí muerto y a ti sentada aquí, incapaz de moverte, simplemente esperando a que mis chicos hagan lo mismo que tú le hiciste a su papi..., teniendo en cuenta que el arma de mi torreta tiene aproximadamente tres veces el alcance de tu tirachinas. Por eso precisamente la compré..., después de que Howie muriera de aquella forma tan desgraciada.

—Jinx, ¿estás intentando escandalizarme con esa vieja historia? Howie era mi socio. Deberías avergonzarte.

—No te estoy acusando de nada, querida. Sólo soy cauteloso. Bien, ¿qué hacemos? ¿Aguardamos a mis chicos y yo me quedo con todo? ¿O dividimos, cortés y educadamente?

Yo sólo deseaba que aquellos entusiastas empresarios llegaran a un acuerdo. La luz de la presión de nuestro aire estaba empezando a parpadear roja, y empezaba a sentir la cabeza un tanto ligera. Supongo que aquel rodar tras el aterrizaje había producido alguna pequeña fisura. Me debatía entre la necesidad de decirles que se apresuraran y el convencimiento de que mi mala posición en el trato caería a cero o a menos aún si abría la boca.

La señora Snodgrass dijo pensativamente:

—Bueno, Jinx, no tiene sentido arrastrar esa chatarra hasta tu presurizado, al norte del mío, cuando está treinta kilómetros más cerca llevarla a Kong desde mi asentamiento, al sur del tuyo. ¿Correcto?

—Simple aritmética, Maggie. Y yo tengo sitio de sobra en este buggy para otras tres personas, mientras que no estoy seguro de que tú puedas llevar a tres pasajeros, aunque los estrujes como pastelillos.

—Puedo llevarlos perfectamente, pero te concedo que tú tienes más sitio. De acuerdo, tú te haces cargo de los tres refugiados y los despellejas todo lo que te permita tu conciencia, y yo me haré cargo de la chatarra abandonada y aprovecharé lo que pueda de ella. Si hay algo aprovechable.

—¡Oh, no, Maggie! Eres demasiado generosa; no querría estafarte. Partiremos exactamente por dos. Con registros por escrito. Confirmados.

—Hey, Jinx, ¿crees que pienso engañarte?

—No discutamos eso, Maggie; no haría más que causar dolor. Ese vehículo no está abandonado; su propietario está dentro en este mismo momento. Antes de que puedas moverlo necesitas obtener su autorización..., basada en un contrato grabado. Si no quieres ser razonable, puede esperar sencillamente aquí a que llegue mi transporte, y no abandonar ni un solo momento su propiedad. No se trata de rescate, sólo de remolque..., más transporte complementario para el propietario y sus pasajeros.

—Señor cuál sea su nombre, no deje que Jinx le engañe. Le llevará a usted y a su vehículo a su presurizado, y lo irá pelando como si fuera una cebolla hasta que no quede de usted más que el olor. Le ofrezco mil coronas en efectivo, ahora mismo, por ese montón de chatarra en el que está sentado.

—Dos mil —contraatacó Henderson—, y le llevo a usted a mi presurizado. No deje que ella le camele; hay más valor de rescate sólo en su ordenador del que le está ofreciendo.

Me mantuve en silencio mientras aquellos dos devoracadáveres arreglaban cómo mondar nuestros huesos. Cuando llegaron a un acuerdo, yo también me mostré de acuerdo..., con sólo una resistencia nominal. Objeté que el precio había ascendido mucho y que era demasiado alto. La señora Snodgrass dijo:

—Tómelo o déjelo.

Jinx Henderson dijo:

—No hubiera salido de mi caliente cama para perder dinero en un trabajo.

De modo que lo tomé.

Así que nos enfundamos aquellos piojosos trajes, casi tan ceñidos como un cesto de mimbre. Gwen objetó que el Árbol-San no debía verse expuesto al vacío. Yo le dije que se callara y no fuera tonta; una exposición tan breve no iba a matar al pequeño arce., y el aire se nos había agotado, no había otra elección. Entonces ella dijo que lo llevaría. Luego dejó que lo llevara Bill; ella estaba ocupada con otra cosa..., conmigo.

Entiendan, no puedo llevar un traje de presión que no haya sido especialmente confeccionado para mí..., si llevo mi pierna artificial. Así que tuve que quitármela. De modo que tenía que andar a saltos. Eso no representa ningún problema; estoy acostumbrado a andar a saltos, y a un sexto de gravedad eso no constituye un inconveniente. Pero Gwen tenía que cuidarme como una madre.

Así pues, salimos..., con Bill abriendo la marcha con el Árbol-San y con instrucciones de Gwen se meterse dentro tan rápido como le fuera posible y conseguir algo de agua del señor Henderson para rociarlo inmediatamente, y luego Gwen y yo siguiéndole como hermanos siameses. Ella llevaba su pequeña maleta con la mano izquierda y sujetaba mi cintura con la derecha. Yo llevaba mi pierna artificial al hombro, y utilizaba el bastón y daba saltitos y me afirmaba con mi brazo izquierdo pasado en torno a su hombro. ¿Cómo decirle que podía equilibrarme mejor sin su ayuda? Mantuve cerrada mi boca y dejé que me ayudara.

El señor Henderson nos dejó entrar en su vehículo, lo cerró herméticamente y abrió en plan derroche una botella de aire comprimido..., había hecho el viaje de ida en el vacío, pues llevaba un traje de presión. Aprecié su generoso gasto de mezcla de aire —oxígeno extraído penosamente de las rocas lunares, nitrógeno traído directamente de la Tierra—, hasta que vi al día siguiente su precio en la factura.

Henderson bajó y ayudó a Maggie a sujetar el viejo BJ-17 a su transporte, supervisando la grúa por ella mientras ella manejaba los controles, luego nos condujo a Presurizado Huesos Secos. Pasé parte del tiempo pensando en lo que iba a costarme todo aquello. Había tenido que firmar mi renuncia total al Volvo... veintisiete mil coronas netas. Luego había pagado tres mil a cada uno por rescatarnos, descontadas a ocho mil como cortesía..., más quinientas cada uno por la comida y el desayuno..., más (supe luego) mil ochocientas al día siguiente por conducirnos hasta Presurizado Dragón Afortunado, el lugar más cercano desde donde coger un autobús a Hong Kong Luna.

En la Luna es más barato morir.

De todos modos, me sentía feliz de seguir vivo, a cualquier precio. Tenía a Gwen, y el dinero es algo que siempre puedes volver a obtener.

Ingrid Henderson fue la más amable de las anfitrionas..., sonriente y hermosa y gordita (mostrando claramente que esperaba aquel hijo). Nos dio cálidamente la bienvenida, despertó a su hija, la trasladó a una cama auxiliar con ellos, nos puso en el dormitorio de Gretchen, puso a Bill con Wolf, en cuyo momento me di cuenta de que las amenazas de Jinx a Maggie no estaban respaldadas por la realidad..., y me di cuenta también de que no era asunto mío.

Nuestra anfitriona nos deseó buenas noches, nos señaló que la luz del baño quedaba encendida toda la noche por si acaso..., y se marchó. Miré mi reloj antes de apagar la luz.

Hacía veinticuatro horas que un desconocido que decía llamarse Schultz se había sentado a mi mesa.

## **Libro segundo**

### **ARMA MORTAL**

## 11

*Oh Señor, dame castidad y continencia...*

*¡pero todavía no, oh Señor, todavía no!*

SAN AGUSTÍN, A.D.354-430

¡El maldito fez!

Aquel estúpido gorro falsamente oriental había constituido el cincuenta por ciento de un disfraz que había salvado mi vida. Pero, una vez usado, lo más fríamente práctico hubiera sido destruirlo.

No lo hice. Me había sentido inquieto usándolo, en primer lugar porque no soy ningún tipo de francmasón, y mucho menos un Adorador, y en segundo lugar porque no era mío: era robado.

Uno puede robar un trono o el rescate de un rey o una princesa marciana y sentirse eufórico al respecto. ¿Pero un gorro? Robar un gorro estaba por debajo del desprecio. Oh, no razoné nada de esto en voz alta; simplemente me sentía inquieto acerca del señor Clayton Rasmussen (era el nombre que hallé dentro del fez), y tenía intención de devolvérselo. Algún día, de alguna manera..., cuando pudiera conseguirlo, cuando parara la lluvia...

Una vez abandonado el hábitat de la Regla de Oro, me lo metí bajo el cinturón y lo olvidé. Tras posarnos en la Luna, al soltarnos del asiento, cayó al techo; no me di cuenta. Mientras los tres nos metíamos en aquellos indecentes trajes de presión, Gwen lo recogió y me lo tendió; lo metí en la parte frontal de mi traje y cerré la cremallera.

Cuando llegamos a casa de Henderson en Presurizado Huesos Secos y nos mostraron dónde íbamos a dormir, me desvestí con los ojos casi cerrados, tan cansado que a duras penas sabía lo que estaba haciendo. Supongo que el fez cayó entonces al suelo. No lo sé. Me limité a acurrucarme contra Gwen y me quedé inmediatamente dormido..., y pasé mi noche de bodas durmiendo ocho horas ininterrumpidas.

Creo que mi esposa durmió igual de profundamente. No importa..., habíamos practicado mucho la noche antes.

En la mesa del desayuno, Bill me tendió el fez.

—Senador, se le cayó en el suelo del baño.

En la mesa estaban también Gwen, los Henderson —Ingrid, Jinx, Gretchen, Wolf— y dos huéspedes, Eloise y Ace, y tres niños pequeños. Aquél era el momento adecuado para salir con una brillante improvisación que explicara la posesión por mi parte de una prenda tan curiosa. Lo que dije fue:

—Gracias, Bill.

Jinx y Ace intercambiaron sendas miradas; luego Jinx me ofreció un surtido de signos de reconocimiento masónicos.

Eso es lo que supongo que eran. En aquel momento, sin embargo, pensé que sólo estaba rascándose. Después de todo, los lunáticos están siempre rascándose, porque todos los lunáticos están llenos de picores. Es algo que no pueden evitar: no se bañan lo suficiente, no hay bastante agua.

Jinx me llevó aparte después del desayuno. Dijo:

—Noble...

—¿Eh? —dije yo. (¡Una respuesta rápida y aguda!)

—No puedo ignorar que declinó usted reconocerme en la mesa. Y Ace también lo vio. ¿Piensa por casualidad que el trato que hicimos ayer por la noche no fue justo y equitativo?

(Jinx, me engañaste hasta la suela de los zapatos.)

—Oh, no, en absoluto. No tengo ningún motivo de queja. —(Un trato es un trato, bandido; lo hecho hecho está.)

—¿Está usted seguro? Nunca he engañado a un hermano de logia... ni a uno de fuera tampoco. Pero me ocupo de los hijos de una viuda como si fuesen de mi propia sangre. Si cree usted que pagó demasiado por el rescate, entonces pague lo que crea que es correcto. O puede dejarlo como algo completamente gratis.

Hizo una pausa, luego añadió:

—Aunque no puedo hablar por Maggie Snodgrass: ella me pasará la cuenta, y será honesta; no hay nada malo en Maggie. Pero no espere que ese rescate vaya a proporcionar mucho beneficio. Quizá incluso haya



pérdidas cuando lo venda, porque... ¿Sabe usted dónde consigue la Budget esos trastos que alquila con contrato de venta?

Admití mi ignorancia. Continué:

—Cada año, las casas de alquiler de calidad, como la Hertz y la Interplanet, venden sus vehículos usados. Los mejores son comprados por particulares, generalmente lunáticos. Los que necesitan un montón de reparaciones son comprados por mecánicos. Luego la Budget Jets compra lo que queda a precios de chatarra. Lo reparan en su taller de las afueras de Ciudad Lunática, consiguiendo quizá dos vehículos de cada tres que compran, luego venden como chatarra lo que les ha sobrado. Ese trasto que le dejó tirado..., le cobraron por él el precio de tarifa, veintiséis mil..., pero si la Budget pagó en total cinco mil por él estoy dispuesto a pagarle la diferencia y además invitarle a una copa, y eso es un trato.

»Ahora Maggie está reacondicionándolo de nuevo. Pero sus reparaciones serán honradas y su trabajo garantizado, y lo venderá por lo que es..., un vehículo viejo, gastado, reacondicionado, no estándar. Quizá pueda sacar diez mil, como máximo. Después de descontar los repuestos y el trabajo, si el beneficio neto que se reparte conmigo es superior a tres mil me asombrará..., y es probable que al hacer números resulte que hemos perdido dinero. Es un juego de azar.

Le dije un cierto número de sinceras mentiras, y conseguí (creo) convencer a Jinx de que no éramos hermanos de logia y que no estaba pidiendo descuentos sobre nada y que aquel fez había ido a parar a mis manos por accidente, en el último minuto..., lo encontré en el Volvo cuando lo alquilé.

(Suposición no expresada: el señor Rasmussen había alquilado aquel carricoche en Ciudad Luna, luego había olvidado su prenda de cabeza en él cuando devolvió el Volvo en la Regla de Oro.)

Añadí que el nombre del propietario estaba en el fez y que tenía intención de devolvérselo.

—¿Tiene su dirección? —preguntó Jinx.

Admití que no la tenía..., sólo el nombre de su Templo, bordado en el fez.

Jinx tendió la mano.

—Démelo; yo puedo ahorrarle el trabajo..., y los gastos de enviar por correo un paquete a la Tierra.

—¿Qué?

—Resulta que conozco a alguien que va a Ciudad Luna el sábado. La convención de los Nobles se ha aplazado al domingo, después de la inauguración de su Hospital para Niños Impedidos y Lesionados de Nacimiento de Ciudad Luna. Habrá un departamento de objetos perdidos en el centro de convenciones; siempre lo hay. Puesto que en el fez figura su nombre, se lo entregarán..., antes del domingo por la noche, porque entonces se celebra la competición de equipos de instrucción..., y todos saben que el miembro de un equipo de instrucción (si él pertenece a alguno) sin fez se halla tan desnudo como una camarera de bar sin taparrabo.

Le entregué el fez rojo.

Pensé que aquello iba a ser el final del asunto.

Más problemas antes de que pudiéramos partir hacia Presurizado Dragón Afortunado: no disponíamos de trajes de presión. Como Jinx dijo:

—Ayer por la noche di mi conformidad a que usaran esas mierdas porque era la elección de Hobson: o lo arriesgas, o lo dejas morir. Hoy podemos usarlos de la misma forma, o podemos llevar el buggy al hangar y subir ustedes a él sin usar trajes. Por supuesto, esto gasta una enorme masa de aire. Luego hay que hacer de nuevo lo mismo en el otro extremo, con un coste de aire más enorme aún: su hangar es mucho mayor que el mío.

Dije que pagaría lo que fuera necesario. (No veía ninguna forma de evitarlo.)

—No es ése el asunto. La otra noche permanecieron en el buggy veinte minutos..., y necesitamos toda una botella para mantener el aire a su alrededor. A última hora de la noche el Sol apenas estaba saliendo; esta mañana está a una altura de cinco grados. La luz solar estará pegando contra el costado del buggy durante todo el camino hasta Dragón Afortunado. Oh, Gretchen conducirá por la sombra siempre que pueda; no hemos criado chicos tontos. Pero todo el aire de dentro de la cabina se calentará y se dilatará y empezará a rezumar por las rendijas. Así que la operación normal es presurizar el traje y no la cabina, y usar la cabina solamente para tener algo de sombra.

»No voy a mentirle; si tuviera trajes que vender, insistiría en que compraran tres nuevos trajes. Pero no tengo trajes. Nadie en este presurizado tiene trajes para vender. Somos menos de ciento cincuenta; lo sé. Compramos los trajes en Kong, y eso es lo que va a tener que hacer usted.

—Pero no estoy *en* Kong.

Hacia más de cinco años que no era propietario de un traje de presión. Los habitantes permanentes de la Regla de Oro no poseen, en su mayoría, ninguno; no los necesitan, no salen al exterior. Oh, sí, hay gran cantidad de personal de mantenimiento que tiene sus trajes siempre listos, al igual que los bostonianos tienen siempre

listas sus botas de agua. Pero el habitante normal, viejo y rico, no posee ninguno, no necesita ninguno, no sabría cómo ponerse uno.

Los lunáticos son otra raza. Incluso hoy, con más de un millón de habitantes en Ciudad Luna y algunos de ellos que raramente salen fuera, si lo hacen alguna vez, un lunático sigue siendo propietario de su traje. Incluso el lunático habitante de esa gran ciudad sabe desde la infancia que su seguridad, calor y presión pueden verse interrumpidos en cualquier momento... por un meteoro, una bomba, un terrorista, un terremoto o cualquier otro azar impredecible.

Si es del tipo pionero como Jinx, está tan acostumbrado al traje como un minero de los asteroides. Jinx ni siquiera trabaja en su propio túnel-granja; es el resto de su familia quien lo hace. Jinx trabaja normalmente fuera, como mecánico de construcciones pesadas; «Salvamentos Feliz Suerte» era sólo una de su docena larga de gorras profesionales. Era también la «Compañía de Hielo de Huesos Secos», la «Compañía de Transportes Henderson», la «Jon Henry, Contratistas: Taladros, Soldaduras y Montajes»..., o diga usted lo que precisa y Jinx inventará una compañía para cubrir sus necesidades.

(También estaba la «Tienda de Cambalaches de Ingrid», que vendía de todo, desde acero para estructuras hasta galletas caseras. Pero no trajes de presión.)

Jinx imaginó una forma de llevarnos hasta Dragón Afortunado: Ingrid y Gwen eran de una estatura muy parecida, excepto que Ingrid estaba temporalmente distendida en torno al ecuador. Disponía de un traje de presión para embarazadas con un corsé externo que podía ir siendo aflojado. También tenía un traje convencional que llevaba cuando no estaba embarazada, uno que no podía utilizar ahora..., pero Gwen sí.

Jinx y yo éramos aproximadamente de la misma estatura también, y él tenía dos trajes, ambos de primera calidad, marca Goodrich Luna. Me di cuenta de que se sentía tan dispuesto a prestarme uno como un ebanista a prestar sus herramientas. Pero se veía en la necesidad de imaginar algo, o iba a tenernos como huéspedes de pago..., y luego como huéspedes de no pago cuando se nos terminara el dinero. Y realmente no tenían espacio para nosotros ni siquiera aunque pudiéramos seguir pagando.

Eran pasadas las diez de la mañana siguiente antes de que estuviéramos preparados y subiéramos al buggy..., yo en el segundo traje de Jinx, Gwen en el de no embarazada de Ingrid, y Bill en uno viejo restaurado que había pertenecido al fundador de Presurizado Huesos Secos, un tal señor Soupie McClanahan, que había venido a la Luna hacía mucho, mucho tiempo, antes de la Revolución, como huésped involuntario del gobierno.

El plan era que cada uno de nosotros consiguiera otros atuendos temporales en Presurizado Dragón Afortunado, los llevara hasta HKL, y los enviara de vuelta por medio del servicio público de autobuses, mientras Gretchen se llevaba de vuelta éstos tras habernos dejado en Dragón Afortunado. Luego, al día siguiente, estaríamos en Hong Kong Luna y podríamos comprarnos trajes de presión de acuerdo con nuestras necesidades.

Hablé con Jinx acerca del pago. Casi podía oír los números cliqueteando en su cabeza. Finalmente dijo:

—Senador, le diré una cosa. Esos trajes que encontraron en su vehículo..., no valen mucho. Pero hay algo que puede aprovecharse en los cascos y en los componentes metálicos. Devuélvame mis tres trajes en las mismas condiciones en que se los entrego, y digamos que quedamos en paz. Si está usted de acuerdo.

Por supuesto que lo estaba. Aquellos trajes Michelin habían sido perfectos..., hacía veinte años. Para mí, hoy, no valían absolutamente nada.

Quedaba solamente un problema... el Árbol-San.

Había decidido ponerme firme con mi esposa..., una intención no siempre realizable. Pero supe que, mientras Jinx y yo estábamos decidiendo el asunto de los trajes de presión Sara nosotros, Gwen había estado haciendo lo mismo para el Árbol-San..., con Ace.

No tengo ninguna razón para creer que Gwen sedujo a Ace. Pero estoy seguro de que Eloise pensó lo contrario. Sea como sea, los lunáticos tienen sus propias costumbres sobre el sexo desde los días en que los hombres superaban en número a las mujeres en seis a una: según las costumbres lunares, Todas las opciones en asuntos sexuales corresponden a las mujeres, ninguna a los hombres. Eloise no parecía furiosa, sólo divertida..., y eso hacía que aquello no fuera asunto mío.

El resultado fue que Ace produjo un globo de caucho de silicona con una ranura por la que insertó el Árbol-San, maceta incluida, luego lo selló con calor..., y le adjuntó una botella de un litro de aire. No cobró nada, ni siquiera por la botella. Ofrecí pagar lo que fuera justo, pero Ace se limitó a sonreírle a Gwen y a agitar negativamente la cabeza. Así que no sé. Prefiero no preguntar.

Ingrid nos dio a todos un beso de despedida, nos hizo prometer que volveríamos. Parecía poco probable. Pero no dejaba de ser una buena idea.

Gretchen estuvo haciendo preguntas durante todo el trayecto, y nunca parecía mirar por dónde estaba conduciendo. Era una rubia con coletas y hoyuelos en las mejillas, unos centímetros más alta que su madre pero revestida aún de esa característica grasa infantil. Se mostró muy impresionada por nuestros viajes. Ella había estado dos veces en Hong Kong Luna y en una ocasión había llegado hasta Novylen, donde la gente hablaba

raro. Pero el año próximo, cuando cumpliera los catorce, iba a ir a Ciudad Luna para estudiar a los chicos de allí..., y quizá volviera a casa con un marido.

—Mamá no quiere que tenga niños de nadie de Huesos Secos, ni siquiera de Dragón Afortunado. Dice que es un deber que tengo con mis hijos el salir fuera y buscar genes nuevos. ¿Saben ustedes algo de eso? De los genes nuevos, quiero decir.

Gwen dijo que sí, que sabíamos algo, y se mostró de acuerdo con Ingrid: ir a buscar genes fuera era una política razonable y necesaria. No hice ningún comentario, pero también me mostré de acuerdo; ciento cincuenta personas no son suficientes para constituir una saludable base genética.

—Así es como mamá consiguió a papá; salió en su busca. Papá nació en Arizona y tiene antepasados suecos. Vino a la Luna con un subcontratista para la Planta Transmutadora de Picardía, y mamá lo consiguió en un baile de disfraces y le dio nuestro apellido cuando estuvo segura, de Wolf quiero decir, y lo trajo a Huesos Secos y lo puso al frente del negocio.

Los hoyuelos de sus mejillas se hicieron más pronunciados. Hablábamos a través de las radios de nuestros trajes, pero podía ver sus hoyuelos a través del visor de su casco gracias al ángulo de la luz.

—Y yo pienso hacer lo mismo con mi hombre, utilizando la parte familiar que me corresponde. Pero mamá dice que no debo agarrar al primer muchacho que se muestre dispuesto, ¡como si pensara hacerlo!, y que no me apresure ni me preocupe si sigo siendo una solterona a los dieciocho. Y así pienso hacer. Tiene que ser un hombre tan bueno como papá.

Pensé para mí mismo que aquella podía ser una larga búsqueda. Jinx Henderson, nacido John Águila Negra, es un hombre como los que quedan pocos.

Cuando finalmente llegamos a la vista del aparcamiento de Dragón Afortunado, ya casi anocheecía..., en Estambul, por supuesto, como cualquiera podía ver con sólo mirar. La Tierra estaba casi al sur de nosotros y muy alta, unos sesenta grados; su terminador pasaba por el desierto del norte de África y ascendía por las islas griegas y Turquía. El Sol estaba aún bajo en el cielo, nueve o diez grados y ascendiendo. Todavía faltaban unos catorce días más de luz en Dragón Afortunado antes de la próxima y larga oscuridad. Le pregunté a Gretchen si pensaba regresar inmediatamente.

—Oh, no —aseguró—. A mamá no le gustaría. Me quedaré esta noche, llevo el saco de dormir ahí atrás, y volveré mañana, descansada. Cuando ustedes hayan tomado el autobús.

—No es necesario, Gretchen —dije—. Una vez estemos dentro del recinto presurizado y podamos devolverte los trajes, no hay ninguna razón para que esperes.

—Señor Richard, ¿quiere usted que me den una azotaina?

—¿Una azotaina? ¿A ti? Vamos, tu padre nunca haría eso. ¿A ti, una mujer crecida... casi?

—Eso se lo podría decir a mamá. No, papá no lo haría; no lo ha hecho desde hace no sé cuántos años. Pero mamá dice que tengo que comportarme hasta el día que me case por primera vez. Mamá tiene un terror santo; es una descendiente directa de Hazel Stone. Me dijo: «Gret, cuida que consigan unos buenos trajes. Llévalos a Charlie para que no les engañen. Si él no puede proporcionárselos, entonces cuida que lleven los nuestros hasta Kong y diles que se pongan en contacto con Lilybet para devolvérmolos. Y cuida también de que tomen el autobús sin problemas.

—Pero Gretchen—dijo Gwen—, tu padre nos advirtió que el autobús no se marchará hasta que el conductor consiga la carga suficiente como para hacer el viaje rentable. Eso puede representar uno o dos días. Quizá más.

Gretchen lanzó una risita.

—¿Y eso sería terrible? Conseguiré unas vacaciones. Nada de hacer excepto conseguir los episodios atrasados de *El otro marido de Sylvia*. ¡Dejemos que se preocupen por Gretchen si quieren! Señora Gwen, puede llamar ahora mismo a mamá si lo desea..., pero tengo mis instrucciones.

Gwen calló, aparentemente convencida. Nos detuvimos a unos cincuenta metros de la esclusa de entrada de Dragón Afortunado, situada en la ladera de una colina. Dragón Afortunado se halla en las colinas al sur de la cordillera Caucasus, a treinta y dos grados y veintisiete minutos norte. Aguardé, sobre un pie y apoyado en mi bastón, mientras Bill y Gwen ofrecían su innecesaria ayuda a una muy eficiente damita a extender una cubierta de lona inclinada para resguardar el buggy de la luz directa del sol durante las siguientes veinticuatro horas o así.

Luego Gretchen llamó a su madre por la radio del vehículo, informó de nuestra llegada, y prometió llamar de nuevo por la mañana. Cruzamos la esclusa, con Gwen llevando su maleta y su bolso y cuidando de mí como si fuese un niño, Bill llevando el Árbol-San y el paquete que contenía la peluca de Naomi, y Gretchen un enorme saco de dormir. Una vez dentro, nos ayudamos mutuamente a despojarnos de nuestra impedimenta; luego volví a colocarme mi pierna mientras Gretchen colgaba mi traje y el suyo, y Bill y Gwen hacían lo mismo con los suyos, de largas hileras de perchas en el lado opuesto a la esclusa.

Gwen y Bill cargaron con sus bultos y se encaminaron a los servicios públicos a la derecha de la esclusa. Gretchen se había vuelto ya para seguirles cuando la detuve.

—Gretchen, ¿no será mejor que yo espere aquí hasta que volváis los tres?

—¿Por qué, señor senador?

—Ese traje de tu papá es valioso, y también el que llevaba la señora Gwen. Quizá todo el mundo sea honrado aquí..., pero los trajes no son míos.

—Oh. Quizá todo el mundo aquí sea honrado, pero no contamos con ello. O al menos eso dice papá. No me atrevería a dejar ese querido arbolito por aquí, pero nadie se preocupa nunca por un traje-p; nadie toca nunca el traje-p de otro lunático. Eliminación automática a través de la esclusa más cercana. Sin disculpas.

—Simplemente así, ¿eh?

—Sí, señor. Por eso todo el mundo se lo piensa dos veces. Pero sé de un caso, antes de que yo naciera. Un tipo recién llegado, quizá no sabía las reglas. Nunca volvió a hacerlo porque un grupo de vigilantes fue tras él y devolvieron el traje-p a su sitio. Pero no a él. Lo dejaron que se secase un poco, ahí afuera en las rocas. Lo vi, lo que quedaba de él. Horrible. —Frunció la nariz, los hoyuelos de sus mejillas se hicieron más pronunciados—. ¿Ahora me permite, señor? O voy a mojarme los pantalones.

—Lo siento. —(Soy un estúpido. El sistema de evacuación del traje-p de un hombre es adecuado, aunque un tanto incómodo. Pero el que los grandes cerebros han ideado para los de las mujeres no es en absoluto adecuado. Tengo la certera impresión de que la mayoría de las mujeres prefieren soportar las más terribles incomodidades antes que usarlo. Una vez oí a una referirse a él como «la caja de arena».)

Mi esposa me estaba esperando en la puerta de los servicios. Me tendió una moneda de media corona.

—No estaba segura de que tuvieras alguna, querido.

—¿Eh?

—Para los servicios. Ya me he ocupado del aire; Gretchen pagó la tasa de un día para todos, así que le pagué nuestra parte. Estamos de vuelta en la civilización, querido..., no existe la comida gratis.

No existe nada gratis. Le di las gracias.

Invité a Gretchen a cenar con nosotros. Respondió:

—Gracias, señor; acepto..., mamá dijo que podía. ¿Pero podríamos tomar ahora unos helados?... Mamá me dio dinero para invitarles. Porque hay varias cosas que tenemos que hacer antes de cenar.

—Por supuesto. Estamos en tus manos, Gretchen; tú eres la sofisticada; nosotros los bisoños.

—¿Qué es un «bisoño»?

—Esto..., un tipo nuevo.

—Oh. Primero debemos ir al túnel Sueños Tranquilos y extender nuestros sacos de dormir para reservar nuestros lugares de modo que podamos dormir todos juntos —y entonces supe por primera vez por qué el saco de dormir de Gretchen era tan enorme: de nuevo la previsión de su madre—, pero antes será mejor que inscribamos sus nombres con Lilybet para el autobús..., y antes de eso vayamos a por esos helados, si es que tienen tanta hambre como yo. Luego, lo último que tenemos que hacer antes de cenar es ir a ver a Charlie respecto a los trajes-p.

La tienda de helados estaba cerca, en el mismo túnel que los colgadores: las Exquisiteces Exquisitas de Borodin, servidas por el propio Kelly Borodin en persona, que se ofreció a venderme (aparte los pantagruélicos cucuruchos de helado) revistas usadas de la Tierra, revistas no tan usadas de Ciudad Luna y de Sub Tycho, caramelos, billetes de lotería, horóscopos, el *Lunaya Pravda*, el *Luna City Lunatic*, postales de felicitación (imitaciones auténticas de Hallmark), píldoras para restablecer la virilidad, garantizadas, y un remedio infalible para la resaca compuesto a partir de una antigua fórmula gitana. Luego me ofreció jugarnos los cucuruchos al doble o nada; Gretchen me miró y agitó imperceptiblemente la cabeza.

Mientras nos alejábamos dijo:

—Kelly tiene dos juegos de dados, uno para los desconocidos, otro para la gente que conoce. Pero él no sabe que yo sé esto. Señor, ha pagado usted los helados..., y ahora, si no me deja darle el dinero, voy a recibir esa azotaina de la que le hablé antes. Porque mamá me dijo lo que tenía que hacer, y voy a tener que contárselo.

Estudié el asunto.

—Gretchen, me cuesta creer que tu madre te zurre por algo que yo hice.

—¡Oh, pues lo hará, señor! Dirá que mi obligación era tener el dinero preparado. Y es verdad.

—¿De veras pega fuerte? ¿Sobre las posaderas desnudas?

—¡Oh, sí, de veras! De una forma brutal.

—Un pensamiento intrigante. Ver como tu trasero se pone rosado, mientras tú lloras.

—¡Yo no lloro! Bueno, no mucho.  
 —Richard.  
 —¿Sí, Gwen?  
 —Ya basta.  
 —Escucha, mujer. No interfieras en mis relaciones con otra mujer. Yo...  
 —¡Richard!  
 —¿Di, querida?  
 —Mamá *pega*.  
 Acepté de Gretchen el precio de los helados. Me sentí dominado.

El cartel decía:

COMPAÑÍA DE AUTOBUSES  
 EL APOCALIPSIS Y LA VENIDA DEL REINO  
 Viajes regulares a Hong Kong Luna  
 Tiempo mínimo — Doce (12) tarifas  
 Viajes charter A CUALQUIER LUGAR por encargo  
 Próxima salida a HKL no antes de  
 Mañana 3 de julio al mediodía

Sentada debajo del cartel, meciéndose y haciendo calceta, había una mujer negra de avanzada edad. Gretchen se dirigió directamente a ella.

—¡Hola, tía Lilybet!  
 Alzó la vista, dejó a un lado su calceta y sonrió.  
 —¡Gretchen, cariño! ¿Cómo está mamá, querida?

—Estupenda. Engordando un poco más cada día. Tía Lilybet, quiero presentarte a nuestros amigos el señor senador Richard y la señora Gwen y el señor Bill. Necesitan ir con usted a Kong.

—Encantada de conocerles, amigos, y feliz de llevarles a Kong. Tengo intención de partir mañana al mediodía, ya que con ustedes tres hacen diez, y aunque no consiga dos más seguramente podré suplirlos con carga. ¿De acuerdo?

Le aseguré que era estupendo y que nos tendría allí antes del mediodía, vestidos con nuestros trajes-p y listos para la marcha. Entonces sugirió suavemente que pagásemos por adelantado, señalando que aún quedaban asientos en el lado de sombra, pues algunos pasajeros habían hecho sus reservas pero no habían pagado todavía. De modo que pagué..., mil doscientas coronas por los tres.

Luego fuimos al túnel de los Sueños Tranquilos. No sé si llamarlo hotel o qué, quizá «tugurio» fuera más descriptivo. Era un túnel de un poco más de tres metros de ancho que se adentraba unos cincuenta y tantos metros en la roca, sin salida por el otro lado. La parte central a izquierda del túnel formaba como un estrado de roca medio metro más alto que el pasillo de la derecha. Aquella especie de estrado estaba cubierto con líneas pintadas a intervalos regulares señalando espacios para dormir, con grandes números pintados en la pared. El espacio más cercano al pasillo de entrada llevaba el número «50». Casi la mitad de los espacios tenían sacos de dormir indicando que estaban ocupados.

A mitad del túnel, a la derecha, la habitual luz verde señalaba los servicios.

A la cabecera del túnel, sentado ante un escritorio y leyendo, había un chino vestido con ropas que habían pasado de moda antes de que Armstrong diera su famoso «primer paso». Llevaba unas gafas tan anticuadas como su traje, y él mismo parecía noventa años más viejo que Dios y dos veces más digno.

Al acercarnos dejó a un lado su libro y le sonrió a Gretchen.

—Gretchen. Qué bueno verte. ¿Cómo están tus apreciados padres?

—Están muy bien, doctor Chan, y le mandan sus saludos —respondió cortésmente Gretchen—.

¿Puedo presentarle a nuestros amigos el señor Senador Richard y la señora Gwen y el señor Bill?

El hombre hizo una reverencia sin alzar la vista y se estrechó su propia mano.

—Los amigos de la casa Henderson son siempre bienvenidos a mi casa.

Gwen devolvió la reverencia, yo incliné la cabeza y Bill me imitó, después de que yo le clavara un dedo en las costillas..., cosa que no pasó desapercibida por el doctor Chan, aunque declinó mostrar que se había dado cuenta. Murmuré un formulismo apropiado. Gretchen prosiguió:

—Nos gustaría dormir a su cuidado esta noche, doctor Chan, si nos acepta. Por eso hemos venido temprano para conseguir cuatro sitios contiguos, de ser posible.

—Es posible..., porque lo graciosa madre habló conmigo hace un rato. Vuestras camas son las número cuatro, tres, dos y uno.

—¡Oh, excelente! Gracias, abuelo Chan.

Pagué, por tres, no por cuatro..., no sé si Gretchen pagó, o firmó una factura, o qué; no vi que cambiara de manos ningún dinero. Cinco coronas por persona y noche, ningún suplemento por los servicios, pero dos coronas si queríamos ducharnos..., agua ilimitada. El jabón aparte..., media corona.

Una vez cerrado el trato, el doctor Chan dijo:

—¿No necesita agua el bonsai?

Respondimos casi a coro que sí. Nuestro anfitrión examinó la película de plástico que lo cubría, luego la cortó y extrajo con un cuidado exquisito el árbol y la maceta. Un jarrón de su escritorio resultó ser una jarra de agua; llenó un dedal, luego, usando tan sólo las puntas de sus dedos, lo roció repetidamente. Mientras lo hacía lancé una ojeada al libro que estaba leyendo..., una malsana curiosidad que no puedo resistir. Era *La marcha de los diez mil*, en griego.

Dejamos el Árbol-San con él, y también la maleta de Gwen.

Nuestra siguiente parada fue en el restaurante de Jake. Jake era chino como el doctor Chan, pero de otra generación y estilo. Nos saludó con un:

—¡Hola, muchachos! ¿Qué va a ser? ¿Hamburguesas? ¿Huevos revueltos? ¿Café? ¿Cerveza?

Gretchen habló con él en una lengua tonal..., cantonés, supongo. Jake pareció irritado y respondió algo. Gretchen contraatacó. Las frases restallaron de uno a otro bando. Finalmente, al parecer disgustado, Jake dijo:

—De acuerdo. Cuarenta minutos. —Se dio la vuelta y desapareció.

Gretchen dijo:

—Vamos por favor, iremos a ver a Charlie Wang por lo de los trajes.

Mientras nos alejábamos nos informó:

—Estaba intentando eludir el tener que hacer una buena comida, pues eso representa mucho más trabajo. Pero lo peor de la discusión fue sobre el precio. Jake quería que me quedara callada mientras les cobraba precio de turistas. Le dije que si cobraba más de lo que cobraba a mi papá, entonces mi papá iría a verle la próxima vez que viniera aquí y le cortaría las orejas y se las haría comer crudas. Jake sabe que papá no dudaría en hacerlo.

Gretchen sonrió con tímido orgullo.

—Mi papá es muy respetado en Dragón Afortunado. Cuando yo era joven, papá eliminó a un tipo que quería no pagarle a una chica cantante algo por lo que había convenido pagar. Todo el mundo lo recuerda. Las chicas cantantes de Dragón Afortunado nos nombraron a mamá y a mí miembros honorarios de su gremio.

El cartel decía: «Wang Chai-Lee. Trajes a medida para damas y caballeros. Especialidad en reparaciones de trajes-p.» Gretchen nos presentó de nuevo y explicó lo que necesitábamos. Charlie Wang asintió.

—¿El autobús del mediodía? Estén aquí a las diez y media. En Kong pueden devolver los trajes a mi primo Johnny Wang en el Sears Montgomery, departamento de trajes-p. Yo le llamaré.

Luego volvimos al restaurante de Jake. No se trataba de un bistec, ni de chop suey, ni de chow mein, y estaba francamente delicioso. Comimos hasta que la comida se nos salía por los ojos.

Luego volvimos al túnel de los Sueños Tranquilos; las luces del techo estaban apagadas, y muchos de los espacios marcados estaban ocupados por figuras durmiendo. Una débil línea luminosa recorría la parte inferior del estrado, de modo que no molestaba a los ojos de los durmientes pero iluminaba el camino a cualquiera que fuera de un lado para otro. Había una luz para leer en el escritorio del doctor Chan, cubierta por el lado de los durmientes. Parecía estar haciendo sus cuentas, puesto que operaba un terminal con una mano y un ábaco con la otra. Nos saludó silenciosamente y nos susurró buenas noches.

Bajo la dirección de Gretchen, nos preparamos para dormir: desvestirse, doblar la ropa y colocarla con los zapatos bajo la cabeza del saco de dormir, como almohada. Lo hice, y añadí mi pata de palo. Pero me dejé puestos los calzoncillos, puesto que observe que Gwen y Gretchen se habían dejado puestos sus panties..., y Bill

volvió a ponérselos cuando se dio cuenta, un poco demasiado tarde, que el resto de nosotros no nos los quitábamos. Nos encaminamos todos a los servicios.

Ni siquiera este resto nominal de modestia duró mucho; nos duchamos juntos. Había tres hombres en los servicios cuando entramos; todos estaban desnudos. Seguimos el antiguo precepto: «La desnudez es vista a menudo pero nunca mirada.» Y los tres hombres siguieron estrictamente esa regla: nosotros no estábamos allí, éramos invisibles. (Excepto que estoy seguro de que ningún hombre puede ignorar totalmente a Gwen y Gretchen.)

Yo no podía ignorar totalmente a Gretchen, y no lo intenté. Desnuda, parecía varios años mayor y deliciosamente incitante. Creo que el moreno de su piel era fruto de una lámpara solar. Descubrí que tenía hoyuelos que no había visto antes. No veo la necesidad de entrar en detalles; todas las mujeres son hermosas en el momento en que alcanzan la pubertad, y Gretchen tenía la belleza adicional de las proporciones adecuadas y una piel que respondía al sol. Hubiera podido ser utilizada para tentar a san Antonio.

Gwen me tendió el jabón.

—De acuerdo, querido; puedes frotarle la espalda..., pero la parte frontal se la lavará ella.

—No sé de qué estás hablando—respondí dignamente—. No tengo intención de lavarle la espalda a nadie, y necesito una mano libre para sujetarme y mantener el equilibrio. Olvidas que soy una futura madre.

—Eres una madre, de acuerdo.

—¿Quién llama a quién una madre? Agradeceré que mantengas un lenguaje civilizado.

—Richard, esto está degradándose por debajo de mi dignidad. Gretchen, lava tú su espalda; es más seguro. Yo seré el juez.

La cosa terminó con cada uno lavando a los demás todo lo que podía alcanzar—incluso Bill, y no fue eficiente pero fue divertido, con multitud de risitas. Ignoro si el lavado fue concienzudo desde el punto de vista higiénico, pero sí lo fue desde todos los demás.

A las veintidós estábamos listos para pasar la noche. Gretchen junto a la pared del fondo, Gwen a su lado, luego yo, luego Bill. A un sexto de gravedad una cama de piedra es más blanda que un colchón de espuma en Iowa. Pronto me quedé dormido.

En algún momento, más tarde —¿una hora?, ¿dos horas?—, me desperté al sentir un cuerpo cálido acurrucado contra el mío. Murmuré:

—¿Qué ocurre, cariño? —Luego me desperté un poco más—. ¿Gwen?

—Soy yo, señor Richard. ¿Quiere ver *realmente* mi trasero ponerse rosado? ¿Y oírme llorar?

—Querida, vuelve a tu sitio junto a la pared—susurré tensamente.

—Por favor.

—No, querida.

—Gretchen —dijo suavemente Gwen—, vuelve a tu sitio, muchacha..., antes de que despiertes a los demás. Ven, te ayudaré a pasar sobre mí. —Y lo hizo, y tomó a la muchacha niña entre sus brazos, y le habló. Permanecieron un rato de esta forma y (creo) terminaron durmiéndose.

A mí me costó bastante más volver a conciliar el sueño.

## 12

*Somos demasiado orgullosos para luchar.*

WOODROW WILSON, 1856-1924

*La violencia nunca soluciona nada.*

GENGHIS KHAN, 1162-1227

*Los ratones votaron ponerle el cascabel al gato.*

Darse el beso de despedida llevando trajes de presión es algo deprimentemente aséptico. Ésa es mi opinión, y estoy seguro de que es también la de Gretchen. Pero así eran las cosas.

La noche anterior Gwen me había salvado de «un destino peor que la muerte», y le estaba agradecido por ello. Bueno, moderadamente agradecido. Hay que reconocer que un hombre viejo atrapado por una mujer apenas núbil y ni siquiera quinceañera (Gretchen cumpliría los trece dentro de dos meses) es una visión ridícula, un objeto de burla para toda la gente que piense recta, honesta y sinceramente. Pero, desde que aquella noche en que Gretchen me había hecho saber claramente que no me consideraba demasiado viejo, empecé a sentirme más y más joven. Me daba cuenta de que al atardecer de aquel mismo día iba a estar sufriendo las etapas terminales de la adolescencia senil.

Así que dejemos aquí el asunto diciendo que me sentí agradecido. Eso es oficial.

Estoy seguro de que Gwen se sintió aliviada cuando al mediodía Gretchen nos dijo adiós con la mano desde la cabina del buggy de su padre, mientras nosotros nos alejábamos hacia el sur en el autobús de tía Lilybet, el *Óyeme, Jesús*.

El *Óyeme, Jesús* era mucho más amplio que el vehículo de Jinx, y mucho más llamativo, puesto que estaba pintado con brillantes colores, con escenas de la Tierra Prometida y citas de la Biblia. Podía llevar dieciocho pasajeros, más la carga, el conductor y una ametralladora..., esta última instalada en una torreta encima del conductor. Los neumáticos del autobús eran enormes, dos veces más altos que yo; se alzaban muy por encima del espacio destinado a los pasajeros, cuyo suelo descansaba sobre los ejes, situados a la altura de mi cabeza con respecto a la superficie de la Luna. A cada lado había escalerillas para alcanzar las puertas, situadas entre los neumáticos delanteros y los traseros.

El tamaño de esos neumáticos hacía difícil ver el paisaje a los lados. Pero los lunáticos no están muy interesados en el paisaje, ya que la mayor parte del panorama lunar sólo es interesante visto desde la órbita. Desde el Caucasus hasta las montañas Haemus —nuestra ruta—, el suelo del Mare Serenitatis posee sin embargo encantos ocultos. Cuidadosamente ocultos. La mayor parte de él es tan plano como un panqueque, y tan interesante como un panqueque frío sin mantequilla ni mermelada.

Pese a esto, me sentí feliz de que tía Lilybet nos hubiera situado en la primera hilera de asientos de la derecha: Gwen junto a la ventanilla, yo a continuación, Bill a mi izquierda. Quiero decir que podíamos ver todo lo que veía el conductor frente a él, y además podíamos ver algo a nuestra derecha porque estábamos por delante del eje delantero y en consecuencia podíamos ver más allá del neumático. No podíamos ver de una forma tan clara directamente a la derecha, ya que el plástico de la ventanilla de presión era viejo y amarillento y estaba rayado. Pero por la parte de delante y un poco a los lados tía Lilybet tenía su gran ventanilla delantera —evidentemente no se la podía llamar parabrisas— alzada y sujeta al techo; la vista era tan clara como nos permitían nuestros cascos..., excelente para nosotros; el equipo que nos había alquilado Charlie Wang se ocupaba convenientemente de los crudos rayos del Sol sin interferir de forma apreciable en la visión, como unas buenas gafas de sol.

No hablamos mucho porque las radios de los trajes de los pasajeros estaban todas sintonizadas a la misma frecuencia..., una babel, de modo que las manteníamos cerradas. Gwen y yo hablábamos juntando nuestros cascos, pero no era fácil. Me distraje intentando controlar el camino que estábamos siguiendo. Ni las brújulas magnéticas ni los girocompases sirven en la Luna. El magnetismo (normalmente nulo) significa un depósito de minerales antes que una dirección, y el giro de la Luna, aunque existe (¡una revolución al mes!), es demasiado lento para afectar a un girocompás. Un rastreador inercial serviría, pero son tremendamente caros, aunque no puedo ver por qué; el arte de su utilización fue perfeccionado hace mucho tiempo para los misiles teledirigidos.

Desde esta cara de la Luna siempre tienes a la Tierra para orientarte, y la mitad del tiempo dispones también del Sol. ¿Las estrellas? Por supuesto, las estrellas están también ahí, siempre..., nada de lluvia, nada de nubes, nada de smog. ¡Oh, por supuesto! Miren, tengo algo que decir a las marmotas que estén escuchando: pueden verse más claramente las estrellas desde Iowa que desde la Luna.

En la Luna uno lleva un traje-p, ¿correcto? Su casco posee una lente y un visor diseñados para proteger tus ojos..., eso equivale al smog. Si el Sol está alto, olvida las estrellas; tus lentes se habrán oscurecido para proteger tus ojos. Si el Sol no está en el cielo, entonces la Tierra está en algún lugar, entre medio llena y llena, y el brillo de la Tierra es cegador..., ocho veces la superficie reflectante más cinco veces el albedo hacen a la Tierra al menos cuarenta veces más brillante que la luz de la Luna vista desde la Tierra.

Oh, las estrellas están ahí, y son nítidas y brillantes; la Luna es un lugar maravilloso para un telescopio astronómico. Pero *ver* las estrellas a ojo desnudo (es decir, desde dentro del casco de tu traje-p) es como usar un metro o dos de tubo de estufa..., ¡bof!, no hay estufas en la Luna. Utilicemos pues un par de metros de conducto



de renovación de aire. Miren a través de él; corta toda la perspectiva; las estrellas se aparecen como «una buena acción en un mundo inicuo».

Frente a mí, la Tierra se mostraba un poco pasada su media fase. A mi izquierda el sol levante estaba a un día y medio de altura, veinte grados o menos; hacía brillar el suelo del desierto, con las largas sombras enfatizando todo lo que no fuera una superficie perfectamente plana, lo cual hacía que la conducción fuera más fácil para tía Lilybet. Según un mapa en la esclusa de Presurizado Dragón Afortunado, habíamos iniciado nuestro viaje a una latitud de treinta y dos grados y veintisiete minutos norte y una longitud de seis grados y cincuenta y seis minutos este, y nos encaminábamos a catorce grados y once minutos este por diecisiete grados y treinta y dos minutos norte, un lugar cerca de Menelaus. Eso nos daba un rumbo general hacia el sur —unos veinticinco grados al este del sur, por todo lo que pude ver en aquel mapa— hasta un destino a 550 kilómetros de distancia. ¡No era extraño que nuestra hora prevista de llegada fueran las tres de la madrugada del día siguiente!

No había carretera. Tía Lilybet no parecía disponer de ningún rastreador ni de ningún otro tipo de instrumento de navegación excepto un odómetro y un velocímetro. Parecía estar pilotando de la forma en que los antiguos pilotos fluviales parecían saber por donde ir, simplemente conociéndose el camino. Quizá fuera así..., pero durante la primera hora observé algo: había señales indicadoras a lo largo de todo el camino. Cuando alcanzábamos una, podías estar seguro de que aparecería otra a este lado del horizonte.

No había observado esas señales ayer, y no creo que existieran; creo que Gretchen pilotaba exactamente al estilo Mark Twain. De hecho, creo que tía Lilybet lo hacía también así..., observé que a menudo no pasaba cerca de las señales cuando llegábamos a ellas. Esos indicadores habían sido instalados probablemente para los conductores ocasionales o para los conductores sustitutos del *Óyeme*.

Empecé a fijarme en ellos, convirtiéndolo en un juego: si me perdía alguno, un punto en contra. Dos pérdidas seguidas contaban como una «muerte» por «extravío en la Luna»..., algo que había ocurrido muy a menudo en los primeros días, y que seguía ocurriendo aún. La Luna es un lugar grande, más grande que África, casi tan grande como Asia, y cada uno de sus metros cuadrados es mortal si cometes el más ligero error.

Definición de un lunático: un ser humano de cualquier tamaño, color o sexo, que *nunca* comete un error cuando le va la vida en ello.

Cuando llegamos a nuestra primera parada había «muerto» dos veces por pérdida de las señales identificadoras.

Cinco minutos después de las quince tía Lilybet detuvo el autobús a iluminó un aviso que decía: «DESCANSO, VEINTE MINUTOS», y debajo: «Penalización por retraso, una corona por minuto».

Salimos todos. Bill sujetó el brazo de tía Lilybet y unió su casco con el de ella. Ella hizo además de apartarlo, luego escuchó. No intenté observarles; veinte minutos de parada es muy poco tiempo cuando implica tener que luchar con un traje-p. Por supuesto es más difícil aún para las mujeres que para los hombres, y consume más tiempo. Teníamos a una pasajera con tres niños..., y el brazo derecho de su traje terminaba justo debajo del codo en un garfío. ¿Cómo se las arreglaba? Decidí observarla, a fin de que la multa por retraso me fuera adjudicada a mí antes que a ella.

Los «servicios» de la parada eran algo horrible: una esclusa que conducía a un agujero en la roca, unida a la casa de un colono que combinaba los túneles agrícolas con la minería del hielo. Puede que fuéramos recibidos por una cierta presión de oxígeno, pero el mal olor hacía imposible decirlo. Me hizo recordar los servicios de un castillo donde estuve destinado durante la Guerra de las Tres Semanas: fue en el Rin, cerca de Remagen; era un excusado profundamente excavado en la roca, que se decía no había sido limpiado desde hacía más de novecientos años.

Nadie fue multado por llegar tarde, puesto que nuestra conductora fue la última en aparecer. Lo mismo que Bill. El doctor Chan había vuelto a sellar el Árbol-San de forma que pudiera ser regado más a menudo. Bill había solicitado la ayuda de tía Lilybet. Habían conseguido hacerlo juntos, pero no demasiado rápido. No sé si Bill tuvo tiempo de orinar o no. Tía Lilybet, por supuesto, sí tuvo tiempo..., el *Óyeme* no iba a marcharse hasta que ella llegara. ,

Nos paramos a comer a las diecinueve y media en un pequeño presurizado, de cuatro familias, llamado Rob Roy. Tras la última parada esto pareció el summum de la civilización. El lugar era limpio, el aire olía como tenía que oler, y la gente era amable y hospitalaria. No había elección en el menú —pollo con guarnición y pastel de fresas lunares—, y el precio era alto. ¿Pero qué puedes esperar en medio de la nada en la superficie de la Luna? Había un puesto de souvenirs con cosas hechas a mano, presidido por un atento muchachito. Compré un bolso para las monedas primorosamente bordado, que no me servía para nada, pero aquella gente se había mostrado amable con nosotros. El bordado decía: «Rob Roy, capital del Mar de la Serenidad». Se lo regalé a mi esposa.

Gwen ayudó a la mujer con un solo brazo y los tres niños, y supo que estaban volviendo a su casa en Kong, después de visitar en Dragón Afortunado a los abuelos paternos de los niños. La madre se llamaba Ekaterina O'Toole; los chicos eran Patrick, Brigid e Igor, de ocho, siete y cinco años. Los otros tres pasajeros resultaron ser Lady Diana Kerr-Shapley y sus esposos..., ricos y poco inclinados a confraternizar con los plebeyos. Los dos hombres llevaban armas al cinto..., metidas dentro de sus trajes. ¿Qué significaba aquello?

A partir de entonces el suelo no era tan regular, y tuve la impresión de que tía Lilybet se ceñía más a las señales. Pero seguía conduciendo rápida y eficientemente, haciéndonos saltar en torno a los neumáticos de baja presión de una forma que me hizo interrogarme acerca del sensible estómago de Bill. Al menos no tenía que estar cuidando del Árbol-San; tía Lilybet le había ayudado a asegurarlo en el compartimiento de equipajes de atrás. Le deseé suerte; marearse dentro del casco de un traje-p es terrible, me ocurrió a mí una vez, hace una generación. ¡Ugh!

Nos detuvimos otra vez aún poco antes de medianoche. Adecuado. El Sol estaba ahora unos pocos grados más arriba, y subiéndolo. Tía Lilybet nos dijo que nos faltaban todavía ciento quince kilómetros, y que estaríamos en Kong a la hora prevista, con la ayuda de Dios.

Dios no le concedió a tía Lilybet la ayuda que se merecía. Llevábamos rodando otra hora cuando, surgiendo de la nada (¿de detrás de una prominencia rocosa?), apareció otro vehículo, más pequeño y más rápido, cruzando en diagonal nuestro camino'.

Di una palmada en el brazo a Bill, sujeté a Gwen por los hombros, y nos echamos al suelo, debajo de la compuerta del conductor y protegidos de algún modo por el lateral de acero del autobús. Mientras me agachaba para ponerme a cubierto, vi un destello surgir del extraño vehículo.

Nuestro autobús se detuvo, con el otro vehículo directamente frente a nosotros. Tía Lilybet se puso en pie.

La derribaron inmediatamente.

Gwen se hizo cargo del hombre que había disparado contra tía Lilybet, apoyando su Miyako en el marco de la compuerta..., le alcanzó en las lentes de su casco, la mejor forma de dispararle a un hombre en un traje-p si estás utilizando balas en vez de un láser. Yo me encargué del conductor, apuntando cuidadosamente, puesto que mi bastón sólo dispone de cinco tiros..., y no podía conseguir más munición en ningún lugar más cerca de la Regla de Oro (en mi fardo, maldita sea). Otras figuras vestidas con trajes-p salieron por los costados del vehículo atacante. Gwen se alzó un poco y siguió disparando;

Todo aquello se produjo en la fantasmal quietud del vacío.

Añadí mi fuego al de Gwen, y entonces apareció otro vehículo. No era como el primero, sino que tenía un aspecto como nunca antes había visto. Tenía sólo un neumático, un donut supergigantesco de al menos ocho metros de altura. Quizá diez. El agujero central del donut estaba atestado con lo que podía ser (¿o tenía que ser?) el motor. Surgiendo a cada lado de ese eje había una plataforma voladiza. En la parte superior de cada una de las dos plataformas, tanto a babor como a estribor, había un artillero atado a un sillín. Bajo el artillero estaba el piloto, o conductor, o ingeniero..., uno a cada lado, y no me preguntan cómo se coordinaban.

No me fijé en más detalles: tenía trabajo. Había tomado puntería en el artillero del lado que miraba hacia mí y estaba a punto de gastar uno de mis preciosos proyectiles cuando vi su fuego: estaba disparando a nuestros atacantes. Utilizaba un arma de energía —láser, rayo de partículas, no sé—, y todo lo que veía de cada uno de sus disparos era el resplandor parasitario..., y los resultados.

El gran donut giró un cuarto de vuelta; vi la otra pareja, conductor y artillero, del otro lado..., y el artillero nos apuntaba a *nosotros*. Su proyector relampagueó.

Le acerté en plena placa frontal.

Luego probé el conductor, le di (creo) en la junta del cuello. No es tan bueno como hacerle un agujero en plena placa pero, a menos que vaya equipado para practicar rápidamente un parcheo difícil, iba a estar respirando el muy tenue aire de la Luna en pocos segundos.

El donut dio un giro completo. Cuando se detuvo le acerté al otro artillero un nanosegundo antes de que él pudiera acertarme a mí. Intenté tomar puntería de nuevo para dispararle al conductor, pero no era un blanco fácil y no podía malgastar munición. El donut empezó a rodar alejándose de nosotros, hacia el este..., ganó velocidad, golpeó un peñasco, dio un salto y desapareció en el horizonte.

Miré al otro vehículo. Además de los dos primeros que habíamos matado en el primer intercambio de disparos, tendidos aún en sus puestos, había otros cinco cuerpos en el suelo, dos a estribor, tres a babor. Ninguno parecía en situación de volver a moverse. Apoyé mi casco contra el de Gwen.

—¿Son todos?

Me clavó un codazo en las costillas. Me volví. Una cabeza enfundada en un casco estaba asomándose por la portezuela de la izquierda. Apunté mi bastón y produce un agujero estrellado en su placa frontal; desapareció.

Cojeé sobre el pie de alguien y miré fuera—nadie más a la izquierda—, me volví, y había otro trepando por la portezuela de la derecha. Así que le disparé...

Corrección: *intenté* dispararle. Se habían acabado las municiones. Me lancé contra él, pinchando con mi bastón. Agarró la punta, y ése fue su error, ya que tiré de él, poniendo al descubierto veinte centímetros de acero Sheffield, que hundí en su traje, entre las costillas. Retrocedí, pinché de nuevo. Ese estilete, de tan sólo medio centímetro de ancho y hoja triangular, con acanaladuras en los tres lados, no mata necesariamente, pero mi segunda embestida atrajo su atención mientras moría, manteniéndole demasiado ocupado para matarme.

Se derrumbó, medio dentro de la portezuela, y soltó la parte de la vaina de mi bastón. Lo recuperé, volví a meter la hoja. Luego lo empujé fuera, me sujeté en el asiento más cercano, cojeé de vuelta a mi sitio y me dejé caer. Estaba agotado, aunque todo el estrépito no debía haber durado más de dos o tres minutos. Es la adrenalina..., siempre me siento agotado después.

Aquello era el fin del ataque, y era bueno que así fuera, porque tanto Gwen como yo habíamos agotado todas nuestras municiones, completamente, y no podía utilizar de nuevo aquel truco de la hoja escondida..., funciona solamente si puedes engañar a tu oponente haciendo que sujete la vaina del bastón. Había habido nueve atacantes en aquel vehículo, y ahora todos estaban muertos. Gwen y yo nos habíamos hecho cargo de cinco entre los dos; los artilleros del donut gigante habían matado a los otros cuatro. El recuento de cadáveres era exacto, porque nadie puede confundir un agujero de bala con una quemadura.

No cuento a los dos, o tres, a los que disparé en el superdonut..., porque no habían dejado ningún cadáver que contar; estaban en algún lugar más allá del horizonte.

Nuestras propias bajas: cuatro.

Primero, nuestro artillero, muerto de un disparo en la torreta encima del conductor. Me arrastré hasta allá arriba y miré..., a un sexto de gravedad puedo subir una escalerilla vertical casi con tanta facilidad como ustedes. Nuestro artillero estaba muerto, probablemente aquel primer resplandor había marcado su fin. ¿Se había dormido en la guardia? ¿Quién sabe, y a quién le importa? Estaba muerto.

Pero nuestra segunda baja, tía Lilybet, no estaba muerta, y eso era gracias a Bill. Se había apresurado a ponerle dos parches de presión, uno en su brazo izquierdo, el otro en la parte superior de su casco..., y había sido lo bastante listo como para cerrar su aire mientras lo hacía, luego contar sesenta segundos antes de volver a abrir la válvula y dejar que el traje se hinchara de nuevo. Y así le había salvado la vida.

Era la primera prueba que veía de que Bill era lo bastante listo como para desenvolverse en emergencias. Había descubierto inmediatamente dónde estaba el armarito con los parches de presión, al lado del asiento del conductor, luego había hecho todo lo demás a marchas forzadas, sin movimientos inútiles y sin prestar atención a la lucha que se desarrollaba a su alrededor. .

Supongo que no hubiera debido sorprenderme; sabía que Bill había trabajado en la construcción pesada: para un hábitat espacial, eso significa trabajar con traje-p, herramientas de seguridad y entrenamiento. Pero el entrenamiento sólo no es suficiente; en una situación de emergencia se necesita ser listo y tener la cabeza fría para poner en práctica incluso el mejor de los entrenamientos.

Bill nos mostró lo que había hecho, sin alardear de ello, sólo para indicarnos que aún quedaba algo por hacer: al sellar apresuradamente el traje de tía Lilybet no había podido examinar la herida de su brazo y ver si seguía sangrando o no; desconocía si la propia quemadura de la herida la había cauterizado. Si seguía sangrando, habría que abrir de nuevo el traje, aplicar un vendaje de presión y luego volver a cerrarlo... ¡rápido! Vista la localización de la herida —el brazo—, la única forma de hacer eso era cortar la tela para hacer un agujero más grande, alcanzar el brazo y detener la hemorragia, parchear el nuevo agujero, y aguardar contando los segundos hasta que transcurriera el interminable minuto antes de someter el traje parcheado de nuevo a presión.

Hay un límite muy estrecho de tiempo en el que un paciente puede soportar el vacío. Tía Lilybet era vieja y estaba herida y ya había tenido que pasar por aquello una vez hoy. ¿Podría resistirlo una segunda vez?

No valía la pena abrir el casco. El rayo que la había golpeado allí había hecho una entalladura en la parte superior del casco pero no en su cabeza..., de otro modo ya no habría razón de considerar si abrir o no su manga.

Gwen apoyó su casco contra el de tía Lilybet, consiguió que reaccionara y llamó su atención. ¿Estaba sangrando?

Tía Lilybet creía que no. Sentía el brazo adormecido pero no le dolía mucho. ¿Lo habían cogido? ¿Cogido qué? Algo que había en el compartimiento de carga. Gwen le aseguró que los bandidos no habían cogido nada; estaban muertos. Aquello pareció satisfacer a tía Lilybet. Añadió:

—Taddie puede conducir—y pareció sumirse en un beatífico sueño.

Nuestra tercera baja era uno de los maridos de Lady Diana. Muerto. Pero no por ninguno de los bandidos. Literalmente se había suicidado.

Creo haber mencionado ya que iba armado..., con la pistola *dentro* del traje, por el amor de Dios. Cuando empezaron los problemas, quiso coger su arma, descubrió que no podía alcanzarla..., abrió la parte frontal de su traje para llegar a ella.

Es posible abrir un traje-p y volver a cerrarlo en el vacío, y creo que el legendario Houdini, hubiera podido aprender a hacerlo. Pero aquel chistoso estaba aún tanteando en busca de su arma cuando se derrumbó y se asfixió en el vacío. Su comarido fue un poco más listo. En vez de ir en busca de su propia arma, intentó coger la de su compañero después de que éste hubiera dado el último suspiro. Consiguió alcanzarla y sacarla, aunque demasiado tarde para ayudar en la pelea. Se enderezó de nuevo justo en el momento en que yo me ponía en pie, después de ensartar con mi bastón al último de los bandidos.

De modo que, al alzar la cabeza, me encontré con el excitado tipo agitando su pistola delante de mi cara.

No pretendí romperle la muñeca; simplemente quise desarmarle. Aparté la pistola de mi trayectoria con el bastón, y al hacerlo le partí incidentalmente la muñeca. Recogí el arma, la metí en el cinturón de mi traje-p, y me dejé caer en mi asiento. No me di cuenta de que le había hecho daño, más allá de un rasguño quizá.

Pero no siento ningún remordimiento. Si uno no quiere que le partan la muñeca, no debe agitar una pistola delante de mi nariz. Sobre todo cuando estoy cansado y excitado.

Entonces reuní mis fuerzas a intenté ayudar a Gwen y a Bill.

Odio tener que hablar de la cuarta baja: Igor O'Toole, el niño de cinco años.

Puesto que el chiquillo estaba en uno de los asientos de atrás con su madre, es seguro que no fue muerto por ninguno de los del primer vehículo; el ángulo lo hacía imposible. Solamente los dos artilleros del superdonut estaban lo bastante altos como para disparar a través de la portezuela del conductor del *Óyeme* y acertarle a alguien de la parte de atrás. Además, tuvo que ser el segundo artillero; el primero estaba demasiado ocupado liquidando a los del primer vehículo. Cuando el donut dio la vuelta, vi su arma apuntando hacia nosotros, vi su destello justo en el momento en que yo disparaba y lo mataba.

Pensé que había fallado. Si me disparaba a mí, evidentemente lo hizo. No estoy seguro de que estuviera apuntando cuidadosamente pues un niño, en la parte de atrás de un autobús, no era blanco más adecuado. Pero de todos modos el destello que vi tuvo que ser el disparo que mató a Igor.

De no ser por la muerte de Igor, mis sentimientos hacia los ocupantes del donut gigante hubieran sido encontrados..., no hubiéramos vencido a los del primer vehículo sin su ayuda. Pero aquel último disparo me convenció de que simplemente estaban liquidando a unos competidores antes de conseguir su propósito principal, apoderarse del *Óyeme*.

Lo único que lamento es no haber matado también al cuarto tipo del donut.

Pero eso son pensamientos posteriores. Lo que vi en aquel momento fue simplemente un niño muerto. Nos alzamos de atender a tía Lilybet y miramos a nuestro alrededor. Ekaterina estaba sentada muy quieta, sujetando el cuerpo de su hijo. Tuve que mirar dos veces a mi alrededor para darme cuenta de lo que había ocurrido. Pero un traje-p no contiene el cuerpo vivo de un niño cuando toda su placa frontal ha sido quemada. Cojeé hacia ella; Gwen llegó primero. Me detuve detrás de Gwen; Lady Diana sujetó mi brazo, dijo algo.

Apoyé mi casco contra el suyo.

—¿Qué dice?

—¡Le he dicho que diga a la conductora que siga! ¿Acaso no entiende usted el inglés?

Me hubiera gustado que se lo hubiera dicho a Gwen; las respuestas de Gwen son mucho más imaginativas que las mías, y mucho más líricas. Todo lo que conseguí murmurar, cansado como estaba, fue:

—Oh, cálese y siéntese, maldita estúpida. —No aguardé a su respuesta.

Lady D avanzó hacia la parte delantera del autobús, donde Bill le impidió que molestara a tía Lilybet. No lo vi, pues en aquel momento, mientras me inclinaba hacia delante para intentar ver qué le había ocurrido al consorte que (aún no lo sabía) se había matado de aquella manera tan estúpida con su traje-p, su comarido intentó recuperar la pistola que yo me había metido en el cinturón.

En el transcurso del forcejeo agarré su (rota) muñeca. No pude oír su grito ni ver su expresión, pero realizó ante mí una actuación tan sorprendente de extemporánea agitación que no me cupo la menor duda de la agonía que debía estarle recorriendo el cuerpo.

Todo lo que puedo decir es: no agiten pistolas delante de mi nariz. Despiertan lo peor que hay en mí.

Me incliné hacia Gwen y aquella pobre madre, apoyé mi casco contra el de Gwen.

—¿Hay algo que podamos hacer por ella?

—No. Nada hasta que estemos en un ambiente presurizado. Y entonces no mucho tampoco.

—¿Qué hay de los otros dos? —Supongo que estaban llorando, pero cuando no puedes verlos ni oírlos, ¿qué puedes hacer por ellos?

—Richard, creo que lo mejor es dejar a esta familia sola. No dejes de vigilarlos pero déjales solos. Hasta que lleguemos a Kong.

—Sí..., Kong. ¿Quién es Taddie?

—¿Qué?

—Tía Lilybet dijo: «Taddie puede conducir.»

—Oh. Creo que se refería al artillero de la torreta. Su sobrino.

Así fue como subí para comprobar la torreta. Había que salir fuera para llegar a ella, y eso hice..., cautelosamente. Pero nuestras estimaciones habían sido correctas..., todos estaban muertos. Y también lo estaba nuestro artillero de la torreta, Taddie. Volví a bajar, entré de nuevo en el compartimiento de los pasajeros, reuní a los míos..., les dije que no había conductor de reserva.

—Bill, ¿sabes conducir? —pregunté.

—No. No sé, senador. Ésta es la primera vez en mi vida que subo a una de estas cosas.

—Me lo temía. Bien, han pasado bastantes años desde que conduje por última vez uno de éstos, pero sé cómo se hace, así que... ¡Oh, Jesús! Gwen, *no puedo*.

—¿Problemas, querido?

Suspiré.

—Sí. Este trasto se maneja con los pies. Yo tengo uno metido debajo de mi asiento. No hay forma alguna en el mundo en que pueda ponérmelo llevando el traje-p, y no hay forma alguna en el mundo de conducir este autobús con una sola pierna.

—Está bien, querido —dijo apaciguadoramente—. Tú encárgate de la radio..., necesitaremos lanzar algunas llamadas de socorro, supongo. Mientras tanto, yo conduciré.

—¿Sabes conducir este mastodonte?

—Por supuesto. No deseaba presentarme voluntaria, con vosotros dos, hombres, aquí. Pero me encantará hacerlo. En dos horas habremos llegado. Fácilmente.

Tres minutos más tarde Gwen estaba comprobando los controles; yo me senté a su lado, imaginando cómo conectar mi traje a la radio del autobús. Dos de esos minutos habían transcurrido delegando en Bill el cargo de maestro de armas, con órdenes de mantener a Lady D en su asiento. Había venido de nuevo delante, con firmes instrucciones respecto a cómo había que hacer las cosas. AL parecer tenía una cierta prisa..., algo referente a una reunión de directores en L-5. De modo que teníamos que conducir aprisa, recuperar el tiempo perdido.

Esta vez dejé que respondiera Gwen. Fue consolador. Lady D jadeó, especialmente cuando Gwen le dijo lo que podía hacer con sus poderes, después de haberlos doblado cuidadosamente de modo que todo fueran esquinas cortantes y puntas.

Gwen accionó los controles, el *Óyeme* se agitó, retrocedió un poco, giró para pasar junto al otro vehículo, y nos alejamos. Finalmente conseguí pulsar los botones adecuados de la radio, la sintonicé en lo que supuse era el canal adecuado:

—¡...O-N-F-I-E-S, así es como se deletrea *Confies*, la respuesta perfecta a las tensiones de la vida moderna! No deje que los problemas de los negocios vayan con usted a casa. Goce del confort de *Confies*, los terapeutas científicos del estómago lo prescriben mucho más que cualquier otro...

Probé otro canal.

*La verdad es lo único que nadie creará.*

GEORGE BERNARD SHAW, 1856-1950

Intenté hallar el canal once, el de emergencias, por el método de tanteo; el dial estaba señalado, pero no por el número de los canales: tía Lilybet tenía sus propios códigos. El marcado «Ayuda» no era el de emergencias, como yo había supuesto, sino el de ayuda espiritual. Lo pulsé y obtuve:

—Aquí el reverendo Herold Angel hablando con el corazón dirigido al suyo, desde el Tabernáculo de Sub-Tycho, el Hogar de Cristo en la Luna. Sintoníceme el domingo a las ocho para oír el auténtico significado de las profecías de las Escrituras ... y envíe su donativo de amor hoy al Apartado de Correos 99, Estación Ángel, Sub-Tycho. Nuestro Tema de Buenas Noticias de hoy es: «Cómo reconoceremos al Maestro cuando venga.» Ahora unámonos al coro del Tabernáculo en «Jesús me sostiene en este ...»

Ese tipo de ayuda llegaba con unos cuarenta minutos de retraso, así que cambié a otro canal. Allí reconcí una voz y llegué a la conclusión de que debía hallarme en el canal trece. Así que llamé:

—Capitán Medianoche llamando al capitán Marcy. Responda, capitán Marcy.

—Aquí Marcy, control del suelo en Hong Kong Luna. Medianoche, ¿qué demonios quiere ahora? Cambio.

Intenté explicarle, en veinticinco palabras o menos, cómo me hallaba ahora en aquel circuito. Escuchó, luego interrumpió:

—Medianoche, ¿qué es lo que ha estado fumando? Déjeme hablar con su esposa; a ella sí puedo crearla.

—En estos momentos no puede hablarle; está conduciendo el autobús.

—Espere. Me dice usted que son pasajeros en el autobús *Óyeme, Jesús*. Ése es el autobús de Lilybet Washington; ¿por qué está conduciéndolo su esposa?

—He intentado explicárselo. Le dispararon; está herida. Tía Lilybet, quiero decir, no mi esposa. Fuimos atacados por bandidos.

—No hay bandidos en esa zona.

—Eso es cierto: los liquidamos a todos. Capitán, *escuche*, y deje de saltar a conclusiones. Fuimos atacados. Tenemos tres muertos y dos heridos..., y mi esposa está conduciendo porque es la única persona corporalmente capaz de hacerlo que queda.

—¿Está usted herido?

—No.

—Pero acaba de decir que su esposa es la única persona corporalmente capaz de conducir que queda.

—Sí.

—Déjeme entenderlo claro. Anteayer estaba usted pilotando un vehículo espacial... ¿O era su esposa el piloto?

—Yo era el piloto. ¿Qué le escuece, capitán?

—Puede usted pilotar una nave espacial..., pero no puede conducir un pequeño y viejo autobús. Eso es difícil de tragar.

—Es simple. No puedo usar mi pie derecho.

—Pero acaba de decir que no estaba herido.

—No lo estoy. Simplemente me falta una pierna, eso es todo. Bien, no me falta..., en estos momentos la tengo en mi regazo. Pero no puedo utilizarla.

—¿Por qué no *puede* utilizarla?

Inspiré profundamente a intenté recordar las empíricas de Siacci para la balística en planetas dotados de atmósfera.

—Capitán Macy, ¿hay alguien en su organización, o alguien en todo Hong Kong Luna, que pueda estar interesado en el hecho de que unos bandidos atacaron un autobús público de servicio de su ciudad, a tan sólo unos pocos kilómetros fuera de su zona presurizada? ¿Y hay alguien que pueda hacerse cargo de los muertos y heridos cuando lleguemos con ellos? ¿Y a quien no le importe quién conduce este autobús? ¿Y no encuentre increíble que un hombre pueda haber visto su pierna amputada hace años?

—¿Por qué no lo dijo *antes*?

—¡Maldita sea, capitán, no era asunto suyo!

Hubo un silencio de varios segundos. Luego el capitán Macy dijo suavemente:

—Quizá tenga razón. Medianoche, voy a pasarle al mayor Bozell. Es un comerciante mayorista, pero también es el jefe de nuestros Vigilantes Voluntarios, y por eso que creo que debería hablar con él. Corte, yo le llamaré.

Aguardé, y observé a Gwen conducir. Al principio su manejo había sido un poco brusco, como el de cualquiera hasta que se acostumbra a una máquina extraña. Ahora su conducción era suave, aunque no tan atrevida como la de tía Lilybet.

—Aquí Bozell. ¿Me escucha?

Respondí..., y casi inmediatamente tropecé con la pesadillesca sensación de *déjà vu* cuando fui interrumpido por un:

—No hay bandidos en esa zona.

Suspiré.

—Si usted lo dice, mayor. Pero hay nueve cadáveres y un vehículo abandonado en esa zona. Quizá haya alguien interesado en registrar esos cuerpos, rescatar sus trajes-p y sus armas, y reclamar el vehículo abandonado, antes de que algunos pacíficos colonos que nunca han pensado en convertirse en bandidos lo descubran y se lo queden todo.

—Hummm. Choy-Mu me dice que está pidiendo una foto desde el satélite del lugar donde se produjo ese pretendido ataque. Si realmente hay un vehículo abandonado...

—¡Mayor!

—¿Sí?

—No me importa lo que usted crea. No me importa un pimiento el rescate del vehículo y los cadáveres. Estaremos en la esclusa norte a las tres treinta aproximadamente. ¿Puede hacer que venga a nuestro encuentro un médico, con una camilla y camilleros? Es para la señora Lilybet Washington. Es...

—Sé quién es; ha estado haciendo esta ruta desde que yo era un niño. Déjeme hablar con ella.

—Está herida, ya se lo he dicho. Está tendida en el suelo y espero que esté dormida. Si no lo está, no voy a molestarla; puede empezar a sangrar de nuevo. Simplemente envíe a alguien a la esclusa para que se haga cargo de ella. Y de los tres muertos también, uno de los cuales es un niño pequeño. Su madre está con nosotros y se halla en estado de shock; se llama Ekaterina O'Toole, y su esposo vive en su ciudad. Se llama Nigel O'Toole, y quizá pueda hacer usted que alguien se ponga en contacto con él para que acuda al encuentro de su familia y se haga cargo de ella. Eso es todo, mayor. Cuando le llamé estaba un poco nervioso acerca de los bandidos. Pero puesto que no hay bandidos en esa zona, no tenemos razones para pedir protección de los vigilantes ahí fuera en el Mar de la Serenidad en ese espléndido y soleado día, y lamento haber interrumpido su sueño.

—Está bien; estamos aquí para ayudar..., no necesita ser sarcástico. Esto está siendo grabado. Dé su nombre completo y su dirección legal, luego repita: Como representante de Lilybet Washington de Presurizado Dragón Afortunado, y actuando en nombre de la Compañía de Autobuses el Apocalipsis y la Venida del Reino, autorizo al mayor Kirk Bozell, oficial al mando y director comercial de los Vigilantes Voluntarios de Hong Kong Luna, a proporcionar...

—Hey, espere. ¿Qué es esto?

—El contrato estándar que cubre los servicios de protección personal y conservación de la propiedad y garantiza el pago. No esperará usted sacar a todo un pelotón de guardias de la cama en medio de la noche y no pagar por ello. TANSTAAFL: No hay comida gratis.

—Hummm. Mayor, ¿tiene por casualidad a mano algún buen bálsamo para las hemorroides? ¿Una preparación H? ¿Pazo? ¿Algo por el estilo?

—¿Eh? Oh, yo utilizo el Bálsamo Tigre. ¿Por qué?

—Porque va a necesitarlo. Tome ese contrato estándar, dóblelo hasta que sea todo él ángulos cortantes y puntas...

Seguí sintonizado al canal trece, no hice ningún esfuerzo más por hallar el canal de emergencias. Por todo lo que podía ver no servía de nada gritar ¡S.O.S.! por el canal once cuando ya había hablado con la que al parecer era la única fuente de ayuda. Apoyé mi casco contra el de Gwen a hice un resumen de lo hablado, luego añadí:

—Los dos idiotas insistieron en que no hay bandidos ahí fuera.

—Quizá no fueran bandidos. Tal vez eran simplemente reformistas agrarios efectuando un acto de afirmación política. ¡Espero que no nos tropecemos con extremistas de derechas! Richard, será mejor que no hablemos mientras estoy conduciendo. El vehículo me es desconocido, la carretera me es desconocida..., y además ni siquiera hay carretera.

—Lo siento, amor. Lo estás haciendo maravillosamente. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Me serviría de mucho si buscaras los indicadores por mí

—¡Naturalmente!

—Así podría mantener los ojos fijos en la carretera que no es carretera que tengo delante. Algunos de esos baches son peores que Manhattan.

—Imposible.

Elaboramos un sistema que la ayudaba molestándola lo mínimo. Tan pronto como divisaba una señal la señalaba. Cuando ella la veía también —no antes—, me daba una palmada en la rodilla. No hablábamos porque poner nuestros cascos en contacto tendía a interferir en su conducción.

Aproximadamente una hora más tarde divisamos un vehículo al frente, que avanzó directo hacia nosotros a gran velocidad. Gwen dio una palmada a su casco encima de la oreja; apoyé el mío contra el suyo.

—¿Más reformadores agrarios? —dijo.

—Quizá.

—Se me han agotado las municiones.

—A mí también. —Suspiré—. De algún modo vamos a tener que sentarnos a la mesa de conferencias con ellos. Después de todo, la violencia no resuelve nada.

Gwen hizo un comentario muy poco propio de una dama y añadió:

—¿Qué hay de ésa que le cogiste a Sir Galahad?

—Oh., Querida. Ni siquiera la he mirado. Pásame las orejas de pollino.

—No eres ningún pollino, Richard, sólo eres espiritual. Échale una mirada.

Extraje el arma confiscada de mi cinturón, la examiné. Luego volvimos a poner en contacto nuestros cascos.

—Amor, no vas a creerlo. No está cargada.

—¿Eh?

—Exacto: «¿Eh?» Aparte esto, no tengo otro comentario. Y puedes citarme.

Arrojé aquella inútil arma a un rincón del autobús y miré al otro vehículo, que se estaba acercando rápidamente. ¿Por qué llevaría alguien un arma descargada? ¡Era una absoluta estupidez!

Gwen volvió a palmearse la oreja. Tocamos nuestros cascos.

—¿Sí?

—La munición de esa arma está en el cuerpo, puedes apostar lo que quieras.

—No hago apuestas; ya lo había pensado. Gwen, si intento registrar ese cadáver, primero voy a tener que enfriar a los otros dos. No es una buena idea.

—Estoy de acuerdo. Y tampoco hay tiempo, de todos modos. Ya los tenemos aquí.

Solo que no los teníamos, no del todo. El otro vehículo, cuando se hallaba aún a un par de centenares de metros, giró a la izquierda, dando a entender claramente que estaba evitando un rumbo de colisión. Cuando pasó por nuestro lado leí en su costado: «Vigilantes Voluntarios — Hong Kong Luna.»

Al cabo de unos momentos Marcy me llamó:

—Bozell dice que le ha encontrado pero que no puede comunicarse con usted por radio.

—No sé por qué no. Usted acaba de comunicarse.

—Porque imaginé que seguiría usted en el canal equivocado. Medianoche, sea lo que sea lo que debiera estar haciendo, es completamente seguro que estará haciendo siempre otra cosa distinta.

—Me halaga. ¿Qué se supone que debía estar haciendo esta vez?

—Conectar el canal dos, por supuesto. El reservado para los vehículos de superficie.

—Cada día aprendo algo. Gracias.

—Cualquiera que no sepa esto no debería estar operando un vehículo en la superficie de este planeta.

—Capitán, no sabe usted cuánta razón tiene. —Corté.

Pudimos ver Hong Kong Luna sobre el horizonte bastantes minutos antes de llegar allí..., la columna de aterrizajes de emergencia, los grandes platos usados para hablar con la Tierra y los aún más grandes para Marte y el Cinturón, las parrillas de energía solar..., y fueron haciéndose cada vez más impresionantes a medida que nos acercábamos. Por supuesto, todo el mundo vive bajo tierra..., pero tiendo a olvidar cuánto de la industria pesada de la Luna se halla en su superficie, y resulta ilógico que lo olvide, puesto que la mayor parte de la gran riqueza de la Luna está relacionada con la luz directa del Sol, las gélidas noches y el interminable vacío. Pero, como muy bien había señalado mi esposa, soy del tipo espiritual.



Pasamos el nuevo complejo de la Nissan-Shell, hectárea tras hectárea de tuberías y enormes columnas y grandes destiladores y válvulas y bombas y pirámides de Bussard. Las largas sombras excavadas por el Sol naciente lo convertían en un grabado extraído de Gustavo Doré por Pieter Brueghel (hijo) y orquestado por Salvador Dalí. Justo después hallamos la esclusa norte.

Nos dejaron utilizar la pequeña Kwiklok a causa de tía Lilybet. Bill la cruzó con tía Lilybet —había aprendido cómo—, luego Lady D y su esposo superviviente pasaron delante de Ekaterina y sus chicos. La querida Diana se distinguió de nuevo exigiendo ser llevada al espaciopuerto antes que a la esclusa de la ciudad. Bill y yo no la dejamos que molestara a Gwen con sus reales órdenes, pero su popularidad decreció (si ello era posible) entre nosotros. Me alegró verla desaparecer en la compuerta. Y la cosa funcionó, pues el marido de Ekaterina hizo por la compuerta principal justo en el momento en que perdíamos de vista a nuestros VIPs. Nigel O'Toole se hizo cargo de su familia (incluido el patético y pequeño cadáver) y se la llevó por donde había salido, después de que Gwen abrazara a Ekaterina y prometiera visitarla.

Luego fue nuestro turno..., sólo para descubrir que el Árbol-San no podía pasar por una Kwiklok. De modo que retrocedimos y dimos la vuelta hasta la compuerta grande (y más lenta). Vi que alguien estaba retirando el cadáver de la torreta del *Óyeme*, *Jesús*, y *otros* estaban vaciando su carga, bajo los ojos de cuatro guardias armados. Me pregunté qué había en la carga. Pero no era asunto mío. (O quizá sí lo fuera..., parecía posible que aquella carga hubiera sido la causa de la carnicería.) Cruzamos la compuerta grande: nosotros, el arce bonsai, la maleta pequeña, el bolso, la peluca, el bastón y la pierna protésica.

La compuerta realizó su ciclo y penetramos en un largo túnel inclinado, luego cruzamos otras dos puertas de presión. En la segunda puerta había una máquina de monedas expendedora de licencias de aire para cortos períodos de tiempo, pero tenía colgado un cartel de «NO FUNCIONA: Visitantes, por favor, depositen media corona por 24 horas.» Había un platillo con algunas monedas sobre la máquina; añadí una corona por Gwen y por mí.

Al fondo del túnel otra puerta de presión nos introdujo en la ciudad.

Inmediatamente al otro lado había bancos para comodidad de las personas que tuvieran que vestirse o desvestirse para salir o entrar. Empecé a quitarme el traje-p con un suspiro de alivio, y poco después colocaba en su lugar mi pierna artificial.

Huesos Secos es un poblado, Dragón Afortunado es una ciudad pequeña, Hong Kong Luna es una metrópolis superada sólo por Ciudad Luna. En aquel momento no parecía atestada, pero estábamos en mitad de la noche; sólo los trabajadores nocturnos entraban y salían a iban de un lado para otro. Incluso los que se levantaban más temprano tenían todavía dos horas de sueño ante sí, no importaba que en el exterior fuese pleno día.

Pero aquel pasillo casi desierto mostraba pese a todo su condición de pertenecer a una gran ciudad; un cartel sobre las hileras de colgadores para los trajes rezaba: «UTILICEN LOS COLGADORES BAJO SU PROPIA RESPONSABILIDAD. VEAN A JAN EL GUARDARROPA: SEGURO INCLUIDO. Una corona/un traje-p.»

Debajo había una anotación escrita a mano: «Sea listo: vea a Sol por sólo media corona; no incluye seguro, únicamente su honradez». Cada una de las notas tenía su correspondiente flecha, una señalando a la izquierda, la otra a la derecha.

—¿Cuál, querido? —dijo Gwen—. ¿Sol, o Jan?

—Ninguno. Este lugar es lo bastante parecido a Ciudad Luna como para que sepa cómo tratarlo. Creo. —Miré a mi alrededor, hacia arriba y hacia abajo, descubrí una luz roja—. Ahí hay un hotel. Con mi pierna de nuevo en su lugar, puedo llevar un traje-p bajo cada brazo. ¿Puedes ocuparte tú del resto?

—Por supuesto. ¿Qué hay de tu bastón?

—Lo meteré por el cinturón de mi traje. No pica. —Echamos a andar hacia aquel hotel.

Mirando hacia el pasillo, en la ventanilla de recepción del hotel, había una joven sentada estudiando... transgenesia, el clásico texto de Sylvester. Alzó la vista.

—Será mejor que vaya primero a éstos. Vea a Sol, en la puerta contigua.

—No, quiero una habitación grande, con una cama digna de una emperatriz. Dejaremos todo esto en un rincón.

Miró su diagrama de habitaciones.

—Tengo habitaciones individuales. Habitaciones con dos camas gemelas. Suites especiales. Pero lo que usted desea..., no. Está todo ocupado.

—¿Qué es una suite especial?

—Depende. Hay una con dos grandes camas y ducha. Hay otra sin ninguna cama pero con todo el suelo acolchado y lleno de almohadones. Y hay otra...

—¿Cuánto cuesta la de las dos camas grandes?

—Ochenta coronas.

Pacientemente, dije:

—Mire, ciudadana; yo también soy lunático. Mi abuelo fue herido en las escaleras del Bon Marché. Su padre fue embarcado aquí por sindicalismo criminal. Sé los precios en Ciudad Lunática; no pueden ser tan superiores a ellos aquí en Kong. ¿Qué piensa cobrarme por lo que le he pedido? ¿Si hay algo libre?

—No me impresiona, colega; cualquiera puede proclamar que sus antepasados participaron en la Revolución, y la mayoría lo hace. Mis antepasados dieron la bienvenida a Neil Armstrong cuando asomó la cabeza. Con sombrero de copa.

Le sonreí.

—Lo siento, creo que me pasé. Pero no puedo evitarlo. ¿Cuál es el precio real de una habitación doble, con una cama grande y una ducha? No el precio para turistas.

—Una habitación doble estándar con una cama grande y su propia ducha sale por veinte coronas. Le diré una cosa, amigo: no tiene muchas posibilidades de alquilar una habitación tan tarde ... o tan temprano. Le alquilaré una suite para orgías por veinte coronas..., y tendrá que desalojarla antes del mediodía.

—Diez coronas.

—Ladrón. Dieciocho. Si bajo más pierdo dinero.

—No, no lo pierde. Como ha señalado muy bien, a esta hora ya no puede esperar alquilarla a ningún precio. Quince coronas.

—Déjeme ver su dinero. Pero tiene que estar fuera al mediodía.

—Déjémoslo en la una. Hemos estado en vela toda la noche y hemos tenido un viaje infernal. —Conté el dinero.

—Lo sé. —Señaló con la cabeza a su terminal—. El *Hong Kong Gong* ha emitido varios boletines sobre usted. A las trece, de acuerdo..., pero si se queda más, o bien paga la tarifa completa o se traslada a una habitación normal. ¿Encontraron realmente bandidos? ¿En el camino a Dragón Afortunado?

—Me han dicho que no hay bandidos en esta zona. Debimos tropezarnos con algún otro tipo de desconocidos más bien poco amistosos. Nuestras pérdidas fueron tres muertos, dos heridos. Se los devolvimos con creces.

—Sí, lo vi. ¿Quiere un recibo por la cuenta? Por una corona le haré una factura total y sincera, pormenorizada y por el importe que usted diga. Y tengo tres mensajes para usted.

Parpadeé estúpidamente.

—¿Qué? Nadie sabía que iba a venir a su hotel. Ni nosotros lo sabíamos.

—No hay ningún misterio, amigo. Un forastero llega a la esclusa norte a última hora de la noche: las probabilidades de que termine en mi cama ... en una de mis camas, y evítese los comentarios maliciosos, por favor..., son de siete contra dos. —Miró a su terminal—. Si no hubiera recogido usted sus mensajes en otros diez minutos, se hubieran enviado copias a todos los alojamientos del presurizado. Si eso fracasaba también en encontrarle, los hombres de seguridad pública hubieran empezado a buscarle. No conseguimos forasteros apuestos con aventuras románticas tan a menudo como eso.

—Deje de echarle el lazo, querida; está cansado —dijo Gwen—. Y pescado. Deme las copias de los mensajes, por favor.

La directora del hotel miró fríamente a Gwen y siguió hablando conmigo.

—Amigo, si aún no ha pagado por ella, puedo garantizarle algo mejor y más joven y más hermoso a un precio interesante.

—¿Su hija? —preguntó suavemente Gwen—. Por favor, los mensajes.

La mujer se encogió de hombros y me los tendió. Le di las gracias y dije:

—Respecto a lo que ha dicho: joven, es posible. Más hermosa, lo dudo. No puede ser más barata: me casé con ella por su dinero. Ésos son los hechos.

Me miró primero a mí, luego a Gwen.

—¿Es eso cierto? ¿Se casó con usted por su dinero? ¡Haga que se lo gane!

—Bueno, él dice que ya lo hizo —murmuró pensativamente Gwen—. No estoy segura. Sólo hace tres días que nos casamos. Ésta es nuestra luna de miel.

—Menos de tres días, querida —objeté—. Aunque parezcan más.

—¡Amigo, no hable de esa forma a su esposa! Es usted un sinvergüenza y un bruto y probablemente un prófugo.

—Sí —admití—. Las tres cosas.

Ella me ignoró. Se dirigió a Gwen:

—Querida, no sabía que era su luna de miel, o de otro modo no le hubiera ofrecido ese «algo» a su esposo. Me inclino en el polvo. Pero más tarde, cuando se sienta usted hastiada de este tipo con esa boca tan atractiva, puedo arreglar lo mismo para usted, pero en masculino. Buen precio. Joven. Atractivo. Viril. Duradero. Afectivo. Venga o telefónee y pida por Xia..., soy yo. Garantizado..., si no se siente satisfecha no pague.

—Gracias. En este momento lo que quiero es desayunar. Luego la cama.

—El desayuno justo al otro lado del pasillo. El Café de Nueva York de Sing. Recomiendo su Especial Resaca a una corona y media. —Miró al casillero que tenía a sus espaldas y tomó dos tarjetas—. Aquí están sus llaves. Querida, ¿querrá pedirle a Sing que me mande una tostada con cheddar caliente y café? Y no deje que le cobre más de un billete y medio por un Especial Resaca. Tima por pura diversión.

Dejamos nuestro equipaje con Xia y cruzamos el pasillo en busca del desayuno. El Especial Resaca de Sing era tan bueno como había dicho Xia. Luego, finalmente, estuvimos en nuestra suite..., la suite nupcial; Xia había sabido portarse como correspondía. En varios sentidos. Nos condujo a nuestra suite, nos miró mientras pronunciábamos ohs y ahs: champán en un cubo con hielo, la cama abierta y preparada, sábanas perfumadas, flores (artificiales pero convincentes) junto a la única y suave luz.

Así que la recién casada la besó, y Xia besó a la recién casada, y las dos enjugaron una lágrima..., lo cual era bueno, porque habían pasado muchas cosas demasiado aprisa y Gwen no había tenido tiempo de llorar. Las mujeres necesitan llorar de tanto en tanto.

Luego Xia besó al marido, y el marido no lloró ni se hizo el remolón..., Xia es una escultura oriental como las que Marco Polo dijo haber encontrado en Xanadú. Y me besó de la manera más convincente. Al final se separó para tomar aliento.

—¡Huau!

—Sí, huau —estuve de acuerdo—. Ese trato que mencionó antes... ¿Cuánto cobra usted?

—Bocazas. —Me sonrió, no se apartó. Sinvergüenza. Truhán. Ofrezco muestras gratuitas. Pero no a los recién casados. —Se separó—. Descansen bien, queridos. Olviden eso de las trece. Duerman tanto como quieran; se lo diré al director de día.

—Xia, dos de esos mensajes pedían que fuera a ver gente a la terrible hora de ordeñar las vacas. ¿Puede usted desconectarnos de ellos?

—Ya había pensado en ello; los leí antes que ustedes. Olvídenlos. Aunque se presente Fanfarrón Bozell en persona con toda su escuadra de boy scouts, el director de día no sabrá en qué suite se hallan ustedes.

—No querría causarle problemas con su jefe.

—¿No se lo dije? Yo presido la junta de accionistas. Con el Banco de América. —Me envió un rápido beso con la punta de los dedos y se fue.

Mientras nos desvestíamos, Gwen dijo:

—Richard, estaba esperando que le dijéramos que se quedase. Y no es la virgen de ojos muy abiertos que era Gretchen. ¿Por qué no la invitaste?

—Oh, *merde*. La verdad es que no supe cómo.

—Hubieras podido irle arrancando lentamente su chengsam mientras ella intentaba estrangularte. No llevaba nada debajo. Corrección: ella estaba debajo, nada más. Pero Xia solo ya es suficiente, estoy segura. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Quieres saber la verdad? —Hum..., no estoy muy segura. —Porque deseaba dormir *contigo*, muchacha, sin distracciones. Porque todavía no estoy aburrido de ti. No se trata de tu cerebro, ni tampoco de tus cualidades espirituales, que casi no tienes. Es tu pequeño cuerpo lo que me hace babear. —¡Oh, Richard! —¿Nos bañamos antes? ¿O después? —Hum..., ¿las dos cosas? —¡Ésa es mi chica!

## 14

*La democracia puede soportarlo todo menos a los demócratas.*

J. HARSHAW, 1904-

*Todos los reyes son unos bribones*

MARK TWAIN, 1835-1910

Mientras estábamos bañándonos dije:

—Me sorprendiste, amor, cuando demostraste saber conducir el autobús.

—Ni la mitad de lo que *tú* me sorprendiste *a mí* cuando resultó que tu bastón era un rifle.

—Oh, sí; eso me recuerda... ¿Te importaría encubrirme?

—Por supuesto que no me importaría, Richard, pero ¿cómo?

—Mi trucado bastón deja de ser una protección cuando la gente sabe lo que es. Pero, si todos los disparos son atribuidos a ti, entonces la gente no tendrá ocasión de saber lo que es.

—No acabo de verlo —murmuró pensativamente Gwen—. O no lo entiendo. Todo el mundo en el autobús te vio usar ese rifle.

—¿De veras crees que lo vieron? La lucha tuvo lugar en el vacío..., en un silencio mortal. Así que nadie oyó ningún disparo. Quién me vio disparar? ¿Tía Lilybet? Estaba herida antes de que me uniera a la fiesta. Sólo unos segundos antes, pero estamos hablando de segundos precisamente. ¿Bill? Estaba ocupado con tía Lilybet. ¿Ekaterina y sus chicos? Dudo que los chicos vieran nada que comprendieran, y su madre ha sufrido el peor shock que puede sufrir una madre; no será un testigo de mucho valor, si llega a serlo. ¿La querida Diana y sus muchachos? Uno está muerto, el otro estaba tan alterado que me tomó por un bandido, y la propia Lady D estaba tan centrada en sí misma y en sus problemas que nunca llegó a comprender lo que estaba ocurriendo; simplemente vio que una estúpida contrariedad estaba entorpeciendo sus sacrosantos designios. Date la vuelta y te frotaré la espalda.

Gwen lo hizo; proseguí:

—Mejoremos la cosa. Yo te encubriré a ti en vez de que tú tengas que encubrirme a mí.

—¿Cómo?

—Mi bastón y tu pequeña Miyako utilizan munición del mismo calibre. Así que todos los disparos surgieron de la Miyako, y fui yo quien los hice, no tú..., y mi bastón es simplemente un bastón. Y tú eres mi dulce e inocente esposa que nunca haría nada tan groseramente impropio de una dama como dispararle a desconocidos. ¿Te va?

Gwen tardó tanto en responder que empecé a pensar que tal vez la hubiera ofendido.

—Richard, quizá ninguno de los dos disparó a nadie.

—¿De veras? Eso me interesa. Dime cómo.

—Me siento casi tan poco ansiosa de admitir que llevo siempre encima una pistola como puedas sentirte tú de admitir que tu bastón posee talentos inesperados. Algunos lugares son horriblemente incómodos para llevar armas ocultas, pero una pistola en mi bolso, o en algún otro lugar de mi persona, ha salvado mi vida en más de una ocasión, y tengo intención de seguir llevando una. Richard, las razones que me has dado para desear que nadie sepa lo de tu bastón multiuso se aplican también a mi Miyako. Tú eres más voluminoso que yo, y yo estaba en el asiento de la ventanilla. Cuando nos agachamos, no creo que nadie pudiera verme bien..., tus hombros no son transparentes.

—Hummm. Es posible. ¿Pero qué hay acerca de los cadáveres con balas en sus cuerpos? De seis coma cinco milímetros de largo, para ser exactos.

—Fueron disparadas por los carniceros de aquella gran rueda.

—Usaban quemadores, no disparaban balas.

—¡Richard, Richard! ¿Sabes que no llevaban armas de proyectiles además de armas de energía? Yo no.

—Hummm de nuevo. Amor, eres tan retorcida como un diplomático.

—Soy un diplomático. Alcánzame el jabón, por favor. Richard, no demos información voluntariamente. Sólo éramos pasajeros, inocentes transeúntes tan estúpidos como el que más. Cómo murieron esos reformadores agrarios no es responsabilidad nuestra. Mi papá me enseñó a mantener las cartas pegadas a mi pecho y a no admitir nunca nada. Ése es el momento de hacer ambas cosas.

—Mi papá me enseñó exactamente lo mismo. Gwen, ¿por qué no te casaste antes conmigo?

—Porque no te presentaste antes, querido. O viceversa. ¿Listo para el enjuague?

Mientras la estaba secando, recordé un punto que había quedado en el aire.

—Querida esposa, ¿dónde aprendiste a conducir un trasto de esos?

—¿Dónde? En el Mare Serenitatis.

—¿Eh?

—Aprendí observando a Gretchen y a tía Lilybet. Esta noche ha sido la primera vez que he conducido uno.

—¡Bien! ¿Por qué no lo dijiste?

Empezó a secarme.

—Mi amor, si lo hubieras sabido te hubieras preocupado. Inncesariamente. En todo el tiempo que llevamos casados siempre he hecho una regla de no decirle a mi esposo nada que pudiera preocuparle si podía evitarlo de una forma razonable.—Sonrió angélicamente—. Así es mejor: a los hombres les gusta preocuparse; a las mujeres no.

Fui despertado de un profundo sueño por una serie de fuertes golpes en la puerta.

—¡Abran ahí!

No pude pensar en ninguna buena razón para responder, de modo que no lo hice. Bostecé enormemente, cuidando de que no se me escapara el alma por la boca, luego tendí el brazo hacia mi derecha. Y acabé de despertar brusca y completamente; Gwen no estaba a mi lado.

Salté tan rápidamente de la cama que sentí un mareo; estuve a punto de caer. Agité la cabeza para aclararla, luego fui a saltitos al baño. Gwen tampoco estaba allí. El aporreo de la puerta prosiguió.

No beban nunca champán en la cama y luego se vayan inmediatamente a dormir: tuve que descargar un litro de burbujas usadas antes de poder suspirar con alivio y pensar en otros asuntos. Los golpes en la puerta continuaban, acompañados con más gritos.

Metida en la parte superior de mi pierna había una nota de mi amor. ¡Chica lista! Mejor incluso que pegarla a mi cepillo de dientes. Leí:

*Querido:*

*He sufrido un ataque de despertitis, así que me he levantado y me voy a hacer un par de cosas que hay que dejar solventadas. Primero iré al Sears Montgomery para devolver nuestros trajes-p y pagar su alquiler. Mientras estoy en el Sears, compraré calcetines y ropa interior para ti y panties para mí y algunas otras cosas. Dejaré una nota en recepción para decirle a Bill que devuelva también su traje .... sí, vino aquí después de nosotros y Xia lo puso en una habitación individual, como arreglaste con ella. Luego me llegaré al hospital para ver a tía Lilybet, e igual me acerco a ver a Ekaterina.*

*Estás durmiendo como un bebé, de modo que espero estar de vuelta antes de que despiertes. Si no —si vas a algún lado—, deja una nota en recepción.*

*Besos,*

*Gwendolyn*

El aporreo continuaba. Me puse la pierna, mientras observaba que nuestros trajes-p no estaban allí donde los habíamos dejado, es decir, en el suelo, extendidos en una pose romántica, un chiste personal de mi concupiscente esposa. Me puse la única ropa que tenía, luego regué el pequeño arce, descubrí que no lo necesitaba: Gwen ya lo había hecho.

—¡Abran!

—Iros al infierno —respondí educadamente.

Poco después los golpes fueron sustituidos por un sonido raspante, de modo que me situé cerca de la puerta y un poco hacia un lado. No era una puerta de dilatación, sino del tipo más tradicional, con bisagras.

Se abrió de par en par; mi ruidoso visitante entró en tromba. Lo agarré y lo arrojé al otro lado de la habitación. A un sexto de gravedad eso requiere un cierto cuidado..., tienes que permanecer anclado a algún sitio o de otro modo el impulso de la tracción no funciona y te lanza tanto a ti como al otro individuo.

Golpeó contra la pared del fondo y fue a rebotar sobre la cama. Grité:

—¡Saque sus sucias patas fuera de mi cama!

Saltó de la cama y se puso en pie. Seguí irritadamente:

—Ahora explíqueme por qué irrumpo de este modo en mi habitación..., y hágalo rápido, antes de que le arranque un brazo y le golpee la cabeza con él. ¿Quién se cree que es, despertar de este modo a un ciudadano que ha conectado el cartel de «No molesten»? ¡Respóndame!

Ahora pude ver qué era: una especie de payaso urbano; llevaba un uniforme con la placa: «policía». Su respuesta, mezcla de indignación y arrogancia, encajaba perfectamente con su aspecto.

—¿Por qué no abrió cuando le ordené que lo hiciera?

—¿Por qué debía hacerlo? ¿Acaso paga usted el alquiler de esta habitación?

—No, pero...

—Ahí tiene su respuesta. ¡Largo de aquí!

—¡Hey, escúcheme! Soy oficial de seguridad de la ciudad soberana de Hong Kong Luna. Tengo instrucciones de llevarle inmediatamente ante el Moderador del Consejo Municipal para proporcionar la información necesaria para la paz y la seguridad de la ciudad.

—¿De veras? Muéstreme sus credenciales.

—No necesito credenciales. Voy de uniforme y estoy de servicio; se le exige que coopere conmigo. Ordenanza doscientos diecisiete punto veintidós de la ciudad, página cuarenta y uno.

—¿Tiene usted algún mandamiento que le autorice a derribar la puerta de mi dormitorio privado? No me diga que no necesita ningún mandamiento. Voy a demandarle por todas las coronas que pueda tener ahorradas, a incluiré ese precioso traje de mono que lleva.

Los músculos de su mandíbula se estremecieron, pero todo lo que dijo fue:

—¿Vendrá pacíficamente, o tendré que llevarle a rastras?

Le sonreí.

—¿Quiere salir de aquí a patadas? La primera vez gané. Así que será mejor que salga por su propio pie. —Me di cuenta de que teníamos espectadores en la puerta—. Buenos días, Xia. ¿Conoce a este payaso?

—Señor Richard, lamento terriblemente lo ocurrido. Mi director de día intentó detenerle; no lo consiguió. Vine aquí tan rápido como me fue posible. —Vi que iba descalza y no llevaba maquillaje..., así que también habían interrumpido su sueño. Dije con suavidad:

—No es culpa suya, querida. No lleva ningún mandamiento. ¿Debo echarle de aquí a patadas?

—Bueno... —parecía inquieta.

—Oh, entiendo. Creo que entiendo. A través de la historia, los hoteleros siempre han sentido la necesidad de estar a bien con la policía. Y a través de la historia, los policías han tenido siempre corazones de ladrón y modales de toro de lidia. De acuerdo, como un favor especial a usted, le dejaré con vida. —Me volví hacia el policía—. Muchacho, puede volver a la guarida de su jefe y decirle que voy a ir. Después que me haya tomado al menos dos tazas de café. Si me quiere antes que eso, será mejor que envíe un pelotón. Xia, ¿le apetece un café? Vayamos a ver si Sing tiene café y pastelillos, o algo parecido.

En aquel punto Joe Patrullero consideró imprescindible sacar su pistola. Pueden dispararme —de hecho, pueden dispararme más de una vez—, pero no puede dispararme nadie que crea simplemente que apuntarme con un arma va a cambiar la situación.

No me interesaba su pistola, era pura basura. Así que la descargué, me aseguré de que su munición era de un calibre que no me servía, tiré las balas por el triturador de basura, y le devolví el arma.

Gritó venganza y sangre ante la pérdida de sus cartuchos, pero le expliqué con paciencia que su pistola le seguía sirviendo perfectamente para la finalidad con la que la llevaba, y que, si seguía conservando la munición, podía terminar haciéndose daño.

Siguió chillando de modo histérico, así que le dije que fuera a chillarle a su jefe. Y le di la espalda. Estoy seguro de que estaba irritado. Pero también lo estaba yo.

Cuarenta minutos más tarde, sintiéndome mejor aunque aún algo soñoliento, y tras una reconfortante charla con Xia sobre sendos cafés y donuts, me presenté en la oficina del honorable Jefferson Mao, Moderador del Consejo de Administradores Municipales de la Ciudad Soberana de Hong Kong Luna..., o eso al menos rezaba en su puerta. Me pregunté qué debía pensar el Congreso del Estado Libre de la Luna respecto al uso de la palabra «soberana», pero no era asunto mío.

Una mujer pelirroja de modales bruscos y ojos rasgados (interesantes genes, me dije) preguntó:

—¿Nombre, por favor?

—Richard Johnson. El Moderador quiere verme.

Miró a su monitor.

—Ha llegado tarde a su cita; tendrá que esperar. Puede sentarse.

—Y puedo no sentarme. Dije que el Moderador quiere verme; no dije que yo quisiera ver al Moderador. Pulse la tecla que sea en esa caja tonta y hágale saber que estoy aquí.

—Es posible que no pueda ponerme en contacto con él al menos hasta dentro de dos horas.

—Dígale que estoy aquí. Si no puede verme ahora, me marchó.

—Muy bien; vuelva dentro de dos horas.

—No me ha entendido. Me voy. Me marchó de Kong. Y no volveré. —Estaba marcándome un farol, pero mientras lo decía me di cuenta de que no me estaba marcando ningún farol. Mis planes, aún rudimentarios, habían incluido una estancia indefinida en Kong. Ahora me di cuenta de pronto de que no deseaba permanecer en una ciudad que había caído tan bajo en las cualidades que constituyen una civilización, que un policía podía entrar por la fuerza en el dormitorio de un ciudadano simplemente porque algún oficial oficioso quería verle. ¡No, en absoluto! Cualquier soldado, en una organización militar decente, bien llevada y disciplinada, tiene más libertad y más intimidad que eso. Hong Kong Luna, famosa en las canciones y en la historia como la cuna de la libertad lunar, ya no era un lugar adecuado para vivir.

Me di la vuelta, y estaba ya casi en la puerta cuando me llamó:

—¡Señor Johnson!

Me detuve, pero no me volví.

—¿Sí?

—¡Vuelva!

—¿Por qué?

La respuesta pareció abofetearme el rostro.

—El Moderador le verá ahora.

—Muy bien. —Mientras me acercaba a la puerta de la oficina interior, ésta se corrió hacia un lado..., pero no me encontré en la oficina personal del Moderador; otras tres puertas, cada una de ellas guardada por su fiel canchero, se alzaban aún ante mí..., y aquello me dijo más de lo que deseaba saber respecto al actual gobierno de Hong Kong Luna.

El guardián de la última puerta me anunció y me introdujo. El señor Mao ni siquiera alzó la vista.

—Siéntese. —Me senté, apoyé el bastón contra mi rodilla.

Aguardé cinco minutos mientras el jefe de la ciudad revisaba papeles y seguía ignorándome. Entonces me puse en pie y me encaminé hacia la puerta, avanzando lentamente, apoyado en mi bastón. Mao alzó la vista.

—¡Señor Johnson! ¿Dónde va?

—Fuera.

—Ya me había dado cuenta. No pensará irse, ¿verdad?

—Tengo intención de volver a mis propios asuntos. ¿Hay alguna razón por la que no deba hacerlo?

Me miró inexpresivamente.

—Si insiste, puedo citarle una ordenanza municipal por la que se le requiere que coopere conmigo cuando se lo pida.

—¿Se refiere usted a la Ordenanza de la Ciudad doscientos diecisiete punto ochenta y dos?

—Veo que está familiarizado con ella..., así que no puede alegar ignorancia como eximente de su comportamiento.

—No estoy familiarizado con esa ordenanza, solamente con su número. Me fue citada por un tipo con aspecto de payaso que entró en tromba en mi dormitorio. ¿Dice algo esa ordenanza acerca de penetrar por la fuerza en un dormitorio particular?

—Oh, sí. Interferir con un oficial de seguridad en el desempeño de su deber. Discutiremos eso más tarde. La ordenanza que ha citado es la piedra angular de nuestra libertad. Ciudadanos, residentes, e incluso visitantes, pueden ir y venir como les plazca, sometidos sólo a su deber cívico de cooperar con los oficiales, delegados o auxiliares públicos en el desempeño de su deber oficial.

—¿Y quién decide cuándo es necesaria esa cooperación, y de qué forma y hasta qué límites?

—Bien, el oficial al cargo, por supuesto.

—Me lo temía. ¿Desea alguna otra cosa de mí? —Eché a andar de nuevo hacia la puerta.

—Siéntese. Hay algo más, por supuesto. Y *requiero su cooperación*. Lamento tener que plantearlo así, pero no parece responder usted a las peticiones civilizadas.

—¿Como echar abajo mi puerta?

—Me está usted cansando. Siéntese y cálese. Necesito interrogarle..., tan pronto como lleguen dos testigos.

Me senté y me callé. Me daba cuenta de que ahora comprendía perfectamente la esencia del nuevo régimen: libertad absoluta..., excepto que cualquier oficial, desde el más rastrero hasta el más supremo potentado, podía dar las órdenes que le apeteciera a cualquier ciudadano particular, en cualquier momento.

Así que había «libertad» tal como la habían definido Orwell y Kafka, «libertad» tal como la habían garantizado Stalin e Hitler, «libertad» para pasear arriba y abajo en tu jaula. Me pregunté si el interrogatorio previsto iba a ser apoyado por dispositivos mecánicos o eléctricos o por drogas, y noté que se me revolvía el estómago. Me sentí de vuelta a los tiempos en que me hallaba en servicio activo y tuve que enfrentarme repetidas veces a la posibilidad de ser capturado mientras llevaba información clasificada. Siempre había dispuesto del amigo definitivo, ese «diente hueco» o su equivalente. Ya no disponía de esa protección.

Estaba asustado.

No pasó mucho tiempo antes de que entraran dos hombres, juntos. Mao respondió con un buenos días a su saludo e hizo un gesto de que se sentaran; un tercer hombre apareció inmediatamente después de ellos.

—Tío Jeff, yo...

—¡Cállate y siéntate! —El último en entrar era el payaso cuya arma había vaciado; se calló y se sentó. Descubrí que estaba mirándome; apartó rápidamente la vista.

Mao dejó a un lado algunos papeles.

—Mayor Bozell, gracias por venir. Usted también, capitán Marcy. Mayor, tiene usted algunas preguntas que hacerle a un tal Richard Johnson. Es ése que está sentado ahí. Puede empezar.

Bozell era un hombre bajo que se mantenía siempre muy erguido. Llevaba el pelo canoso muy corto y sus modales eran bruscos, casi sincopados.

—¡Ja! ¡Vayamos directamente al asunto! ¿Por qué me envió a cazar patos?

—¿Qué patos?

—¡Ja! ¿Está sentado aquí y se atreve a negar que me contó una historia inverosímil acerca del ataque de unos bandidos? ¿En una zona donde nunca ha habido bandidos! ¿Niega usted que me pidió que enviara ahí fuera un equipo de salvamento y rescate? ¡Sabiendo que no iba a encontrar nada! ¡Respóndame!

Dije:

—Eso me recuerda..., ¿puede alguien decirme cómo se encuentra tía Lilybet esta mañana? Como me dijeron que me presentara inmediatamente aquí, no he tenido tiempo de pasar por el hospital.

—¡Ja! No cambie de tema. ¡Respóndame!

Respondí blandamente:

—Pero si ése *es* el tema. En ese ataque inverosímil que usted dice, una vieja dama resultó herida. ¿Sigue todavía con vida? ¿Lo sabe alguien?

Bozell empezó a decir algo. Mao le interrumpió.

—Está viva. O lo estaba hace una hora. Johnson, será mejor que rece para que siga con vida. Tengo aquí una declaración—dio unas palmadas a su terminal—de un ciudadano cuya palabra está por encima de toda duda: uno de nuestros más eminentes ciudadanos, Lady Diana Kerr-Shapley. Afirma que usted disparó contra la señora Lilybet Washington...

—¿Qué?



—...al tiempo que creaba un clima de terror durante el cual sus acciones causaron la muerte por anoxia de su esposo el honorable Oswald Progant, rompieron la muñeca de su esposo el honorable Brockman Hogg, y sometieron a la propia Lady Diana a prácticas de terror y repetidos insultos.

—Hummm. ¿Dijo quién mató al niño O'Toole? ¿Y qué hay del artillero de la torreta? ¿Quién lo mató a él?

—Afirma que hubo tal confusión que no pudo verlo todo. Pero usted salió fuera mientras el autobús estaba parado y subió a la torreta..., sin duda fue entonces cuando acabó con la vida del pobre muchacho.

—¿Es usted quien dice esto, o lo dijo ella?

—Yo lo digo. Una suposición concluyente. Lady Diana fue meticulosa en no atestiguar nada que no hubiera visto con sus propios ojos. Incluido ese fantasmal vehículo lleno de bandidos. No vio nada de *eso*.

—Así que ya lo tiene, señor Moderador —dijo Bozell—. Este maleante disparó contra la gente del autobús y mató a tres personas a hirió a otras dos..., a inventó una historia inverosímil sobre unos bandidos para encubrir sus crímenes. no hay bandidos en esa zona; todo el mundo lo sabe.

Intenté aferrarme a la realidad.

—¡Señor Moderador, un momento, por favor! El capitán Marcy está aquí. Él obtuvo una foto del vehículo de esos bandidos.

—Soy yo quien hace las preguntas, señor Johnson.

—Pero... ¿la obtuvo, o no la obtuvo?

—¡Ya basta, Johnson! Compórtese. O me verá obligado a tomar otras medidas.

—¿Acaso no me estoy comportando?

—Está alterando esta investigación con irrelevancias. Aguarde hasta que le pregunten. Luego responda a esas preguntas.

—Sí, señor. ¿Cuáles son esas preguntas?

—¡Le dije que se estuviera quieto!

Me estuve quieto. Los demás también.

Finalmente el señor Mao tamborileó en su escritorio y dijo:

—Mayor, ¿tiene usted más preguntas?

—¡Ja! Ni siquiera ha respondido a la primera que le hice. La eludió.

—Johnson, responda a esa pregunta —dijo el Moderador.

Adopté una expresión estúpida .... mi mejor papel.

—¿Qué pregunta?

Mao y Bozell empezaron a hablar a la vez; Bozell cedió ante Mao, que prosiguió:

—Resumamos. ¿Por qué hizo usted lo que hizo?

—¿Qué es lo que hice?

—¡Acabo de decirle lo que hizo!

—Pero yo no hice ninguna de las cosas que ha dicho usted que hice. Señor Moderador, no comprendo cómo se ha dejado meter en esto. No estaba usted allí. Ese autobús no es de su ciudad. Yo no soy de su ciudad. Fuera lo que fuese lo que ocurriera, pasó fuera de su ciudad. ¿Cuál es su conexión con el asunto?

Mao se inclinó hacia atrás en su asiento y adoptó una expresión presuntuosa. Bozell dijo:

—¡Ja! —Luego añadió—: ¿Se lo digo, señor Moderador? ¿O lo hace usted?

—Yo lo haré. De hecho, me gustará decírselo. Johnson, hace menos de un año el Consejo de esta ciudad soberana dio un paso muy juicioso. Extendió su jurisdicción para cubrir toda la actividad en la superficie y de debajo de la superficie dentro de un radio de cien kilómetros de la presurización municipal.

—Y convirtió los Vigilantes Voluntarios en un brazo oficial del gobierno —añadió alegremente Bozell— encargado de mantener la paz dentro del límite de esos cien kilómetros. ¡Y eso lo incluye a usted, asesino!

Mao ignoró la interrupción.

—Así que ya lo ve, Johnson; aunque usted pensó probablemente que se hallaba en medio de la soledad anárquica, donde no llegaba el brazo de la ley, la verdad era muy distinta. Sus crímenes serán castigados.

(Me pregunto cuándo intentará alguien hacer algo parecido en el Cinturón para extender su poder.)

—Esos crímenes míos..., ¿ocurrieron dentro de un radio inferior a los cien kilómetros de Hong Kong Luna? ¿O superior?

—¿Eh? Inferior. Considerablemente inferior. Claro.

—¿Quién lo midió?  
Mao miró a Bozell.

—¿A qué distancia fue?  
—A unos ochenta kilómetros. Un poco menos.

—¿Qué fue un poco menos? —quise saber—. Mayor, ¿está hablando usted del ataque de los bandidos al autobús? ¿O acaso de algo que ocurrió *dentro* del autobús?  
—¡No ponga palabras en mi boca! Marcy... ¡dígaselo!  
Tras esas palabras, Bozell aguardó. Empezó a decir algo más, se detuvo.  
Yo me mantuve completamente inmóvil. Finalmente Mao dijo:

—¿Y bien, capitán Marcy?  
—¿Qué quiere usted de mí, señor? El director del puerto, cuando me envió aquí, me dijo que cooperara en todo lo posible..., pero que no me ofreciera voluntario a nada que no se me hubiera pedido expresamente.  
—Quiero saber todo lo relevante en este caso. ¿Le dio usted al mayor Bozell la cifra de ochenta kilómetros?  
—Sí, señor. Setenta y ocho kilómetros.  
—¿Cómo obtuvo usted esta cifra?  
—La medí en el monitor de mi consola. Normalmente no imprimimos ninguna fotografía del satélite, sólo la pasamos por pantalla. Este hombre..., usted dice que se llama Johnson; yo lo conozco como «Medianoche»..., si es el mismo hombre. Me llamó la otra noche a las cero una veintisiete, afirmó que se hallaba en el autobús de Dragón Afortunado, informó que unos bandidos habían atacado el autobús...  
—¡Ja!  
—...y que el ataque había sido rechazado, pero que la conductora, tía Lilybet..., la señora Washington..., había sido herida, y que el artillero de la torreta estaba...  
—Sabemos todo esto, capitán. Háblenos de la fotografía.  
—Sí, señor Moderador. Con lo que me dijo Medianoche, conseguí dirigir la cámara del satélite al blanco. Fotografíé el vehículo.  
—¿Y situó el autobús a setenta y ocho kilómetros de la ciudad?  
—No, señor, no el autobús. El otro vehículo.  
Hubo ese tipo de silencio que a veces se llama «embarazoso». Luego Bozell dijo:  
—¡Pero eso es una locura! No había ningún...  
—Un momento, Bozell. Marcy, fue confundido usted por las mentiras de Johnson. Lo que vio fue el autobús.  
—No, señor. No vi el autobús; lo tenía en mi monitor. Pero vi inmediatamente que estaba moviéndose. Así que hice retroceder la cámara unos diez kilómetros ... y allí estaba el otro vehículo, tal como Medianoche había dicho.  
Las lágrimas casi saltaban de los ojos de Bozell.  
—Pero... no había nada allí. ¡Se lo aseguro! Mis muchachos y yo registramos toda la zona. ¡No había nada! ¡Marcy, está usted loco!  
Ignoro el rato que Bozell hubiera seguido insistiendo en la inexistencia de un vehículo que no había podido encontrar, pero fue interrumpido; Gwen entró en la habitación. Y volví a tragarme mi corazón: ¡las cosas estaban yendo bien de nuevo!  
(Me había sentido mortalmente preocupado desde que había visto las triples defensas de Mao contra cualquiera que quisiera llegar a su sanctasanctórum. ¿Una guardia contra ¿asesinatos? No lo sé; simplemente temí que Gwen pudiera ser detenida. Pero hubiera debido tener más confianza en mi pequeño gigante.)  
Sonrió y me lanzó un beso con la punta de los dedos, luego se volvió y sujetó la puerta.  
—¡Por aquí, caballeros!  
Dos de los propios policías de Mao entraron una silla de ruedas, con el respaldo echado hacia atrás de modo que tía Lilybet pudiera estar reclinada. Miró a su alrededor, me sonrió, luego dijo al Moderador:  
—Hola, Jefferson. ¿Cómo está mamá?  
—Bien, gracias, señora Washington. Pero usted...  
—¿Qué es esa tontería de «señora Washington»? Muchacho, he cambiado tus pañales; llámame «tía» como has hecho siempre. En el hospital oí que pensabas ponerle una medalla al senador Richard por la forma

heroica como me ayudó contra esos bandidos, y cuando lo supe me dije: Jefferson no ha sabido de los otros dos que merecen tanto esa medalla como el propio senador Richard..., con perdón, senador.

—Oh, tiene usted toda la razón, tía Lilybet —dije.

—Así que los traje conmigo. Gwen, cariño, dile hola a Jefferson. Es el alcalde de este presurizado. Gwen es la esposa del senador Richard, Jefferson. Y Bill... ¿Dónde está Bill?

¡Bill! ¡Ven aquí, hijo! No seas tímido. Jefferson, aunque es cierto que el senador Richard mató a dos de esos malvados hombres con sus propias manos desnudas...

—No con sus manos desnudas, tía Lilybet —objetó Gwen—. Tenía su bastón.

—Tú cállate, niña. Con sus manos desnudas y este bastón que utiliza para andar. Pero si Bill no hubiera estado allí y hubiera actuado rápida e inteligentemente, yo no estaría ahora aquí; Jesús se me hubiera llevado con él. Pero el buen Señor dijo que aún no era mi hora, y Bill puso parches a mi traje y me salvó para que pudiera servir a Jesús otro día. —Tía Lilybet adelantó un brazo y tomó la mano de Bill—. Éste es Bill, Jefferson. Puedes estar seguro de que también merece una medalla. Y Gwen... Ven aquí, Gwen. Esta niña salvó la vida de todos.

No estoy seguro de cuál es exactamente la edad de mi esposa, pero les aseguro que no es una «niña». De todos modos, aquella fue la menor distorsión de los hechos que oí en los siguientes minutos. Para decirlo de una forma suave, tía Lilybet soltó un saco de mentiras. Con Gwen asintiendo todo el rato y respaldándola y mostrando su expresión más angélica.

No era tanto que los hechos fueran erróneos, sino que tía Lilybet testificó sobre todas las cosas que no podía haber visto. Gwen debía haberla aleccionado cuidadosamente.

Dos grupos de bandidos nos habían atacado, pero habían luchado entre sí; eso nos había salvado, puesto que todos ellos menos dos murieron en aquel fratricidio. Esos dos fueron los que yo maté con mis manos desnudas y mi bastón..., contra pistolas láser. Soy un héroe tan grande que me sorprende a mí mismo.

Mientras se estaba desarrollando aquella brava gesta, yo sabía que tía Lilybet había permanecido inconsciente la mayor parte del tiempo, y tendida de espaldas todo el rato, incapaz de ver otra cosa que no fuese el techo del autobús. Sin embargo, parecía creer—y supongo que de hecho creía en lo que estaba diciendo. Otro tanto para los testigos oculares.

(¡No me estoy quejando!)

Luego tía Lilybet explicó cómo Gwen nos había conducido hasta Kong. Me descubrí a mí mismo alzando una de las perneras de mis pantalones para mostrar mi prótesis: algo que nunca hago, pero esta vez tenía que demostrar por qué había sido incapaz de llevarla puesta con el traje-p estándar, y en consecuencia me había visto imposibilitado de conducir.

Pero fue Gwen quien echó la casa abajo cuando tía Lilybet terminó su colorista relato. Gwen le añadió fotos.

Escuchen atentamente. Gwen había utilizado toda su munición, seis tiros; luego —cuidadosa como siempre— había devuelto su Miyako al bolso. Y había sacado su Mini Helvetia, y sacado dos fotos.

Había inclinado ligeramente su cámara hacia abajo, para que mostrara no sólo los dos vehículos de los bandidos, sino también las tres bajas en el suelo y el bandido de pie y moviéndose. La segunda foto mostraba a los cuatro bandidos en el suelo y el superdonut dando la vuelta.

No puedo precisar exactamente cuándo fue eso, pero tuvo que ser entre los cuatro segundos que transcurrieron desde el momento en que se quedó sin municiones hasta el momento en que la rueda gigante dio la vuelta. Con una cámara rápida toma casi el mismo tiempo hacer una foto que disparar un tiro con una semiautomática.

Así que la pregunta es: ¿qué hizo con los otros dos segundos? ¿Simplemente malgastarlos?



## 15

*Síndrome premenstrual: justo antes de su período,  
las mujeres se comportan del mismo modo  
que lo hacen los hombres todo el tiempo.*

DR. LOWELL STONE, 2144-

No echamos a correr, pero salimos de allí tan aprisa como nos fue posible. Ciertamente, tía Lilybet había obligado al señor Mao a aceptarme como un «héroe» en vez de como un criminal..., pero eso no había hecho que de repente empezara a quererle, y él lo sabía.

El mayor Bozell ni siquiera fingió haber perdido su animosidad hacia mí. La «defección» del capitán Marcy había enfurecido a Bozell; las fotos de Gwen mostrando realmente bandidos (¡donde no podía haber bandidos!) rompieron su corazón. Luego su jefe le lanzó el más cruel de los golpes ordenándole que reuniera a sus tropas y saliera ¡y los *encontrara!* ¡Y al momento!

—Si no puede hacerlo, mayor, tendré que buscar a alguien que pueda. Esa idea del límite de los cien kilómetros fue suya. Ahora justifique sus alardes.

Mao no hubiera debido hacerle aquello a Bozell en presencia de otras personas..., y menos en *mi* presencia. Lo sé por experiencia profesional..., en cada uno de los dos lados.

Creo que Gwen le hizo a tía Lilybet alguna señal. Fuera como fuese, tía Lilybet le dijo a Mao que tenía que irse.

—Mi pequeña enfermera va a regañarme por haber estado fuera tanto rato. No quiero que me regañe demasiado. Se trata de Mei-Ling Ouspenskaya..., ¿la conoce, Jefferson? Conoce a su mamá.

Los mismos dos oficiales de policía llevaron a tía Lilybet de vuelta por toda aquella serie de oficinas hasta el pasillo público..., hasta la plaza, mejor dicho, puesto que las oficinas municipales están en la Plaza de la Revolución. Allí nos dijo adiós, y los oficiales de la policía se la llevaron de vuelta al hospital, dos niveles más abajo y al norte de allí. No creo que esperaran hacerlo —estoy seguro de que Gwen los reclutó para que la llevaran a la oficina del Moderador—, pero tía Lilybet pareció dar por sentado que la llevarían de vuelta al hospital, y eso hicieron.

—No, Gwen, cariño, no es necesario que vengas..., esos amables caballeros saben dónde está.

(Una dama consigue que le sostengan abierta la puerta porque *espera* que le sostengan abierta la puerta. Tanto Gwen como tía Lilybet tenían bien grabado este principio.)

Frente a las oficinas municipales había una gran bandera desplegada con una leyenda:

¡LUNA LIBRE!

4 de julio, 2076 — 2188

¿Era realmente el Día de la Independencia? Conté mentalmente. Sí, Gwen y yo nos habíamos casado el uno..., así que hoy tenía que ser el cuatro de julio. ¡Un buen presagio!

Sentada en un banco junto a una fuente en el centro de la Plaza de la Revolución estaba Xia, aguardándonos.

Yo había esperado a Gwen; no había esperado a Xia. En la charla que había tenido con Xia, le había pedido que intentase localizar a Gwen y le dijera dónde iba y por qué.

—Xia, no me gusta ser llamado por la policía para que me hagan preguntas, especialmente en una ciudad extraña donde no conozco los entresijos políticos. Si soy «detenido», por decirlo educadamente, quiero que mi esposa sepa dónde tiene que ir a buscar.

No había sugerido lo que Gwen tenía que hacer al respecto. En sólo tres días de matrimonio con Gwen había aprendido ya que nada que yo pueda sugerirle es capaz de igualar a lo que ella pueda pensar, dejada a sus propios medios... ¡estar casado con Gwen *no es* aburrido!

Me sentía agradablemente complacido de que Xia nos estuviera esperando, pero me sobresalté al ver lo que había a su lado. Miré y dije:

—¿Alguien alquiló la suite nupcial? —En el banco junto a Xia vi la maleta pequeña de Gwen, un paquete conteniendo la peluca, un arce bonsai, y otro paquete que no me resultaba familiar pero que quedaba explicado por su envoltura del Sears Montgomery—. Apuesto a que mi cepillo de dientes cuelga aún en el cuarto de baño.

—¿Cuánto apuesta? —dijo Xia—. Perdería. Richard, les voy a echar en falta a los dos. Puede que me decida a ir a C-Luna para visitarles.

—¡Hágalo! —exclamó Gwen.

—Apoyo la moción —apoyé la moción—. Si es que nos trasladamos a C-Luna. ¿Nos trasladamos?

—Ahora mismo —dijo Gwen.

—Bill, ¿sabías tú esto?

—No, senador. Pero *ella* me hizo correr al Sears y devolver mi traje-p. Así que estoy listo.

—Richard—dijo Gwen muy seria—, no estás seguro aquí.

—No, no lo está —dijo una voz a mis espaldas (demostrando una vez más que los asuntos clasificados no deben ser discutidos en lugares públicos)—. Cuanto más pronto se vayan, amigos, mejor. Hola, Xia. ¿Está usted del lado de esos peligrosos personajes?

—Hola, Choy-Mu. Gracias por la última vez.

Le miré parpadeando.

—¡Capitán Mercy! Me alegro que haya salido; yo también quería darle las gracias.

—No tiene por qué darme las gracias de nada, capitán Medianoche..., ¿o es «senador»?

—Bueno, en realidad es «doctor». O «señor». Pero para usted es «Richard», si quiere. Salvó mi cuello.

—Y yo soy Choy-Mu, Richard. Pero no salvé su cuello. Le seguí fuera para decirle algo. Puede que piense usted que ganó ahí dentro. No lo hizo. Perdió. Puso en ridículo al Moderador..., los puso en ridículo a los dos. Así que es usted una bomba de tiempo andante, un accidente buscando el lugar adecuado. —Frunció el ceño— Tampoco es demasiado saludable para mí el que estuviera presente cuando se pusieron en ridículo..., tras cometer el error inicial de «traerle malas noticias al rey». ¿Me comprende?

—Me temo que sí.

—Choy-Mu, ¿se puso realmente en ridículo el Número Uno? —preguntó Xia.

—Ya lo creo que lo hizo. Y fue tía Lilybet la causante de todo. Pero por supuesto a ella no puede tocarla. Así que todas las cosas malas recaerán sobre el capitán..., sobre Richard. O así lo veo.

Xia se puso en pie.

—Gwen, vayamos directamente a la estación. ¡No pierdan ni un segundo! ¡Oh, maldita sea! Me hubiera gustado tanto que se quedaran algunos días.

Veinte minutos más tarde estábamos en la Estación Sur del Tubo, y a punto de entrar en el tubo balístico hacia Ciudad Luna. El hecho que pudiéramos reservar espacio para la cápsula a C-Luna que partía casi en aquel momento controló nuestro destino, pues Choy-Mu y Xia vinieron con nosotros para decirnos adiós y, cuando llegamos a la estación tras tomar el metro urbano local, me habían convencido —o habían convencido a Gwen, lo cual es lo mismo— de que debíamos tomar lo primero que saliera de la ciudad, sin importar dónde fuera. De aquella misma estación salen tubos normales (no balísticos) a Plato, Sub Tycho y Novy Leningrad..., de haber llegado seis minutos antes hubiéramos podido salir hacia Plato, lo cual hubiera cambiado muchas cosas.

¿O no hubiera cambiado nada? ¿Existe un destino que moldea nuestros meandros? (Los meandros de Gwen estaban deliciosamente moldeados. Los de Xia también, ahora que pienso en ello.)

Apenas había tiempo para decir adiós antes de que tuviéramos que subir y atarnos a nuestros sitios. Xia nos dio a todos un beso de despedida, y yo me alegré de que Gwen no dejara a Choy-Mu sin besar. Como auténtico lunático que era, dudó un largo segundo para asegurarse de que la dama quería dar a entender lo que quería dar a entender, y luego respondió entusiásticamente. Observé a Xia darle a Bill el beso de adiós..., Bill se lo devolvió sin la menor vacilación. Decidí que el intento de Gwen de jugar al Pígalión con aquella improbable Galatea estaba teniendo éxito, pero que Bill iba a tener que aprender los modales lunáticos, o perdería algunos dientes.

Nos atamos, fue sellada la cápsula, y Bill acunó de nuevo el pequeño arce contra su barriga. Los asientos giraron para ponerse de cara a la aceleración: una gravedad completa, una alta aceleración para los lunáticos que llenaban el resto del compartimiento. Dos minutos y cincuenta y un segundos de impulso, y ya estábamos en velocidad orbital.

Es extraño hallarse en caída libre en un vehículo subterráneo. ¡Pero es divertido!

Era la primera vez que subía al tubo balístico. Data de antes de la Revolución, aunque entonces (o así he leído) solamente llegaba hasta Endsville. Fue completado más tarde, pero el principio nunca fue extendido a

otros sistemas de transporte subterráneos..., no era económico, me dijeron, más que para rutas largas muy frecuentadas que pudieran ser trazadas «rectas» todo el camino..., teniendo en cuenta que «rectas» significa, en este caso, «exactamente conformes a una curva balística a velocidad orbital».

Este transporte subterráneo es la única «nave espacial» subterránea de la historia. Funciona como las catapultas de inducción que lanzan su carga a L-4 y L-5 y de vuelta a la Tierra..., excepto que la estación de lanzamiento, la estación de llegada y toda la trayectoria son subterráneas..., a unos pocos metros bajo el suelo en muchos lugares, casi a tres kilómetros bajo la superficie allá donde el tubo pasa por debajo de las montañas.

Dos minutos y cincuenta y un segundos de impulso a una  $g$ , doce minutos y veintisiete segundos en caída libre, dos minutos y cincuenta y un segundos de deceleración a una  $g$ ..., esto da una velocidad media de más de cinco mil kilómetros por hora. Ningún otro transporte «de superficie» se acerca en ningún lugar a esta velocidad. Sin embargo es un viaje absolutamente comfortable..., tres minutos que parecen como estar tendido en una hamaca en la Tierra, luego doce minutos y medio de ingravidez, y de nuevo tres minutos de esa hamaca en el jardín. ¿Quién puede superar eso?

Oh, uno puede ir más rápido acelerando a varias  $g$ . Pero no mucho. Si tu aceleración pudiera ser instantánea (¡matando a todos los pasajeros!) y deceleraras del mismo modo (¡plaf!), podrías aumentar lo velocidad media hasta un poco más de los seis mil kilómetros por hora y reducir lo tiempo de viaje en ¡casi tres minutos! Pero eso es lo máximo.

Ése es también el mejor tiempo posible para una nave cohete entre Kong y C-Luna. En la práctica, un cohete saltarán empleará normalmente una media hora..., depende de lo alta que sea su trayectoria.

Pero seguro que media hora es un tiempo suficientemente corto. ¿Por qué cavar túneles bajo mares y montañas cuando un cohete puede hacer el trabajo?

Un cohete es el más dilapidador de los medios de transporte jamás inventados. En una típica misión con una nave cohete, la mitad del esfuerzo es malgastado luchando contra la gravedad para subir, y la otra mitad luchando contra la gravedad para volver a bajar..., puesto que estrellarse contra el suelo se considera un final poco satisfactorio para una misión. Las gigantescas catapultas de la Luna, de la Tierra, de Marte y del espacio son gigantescas afirmaciones contra el desperdicio que significan los motores cohete.

Por el contrario, el tubo subterráneo balístico es el medio de transporte más económico jamás ideado: no se quema ni se arroja ninguna masa, y la energía empleada en acelerar es devuelta al otro extremo en la deceleración.

Ello no implica ninguna magia. Una catapulta eléctrica es un motor-generator. No importa que no se parezca a uno de ellos. En su fase de aceleración es un motor; la energía eléctrica es convertida en energía cinética. En su fase de deceleración es un generador; la energía cinética extraída de la cápsula es convertida en energía eléctrica y almacenada en una Shipstone. Luego esa misma energía es extraída de la Shipstone para lanzar la cápsula de vuelta a Kong.

¡Comida gratis!

No del todo. Hay pérdidas por histéresis y otras ineficiencias. La entropía siempre se incrementa; la segunda ley de la termodinámica no puede ser olvidada. Lo que más se parece al sistema es el freno regenerativo. Hubo un tiempo, hace años, en que los vehículos de superficie eran frenados y detenidos por fricción, aplicada rudamente. Luego un chico listo se dio cuenta de que una rueda que gira puede ser frenada tratándola como un generador y haciendo que pague por el privilegio de ser detenida..., el impulso angular puede ser extraído y almacenado en una «batería de almacenamiento» (un primitivo predecesor de la Shipstone).

La cápsula de Kong hace en buena parte lo mismo; al cortar las líneas magnéticas de fuerza al llegar a C-Luna genera una enorme fuerza electromotriz, que al tiempo que frena la cápsula cambia su energía cinética en energía eléctrica, que es almacenada.

Pero el pasajero no necesita saber nada de esto. Él simplemente permanece recostado en su «hamaca» para que el viaje le resulte lo más suave posible.

Habíamos pasado casi tres días para recorrer setecientos kilómetros. Ahora viajamos mil quinientos kilómetros en dieciocho minutos.

Tuvimos que abrimos paso a codazos fuera de la cápsula, porque había una multitud de Adoradores aguardando impacientes la oportunidad de abordarla para Kong. Oí a uno decir que «ellos (ese anónimo "ellos" al que siempre se le echa la culpa de todo) deberían poner más cápsulas». Un lunático intentó explicarle la imposibilidad de su petición: sólo un tubo, apto únicamente para admitir una cápsula, que podía estar en este extremo o en el otro o en caída libre entre medio. Pero nunca dos cápsulas en el tubo..., imposible, suicida.

Su explicación obtuvo una absoluta incredulidad. El visitante parecía tener también problemas en captar la idea de que el tubo balístico era de propiedad privada y totalmente no sujeto a regulaciones..., un asunto que surgió cuando el lunático exclamó finalmente:

—¿Quiere otro tubo? ¡Pues adelante! ¡Constrúyalo! Es usted libre de hacerlo; nadie se lo impide. ¡Y si eso no le satisface, vuelva a Liverpool!

Fue descortés por su parte. Las lombrices no pueden impedir el ser lombrices. Cada año, algunos de ellos mueren por su incapacidad de comprender que la Luna no es como Liverpool, o Denver, o Buenos Aires.

Cruzamos la esclusa que separa el presurizado propiedad de la Compañía de Transportes Artemis del presurizado municipal. En el túnel, justo detrás de la compuerta, había un letrero: «ADQUIERA AQUÍ SUS BONOS DE AIRE». Sentado a una mesa debajo del letrero había un hombre el doble de impedido que yo: sus piernas terminaban en sus rodillas. Aquello no parecía preocuparle demasiado; vendía revistas y caramelos además de aire, anunciaba visitas a lugares de interés y servicios de guía, y exhibía un ubicuo cartel: «APUESTAS».

La mayor parte de la gente pasaba por su lado sin detenerse. Bill había empezado a hacer lo mismo cuando lo llamé.

—¡Hey! ¡Espera, Bill!

—Senador, voy a darle un poco de agua a este árbol.

—Espera de todos modos. Y deja de llamarme «senador». Llámame mejor «doctor». Doctor Richard Ames.

—¿Eh?

—No te importe; simplemente hazlo. Ahora vamos a comprar aire. ¿No compraste aire en Kong?

No lo había hecho. Había entrado en el presurizado de Kong ayudando a tía Lilybet y nadie le había pedido que pagara.

—Bueno, tendrías que haber pagado. ¿No observaste que Gretchen pagó por todos nosotros en Dragón Afortunado? Lo hizo. Y ahora nosotros pagaremos aquí, pero arreglaré las cosas para más de una noche. Espera un momento.

Me acerqué a la mesa.

—Hola. ¿Vende aire?

El vendedor de aire alzó la vista del crucigrama que estaba haciendo, me miró de arriba a abajo.

—No tiene que comprarlo. Ya pagó por su aire cuando adquirió el billete.

—No del todo —dije—. Soy lunático, camarada, vuelvo a casa. Con esposa y un empleado. Así que necesito aire para tres.

—Lo ha intentado, amigo. Pero no cuela. Mire, no espere que ningún ciudadano le cobre precios de ciudadano..., le mirarán de la cabeza a los pies y le cobrarán precios de turista. Si desea prolongar su visado, puede hacerlo. En el ayuntamiento. Allí le cobrarán la tasa de aire correspondiente al tiempo de prolongación. Ahora olvide todo lo demás, antes de que decida estafarle.

—Amigo, es usted duro de complacer. —Saqué mi pasaporte, lo miré para asegurarme de que era mi pasaporte «Richard Ames», se lo tendí—. He estado fuera varios años. Si eso me hace parecer una marmota a sus ojos, lo lamento. Pero por favor, observe dónde nació.

Lo miró, me lo devolvió.

—De acuerdo, lunático, me engañó. Para tres, ¿eh? ¿Para cuánto tiempo?

—Mis planes aún no son firmes. ¿Cuál es el período más corto para la escala de residente permanente?

—Un trimestre. Oh, hay un cinco por ciento de descuento si compra usted cinco años de aire de golpe..., pero con el índice de primas actual situado en un siete coma uno, no es aconsejable.

Pagué por tres adultos para noventa días, y le pregunté si sabía algún alojamiento.

—Tras estar tanto tiempo fuera, no sólo no tengo cubículo, sino que no conozco el mercado..., y no me hace ninguna gracia meterme en algún hotel de mala muerte del Callejón del Fondo esta noche.

—Sí, despertaría sin zapatos, con un tajo en la garganta y las ratas caminando sobre su rostro. Hummm, es una pregunta difícil, compañero. ¿Ve esos gorritos rojos tan curiosos? Es la mayor convención que haya tenido nunca C-Luna; entre ella y el Día de la Independencia, la ciudad está copada. Pero, si no son ustedes muy remilgados...

—No lo somos.

—Podrán encontrar algo mejor dentro de una semana, pero mientras tanto hay un viejo lugar en el nivel seis, el Raffles, al otro lado de...

—Sé dónde está. Probaré allí.

—Mejor llame primero y pida que envíen a buscarle. Soy el rabino Ezra ben David. Recuérdeme. «Ames, Richard.» ¿Es usted el Richard Ames que buscan por asesinato?



—¡Dios mío!

—¿Sorprendido? Cierto, colega. Tengo una copia de la noticia por aquí, en algún lugar... —Rebuscó entre las revistas y notas escritas a mano y problemas de ajedrez—. Aquí está. Es buscado usted en el hábitat de la Regla de Oro..., parece que dejó frío a algún VIP. O eso dicen.

—Interesante. ¿Hay alguna orden de busca y captura sobre mí aquí?

—¿En la Luna? No lo creo. ¿Por qué debería haberla? Siempre la misma vieja disputa; nada de relaciones diplomáticas con la Regla de Oro hasta que se califiquen según la Convención de Oslo. Cosa que no pueden hacer sin una declaración básica de derechos. Lo cual es malditamente poco probable.

—Sí, eso supongo.

—De todos modos..., si necesita ayuda legal, venga a verme; también me encargo de ello. Venga a buscarme aquí cualquier día después del mediodía, o deje su nombre en el Emporio de Pescados Autorizados para los Judíos de Seymour, al otro lado de la biblioteca Carnegie. Seymour es mi hijo.

—Gracias, lo recordaré. Por cierto, ¿a quién se supone que he matado?

—¿No lo sabe?

—Puesto que no he matado a nadie, ¿cómo voy a saberlo?

—Hay lagunas de la lógica que no pienso examinar. Aquí dice que su víctima fue un tal Enrico Schultz. ¿Despierta este nombre algo en su memoria?

—«Enrico Schultz». No creo haber oído nunca ese nombre. Un completo desconocido para mí. La mayor parte de las víctimas de asesinatos son muertas por amigos íntimos o familiares..., no por desconocidos. Y, en este caso, no por mí.

—Extraño, sí. Sin embargo, los propietarios de la Regla de Oro han ofrecido una sustanciosa recompensa por su muerte. O, para ser más precisos, por entregarle vivo o muerto, sin demasiado énfasis en mantenerle vivo..., sólo su cuerpo, compañero, caliente o frío. ¿Debo señalarle que, si yo fuera su abogado, me sentiría éticamente ligado a no explotar esta oportunidad?

—Rabino, no creo que lo hiciera de ningún modo; es usted demasiado lunático viejo. Simplemente está tentándome para que le contrate. Hummm. Reclamo los Tres Días.

—Los tres días, de acuerdo. ¿Quiere usted los recibos en la piel o un papel será suficiente?

—Puesto que he perdido el aspecto de un lunático, será mejor ambas cosas.

—Muy bien. ¿Una corona o dos para buena suerte?

El reverendo Ezra estampó nuestros antebrazos con la fecha de tres meses a partir de entonces y con su sello, utilizando una tinta invisible a prueba de agua, visible solamente con luz negra, y nos mostró, usando su lámpara de pruebas, que estábamos marcados y que por lo tanto podíamos respirar legalmente durante todo un trimestre en cualquier parte del presurizado municipal de C-Luna, y gozar de otros privilegios derivados como pasar por el cubo público. Le ofrecí tres coronas más que el precio del aire; aceptó dos.

Le di las gracias y le deseé buenos días; seguimos túnel adelante, desmañadamente cargados con todos nuestros bultos. Cincuenta metros más allá, el túnel desembocaba en un pasillo principal. Estábamos a punto de salir a él, y me hallaba comprobando mi orientación, decidiendo si había que ir a la izquierda o a la derecha, cuando oí un toque de silbato y una voz de soprano:

—¡Alto! No tan aprisa. Primero la inspección.

Me detuve y me volví. Su rostro decía claramente «funcionaria»..., y no me pregunten de qué manera. Simplemente sé, a través de tres planetas, varios planetoides y más hábitats todavía, que tras avanzar un cierto número de años hacia su retiro, todos los funcionarios tienen esa expresión. Llevaba un uniforme que no era ni policiaco ni militar.

—¿Acaban de llegar de Kong?

Admití que sí.

—¿Van los tres juntos? Pónganlo todo encima de la mesa. Ábralo todo. ¿Algo de fruta, verduras, comida?

—¿Qué es esto? —quise saber.

—Yo llevo una barrita Hersey —dijo Gwen—. ¿Quiere un mordisco?

—Creo que esto puede considerarse como un soborno. Seguro, ¿por qué no?

—Por supuesto que estoy intentando sobornarla. Llevo un cocodrilo pequeño en mi bolso. No es ni fruta ni verdura; supongo que puede ser considerado comida. En cualquier caso, casi seguro que está contra sus rígidas reglamentaciones.

—Aguarde un momento; comprobaré las listas.—La inspectora consultó un enorme volumen de hojas sueltas de impresora de ordenador—. Cocodrilo; piel de cocodrilo, curada o curtida; cocodrilo disecado... ¿Está disecado el suyo?

—Casi. Hace días que no come. Espero que a nadie se le ocurra meter la mano en el bolso. Tiene hambre, ¿sabe?

—¿Está intentando decirme que lleva un cocodrilo vivo en ese bolso?

—Compruébelo si quiere..., bajo su propia responsabilidad. Está entrenado como cocodrilo guardián. Cuento sus dedos antes de meter la mano, luego vuelva a contarlos al sacarla.

—Está usted bromeando.

—¿Qué se apuesta? ¿Y cuánto? Pero recuerde: le advertí.

—¡Oh, está bien! —La inspectora metió la mano en el bolso de Gwen..., dejó escapar un chillido y la retiró rápidamente—. ¡Me ha mordido! —Se llevó los dedos a la boca.

—Para eso está ahí —lijo Gwen—. Le advertí. ¿Está herida? Déjeme ver.

Las dos mujeres inspeccionaron la mano, cada una decidió hasta qué punto las marcas rojas señalaban la extensión del daño.

—Está muy bien —dijo Gwen—. Le he intentado enseñar que debe agarrar firmemente pero sin llegar a rasgar la piel. Y nunca, nunca, arrancar los dedos. Está aprendiendo; aún es joven. Pero se supone que usted no debía haber podido sacar la mano tan fácilmente. Alfred tenía que haberse aferrado a ella como un bulldog mientras sonaba la alarma y yo acudía corriendo.

—No sé nada de bulldogs, pero le aseguro que intentó arrancarme el dedo.

—¡Oh, seguro que no! ¿Ha visto usted alguna vez un perro?

—Sólo abiertos en canal, en los mercados de alimentación. No, retiro eso; una vez vi uno en el zoo de Tycho, cuando era pequeña. Un enorme y feo bruto. Me asustó.

—Algunos son pequeños y algunos no son feos. Un bulldog es feo pero no muy grande. En lo que es mejor un bulldog es en morder y en colgarse de su presa. Eso es lo que estoy enseñando a hacer al Rey Alfred.

—Sáquelo y muéstremelo.

—¡Ni pensarlo! Es un animal de guardia; no quiero que empiece a verse acariciado y palmeado por otras personas; quiero que muerda. Si desea verlo, meta *usted* la mano y sáquelo. Quizás esta vez se aferre bien a su presa. Espero.

Aquello terminó con cualquier intento de inspeccionarnos. Adele Sussbaum, Funcionario Innecesario de Primera Clase, admitió que el Árbol-San no estaba prohibido, lo admiró, y preguntó si florecía. Cuando ella y Gwen empezaron a intercambiar recetas, insistí en que debíamos seguir..., si la inspección municipal de salud y seguridad había terminado.

Descendimos por el Anillo Exterior; olí la Calzada y me orienté. Descendimos un nivel y cruzamos el Viejo Domo, luego bajamos por el túnel donde mi memoria me decía que tenía que estar el hotel Raffles.

Pero por el camino Bill me expuso algunas de sus opiniones políticas.

—Senador...

—No «senador», Bill. Doctor.

—«Doctor». Sí, señor. Doctor, creo que no está bien eso que pasó ahí atrás.

—Sí, tienes razón. Esa llamada inspección no tiene ningún sentido. Es el tipo de acrecentación cara e inútil de la burocracia que adquieren todos los gobiernos con el paso de los años, como la proliferación de las lapas en el casco de un barco.

—Oh, no me refiero a *eso*. Lo encuentro bien; protege a la ciudad y le proporciona a esa mujer un trabajo honesto.

—Tacha la palabra «honesto».

—¿Eh? Yo me refería a cobrar por el aire. Eso es un *error*. El aire tendría que ser gratuito.

—¿Por qué dices eso, Bill? Esto no es Nueva Orleans; es la Luna. No hay atmósfera. Si no compras el aire, ¿cómo vas a respirar?

—¡Eso es precisamente lo que quiero decir! El aire para respirar es derecho de todo el mundo. Debería proporcionarlo el gobierno.

—El gobierno de la ciudad es quien lo proporciona, por todas partes dentro del presurizado de la ciudad. Es eso precisamente lo que pagamos. —Aventé el aire delante de su nariz—. Esto que no vemos pero sí olemos.

—¡Pero si eso es lo que estoy diciendo! Nadie tendría que *pagar* para respirar la vida. Es un derecho natural, y el gobierno debería proporcionarlo gratis.

Le dije a Gwen:  
—Espera un momento, querida; hay que dejar bien sentado esto. Es posible que tengamos que eliminar a Bill simplemente para mantenerlo feliz. Quédate aquí mientras lo arreglamos. Bill, pagué por el aire que estás respirando porque tú no tienes dinero. ¿Correcto?  
No respondió inmediatamente. Gwen dijo con suavidad:  
—Le di un poco de dinero suelto para que lo llevara en el bolsillo. ¿Pones alguna objeción a ello?  
La miré pensativamente.  
—Creo que hubieras tenido que decírmelo. Amor, si he de ser responsable de esta familia, debo saber lo que pasa en ella. —Me volví de nuevo a Bill—. Cuando pagué por tu aire ahí atrás, ¿por qué no te ofreciste a pagar tu parte con el dinero que llevabas en el bolsillo?  
—Pero me lo dio *ella*. No usted.  
—¿Ah, sí? Devuélveselo a ella.  
Bill pareció sorprendido; Gwen dijo:  
—Richard, ¿es necesario?  
—Creo que sí.  
—Pues yo creo que no.  
Bill permanecía quieto, sin hacer nada, mirando. Me volví de espaldas a él para hablar en privado con Gwen; dije en un murmullo, sólo para sus oídos:  
—Gwen, necesito que me respaldes.  
—¡Richard, estás haciendo una montaña de nada!  
—No veo que sea «nada», querida. Por el contrario, es un asunto clave y necesito tu ayuda. Así que respáldame. O de lo contrario...  
—¿O de lo contrario qué, querido?  
—Ya sabes lo que significa ese «o de lo contrario». Piénsatelo. ¿Vas a respaldarme?  
—¡Richard, esto es ridículo! No veo ninguna razón para seguir con ello.  
—Gwen, te estoy pidiendo que me respaldes. —Aguardé un tiempo interminable, luego suspiré—. O echa a andar y no mires atrás.  
Eché la cabeza hacia atrás como si la hubiera abofeteado. Luego recogió su maleta y echó a andar.  
Bill dejó que su mandíbula colgara unos momentos, luego se apresuró tras ella, cargando con el Árbol-San.

## 16

*Se supone que a las mujeres hay que quererlas,  
no comprenderlas.*

OSCAR WILDE, 1854 -1900

Les contemplé desaparecer a lo lejos, luego eché a andar lentamente. Era más fácil andar que permanecer inmóvil de pie, y no había ningún lugar donde sentarse. Me dolía el muñón, y toda la debilidad de los últimos días me golpeó de repente. Sentía la mente como atontada. Seguí dirigiéndome hacia el hotel Raffles porque me había encaminado en aquella dirección, preprogramado.

El Raffles era más destartado aún de lo que recordaba. Pero sospeché que el rabino Ezra sabía de lo que estaba hablando: o esto, o nada. En cualquier caso, deseaba salir de la vista del público; hubiera aceptado un alojamiento mucho peor siempre que me permitiera protegerme tras una puerta cerrada.

Le dije al hombre de la recepción que me enviaba el rabino Ezra, y le pregunté qué tenía. Creo que me ofreció la más cara de las habitaciones que aún le quedaban libres: dieciocho coronas.

Pasé por el regateo habitual, pero mi corazón no estaba en ello. Finalmente llegamos a un acuerdo en catorce coronas, las pagué, acepté la llave; el empleado hizo girar un enorme libro hacia mí.

—Firme aquí. Y muéstreme su recibo del aire.

—¿Eh? ¿Desde cuándo eso?

—Desde la nueva administración, amigo. Me gusta menos que a usted, pero debo hacerlo o me cierran el negocio.

Medité sobre ello. ¿Seguía siendo «Richard Ames»? ¿Por qué hacer que un policía salivara ante el pensamiento de una recompensa? ¿Colin Campbell? Alguien con una buena memoria podía reconocer ese nombre..., y pensar en Walker Evans.

Escribí: «Richard Campbell, Novylen.»

—Gracias, gospodin. La habitación L está al final de este pasillo, a la izquierda. No hay comedor, pero nuestra cocina sirve a las habitaciones. Si quiere cenar aquí, por favor recuerde que la cocina cierra a las veintiuna. Pero está el Sloppy Joe, al otro lado del pasillo y unos cincuenta metros más al norte, que tiene abierto toda la noche. No está permitido cocinar en las habitaciones.

—Gracias.

—¿Desea compañía? Directa, desviada o versátil, todas las edades y sexos, y dedicada exclusivamente a la clientela de primera clase.

—Gracias de nuevo, pero estoy muy cansado.

Era una habitación adecuada a mis necesidades; no me importó lo destartada que era. Había una cama individual y un sofá cama, y un baño, pequeño pero con todo lo necesario, y sin restricción de agua... me prometí un baño caliente, ¡luego, luego! Cerca de la mesita de noche había la conexión de un terminal de comunicaciones; ahora estaba vacía. Cerca de ella, atornillada a la roca, había una placa de latón:

El martes 14 de mayo de 2075, en esta habitación,  
Adam Selene, Bernardo de la Paz,  
Manuel Davis y Wyoming Knott  
crearon el plan que dio nacimiento a la Luna Libre.  
¡Aquí declararon la Revolución!

No me sentí impresionado. Sí, aquellos cuatro fueron héroes de la Revolución, pero el año en que enterré a Colin Campbell y creé a Richard Ames estuve en una docena larga de habitaciones de hotel en C-Luna; la mayoría de ellas tenían una placa similar. Era como el «Washington durmió aquí» de mi país natal: un cebo para turistas, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No era que me importase. Me quité la pierna, me tendí en la cama, a intenté dejar la mente en blanco.

¡Gwen! ¡Oh, maldita, maldita, maldita sea!

¿Había sido un estúpido obstinado? Quizá. Pero maldita sea, hay un límite. No me importaba permitirle a Gwen muchas cosas. Estaba bien dejarle tomar decisiones por los dos, y ni había abierto la boca cuando lo hizo sin consultarme. Pero no debía animar a aquel agregado a desafiarme..., no debía. Había que poner fin a aquello. Un hombre no puede vivir de esa forma.

¡Pero tampoco puedo vivir sin ella!

¡No es cierto, no es cierto! Lo había hecho hasta aquella semana —apenas hacía tres días—, había vivido sin ella..., y podía volver a hacerlo.

También podía apañármelas sin mi pierna ortopédica. Pero no me gusta no tener las dos piernas, y nunca me acostumbraré a la pérdida. De acuerdo, podía pasar sin Gwen, no iba a morirme sin ella..., pero admítelo, estúpido: en los pasados treinta años has sido feliz solamente este breve tiempo, estas horas desde que Gwen vino a tu casa y se casó contigo. floras cargadas de peligro y flagrante injusticia y lucha y momentos difíciles, y todo ello no importaba un pimiento; burbujeabas de felicidad simplemente porque ella estaba a lo lado.

Y ahora la has echado.

Ponte tus orejas de pollino. Sujétalas con remaches; nunca necesitarás quitártelas de nuevo.

¡Pero yo tenía razón!

¿De veras? ¿Qué tiene que ver el tener «razón» con seguir casado?

Debí dormirme (estaba mortalmente cansado), pues recuerdo cosas que no sucedieron, pesadillas..., por ejemplo, que Gwen había sido violada y asesinada en el Callejón del Fondo. Pero la violación es algo tan raro en Ciudad Luna como habitual en San Francisco. Habían pasado más de ochenta años desde la última, y la marmota que la cometió no duró lo bastante como para ser eliminado; los hombres que respondieron a los gritos de la mujer lo hicieron pedazos más pequeños que mi dedo meñique.

Más tarde se supo que la mujer había gritado porque él no le había pagado. Pero eso no representó ninguna diferencia. Para un lunático, una prostituta es algo tan sagrado en su persona como la virgen María. Soy lunático sólo por adopción, pero estoy de acuerdo con eso en lo más profundo de mi alma. El único castigo adecuado para la violación es la muerte, inmediata, sin apelación.

En la Superficie acostumbraba a haber defensas llamadas «capacidad disminuida» y «no culpable por razones de locura». Esos conceptos asombrarían a un lunático. En Ciudad Luna un hombre tiene que tener necesariamente disminuidas sus capacidades mentales incluso para pensar en la violación; llevar a cabo una sería la más fuerte prueba posible de locura..., pero entre lunáticos esos desórdenes mentales no proporcionan ninguna simpatía al violador. Los lunáticos no psicoanalizan a un violador; lo *matan*. Ahora. Rápido. Brutalmente.

San Francisco tendría que aprender de los lunáticos. Y lo mismo cabe decir de cualquier ciudad donde no resulte seguro para una mujer andar sola. En la Luna nuestras damas nunca temen a los hombres, ya sean familia, amigos o desconocidos; en la Luna los hombres no hacen daño a las mujeres... ¡o *mueren!*

Desperté sollozando, presa de un incontrolable pesar. Gwen estaba muerta, Gwen había sido violada y asesinada, ¡y todo era culpa mía!

Incluso cuando acabé de despertarme por completo y me encajé de nuevo en mi continuidad seguía balbuceando..., sabía que todo había sido sólo un sueño, una horrible pesadilla, pero mis sentimientos de culpabilidad seguían enteros. Había fallado en proteger a mi querida esposa. Le había dicho que se fuera: «Echa a andar y no mires atrás.» ¡Oh, estúpido irredimible!

¿Qué podía hacer al respecto?

¡Encontrarla! Quizá me perdonara. Las mujeres parecen poseer una capacidad ilimitada para el perdón. (Puesto que normalmente es el hombre quien necesita ser perdonado, éste debe ser un rasgo racial de supervivencia.)

Pero primero tenía que encontrarla.

Sentí una abrumadora necesidad de salir y ponerme a buscar..., saltar sobre mi caballo y galopar en todas direcciones. Pero ése es el caso clásico citado en todos los libros de texto de matemáticas de cómo *no* encontrar a alguien que se ha perdido. No tenía ni la menor idea de dónde buscar a Gwen, pero existía la posibilidad de que ella me buscara a mí en el Raffles..., si había reconsiderado su posición. Si lo había hecho, yo debía permanecer *allí*, no fuera, buscando al azar.

Pero podía mejorar las posibilidades. Llamar al *Daily Lunatic*; poner un anuncio; poner más de uno: un anuncio por palabras, otro recuadrado y..., ¡mejor aún!: una cuña publicitaria que saliera en todos los terminales con el boletín de noticias que el *Lunatic* ofrecía cada hora.

Si eso no daba resultado, ¿qué podía darle?

Oh, cállate y escribe el anuncio.

Gwen, llámame al Raffles. Richard.

Gwen, por *favor*, llámame. Estoy en el Raffles. Te quiero, Richard.

Querida Gwen. Por todo lo que hemos vivido juntos, por *favor*, llámame. Estoy en el Raffles. Amor eterno, Richard.

Gwen, estaba equivocado. Déjame intentarlo de nuevo. Estoy en el Raffles. Con todo mi amor, Richard.

Los estudié todos, finalmente decidí que el número dos era el mejor..., cambié de opinión; el número cuatro tenía más fuerza. Cambié de nuevo..., la simplicidad del número dos era mejor. O incluso del número uno. Oh, infiernos, estúpido, ¡límitate a poner el anuncio! Le pides que llame; si tienes alguna posibilidad de que vuelva, no va a fijarse en la forma en que hayas puesto el anuncio.

¿Llamas desde la oficina del hotel? No. Deja una nota aquí, diciéndole a Gwen dónde has ido y por qué y a qué hora estarás de vuelta y por *favor* espera..., luego apresúrate a la oficina del periódico a introducirlo inmediatamente en los terminales..., y en su próxima edición. Luego apresúrate de vuelta.

Así que me puse mi pierna falsa, escribí la nota para dejar en recepción, agarré el bastón..., y esa premonición de décimas de segundo que he notado demasiadas veces en mi vida ocurrió de nuevo, una premonición que me impele más que ninguna otra cosa a pensar que en este loco mundo hay algo planificado, no todo es caos.

Una llamada a mi puerta...

Me apresuré a abrir. ¡Era ella! ¡Gloria aleluya!

Parecía incluso más pequeña de lo que sabía que era, y toda enormes y solemnes ojos. Llevaba el pequeño arce en su maceta como si fuera una ofrenda de amor..., y quizá lo fuera.

—Richard, ¿me permites volver? ¿Por favor?

Todo a la vez, tomé el arbolito y lo puse en el suelo y la alcé a ella y cerré la puerta y la senté en el sofá y yo me senté a su lado y los dos estábamos llorando y hablando y no nos enterábamos de nada.

Al cabo de un momento nos serenamos un poco, y pude oír que estaba diciendo:

—Lo siento, Richard, estaba equivocada, hubiera debido respaldarte, pero estaba dolida y furiosa y me sentía demasiado orgullosa para volver atrás y decírtelo y cuando lo hice tú ya te habías ido y no *supe* qué hacer. Oh, Dios, querido, no me dejes que vuelva a abandonarte nunca, haz que me quede. Eres más grande que yo; si alguna vez me pongo furiosa de nuevo e intento irme, agárrame y hazme volver ¡pero *nunca* dejes que me vaya!

—Nunca volveré a dejarte ir, jamás. Estaba equivocado, querida; no hubiera debido hacer un caso de todo ello; no debe frenarse el afecto y la atención. Me rindo, entrego las armas, el caballo y las botas. Convierte a Bill en tu mascota de la forma que quieras; no diré una palabra. Adelante, malcriado.

—¡No, Richard, no! Estaba equivocada. Bill necesitaba una lección severa, y yo hubiera debido respaldarte y dejar de lo pusieras en vereda. Pero... —Gwen se relajó un poco, tomó su bolso, lo abrió.

—Cuidado con el cocodrilo —dije.

Sonrió por primera vez.

—Adele picó el anzuelo; se comió hasta el sedal y la caña.

—¿Quieres decir que *no* hay ningún cocodrilo ahí dentro?

—Por favor, cariño, ¿crees que soy excéntrica?

—¡Oh, Dios no lo permita!

—Sólo una trampa para ratones y su imaginación. Mira... —Gwen depositó un montoncito de dinero, papel y monedas, a su lado en el sofá—. Hice que Bill lo devolviera. Lo que quedaba, quiero decir; hubiera tenido que haber tres veces esa cantidad. Me temo que Bill es uno de esos débiles de voluntad que no puede llevar dinero sin gastarlo. Tengo que pensar en la forma de darle una azotaina para que aprenda un poco. Mientras tanto, no va a tener *nada* de dinero hasta que se lo gane.

—Y tan pronto como gane algún dinero deberá pagarme treinta días de aire —añadí—. Gwen, realmente siento todo lo ocurrido. Y me avergüenzo. Por él, no por tí. Su actitud respecto a pagar por el aire. Pero lo que más lamento es que todo eso se interpusiera entre tú y yo.

—Pero tú tenías *razón*, querido. La actitud de Bill sobre pagar por el aire refleja su mala orientación general. Eso es lo que he descubierto. Nos sentamos en el Viejo Domo y hablamos de muchas cosas. Richard, Bill tiene la enfermedad socialista en la peor de sus formas; cree que el mundo le debe todo lo necesario para seguir viviendo. Me dijo sinceramente, ¡te lo juro!, que *por supuesto* todo el mundo tiene derecho a los mejores servicios médicos y hospitalarios posibles..., gratuitos, por supuesto, ilimitados, por supuesto, y pagados por el gobierno, por supuesto. Ni siquiera pudo comprender la imposibilidad matemática de lo que estaba exigiendo. Pero no es sólo aire gratis y terapia gratis. Bill cree honestamente que todo lo que él desea tiene que ser posible..., y gratis. —Se estremeció—. No pude hacerle cambiar de opinión sobre *nada*.

—La canción del camino de los Bandar-log.

—¿Perdón?

—De un poeta de hace un par de siglos, Rudyard Kipling. Los Bandar-log, una clase de monos, creían que todo era posible simplemente deseándolo.

—Sí, ése es Bill. Explica con toda seriedad cómo *deberían* ser las cosas..., y luego echa sobre el gobierno la responsabilidad de llevarlas a cabo. Simplemente dictando una ley. Richard, cree en «el gobierno» de la

misma forma que el salvaje cree en los ídolos. Oh..., no, no sé, no comprendo como funciona su mente. Hablamos durante mucho rato, pero no llegamos en ningún momento el uno al otro. Él *cree* en sus tonterías. Richard, cometimos un error..., yo lo cometí. No hubiéramos debido rescatar a Bill.

—Estás en un error, muchacha.

—No, querido. Pensé que podía rehabilitarlo. Estaba equivocada.

—No es en ese aspecto que creo que estás equivocada. ¿Recuerdas las ratas? .

—Oh.

—No suenes tan miserable. Nos llevamos a Bill con nosotros porque los dos teníamos miedo de que, si no lo hacíamos, resultara muerto, posiblemente devorado vivo por las ratas. Gwen, los dos sabíamos los peligros de recoger gatitos abandonados, los dos comprendimos desde un principio el concepto de «obligación china». Y lo hicimos pese a todo.—Alcé su barbilla, la besé—. Y volveríamos a hacerlo, ahora mismo, si se nos presentara la ocasión. Sabiendo el precio.

—¡Oh, lo quiero!

—Yo también lo quiero, de una forma vulgar y sudorosa.

—Oh... ¿ahora?

—Necesito un baño.

—Podemos bañarnos luego.

Acababa de recuperar el resto del equipaje de Gwen, olvidado temporalmente al otro lado de la puerta — y afortunadamente intocado—, y nos preparábamos para bañarnos, cuando Gwen se inclinó sobre el arbolito, lo alzó y lo depositó sobre la mesa extensible para poder manejarlo mejor.

—Un regalo para ti, Richard.

—Estupendo. ¿Chicas? ¿O licor?

—Ninguna de las dos cosas. Aunque tengo entendido que ambas se hallan disponibles aquí con mucha facilidad. El hombre de recepción quería cobrarme a mi también cuando traje a Bill.

—¿Bill está aquí?

—Para esta noche, en la habitación individual más barata. Richard, no sé qué hacer con Bill. Le hubiera dicho que hallara su propio camino en el Callejón del Fondo, si no hubiera oído algo que dijo el rabino Ezra acerca de ratas. Maldita sea, no había ratas aquí abajo. Ciudad Luna se está convirtiendo en un estercolero.

—Me temo que tienes razón.

—También le di de comer..., el Sloppy Joe está de camino; ¿sabes? Come por cuatro..., quizá te hayas dado cuenta.

—Me he dado cuenta.

—Richard, no pude abandonar a Bill sin alimentarle y proporcionarle una cama segura para esta noche. Pero mañana es otra historia. Le dije que esperaba que se las arreglase como pudiera..., antes del desayuno.

—Hummm. Bill mentiría por un huevo frito. tiene buen saque, Gwen. El mejor.

—No creo que sea capaz de mentir convincentemente. Al menos le di algo en lo que pensar. Sabe que estoy furiosa con él, que desprecio sus ideas, y que la comida gratis está a punto de cerrarle sus puertas. Espero haberle dado una noche sin sueño. Aquí está, querido... —Había estado hurgando en la tierra de la maceta, bajo el pequeño arce—. Para Richard. Mejor lávalos antes. —Me tendió seis cartuchos, Skoda, 6,5 mm de largo.

Alcé uno, lo examiné: ,

—Mujer maravillosa, sigues sorprendiéndome. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

La alabanza la hizo radiar con una felicidad de sol en el cenit.

—Esta mañana. En Kong. En el mercado negro, por supuesto, lo cual significa simplemente encontrar en qué mostrador has de ir a buscar en el Sears. Oculté mi Miyako debajo del Árbol-San antes de ir de compras, luego metí la munición aquí cuando abandonamos el hotel de Xia. Querido, no sabía qué tipo de registro íbamos a tener que afrontar si las cosas se ponían mal en Kong..., y las cosas se pusieron mal, pero tía Lilybet supo sacarnos de problemas.

—¿Sabes cocinar?

—No soy mala cocinera.

—Sabes disparar, sabes conducir vehículos de superficie, sabes pilotar un vehículo espacial, sabes cocinar. De acuerdo, quedas contratada. ¿Pero tienes alguna otra habilidad?

—Bueno, sé algo de ingeniería. Era una abogada bastante buena. Pero no he practicado mucho ninguna de las dos cosas últimamente. —Añadió—: Y sé escupir por entre los dientes.

—¡Mi superchica! ¿Eres o has sido alguna vez miembro de la raza humana? Cuidado con tu respuesta; será registrada por escrito.

—Me niego a responder si no es en presencia de un abogado. Encarguemos la cena antes de que cierren la cocina.

—Pensé que querías un baño.

—Lo quiero. Me pica todo. Pero si no encargamos rápido la comida, vamos a tener que vestirnos y salir al Sloppy Joe..., y no me importa ir a cenar al Sloppy Joe, pero no me apetece vestirme de nuevo. Éste es el primer rato tranquilo, completamente relajado, que tengo a solas con mi esposo desde hace, oh, siglos. En tu suite, en la Regla de Oro, antes de aquel estúpido aviso de deshauccio.

—Tres días.

—¿Hace tan poco? ¿De veras?

—Ochenta horas. Pero unas horas muy intensas, te lo aseguro.

El Raffles tenía una buena cocina siempre que te conformaras con la elección del chef; aquella noche era albóndigas con tortitas suecas y salsa de miel y cerveza..., una extraña combinación que, sin embargo, funcionaba. Ensalada de verduras frescas, con aceite y vinagre. Queso y fresas frescas. Té negro.

Disfrutamos con todo ello, pero una vieja suela de zapato, convenientemente salteada, hubiera sido aceptable también, tanto hacía desde que habíamos comido por última vez. Si me hubieran dado mofeta frita tampoco lo habría notado; la compañía de Gwen era toda la salsa que necesitaba.

Llevábamos media hora masticando con alegre fruición, sin hacer ningún intento por ser elegantes, cuando mi querida esposa observó la placa de latón en la roca..., hasta entonces había estado demasiado atareada. Comprensible.

Se levantó y la estudió, luego dijo con voz ronca:

—Dios mío, éste es el lugar. ¡Richard, ésta es la auténtica cuna de la Revolución! Y yo he estado sentada aquí, comiendo a dos carrillos y rascándome, como si fuera simplemente una habitación de hotel.

—Siéntate y termina de cenar, amor —dije—. Tres de cada cuatro habitaciones de hotel en Ciudad Luna tienen placas como ésta.

—No como *ésta*. Richard, ¿cuál es el número de la habitación?

—No tiene número..., sólo una letra. La habitación L.

—La habitación L..., ¡sí! ¡Éste es el lugar! Richard, en cualquier nación allá abajo en la Superficie, un monumento nacional tan importante como éste tendría encendida una llama perpetua. Y muy probablemente una guardia de honor. Pero aquí..., alguien se limitó a colocar esta pequeña placa de latón, y luego olvidó el lugar. Incluso en el Día de la Luna Libre. Pero son lunáticos. La gente más extraña de todo el universo conocido. ¡Palabra!

—Querida —dije—, si te complace pensar que esta habitación es realmente lo que dice esa placa, me parece estupendo. Mientras tanto, vuelve a sentarte y come. ¿O quieres que me acabe tus fresas?

Gwen no respondió; se sentó de nuevo, permaneció inmóvil. Se limitó a jugar con la fruta y el queso. Finalmente dije:

—Amor, hay algo que te preocupa.

—No moriré por culpa de ello.

—Me alegra oírlo. Bien, cuando creas que puedes decírmelo, soy todo oídos. Mientras tanto, me limitaré a mirarte. No tengas prisa.

—Richard... —su voz sonaba estrangulada. Me sorprendió ver unas lágrimas rodar suavemente a cada lado de su nariz.

—¿Sí, querida?

—Te he dicho un montón de mentiras. Yo...

—Alto ahí. Amor, mi pequeño y lujurioso amor. Siempre he creído que hay que permitir mentir a las mujeres siempre y cuando lo crean necesario y no tengan que pagar impuesto por ello. Las mentiras pueden ser su única defensa contra un mundo poco amistoso. No te he presionado acerca de tu pasado..., ¿o lo he hecho?

—No, pero...

—Alto de nuevo. No lo he hecho. Tú me has dicho voluntariamente algunas cosas. Pero, aún así, te he hecho callar un par de veces cuando estabas a punto de sufrir un ataque de perniciosa autobiografía. Gwen, no me casé contigo por tu dinero, ni por tu familia, ni por tu inteligencia, ni siquiera por sus talentos en la cama.

—¿Ni siquiera por eso último? No me dejas mucho.



—Oh, sí, por eso último sí. Aprecio tus habilidades horizontales y tu entusiasmo. Pero las danzarinas del colchón competentes no son escasas. Toma a Xia, por ejemplo. Conjeturo que es a la vez hábil y entusiasta.

—Probablemente dos veces más hábil que yo, pero que me condene si es más entusiasta.

—Lo haces perfectamente cuando echas el resto. Pero no me distraigas. ¿Quieres saber qué es lo que te hace tan especial?

—¡Sí! Bueno, creo que sí. Si no es una trampa.

—No lo es. Amante esposa mía, tu cualidad especial y única es: cuando estoy contigo, me siento feliz.

—¡Richard!

—Deja de llorar. No soporto a una mujer que tiene que sorber las lágrimas que cuelgan de su labio superior.

—Eres un bruto. Lloraré si creo que tengo que hacerlo..., y ahora lo necesito. Richard, te quiero.

—Yo también estoy prendado de ti, cara de mona. Lo que estaba diciendo es que, si tu actual saco de mentiras se está volviendo delgado, no te molestes en construir otra estructura llena de solemnes seguridades de que ésta es finalmente la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Olvídalo. La vieja estructura puede que sea muy trillada..., pero no me importa. No estoy buscando agujeros ni inconsistencias porque no *me importa*. Simplemente quiero vivir contigo y sujetar tu mano y oír como roncas.

—¡Yo no ronco! No hemos dormido lo suficiente en las últimas ochenta horas como para que sea un problema. Pregúntame dentro de cincuenta años.

Me incliné encima de la mesa, cosquilleé uno de sus pezones, observé cómo crecía.

—Quiero sujetar tu mano, escuchar tus ronquidos, y ocasionalmente..., oh, una o dos veces al mes...

—¿Una o dos veces al mes?

—¿Tiene que ser más a menudo?

Suspiró.

—Sospecho que voy a tener que dejar bien claro lo que quiero. O salir a los tejados.

—¿Tejados? ¿Qué tejados? Estaba diciendo que una o dos veces al mes saldremos a cenar, ver un espectáculo, ir a un club nocturno. Cómprate una flor para prenderla en tu pelo. Oh, más a menudo, sospecho, si insistes..., pero demasiada vida nocturna interfiere con escribir. Tengo intención de mantenerte, amor, pese a esos sacos de oro que has escondido en alguna parte. —Añadí—: ¿Algún problema, querida? ¿Por qué la expresión?

—Richard Colin, eres más allá de toda duda el hombre más irritante con el que me haya casado nunca. O incluso con quien haya dormido.

—¿Los dejas dormir?

—¡Oh, tu *madre!* No hubiera debido salvarte de Gretchen. «¡Una o dos veces al mes!» Sabías cómo iba a reaccionar. Me tendiste la trampa.

—Señora, no sé de qué estás hablando.

—¡Claro que lo sabes! Crees que sudo como una pequeña ninfomaniaca.

—No eres tan pequeña.

—Sigue haciendo eso. Sigue adelante. Empújame lo suficiente, y añadiré un segundo marido a nuestro matrimonio. Choy-Mu se casaría con nosotros..., sé que lo haría.

—Choy-Mu es un buen amigo, de acuerdo. Y estoy seguro de que se casaría contigo; no tiene arena en el cerebro. Si lo eliges, intentaré que sea bienvenido. Aunque no me había dado cuenta de que le conocieras tanto. ¿Hablas en serio?

—No, maldita sea. Nunca he practicado el matrimonio plural; soportar un solo marido a la vez ya es bastante complejo. De acuerdo, el capitán Marcy es un muchacho excelente, pero es demasiado joven para mí. Oh, no quiero decir que no lo eligiera para una noche de desenfreno si me lo pidiera convenientemente. Pero sería sólo para divertirme, nada serio.

—Yo tampoco me atrevería a decir que no lo elegirías. Bien, házmelo saber por anticipado, si llega a ocurrir, para que finja graciosamente no darme cuenta. O ayudar. Traeros las toallas, por ejemplo. La dama elige.

—Richard, eres demasiado bondadoso.

—¿Quieres que me ponga celoso? Pero esto es la Luna, y yo soy un lunático. Sólo de adopción, pero un lunático pese a todo. Nunca seré una marmota, dándose constantemente de cabeza contra las paredes de roca. —Hice una pausa para besar su mano— Mi encantadora esposa, eres realmente pequeñita y no muy corpulenta.

Pero lo corazón es grande. Como las hojas y los peces, eres una rica plenitud para tantos maridos y amantes como elijas. Me siento feliz de ser el primero..., si soy el primero, entre mis iguales.

—¿Es una daga lo que veo delante de mí?

—No, un carámbano.

—¿De veras? Entonces déjame cogerlo antes de que se funda.

Lo hicimos, pero casi a duras penas; yo estaba agotado. Después, dije:

—Gwen, querida, ¿por qué frunces el ceño? ¿Tan mal lo he hecho?

—No, amor. Pero todavía tengo esas mentiras en mi cabeza..., y esta vez, por favor, no cambies de tema. Sé que la inscripción de esta placa de cobre de ahí es correcta, porque yo conocí a tres de esos cuatro. Los conocí muy bien; fui adoptada por dos de ellos. Mi amor, soy un Padre Fundador del Estado Libre de la Luna.

No dije nada, porque a veces no hay nada que uno pueda decir. Poco después Gwen se agitó incómoda y dijo casi irritadamente:

—¡No me mires de esa manera! Sé lo que estás pensando: 2076 está un poco lejos. Sí, lo está. Pero, si no te importa vestirme, te llevaré al Viejo Domo y te mostrare mi marca y mi huella dactilar en la Declaración de Independencia. Puede que no creas que es mi marca..., pero no puedo falsificar una huella dactilar. ¿Vamos a verlo?

—No.

—¿Por qué no? ¿Quieres saber mi edad? Nací el día de Navidad de 2063, así que tenía doce años y medio cuando firmé la Declaración. Eso aclara lo vieja que soy.

—Amor, cuando decidí convertirme en un lunático nativo u un facsímil razonable, estudié la historia de la Luna para :adaptarme mejor. No hay ninguna Gwendolyn entre los firmantes. Espera un segundo, no estoy diciendo que mientas..., sólo digo que entonces debías tener otro nombre.

—Sí, por supuesto. Hazel. Hazel Meade Davis.

—Hazel. Casada más tarde con el clan de los Stone. Líder de los auxiliares infantiles. Hum. Pero recuerdo haber leído que Hazel era pelirroja.

—Sí. Ahora ya puedo dejar de tomar esas malditas pastillas y dejar que mi pelo vuelva a su color natural. A menos que prefieras este tono.

—El color del pelo no es importante. Pero... Hazel, ¿por qué te casaste conmigo?

Suspiró.

—Por amor, querido, y eso es cierto. Para ayudarte cuando estuvieras en problemas..., y eso es cierto también. Porque era inevitable, y eso es cierto igualmente. Porque está escrito en los libros de historia, en otro tiempo y lugar, que Hazel Stone regresó a la Luna y se casó con Richard Ames alias Colin Campbell..., y que esta pareja rescató a Adam Selene, el presidente del Comité Revolucionario.

—Así que todo está escrito, ¿eh? ¿Predestinado?

—En absoluto, mi amor. En otros libros de historia está escrito que fracasamos en nuestro intento..., y morimos en él.

*La edad no puede marchitarla,  
ni la costumbre ajar su infinita variedad:  
otras mujeres empalagan los apetitos que sacian;  
pero ella deja hambre allá donde más satisface...*

WILLIAM SHAKESPEARE, 1564-1616

Así que la niña le dice a su profesora: «Mi hermano cree que es una gallina.» La profesora responde: «Oh, Dios mío. ¿Y qué es lo que hacéis para ayudarlo?» Y la niña responde: «Nada. Mamá dice que necesitamos los huevos.»

¿Son las ilusiones de una mujer algo de lo que uno deba preocuparse? ¿Si es feliz con ellas? ¿Era mi deber llevar a Gwen a un aprietatornillos para intentar curarla?

¡Infiernos, no! Los aprietatornillos son los ciegos que conducen a los otros ciegos; incluso el mejor de ellos trabaja en precario. Cualquiera que consulte a un aprietatornillos debería hacer que le examinaran la cabeza.

Un atento escrutinio mostraba que Gwen estaba posiblemente por encima de los treinta, probablemente por debajo de los cuarenta..., pero seguro que sin haber alcanzado ni remotamente los cincuenta. Así que, ¿cuál era la forma suave de manejar su afirmación de que había nacido hacía más de un siglo?

Todo el mundo sabe que los nativos de la Luna envejecen más lentamente que las marmotas, que han crecido en un campo de una *g*. La ilusión de Gwen parecía incluir la noción de que ella misma era en realidad una lunática en vez de la marmota nativa que había afirmado ser. Pero los lunáticos envejecen, aunque más lentamente, y los lunáticos de más de cien años (he conocido varios) no tienen el aspecto de alguien de treinta; parecen ancianos.

Iba a costarme conseguir que Gwen pensara que creía cada una de sus palabras..., mientras no creía ninguna y me decía a mí mismo que no importaba. En una ocasión conocí a un hombre que, siendo cuerdo, se había casado con una mujer que creía devotamente en la astrología. Siempre estaba parando a la gente para preguntarle bajo qué signo había nacido. Vivir con ese tipo de locuras antisociales debe ser mucho más difícil que vivir con la suave ilusión de Gwen.

Sin embargo, aquel hombre parecía feliz. Su esposa era una excelente cocinera, una mujer agradable (aparte aquel agujero en su cabeza), y puede que incluso fuera una artista del dormitorio equiparable a Rangy Lil. Así que, ¿por qué tenía que molestarle él por su síndrome? Ella era feliz poseyéndolo, aunque irritara a otras personas. Creo que al hombre no le importaba vivir en un vacío intelectual en casa siempre que se sintiera físicamente cómodo en ella.

Tras expulsar de su encantador pecho lo que la remordía, Gwen se quedó inmediatamente dormida, y pronto yo lo hice también, para una larga, feliz y reparadora noche de descanso. Me desperté reanimado y alegre, dispuesto a atacar a una serpiente cascabel y concederle a la serpiente los dos primeros mordiscos de ventaja.

O dispuesto a comerme una serpiente de cascabel. Cuando llegara el lunes, iba a buscar un nuevo alojamiento; normalmente no me importa salir en busca de las demás comidas, pero el desayuno es preferible que esté a mi disposición antes de tener que enfrentarme al mundo. Ésta no es la única razón de que me casara, pero sí una de las buenas. Por supuesto, hay otras formas de conseguir el desayuno en casa, pero casarte y convencer a lo esposo de que lo prepare es, creo, la estrategia más común.

Entonces me desperté un poco más y me di cuenta de que podía conseguir el desayuno en la misma habitación.

¿Podía? ¿A qué horas funcionaba la cocina? ¿Qué hora era?. Comprobé el letrero colocado junto al pequeño ascensor para bandejas, me sentí deprimido.

Me había lavado los dientes y puesto la pierna y me estaba metiendo dentro de mis pantalones (mientras tomaba nota de que tenía que comprarme ropa nueva hoy mismo; aquellos pantalones estaban a punto de alcanzar la masa crítica), cuando Gwen se despertó.

Abrió un ojo.

—¿Nos conocemos?

—Nosotros los de Boston no consideramos esto una presentación formal. Pero estoy dispuesto a invitarla a desayunar de todos modos; es usted encantadora. ¿Qué va a ser? Ese antro de pulgas ofrece solamente algo llamado «café completo», una triste promesa en el mejor de los casos. ¿O prefiere que bajemos y nos arrastremos penosamente hasta el Sloppy Joe?

—Vuelve a la cama.

—Mujer, estás intentando cobrar mi seguro de vida. ¿El floppy Joe? ¿O pido para ti una taza de Nescafé tibio, un croissant pasado y un vaso de zumo de naranja sintético para un lujoso desayuno en la cama?

—Me prometiste panqueques cada mañana. Me lo prometiste. Lo hiciste.

—Sí. En el Sloppy Joe. Allí es donde voy a ir yo. ¿Vienes conmigo? ¿O debo encargarme para ti la especialidad Raffles de la casa?

Gwen siguió gruñendo y protestando y acusándome de crímenes innombrables y animándome a que fuera a morir como un hombre, al tiempo que se levantaba rápida y eficientemente, se duchaba y aseaba para el día, y se vestía. Cuando terminó lucía alegre y pizpireta en vez de como una persona que hacía tres días que llevaba la misma ropa. Bueno, ambos llevábamos ropa interior completamente nueva, estábamos recién bañados, y nuestras mentes y uñas estaban putativamente limpias... Pero ella parecía completamente fresca, mientras que yo tenía el aspecto del cerdo que se aleja lentamente. Lo cual era su desgracia y no la mía; Gwen era todo un espectáculo digno de contemplar. Me sentí burbujeantemente feliz.

Cuando abandonamos la habitación L, se colgó de mi brazo y se colgó de él.

—Señor, gracias por invitarme a desayunar.

—Siempre que quieras, niña. ¿En qué habitación está Bill?

Se puso instantáneamente seria.

—Richard, no tengo intención de exponerte ante Bill hasta después de que hayas comido algo. ¿No crees que será mejor?

—¿Eh...? Oh, infiernos, no me gusta esperar a desayunar, y no veo que ganemos nada haciendo esperar a Bill. No tenemos que mirarle; tomaré una mesa para dos y Bill puede sentarse en la barra.

—Richard, eres blando de corazón. Te quiero.

—No me llames blando de corazón, blanda de corazón. ¿Quién ha derrochado dinero en él?

—Yo, y fue un error, y lo recuperé, y no volverá a ocurrir de nuevo.

—Recuperaste parte.

—Recuperé lo que quedaba. Y deja de restregármelo por la nariz, por favor. Fui una idiota, Richard. De acuerdo. Lo reconozco.

—Así que olvidémoslo. ¿Es ésta su habitación?

Bill no estaba en su habitación. Una pregunta en recepción confirmó lo que nuestra llamada había apuntado: Bill se había ido hacia media hora. Creo que Gwen se sintió aliviada. Sé que yo sí. Nuestro chico problema se había convertido en una terrible carga. Tuve que recordarme que había salvado a tía Lilybet para hallar algo bueno en él.

Unos minutos más tarde entramos en el local del Sloppy Joe. Estaba mirando a mi alrededor en busca de una mesa libre para dos cuando Gwen me dio un apretón en el brazo. Alcé la vista, luego miré hacia donde ella estaba mirando.

Bill estaba en la caja, pagando una cuenta. Lo hacía con un billete de veinticinco coronas.

Aguardamos. Entonces se volvió y nos vió..., y pareció a punto de echar a correr. Pero no podía correr hacia ninguna parte excepto hacia nosotros.

Lo sacamos fuera sin una escena. En el pasillo, Gwen le miró fijamente, con el rostro disgustadamente frío.

—Bill, ¿dónde has conseguido ese dinero?

La miró, desvió la vista.

—Es mío.

—Oh, tonterías. Abandonaste la Regla de Oro sin un céntimo. Cualquier dinero que haya ido a parar a tu bolsillo ha procedido de mí. Me mentiste ayer por la noche..., no me lo devolviste todo.

La expresión de Bill era ceñudamente testaruda. No dijo nada. Así que fui yo quien habló.

—Bill, vuelve a tu habitación. Cuando hayamos desayunado te veremos allí. Y queremos que nos digas la verdad.

Me miró con furia apenas contenida.

—¡Senador, eso no es algo que le concierna a usted!

—Ya veremos. Vuelve al Raffles. Vamos, Gwen.

—Pero quiero que Bill me devuelva mi dinero. ¡Ahora!

—Después de desayunar. Esta vez déjame hacerlo a mi manera. ¿Vienes?

Gwen calló y me siguió dentro del restaurante. Conseguí que durante el desayuno no habláramos de Bill; algunos temas agrían los jugos gástricos.

Unos treinta minutos más tarde dije:

—¿Otro panqueque, querida?

—No, gracias, Richard, ya he comido bastantes. No son tan buenos como los tuyos.

—Eso se debe a que soy un genio innato. Terminemos y vayamos a ver a Bill. Decidamos si lo despellejamos vivo o simplemente lo empalamos.

—Había planeado interrogarle en el potro. Richard, la vida perdió algo de su belleza cuando la drogas de la verdad reemplazaron a las empulgueras y los hierros al rojo.

—Amor, eres una pequeña bruja sanguinaria. ¿Un poco más de café?

—Lo dices sólo para halagarme. No, gracias.

Regresamos al Raffles, subimos a la habitación de Bill, fuimos incapaces de levantarlo y regresamos a la recepción. El misántropo que había registrado mi entrada estaba de nuevo de servicio. Pregunté:

—¿Ha visto usted a William Johnson, de la habitación KK?

—Sí. Hará unos treinta minutos recogió su depósito y se fue.

—¡Pero yo hice ese depósito! —exclamó Gwen, casi chillando.

El encargado de la recepción no se inmutó.

—Gospacha, sé que lo hizo. Pero devolvemos el depósito a la devolución de la llave. No importa quién alquiló la habitación.—Buscó en el casillero, sacó la tarjeta correspondiente a la habitación KK—. El depósito apenas cubre el cambio del código magnético si alguien no devuelve su llave..., no paga las molestias. Si usted deja caer su llave en el pasillo y alguien la recoge y la devuelve, nosotros le pagamos a él el depósito..., luego usted tiene que pagar un segundo depósito si quiere volver a entrar en su habitación.

Tomé firmemente a Gwen del codo.

—Ya basta. Si aparece, háganoslo saber, ¿quiere? Habitación L.

Miró a Gwen.

—¿No quiere usted la habitación KK?

—No.

Volvió su atención hacia mí.

—Tiene usted la habitación L como individual. Para ocupación doble el precio es superior.

De pronto todo aquello fue demasiado. Noté que se desbordaba el vaso, que era más de lo que podía soportar.

—Intente usted sacarme una corona más, y le arrastraré al Corredor del Fondo y allí le desatomillaré la cabeza del resto del cuerpo. ¿Ha entendido? Vamos, querida.

Seguía echando humo cuando entramos en nuestra habitación y cerré la puerta por dentro.

—Gwen, no vamos a quedarnos en la Luna. El lugar ha cambiado. A peor.

—¿Dónde quieres ir, Richard? —Parecía afligida.

—Oh... Optaría por emigrar. Fuera del sistema..., Botany bay, o Próxima, o algo así..., si fuera más joven y tuviera dos piernas. —Suspiré—. A veces me siento como un niño huérfano.

—Cariño...

—¿Sí, amor?

—Estoy aquí, y quiero ser tu madre. Iré donde tú vayas.

Te seguiré hasta los confines de la galaxia. Pero no quiero abandonar todavía Ciudad Luna..., si estás de acuerdo. Podemos salir y buscar algún otro sitio. Si no encontramos nada, tal vez el rabino Ezra tuviera razón, entonces..., ¿podemos quedarnos con este estúpido empleado hasta el próximo lunes? Seguro que entonces encontraremos un lugar.

Me concentré en echarle el freno a los latidos de mi corazón, lo conseguí.

—Sí, Gwen. Podemos encontrar un lugar donde trasladarnos pasado el fin de semana, después de que los Adoradores se hayan ido, si no podemos hallar un lugar adecuado de inmediato. No me importaría ese tipo de recepción si estuviera seguro de poder hallar un cubículo a la medida de nuestras necesidades tras el fin de semana.

—Sí, señor. ¿Puedo decirte por qué necesito quedarme en Ciudad Luna por un tiempo?

—¿Eh? Sí, por supuesto. De hecho, yo también debería arraigarme en algún lugar por un tiempo. Tengo que escribir algo, ganar un poco de dinero para compensar los más bien abundantes gastos de esta semana.

—Richard. He intentado decírtelo. No tenemos que preocuparnos por el dinero.

—Gwen, siempre hay que preocuparse por el dinero. No voy a gastar tus ahorros. Llámame *macho* si quieres, pero tengo intención de mantenerte.

—De acuerdo, Richard. Gracias. Pero no necesitas sentirte presionado por el tiempo. En el momento que sea necesario puedo echar mano de cualquier cantidad de dinero que necesitemos.

—¿De veras? Ésta es una afirmación muy categórica.

—Pretendía serlo, señor. Richard, he dejado de mentirte. Ahora es el momento de contarte grandes bocados de verdad.

Aparté aquello a un lado con ambas manos.

—Gwen, ¿acaso no he dejado claro que no me importan las patrañas que puedas haber contado o lo vieja que seas o lo que hayas hecho? Esto es empezar de nuevo, tú y yo.

—¡Richard, deja de tratarme como a una niña!

—Gwen, no te estoy tratando como a una niña. Estoy diciendo que te acepto tal como eres. Hoy. Ahora. Tu pasado es asunto tuyo.

Me miró tristemente.

—Querido, no crees que yo sea Hazel Stone, ¿verdad?

¡Hora de mentir! Pero una mentira no es buena si no es creída (a menos que se diga que no hay que creerla, lo cual no se aplica aquí). En vez de ello, hora de escurrir el bulto.

—Querida, he estado intentando decirte que no me importa si eres o no Hazel Stone. O Sadie Lipschitz. O Pocahontas. Eres mi amada esposa. No ensombrecamos ese dorado hecho con irrelevancias.

—¡Richard, Richard! Escúchame. Déjame hablar. —Suspiró—. O de otro modo...

—¿O de otro modo qué?

—Ya sabes lo que significa «o de otro modo»; lo usaste conmigo. Si no me escuchas, entonces tendré que volver a informar que he fracasado.

—¿Volver dónde? ¿Informar a quién? ¿Fracasado en qué?

—Si no escuchas, no importa.

—¡Me dijiste que no te dejara marcharte!

—No me marcharé; simplemente haré una gestión, y luego volveré a casa contigo. O te invitaré a que tú vengas conmigo.... ¡oh, me gustaría que lo hicieras! Pero debo informar de mi fracaso y renunciar a mi misión..., luego seré libre de ir contigo hasta el final del universo. Pero debo renunciar, no simplemente desertar. Tú eres un soldado; comprendes esas cosas.

—¿Tú también eres un soldado?

—No exactamente. Un agente.

—¿Un... agente provocador?

—Oh..., algo parecido. —Sonrió secamente—. Un agente amoroso quizá. Aunque no se me dijo que me enamorara de ti. Sólo que me casara contigo. Pero me enamoré, Richard, y eso puede que me haya arruinado como agente. ¿Vendrás conmigo mientras informo? ¿Por favor?

A cada minuto que pasaba me sentía más confuso.

—Gwen, a cada minuto que pasa me siento más confuso.

—Entonces, ¿por qué no dejas que me explique?

—Oh... Gwen, eso *no puede* explicarse. Afirmas que eres Hazel Stone.

—Lo soy.

—Maldita sea, no puedo contar. Hazel Stone, si aún está viva, ha de tener más de cien años.

—Es cierto. Tengo más de cien años.—Sonrió—. Eres más joven que yo, cariño.

—¡Oh, por el amor de Dios! He pasado las últimas cinco noches en la cama contigo. ¡Eres un viejo pellejo excepcionalmente bien conservado!

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Gracias, querido. Se lo debo al Compuesto Vegetal de Lydia Pinkham.

—¿Ah, sí? ¿Una panacea patentada extrajo el calcio de tus articulaciones y volvió a ponerlo en tus huesos, y planchó todas las arrugas de tu rostro, y restauró tu juvenil equilibrio hormonal, y desembozó tus arterias? Encárgame un barril para mí; noto que estoy en el declive.

—La señora Pinkham tuvo ayuda de expertos, querido. Richard, si tan sólo me dejaras probarte quién soy, con mi huella dactilar en la Declaración de Independencia, tu mente podría abrirse a la verdad, por extraña que parezca. Me gustaría poderte ofrecer la identificación por los rasgos retinales, pero mis retinas no fueron fotografiadas entonces. Pero *hay* esa huella dactilar. Y está el análisis de sangre también.

Empecé a sentir pánico..., ¿qué haría Gwen si de pronto su ilusión se venía abajo?

Entonces recordé algo.

—Gwen, Gretchen mencionó a Hazel Stone.

—Sí, lo hizo. Gretchen es mi tataranieta, Richard. Me casé con Slim Lemke, del clan de los Stone, el día que cumplí los catorce, y tuve mi primer hijo de él en el equinoccio de otoño de la Tierra de 2078..., un chico; lo llamé Roger por mi padre. En 2080 tuve mi primera hija...

—Alto. Tu hija mayor estudiaba en Percival Lowell cuando yo dirigí la operación de rescate. O eso fue lo que dijiste.

—Parte de ese saco de mentiras, Richard. De hecho, tuve un descendiente allí..., una nieta en la facultad. Así que te estoy realmente agradecida. Pero tenía que hacer encajar los detalles con mi edad aparente. Mi primera hija se llamó Ingrid, por la madre de Slim..., e Ingrid Henderson fue bautizada con ese nombre por su abuela..., mi hija, Ingrid Stone. Richard, no puedes imaginar lo difícil que resultó para mí aquel momento, cuando en Presurizado Huesos Secos me encontré por primera vez con cinco de los míos y no pude decirles quién era yo.

»Pero no podía ser la abuela Hazel cuando era Gwen Novak. Así que no lo admití..., y ésa no fue la primera vez que me ocurría algo así. He tenido un montón de hijos..., cuarenta y cuatro años desde la menarquía hasta la menopausia, y di a luz dieciséis de cuatro maridos y tres desconocidos de paso..., y tomé el nombre de Stone después de que mi cuarto marido muriera. Porque me mudé con mi hijo Roger Stone.

»Crié a cuatro de los chicos que había tenido Roger con su segunda esposa..., es médico residente y necesitaba una abuela residente. Vi casarse a tres de ellos, todos menos el pequeño, que es ahora cirujano jefe en el hospital general de Ceres y puede que nunca llegue a casarse porque es apuesto y egoísta y cree en el viejo dicho de "¿Por qué tener una vaca en casa?"

»Luego empecé a tomar el compuesto vegetal, y aquí estoy, fértil de nuevo y dispuesta a criar otra familia. —Sonrió y se palmeó el vientre—. Vayamos a la cama.

—Maldita sea, muchacha; ¡eso no va a resolver nada!

—No, pero es una forma estupenda de pasar el rato. Y a veces pone freno a las hemorragias recurrentes. Lo cual me recuerda... Si alguna vez aparece Gretchen, no voy a interferir una segunda vez. Simplemente no me gustó tener a mi tataranieta metiéndose en mi luna de miel..., una luna de miel en la que ya se habían metido muchas personas y demasiada excitación.

—Gretchen es sólo una niña.

—¿Eso crees? Es tan madura físicamente como yo cuando tenía catorce años..., cuando me casé y quedé embarazada casi en seguida. Fui virgen al matrimonio, Richard; algo que ocurre con mucha más frecuencia aquí que en ningún otro sitio. Mamá Mimi era estricta y mamá Wyoh tenía el encargo de mantenerme constantemente vigilada, y no estaba dispuesta a dejarse perder nada, puesto que la familia Davis estaba socialmente tan arriba en Ciudad Luna en aquellos días como puedas haberlo estado tú, y yo apreciaba el haber sido adoptada por ellos. Mi amor, no pienso decirte otra palabra acerca de mí hasta que cotejes mi signo y mi huella en la Declaración. Puedo captar lo incredulidad..., y eso me humilla.

(¿Qué puede hacer uno cuando su esposa persiste? El matrimonio es la más grande de las artes humanas... cuando funciona.)

—Cariño, no deseo humillarte. Pero no soy competente en el examen de las huellas digitales. Aunque hay más de una forma de cocinar un pollo. Esa segunda esposa de tu hijo Roger: ¿sigue aún con vida?

—Completamente. La doctora Edith Stone.

—Entonces es probable que exista un registro aquí en Ciudad Luna de su matrimonio con tu hijo... ¿Es el Roger Stone que fue alcalde en una ocasión?

—Sí. Desde 2122 hasta 2130. Pero no está disponible; se fue de aquí en 2148.

—¿Dónde está ahora?

—A varios años luz de distancia. Edith y Roger emigraron al exterior, a Fiddler's Green. Nadie de esta rama de mi familia se halla ya por aquí. No funcionará, querido... Estás buscando a alguien que pueda identificarme como Hazel Stone, ¿no?

—Bueno..., sí. Pensé que la doctora Edith Stone podría ser un testigo experto a imparcial.

—Hummm..., puede que aún lo sea.

—¿Cómo?

—El análisis de la sangre, Richard.

—Mira, Gwen, el análisis de la sangre es un tema del que conozco algo debido a la cirugía de campaña. Hice que la sangre de cada uno de los hombres de mi regimiento fuera analizada y registrada. El análisis de la sangre puede demostrar quién no eres; no puede demostrar quién eres. En un grupo tan pequeño como un

regimiento, incluso el raro grupo AB negativo puede ser hallado más de una vez; aparece en una persona de cada dos mil. Lo recuerdo, porque es el mío.

Asintió.

—Y yo soy O positivo, el más común de todos. Pero ésa no es toda la historia. Si analizas todos los treinta y tantos grupos sanguíneos, un análisis de sangre es tan único como una huella dactilar o el esquema de una retina. Richard, durante la Revolución muchos de los nuestros murieron porque no había sido analizada su sangre. Oh, sabíamos cómo hacer transfusiones, pero los donantes seguros, entonces y allí, solamente podían ser hallados por comparación. Sin análisis previo esto era a menudo demasiado lento; muchos, no, la mayoría de nuestros heridos que necesitaban sangre murieron porque no pudo identificarse a tiempo un donante.

»Tras la independencia y la paz, mamá Wyoh..., Wyoming Knott Davis, el hospital de Kong lleva su nombre, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo.

—Mamá Wyoh había sido madre sustituta profesional en Kong, y sabía acerca de tales cosas. Inició el primer banco de sangre, con dinero donado por el mayor Watenabe, otro Padre Fundador. Puede que haya todavía medio litro de mi sangre congelada en Kong en estos momentos..., pero lo que sí es seguro que hay es una identificación completa de mi sangre en sus archivos, porque Edith se ocupó de que así fuera para cada uno de nosotros: un análisis completo, de todos los grupos conocidos, antes de que todos empezáramos un *Wanderjahr* en 2148.

Gwen sonrió alegremente.

—Así que toma una muestra de mi sangre, Richard; hazla analizar en el centro médico de la Universidad de Galileo. Que sea un análisis completo; yo lo pagaré. Compáralo con los registros hechos en 2148, archivados en el Memorial Wyoming Knott. Cualquiera que sepa leer inglés puede decir si los dos análisis encajan o no; no es necesario ser el tipo de experto requerido para comparar huellas dactilares. Si eso no dice que yo soy yo, entonces envía a buscar una camisa de fuerza; habrá llegado el momento de internarme.

—Gwen, no vamos a volver a Kong. Por nada del mundo.

—No es necesario. Pagamos al banco de sangre de Galileo para que obtenga una copia del archivo de Kong y la imprima en nuestro terminal. —Su rostro se ensombreció—. Pero *eso* hará desaparecer mi identidad como señora Novak. Una vez los dos informes estén uno al lado del otro, sabrán que la abuela Hazel ha regresado al escenario de sus crímenes. No sé lo que eso le hará a mi misión; no se suponía que ocurriera. Pero sé que convencerte a ti es absolutamente esencial para mi misión.

—Gwen, supón que me has convencido.

—¿De veras, cariño? ¿No me mientes?

(Sí, te miento, amor. Pero tengo que admitir que tus palabras son persuasivas. Todo lo que has dicho encaja con mi propio y meticuloso estudio de la historia lunar..., y tratas algunos pequeños detalles como si realmente hubieras estado allí. Todo eso es convincente, pero la imposibilidad física... Eres *joven*, querida; no eres una vieja arpía de más de un siglo de edad.)

—Querida, me has dado dos caminos positivos para identificarte. Así que supongamos que he comprobado uno a otro o los dos. Estipulemos que eres Hazel. ¿Prefieres que te llame Hazel?

—Responderé a ambos nombres, cariño. ,Sigue.

—De acuerdo. El punto más difícil es tu apariencia. Si fueras vieja y seca en vez de joven y jugosa...

—¿Te estás quejando?

—No. Estoy siendo simplemente descriptivo. Estipulando que eres Hazel Stone, nacida en 2063, ¿cómo explicas tu apariencia juvenil? Y no vuelvas a hablarme de una legendaria panacea.

—Encontrarás la verdad difícil de creer. Richard, me he sometido a rejuvenecimiento. De hecho, dos veces. La primera vez para devolverme la apariencia de finales de la madurez..., mientras se restauraba mi economía corporal a una madurez joven. La segunda vez fue más bien estética, para hacer mi apariencia deseable. Para reclutarte *a ti*, señor.

—Maldita sea. Cara de mono, ¿es éste realmente tu rostro?

—Sí. Pero puede ser cambiado si quieres que mi aspecto sea otro.

—¡Oh, no! No soy de los que insisten en la belleza, mientras el corazón de una muchacha sea puro.

—¡Bien, perdiste!

—Pero puesto que tu corazón no es tan puro como eso, es de justicia que seas hermosa.

—¡No puedes hablar tan fácilmente de esas cosas!



—De acuerdo, eres encantadora y sexy y malvada. Pero el «rejuvenecimiento» lo explica todo sin explicar nada. Por todo lo que he oído, el rejuvenecimiento es para platelmintos, pero no para nada un poco más arriba en la escala evolutiva.

—Richard, esta parte tienes que aceptarla a través de la fe..., por ahora, al menos. Fui rejuvenecida en una clínica a un par de miles de años de distancia y en una extraña dirección.

—Hummm. Suena como una artimaña que hubiera soñado cuando estaba escribiendo fantasías.

—Sí, suena así, ¿verdad? No es convincente. Pero lo juro que es cierto.

—Así que no veo forma de investigarlo. Quizá tenga que recurrir finalmente a esos ficheros de análisis de sangre. Hum..., Hazel Stone, Roger Stone... ¡Hey! ¡El *azote de las rutas espaciales!*

—¡Dios mío, he sido atrapada por mi pasado! Richard, ¿has visto alguna vez mi serial?

—Todos sus episodios, a menos que me hubieran pillado haciendo algo que requería un drástico castigo. El capitán John Sterling fue mi héroe infantil. ¿Y *tú lo* escribiste?

—Mi hijo Roger lo inició. Empezó a escribirlo en 2148, pero no puse mi nombre en él hasta el año siguiente..., entonces fue ((Roger y Hazel Stone».

—¡Lo recuerdo! Pero no recuerdo que lo escribiera nunca Roger Stone.

—Oh, sí, lo hizo..., hasta que se cansó de la dorada rutina. Yo tomé el relevo, con la intención de matarlo...

—¡Querida, nunca puede matarse un serial! Es anticonstitucional.

—Lo sé. De todos modos, se dieron cuenta de mis intenciones y agitaron montones de dinero bajo mi nariz. Y necesitábamos el dinero; entonces estábamos viviendo en el espacio, y una nave espacial, incluso para una familia pequeña, es cara.

—Yo nunca he tenido el valor de escribir un serial a plazo fijo. Oh, he escrito episodios por encargo, pero solamente de forma ocasional, y siempre contra mi voluntad y casi bajo la amenaza de una pistola.

—Buster y yo teníamos la pistola siempre ante nuestras narices.

—¿Buster?

—Mi nieto. El que ahora es cirujano jefe en el Hospital General de Ceres. Durante once años escribimos juntos el serial, frustrando al Señor de la Galaxia en cada ocasión que se presentaba...

—¡El Señor de la Galaxia! El mejor villano de todas las historien seriadas que se hayan escrito nunca. Amor, me gustaría que existiera realmente un Señor de la Galaxia.

—Joven mequetrefe, ¿cómo te atreves a poner en duda la autenticidad del Señor de la Galaxia? ¿Qué sabes *tú* de él?

—Lo siento. Pido disculpas. Es tan real como Ciudad Luna. O de otro modo John Sterling no hubiera tenido a nadie a quien frustrar..., y por supuesto creo también en el capitán John Sterling, de la Patrulla Estelar.

—Eso está mejor.

—Esa vez que el capitán Sterling se perdió en la nebulosa de la Cabeza de Caballo con los gusanos de radiación tras sus talones: ¿cómo consiguió salvarse? Ésa fue una de las veces en que fui castigado y no me dejaron verlo.

—Por lo que recuerdo..., ¿sabes?, fue hace muchos años... Creo recordar que manipuló su radar doppler para freírlos con rayos polarizados.

—No, eso fue lo que utilizó contra las entidades espaciales.

—Richard, ¿estás seguro? No creo que encontrara a las entidades espaciales hasta *después* de que escapara de la nebulosa de la Cabeza de Caballo. Cuando tuvo que firmar una tregua temporal con el Señor de la Galaxia para salvar ésta.

Pensé en aquello. ¿Cuántos años tenía yo entonces? ¿A qué curso iba en la escuela?

—Amor, creo que tienes razón. Me trastornó el hecho de que uniera sus fuerzas a las del Señor incluso para salvar la galaxia. Yo...

—¡Pero *tenía* que hacerlo, Richard! No podía dejar que miles de millones de personas inocentes murieran sólo para no mancharse las manos cooperando con el Señor. Pero puedo ver tu punto de vista. Buster y yo nos peleamos sobre este episodio..., Buster quería sacar ventaja de la tregua temporal para atrapar al Señor, una vez destruidas las entidades espaciales...

—No, el capitán Sterling jamás rompería su palabra.

—Cierto. Pero Buster era siempre el pragmatismo personificado. Su solución a casi cada problema era degollar a alguien.

—Bueno, es un argumento convincente —admití.

—Pero Richard, tienes que ir con cuidado al matar a tus personajes en un serial; siempre debes dejar a alguien vivo para el siguiente episodio. Pero me has dicho que nunca has hecho ninguna serie.

—Nunca, pero sé como funcionan; he visto las suficientes a lo largo de mi existencia. Hazel, ¿por qué me dejaste decir todas aquellas tonterías acerca de la vida de un escritor?

—¡Me has llamado Hazel!

—Cariño..., Hazel, amor..., no estoy interesado en grupos sanguíneos o en huellas dactilares del pulgar. Eres indudablemente la autora del más grande serial de toda la historia, *El azote de las rutas del espacio*. Lo decía en los títulos de crédito, semana tras semana, año tras año: «escrito por Hazel Stone». Luego, tristemente, empezó a decir: «basado en personajes creados por Hazel Stone»...

—¿De veras? Esos últimos créditos hubieran debido incluir a Roger; él creó la serie, no yo. Esos cabezas huecas.

—No importa. Porque los personajes se volvieron anémicos y murieron. Sin ti, la serie nunca fue lo mismo.

—Tuve que dejarla; Buster había crecido. Yo proporcionaba el argumento; él ponía la sangre. Yo a veces me ablandaba; él nunca.

—¿Hazel? ¿Por qué no lo revivimos? Podemos plantear los argumentos juntos; tú los escribes; yo me encargo de la comida y de cuidar la casa. —Me interrumpí y la miré—. ¿Por qué demonios estás llorando ahora?

—¡Lloraré siempre que quiera! ¡Me has vuelto a llamar Hazel... *me crees!*

—*Tengo* que creerte. Cualquiera puede engañarme con grupos sanguíneos y huellas dactilares. Pero nadie puede hacerlo con ficción comercial. No a este viejo y pervertido escritor. Tú eres el auténtico McCoy, amor, el auténtico azote de las rutas del espacio. Pero sigues siendo mi pequeña y dulce ninfomaniaca... Me doy cuenta de que no me importa que tengas doscientos años.

—¡No tengo doscientos años! Ni los tendré durante mucho tiempo.

—¿Pero sigues siendo mi pequeña y dulce ninfomaniaca?

—Si tú me dejas.

Le sonreí.

—¿Puedo decir algo sobre este asunto? Quitate la ropa y preparemos unos cuantos argumentos.

—¿Argumentos?

—Lo mejor que se escribe se hace siempre con las gónadas. Hazel, mi lujuriosa esposa..., ¿no sabías eso? ¡Estaciones de batalla! ¡Aquí viene el Señor de la Galaxia!

—¡Oh, Richard!

## 18

*Cuando hay que hacer una elección entre bondad  
y honestidad, mi voto es para la bondad, siempre...,  
tanto dando como recibiendo.*

IRA JOHNSON, 1854-1941

- Hazel, mi viejo amor...
- Richard, ¿te gustaría que te rompiera un brazo?
- No creo que puedas en este preciso momento.
- ¿Qué te apuestas?
- ¡Auch! ¡Para! No vuelvas a hacer esto..., o te arrojaré de nuevo al arroyo donde te encontré y me casaré con Gretchen. Ella no es vieja.
- Sigue incordiándome. Mi tercer marido era un incordiador. Todo el mundo me felicitó por el buen aspecto que tenía en el funeral..., y qué pena que hubiera muerto tan joven. —Hazel-Gwen me sonrió—. Pero resultó que tenía un buen seguro de vida, lo cual siempre conforta a una viuda. Casarte con Gretchen es una buena idea, querido; me encantará traértela. Enseñarle a disparar, ayudarla con el primer bebé, instruirla acerca de cómo manejar un cuchillo, introducirla en las artes marciales, todas las habilidades domésticas que necesita una chica en este mundo moderno.
- Hummm. Mi querida muchacha, eres tan pequeña, lista, hermosa a inofensiva como una víbora de coral. Creo que Jinx ya ha entrenado a Gretchen.
- Es más probable que lo haya hecho Ingrid. Pero aún puedo pulirla un poco. Como señalaste antes, tengo experiencia. ¿Cuál fue la palabra que usaste? «Vieja», eso es.
- ¡Auch!
- Oh, eso no duele. Blando.
- Un infierno no duele. Voy a entrar en un monasterio.
- No hasta que hayas traído aquí a Gretchen. Acabo de decidirlo, Richard; vamos a casarnos con Gretchen.
- Traté aquella ridícula afirmación con la negligencia que se merecía..., me levanté y cojeé hasta el baño. Poco después ella me siguió. Me protegí.
- ¡Socorro! ¡No me golpees de nuevo!
- Oh, deja de decir tonterías. Todavía no te he golpeado ninguna vez.
- Me rindo. No eres vieja; sólo estás adobada. Hazel, amor, ¿qué te hace tan agresiva?
- No soy agresiva. Pero cuando una es tan pequeña como yo y mujer, si no haces valer tus derechos, puedes estar segura que serás empujada hacia todos lados por los grandes, peludos y malolientes hombres con sus ilusiones acerca de la superioridad masculina. No grites, querido; no te he pegado, aún no. No he derramado sangre..., ¿o sí?
- Temo mirar. Mi madre nunca me advirtió que la vida matrimonial pudiera ser así. Corazón, ibas a decirme por qué tenías que reclutarme y con qué finalidad cuando nos distrajimos.
- Tardó en contestar.
- Richard, tuviste problemas en creer que tengo más de dos veces tu edad.
- Me convenciste. No lo comprendo, pero he tenido que aceptarlo.
- Descubrirás que otras cosas que debo decirte son mucho más difíciles de aceptar. ¡Mucho!
- Entonces probablemente no las aceptaré. Hazle-Gwen, amor, soy un caso difícil. No creo en el espiritismo, ni en la astrología, ni en el nacer de una madre virgen...
- Nacer de una madre virgen no es difícil.
- Quiero decir en sentido teológico; no estoy hablando de laboratorios genéticos..., el nacer de una madre virgen, la numerología, el infierno en su sentido literal, la magia, la brujería, y las promesas de las campañas de los políticos. Dime algo que corra en sentido contrario al caballo; seré como mínimo tan duro de convencer como lo fui respecto a tus años. Necesitarás al Señor de la Galaxia para que confirme tus palabras.
- De acuerdo. Empecemos por esto. Desde según qué punto de vista, soy aún más vieja de lo que sospechas. Más de dos siglos.
- Alto. No cumplirás los doscientos hasta el día de Navidad de 2263. Todavía falta mucho, como señalaste muy bien.
- Cierto. No te hablé de esos años extra aunque los he vivido..., porque los he vivido en ángulos rectos.
- Querida —respondí—, la banda sonora acaba de quedarse muda.
- Pero Richard, esto es fácil de creer. ¿Dónde dejé caer mis panties?
- Por todo el Sistema Solar, según tus memorias.
- No has acertado ni la mitad, mister. Dentro y fuera del Sistema, a incluso fuera de este universo..., y hermano, ¡he franqueado multitud de veces ese límite! Quiero decir, ¿dónde los dejé caer hoy?

—A los pies de la cama, supongo. Amor, ¿por qué te molestas en llevar panties cuando te los quitas con tanta frecuencia?

—Porque es lo correcto. Solamente las prostitutas van por ahí sin ellos..., y te agradeceré que mantengas tu educada lengua dentro de tu cabeza.

—No he dicho nada.

—He podido oír lo que estabas pensando.

—Y tampoco creo en la telepatía.

—No, ¿eh? Mi nieto el doctor Lowell Stone, alias Buster, acostumbraba a hacer trampas al ajedrez leyendo mi mente. Gracias a Dios perdió la habilidad cuando tenía diez años.

—Anotado —respondí— como un rumor relativo a un altamente improbable acontecimiento narrado por un informador cuya veracidad no ha sido establecida. La fiabilidad del pretendido dato, en consecuencia, no es mayor de C-5 según la escala de la inteligencia militar.

—¡Pagarás por esto!

—Califícalo tú misma —dije—. Has servido en la inteligencia militar. Fue en la CIA, ¿no?

—¿Quién lo dijo?

—Tú lo dijiste. A través de diversas observaciones sin terminar.

—No he estado en la CIA, y nunca he estado en McLean en mi vida, a iba completamente disfrazada cuando estuve allí, y no era yo; era el Señor de la Galaxia.

—Y yo soy el capitán John Sterling.

Gwen-Hazel abrió mucho los ojos.

—Bravo, capitán, ¿puedo conseguir tu autógrafo? Mejor dame dos; puedo cambiar dos de los tuyos por uno de Rosie la robot. Richard, ¿crees que estamos cerca de la central de correos?

—Tenemos que estarlo. He mandado enviar una carta para el padre Schultz. ¿Por qué, querida?

—Si podemos darnos una vuelta por Macy's, me gustaría empaquetar las ropas y la peluca de Naomi y enviárselo todo por correo. Están mordisqueando mi conciencia.

—¿Tu qué?

—El sistema de contabilidad que use en vez de ella. Richard, cada vez me recuerdas más a mi tercer marido. Era un hombre apuesto, como tú. Se cuidaba mucho, y murió gozando de perfecta salud.

—¿De qué murió?

—De un martes, creo recordar. ¿O era un miércoles? Fuera como fuese, yo no estaba allí..., estaba muy lejos, dándome el lote con un buen semental. Nunca llegamos a saber qué fue lo que pasó. Al parecer se desvaneció en su baño y su cabeza quedó debajo del agua. ¿Qué estás murmurando, Richard? ¿«Carlota» quién?

—Nada, nada en absoluto. Hazel..., yo no tengo seguro de vida.

—Entonces debemos ser mucho más cuidadosos en mantenerte con vida. ¡Deja de bañarte!

—Si lo hago, en tres o cuatro semanas lo lamentarás.

—Oh, yo también dejaré de hacerlo; eso equilibrará las cosas. Richard, ¿tendremos tiempo hoy de ir al Complejo de la Autoridad?

—Quizá. ¿Por qué?

—Para encontrar a Adam Selene.

—¿Está enterrado allí?

—Eso es algo que debo intentar descubrir. Richard, ¿está en buena forma tu credulidad?

—Está sobresaturada. ¡Varios años en ángulos rectos, vaya! ¿Quieres comprar un bucle espacial?

—Gracias; ya tengo uno. En el bolso. Esos años extra son sólo asunto de geometría, esposo mío. Si piensas en la imagen convencional del espaciotiempo con sólo un eje temporal, entonces claro que lo encontrarás difícil de entender. Pero hay al menos tres ejes temporales, del mismo modo que hay tres ejes espaciales..., y yo he vivido esos años extra en otros ejes. ¿Todo claro?

—Absolutamente claro, mi amor. Tan evidente en sí mismo como el trascendentalismo.

—Sabía que lo entenderías. El caso de Adam Selene es más difícil. Cuando yo tenía doce años le oí hablar muchas veces; fue el líder inspirador que mantuvo unida nuestra Revolución. Luego fue muerto..., o eso se dijo. No fue hasta muchos años después que mamá Wyoh me dijo, como un profundo secreto, que Adam no era un hombre. No era un ser humano. Era otro tipo de entidad.

Muy cuidadosamente, no dije nada.

—¿Y bien? —quiso saber Gwen—Hazel—. ¿No tienes nada que decir?

—Oh, seguro. No humano. Un alienígena. Piel verde y un metro de alto, y su platillo volante aparcado en el Mare Crisium, justo fuera de Ciudad Lunática. ¿Dónde estaba el Señor de la Galaxia?

—Puedes trastornarme hablando de este modo, Richard, porque sé exactamente cómo una historia tan imposible afecta a una. Tuve el mismo tipo de dudas cuando mamá Wyoh me lo dijo. Excepto que yo tuve que creerla porque mamá Wyoh nunca me mintió. Pero Adam no era un alienígena, Richard; era un hijo de la humanidad. Pero no un hijo humano. Adam Selene era un ordenador. O un complejo de programas en un ordenador. Pero era un ordenador autoprogramable, así que en el fondo viene a ser lo mismo. ¿Y bien, señor?

Me tomé mi tiempo para responder.

—Me gustan más los platillos volantes.

—¡Oh, mierda! Estoy tentada de devolvete a Marcy Choy-Mu.

—Es lo mejor que podrías hacer.

—No. Te conservaré; estoy acostumbrada a tus fobias. Pero tal vez te guarde en una jaula.

—Hazel. Escucha atentamente. Los ordenadores no piensan. Calculan a gran velocidad siguiendo reglas integradas en ellos. Puesto que nosotros calculamos al usar nuestros cerebros para pensar, esta capacidad intrínseca de calcular da a los ordenadores una *apariencia* de que están pensando. Pero *no piensan*. Operan de la forma que operan porque deben hacerlo; fueron construidos de ese modo. Puedes añadir «animismo» a la lista de nociones estúpidas que no pienso suscribir.

—Me alegro de que pienses así, Richard, porque este trabajo será delicado y difícil. Necesito tu saludable escepticismo para mantenerme en el buen camino.

—Voy a tener que escribir eso y examinarlo atentamente.

—Hazlo, Richard. Ahora, esto es lo que ocurrió en 2075 y 76: uno de mis padres adoptivos, Manuel García, era el técnico que se hizo cargo del gran ordenador de la Autoridad. Este ordenador lo hacía casi todo..., manejaba todas las utilidades de esta ciudad y de la mayoría de las otras madrigueras, excepto Kong..., lanzaba la catapulta, manejaba los tubos, se cuidaba de las finanzas, imprimía el *Lunatic*..., lo hacía prácticamente todo. La Autoridad consideraba más económico ampliar las funciones de este gran ordenador que diseminar ordenadores más pequeños por toda la Luna.

—Cosa que no resulta ni eficiente ni segura.

—Probablemente, pero eso es lo que hicieron. La Luna, entonces, era una prisión; no necesitaba ser ni eficiente ni segura. No había ninguna industria de alta tecnología aquí, y en esos días teníamos que aceptar lo que se nos diera. Así pues, querido, ese ordenador maestro fue haciéndose más y más grande..., y despertó.

(Lo hizo, ¿eh? Una fantasía total, mi amor..., y un cliché que ha sido utilizado por todos los escritores de fantasía de la historia. Incluso la cabeza parlante de Roger Bacon era una versión de ella. El monstruo de Frankenstein es otra. Luego las historias se multiplican, sin contar las que faltan por venir aún. Y todas ellas no son más que tonterías.) Pero lo que dije fue:

—Adelante, querida. ¿Y entonces qué?

—Richard, no vas a creerme.

—Creí que ya habíamos dejado bien sentado eso. Dijiste que necesitabas mi saludable escepticismo.

—¡Lo necesito! Para utilizarlo. ¡Crítica! No te limites a quedarte sentado ahí con esa expresión en tu rostro. Ese ordenador había estado operando a través de la voz desde hacía años..., aceptando programas hablados, respondiendo con habla sintética; a través de una impresora o de las dos maneras a la vez.

—Funciones preprogramadas. Esa técnica tiene dos siglos de antigüedad.

—¿Por qué se ha ensombrecido tu rostro cuando he dicho «despertó»?

—Porque es una tontería, mi amor. Despertar y dormir son funciones de los seres vivos. Una máquina, no importa lo poderosa y flexible que sea, no despierta ni se va a dormir. Se conecta o se desconecta; eso es todo.

—De acuerdo, déjame decirlo de otro modo. Ese ordenador se volvió consciente de su existencia y adquirió libre albedrío.

—Interesante. Si es cierto. No tengo por qué creerlo. No lo creo.

—Richard, me niego a exasperarme. Simplemente eres joven a ignorante, y no es culpa tuya.

—Sí, abuelita. Soy joven y tú eres ignorante, culo evasivo.

—Quita tus lascivas manos de ahí y *escucha*. ¿Qué se entiende por autoconsciencia en un hombre?

—¿Eh? No necesito entenderlo; lo experimento.

—Cierto. Pero no se trata de una pregunta trivial, señor. Tratémoslo como un problema límite. ¿Eres consciente de ti mismo? ¿Lo soy yo?

—Bien, yo lo soy, cara de mona. No estoy seguro respecto a ti.

- Lo mismo, viceversa.
- Eso es divertido también.
- Richard, ciñámonos al tema. ¿Es la esperma en el cuerpo de un hombre consciente de sí misma?
- Espero que no.
- ¿O el óvulo en una mujer?
- Esa pregunta tienes que responderla tú, belleza; yo nunca he sido mujer.
- Y estás eludiendo las preguntas sólo para importunarme. Un espermatozoide no es consciente de sí mismo y tampoco lo es un óvulo..., y no me importan las observaciones tontas; eso es un límite. Yo, un cigoto humano adulto, soy consciente de mí misma. Y tú también lo eres de ti mismo, aunque eso es más discutible con los machos. Segundo límite. Muy bien, Richard; ¿en qué punto del óvulo recién fertilizado al cigoto maduro llamado «Richard» entra en el cuadro la autoconsciencia? Respóndeme. No me vengas con evasivas y, por favor, nada de observaciones tontas.
- Sigo pensando que la pregunta ya era tonta de por sí, pero intenté dar una respuesta seria.
- Muy bien. Yo siempre he sido consciente de mí mismo.
- ¡Una respuesta seria, por favor!
- Gwen-Hazel, esa respuesta es tan seria como resulta posible. Por *todo lo que sé*, he vivido desde siempre y he sido consciente de mí mismo todo el tiempo. Toda esa charla acerca de cosas que ocurrieron antes de 2133, el supuesto año de mi supuesto nacimiento, son sólo rumores y no muy convincentes. Los acepto para evitar irritar a la gente o que me miren como a un bicho raro. Y cuando oigo a los astrónomos hablar de que el mundo fue creado en una gran explosión hace ocho o dieciséis o treinta mil millones de años antes de que yo naciera (sí es que nació; yo no lo recuerdo), me entran ganas de echarme a reír. Si yo no estaba vivo hace dieciséis mil millones de años, entonces es que no había nada en absoluto. Ni siquiera el espacio vacío. Nada. Cero en torno, ningún borde. El universo en el que existo no puede existir sin yo en él. Así que es una tontería hablar de la fecha en que fui consciente de mí mismo; el tiempo empezó cuando empecé yo, y se acabará cuando yo me acabe. ¿Todo claro? ¿O debo dibujarte un diagrama?
- Todo claro en la mayor parte de los puntos, Richard. pero estás equivocado respecto a la fecha. El tiempo no empezó en 2133. Empezó en 2063. A menos que uno a otro de nosotros sea un golem.
- Cada vez que tengo que recurrir a un solipsismo ocurre algo como esto.
- Cariño, eres lista. Pero eres un pedacito de mi imaginación. ¡*Auch!* Te dije que no hicieras esto.
- Tienes una gran imaginación, querido. Gracias por pensarme. ¿Quieres otra prueba? Hasta ahora sólo he estado jugando..., ¿debo romperte algún hueso? Sólo uno pequeño. Tú eliges.
- Escucha, pedacito de mi imaginación. Rompe uno de mis huesos, y lo lamentarás durante los próximos mil millones de años.
- Sólo una demostración lógica, Richard. No hay ninguna malicia en ello.
- Y una vez me haya curado el hueso...
- Oh, yo te lo curaré, cariño.
- ¡No en toda tu vida! Una vez me lo haya curado, telefonaré a Xia y le pediré que venga y se case conmigo y me proteja de los pedacitos pequeños de mi imaginación con hábitos violentos.
- ¿Vas a divorciarte de mí? —De nuevo era toda ojos.
- ¡Infiernos, no! Sólo degradarte a segunda esposa y poner a Xia a cargo del matrimonio. Pero no puedo abandonarte. Permiso denegado. Ha recaído sobre ti una sentencia perpetua, ya sea en línea recta o en ángulos rectos. Voy a buscar un bastón y a pegarte hasta que abandones tus malas costumbres.
- Está bien. Siempre que no tenga que irme.
- ¡*Auch!* Y no muerdas. No es correcto.
- Richard, sólo soy un pedacito de tu imaginación, así que cualquier mordisco que te dé es idea tuya, de modo que te lo das tú mismo con alguna intención masoquista. Si eso no es cierto, entonces es que soy autoconsciente..., no un pedacito de tu imaginación.
- La lógica del si/entonces nunca demuestra nada. Pero eres un pedacito delicioso, querida. Me alegro de haber pensado en ti.
- Gracias, señor. Cariño, hay una cuestión clave. ¿La responderás seriamente? Te prometo dejar de morder.
- ¿Para siempre?
- Hummm...
- No te esfuerces, pedacito. Si tienes alguna pregunta seria que hacer, yo te daré una respuesta seria.

—Sí, señor. ¿Qué es lo que hace la autoconsciencia de un hombre, y qué es lo que hace que esta condición o proceso o lo que sea que es la autoconsciencia sea imposible para una máquina? Específicamente para un ordenador. En particular para el gigantesco ordenador que administraba este planeta en 2076. El Holmes IV.

Resistí la tentación de una respuesta mordaz. ¿Autoconsciencia? Sé de una escuela de psicólogos que insiste en que la consciencia, si existe, se halla presente sólo como algo pasajero, sin efectos sobre el comportamiento.

Este tipo de tonterías debería arrinconarse con la transubstanciación. Aunque sea cierto, no puede probarse.

Soy consciente de mi propia autoconsciencia..., y hasta ahí es hasta donde un honesto solipsista puede llegar.

—Gwen-Hazel, no lo sé.

—¡Bien! Estamos haciendo progresos.

—¿De veras?

—Sí, Richard. La parte más difícil en aceptar cualquier idea nueva es barrer las ideas falsas que ocupan ese nicho. Mientras ese nicho siga ocupado, las evidencias y pruebas y demostraciones lógicas no conducen a ninguna parte. Pero una vez el nicho se ha vaciado de la idea mala que ha estado llenándolo..., cuando puedes decir honestamente: «No lo sé», entonces se hace posible alcanzar la verdad.

—Amor, no sólo eres el más encantador pedacito que jamás haya imaginado, sino también el más listo.

—Ya basta, niño grande. Escucha esta teoría. Y piensa en ella como en una hipótesis de trabajo, no como en una verdad entregada por Dios. Fue soñada por mi padre adoptivo, papá Mannie, para explicar el hecho observado de que su ordenador había nacido a la vida. Quizás explique algo, quizá no..., mamá Wyoh dijo que papá Mannie nunca estuvo seguro. Ahora escúchame... Un óvulo humano fertilizado se divide..., vuelve a dividirse. Y otra vez. Y otra vez, y otra, y otra. En algún lugar a lo largo de esa línea, no sé cuándo, esta colección de millones de células vivas se vuelve consciente de sí misma y del mundo que la rodea.

»Un óvulo fertilizado no es consciente, pero un niño pequeño sí. Después de que papá Mannie descubriera que su ordenador era consciente de sí mismo, observó que éste, que se había expandido horriblemente a medida que le eran asignadas más tareas, alcanzaba un punto de complicación en el que poseía más interconexiones de las que hay en un cerebro humano.

»Papá Mannie dio un gran salto teórico: cuando el número de interconexiones en un ordenador se vuelve aproximadamente del mismo orden que el número de interconexiones en un cerebro humano, ese ordenador puede despertar y volverse autoconsciente..., y probablemente lo haga. No estaba seguro de que esto ocurriera siempre, pero sí estaba convencido de que podía pasar, y por esa razón: el alto número de interconexiones.

»Richard, papá Mannie nunca llegó más lejos que eso. No era un científico teórico; era un técnico de reparaciones. Pero la forma en que se estaba comportando su ordenador le preocupaba; tenía que intentar descubrir por qué estaba actuando tan extrañamente. Su teoría resultó. Pero no necesitas prestarle atención; papá Mannie nunca la comprobó.

—Hazel, ¿cuál era ese extraño comportamiento?

—Oh, mamá Wyoh me dijo que lo primero que notó Mannie fue que Mike, el ordenador quiero decir, Mike había adquirido sentido del humor.

—¡Oh, no!

—Oh, sí. Mamá Wyoh me dijo que, para Mike (o Michelle, o Adam Selene; utilizaba los tres nombres; era una trinidad), Para Mike, toda la Revolución de la Luna, en la que murieron miles de personas aquí y centenares de miles en la Tierra, era una broma. Era simplemente una enorme broma pesada ideada por un ordenador con el cerebro de un supergenio y un sentido del humor infantil. —Hazel hizo una mueca, luego sonrió—. Sólo un enorme, crecido, encantador niño al que se hubiera tenido que dar una buena azotaina.

—Haces que suene como un placer. Lo de la azotaina.

—¿De veras? Quizá no debiera. Después de todo, un ordenador no puede tener razón o estar equivocado, o experimentar el bien y el mal en el sentido humano; no hubiera tenido base para ellos..., o antecedentes, si te gusta más. Mamá Wyoh me dijo que el comportamiento humano de Mike era por imitación: poseía interminables modelos de roles; lo leía todo, incluida ficción. Pero su única emoción real, toda suya, era una profunda soledad y un gran anhelo de compañía. Eso fue nuestra revolución para Mike: compañía..., juego..., un juego que llamó hacia él la atención del profesor y de Wyoh y especialmente de Mannie. Richard, si una máquina puede sentir emociones, ese ordenador quería a papá Mannie. ¿Bien, señor?

Me sentí tentado a decir «tonterías» o incluso algo menos educado.

—Hazel, me estás pidiendo la verdad desnuda..., y eso va a dolerle a tus sentimientos. Para mí suena a ficción. Si no tu ficción, entonces la de tu madre adoptiva, Wyoming Knott. —Añadí—: Cariño, ¿salimos a

atender nuestras cosas? ¿O prefieres que pasemos todo el día hablando de una teoría sobre la que ninguno de los dos posee la menor prueba?

—Estoy vestida y lista para irme, querido. Sólo un poco más y me callaré. Encuentras esta historia increíble.

—Sí, la encuentro —dije, tan llanamente como me fue posible.

—¿Qué parte de ella es increíble?

—Toda ella.

—¿De veras? ¿O el punto fundamental de que un ordenador pueda ser autoconsciente? Si aceptas eso, ¿no resulta el resto más fácil de admitir?

(Intenté ser honesto. Si aquella tontería no me producía náuseas, ¿sería aceptable el resto? ¡Oh, por supuesto! Como las gafas de oro de Joseph Smith, como las tablas tendidas a Moisés desde el monte, como el corrimiento al rojo en el *big bang*..., acepta el postulado, y el resto bajará suavemente.)

—Hazel—Gwen, si admitimos un ordenador autoconsciente con emociones y libre albedrío, no me preocupará ninguna otra cosa..., desde los fantasmas a los hombrecillos verdes. Qué fue lo que dijo la Reina Roja? Cree siete cosas imposibles antes del desayuno.

—La Reina Blanca.

—No, la Reina Roja.

—¿Estás seguro, Richard? Fue antes de...

—Olvidalo. Piezas de ajedrez que hablan es algo aún más difícil de tragar que un ordenador juguetero. Cariño, la única prueba que ofreces es una historia contada por tu madre adoptiva en su vejez. Eso es todo. Hummm..., ¿senil, quizá?

—No, señor. Muriéndose, pero no senil. Cáncer. Por exposición a una tormenta solar cuando era muy joven. O eso pensaba ella. Fuera como fuese, no era senilidad. Me dijo esto cuando supo que iba a morir..., porque pensaba que la historia no debía perderse completamente.

—¿No ves la debilidad de todo el asunto, querida? Una historia de lecho de muerte. Ningún otro dato.

—En absoluto, Richard.

—¿Eh?

—Mi padre adoptivo Manuel Davis confirma todo ello y más aún.

—Pero... Siempre has hablado de él en tiempo pasado. O creí que lo hacías. Ahora debería tener... ¿cuántos años? Más viejo que tú.

—Nació en 2040, de modo que ahora tendrá siglo y medio..., no imposible para un lunático. Pero es a la vez más viejo y más joven que eso, por la misma razón que yo. Richard, si hablaras con Manuel Davis y él confirmara lo que te he dicho, ¿le creerías?

—Oh... —Le sonreí—. Podrías obligarme a dedicar al asunto todos los hercúleos esfuerzos del sentido común de la ignorancia y el prejuicio.

—¡Así me gusta! Ponte tu pierna, querido, por favor. Quiero llevarte fuera y comprarte al menos algo de ropa antes de ir a ningún sitio; tus pantalones tienen manchas. No estoy siendo una buena esposa.

—Sí, señora; inmediatamente, señora. ¿Dónde está papá Mannie ahora?

—No te lo creerás.

—Si no implica tiempo en ángulo recto a ordenadores solitarios, me lo creeré.

—Supongo, no lo he comprobado últimamente, supongo que papá Mannie está con tu tío Jock en Iowa.

Me detuve con la pierna en la mano.

—Tienes razón. No me lo creo.



## 19

*La bellaquería tiene sus límites; la estupidez no.*

NAPOLEÓN BONAPARTE, 1769-1821

¿Cómo puedes discutir con una mujer que no lo hace? Esperaba que Gwen empezara justificando su ridícula alegación, citando capítulo y versículo en un intento de convencerme. En vez de ello respondió con tristeza:

—Sabía que eso era lo que podía esperar de ti. Simplemente tendré que aguardar. Richard, ¿debemos hacer alguna otra parada aparte Macy's y la oficina principal de correos antes de que podamos salir al Complejo del Guardián?

—Necesito abrir una nueva cuenta de crédito aquí y transferir el saldo de mi cuenta actual de la Regla de Oro. El dinero en efectivo está empezando a hacerse escaso en mis bolsillos. Anémico.

—Pero querido, he intentado decírtelo. El dinero no es problema. —Abrió su bolso, extrajo un fajo, empezó a contar billetes de cien coronas—. Trabajo con cuenta de gastos, por supuesto. —Me las tendió.

—¡Hey, espera un momento! —dije—. Ahorra tus peniques, muchacha. Yo debo mantenerme a ti. No al revés.

Esperaba la respuesta habitual implicando la noción de «*macho*», o «cerdo chauvinista», o al menos alguna referencia a la «propiedad mancomunada». En vez de ello se salió por la tangente.

—¿Richard? Esa cuenta tuya en la Regla de Oro... ¿Es una cuenta numerada? Si no, ¿bajo qué nombre?

—¿Eh? Oh, No «Richard Ames», por supuesto.

—¿Crees que el señor Sethos puede sentir interés?

—Hum. Nuestro amable y todopoderoso señor. Amor, me alegra que estés aquí para pensar por mí. —Un rastro conduciendo directamente hasta mí, tan claro como las huellas de unas pisadas en la nieve, para que Sethos lo siguiera en busca de la recompensa por mi carcasa..., muerta o viva. Por supuesto, todas las cuentas bancarias son confidenciales, no sólo las numeradas..., pero «confidencial» significa solamente que cuesta un poco de dinero o de poder el quebrantar las reglas. Y Sethos tenía ambas cosas.

—Gwen, volvamos y manipulemos de nuevo ese acondicionador de aire. Pero esta vez usaremos ácido prúsico en vez de limburger.

—¡Bien!

—Me gustaría poder hacerlo. No puedo tocar esa cuenta bancaria de «Richard Ames» mientras sigan los avisos de tormenta. Usaremos lo dinero en efectivo..., considéralo un préstamo. Lleva la cuenta...

—¡Tú lleva la cuenta! ¡Maldita sea, Richard, soy tu esposa!

—Luego discutiremos eso. Deja la peluca y el traje de geisha aquí; no vamos a tener tiempo hoy..., porque primero debo ver al rabino Ezra. A menos que prefieras hacer tú tus cosas mientras yo hago las mías.

—Querido, ¿estás loco? No voy a permitirte que te alejes ni un momento de mi vista.

—Gracias, amor; ésa es la respuesta que esperaba. Vamos a ver al padre Ezra, luego saldremos a cazar ordenadores vivientes. Si nos queda tiempo, haremos todo lo demás cuando volvamos.

Puesto que era antes del mediodía, fuimos en busca del rabino Ezra ben David al puesto de pescado de su hijo frente a la biblioteca de la ciudad. El rabino vivía en una habitación en la parte de atrás de la tienda. Aceptó representarme y actuar como correo. Le expliqué el arreglo paralelo que había hecho con el padre Schultz, luego escribí una nota para él para que fuera enviada a «Henrietta van Loon».

El rabino Ezra la aceptó.

—La enviaré inmediatamente desde el terminal de mi hijo; debería imprimirse en la Regla de Oro dentro de diez minutos. ¿Entrega especial?

(¿Llamaría la atención? ¿No sería mejor aceptar el servicio más lento? Se estaba cociendo algo en la Regla de Oro; era posible que Hendrik Schultz tuviera algunas respuestas.)

—Entrega especial, por favor.

—Muy bien. Espere un momento. —Salió de su habitación, estuvo de vuelta al cabo de poco—. La Regla de Oro ha confirmado la recepción. Ahora vayamos a otros asuntos..., le estaba esperando, doctor Ames. Ese joven que estaba con ustedes ayer..., ¿es miembro de su familia? ¿O algún empleado de confianza?

—Ninguna de las dos cosas.

—Interesante. ¿Fue usted quien le envió a preguntarme quién ofrecía una recompensa por usted y el importe de esa recompensa?

—¡Por supuesto que no! ¿Le dijo usted algo?

—¡Mi querido señor! Solicitó usted los Tres Días tradicionales.

—Gracias, señor.

—De nada. Puesto que se tomó la molestia de venir a verme aquí en vez de aguardar a mis horas de trabajo, supuse alguna urgencia. Puesto que usted no le mencionó, llegué a la conclusión de que la urgencia era de él, no de usted. Ahora supongo, a menos que usted me diga lo contrario, que no intenta nada bueno hacia usted.

Le proporcioné al rabino una versión condensada de nuestras relaciones con Bill. Asintió.

—¿Conoce usted las observaciones de Mark Twain sobre esos asuntos?

—Creo que no.

—Dijo que, si recoge usted un perro vagabundo, y lo cuida y alimenta el perro no le morde. Ésta es, en su opinión, la principal diferencia que hay entre un hombre y un perro. No estoy completamente de acuerdo con Twain. Pero no dejaba de tener razón.

Le pedí que redactara un contrato de servicios como abogado mío, le pagué sin regatear, más un poco para suerte.

El Complejo de la Autoridad (oficialmente el «Centro Administrativo», un nombre que sólo suele aparecer en letra impresa) se halla al oeste de Ciudad Luna, a medio camino del Mare Crisium. Estábamos allí al mediodía: el subterráneo no es balístico, pero es rápido. Una vez subimos a él, tardamos solamente veinte minutos.

Mediodía es un mal momento para llegar a cualquier sitio. El Complejo está formado por oficinas gubernamentales; todo se cierra para poder comer tranquilamente. La idea de comer no me pareció mala para nosotros tampoco; el desayuno pertenecía ya a un remoto pasado. Había varios restaurantes en los túneles del complejo, y todas sus sillas estaban ocupadas por los amplios traseros de los funcionarios o por turistas con feces rojos. Había colas aguardando fuera del Sloppy Joe y del Mom's Diner y del Antoine's número dos.

—Hazel, veo máquinas expendedoras automáticas ahí delante. ¿Puedo interesarte en una coca caliente y un bocadillo frío?

—No, señor, no puedes. Hay un terminal público justo más allá de los expendedores de comida. Puedo hacer algunas llamadas mientras tú comes.

—No estoy tan hambriento como eso. ¿Qué llamadas?

—Xia. E Ingrid. Quiero asegurarme de que Gretchen volvió bien a casa. Pudo ser atacada del mismo modo que lo fuimos nosotros. Hubiera debido llamar ayer por la noche.

—Sólo para tranquilizarte; o bien Gretchen llegó felizmente anteayer a su casa..., o ya es demasiado tarde y está muerta.

—¡Richard!

—Es eso lo que te preocupa, ¿no es así? Llama a Ingrid.

Respondió la propia Gretchen, y chilló de alegría cuando vio a Gwen-Hazel.

—¡Mamá! ¡Ven rápido! ¡Es la señora Hardesty!

Veinte minutos más tarde cortábamos la comunicación. Les dijimos a los Henderson que estábamos en el Raffles y que nuestra correspondencia estaba a cargo del rabino Ezra. Y las damas prometieron visitarse mutuamente en persona tan pronto como tuvieran una oportunidad. Intercambiaron besos vía terminal..., para mí un malgasto de tecnología. Y de besos.

Luego intentamos llamar a Xia..., y en la pantalla apareció un hombre al que no reconocí; no era el encargado del turno de día.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Me gustaría hablar con Xia, por favor —dijo Hazel.

—No está aquí. Este hotel ha sido cerrado por la Oficina de Saneamiento a Higiene Pública.

—Oh. ¿Puede decirme dónde está ahora?

—Pruebe con el jefe de Seguridad Pública. —El rostro desapareció de la pantalla.  
Hazel se volvió hacia mí, con los ojos llenos de preocupación.  
—Richard, aquí pasa algo. El hotel de Xia es tan limpio como ella.  
—Yo también veo algo raro —dije hoscamente—. Déjame probar a mí.  
Pedí el código correspondiente, llamé a la oficina principal de policía de HKL. Respondió una sargento ya entrada en años. Dije:  
—Gospacha, estoy intentando contactar con una ciudadana llamada Dong Xia. Me dijeron...  
—Sí, la enchironamos —respondió—. Pero hace una hora que pagó la fianza. No está aquí.  
—Oh. Gracias, señora. ¿Puede decirme dónde puedo localizarla?  
—Ni la más remota idea, oiga. Lo siento.  
—Gracias. —Corté.  
—¡Oh, querido!  
—La lepra, amor. La pillamos; cualquiera que nos toca se contagia. Maldita sea.  
—Richard, estoy enunciando la simple verdad. Cuando era niña, y esto era una colonia penal, había más libertad bajo el Guardián de la que hay ahora con un gobierno autóctono.  
—Quizá exageres, pero sospecho que Xia estaría de acuerdo contigo. —Me mordí el labio y fruncí el ceño— Tú sabes quién más ha pillado la lepra. Choy-Mu.  
—¿Tú crees?  
—Te apuesto siete contra dos.  
—No apuesto. Llámale.  
Resultó que figuraba como abonado particular, así que llamé a su casa. Oí una grabación, sin imagen:  
—AL habla Marcy Choy-Mu. No puedo decir cuándo estaré de vuelta en casa, pero responderé a todos los mensajes tan pronto como me sea posible. AL oír el gong, por favor, grabe el suyo. —Sonó un gong.  
Pensé furiosamente, luego dije:  
—Al habla el capitán Medianoche. Estamos alojados en el viejo Raffles. Un amigo mutuo necesita ayuda. Por favor, llámeme al Raffles. Si no estoy allí, por favor deje un mensaje diciendo cuándo y dónde puedo comunicarme con usted. —Corté.  
—Querido, no le diste el código del rabino Ezra.  
—A propósito, querida. Para mantener el código del rabino fuera de las manos de Jefferson Mao; la línea de Choy-Mu puede estar monitorizada. Tuve que decirle algún sitio donde poder llamar..., pero no puedo correr el riesgo de comprometer la conexión con el rabino Ezra; tenemos que guardarla para el padre Schultz. Veamos, querida; voy a intentar ponerme en contacto con el control del suelo de HKL.  
  
—Control del suelo de Hong Kong Luna. Este terminal es para asuntos oficiales; por favor, sea breve. — Sólo voz.  
—¿Puedo hablar con el capitán Marcy?  
—No está aquí. Yo soy su sustituto provisional. ¿Tiene algún mensaje para él? Dígalo rápido; tengo tráfico que atender dentro de cuatro minutos.  
(Hummm...)  
—Soy el capitán Medianoche. Dígale que estoy en el viejo Raffles. Que me llame.  
—¡No corte! ¿Capitán Medianoche?  
—El sabrá quien soy.  
—Yo también. Fue al ayuntamiento a depositar la fianza para usted ya sabe quién. ¿O no lo sabe?  
—¿Xia?  
—Correcto. Vuelvo a mis aparatos, pero se lo diré. ¡Corto!  
—¿Y ahora, Richard?  
—Galoparemos en todas direcciones.  
—¡Sé serio!  
—¿Puedes pensar en algo mejor? La cola del Mom's Diner ha desaparecido; comamos.  
—¿Comer mientras nuestros amigos están en peligro?  
—Mi amor, aunque volviéramos a Kong, lo cual sería como poner nuestras cabezas en la boca del león, no tendríamos forma de encontrarles. No hay nada que podamos hacer hasta que Choy-Mu llame. Eso puede

sucedir dentro de cinco minutos, o dentro de cinco horas. Una cosa que aprendí en combate: nunca lo pierdas una oportunidad de comer, dormir o mear; puede que la siguiente oportunidad tarde en presentársete.

Recomiendo el pastel de cerezas del Mom's. Hazel pidió lo mismo pero, cuando yo estaba rebañando ya los últimos restos con la cucharilla, ella se había limitado a jugar con el suyo. Dije:

—Jovencita, vas a quedarte sentada aquí hasta que hayas terminado todo lo que tienes en tu plato.

—Richard, no puedo.

—No me gustaría tener que pegarte en público...

—Pues no lo hagas.

—No lo haré. En vez de ello me quedaré sentado también aquí hasta que te lo hayas comido todo, aunque esto signifique dormir hoy en esta silla.

Hazel expresó algunas opiniones obscenamente desfavorables sobre mí, sobre Jefferson Mao y sobre el pastel de cerezas, luego se comió el pastel. A las trece y veinte estábamos en la puerta de la zona del ordenador en el Complejo. Allí un joven en una ventanilla nos vendió dos entradas por dos coronas cuarenta, nos dijo que la siguiente visita empezaría dentro de unos minutos y nos dejó en un recinto, una especie de sala de espera con bancos y oportunidades de jugar contra las máquinas. Había diez o doce turistas esperando; la mayor parte de los hombres llevaban feces.

Cuando finalmente empezamos la visita, una hora más tarde, éramos diecinueve o veinte, conducidos por un guía de uniforme..., o un guardia; llevaba una placa de policía. Efectuamos un largo circuito a pie de aquel enorme complejo, un recorrido aburrido a interminable. A cada pausa nuestro guía desgranaba su discurso memorizado..., quizá no demasiado bien memorizado, pues pude detectar errores, pese a que no soy ingeniero de comunicaciones y control.

Pero no salté sobre esos errores. En vez de ello me hice el aburrido, de acuerdo con lo convenido de antemano con mi colega conspiradora.

En un momento determinado nuestro guía explicó que el control de los servicios se hallaba descentralizado en toda la Luna, tanto geográficamente como en sus funciones: aire, alcantarillado, comunicaciones, agua potable, transporte, etc..., pero era monitorizado desde allí por los técnicos que podíamos ver a los controles. Le interrumpí:

—Buen hombre, creo que debe ser usted nuevo en este trabajo. La *Encyclopædia Britannica* explica claramente que un ordenador gigante lo maneja todo en la Luna. Es eso precisamente lo que hemos venido a ver, no los cogotes de unos cuantos funcionarios sentados ante unos monitores. Así que déjenos verlo. El ordenador gigante. El Holmes IV.

El guía abandonó su sonrisa profesional y me miró con el desprecio natural de un lunático hacia una lombriz.

—Debe estar usted mal informado. Ciertamente, así era antes, pero está usted desfasado en más de cincuenta años. Hoy estamos modernizados y descentralizados.

—Joven, ¿está intentando contradecir a la *Britannica*?

—Estoy diciendo la simple verdad. Ahora sigamos y...

—¿Qué ha sido del ordenador gigante? Puesto que ya no es utilizado. O al menos eso es lo que usted dice.

—¿Eh? Mire a su espalda. ¿Ve esa puerta? Pues está detrás de esa puerta.

—¡Vamos, déjenos verlo! Para eso pagué.

—Ni lo sueñe. Es una antigüedad histórica, un símbolo de nuestra gran historia. Si quiere verlo, vaya al Canciller de Galileo U y muéstrole sus credenciales. ¡Lo enviará con viento fresco! Ahora pasemos a la siguiente galería...

Hazel no nos seguía, mientras que yo (cumpliendo instrucciones) siempre tenía algo al frente a lo que señalar y hacer una pregunta estúpida cada vez que nuestro guía parecía a punto de echar una mirada a su alrededor. Cuando al final hubimos recorrido todo el circuito y nos hallamos de vuelta al mismo lugar donde lo habíamos iniciado, sin embargo, Hazel iba delante de todos.

Guardé silencio hasta que estuvimos fuera del Complejo y aguardando en la estación del tubo. Allí la arrastré hasta un lugar donde nadie podía oírnos antes de preguntar:

—¿Cómo fue?

—Ningún problema. La cerradura de esa puerta era de un tipo que conozco muy bien. Gracias por mantenerlos distraídos mientras la estudiaba. ¡Fue un buen espectáculo, amor!

—¿Conseguiste lo que querías?

—Creo que sí. Sabré más después que papá Mannie mire mis fotos. Es sólo una enorme y solitaria habitación, Richard, atestada con equipo electrónico pasado de moda. Hice fotos desde veinte ángulos distintos, y gradué la profundidad estéreo de cada una a mano .... no es un método perfecto, pero tengo práctica.

—¿Y eso fue todo? ¿Esa visita?

—Sí. Bueno, casi todo.

Su voz sonaba estrangulada; la miré, vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas a punto de brotar.

—¡Vamos, querida! ¿Qué ocurre?

—N...nada.

—Vamos, dímelo.

—¡Richard, está ahí dentro!

—¿Eh?

—Está dormido ahí dentro. Lo sé, pude sentirlo. Adam Selene.

Entonces la cápsula del tubo entró en la estación, para mi alivio..., hay temas para los cuales no sirven las palabras. La cápsula estaba atestada; no pudimos hablar por el camino. Cuando estuvimos de nuevo en C-Luna, mi querida se había tranquilizado y yo pude eludir el tema. De todos modos, las multitudes en los pasillos hacían difícil hablar. Ciudad Luna está atestada siempre, pero los sábados la mitad de los lunáticos de otras madrigueras vienen de compras, y aquel sábado la multitud normal de los fines de semana se veía aumentada por los Adoradores y sus esposas, venidos de todas partes de Norteamérica y otros lugares.

Cuando bajamos en la Estación Oeste del tubo y entramos en el presurizado dos en un anillo exterior, nos hallamos frente al Sears Montgomery. Estaba a punto de girar a la izquierda hacia la Calzada Elevada cuando Hazel me detuvo.

—¿Eh? ¿Qué ocurre, querida?

—Tus pantalones.

—¿Llevo la bragueta abierta? No, la cremallera está cerrada.

—Vamos a incinerar tus pantalones; es demasiado tarde para enterrarlos. Y esa chaqueta.

—Creí que tenías prisa por regresar al Raffles.

—La tengo, pero sólo necesitaremos cinco minutos para enfundarte en otro traje de sirena.

(Razonable. Mis pantalones estaban tan sucios que empezaba a correr el riesgo de ser citado como una amenaza para la salud pública. Y Hazel sabía que prefería llevar traje completo, puesto que le había explicado que no quería llevar nunca shorts, aunque todos los demás adultos de Ciudad Luna los llevaran. No es que sea morbosamente consciente de mi pierna artificial..., pero prefiero pantalones largos para ocultar mi prótesis. Es mi problema particular; prefiero no exhibirla.)

—De acuerdo —aprobé—. Pero comprémoslo todo en la primera puerta.

Hazel cumplió con lo solicitado: entramos y salimos en diez minutos, tras comprar tres atuendos deportivos de dos piezas, todos iguales excepto el color. El precio fue correcto, pues primero regateó hasta rebajarlo a una cantidad aceptable, luego se jugó esa cantidad al doble o nada y ganó. Dimos las gracias al vendedor, junto con una propina para que se tomara algo a nuestra salud, y salimos alegremente.

—Pareces contento, querido —dijo Hazel.

Opiné que lo estaba. Los tres trajes eran color verde lima, rosa polvo y lavanda. Había elegido ponerme el lavanda; creo que encaja con mi complexión. Avancé alegremente, haciendo girar mi bastón, con mi mejor muchacha del brazo, sintiéndome grande.

Pero cuando llegamos a la Calzada Elevada no había sitio para hacer girar mi bastón, y apenas sitio para caminar. Retrocedimos, descendimos directamente hasta el Callejón del Fondo, luego cruzamos la ciudad y volvimos a subir por la cadena elevadora del Acceso Cinco hasta el presurizado seis..., una gran vuelta, pero mucho más rápido.

Incluso el túnel lateral al Raffles estaba atestado. Había una nube de hombres tocados con feces justo fuera del hotel.

Miré a uno de ellos, luego volví a mirar.

Le hice saber que estaba allí con mi bastón, mediante un molinete inverso directo a la entropierna. Al mismo tiempo, o una décima de segundo antes que yo, Hazel arrojó su paquete (mis ropas) contra el rostro del hombre que estaba a su lado y golpeó a otro más allá con su bolso. El hombre se derrumbó, al tiempo que el mío chillaba y le imitaba. Mientras mi bastón volvía hacia atrás, lo agarré con ambas manos horizontalmente y lo utilicé con esas cortas punzadas en sentido lateral hacia uno y otro lado propias para avanzar por entre una

multitud alborotada..., pero las utilicé de una forma más personal, alcanzando a un hombre en la barriga, a otro en un riñón, y pateándolos luego para apaciguarlos mientras caían.

Hazel se había encargado del hombre al que había frenado con el paquete. No vi cómo, pero estaba en el suelo y no se movía. Un (¿sexto?) hombre estaba a punto de enfriarla con una cachiporra corta, de modo que lancé una punzada directamente al rostro con mi bastón. Lo agarró; avancé siguiendo su movimiento para no exponer el estilete, al tiempo que le clavaba tres dedos en el plexo solar, con la mano izquierda. Caí encima de él.

Y fui alzado y arrastrado al trote hacia el Raffles, con la cabeza para abajo y el bastón colgando tras de mí.

Los segundos siguientes tuve que deducirlos más tarde, quizá de forma imperfecta. No vi a Gretchen de pie en recepción, pero allí estaba; acababa de llegar. Oí a Hazel restallar:

—¡Gretchen! ¡Habitación L, directamente al fondo, a la derecha! —mientras me arrojaba en brazos de la muchacha. En la Luna peso trece kilos, más o menos unos gramos, un peso no excesivo para una chica acostumbrada al trabajo duro del campo. Pero soy mucho más voluminoso que Gretchen y dos veces más grande que Hazel..., un saco incómodo de llevar. Chillé que me dejaran en el suelo; Gretchen no me prestó atención. Aquel estúpido empleado de recepción estaba gritándole a alguien, pero nadie le prestaba atención tampoco.

Nuestra puerta se abrió en el momento en que Gretchen la alcanzaba, y oí otra voz familiar canturreando:

—¡Bojemoi! Está *herido*. —Entonces me vi boca arriba en mi propia cama, y Xia estaba haciendo algo encima mío.

—No estoy herido —le dije—. Sólo un poco sacudido.

—Sí, seguro. Estese quieto mientras le quito los pantalones. ¿Alguien por ahí tiene un cuchillo?

Estaba a punto de decirle que no cortara mis pantalones nuevos cuando oí un disparo. Era mi esposa, agachada detrás de la puerta abierta y mirando cautelosamente fuera, hacia la izquierda, con la cabeza arrimada al suelo. Disparó de nuevo, gateó hacia atrás, cerró la puerta y la aseguró.

Miró a su alrededor y restalló:

—Llevad a Richard al baño. Apilad la cama y todo lo demás contra la puerta exterior; van a disparar o a derribar la puerta o ambas cosas. —Se sentó en el suelo de espaldas a mí, sin prestar atención a nadie. Pero todo el mundo corrió a cumplir sus órdenes.

«Todo el mundo» incluía a Gretchen, Xia, Choy-Mu, el padre Schultz y el rabino Ezra. No tuve tiempo de alucinarme, especialmente puesto que Xia, con ayuda de Gretchen, me arrastraron hasta el baño, me pusieron en el suelo, y siguieron con su trabajo de quitarme los pantalones. Lo que más me sorprendió fue descubrir que mi pierna buena, aquella con un hueso central envuelto en carne y rematada con un pie auténtico, estaba sangrando abundantemente. Me di cuenta por primera vez al ver que Gretchen tenía grandes manchas de sangre en el hombro izquierdo de su mono blanco. Entonces vi de donde procedía la sangre, y la pierna me empezó a doler.

No me gusta la sangre, especialmente si es mía. Así que volví el rostro a un lado y miré hacia la puerta del baño. Hazel seguía sentada en el suelo y había sacado de su bolso algo que parecía más grande que el propio bolso. Estaba hablando por ello:

—¡CGT! ¡Mayor Lipschitz llamando a CGT! ¡Respondan, maldita sea! ¡Despierten! ¡SOS, SOS! ¡Hey, Rube!

*Si alguien duda de mi veracidad,  
lo único que puedo decir es que lamento su falta de fe.*

BARÓN MÜNCHHAUSEN, 1737-1794

Xia añadió:

—Gretchen, pásame una toalla limpia. Por el momento haremos un torniquete.

—¡Auch!

—Lo siento, Richard.

—¡SOS! ¡SOS! ¡Hey, Mary, estoy atrapada en medio de un lío! ¡*Respóndeme!*

—La oímos, mayor Lipschitz. Informe coordenadas locales: planeta, sistema y universo. —Era una voz mecánica, con esa típica carencia metálica de inflexiones que hace que me duelan los dientes— Grabaremos y comprobaremos su comunicación.

—¡Al infierno con el procedimiento! ¡Necesito un cambio-T de emergencia, y lo necesito *ahora!* ¡Comprueba mi asignación y olvídala! Segmento de transferencia: «Un pasito» de Armstrong. Situación local: hotel Raffles, habitación L. Contador de tiempo: ¡ahora!

Yo estaba mirando fuera del baño para evitar el contemplar las desagradables cosas que Xia y Gretchen me estaban haciendo. Podía oír gritos y gente corriendo; algo se estrelló contra la puerta del pasillo. Luego, en la pared de roca de mi derecha, se dilató una nueva puerta.

Digo «puerta» a falta de otra palabra más exacta. Lo que vi fue un lugar circular de color gris plata, con suelo y techo y más cosas. Dentro de aquel lugar había la portezuela normal de un vehículo. Me vi incapaz de decir qué tipo de vehículo era; todo lo que podía ver era su portezuela.

Se abrió de par en par; desde dentro, alguien llamó:

—¡Abuela! —mientras la puerta del pasillo cedía y un hombre caía en medio de la habitación. Hazel le disparó. Un segundo hombre estaba inmediatamente detrás de él; le disparó también.

Busqué mi bastón..., ¡detrás de Xia, maldita sea!

—¡Pásame el bastón! ¡Aprisa!

—¡Vamos, vamos! quédate tendido.

—¡Dámelo! —A Hazel le quedaba un tiro, o quizá ninguno. De cualquier forma, era tiempo de ayudarla.

Oí más disparos. Con la amarga certeza de que ya no me quedaba nada salvo vengarla, tendí el brazo, agarré el bastón y me volví.

Ya no había más lucha..., aquellos últimos disparos habían sido hechos por el rabino Ezra. (¿Por qué debía sorprenderme que un impedido en una silla de ruedas fuera armado?) Hazel estaba gritando:

—¡Todo el mundo a bordo! ¡*Moveos!*

Y lo hicimos. Me sentía de nuevo confuso, pues una interminable multitud de jóvenes, hombres y mujeres, todos ellos pelirrojos, estaban saliendo de aquel vehículo y ejecutando las órdenes de Hazel. Dos de ellos llevaron al rabino Ezra, mientras un tercero doblaba su silla de ruedas y se la tendía a un cuarto. Choy-Mu y Gretchen fueron metidos también dentro, seguidos por el padre Schultz. Xia fue empujada tras ellos cuando intentó insistir en ayudarme. Luego dos pelirrojos, un hombre y una mujer, me cargaron y me llevaron dentro; mis pantalones manchados de sangre me siguieron. Me agarré a mi bastón.

Vi muy poco del vehículo. Su portezuela se abrió al compartimiento de cuatro plazas, piloto y pasajero, de lo que parecía ser un espacioplano. O quizá no lo fuera; los controles eran extraños, y yo no me hallaba en posición de juzgar cómo funcionaba. Fui pasado por entre dos asientos, y crucé una puerta tras ellos que conducía a un espacio de carga, y fui apoyado sobre la silla doblada del rabino.

¿Iba a ser tratado como carga? No, estuve allí sólo un momento, luego fui girado noventa grados y pasado a través de una puerta más grande, girado otros noventa grados y depositado en el suelo.

¡Y feliz de estar allí!

Por primera vez en años experimentaba el peso normal de la Tierra.

Corrección: lo había sentido durante unos breves momentos ayer, en el tubo balístico, y unos momentos más en aquel cacharro, el Budget Jets 17, y casi una hora completa en la Vieja Granja MacDonald, cuatro días antes. Pero esta vez el repentino peso me pilló por sorpresa, y no desapareció. Había perdido sangre, y descubrí que me costaba respirar, y me sentí mareado de nuevo.

Estaba sintiendo lástima por mí mismo cuando vi el rostro de Gretchen; parecía a la vez aterrada y tremendamente mareada. Xia estaba diciendo:

—Mantén la cabeza baja, querida. Tiéndete al lado de Richard; eso está mejor. Richard, ¿puedes arrimarte un poco? Me gustaría echarme también; no me siento bien.

Así que me encontré con atractivas curvas arrimándose a mí a cada lado, y me di cuenta que me importaba un pimiento que se arrimaran. Se supone que estoy entrenado para luchar en aceleraciones de hasta dos gravedades, doce veces la de la Luna. Pero eso fue hace años, y había pasado cinco años de blanda y sedentaria vida en baja gravedad.

Al parecer, Xia y Gretchen estaban tan desinteresadas como yo en arrimarse.

Mi amada apareció cargada con nuestro arce en miniatura. Lo colocó sobre una repisa, me envió un beso con la punta de los dedos y empezó a rociarlo.

—Xia, dejadme prepararos a vosotras dos, lunáticas, un baño de agua templada; cabéis las dos.

Las palabras de Hazel hicieron que mirara a mi alrededor. Estábamos en un «cuarto de baño». No el servicio que uno esperaría encontrar en un espacioplano de cuatro plazas, ni tampoco nada parecido al que teníamos en el Raffles; aquella habitación era una antigüedad. ¿Han visto ustedes alguna vez una pared empapelada decorada con hadas y gnomos? De hecho, ¿han visto alguna vez una pared empapelada? ¿Y qué me dicen de una gigantesca bañera de hierro sobre patas en forma de garras? ¿O un water closet con tapa de madera y un depósito por encima de la altura de la cabeza? Toda la habitación había sido sacada directamente de un museo de antropología cultural..., y sin embargo todo parecía nuevo y limpio y brillante.

Me pregunté cuánta sangre habría perdido exactamente.

—Gracias, Gwen, pero no creo que lo necesite. Gretchen, ¿te apetece flotar en agua?

—¡No me apetece moverme!

—No será largo —le aseguró Hazel—. Gay tuvo que desviarse dos veces para evitar la metralla; de otro modo ya habríamos llegado. Richard, ¿cómo te encuentras?

—Lo soportaré.

—Por supuesto que lo harás, querido. Yo también siento el peso, después de un año en la Regla de Oro. Pero no mucho porque me he ejercitado a una *g* cada día. Querido, ¿es muy grave tu herida?

—No lo sé.

—¿Xia?

—Mucha hemorragia y algo de daño muscular. Veinte o veinticinco centímetros y bastante profunda. No creo que haya sido alcanzado el hueso. Hemos hecho un vendaje de presión. Si esta nave está equipada para ello, me gustaría hacer un trabajo algo mejor y darle también una inyección de amplio espectro.

—Ha sido un espléndido trabajo. Pronto aterrizaremos y dispondremos de ayuda profesional y equipo.

—De acuerdo. Admito que no me siento demasiado animada.

—Intenta descansar entonces. —Hazel tomó mis pantalones manchados de sangre—. Voy a ponerlos en remojo antes de que se seque la sangre.

—¡Utilice agua fría! —exclamó Gretchen, luego se puso colorada y añadió tímidamente—: Eso es lo que dice mamá.

—Ingrid tiene razón, querida. —Hazel hizo correr el agua en el lavabo—. Richard, me veo obligada a admitir que perdí tus ropas nuevas durante el jaleo.

—Podemos comprar otras ropas. Yo temí que fuera a perderte a ti.

—Mi buen Richard. Aquí está tu billetera y algunas otras cosas. He vaciado tus bolsillos.

—Mejor que lo guarde yo. —Me lo metí todo el en bolsillo del pecho—. ¿Dónde está Choy-Mu? ¿Lo vi realmente... o no?

—Está en el otro baño, con el padre Schultz y el padre Ezra.

—¿Eh? ¿Estás diciéndome que un cuatro plazas tiene *dos* baños? Porque esto es un cuatro plazas, ¿no?

—Lo es, y espera a ver el jardín de rosas. Y la piscina.

Empecé a contestar pero me callé. Aún no había imaginado ninguna fórmula por la que decir cuándo mi esposa estaba bromeando o estaba diciendo la literal a increíble verdad. Fui salvado de una estúpida discusión por la entrada de uno de los pelirrojos: mujer, joven, musculada, pecosa, felina, abundante, sensual.

—Tía Hazel, hemos aterrizado.

—Gracias, Lor.

—Soy Laz. Cas quiere saber quién se queda aquí, quién sigue y cuánto tiempo hasta el próximo despegue. Gay pregunta si vamos a ser o no bombardeados, y si puede aparcar a un giro de distancia más. Los bombardeos la ponen nerviosa.

—Aquí hay algo que va mal. Gay no tendría que preguntar directamente. ¿O sí?



—No creo que confíe en el juicio de Cas.

—Puede que tenga razón. ¿Quién está al mando?

—Yo.

—Oh. Te haré saber quién sigue y quién se queda después de que hable con papá y con el tío Jock. Unos minutos, supongo. Puedes dejar a Gay aparcada en una zona muerta si quieres, pero por favor haz que permanezca en mi frecuencia triple; puede que tengamos que apresurarnos. Precisamente en estos momentos deseo trasladar a mi esposo..., pero primero tenemos que pedirle a otro de nuestros pasajeros que nos preste su silla de ruedas.

Hazel se volvió para marcharse. Dije:

—No necesito ninguna silla de ruedas. —Pero no me oyó. Al parecer.

Dos de los pelirrojos me sacaron en volandas del aparato y me colocaron en la silla de ruedas de Ezra, con el respaldo bajado y el soporte frontal alzado; uno de ellos extendió una toalla de baño grande sobre mi regazo y piernas. Dije:

—Gracias, Laz.

—Soy Lor. No se sorprenda si la toalla desaparece de pronto; nunca hemos probado de sacar una fuera hasta ahora.

Regresó a bordo, y Hazel me condujo por debajo del morro de la aeronave hasta el lado de babor .... lo cual me iba de perlas, ya que había visto inmediatamente que se trataba en efecto de una especie de espacioplano, con un estilizado cuerpo aerodinámico y alas retráctiles, y sentía curiosidad por ver cómo el diseñador había conseguido meter dos cuartos de baño de respetables dimensiones en la parte de babor. No parecía aerodinámicamente posible.

Y no lo era. El lado de babor era como el lado de estribor, esbelto y aerodinámico, no cúbico para albergar los cuartos de baño.

No tuve tiempo para ponderar aquello. Cuando giramos al túnel lateral hacia el Raffles hacía unos pocos minutos, mi Sonychron acababa de parpadear las diecisiete, hora de Greenwich o de C-Luna..., lo cual significaba las once de la mañana en la zona seis de la Superficie.

Y así era porque allí era donde estábamos ahora, la zona seis, en los pastos del norte de la propiedad de mi tío Jock, en las afueras de Grinnell, Iowa. Así que resulta obvio que no sólo había perdido mucha sangre sino que debía haber recibido algún golpe fuerte en la cabeza..., pues incluso el más rápido correo militar necesita al menos dos horas para recorrer la distancia de la Luna a la Tierra.

Frente a nosotros estaba la espléndida cúpula victoriana de tío Jock, sus porches y su plataforma de observación, y él en persona avanzaba hacia nosotros, acompañado por otros dos hombres. Mi tío se veía tan enérgico como siempre, y aún con aquella densa mata de pelo blanco plateado que le hacía parecerse a Andrew Jackson. No reconocí a los otros dos. Eran hombres maduros pero mucho más jóvenes que tío Jock..., bueno, casi todo el mundo lo es.

Hazel dejó de empujarme, corrió y se arrojó en brazos de uno de ellos y le besó repetidamente. Mi tío la tomó de brazos de aquel hombre, la besó casi tan entusiásticamente, luego la pasó al tercero, que la saludó del mismo modo y volvió a dejarla sobre sus pies.

Antes de que pudiera empezar a sentirme sorprendido, se volvió y tomó de la mano al primero.

—Papá, quiero que conozcas a mi esposo, Richard Colin. Richard, éste es papá Mannie. Manuel García O'Kelly Davis.

—Bienvenido a la familia, coronel. —Me tendió su mano derecha.

—Gracias, señor.

Hazel se volvió hacia el tercer hombre.

—Y éste, Richard...

—...es el doctor Hubert —interrumpió tío Jock—. Lafe, chócala con mi sobrino, el coronel Colin Campbell. Bienvenido a casa, Dickie. ¿Qué estás haciendo en este cochecito de niños?

—Supongo que haraganear un poco. ¿Dónde está tía Cissy?

—Encerrada arriba, supongo; sabía que venías. ¿Pero qué has estado haciendo? Parece como si hubieras fallado en agacharte a tiempo. Sadie, tienes que esperar eso de Dickie; siempre ha sido lento. Se pasa horas enteras en el baño, y nunca aprendió a comer aprisa ni siquiera el pastel de carne, que apenas hay que masticar.

Estaba seleccionando una respuesta lo suficientemente insultante para aquella patraña (hace mucho tiempo que aprendí a tratar a nuestra escandalosa familia), cuando el suelo tembló, y el fenómeno fue seguido inmediatamente por un ¡Krrump! inconfundible No nuclear: sólo explosivo de alta potencia. Pero igualmente

inquietante; los EAP no son un juguete y no es una forma mejor de morir..., es simplemente otra forma. Tío Jock dijo:

—No te mees en los pantalones, Dickie; no nos están disparando a nosotros. Lafe, ¿quieres examinarle aquí? ¿O dentro?

—Déjeme ver sus pupilas, coronel —dijo el doctor Hubert.

Así que le miré, y él me miró a mí. Cuando Hazel dejó de Empujar la silla de ruedas, el espacioplano estaba a mi izquierda; pero cuando se produjo la detonación de aquel EAP, el espacioplano estaba bruscamente en otro lugar. Se había ido «...sin dejar ni rastro». La hipótesis más verosímil sugiere que mi calabaza no estaba funcionando como debería.

Nadie más parecía haberse dado cuenta de ello.

Así que fingí que yo tampoco y miré a mi médico..., y me pregunté dónde lo había visto últimamente.

—Creo que no hay concusión. ¿Cuál es el logaritmo natural de pi?

—Si estuviera en pleno uso de mis facultades, ¿me encontraría ahora aquí? Mire, doctor, nada de juegos y adivinanzas, por favor; estoy cansado. —Otro EAP (o bomba) aterrizó cerca, sí, cerca es exactamente la palabra. El doctor Hubert apartó la toalla de mi pierna izquierda, tanteó el vendaje que había hecho Xia.

—¿Duele?

—¡Infiernos, sí!

—Bien. Hazel, será mejor que lo lleves a la casa. No puedo ocuparme de él aquí, puesto que estamos a punto de girar hacia New Harbor, en Beulahland; los angelenos han tomado Des Moines y están avanzando en esta dirección. Está en buenas condiciones para un hombre que ha recibido una herida..., pero necesita un tratamiento adecuado sin más dilación.

—Doctor, ¿tiene usted alguna relación con las chicas pelirrojas de ese espacioplano en el que llegamos? —pregunté.

—No son chicas; son delincuentes juveniles de primera clase. Le hayan dicho lo que le hayan dicho, lo niego categóricamente. Transmítale mi amor.

Hazel estalló:

—¡Pero tengo que hacer mi informe!

Todo el mundo se puso a hablar al mismo tiempo, hasta que el doctor Hubert dijo:

—¡Silencio! Hazel, ve con tu marido y ocúpate de que sea instalado convenientemente, y quédate con él durante todo el tiempo que él considere necesario, luego informa a New Harbor..., pero con control de tiempo establecido desde ahora. ¿Alguna objeción? Es una orden.

Ver reaparecer aquel espacioplano fue aún más desconcertante, y me alegro de no haber estado mirando. O no demasiado. Los dos hombres pelirrojos (al fin resultó que solamente había cuatro pelirrojos, no una multitud) me llevaron a mí y a la silla de ruedas dentro, y Hazel se metió en aquel extraño baño conmigo..., y casi inmediatamente Laz (¿Lor?) nos siguió y anunció:

—Tía Hazel, estamos en casa.

«Casa» resultó ser el techo plano de un gran edificio..., y era última hora de la tarde, casi al anochecer. Aquel espacioplano debería llamarse el Gato de Cheshire. (Pero su nombre es Gay. Su nombre es Gay. ¡Oh, no importa!)

El edificio era un hospital. Cuando ingresas en un hospital lo primero que haces es esperar una hora y cuarenta minutos mientras procesan todos los papeles. Luego te desvisten y te meten en una cama bajo una sábana delgada con los pies desnudos asomándose por debajo a una corriente fría y te hacen esperar fuera del laboratorio de rayos X. Luego te piden una muestra de orina en un vasito de plástico mientras una chica joven espera a que se la entregues, mirando al cielo y con expresión aburrida. ¿Correcto?

Esa gente no conoce ni siquiera la primera página de las reglas por las que se rige un hospital. Nuestros camaradas no incapacitados (aquellos que sufrían solamente de la alta aceleración) estaban ya de camino, en gloriosos carritos de golf, cuando fui alzado de nuevo y depositado en otro carrito de golf (camilla, silla de ruedas, litera flotante, lo que quieran). El rabino Ezra estaba en su silla de ruedas. Hazel estaba con nosotros y llevaba el Árbol-San y el paquete de Sears que contenía las cosas de Naomi. El espacioplano se había desvanecido; yo apenas había podido decirle a Laz (¿Lor?) que el doctor Hubert le enviaba su amor. Frunció la nariz:

—Si cree que las buenas palabras van a redimirle, será mejor que se lo piense dos veces.—Pero sus pezones se pusieron duros, así que supongo que se sintió complacida.

Fuimos cuatro los dejados en el techo, nosotros tres y un miembro del personal del hospital, una mujercita de tez oscura que parecía combinar lo mejor de la madre Eva y de la madre María sin alardear de nada de ello. Hazel dejó caer el paquete encima mío, le tendió el bonsai a Ezra y la rodeó con sus brazos.

—¡Tammy!

—*¡Arli sool, m' temqa!* —susurró la maternal criatura a Hazel .

—*Reksi, reksi...* ¡Hace tanto tiempo!

Deshicieron su abrazo y Hazel dijo:

—Tammy, éste es mi amor, Richard.

Esto trajo como consecuencia un beso en la boca. Tammy puso a un lado el paquete para hacerlo como correspondía, Un hombre besado por Tammy sigue siendo besado durante horas..., aunque esté herido, aunque el beso parezca breve.

—Y éste es nuestro querido amigo, el reverendo rabino Ezra ben David.

No le dispensó el mismo tratamiento que a mí. Tammy se inclinó profundamente, luego besó su mano. Así que yo había sido merecedor de una atención especial.

Tammy (Tamara) dijo:

—Dentro debemos meteros rápidamente a los dos y pronto curar a Richard. Pero los dos mis huéspedes seréis cuando no tanto presione el tiempo. ¿Hazel? ¿La misma habitación que con Jubal compartiste, eh?

—¡Tammy, qué excelente idea! Porque voy a tener que salir ocasionalmente. Caballeros, ¿os importará estar todos juntos mientras sois pacientes aquí?

Estaba a punto de decir: «Bueno, sí, pero...», cuando el rabino Ezra se me adelantó:

—Aquí tiene que haber algún error. Señora Gwendolyn, por favor explíqueme a esa querida dama que yo no soy un paciente ni un candidato a la hospitalización. Me encuentro en perfecta salud. No toso, ni siquiera tengo un padrastro.

Tamara pareció sorprendida y..., no, no sorprendida, sino profundamente preocupada. Se le acercó, tocó suavemente su muñón izquierdo:

—¿No debemos sus piernas volver a poner?

El rabino Ezra dejó de sonreír.

—Estoy seguro de que lo dice con la mejor de las intenciones. Pero no puedo llevar prótesis. De veras.

Tamara empezó a hablar en otro idioma, dirigiéndose a Hazel. Hazel escuchó, luego dijo:

—Padre Ezra, Tamara está hablando de piernas auténticas. De huesos, carne y sangre. Pueden hacerlo. Pueden hacerlo de tres maneras distintas.

El rabino Ezra inspiró profundamente, exhaló el aliento, miró a Tamara.

—Hija, si puede usted devolverme mis piernas..., ¡adelante! Por favor. —Luego añadió algo que no comprendí. En hebreo, supongo.



## **Libro tercero**

### LA LUZ AL EXTREMO DEL TÚNEL

*Dios creó a la mujer para domesticar al hombre.*

VOLTAIRE, 1694-1778

Desperté lentamente, dejando que mi alma se introdujera de nuevo con suavidad en mi cuerpo. Mantuve los ojos cerrados mientras hurgaba en mi memoria y revisaba quién era y dónde estaba y qué había ocurrido.

¡Oh, sí, me había casado con Gwen Novak! Algo de lo más inesperado, pero ¡qué deliciosa idea! Y luego, nosotros... ¡Hey! Eso no fue ayer. Ayer, tú...

¡Muchacho, ayer tuviste un día ajetreado! Lo empezaste en Ciudad Luna, saltaste a Grinnell... ¿Cómo? No importa el «cómo» por el momento. Acéptalo. Luego saltaste a... ¿Cómo lo llamó Gwen? ¡Hey, espera! El auténtico nombre de Gwen es Hazel. ¿Lo es realmente? Luego lo ocuparás de eso. Hazel lo llamó la «tercera Tierra». Tellus Tertius. Tammy lo llamó de otro modo. ¿Tammy? Oh, sí, «Tamara». Todo el mundo conoce a Tamara:

Tammy no les dejó trabajar en mi pierna herida mientras estaba despierto... ¿Cómo demonios me hice esa herida? ¿Estoy volviéndome torpe en mi vejez? ¿O fue que vi a Bill entre aquella caterva de falsos Adoradores? No es profesional permitir que *cualquier* sorpresa te frene. Si tu propia abuela se te aparece en medio del jaleo, no lo dudes: dispárale y sigue adelante.

¿Cómo supiste que no eran Adoradores? Es fácil; los adoradores son de mediana edad y barrigones; esos tipos eran jóvenes y duros. Listos para el combate.

Sí, pero eso es una racionalización, algo a lo que estás acostumbrado. ¿De veras? Sin embargo, es cierto. Pero no racionalizaste así ayer. Infiernos, no, por supuesto que no; en el momento de la verdad no tuviste tiempo para pensar. Ves a un tipo, algo de lo que hay en él te grita: « ¡Enemigo! », y saltas contra él antes de que él lo haga contra ti. Si utilizas el tiempo muerto en examinar las impresiones y darles vueltas dentro de tu cabeza, analizando el tipo de enemigo que es y sopesando la lógica de las cosas... ¡estás muerto! En vez de ello, te mueves.

Ayer no te moviste con la suficiente rapidez.

Pero tenías al compañero perfecto para una lucha, ¿no? Una pequeña víbora de coral llamada Hazel. Y acabamos con cualquier cosa que se moviera y tuviese una temperatura corporal de treinta y siete grados.

Deja de engañarte a ti mismo. ¿Con cuántos acabaste tú? ¿Con dos? Y ella se hizo cargo del resto. Y tuvo que hacerse cargo también de ti..., o en este momento tú estarías también fiambre.

Quizá lo esté. Comprémoslo. Abrí los ojos.

¡Esta habitación se parece realmente al cielo! Pero eso prueba que no estás muerto, puesto que el cielo no es tu destino. Además, todo el mundo sabe que, cuando mueres, primero vas a través de un largo túnel con una luz al extremo, y allí te aguarda tu amor..., y eso no te ha ocurrido. No hay ningún túnel. Ninguna luz al extremo del túnel. Y, tristemente, ninguna Hazel.

Así que no estoy muerto y esto no puede ser el cielo y no creo que sea tampoco un hospital. Ningún hospital ha sido nunca tan hermoso o ha olido tan bien. ¿Y dónde está la lista del reglamento hospitalario que encuentras en todos los pasillos de los hospitales? Todo lo que oigo es el canto de los pájaros y un trío de cuerda tocando en algún lugar en la distancia.

¡Hey, aquí está el Árbol-San!

Así que Hazel tiene que estar cerca también. ¿Dónde estás, cariño? Necesito ayuda. Busca mi pierna y tráemela, ¿quieres? No puedo arriesgarme a cojear sin ella en esta gravedad; me falta práctica, y..., bien, maldita sea, necesito ir al lavabo.

—Veo que está despierto. —Era una voz suave, detrás de mi oreja derecha. Torcí la cabeza para mirar mientras ella avanzaba para que pudiera verla más fácilmente..., una mujer joven, agraciada, esbelta, de busto pequeño y largo pelo castaño. Sonrió cuando la miré.

—Soy Minerva. ¿Qué quiere para desayunar? Hazel me dijo que le gustaban los panqueques. Pero no puede comer todavía nada así.

—¿Nada así?—Me lo pensé—. ¿Qué le parecería un brontosaurio asado a fuego lento?

—Sí, por supuesto. Pero eso tardará mucho más en prepararse que los panqueques —respondió, perfectamente seria—. ¿Algún otro tipo de bocado mientras espera?

—Oh, vamos, deje de darme zancadillas en las piernas. Y hablando de piernas, ¿ha visto la mía artificial? Antes del desayuno necesito visitar el baño..., y para ello voy a tener que utilizar mi pata de palo. Esta gravedad, ¿sabe?

Minerva me dijo llanamente lo que tenía que hacer al respecto.

—Esta cama tiene un servicio completo de baño incorporado, y no puede utilizar tampoco el baño normal; se halla usted sometido a bloqueo espinal de cintura para abajo. Pero el sistema es eficiente, de veras. Adelante. Haga todo lo que tenga que hacer.

—Oh..., no *puedo*. —(Realmente, no puedo. Cuando me amputaron la pierna, los enfermeros del hospital lo pasaron difícil conmigo. Finalmente me equiparon con un catéter y un tubo de drenaje hasta que fui capaz de ir al baño con muletas.)

—Descubrirá que sí puede. Y todo irá bien.

—Oh... —(No podía estirar ninguna de las dos piernas, ni la corta ni la larga.)— Señorita Minerva, ¿podría conseguir un orinal normal del tipo clásico hospitalario?

Pareció desconcertada.

—Si usted quiere. Pero no le será útil. —Entonces su mirada cambió a pensativa—. Le encontraré uno. Pero tomará algo de tiempo. Al menos diez minutos. Ni un momento menos. Y voy a cerrar con llave la puerta mientras estoy fuera para que nadie le moleste. Diez minutos —añadió, y se encaminó hacia una pared desnuda. Se abrió para dejarle paso y volvió a cerrarse a sus espaldas, y se había ido.

Inmediatamente intenté apartar las sábanas para ver qué le habían hecho a mi pierna buena.

Las sábanas no se apartaron.

Así que volví a tirar de ellas, con más fuerza.

Eran demasiado listas para mí.

Intenté engañarlas..., después de todo, una sábana no puede ser más lista que un hombre. ¿O sí puede?

Sí, sí puede.

Finalmente me dije a mí mismo: Mira, amigo, así no vamos a ir a ninguna parte. Supongamos que la señorita Minerva ha sido completamente sincera: esto es una cama con todo el servicio sanitario incorporado, capaz de manejar al peor de los pacientes. Dicho esto, elaboré mentalmente un par de problemas balísticos... peliagudas cuestiones empíricas capaces de garantizar distracción incluso a un hombre aguardando la guillotina.

Y conseguí expulsar medio litro, suspiré, luego me ocupé del otro medio. No, la cama no parecía estar mojada.

Y una voz femenina aplaudió:

—¡Buen chico!

Miré apresuradamente a mi alrededor. No había ningún tipo de cuerdas vocales cerca tras aquella voz...

—¿Quién ha dicho esto, y dónde está?

—Soy Teena, la hermana de Minerva. No estoy más lejos que su codo..., y sin embargo estoy a medio kilómetro de distancia y doscientos metros más abajo. Si necesita algo, simplemente pídamelo. O lo tendremos en stock, o lo fabricaremos, o lo simularemos. Hacemos milagros al momento; para lo demás tardamos un poco menos. Excepción: la virginidad original es un encargo especial: tiempo medio de demora, catorce años. La virginidad reconstituida la hacemos en catorce minutos.

—¿Y quién demonios quiere una virgen? Señora Teena, ¿cree usted que es educado mirar mientras estoy orinando?

—Joven, no intente decidir a su abuela cómo conducir el rebaño. Una de mis tareas es observarlo todo en todos los departamentos de esta casa de locos y captar los errores antes de que se produzcan. Dos: soy virgen y puedo probarlo..., y voy a hacer que lamente haber nacido hombre por proferir esa despectiva opinión sobre las vírgenes.

(¡Oh, infiernos!)

—Señora Teena, no pretendía ofenderla. Simplemente me sentí azarado, eso es todo. Así que hablé precipitadamente. Pero no se me ocurrió pensar en ningún tipo de monitorización, así que esperaba una cierta intimidad.

—No en un hospital, muchacho. Siempre hay aspectos significativos en el cuadro clínico.

—¿Uh?

—Ahí viene mi hermana. Si no me cree puede preguntarle a ella.

Un par de segundos más tarde se abrió la pared y la señora Minerva entró en la habitación, llevando un orinal plano del modelo antiguo..., nada de maquinaria automática, nada de controles electrónicos. Dijo:

—Gracias. Pero ya no lo necesito. Como estoy seguro que le habrá dicho su hermana.

—Sí, lo hizo. Pero seguro que no le dijo, que lo había hecho.

—No, lo deduje yo. ¿Es cierto que está sentada en algún lugar en el sótano y escruta a todos los pacientes? ¿No lo encuentra aburrido?

—En realidad no les presta ninguna atención hasta que es necesario. Tiene miles de otras cosas que hacer, y todas más interesantes...

—¡Mucho más interesantes! —interrumpió aquella voz sin rostro—. Minnie, no le gustan las vírgenes. Le hice saber que yo soy una. Confírmalo, hermana; quiero restregarle la nariz con ello.

—Teena, no le incordies.

—¿Por qué no? Es divertido incordiar a los hombres; se agitan tanto cuando los pinchas. Pensé que podía descubrir lo que Hazel ve en éste. Tiene un mal saque.

—¡Teena! Coronel, ¿le ha dicho Athene que es un ordenador?

—¿Eh? Repita eso.

—Athene es un ordenador. Es el ordenador que supervisa todo el planeta; otros ordenadores aquí son sólo máquinas, no son sentientes. Athene lo gobierna todo. Del mismo modo que Mycroft Holmes lo gobernaba todo en la Luna, en su tiempo..., sé que Hazel te habló de él. —Minerva sonrió gentilmente—. Por eso Teena puede proclamar que es virgen. Es cierto. Técnicamente al menos, en el sentido en que un ordenador no puede tener ninguna experiencia en copulación carnal...

—¡Pero lo sé todo al respecto!

—(Sí, hermana) ...con un macho humano. Por otra parte, cuando se transfiera a un cuerpo de carne y hueso y se vuelva humana, en otro sentido técnico ya no será virgen porque su himen se habrá visto atrofiado in vitro y cualquier tejido vestigial eliminado antes de que su cuerpo animal esté completamente listo. Así es como sucedió conmigo.

—Y estabas loca, Minnie, por dejar que Istar te vendiera lo que te vendió; yo no voy a permitirlo. He decidido hacer que las cosas sean como tienen que ser. Una virginidad real, y una defloración tanto ritual como física. Incluso una boda y un vestido de novia si podemos permitirnoslo. ¿Crees que se lo podremos arrancar a Lazarus?

—Lo dudo intensamente. Y estarás cometiendo un tremendo error. Un dolor innecesario en la primera copulación puede conducirte a malas costumbres en lo que debería ser siempre una experiencia feliz. Hermana, el sexo es la razón más importante para volverse humana. No lo estropees.

—Tammy dice que no duele tanto como eso.

—¿Y por qué dejar que duela, aunque sólo sea un poco? De todos modos, no vas a conseguir que Lazarus acepte una boda formal. Te prometió un lugar en nuestra familia, pero no te prometió nada más.

—Quizá debiéramos permitir que el coronel Cero se presentara voluntario. Me debe muchos favores, y Maureen dice que nadie se fija nunca en el novio. ¿Qué opina usted, soldado? Piense en el honor de convertirse en mi novio en una lujosa boda en junio. Cuidado con lo que responde.

Mis oídos zumbaban, y un dolor de cabeza avanzaba galopando en lontananza. Si simplemente cerraba los ojos, ¿me encontraría de vuelta en mi piso de soltero de la Regla de Oro?

Lo intenté, luego volví a abrirlos.

—Respóndame —insistió la incorpórea voz.

—Minerva, ¿quién ha cambiado de maceta mi pequeño arce?

—Yo lo hice. Tammy señaló que no tenía espacio para respirar, y mucho menos para crecer, y me pidió que encontrara una maceta más grande. Yo...

—Yo la encontré.

—Teena la encontró, y yo lo replanté. ¿No observa que ahora es mucho más feliz? Ha crecido más de diez centímetros.

Miré el pequeño árbol. Y volví a mirar.

—¿Cuántos días llevo en este hospital?

Minerva perdió repentinamente toda expresión. La voz de Teena dijo:



—No ha dicho lo grande que quería el brontosaurio para desayunar. Mejor le prepararemos uno pequeño, ¿no cree? Los viejos suelen ser terriblemente correosos. O al menos eso es lo que dice todo el mundo.

Diez centímetros... Hazel había dicho que me vería «por la mañana». ¿Qué mañana, querida? ¿La de dos semanas más tarde? ¿O más aún?

—Los viejos no son correosos si se los prepara debidamente. Pero no quiero esperar mientras la carne se macera. ¿Habrá algún retraso con los panqueques?

—Oh, no —admitió la voz de Teena—. Los panqueques no son algo común aquí, pero Maureen lo sabe todo respecto a ellos. Dice que fue criada a unos pocos kilómetros de donde fue criado usted, y casi en la misma época, siglo más, siglo menos. Así que conoce el tipo de cocina al que está usted acostumbrado. Me explicó todo lo necesario acerca del instrumental para preparar panqueques, y estuve experimentando hasta que conseguí hacer uno exactamente tal como ella lo quería. ¿Cuántos panqueques cree que puede comer, gordo?

—Quinientos siete.

Hubo un corto silencio; luego Teena dijo:

—¿Minerva?

—No sé.

—Pero —añadí— estoy á dieta, así que me conformaré con tres.

—No estoy seguro de quererle como novio.

—De todos modos no ha consultado usted a Hazel. Hazel es mi esposa.

—No hay ningún obstáculo; Hazel y yo somos compañeras. Desde hace años y años. Ella estará de acuerdo. Si yo decido utilizarle. Aunque no estoy segura, Dickie, muchacho; se le ve inconstante.

—«Dickie, muchacho», ¿eh? ¿Conoce usted a mi tío Jock? ¿Jock Campbell?

—El Zorro Plateado. ¡Claro que conozco al tío Jock! No vamos a invitarle, Dickie; reclamaría *jus primae noctis*.

—Tenemos que invitarle, señora Teena; es mi pariente más cercano. De acuerdo, me presento voluntario como novio, y tío Jock se encargará de la defloración de la novia. Asunto resuelto.

—¿Minerva?

—Coronel Richard, no creo que Athene deba hacer esto. Conozco al doctor Jock Campbell desde hace muchos años, y él me conoce a mí. Si Athene insiste en esa tontería, no creo que deba entregarse primero al doctor Campbell. Un año o dos más tarde, quizá, cuando ella sepa... —Minerva se encogió de hombros—. Claro que son personas libres.

—Teena puede decidirlo con Hazel y Jock; no fue idea mía. ¿Cuándo tendrá lugar ese crimen?

—Casi inmediatamente; el clon de Athene está ya casi maduro. Unos tres o cuatro años.

—Oh. Pensé que estábamos hablando de la semana próxima. Dejaré de preocuparme; el caballo puede incluso aprender a cantar.

—¿Qué caballo?

—Es algo acerca de una pesadilla. Ahora, volviendo a esos panqueques. Señora Minerva, ¿querrá acompañarme con ellos? No podría soportar el verla ahí de pie salivando y tragando en vacío y muriéndose de hambre mientras yo me hincho de panqueques.

—Hoy ya he comido...

—Qué lástima.

—...pero eso fue hace horas y me gustaría probar los panqueques; tanto Hazel como Maureen hablan bien de ellos. Gracias: acepto.

—¡A mí no me ha invitado!

—Pero Teena, mi novia en perspectiva, si cumple usted sus amenazas, mi mesa será suya; invitarla a que la comparta sería una plétora tautológicamente redundante de excedente excesivo, repetitivo y casi insultante. ¿Le ha dicho Maureen cómo se sirven los panqueques? Con mantequilla y mermelada de arce y mucho tocino bien crujiente..., acompañado todo ello con zumo de frutas y café. El zumo tiene que estar muy frío; lo demás muy caliente.

—Tres minutos, amor.

Estaba a punto de responder cuando aquella pared insustancial se abrió de nuevo y entró caminando el rabino Ezra. Entró caminando. Utilizaba muletas, pero caminaba sobre dos piernas.

Me sonrió y agitó una de las muletas.

—¡Doctor Ames! ¡Qué alegría verle despierto!

—Qué alegría verle a usted, reverendo Ezra. Señora Teena, por favor, haga que el desayuno sea para tres.

—Ya lo hice. Y también pedí salmón ahumado, y bagels, y mermelada de fresas.

Fue un alegre desayuno pese a todas las preguntas que me rondaban por la cabeza. La comida era abundante y yo me sentía hambriento; Minerva y Ezra —y Teena— eran buena compañía. Estaba esparciendo mermelada sobre el último mordisco de mi primer panqueque antes de decir:

—Rabino Ezra, ¿ha visto a Hazel esta mañana? Mi esposa, quiero decir. Esperaba que estuviese aquí.

Pareció dudar; Teena respondió:

—Vendrá más tarde, Dickie. No puede estar haraganeando por aquí esperando a que usted despierte; tiene otras cosas que hacer. Y otros hombres.

—Teena, deje de intentar pincharme. O no me casaré con usted, ni aunque Hazel y Jock estén de acuerdo.

—¿Apuesta algo? Deme calabazas, jovencito, y puede estar seguro que lo sacaré inmediatamente de este planeta. No recibirá ni un solo mordisco de comida, las puertas no se le abrirán, el agua del baño le escaldará, los perros le morderán. Y le picará todo el cuerpo.

—Hermana.

—Está bien, Minnie.

—No deje que mi hermana le asuste, coronel —prosiguió Minerva, dirigiéndose a mí—. Incordia porque desea compañía y atención. Pero es un ordenador ético, en el que puede confiarse plenamente.

—Estoy seguro de que lo es, Minerva. Pero no puede esperar estar incordiándome y amenazándome, y esperar también que me quede de pie ante un juez o un sacerdote o quien sea y le prometa amarla, honrarla y obedecerla. No estoy seguro de desear obedecerla en ninguna circunstancia.

La voz del ordenador respondió:

—No va a tener que prometer obediencia, Dicky, muchacho; ya le educaré más adelante. Sólo cosas sencillas. De pie. Quieto. Sentado. Tiéndete. Boca arriba. Haz el muerto. No espero nada más complejo de un hombre. Aparte los deberes propios del matrimonio, por supuesto. Pero en eso su reputación le ha precedido.

—¿Qué quiere decir con eso? —Arrojé mi servilleta—. ¡Esto lo acaba todo! El matrimonio queda anulado.

—Amigo Richard.

—¿Eh? ¿Sí, rabino?

—No deje que Teena le preocupe. Ha hecho proposiciones a mí, y a usted, y al padre Hendrik, y a Choy-Mu, y sin duda a muchos otros. Su ambición es conseguir que Cleopatra parezca una ñoña.

—Y Ninon de Lenclos, y Rangy Lil, y María Antonieta, y Rajab, y la nave de batalla Kate, y Mesalina, y ponga el nombre que quiera. Tengo intención de convertirme en la ninfomaniaca campeona del multiverso, hermosa como el pecado y absolutamente irresistible. Los hombres lucharán en duelo por mí, y se matarán delante de mi puerta, y escribirán odas a mi dedo meñique. Las mujeres desfallecerán a mi voz. Todos los hombres, mujeres y niños me adorarán desde todos lados, y amaré a tantos de ellos como crea conveniente. Así que no quiere ser usted mi novio, ¿eh? ¡Vaya cosa sucia, maligna, retorcida, hedionda, absolutamente egoísta, de decir! Las multitudes enfurecidas le harán pedazos y beberán su sangre.

—Señora Teena, esas no son cosas educadas de decir en la mesa. Estamos comiendo.

—Usted lo empezó.

Intenté revisar todo lo dicho hasta entonces. ¿Lo había empezado realmente? No, en absoluto; ella...

El rabino Ezra me dijo, en un susurro apenas audible:

—Olvídelo. No puede ganar. Lo sé.

—Señora Teena, lamento haberlo empezado. No hubiera debido. Fue desconsiderado por mi parte.

—Oh, está bien. —El ordenador sonó cálidamente complacido—. Y no tiene que llamarme «señora Teena», casi nadie usa ya títulos aquí. Si llamara usted «doctora Long» a Minerva, ella miraría a su alrededor para ver a quién tenía a su lado.

—De acuerdo, Teena, y por favor, llámeme «Richard». Señora Minerva, ¿es usted doctora titulada? ¿Doctora en medicina?

—Uno de mis títulos versa sobre terapia, sí. Pero mi hermana tiene razón; usamos muy poco los títulos aquí. Nadie oye nunca decir «señora»..., excepto como un término de afecto hacia una mujer que le ha hecho a un hombre el don de su amor carnal. Así que no hay necesidad de que me llame «señora Minerva»..., a menos que decida hacerme ese don. Cuando quiera. Si quiere.

¡Directo en el centro de la diana!

No supe qué contestar. Minerva parecía tan modesta, tan tímida, tan suave, que me tomó por sorpresa.

Teena me concedió tiempo para reponerme.

—Minnie, no intentes quitármelo. Es mío.

—Mejor pregúntale a Hazel. O mejor aún, pregúntaselo a él.

—¡Dickie, muchacho! ¡Díselo!

—¿Qué debo decirle, Teena? Aún no ha arreglado usted las cosas con Hazel y con mi tío Jock. Pero mientras tanto... —Conseguí hacer una reverencia a Minerva, de la mejor manera que puede hacerlo una persona en la cama a impedida por un bloqueo espinal—. Querida dama, sus palabras son un gran honor para mí. Pero, como sabe usted muy bien, en estos momentos me hallo físicamente inmovilizado, incapaz de compartir tales delicias. En consecuencia, ¿podemos tomar el deseo por la realidad?

—¡No se atreva a llamarla «señora»!

—Hermana, compórtate. Señor, puede llamarme usted «señora» si lo desea. O, como muy bien dice, podemos tomar el deseo por la realidad y aguardar a una oportunidad posterior. Su terapia tomará tiempo.

—Oh, sí. Eso suponía. —Miré al pequeño arce, ya no tan pequeño ahora—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Me temo que la factura suba ya un pico.

—No se preocupe por eso —me aconsejó Minerva.

—*Debo* preocuparme. Las facturas deben ser pagadas. Y ni siquiera tengo seguridad social. —Miré a Ezra—. Rabino, ¿cómo ha financiado usted sus... trasplantes, creo que son? Está tan lejos de su hogar y de su cuenta bancaria como yo.

—Más lejos de lo que imagina. Y ya no es apropiado que se dirija a mí como rabino .... donde estamos ahora, no se conoce el torá. Ahora soy el soldado raso Ezra Davidson, del Cuerpo de Irregulares del Tiempo. Eso paga mis facturas. Creo que algo parecido paga las tuyas. Teena, ¿puede usted, quiero decir, querrá usted explicarle al doctor Ames la cuenta en la cual son cargadas sus facturas?

—Tiene que preguntarlo él.

—Eso es lo que hago, Teena. Por favor, explíquemelo.

—«Campbell, Colin», conocido también como «Ames, Richard: cargos, a todos los departamentos, a la cuenta especial de la Superioridad, «Señor de la Galaxia..., Mixto». No se preocupe, querido muchacho; es usted un caso de pura caridad, la casa se hace cargo de todas las facturas. Por supuesto, aquellos incluidos en *ese* caso no suelen vivir mucho.

—¡Athene!

—Pero Minnie, es la simple verdad. Un promedio de una coma siete misiones, y luego pagamos su seguro de vida y la pensión a quien corresponda. A menos que sea destinado a excedentes de cupo en el CGT.

(No estaba escuchando con atención. ¡El «Señor de la Galaxia», por supuesto! Sólo una persona podía haber organizado aquello. Mi querida y deliciosa pequeña. Maldita sea, querida..., ¿dónde estás?)

Aquella pared que parecía sólida sin ser sólida se abrió de nuevo.

—¿Llego tarde para el desayuno? ¡Oh, demonios! ¡Hola, querido!

¡Era ella!

*Cuando dudes, di la verdad.*

MARK TWAIN, 1835-1910

—Richard, te vi a la mañana siguiente. Pero tú no me viste a mí.

—Por supuesto que le vio, Dickie, muchacho —confirmó Teena—. Con gran riesgo de su propia salud. Alégrese de estar vivo. Casi no lo estaba.

—Eso es cierto —confirmó Ezra—. Yo fui su compañero de habitación durante parte de la noche. Luego me trasladaron y le pusieron a usted en estricta cuarentena, y a mí me inocularon nueve o noventa veces. Hermano, estaba usted enfermo a morir.

—Calambres quebrantahuesos, delirium de pus verde, fiebre estranguladora... —Hazel estaba contando con los dedos— Muerte azul, tifus. minerva..., ¿qué más?

—Infección sistémica por estafilococos dorados, herpes Hepático-Landrii. Y lo peor de todo, pérdida de la voluntad de vivir. Pero Ishtar no permitirá que muera una persona que no ha sido llamada a la muerte mientras posea capacidad de juicio, y tampoco lo hará Galahad. Tamara estuvo con usted cada minuto hasta que pasó la crisis.

—¿Por qué no recuerdo nada de eso?

—Alégrese de no recordarlo —murmuró Teena.

—Corazón, de no estar en el mejor hospital de todos los universos conocidos y con los terapeutas más hábiles, ahora yo sería de nuevo viuda. Y el negro me sienta fatal.

Ezra añadió:

—De no tener usted la constitución de un buey, nunca lo hubiera conseguido.

—De un toro, Ezra —interrumpió Teena—. No de un buey. Lo sé, los he visto a ambos. Impresionante. No sabía si darle las gracias a Teena o recordar el asunto del matrimonio. Así que ignoré ambas cosas.

—Lo que no comprendo es cómo pillé todas esas enfermedades. Recibí una herida en la pierna, eso lo recuerdo. Lo cual puede explicar los estafilococos áureos. ¿Pero todas esas otras cosas?

—Coronel, usted es un soldado profesional —dijo Ezra.

—Sí. —Suspiré—. Nunca he practicado ese aspecto de la profesión; no me siento a gusto en él. La guerra biológica hace que las bombas de fusión parezcan limpias y decentes. Incluso la guerra química parece humana comparada con las armas bios. Muy bien; ese cuchillo... ¿era un cuchillo?... estaba preparado. Horrible.

—Sí —admitió Ezra—. Alguien lo quería a usted muerto, y estaba dispuesto a matar a toda Ciudad Luna con tal de conseguir su objetivo.

—Esto es una locura. No soy tan importante como eso.

—Richard, es tan importante como eso —dijo Minerva suavemente.

La miré.

—¿Qué le hace pensar así?

—Lazarus me lo dijo.

—«Lazarus». Teena usó ese nombre antes. ¿Quién es Lazarus? ¿Por qué su opinión tiene tanto peso?

Fue Hazel quien respondió.

—Richard, te dije que eras importante y te dije por qué. El rescate de Adam Selene. La misma gente que quiere que siga sin resucitar no dudaría en matar toda Ciudad Luna con tal de matarte a ti.

—Si tú lo dices. Me gustaría saber qué ocurrió allí. Ciudad Luna es mi hogar de adopción; hay gente estupenda en ella. Hum, su hijo por ejemplo, Ezra, entre otros.

—Sí, mi hijo. Y otros. Ciudad Luna fue salvada, Richard; la infección fue detenida.

—¡Bien!

—Pero hubo que pagar un precio. Teníamos un tiempo de inferencia disponible de nuestro rescate. El número de segundos que necesitamos para subir todos a bordo fue reconstruido cuidadosamente y representado de nuevo..., con todos los que intervenimos en él y tu papel puesto en manos de un hábil actor. Comparamos el resultado con la memoria de Gay durante el tiempo que estuvo allí, y vimos que coincidían. Entonces fue enviada una cápsula temporal Burroughs a las coordenadas resultantes más cuatro segundos, y se hizo estallar una bomba de calor. No atómica sino de calor, un calor a nivel estelar..., algunos de esos bichos resultan difíciles de matar. Obviamente el hotel iba a sufrir daños, con una alta probabilidad, no, una certeza, de pérdida de vidas. La amenaza a Ciudad Luna fue cauterizada, pero el precio fue alto. Tanstaafl. —La expresión de Ezra era hosca.

—¿Su hijo resultó salvado?

—Creo que sí. De todos modos, la salvación de mi hijo no entró en esa decisión, y mi opinión no fue pedida. Fue una decisión política del Cuartel General del Tiempo. El CGT rescata individuos tan sólo cuando esos individuos son indispensables para una operación. Richard, tal como lo veo (entiéndame, soy un recluta sin graduación en licencia temporal por enfermedad; no tomo parte en las decisiones de alta política), permitir que Ciudad Luna sufriera una epidemia mortal en aquel momento hubiera interferido los planes del CGT en otro asunto. Quizá este asunto que apuntó la señora Gwendolyn... Hazel. No lo sé.

—Así fue, y lo sé, y en Tertius no me llame usted «señora» a menos que sea con su verdadero significado, Ezra, pero gracias de todos modos. Richard, fueron los daños que esa enfermedad difundida a través del aire podía causar a sus planes lo que hizo que el Cuartel General actuara tan radicalmente. Hilaron tan fino que tú y yo y el resto de la carga de Gay estuvimos a un parpadeo de resultar muertos por aquella bomba de calor en el momento en que escapábamos. —(Y en aquel punto me di con todas las espinillas contra una paradoja..., pero Hazel seguía hablando:)

»No podían arriesgarse a aguardar ni siquiera unos segundos; algunos bichos asesinos hubieran podido introducirse en los conductos de aireación de la ciudad. Proyectaron el efecto que hubiera tenido sobre la Operación Adam Selene: ¡desastroso! Así que actuaron. Pero el Cuerpo del Tiempo no va de un lado para otro por los universos salvando vidas individuales, ni siquiera las vidas de ciudades enteras. Richard, hoy mismo podrían salvar Herculano y Pompeya si quisiesen..., o San Francisco, o París. No lo hacen. No quieren.

—Corazón —dije lentamente—, ¿estás diciéndome que este Cuerpo del Tiempo podría impedir la Eliminación de París en 2002 pese a que ocurrió hace dos siglos? ¡Por favor!

Hazel suspiró. Ezra dijo:

—Amigo Richard, escúcheme atentamente. No rechace lo que voy a decirle.

—¿Eh? De acuerdo. Suéltelo.

—La destrucción de París se halla a más de dos mil años en el pasado, no a dos siglos. .

—Pero resulta claro que...,

—Según el cómputo de las marmotas, hoy es el año gregoriano 4400 DC., o el año 8160 según el calendario judío, un hecho que encuentro tremendamente inquietante pero que tengo que aceptar. Además, aquí y ahora, nos hallamos a más de siete mil años luz de la Tierra.

Tanto Hazel como Minerva me estaban mirando seriamente, aguardando al parecer mi reacción. Empecé a hablar, luego revisé mis pensamientos. Finalmente dije:

—Sólo tengo otra pregunta. ¿Teena?

—No, no puede comer más panqueques.

—No se trata de panqueques, querida. Mi pregunta es ésta: ¿puedo tomar otra taza de café? ¿Con crema esta vez? ¿Por favor?

—Bueno..., eso sí —mi petición apareció en la mesita en mi regazo.

—¡Richard, es cierto! —dijo impetuosamente Hazel—. Todo.

Di un sorbo al café recién hecho.

—Gracias, Teena; está estupendo. Hazel, amor, no lo discuto. Sería tonto por mi parte discutir algo que no comprendo. Así que pasemos a otro tema más simple. Pese a esas terribles enfermedades que dices que he sufrido, me siento lo suficientemente fuerte como para saltar de la cama y azotar a los siervos. Minerva, ¿puede decirme cuánto tiempo más debo llevar ese aparato paralizador? Es usted mi médico, ¿no?

—No, Richard, no lo soy. Yo...

—Mi hermana está a cargo de su felicidad —interrumpió Teena—. Eso es más importante.

—Athene tiene razón, más o menos...

—¡Siempre tengo razón!

—...pero a veces dice las cosas con una fraseología extraña. Tamara es la jefa de moral tanto del hospital Ira Johnson como de la clínica Howard..., y Tamara estuvo aquí cuando usted más la necesitó, y lo acunó en sus brazos siempre que creyó que debía hacerlo. Pero tiene muchos ayudantes, porque la directora generala Ishtar considera que la moral, bueno, la felicidad, es un elemento central tanto en la terapia como en el rejuvenecimiento. Así que yo ayudé, y también lo hizo Maureen, y Maggie, a quien no conoce todavía. Hay otras que colaboran también cuando tenemos demasiados problemas de felicidad..., Libby y Deety, a incluso Laz y Lor, que son estupendas en ello cuando son necesarias..., no es sorprendente puesto que todas son hermanas de Lazarus e hijas de Maureen. Y está Hilda, por supuesto.

—Un momento, por favor. Me siento confuso ante tantos nombres de personas a las que nunca he conocido. Este hospital posee un personal que proporciona felicidad; eso lo comprendo. Todos esos ángeles de la felicidad son mujeres. ¿Correcto?

—¿De qué otro modo podría ser? —dijo burlescamente Teena—. ¿Dónde espera hallar usted la felicidad?

—Vamos, Teena —dijo reprobadoramente Minerva—. Richard, nosotras, las mujeres operativas, cuidamos de la moral de los hombres..., y Tamara posee un grupo de hábiles hombres operativos de guardia con las clientes y pacientes femeninas. La polaridad opuesta no es algo absolutamente esencial a la moral, pero sí lo hace todo mucho más fácil. No *necesitamos tantos* hombres operativos en moral para que cuiden de nuestras *pacientes femeninas* porque las mujeres son menos propensas a enfermar. Los *clientes de rejuvenecimiento* se hallan divididos de una forma más o menos equitativa, hombres y mujeres, pero las mujeres casi nunca se sienten deprimidas cuando se ven jóvenes de nuevo...

—¡Y que lo digas! —exclamó Hazel—. A mí simplemente me pone hipersensual. —Palmeó mi mano, luego añadió una señal íntima que ignoré, puesto que había otras personas presentes.

—...mientras que los hombres normalmente sufren al menos una crisis espiritual durante el rejuvenecimiento. Pero preguntó usted sobre su bloqueo espinal. *Teena*.

—Ahora iba a *decírselo*.

—Sólo un momento —dijo Hazel—. Ezra, ¿le ha mostrado usted ya a Richard sus nuevas piernas?

—Todavía no.

—¿Por qué no lo hace? ¿Por favor?

—Me encantará mostrárselas. —Ezra se puso en pie, se apartó de la mesa, dio la vuelta, alzó sus muletas y se mantuvo en pie sin ninguna ayuda. Yo no había mirado sus piernas cuando entró en la habitación (a mí no me gusta tampoco que me miren), y luego, cuando se sentó junto a la mesa del desayuno que le había seguido, dejé de poder vérselas. En el único atisbo que había tenido de sus piernas había recogido la impresión de que llevaba unos pantalones cortos de deporte con calcetines marrones hasta la pantorrilla que hacían juego con los pantalones .... y entre calcetines y pantalones unas rodillas de un color blanco óseo.

Ahora se quitó los zapatos y se mantuvo en pie, descalzo..., y revisé bruscamente mis nociones anteriores; aquellos calcetines marrones eran la amarronada piel de unas piernas y unos pies que habían sido injertados a sus muñones.

Explicó detalladamente:

—...tres formas. Puede injertarse un nuevo miembro o cualquier otra cosa. Es un trabajo largo y que requiere gran habilidad, me han dicho. Un órgano o un miembro puede ser injertado del propio clon de uno, que es mantenido aquí en estasis y con un cerebro intencionalmente subdesarrollado. Me dijeron que esta forma es tan sencilla como poner un remiendo a un par de pantalones .... no hay posibilidad de rechazo.

»Pero yo no tengo ningún clon aquí, o todavía no..., así que me buscaron algo en el almacén de *repuestos*...

—El mercado de carne.

—Sí, *Teena*. Montones y montones de repuestos corporales a mano, inventariados por ordenador...

—Por mí.

—Sí, *Teena*. Para los injertos heterogéneos Teena selecciona *repuestos* del tejido más parecido posible ..., en grupo sanguíneo, por supuesto, pero también en otros *detalles*. Y en tamaño también, aunque ésa es la parte más sencilla. *Teena* lo comprueba todo y te proporciona un repuesto que tu cuerpo confundiría como propio. O casi.

—Ezra —dijo el ordenador—, puede llevar esas piernas durante diez años como mínimo; realmente hice un trabajo de primera con ellas. Por entonces, su clon ya estará disponible, si es que llega a necesitarlo.

—Sé que lo hizo, y le estoy agradecido por ello, Teena. El nombre de mi benefactor es Azrael Nkruma, Richard; somos como gemelos, aparte un asunto sin importancia de melanina.—Ezra sonrió.

—¿Cómo perdió sus piernas? —pregunté.

Ezra se puso repentinamente serio.

—Está muerto, Richard..., de la forma más común de muerte aquí: a causa de un accidente. Escalando una montaña. Se cayó, aterrizó sobre su cabeza y se partió el cráneo; ni siquiera las habilidades de Ishtar pudieron salvarle. Y estoy seguro de que hizo todo lo que pudo; el doctor Nkruma era un cirujano de su personal. Pero ésas no son las piernas que llevaba el doctor Nkruma; son de su clon..., que nunca llegó a necesitar.

—Richard...

—¿Sí, querida? Quería *preguntarle a Ezra*...

—Richard, hice algo sin consultarte antes.

—¿De veras? ¿Voy a *tener que* pegarte de nuevo?

—*Puede que* decidas hacerlo. Quería que vieras las piernas de Ezra..., porque, sin tu permiso, he hecho que te pusieran una nueva también a ti. —Parecía asustada.

Tendría que existir una regla que limitara el número de shocks emocionales a los que una persona puede ser sometida legalmente en un solo día. Me he sometido a todo el entrenamiento militar estándar para frenar los latidos del corazón y hacer bajar la presión sanguínea y todas esas cosas en momentos de gran excitación. Pero normalmente la excitación no espera, y eras malditas técnicas no son tan efectivas como parecen, de todos modos.

Esta vez simplemente aguardé mientras frenaba conscientemente el ritmo de mi respiración. A fin fui capaz de decir, sin que se me quebrara la voz:

—En su conjunto, no creo que eso exija una zurra —intenté agitar mi pierna mala—. Siempre he podido sentir mi pierna ahí, pese a que hace años que desapareció. ¿La habéis puesto en la dirección correcta?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir, Richard?

—Siempre me ha gustado que mi pie mire hacia delante. No como el de un mendigo de Bombay— (!Había sido aquello un meneo?)—. Ejem, Minerva..., ¿me está permitido ver lo que me habéis hecho? Esta sábana parece estar un poco demasiado apretada.

—Teena.

—Ahora viene.

Aquella pared no sólida parpadeó de nuevo, y entró el joven más ofensivamente atractivo que haya visto nunca..., y su ofensa no se veía reducida por el hecho de que hubiera entrado en mi habitación completamente desnudo. Ni un taparrabo. El papanatas ni siquiera llevaba zapatos. Miró a su alrededor y sonrió.

—¡Hola a todo el mundo! ¿Me mandó llamar alguien? Estaba tomando baños de sol...

—Estabas durmiendo. Durante las horas de servicio.

—Teena, sabes que no puedo dormir y tomar baños de sol al mismo tiempo. Hola, coronel; es bueno verle despierto. Nos ha dado usted un montón de trabajo. Hubo un momento en que pensamos que íbamos a tener que volver atrás y probar de nuevo.

—El doctor Galahad es su médico —dijo Minerva.

—No exactamente —corrigió él, mientras avanzaba hacia mí..., con un apretón al hombro de Ezra, un pellizco al trasero de Minerva y un beso en passant para mi esposa—. Saqué la paja más corta, eso es todo; así que fui el elegido para cargar con la responsabilidad. Aceptaré todas las quejas..., pero debo advertirle de algo. No sirve intentar sobornarme. O sobornarnos. El juez es nuestro. Bien, ahora...

Hizo una pausa, con las manos encima de mi sábana.

—¿Quiere un poco de intimidad para esto?

Dudé. Sí, quería intimidad. Ezra lo captó y empezó a ponerse dificultosamente en pie, puesto que se había sentado de nuevo

—Le veré luego, amigo Richard.

—No, no se vaya. Usted me mostró las suyas..., ahora yo le mostraré la mía, y compararemos, y podrá aconsejarme, puesto que no sé nada sobre injertos. Y Hazel también puede quedarse, por supuesto. Minerva ya la ha visto antes..., ¿o no?

—Sí, Richard, la he visto.

—Así que no tiene sentido que se vaya. Sosténgame si me desmayo. Teena..., nada de comentarios ingeniosos.

—¿Yo? ¡Eso es dudar de mi buen juicio profesional!

—No, querida. De sus modales como acompañante de cabecera. Que tendrán que mejorar si espera competir con Ninon de Lenclos. O incluso con Rangy Lil. De acuerdo, doc, veamos eso. —Hice presión sobre mi diafragma, contuve el aliento.

La maldita sábana cedió fácilmente bajo las manos del doctor. La cama estaba limpia y seca (fue lo primero que comprobé: ni el menor asomo de tuberías, desagües o lo que fuera que yo pudiese identificar), y dos enormes y feos pies se asomaban a cada lado al final de mi cuerpo, la visión más hermosa que hayan contemplado jamás mis ojos.

Minerva me sujetó mientras me desvanecía.

Teena no hizo ningún comentario ingenioso.

Veinte minutos más tarde había quedado establecido que poseía control sobre mi nueva pierna y sobre los dedos de los pies sin ni siquiera pensar en ellos..., aunque a veces me descontrolaba durante las pruebas si intentaba hacer muy intensamente lo que el doctor Galahad me decía que debía hacer.

—Estoy contento con los resultados —dijo—, si usted también lo está. ¿Lo está?

—¿Cómo quiere que lo describa? ¿Arco iris? ¿Campanillas de plata? ¿Nubes en forma de hongo? Ezra..., ¿puede hacerlo usted?

—He intentado decírselo. Es como nacer de nuevo. Caminar es una cosa tan sencilla..., hasta que no puedes hacerlo.

—Sí. Doctor, ¿a quién perteneció esta pierna? No he rezado mucho últimamente..., pero por él lo voy a intentar.

—No está muerto.

—¿Eh?

—Se trata de un cúmulo de circunstancias más bien sorprendentes, coronel. Teena estaba teniendo problemas en encontrar una pierna derecha de su tamaño que su sistema inmunológico no rechazara en el tiempo de decir «septicemia». Entonces Ishtar (es mi jefa, ¿sabe?) le dijo que ampliara la búsqueda..., y Teena encontró una. Ésta. Perteneció al clon de un cliente vivo.

»Nunca hasta ahora nos habíamos enfrentado con un caso así. Yo..., nosotros, el personal del hospital, no tenemos autoridad ni derecho para utilizar uno de nuestros clones reservados para otro cliente que no sea su propietario. Pero el cliente al que pertenece ese clon, cuando se le habló del asunto, decidió cederle su pierna. Su actitud fue que su clon podría regenerar una nueva pierna en unos cuantos años; mientras tanto, él podía permitirse correr el riesgo de carecer de esta parte sustituta.

—¿De quién se trata? Debo hallar alguna forma de darle las gracias. —(¿Cómo le da uno las gracias a alguien por ese tipo de regalo? Pero debía hacerlo, de algún modo.)

—Coronel, ésa es una cosa que no va a conseguir saber. Su donante insistió en permanecer anónimo. Es una condición intrínseca de su donación.

—Incluso me hicieron borrar el registro de la operación —dijo amargamente Teena—. Como si no confiaran profesionalmente en mí. ¡Oh, vamos, sé mantener el juramento hipócrita mucho mejor que cualquiera de ellos!

—Querrás decir «hipocrático».

—Oh, ¿tú también piensas así, Hazel? Te aseguro que conozco a esta pandilla mucho mejor que tú.

—Por supuesto, quiero que empiece usted a usarla ya —dijo el doctor Galahad—. Y también necesita algo de ejercicio para recuperarse de su larga enfermedad. ¡Así que arriba de esta cama! Sólo dos cosas: le recomiendo que utilice su bastón hasta que esté seguro de su equilibrio, y también que Hazel o Minerva o alguien le sujete la otra mano durante un tiempo. Cuídese: aún está débil. Siéntese o échese cada vez que lo considere necesario. Hummm. ¿Sabe nadar?

—Sí. No lo he practicado mucho últimamente, porque he estado viviendo en un hábitat espacial que no disponía de esas facilidades. Pero me encanta nadar.

—Aquí encontrará todas las facilidades que necesite. Hay una piscina pequeña en el sótano de este edificio, y otra mayor en el atrio. Y la mayor parte de las casas particulares tienen también una piscina de algún tipo. Así que nade. No puede andar todo el tiempo; su pie derecho no tiene callos de ninguna clase, de modo que no lo fuerce. Y no lleve zapatos hasta que ese pie aprenda a ser un pie. —Me sonrió—. ¿Comprendido?

—¡Sí, por supuesto!

Me dio unas palmadas en el hombro, luego se inclinó y me besó. ¡Justo en el momento en que empezaba a caerme bien! No tuve tiempo de reaccionar.

Me sentí extremadamente irritado pero intenté no demostrarlo. Por lo que Hazel y los otros habían dicho, aquel chico demasiado atractivo había salvado mi vida..., una y otra vez. No estaba en posición de sentir animosidad hacia él.

¡Maldita sea!

No pareció darse cuenta de mi reluctancia. Me dio un apretón en el hombro y dijo:

—Todo irá bien. Minerva, llévalo a nadar. O Hazel. Alguien. —Y se fue.

Así que las damas me ayudaron a levantarme de la cama, y mi esposa me llevó a nadar. Hazel dijo adiós a Minerva con un beso, y de pronto me di cuenta de que Minerva estaba esperando el mismo trato por mi parte. Hice un movimiento tentativo en esa dirección; me encontré con una respuesta absolutamente entusiasta.

Besar a Minerva gana de corrido a besar a un hombre, no importa lo atractivo que sea. Antes de dejarla marchar le di las gracias por todo lo que había hecho por mí.

—Esto es lo que me gusta —respondió seriamente.

Nos fuimos, yo andando cuidadosamente y apoyándome en mi bastón. Mi nueva pierna me hormigueaba. Una vez fuera de la habitación —esa pared simplemente parpadea cuando caminas hacia ella—, Hazel me dijo:



—Querido, te agradezco que besaras a Minerva sin que yo tuviera que empujarte. Es como un cachorrillo afectuoso; ofrecerle afecto físico significa para ella mucho más de lo que pueda significar darle verbalmente las gracias, a ofrecerle un regalo, por espléndido que pueda llegar a ser. Está intentando superar el trauma de dos siglos como ordenador.

—¿Era realmente un ordenador?

—¡Será mejor que lo crea, amigo! —La voz de Teena nos había seguido.

—Sí, Teena, pero déjame explicárselo. Minerva no nació de mujer; su cuerpo fue desarrollado in vitro a partir de un óvulo con veintitrés padres..., posee los padres más distinguidos de los que pueda alardear cualquier ser humano que haya vivido nunca. Cuando su cuerpo estuvo listo, trasladó su personalidad a él, junto con sus memorias...

—Algunas de sus memorias —objetó Teena—. Duplicamos las memorias que ella quería llevarse consigo y creamos un juego para ella, y retuvimos todos los datos de sólo lectura y la RAM habitual. Se suponía que eso nos convertiría en gemelas idénticas. Pero me engañó..., retuvo algunas de las memorias sólo para ella, no las compartimos todas, la muy astuta. ¿Es justo eso? ¡Se lo pregunto!

—No me lo preguntes a mí, Teena; yo nunca he sido un ordenador. —Se volvió hacia mí—. Richard, ¿has usado alguna vez un tubo de caída?

—Ni siquiera sé lo que es.

—Agárrate a mí y aterriza sobre tu pierna vieja. Creo. Teena, ¿puedes ayudarme?

—¡Seguro, colega!

¡Los tubos de caída son más divertidos que un cachorrillo de collie! Tras mi primera caída insistí en volver arriba y bajar otras cuatro veces, «para practicar» (de hecho, para divertirme), y Hazel me lo permitió, y Teena se aseguró de que no me hiciera daño en mi pierna nueva en los aterrizajes. Las escaleras son un peligro para un amputado y una dolorosa tarea en el mejor de los casos. Los ascensores han sido siempre una desagradable experiencia para todo el mundo, molestos como una faja para una mujer gorda, demasiado parecidos a los camiones de ganado.

Pero los tubos de caída ofrecen la misma embriagadora experiencia que saltar a los montones de heno en la granja de mi tío cuando era niño..., sin el polvo y el calor. ¡Huau!

Finalmente Hazel me detuvo.

—Vamos a nadar, querido. Por favor.

—De acuerdo. ¿Viene con nosotros, Teena?

—Qué remedio.

—¿Nos tienes monitorizados, querida? —dijo Hazel—. ¿A uno de los dos?

—Ya no utilizamos implantes, Hazel. Es demasiado burdo. Zeb y yo elaboramos un artilugio que utiliza un doble triplete para mantener unidos cuatro ejes que enlazan visión y sonido en ambas direcciones. El color es un poco más complicado, pero lo estamos consiguiendo.

—Así que nos tienes monitorizados.

—Yo prefiero llamarlo un «rayo espía»; suena mejor. De acuerdo, os tengo monitorizados.

—Eso supuse. ¿Podemos tener un poco de intimidad? Tengo que discutir algunos asuntos familiares con mi esposo.

—Por supuesto, colega. Mi monitorización es únicamente hospitalaria. Para todo lo demás soy como los tres monitos.

—Gracias, querida.

—Es el servicio habitual de las Empresas Long. Cuando quieras salir de debajo de la roca, pronuncia simplemente mi nombre. Dale un beso de mi parte. ¡Hasta luego!

—Ahora tenemos realmente intimidad, Richard. Teena está escuchando y examinando cada una de nuestras décimas de segundo, pero de una forma tan impersonal como un voltímetro, y su única memoria no volátil se refiere a asuntos tales como tu pulso y tu respiración. Algo parecido fue utilizado para impedirte que te hicieras daño a ti mismo mientras estuviste tan enfermo.

Hice mi habitual comentario brillante:

—¿Eh?

Habíamos salido fuera del edificio central del hospital, y nos hallábamos mirando a un pequeño parque flanqueado por las dos alas laterales de un edificio en forma de U. Estaba lleno de flores y plantas verdes, y la parte central era una piscina que «resultaba» tener casualmente el tamaño y la forma exactos para encajar con aquellos macizos de flores y senderos y arbustos. Hazel se detuvo junto a un banco que miraba a la piscina, a la

sombra de un árbol. Nos sentamos, dejamos que el banco se ajustara a nosotros y observamos a la gente en la piscina..., algo casi tan divertido como nadar.

—¿Qué recuerdas de tu llegada aquí? —preguntó Hazel.

—No mucho. Me sentía bastante aturdido..., esa herida, ya sabes. —(«Esa herida» era ahora una cicatriz de la anchura de un cabello, difícil de descubrir; creo que me sentí decepcionado)—. Ella... ¿Tamara?... Sí, Tammy estaba mirándome directamente a los ojos, y parecía preocupada. Dijo algo en otro idioma...

—En galacta. Lo aprenderás; es fácil...

—¿De veras? Sea como sea, me dijo algo, y eso es lo último que recuerdo. Para mí eso fue la noche pasada, y desperté esta mañana, y ahora sé que no fue la noche pasada sino Dios sabe cuándo, y que durante todo ese tiempo he estado lecho polvo. Inquietante. Hazel, ¿cuánto tiempo ha sido?

—Depende de cómo lo cuentes. Para ti, casi un mes,

—¿Me han mantenido sedado durante todo ese tiempo? Es mucho para una sedación continuada. —(Aquello me preocupó. Les he visto someterse a ello en alta cirugía, afrontarlo valientemente y salir del hospital en forma físicamente perfecta..., pero enganchados para siempre a los matadores. Morfina, demerol, *sans-souci*, metadona, lo que fuese.)

—Querido, no estuviste sedado en ningún momento.

—¿Repítelo?

—Un campo «Lethe» mantenido constantemente..., pero nada de drogas. El Lethe permite que el paciente siga despierto y cooperativo..., pero el dolor es olvidado apenas aparece. O cualquier otra cosa. Te duele, querido, pero cada dolor es un acontecimiento separado que es olvidado de inmediato. Y luego no te queda la resaca y la necesidad de eliminar durante semanas y semanas las drogas adictivas de tu sistema. —Me sonrió—. No fuiste mucha compañía, querido, porque un hombre que no puede recordar lo que ocurrió hace dos segundos no puede llevar una conversación coherente. Pero parecías disfrutar escuchando música. Y comías, siempre que alguien te diera la comida.

—Y tú me la dabas.

—No. No interfiero con los profesionales. —Mi bastón había resbalado y caído sobre la hierba; Hazel se inclinó, lo recogió, me lo devolvió—. Por cierto, he vuelto a cargar tu bastón.

—Gracias. ¡Hey! *Estaba* cargado. A tope.

—Estaba cargado cuando saltaron sobre nosotros..., y fue bueno que lo estuviera. O de otro modo yo estaría muerta. Y tú también, supongo. Pero yo seguro.

Pasamos los siguientes diez minutos confundiéndonos el uno al otro. Ya he contado cómo me pareció aquella lucha fuera del hotel Raffles. Diré brevemente cómo me contó Hazel qué le pareció a ella. No hay forma posible de reconciliar las dos.

Dice que ella no utilizó su bolso como arma. («Oh, eso hubiera sido una tontería, querido. Demasiado lento, y en absoluto mortal. Tú te encargaste de los dos a la vez y me diste tiempo se sacar mi pequeña Miyako. Después de usar mi pañuelo, quiero decir.»)

Según ella, yo disparé contra cuatro de ellos, mientras ella se ocupaba de la periferia, enfriando a aquellos que yo había fallado. Hasta que me derribaron con aquel tajo en el muslo (¿Un cuchillo? Ella dice que extrajeron briznas de bambú de la herida) y me rociaron con un aerosol..., y eso le proporcionó el instante que necesitaba para terminar con el hombre que me había rociado.

(«Pateé su rostro y lo agarré y lo arrastré fuera de allí. No, no esperaba ver a Gretchen. Pero sabía que podía contar con ella.»)

Su versión explica un poco mejor cómo ganamos..., excepto que según mis recuerdos es completamente errónea. No hay lugar por donde cogerla; no puede enderezarse de ninguna manera.

—¿Cómo llegó Gretchen hasta allí? El que Xia y Choy-Mu estuvieran aguardando no es un misterio, teniendo en cuenta los mensajes que dejamos para ellos. Y Hendrik Schultz también, si tomó una lanzadera tan pronto como supo de mí. ¿Pero Gretchen? Tú hablaste con ella poco antes de comer. Estaba en casa, en Huesos Secos.

—En Huesos Secos, que tiene el tubo más cercano bastante lejos al sur, en Hong Kong Luna. Así que, ¿cómo llegó tan rápido a C-Luna? No en autobús. No ofrezco ningún premio a la respuesta correcta.

—En cohete.

—Correcto. Los prospectores suelen disponer de algún vehículo tipo cohete, y lo utilizan a menudo. ¿Recuerdas que Jinx Henderson había dicho que devolvería aquel fez por ti a través de algún amigo que tenía que ir en su cohete prospector a C-Luna?

—Sí, lo recuerdo.

—Gretchen fue con ese amigo y devolvió ella misma el fez. Lo depositó en la oficina de objetos perdidos del Viejo Domo, y luego vino al Raffles para vernos.

—Entiendo. ¿Pero por qué?

—Porque quería que le palmearas el trasero, querido, y se lo pusieras todo rosado.

—¡Oh, tonterías! Quiero decir: ¿por qué su padre le permitió hacer cohetestop hasta C-Luna con su vecino? Es demasiado joven para eso.

—Se lo permitió por la razón habitual. Jinx es un hombre grande, fuerte, macho, que no puede resistir los engatusamientos de su hija. Ante la imposibilidad de satisfacer sus reprimidos anhelos incestuosos, le deja que haga todo lo que quiera si ella sabe camelarle lo suficiente.

—Eso es ridículo. E inexcusable. El deber de un padre hacia su hija requiere que...

—Richard. ¿Cuántas hijas times?

—¿Eh? Ninguna. Pero...

—Entonces cállate acerca de algo de lo que no sabes nada en absoluto. No importa lo que hubiera debido hacer Jinx, el hecho es que Gretchen abandonó Huesos Secos aproximadamente cuando nosotros estábamos comiendo. Contando el tiempo de vuelo, eso la sitúa en la Esclusa Este de la ciudad en el momento en que abandonamos el Complejo del Guardián..., y llegó al Raffles apenas unos segundos antes que nosotros, y fue bueno que así fuera, o de otro modo los dos estaríamos muertos, creo.

—¿Acaso intervino en la lucha?

—No. Pero al hacerse cargo de ti me dejó las manos libres para cubrir nuestra retirada. Y todo porque desea que le palmees el trasero. Dios actúa a través de extraños caminos, querido; para cada masoquista crea un sádico; los matrimonios se forman en el cielo.

—¡Ve a lavarte la boca con jabón! No soy ningún sádico.

—Sí, querido. Puede que me haya equivocado en algunos detalles, pero no en el cuadro general. Gretchen me ha hecho una proposición formal: ha pedido tu mano en matrimonio.

—¿Qué?

—Es cierto. Ha pensado seriamente en ello, y lo ha discutido con Ingrid. Quiere que le permita unirse a nuestra familia, en vez de empezar una nueva línea o grupo propio. No lo encuentro sorprendente; sabe lo encantador que eres.

—Dios mío. ¿Qué le dijiste?

—Le dije que tenía mi aprobación, pero que tú estabas enfermo. Así que iba a tener que esperar. Y ahora puedes responderle por ti mismo..., porque está ahí, al otro lado de la piscina.

## 23

*No dejes para mañana lo que puedas gozar hoy.*

JOSH BILLINGS, 1818-1855

—Me vuelvo ahora mismo a mi habitación. No me siento bien. —Fruncí los ojos y miré al otro lado del agua, llena de destellos del sol—. No la veo.

—Al frente mismo, a la derecha del tobogán. Una rubia y una morena. Gretchen es la rubia.

—No esperaba que fuera morena. —Seguí mirando; la morena nos saludó con la mano. Vi que era Xia, y respondí al saludo.

—Vamos con ellas, Richard. Deja el bastón y lo demás en el banco; nadie lo va a tocar. —Hazel se quitó las sandalias, dejó su bolso junto a mi bastón.

—¿Primero una ducha? —pregunté.

—Estás limpio; Minerva te bañó esta mañana. ¿Nadamos? ¿O caminamos?

Nos echamos a la vez a la piscina. Hazel se deslizó entre las moléculas de agua como una foca; yo abrí un agujero suficiente para toda una familia. Emergimos frente a Xia y Gretchen, y me dieron la más afectuosa de las bienvenidas.

Ya he dicho que en Tertius el resfriado común ha sido vencido, así como la periodontitis y otros trastornos que se localizan en la boca y la garganta, y por supuesto ese otro grupo llamado en su tiempo «enfermedades venéreas» porque son tan difíciles de contagiar que necesitan del contacto más íntimo para su transmisión.

Todo esto está muy bien... en Tertius.

La boca de Xia sabe a especias; la de Gretchen tiene el dulzor de la de una niña, pese a que (descubrí) ella ya no es una niña. Tuve amplia oportunidad de comparar los sabores; si dejaba uno, me veía atrapado por el otro. Una y otra vez.

Finalmente se cansaron de eso (yo no), y los cuatro nos dirigimos a un pequeño rincón, encontramos una mesa flotante desocupada, y Hazel encargó té..., té con calorías: pastas pequeñas y canapés y suaves frutas parecidas a naranjas pero del tamaño de uvas sin pepita. Y abrí el ataque:

—Gretchen, cuando te conocí, hace menos de una semana, creo recordar que estabas «a punto de cumplir los trece». ¿Cómo te atreves ahora a ser cinco centímetros más alta, pesar cinco kilos más, y tener una apariencia al menos cinco años mayor? Cuidado con tu respuesta, puesto que todo lo que digas será registrado por Teena y usado contra ti en cualquier momento y lugar.

—¿Alguien ha mencionado mi nombre? ¡Hola, Gretchen! Bienvenida a casa.

—Hola, Teena. ¡Es estupendo estar de vuelta!

Desvié mi mirada hacia Xia.

—Tú también. Pareces cinco años más joven, y tienes que explicarlo.

—No hay ningún misterio en lo que a mí respecta. Estoy estudiando biología molecular, como hacía en la Luna (pero aquí saben mucho más al respecto), y pago mi estancia y mis estudios trabajando en la clínica Howard en labores no programadas..., y paso cada minuto libre en esta piscina. ¡Richard, he aprendido a nadar! Allá en Lunática no sabía de nadie que supiera de nadie que supiera nadar. ¡Y la luz del sol, y el aire libre! En Kong permanecía todo el tiempo encerrada, respirando aire en lata bajo luz artificial y discutiendo con tipos asquerosos acerca de sus facturas y sus maletas y todo eso. —Inspiró profundamente, hinchando su busto más allá del límite de seguridad, y dejó escapar lentamente el aire—. ¡He nacido a la vida! No es extraño que parezca más joven.

—De acuerdo, quedas disculpada. Pero no permitas que ocurra de nuevo. ¿Gretchen?

—Abuela Hazel, ¿está incordiando? Habla igual que Lazarus.

—Está incordiando, amor. Cuéntale lo que has estado haciendo y por qué eres más mayor.

—Bueno..., la mañana que llegamos aquí le pedí a la abuela Hazel consejo...

—No necesitas llamarme «abuela», cariño.

—Pero así es como te llaman Cas y Pol, y yo soy dos generaciones más joven que ellos. Ellos exigen que les llame «tíos» .

—Voy a hacer que sean ellos quienes digan ¡«tíos»! No prestes atención a Castor y Pollux, Gretchen; son una mala influencia.

—De acuerdo. Pero creo que son encantadores. Aunque un poco chinchés. Señor Richard...

—Y no necesitas llamarme «señor»

—Sí, señor. Hazel estaba muy atareada, usted estaba tan terriblemente enfermo, así que me dijo que me dirigiera a Maureen, que a su vez me asignó a Deety, que me pasó a Galacta, la cual me dio una historia para que la leyerá y me enseñó la teoría básica del espaciotiempo de seis ejes y la paradoja literaria. La metafísica conceptual...

—¡No tan aprisa! Me he perdido.

—Más tarde, Richard —dijo Hazel.

—Bueno —dijo Gretchen—, la idea esencial es que Tertius y Luna, nuestra Luna, quiero decir, no se hallan en la misma línea temporal; se hallan formando un ángulo de noventa grados. Así que decidí que quería quedarme aquí, lo cual no es difícil si uno está sano; la mayor parte del planeta se halla todavía en estado salvaje; los inmigrantes son siempre bienvenidos..., pero estaba el asunto de mamá y papá; iban a pensar que estaba muerta.

»Así que Cas y Pol me llevaron de vuelta a la Luna..., nuestra Luna, no la Luna de esta línea temporal..., y Deety vino conmigo. De vuelta a Huesos Secos, a primera hora de la tarde del cinco de julio, menos de una hora después de que me fuera en el cohete de Cyrus Thorn. Sorprendí a todo el mundo. Fue una buena cosa que tuviera a Deety conmigo para explicar las cosas, aunque nuestros trajes-p convencieron a papá más que cualquier otra cosa. ¿Ha visto el tipo de trajes de presión que tienen aquí?

—Gretchen, he visto una habitación de hospital y un tubo de caída y esta piscina. Ni siquiera sé el camino a la oficina de correos más cercana.

—Hummm, sí. De todos modos, los trajes de presión de aquí se hallan doscientos años por delante de los que utilizamos en la Luna. Lo cual no es sorprendente..., pero seguro que sorprendió a papá. Finalmente Deety hizo un trato en mi nombre. Podía quedarme en Tertius..., pero visitaría a los míos cada año o dos si podía encontrar a alguien que me llevase. Y Deety prometió ayudar en eso. Mamá hizo que papá aceptara. Al fin y al cabo, casi todo el mundo en la Luna emigraría a un planeta como Tertius si pudiera..., excepto aquellos que no pueden vivir fuera de baja gravedad. Hablando de eso, señor, ¿cómo se siente con su nueva pierna?

—Apenas estoy empezando a acostumbrarme a ella. Pero dos pies son ochocientos noventa y siete veces mejor que uno solo.

—Supongo que quiere decir que le gusta. Así que volví y me alisté en el Cuerpo del Tiempo...

—¡Alto ahí! No he dejado de oír hablar del «Cuerpo del Tiempo». El rabino Ezra dice que él se ha alistado. Ese bulto de ahí al lado mío con el pelo a mechaz rojizas afirma tener el grado de mayor en él. Y ahora tú dices que también te has alistado. ¿A los trece años? ¿O a tu edad actual? Me siento confuso.

—¿Abuela? Quiero decir: ¿Hazel?

—Se le permitió enrolarse como cadete en el cuerpo auxiliar W.E.N.C.H.E.S porque yo dije que tenía la edad. Eso la envió a la escuela de Paradox. Cuando se graduó, fue transferida al Segundo de Arpiás y pasó por todo el entrenamiento básico, seguido por enseñanza avanzada de combate...

—Y luego fuimos dejadas caer en Solis Lacus en la línea temporal cuatro para cambiar el resultado allí-entonces, y allí es donde recibí esa cicatriz en mis costillas, ¿la ve?, y fui nombrada cabo en campaña. Y ahora tengo diecinueve años pero oficialmente veinte lo cual me permite ser promovida a sargento..., después que lucháramos en Nueva Brunswick. No en esta línea de tiempo —añadió.

—Gretchen tiene un don natural para la carrera militar —dijo suavemente Hazel—. Yo lo sabía.

—Y he sido destinada a la escuela de oficiales, pero eso ha sido pospuesto hasta que tenga el niño, y...

—¿Qué niño? —Miré su vientre. Toda grasa infantil había desaparecido de allí, no estaba redondeado como hacia cuatro días, cuando lo había visto por primera vez..., hacía seis años según la loca historia que acababa de escuchar. Por todo lo que podía decir, no estaba embarazada. Luego miré sus ojos y debajo de Bus ojos. Bueno, quizá. Probablemente.

—¿No se ve? Hazel se dio cuenta en seguida. Y Xia también.

—No, pues yo no.—(Richard, viejo, éste es el momento de pensártelo dos veces; vas a tener que cambiar tus planes. Está embarazada y, aunque tú no lo hiciste, tu presencia cambió su vida. Alteró su karma. Así que tienes que afrontar las consecuencias. No importa lo resuelta y valiente y joven que parezca, cuando esté a punto de tener al niño necesitará un marido a la vista, o no podrá sentirse relajada al respecto. No podrá ser feliz. Una madre joven tiene que ser feliz. Infiernos, hombre, has escrito este argumento para los relatos de confesiones docenas de veces; Sabes lo que tienes que hacer. Así que hazlo.)

—Ahora mira, Gretchen —proseguí—, no vas a poder librarte de mí tan fácilmente. El último miércoles, en Dragón Afortunado..., bueno, fue el último miércoles por la noche para mí, pese a que tú has estado trajinando con extrañas líneas temporales y alzando los talones, al parecer. El último miércoles por la noche, según mi calendario, en los Sueños Tranquilos del doctor Chan, en el Presurizado Dragón Afortunado, prometiste casarte conmigo..., y si Hazel hubiera seguido dormida, hubiéramos podido hacer un niño en aquel momento. Como ambos sabemos. Pero Hazel despertó y me hizo volverme del otro lado. —Miré a Hazel—. Aguafiestas.

Hice una pausa, luego proseguí:

—Pero no creas ni por un segundo que vas a librarte de casarte conmigo simplemente dejándote hacer un niño por otro mientras yo estoy enfermo en la cama. No puedes. Díselo, Hazel. No puede hacerlo. ¿Puede?

—No, no puede. Gretchen, vas a casarte con Richard.

—Pero abuela, yo no prometí casarme con él. ¡No lo hice!

—Richard dice que sí. De una cosa sí estoy segura: cuando desperté, vosotros dos estabais a punto de hacer un niño. Quizá hubiera debido seguir haciéndome la dormida. ¿Pero por qué todo esto, querida niña? Ya le he dicho a Richard que tú me habías comunicado tus intenciones respecto a él, y que yo había estado de acuerdo, y él me confirmó que también estaba de acuerdo. ¿Por qué rechazas a Richard ahora?

—Oh... —Gretchen se lo pensó—. Eso fue cuando tenía trece años. Por entonces yo no sabía que tú eras mi tatarabuela..., te llamaba «Gwen», ¿recuerdas? Y entonces seguía pensando como una lunática..., terriblemente conservadora. Pero aquí en Tertius, si una mujer tiene un niño pero no un marido, nadie le presta la menor atención. Bueno, en el Segundo de Arpiás casi todas las pájaras tienen pollitos pero sólo unas cuantas están casadas. Hace tres meses luchamos en las Termópilas para asegurarnos de que los griegos ganaran esta vez, y nos dirigió nuestra coronela de reserva porque la titular estaba a punto de dar a luz. Así es la forma en que lo hacemos las viejas pros, sin preocuparnos. Tenemos nuestra propia casa cuna en La Taberna, Richard, y nosotras nos cuidamos de todo; de veras.

—Gretchen —dijo rígidamente Hazel—, la hija de mi tataranieta no se criará en una casa cuna. Maldita sea, hija, yo fui criada en una casa cuna; no permitiré que hagas lo mismo con esa niña. Si no quieres casarte con nosotros, debes permitirnos al menos que la adoptemos.

—¡No!

Hazel apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Entonces voy a tener que discutir el asunto con Ingrid.

—¡No! Ingrid no es mi jefe..., y tampoco lo eres tú. Abuela Hazel, cuando me fui de casa era una niña y era virgen y tímida y no sabía nada del mundo. Pero ahora ya no soy una niña ni soy virgen desde hace años y soy una veterana de combate que no se asusta por nada. —Miró directamente a mis ojos—. No voy a usar un hijo para atrapar a Richard al matrimonio.

—Pero Gretchen, no estás atrapando a nadie; me encantan los niños. Quiero casarme contigo.

—¿De veras? ¿Por qué? —sonaba triste.

Las cosas se estaban poniendo demasiado solemnes; necesitábamos algo que nos relajara.

—¿Que por qué quiero casarme contigo? Para poder zurrarte el trasero y observar como se pone todo rosa.

La boca de Gretchen colgó flácida, luego sonrió y enrojeció.

—¡Eso es ridículo!

—Lo es, ¿eh? Puede que tener un bebé no exija el matrimonio por estos lares, pero el dar azotainas es otro asunto. Si le zurro el trasero a la esposa de otro hombre, éste puede irritarse conmigo, o puede irritarse ella, o quizá lo hagan los dos. Es arriesgado. Podemos llegar a las palabras. O a las manos. O peor. Si zurro a una chica soltera, ella puede utilizar el hecho para atraparme pese a que yo no la quiera o no desee casarme con ella sino que simplemente estaba zurrándola pour l'esport. En consecuencia, lo mejor es casarme contigo; estás acostumbrada a ello, te gusta. Y tienes un sólido trasero del que ocuparme. Lo cual es bueno, porque yo zurro duro. Brutalmente.

—¡Oh, vamos! ¿De dónde ha sacado esa tonta idea de que me gusta? —(¿Por qué se fruncen de ese modo tus areolas, querida?)— Hazel, ¿pega realmente muy duro?

—No lo sé, querida. Si lo intentara conmigo le rompería el brazo, y él lo sabe.

—¿Te das cuenta de a lo que me enfrento, Gretchen? No puedo gozar de ningún placer inocente; soy un desgraciado. A menos que tú te cases conmigo.

—Pero yo... —Gretchen se puso bruscamente en pie, casi volcando la mesa flotante, se volvió y salió precipitadamente de la piscina, y echó a correr hacia el sur, fuera del jardín interior.

Yo me puse también en pie y la observé hasta que la perdí de vista. No creo que hubiera podido atraparla ni aunque no estuviera impedido por la poca práctica con mi nueva pierna: corría como un fantasma asustado.

Volví a sentarme y suspiré.

—Bien, lo intenté..., pero era una empresa demasiado grande para mí.

—En otra ocasión, querido. Ella lo desea. Volverá.

—Richard —murmuró Xia—, solamente te olvidaste de decir una palabra: Amor.

—¿Qué es «amor», Xia?

—Es lo que una mujer espera oír cuando le hacen proposiciones de matrimonio.

—Eso sigue sin decirme lo que es.

—Bueno, no conozco una definición técnica. Hum..., Hazel, tú conoces a Jubal Harshaw. Uno de los miembros de la familia principal.

—Desde hace años. En cualquier sentido que puedas darle a la palabra.

—Él tiene una definición...

—Sí, la conozco.

—Una definición del amor que creo permitiría a Richard utilizar honestamente la palabra al hablar con Gretchen. El doctor Harshaw dice que «la palabra "amor" designa una condición subjetiva en la cual el bienestar y la felicidad de otra persona son esenciales para la propia felicidad de uno». Richard, creo que tú mostraste esta relación hacia Gretchen.

—¿Yo? Mujer, estás loca. Lo único que pretendía era poner a Gretchen en una situación de indefensión de modo que pudiera azotarle el trasero siempre que quisiera hasta que se le pusiese rosado. De una forma dura. Brutal. —Hinché el pecho, intenté parecer macho..., no demasiado convincentemente; iba a tener que hacer algo respecto a aquella barriga. Bueno, demonios, había estado enfermo.

—Sí, Richard. Hazel, creo que el té ha terminado. ¿Queréis subir a mi habitación? Hace tanto tiempo que no os he visto a ninguno de los dos. Y llamaré a Choy-Mu; no creo que sepa que Richard está libre ya del campo Lethe.

—Me parece un buen trato —admití—. ¿Y está por ahí el padre Schultz? ¿Querría alguna de vosotras, amables damas, alcanzarme mi bastón, por favor? Pensé que podía andar un poco por ahí y recogerlo yo mismo..., pero no estoy seguro de que deba arriesgarme todavía.

—Estoy segura de que no debes hacerlo, y ya has andado bastante—dijo firmemente Hazel—. Teena...

—¿Dónde es el tumulto?

—¿Puedo conseguir una silla de ruedas? Para Richard.

—¿Por qué no tres?

—Una es suficiente.

—Bueno. Richard, mantente firme con ella; está debilitándose. Nuestra embarazada guerrera.

Hazel hundió la barbilla.

—Oh. Olvidé que no estábamos en intimidad. ¡Teena!

—No te preocupes por ello; soy vuestra amiga. Tú lo sabes.

—Gracias, Teena.

Nos pusimos todos en pie para abandonar la piscina. Xia se detuvo, me rodeó con sus brazos, me miró directamente a los ojos y dijo, en voz baja pero lo suficientemente fuerte como para incluir a Hazel:

—Richard, he visto antes nobleza, pero no a menudo. No estoy embarazada; no es necesario que nadie se case conmigo, no necesito ni quiero un marido. Pero quedas invitado a pasar una luna de miel conmigo a la primera ocasión que Hazel pueda prescindir de ti. O mejor aún, quedáis invitados los dos. Creo que eres un caballero de resplandeciente armadura. Y Gretchen lo sabe.—Me besó enfáticamente.

Cuando mi boca quedó libre respondí:

—No es nobleza, Xia; es simplemente que poseo un método de seducción muy poco habitual. ¿Ves lo fácil que caes tú?. Díselo, Hazel.

—Es noble.

—¿Lo ves? —dijo Xia, triunfante.

—Y está mortalmente asustado de que alguien lo descubra.

—¡Oh, tonterías! Dejádme contaros lo de mi profesor de cuarto grado.

—Más tarde, Richard. Después de que hayas tenido tiempo de pulirlo. Richard cuenta excelentes historias inverosímiles a la hora de acostarse.

—Siempre que no estoy zurrando a alguien, claro. Xia, ¿tu trasero también se pone rosado?

Resultó que había desayunado un poco después del mediodía. Aquella tarde fue de lo más agradable, pero mi memoria de ella es fragmentaria. No puedo echarle la culpa al alcohol; no bebí tanto como eso. Pero supe que el campo Lethe poseía un suave efecto secundario que el alcohol podía potenciar; el Lethe puede afectar de forma errática la memoria durante un tiempo después de que el paciente deje de estar sometido a él. Oh, bien... ¡tanstaaf! Unos cuantos agujeros en la memoria no constituyen el peligro que representa la adicción a las drogas duras.

Recuerdo que lo pasamos bien: Hazel, yo, Choy-Mu, Xia, Ezra, el padre Hendrik y (después de que Teena la encontrara por nosotros y Hazel hablara con ella) Gretchen. Todos los que habíamos escapado del Raffles. Incluso los dos pares de pelirrojos que nos rescataron formaron parte de la velada: Cas y Pol, Laz y Lor. Unos chicos encantadores. Más viejos que yo, supe luego, pero no lo demostraban. En Tertius, la edad es un concepto más bien elusivo.

Las habitaciones de Xia eran demasiado pequeñas para tanta gente, pero una fiesta atestada es mucho mejor.

Los pelirrojos nos dejaron, y yo me sentí cansado y fui a echarme en la cama de Xia. Estaban jugando a las cartas de forma asesina en la otra habitación, con elevadas apuestas, y Hazel parecía ser la principal ganadora. Xia se declaró «en quiebra», fueran cuales fuesen las reglas bajo las que estaban jugando, y vino a unirse a mí. Gretchen actuó poco juiciosamente en la siguiente ronda y vino a ocupar el otro lado de la cama. Utilizó mi hombro izquierdo como almohada, puesto que Xia había reclamado ya el derecho. En la otra habitación oí a Hazel decir:

—Lo veo y añado otra galaxia.

El padre Hendrik se echó a reír.

—¡Muy bien! *Big bang*, mi querida niña. Triple apuesta. Pague.

Es lo último que recuerdo.

Algo estaba hormigueando en mi barbilla. Desperté lentamente y conseguí abrir los ojos, y me encontré contemplando los ojos más azules que jamás haya visto. Pertenecían a un gatito, de color naranja brillante y quizá con alguna ascendencia siamesa. Estaba de pie sobre mi pecho, justo al sur de mi nuez de Adán. Ronroneó placenteramente, dijo «¿Bler?», y siguió lamiéndome la barbilla; el raspar de su pequeña lengua era el hormigueo que me había despertado.

—Bler —respondí, a intenté alzar una mano para darle unas palmaditas, descubrí que no podía hacerlo porque seguía teniendo una cabeza en cada hombro y un cálido cuerpo apretado a cada costado del mío.

Volví la cabeza hacia la derecha para decirle a Xia que necesitaba levantarme a ir al baño..., y descubrí que no era Xia sino Minerva quien estaba utilizando ahora mi hombro de estribo.

Efectué un apresurado análisis de la situación, y descubrí que carecía de suficientes datos. Así pues, en vez de utilizar con Minerva un honorífico que podía ser o no ser apropiado, simplemente la besé. O me dejé besar, tras mostrar mi buena voluntad. Clavado por ambos lados y con un gatito pequeño sobre mi pecho me sentía casi tan impotente como Gulliver, incapaz de ser el iniciador activo de ningún beso.

De todos modos, Minerva no necesita ayuda. Sabe apañárselas. Tiene talento.

Me liberó, le di otro beso de agradecimiento, y entonces oí una voz desde mi izquierda:

—¿Yo no me merezco también un beso?

Gretchen es soprano; aquella voz era de tenor. Volví la cabeza.

Galahad.

Estaba en la cama con mi doctor. Bueno..., con mis dos doctores.

Cuando era muchacho en Iowa, me enseñaron que, si alguna vez me encontraba en una situación análoga, el modo adecuado de actuar era echar a correr chillando hacia las colinas para salvar mi «honor» o su homólogo en los hombres. Una muchacha puede sacrificar su «honor», y muchas, de hecho, lo hacen. Pero, si la muchacha en cuestión era razonablemente discreta al respecto y finalmente conseguía casarse sin nada más grave que un embarazo de siete meses, su «honor» era recuperado rápidamente y pronto se la consideraba de forma oficial como una muchacha que había acudido virgen al matrimonio, y por lo tanto autorizada para mirar despectivamente a las mujeres pecadoras.

Pero el «honor» de un muchacho es algo más delicado. Si lo pierde con otro hombre (es decir, si es descubierto perdiéndolo), puede, si tiene suerte, acabar en el Departamento de Estado, o si no tiene suerte teniéndose que ir a California. Pero Iowa ya no es lugar para él.

Todo aquello relampagueó en mi mente en un momento..., y fue seguido por un recuerdo reprimido: una excursión de Boy Scouts cuando acababa de empezar la escuela secundaria, una tienda compartida con el ayudante del jefe de exploradores. Como ahora, en la oscuridad de la noche y en el silencio roto solamente por el ulular de un búho...Unas pocas semanas más tarde aquel jefe de exploradores se trasladó a Harvard..., así que por supuesto nunca llegó a suceder nada.

O tempora, o mores... Aquello fue hace mucho tiempo y muy lejos. Me alisté tres años más tarde y finalmente me nombraron oficial..., y siempre fui extremadamente circunspecto, pues un oficial que no puede resistir jugar con sus soldados no puede mantener la disciplina. Hasta el asunto de Walker Evans nunca tuve ninguna razón de preocuparme por ningún chantaje.

Envaré ligeramente mi brazo izquierdo.

—Por supuesto. Pero vaya con cuidado; parece que estoy habitado.

Galahad fue cuidadoso; el gatito no resultó molestado. Es posible que Galahad bese tan bien como Minerva. No mejor. Sólo tan bien. Una vez decidí disfrutar de lo inevitable lo disfruté. Tertius no es Iowa.



Boondock no es Grinnell; no había ya ninguna razón por la que verme maniatado por las costumbres de una tribu muerta hacía mucho tiempo.

—Gracias —dije—, y buenos días. ¿Le importaría desgatarme? Si sigue donde está, es probable que lo ahogue.

Galahad rodeó el gatito con su mano izquierda.

—Es Pixel. Pixel, ¿puedo presentarte a Richard? Richard, nos sentimos honrados de haber estado un rato con Pixel, el cadete felino residente.

—¿Cómo estás, Pixel?

—Blert.

—Gracias. ¿Y alguien puede ayudarme a ir al baño? ¡Lo necesito!

Minerva me ayudó a alzarme de la cama a hizo que apoyara mi brazo derecho en su hombro, me mantuvo en equilibrio mientras Galahad tomaba mi bastón, y luego ambos me acompañaron hasta el baño. No estábamos en las habitaciones de Xía; el baño se había trasladado al otro lado de la habitación y era más grande, como la habitación en sí.

Y aprendí algo más sobre Tertius: el equipamiento de los baños era de una complejidad y variedad que hacía que el tipo de sanitarios al que estaba acostumbrado, en la Regla de Oro y en Ciudad Luna y en otros sitios semejantes, pareciera tan primitivo como el ocasional granero de las casas de campo que uno puede seguir encontrando en algunas partes remotas de Iowa.

Ni Minerva ni Galahad permitieron que me sintiera azarado por el hecho de no haber examinado nunca las facilidades sanitarias de Tertius. Cuando estaba a punto de utilizar el dispositivo inadecuado para mi más urgente necesidad, Minerva se limitó a decir:

—Galahad, será mejor que le hagas a Richard una demostración; yo no estoy equipada para ello.

De modo que Galahad la hizo. Bien, me veo obligado a admitir que yo tampoco estoy equipado de la forma en que lo está Galahad. Visualicen al David de Miguel Ángel (Galahad es casi tan apuesto), pero equipen su imagen con un aparato tres veces más grande que el que Miguel Ángel le puso a David; eso describe a Galahad.

Nunca he comprendido por qué Miguel Ángel —vistas sus conocidas inclinaciones— acertó invariablemente los atributos de sus creaciones masculinas.

Cuando los tres hubimos completado las operaciones propias que hace todo el mundo tras levantarse de la cama, volvimos juntos al dormitorio, y de nuevo me sentí sorprendido..., sin haber reunido todavía el valor de preguntar dónde estábamos, quién nos había traído allí y qué había sido de los demás, especialmente de aquella a la que más necesitaba..., la que, y eso era lo último que había oído, se jugaba galaxias enteras como si tal cosa.

Una de las paredes del dormitorio había desaparecido, la cama se había convertido en un diván, la pared que faltaba enmarcaba un lujuriente jardín..., y, sentado en el diván, jugando con el gatito, había un hombre al que yo había conocido brevemente en Iowa hacía doscientos años. O así había dicho todo el mundo; la verdad es que yo seguía estando dudoso respecto a la exactitud de aquella cifra de doscientos años; ya había tenido bastantes problemas con los cinco años de maduración de Gretchen. O seis. O los que fueran.

Me lo quedé mirando.

—Doctor Hubert.

—Hola. —El doctor Hubert dejó el gatito a un lado. Venga aquí. Muéstreme esa pierna.

—Hummm... —Maldita fuera su arrogancia—. Primero tengo que hablar con mi médico.

Me miró secamente.

—Oh, vamos. No me venga con remilgos. Está bien.

A mis espaldas, Galahad dijo suavemente:

—Por favor, déjele examinar su trasplante, Richard. Si quiere.

—Si usted lo dice. —Alcé mi nueva pierna y la lancé directamente hacia el rostro de Hubert, fallando su nariz por menos de un centímetro.

Ni siquiera se inmutó, así que mi gesto no sirvió de nada. Se inclinó ligeramente hacia la izquierda, sin apresurarse.

—Apóyela sobre mi rodilla, por favor. Será mucho más cómodo para ambos.

—De acuerdo. Adelante. —Apoyado en mi bastón, podía mantener fácilmente el equilibrio.

Galahad y Minerva se mantuvieron inmóviles a un lado mientras el doctor Hubert examinaba atentamente la pierna, con la vista y el tacto, pero sin hacer nada que me revelara que era un auténtico profesional..., quiero decir, no tenía instrumentos de ninguna clase; usaba los ojos desnudos y los dedos desnudos, pellizcando la carne, frotándola, mirando de muy cerca la ya curada cicatriz, y finalmente rascando la suela de aquel pie, dura y

repentinamente, con una uña. ¿Qué reflejo esperaba? ¿Se supone que tus dedos van a encogerse hacia abajo o tensarse hacia arriba? Siempre he sospechado que los doctores hacen eso por pura maldad.

El doctor Hubert alzó mi pierna, indicó que podía volver a depositarla en el suelo. Lo hice.

—Buen trabajo —dijo a Galahad.

—Gracias, doctor.

—Siéntese, coronel. ¿Han desayunado ya, amigos? Yo ya lo he hecho, pero no me importaría repetir. Minerva, ¿quieres encargarte de ello? Gracias, eres una buena chica. Coronel, quiero que firme usted inmediatamente. ¿Qué rango espera? Déjeme señalarle que no importa, ya que la paga es la misma y, elija et rango que elija, Hazel estará siempre un rango por encima; la quiero a cargo de todo, no al revés.

—Espere. ¿Firmar para qué? ¿Y qué le hace pensar que deseo firmar para algo?

—Para el Cuerpo del Tiempo, por supuesto. Como su esposa. Con la finalidad de rescatar a la persona-ordenador conocida como «Adam Selene», también por supuesto. Mire, coronel, no sea tan testarudamente obtuso; sé que Hazel ha discutido el asunto con usted; sé que usted se comprometió a ayudarla. —Señaló a mi pierna—. ¿Por qué cree que fue hecho este trasplante? Ahora que tiene las dos piernas necesita otras cosas. Entrenamiento sobre costumbres sanitarias. Orientación con armas que todavía no ha usado. Rejuvenecimiento. Y todas estas cosas cuestan dinero, y la forma más sencilla de pagarlas consiste en firmar en el Cuerpo. Sólo esa pierna sería demasiado cara para un extranjero de una zona primitiva..., pero no para un miembro del Cuerpo. Supongo que puede entenderlo. ¿Cuánto tiempo necesita para pensar en algo tan obvio como eso? ¿Diez minutos? ¿Quince? —(Esa forma rápida de hablar debería vender las promesas incumplidas de otras campañas.)

—No tanto. Ya he tomado mi decisión.

Sonrió.

—Bien. Levante su mano derecha. Repita conmigo...

—No.

—¿«No» qué?

—Simplemente «no». Yo no encargué esta pierna.

—¿De veras? Su esposa lo hizo. ¿Pensó que no iba a tener que pagar por ella?

—Y puesto que yo no la encargué y no tengo intención de ser empujado por usted ni por nadie —lancé de nuevo el pie hacia su rostro, fallando por poco su fea nariz—, puede cortarla de nuevo.

—¿Eh?

—Ya me ha oído. Córtele; devuélvala a sus almacenes. Teena, ¿está usted ahí?

—Aquí estoy, Richard.

—¿Dónde está Hazel? ¿Cómo puedo encontrarla? ¿O puede decirle a ella dónde estoy?

—Acabo de comunicárselo. Dice que espere un momento.

—Gracias, Teena. —Hubert y yo nos sentamos, sin decir nada, ignorándonos mutuamente. Minerva había desaparecido; Galahad fingía estar solo. Pero apenas habían pasado unos segundos cuando mi adorada entró en tromba..., afortunadamente, la pared estaba abierta.

—¡Lazarus! ¡Maldita sea tu alma, así se pudra eternamente en los fuegos del infierno! ¿Puedes decirme qué *pretendes* interfiriendo?

## 24

*El optimista proclama que vivimos  
en el mejor de todos los mundos posibles,  
y el pesimista teme que eso sea cierto.*

JAMES BRANCH CABELL, 1879-1958

—Bueno, Hazel...

—«¡«Bueno, Hazel», mi cansado trasero! ¡Respóndeme! ¿Qué estás haciendo, metiéndote en mi jurisdicción? Te dije que no lo inmiscuyeras, te lo advertí. Te dije que era una negociación delicada. Pero al primer minuto que vuelvo la espalda, dejándole seguro en brazos de Minerva, con Galahad para respaldarla, apenas salir a hacer unas gestiones..., ¿y qué encuentro? ¡A ti! Metiéndote donde no te llaman, haciendo tu papel como siempre, destruyendo mi cuidadoso trabajo de base.

—Vamos, Sadie...

—¡Y un cuerno! Lazarus, ¿qué es esta compulsión que te hace mentir y engañar constantemente? ¿Por qué no puedes ser honesto la mayor parte del tiempo? ¿Y dónde adquiriste esa desagradable manía de interferir? No de Maureen; eso es cierto. ¡Respóndeme, maldita sea! ¡Hazlo antes de que te arranque la cabeza y te la haga tragar!

—Gwen, simplemente estaba intentando aclarar las...

Mi querida le interrumpió con un estallido tal de coloreadas a imaginativas profanidades que dudo en transcribirlas porque no puedo hacerles justicia; mi memoria no es perfecta. Era algo así como «Cambia el sagrado nombre de Arkansas, pero mucho más lírico. Lo hizo con una especie de cantinela que me llevó a recordar a algunas sacerdotisas paganas orando en sus sacrificios..., sacrificios humanos, por supuesto, con el doctor Hubert como víctima.

Mientras Hazel liberaba todo lo que tenía dentro, entraron otras tres mujeres por aquella pared abierta. (Más de tres hombres miraron dentro, pero retrocedieron apresuradamente; sospecho que no deseaban estar presentes mientras el doctor Hubert estaba siendo despellejado de aquel modo.) Las tres mujeres eran tres bellezas, pero sin ningún parecido entre sí.

Una era una rubia tan alta como yo o incluso más, una diosa del norte tan perfecta que parecía absolutamente increíble. Escuchó, agitó con pena la cabeza, luego volvió al jardín y desapareció. La siguiente fue otra pelirroja que al principio confundí con Laz o Lor..., luego vi que no era ninguna de las dos..., no era exactamente mayor, pero sí más madura. No sonreía.

La miré de nuevo y capté lo que había imaginado: tenía que ser la hermana mayor de Laz y Lor, y el doctor Hubert era el padre (¿el hermano?) de todas ellas..., lo cual explicaba cómo el doctor Hubert era ese «Lazarus» del que había oído hablar una y otra vez pero nunca había visto, excepto aquella ocasión en Iowa.

La tercera era una pequeña muñeca china —pura porcelana china, no del tipo Xia—, no más alta de metro y medio y unos cuarenta kilos de peso y la belleza sin edad de la reina Nefertiti. Mi amor hizo una pausa para recuperar el aliento, y aquel pequeño elfo silbó audiblemente y aplaudió.

—¡Bien hecho, Hazel! Estoy de tu lado.

—Hilda, no la animes —dijo Hubert-Lazarus.

—¿Y por qué no? Has sido atrapado con la mano en el tarro de la mermelada, o Hazel no herviría de este modo. Es cierto; la conozco, te conozco..., ¿qué apuestas?

—No hice nada, simplemente intentaba concretar una política establecida previamente en la que Hazel necesitaba un poco de ayuda.

La diminuta mujer se cubrió los ojos y dijo:

—Querido Señor, discúlpale; ha vuelto a hacerlo.

La pelirroja dijo suavemente:

—Woodrow, ¿qué has hecho exactamente?

—No he hecho nada.

—Woodrow.

—Te lo juro, no he hecho nada que justifique esta diatriba. Estaba sosteniendo una conversación civilizada con el coronel Campbell cuando... —se interrumpió.

—¿Bien, Woodrow?

—Tuvimos un desacuerdo.

—Maureen, ¿quieres saber cuál fue ese desacuerdo? —dijo la voz del ordenador—. ¿Debo pasar un play back de esa «conversación civilizada»?

—Athene, no estás autorizada a pasar ningún play back —dijo Lazarus—. Eso fue una conversación privada.

—No estoy de acuerdo —dije rápidamente—. O sea que si quiere puede pasar el play back de lo que yo dije.

—No, Athene; es una orden.

—Regla Uno —respondió el ordenador—: Trabajo para Ira, no para usted. Usted mismo dejó bien claro esto cuando fui activada por primera vez. ¿Debo preguntarle a Ira que lo confirme? ¿O debo pasar el play back de esa media discusión que pertenece a mi novio?

Lazarus—Hubert pareció desconcertado.

—¿Tu qué?

—Mi novio, prometido, *fiancé*, si quiere que se lo diga bien claro. Mañana, cuando me ponga mi hermoso y encantador cuerpo nuevo, el coronel Campbell estará de pie frente a mí e intercambiaremos votos para formar una familia. Así que, Lazarus, puede ver que está intentando intimidar a mi prometido al mismo tiempo que al esposo de Hazel. No podemos permitir eso. En absoluto. Así que será mejor que dé marcha atrás y se disculpe..., en vez de intentar salir airoso de ello. No podrá conseguirlo, y lo sabe; ha sido pillado en frío. No sólo yo oí todo lo que dijo; Hazel también.

Lazarus pareció más irritado aún.

—Athene, ¿retransmitiste una conversación privada?

—Usted no la situó como tal. Y por otro lado, Hazel había hecho una petición de monitorización sobre Richard. Todo debidamente autorizado, así que no intente meterme una regla a posteriori. Lazarus, acepte el consejo del único amigo que tiene al que no puede engañar y que le quiere pese a todas sus tortuosas formas de actuar, es decir, yo: no agrave sus pérdidas, amigo mío, y retírese discretamente. Haga los últimos cien metros sobre su barriga, y quizá Richard le deje empezar de nuevo. No es duro de tratar. Si le acaricias ronronea, igual que ese gatito. —(Yo tenía a Pixel en mi regazo y le alisaba el pelo; se había subido trepando por mi pierna vieja, clavando sus garritas mientras lo hacía: perdí algo de sangre, pero no la suficiente para requerir transfusión.)—. Pregúntele a Minerva. Pregúntele a Galahad. Pregúntele a Gretchen o a Xia. Pregúntele a Lazarus o Lor. Pregúntele a *todo el mundo*.

(Decidí pedirle a Teena —en privado— que llenara las lagunas de mi memoria. ¿O no era prudente?)

Lazarus dijo:

—En ningún momento pretendí ofenderle, coronel. Si hablé de una forma demasiado brusca, lo siento.

—Olvidelo.

—¿Nos damos la mano?

—Correcto. —Tendí mi mano, él la tomó. Le dio un buen apretón, sin intención de romper ningún hueso. Me miró directamente a los ojos y sentí su calor. El tipo sabía hacer bien las cosas, cuando le interesaba.

—Sujeta tu billetera, querido —dijo mi amor—. Aún tengo que sacar a este entrometido fuera.

—¿Es realmente necesario?

—Lo es. Tú eres nuevo aquí, amor. Lazarus *puede robarte* los calcetines de tus pies sin quitarte los zapatos, vendértelos, hacerte creer que has hecho un buen negocio..., y luego robarte los zapatos cuando te sientes para ponerte los calcetines. Y tú aún le darás las gracias.

—Vamos, Hazel... —dijo Lazarus.

—Tú cállate. Amigos y familia, Lazarus intentó coaccionar a Richard para que firmara ciegamente para la Operación Señor de la Galaxia intentando hacerle sentirse culpable sobre esa pierna de repuesto. Lazarus dio a entender que Richard eran un gorrón que intentaba eludir el pago de sus deudas.

—Nunca pretendí eso.

—Te dije que te callaras. Lo pretendiste. Amigos y familia, mi nuevo esposo procede de una cultura en donde las deudas son sagradas. Su lema nacional es TANSTAAFL: *There Ain't No Such Thing As A Free Lunch*, no existe la comida gratis. Está bordado en su bandera. En la Luna, la Luna de la línea temporal de Richard, no ésta, un hombre puede degollarte, pero morirá antes que negar una deuda contigo. Lazarus sabía esto, así que buscó directamente el punto más sensible y clavó su daga en él. Lazarus se aprovechó de sus más de dos mil años de experiencia, su amplio conocimiento de las culturas y del comportamiento humano, contra un hombre con una experiencia muy inferior a un siglo y que apenas conoce su propio sistema solar y línea temporal. No fue una lucha leal y Lazarus lo sabía. Absolutamente injusto. Como enfrentar a ese gatito contra un viejo gato salvaje y resabiado.

Yo estaba sentado cerca de Lazarus, en el mismo sitio que había ocupado después de aquel ridículo examen de mi pierna. Tenía la cabeza gacha, ostensiblemente para jugar con el gatito, pero de hecho para evitar mirar a Lazarus —o a nadie—, puesto que estaba encontrando la insistencia de Hazel en airear todo el asunto más bien inquietante. Embarazosa.

En consecuencia, estaba mirando a mis propios pies y a los suyos. ¿He mencionado ya que Lazarus iba descalzo? No le había prestado atención porque a una de las cosas a las que uno se acostumbra inmediatamente en Tertius es a la ausencia de costumbres inhibitorias en el vestir. No quiero decir ausencia de ropas (Boondock vende más vestidos que cualquier ciudad marmota de similar tamaño —aproximadamente un millón de personas—, en parte debido a que la ropa, una vez gastada, suele ser reciclada.)

Quiero decir que ni unos pies desnudos ni un cuerpo desnudo sorprenden durante más de cinco minutos. Lazarus llevaba una especie de manto, una lavalava, o quizá fuera un faldellín; no me di cuenta de sus pies hasta que miré directamente a ellos.

Hazel prosiguió:

—Lazarus tomó una ventaja tan despiadadamente cruel sobre el punto más débil de Richard, su compulsiva aversión a estar en deuda, que Richard pidió que le fuera amputada inmediatamente su nueva pierna. En una desesperada necesidad de limpiar su honor, le dijo a Lazarus: «¡Córtela, devuélvala a sus almacenes!»

—Oh, vamos —dijo Lazarus—. No lo decía en serio, y yo no lo tomé en serio tampoco. Era una forma de hablar. De demostrar que estaba irritado conmigo. Para lo cual tenía sus razones. Cometí un error, lo admito.

—¡Por supuesto que cometió un error! —interrumpí—. Un grave error. Grave para usted, o quizá para mí. Porque no era una forma de hablar. Deseo que me sea amputada esa pierna. Exijo que me retire su pierna. ¡Su pierna, señor! ¡Miren aquí, todos ustedes, y luego miren ahí! A mi pie derecho, luego a su pie derecho.

Cualquiera que se molestase en mirar no podía dejar de ver a lo que me refería. Cuatro pies masculinos. Tres procedían claramente de los mismos genes: los dos pies de Lazarus y el de mi nueva pierna. El cuarto era el pie con el que yo había nacido; se parecía a los otros tres tan sólo en el tamaño, no en el color de la piel, la textura, el vello de la pierna o cualquier otro detalle.

Cuando Lazarus me había reprochado el coste de aquel trasplante, me había sentido ofendido. Pero este nuevo descubrimiento: que el propio Lazarus era el donante anónimo, que yo había sido el involuntario receptor de su caridad en la forma de aquella pierna, toda su carne y sus huesos, era algo intolerable.

Miré a Lazarus con ojos llameantes.

—Doctor, a mis espaldas y absolutamente sin mi consentimiento, me situó usted ante una obligación insostenible.

¡No voy a tolerarlo! —La ira me hacía temblar.

—¡Richard, Richard! ¡Por favor! —Hazel parecía a punto de echarse a llorar.

Y yo también. Aquella mujer madura pelirroja corrió hacia mí, se inclinó y atrajo mi cabeza hacia sus matronales senos, acunándome y diciendo:

—¡No, Richard, no! No tiene que sentir de este modo.

Nos fuimos tarde aquel día. Nos quedamos a cenar; cuando nos marchamos ya no estábamos furiosos.

Hazel y Maureen (la encantadora mujer madura que me había consolado) consiguieron convencerme entre las dos de que los gastos de hospital y cirugía no tenían que preocuparme porque Hazel disponía de todo el dinero necesario en el banco local —cosa que Teena confirmó—, y Hazel podía y quería pagar mis facturas si resultaba conveniente cambiar la condición bajo la que había sido hospitalizado. (Pensé en pedirle a mi amor que cambiara aquella condición inmediatamente, a través de Teena. Pero decidí no abrumentarla de momento con nada de aquello. Maldita sea, «tanstaaf!» es una verdad básica, pero «los mendigos no pueden elegir» es cierto también..., y en aquellos momentos yo era un mendigo. No estaba en buena posición para negociar.)

En cuanto a la pierna en sí, por una invariable costumbre local, las «piezas de repuesto» (manos y pies y brazos y piernas y corazones y riñones y todo lo demás) no eran compradas ni vendidas; eran un servicio público, y la factura cubría solamente el coste de la cirugía.

Galahad me confirmó aquello:

—Lo hacemos así para evitar el mercado negro. Podría mostrarle planetas en los que existe realmente un mercado negro, donde un hígado que encaje con un paciente significa un asesinato..., pero no aquí. El propio Lazarus estableció esta regla, hace más de un siglo. Compramos y vendemos todo lo demás..., pero no traficamos con seres humanos o partes de seres humanos.

Galahad me sonrió.

—Pero existe otra razón por la cual no debe preocuparse: Usted no podía opinar sobre el asunto cuando nuestro equipo le cosió esa pierna a su muñón; todo el mundo sabe eso. Pero todo el mundo sabe también que no

puede librarse de ella..., a menos que quiera extirpársela personalmente con su propia navaja. Porque yo no voy a cortarla. No va a encontrar ningún cirujano, en ninguna parte de Tertius, que quiera hacerlo. Las reglas del sindicato, ¿sabe?, y la ética profesional.

»Pero —añadió—, si decide cortársela usted mismo, por favor invíteme; me gustaría observar. —Dijo esto con rostro completamente serio, y Maureen le censuró por ello. No estoy seguro de que estuviese bromeando.

De todos modos, lo ocurrido implicaba un cambio importante en los planes de Hazel. Lazarus decía la verdad cuando afirmó que todo lo que había intentado hacer era ayudar a Hazel en un plan preparado de antemano. Pero con ello había quedado claro que en principio era Hazel (no Lazarus) quien debía haber ultimado aquel plan.

Hazel podía haberlo ultimado, pero Lazarus no. Lazarus nunca hubiera sido capaz de vendérmelo porque yo pensaba que todo el asunto era ridículo. Por otra parte, si Hazel desea realmente algo de mí, las posibilidades de que lo consiga son..., bien, las mismas que tiene Jinx Henderson de negarse a una petición de su hija Gretchen.

Pero Lazarus no veía eso.

Creo que Lazarus sufre la compulsión de ser siempre la rana más grande de la charca. Espera ser la novia en cualquier boda, el difunto en cualquier funeral..., al tiempo que finge no ser ambicioso, exactamente igual que un chico campesino descalzo, con paja en el pelo y estiércol entre los dedos de los pies.

Si creen ustedes que no me cae demasiado bien Lazarus Long, no voy a discutirlo.

El plan era en gran parte tal como Lazarus lo había descrito. Hazel esperaba que yo me uniera a ella en el Cuerpo del Tiempo, y había planeado un rejuvenecimiento para mí: un rejuvenecimiento sistémico a la edad biológica de dieciocho años, y un rejuvenecimiento estético a mi elección. Mientras este plan iba avanzando yo aprendería el galacta, estudiaría la historia multiversal al menos de varias líneas temporales, y, tras el rejuvenecimiento, me entrenaría de nuevo militarmente en varias especialidades hasta que me convirtiera en un ángel de la muerte andante, armado o desarmado.

Cuando juzgara que yo estaba preparado, planeaba que lleváramos a cabo nuestra Tarea Adam Selene u Operación Señor de la Galaxia.

Si sobrevivíamos, podríamos retirarnos del Cuerpo del Tiempo, vivir el resto de nuestros días con una espléndida pensión en el planeta que eligiéramos..., gordos y felices.

O podríamos seguir en el Cuerpo juntos hasta el término de mi realistamiento por un período de cincuenta años, luego otro rejuvenecimiento a cada nuevo realistamiento, y la posibilidad de convertimos finalmente en Gente Importante dentro del Tiempo. Se suponía que ése era el gran premio: más divertido que llenar la casa de bebés, más excitante que recorrer mundos fronterizos, más satisfactorio que cumplir los setenta años amándonos.

Amar o morir, podíamos hacer ambas cosas juntos .... hasta que al final uno de nosotros aguardara al otro al extremo de ese túnel.

Pero ese programa se vio abortado porque Lazarus se metió de por medio a intentó retorcerme el brazo (¿la pierna?) para que lo aceptara.

Mi amor había planeado un enfoque *pianissimo*: vivir por un tiempo en Tertius (un lugar paradisíaco), hacer que me prendara de la historia del multiverso y la teoría del viaje por el tiempo, etcétera. No atosigarme para que firmara, sino depender del hecho de que ella y Gretchen y Ezra y otros (por ejemplo el tío Jock) estaban en el Cuerpo .... hasta que yo *pidiera* que me permitiesen entrar también.

El coste de mi nueva pierna no me hubiera preocupado en lo más mínimo: a) si Hazel hubiera tenido tiempo de convencerme de que las facturas serían cargadas a mi incrementada eficiencia en ayudarla con «Adam Selene», y así la pierna se pagaría a sí misma (¡la simple verdad! .... y Lazarus lo sabía); b) si Lazarus no me hubiera atosigado, presionándome más de la cuenta; c) si Lazarus se hubiera mantenido alejado de mí (como se suponía que debía hacer) y en consecuencia nunca me hubiera ofrecido la oportunidad de descubrir que él era mi anónimo donante .... descalzo o calzado.

Supongo que podrán decir ustedes que nada de aquello hubiera ocurrido si Hazel no hubiera intentado manipularme (y lo había hecho, lo hacía y continuaría haciéndolo) .... pero el derecho único de las esposas, fijado por la tradición, de manipular a su propio esposo, se remonta invariable e ininterrumpido al menos hasta Eva y la manzana. No criticaré una sagrada tradición.

Hazel no renunció a su intención; simplemente cambió de táctica. Decidió llevarme al Cuartel General del Tiempo y dejar que los grandes cerebros y los expertos técnicos de allá respondieran a mis preguntas.

—Querido —me dijo—, sabes que deseo rescatar a Adam Selene, y lo mismo quiere Mannie, mi papá. Pero sus razones y las mías son sentimentales, no lo suficientemente buenas como para pedirte que arriesgues tu vida.

—¡Oh, no digas eso, mi amante esposa! Por ti atravesaría a nado el Helesponto. Es decir, en un día tranquilo, con un bote de escolta a mis talones. Y un contrato con la triidi. Derechos publicitarios. Royalties.

—Sé serio, querido. No había planeado intentar persuadirte explicándote la gran finalidad, los efectos sobre el multiverso..., pues ni siquiera yo los comprendo enteramente. No poseo las matemáticas necesarias y no soy un Compañero del Círculo .... el Círculo de Ouroboros que gobierna todos los cambios cósmicos.

»Pero Lazarus enredó las cosas intentando presionarte. Así que tengo la impresión de que mereces saber exactamente por qué es necesario ese rescate y por qué se te pide que tomes parte en él. Iremos al Cuartel General y dejaremos que ellos intenten convencerte; yo me lavo las manos sobre esa parte del trabajo. Corresponde a los Compañeros, los grandes cerebros de la manipulación del tiempo. Así se lo dije a Lazarus..., él es un Compañero del Círculo.

—Mi amor, estoy mucho más predispuesto a escucharte a ti. Lazarus tendría problemas vendiéndome billetes de diez coronas a dos coronas la unidad.

—Ése es su problema. Pero él sólo tiene un voto en el Círculo, pese a que es el miembro más antiguo. Por supuesto, siempre es el más antiguo, en todas partes.

Aquello llamó mi atención.

—Esa idea de que Lazarus tiene dos mil años...

—Más que eso. Su edad está por encima de los dos mil cuatrocientos.

—Es lo mismo. ¿Quién dice que es más de dos siglos viejo? Parece más joven que yo.

—Se ha sometido varias veces a rejuvenecimiento.

—¿Pero quién afirma que es tan viejo? Perdóname, mi amor, pero tú no puedes atestiguarlo. Aunque aceptara cada uno de los años que proclamas que tienes, él seguiría teniendo más de diez veces tu edad. Si la tiene. Así que, de nuevo, ¿quién lo dice?

—Hum..., yo no, eso es cierto. Pero nunca he tenido ninguna razón para dudar de ello. Creo que tendrías que hablar con Justin Foote. —Hazel miró a su alrededor. Estábamos en aquel encantador jardín interior fuera de la habitación donde había despertado. (Su habitación, supe más tarde .... o suya cuando quería; esas cosas eran fluidas. Otros tiempos utilizan otras costumbres.) Estábamos en aquel jardín con otros miembros de la familia Long e invitados, amigos y conocidos, comiendo sabrosos bocaditos y amodorrándonos tranquilamente. Hazel descubrió a un tímido hombrecillo, del tipo que siempre es elegido tesorero de cualquier organización a la que pertenezca—. ¡Justin! Aquí, querido. ¿Puedes dedicarme un momento?

Se abrió camino hacia nosotros, pisando niños y perros, y al llegar a nuestro lado besuqueó a mi esposa de aquella forma total que ella siempre recibía. Le dijo:

—Mi ratoncito juguetero, has estado fuera mucho tiempo.

—Negocios, querido. Justin, éste es mi querido esposo Richard.

—Nuestra casa es vuestra. —Me besó. Bueno, ya estaba acostumbrado a ello; había ocurrido tan a menudo. Esa gente se besaba como si siempre fuese Navidad. De todos modos, aquél fue un beso de tía severa, todo protocolo y huesos.

—Gracias, señor.

—Por favor, tenga la seguridad de que no es nuestra costumbre presionar a nuestros invitados. Lazarus es una institución por sí mismo, pero no debe actuar por el resto de nosotros. —Justin Foote me sonrió, luego volvió su atención a mi esposa—. Hazel, ¿me permitirás obtener de Athene una copia, para los Archivos, de tus observaciones a Lazarus?

—¿Para qué? Le di unos cuantos mordiscos; ya ha pasado

—Es de interés histórico. Nadie más, ni siquiera Ishtar, ha vapuleado al Viejo tan concienzudamente como tú lo hiciste. Hay registrada muy poca desaprobación hacia su persona, de ningún tipo. La mayor parte de la gente encuentra difícil disentir de él abiertamente, ni siquiera cuando más disienten de él. Así que es un dato de interés no sólo para estudiosos futuros, sino que también puede servirle al propio Lazarus si alguna vez lo revisa. Está tan acostumbrado a hacer siempre su voluntad que es bueno para él que se le recuerde de tanto en tanto que no es Dios. —Justin sonrió—. Y es una bocanada de aire fresco para todo el resto de nosotros. Además, Hazel, amor, su calidad literaria es grande y única. Lo quiero para los Archivos.

—Hum..., tonterías, querido. Habla con Lazarus. Por mi parte *nihil obstat*, pero requiere su permiso.

—Considéralo hecho; sé cómo utilizar su terco orgullo. El principio de la provocación. Todo lo que tengo que hacer es ofrecerme a censurarlo, a mantenerlo fuera de los Archivos. Con la alusión de que es para no herir sus sentimientos. Entonces fruncirá el ceño a insistirá en que sea incluido en los Archivos..., sin censurar, sin tocar en lo más mínimo.

—Bueno..., por mi parte no hay inconveniente, si él dice que sí.

—¿Puedo preguntarte, querida, por qué escogiste algunas de las más escabrosas de esas expresiones?

—Es posible que no, Justin. Richard me hizo una pregunta a la que no puedo responder. ¿Cómo sabemos que el Viejo tiene más de doscientos años? Para mí, es como preguntarme: ¿Cómo sé que el Sol se alzará mañana? Simplemente no lo sé.

—No, es como preguntar: ¿Cómo sabes que el Sol se alzaba mucho antes de que tú hubieras nacido? La respuesta es que no lo sabes. Hummm..., interesante.

Me miró, parpadeante.

—Parte del problema, estoy seguro, reside en el hecho de que viene usted de un universo en el que el fenómeno de las familias Howard nunca tuvo lugar.

—No creo haber oído hablar nunca de él. ¿De qué se trata?

—Es un nombre en código para la gente con vidas excepcionalmente largas. Pero primero debo establecer los fundamentos. Los Compañeros del Círculo de Ouroboros designan los universos por números de serie..., pero una forma mucho más significativa para los terrestres es preguntar quién puso primero el pie en la Luna. ¿Quién fue en su mundo?

—¿Eh? Un tipo llamado Neil Armstrong. Con el coronel Buzz Aldrin.

—Exacto. Una empresa de la NASA, un departamento gubernamental, si recuerdo correctamente. Pero en este universo, mi mundo y el de Lazarus Long, el primer viaje a la Luna fue financiado, no por un departamento gubernamental, sino por una empresa privada, encabezada por un financiero, un tal D. D. Harriman, y el primer hombre que puso el pie en la Luna fue Leslie LeCroix, un empleado de Harriman. En otro universo fue un proyecto militar, y el primer vuelo a la Luna se efectuó en la nave de las Fuerzas Aéreas *Kilroy estuvo aquí*. En otro... No importa; en cada universo el nacimiento del viaje espacial es un acontecimiento clave, que afectó a todo lo que vino después. Bien, respecto al Viejo... En mi universo fue uno de los primeros pilotos espaciales. Durante muchos años fue el archivero de las Familias Howard..., y por esos archivos puedo demostrar que Lazarus Long estuvo practicando el pilotaje espacial durante más de veinticuatro siglos. ¿Encuentra usted eso convincente?

—No.

Justin Foote asintió.

—Razonable. Cuando un hombre racional oye una afirmación que entra en conflicto con el sentido común, no la creerá, y no debe hacerlo, sin una prueba convincente. A usted no se le ha ofrecido ninguna prueba convincente. Sólo rumores. Rumores respetables, y de hecho ciertos, pero rumores pese a todo. Extraños. En lo que a mí respecta, he crecido con ellos; soy el miembro cuarenta y cinco de las Familias Howard que lleva el nombre de «Justin Foote»; el primero fue un fideicomisario de las Familias a principios del siglo xx gregoriano, cuando Lazarus Long era un bebé y Maureen una mujer joven...

En aquel punto la conversación se hizo pedazos. La idea de que la encantadora dama que me había confortado tenía un hijo de veinticuatro siglos de edad..., pero que ella era una mera niña de siglo y medio... Infiernos, algunos días uno no debería saltar de la cama, una verdad en Iowa cuando yo era joven y que sigue siendo verdad aquí en Tertius más de doscientos años después (¡si lo era!). Había sido perfectamente feliz con Minerva sobre un hombro y Galahad sobre el otro y Pixel en mi pecho. Aparte la presión de mi vejiga.

Maureen me hizo recordar otra discrepancia.

—Justin, hay algo más que me preocupa. Dice usted que este planeta se halla a una larga, muy larga distancia en el espacio y en el tiempo de mi hogar..., más de dos mil años en el tiempo y más de siete mil años luz en la distancia.

—No, yo no lo digo porque no soy astrofísico. Pero concuerda con lo que me han enseñado, sí.

—Sin embargo, aquí mismo, hoy, estoy oyendo hablar inglés, en el dialecto de mi época y lugar. Más que eso: con el acento exagerado del medio oeste norteamericano, duro como una sierra oxidada. Horroroso a inconfundible. ¿Me explica eso?

—Oh. Es extraño, pero no es un misterio. Hablamos en inglés como una cortesía hacia usted.

—¿Hacia mí?

—Sí. Athene podría proporcionarle una traducción instantánea, en los dos sentidos, y la fiesta podría celebrarse en galacta. Pero afortunadamente, gracias a una decisión de Ishtar hace muchos años, el inglés se convirtió en el lenguaje de trabajo de la clínica y el hospital. Que pudiera hacerse eso deriva de circunstancias que rodearon el último rejuvenecimiento del Viejo. Pero el acento y el idioma... El acento procede del propio Viejo, reforzado por el modo de hablar de su madre y por el hecho de que Athene habla ese acento e idioma y no quiere hablar inglés de ninguna otra manera. Lo mismo se aplica a Minerva, puesto que lo aprendió cuando era aún un ordenador. Pero no todos nosotros hablamos inglés con la misma facilidad. ¿Conoce usted a Tamara?

—No tan bien como me gustaría.

—Es probablemente la persona más encantadora y digna de ser amada del planeta. Pero no es lingüista. Aprendió inglés cuando había cumplido ya los doscientos; creo que siempre hablará un inglés quebrado..., pese a



que lo habla cada día. ¿Explica eso el extraño hecho de que un idioma muerto siga siendo hablado en una fiesta familiar en un planeta que gira en torno a una estrella tan distante de la Vieja Tierra?

—Bueno..., lo explica. Pero no me satisface. Hum, Justin, tengo la sensación de que cualquier objeción que pueda plantear será respondida..., pero no va a convencerme.

—Eso es razonable. ¿Por qué no aguarda un poco? A la larga, sin presionarlos demasiado, verá que los hechos que encuentra difíciles de aceptar van encajando cada uno en su lugar.

Así que cambiamos de tema. Hazel dijo:

—Querido, no te dije por qué tuve que hacer unas gestiones..., o por qué llegué tarde. Justin, ¿te has parado alguna vez en el teleporte corriente abajo?

—Demasiadas veces. Espero que alguien monte pronto un servicio competidor. Buscaría el capital y lo montaría yo mismo, si no fuera tan confortablemente perezoso.

—A primera hora de hoy fui de compras para Richard: zapatos, querido, aunque no vas a poder llevarlos hasta que Galahad lo diga, y repuestos para tus trajes que perdí en el jaleo del Raffles. No pude hallar los mismos colores, así que me decidí por el cereza y el verde jade.

—Buena elección.

—Sí, encajarán contigo, espero. Había terminado de comprar y esperaba estar de vuelta antes de que despertaras, pero... Justin, había cola en el teleporte, así que suspiré y aguardé mi turno..., y un colón, un repugnante turista de Secundus, intentó meterse seis lugares por delante de mí.

—¡Vaya, el muy bribón!

—No le sirvió de nada. Apenas meterse, cayó muerto de un disparo.

La miré.

—¡Hazel!

—¿Yo? ¡No, no, querido! Admito que me sentí tentada. Pero en mi opinión colarse en una fila no merece nada más grave que un brazo roto. No, no fue eso lo que me retuvo. Inmediatamente se formó un tribunal de espectadores, y yo fui coelegida como jurado. La única forma que tenía de salir rápido de allí era admitir que había sido testigo..., pensé que así ahorraría tiempo. No hubo suerte, y el juicio duró cerca de media hora.

—¿Colgaron al asesino? —preguntó Justin.

—No. El veredicto fue «homicidio en interés público», y le dejaron libre, y yo volví a casa. No tan pronto como había esperado. Lazarus, maldita sea, había atrapado a Richard entre sus garras, le había hecho infeliz y había arruinado mis planes, así que yo hice infeliz a Lazarus. Como bien sabes.

—Como bien sabemos todos. ¿Iba con alguien el turista muerto?

—No lo sé. Ni me importa. Creo que matarle fue demasiado drástico. Pero no soy extremista y nunca lo he sido. En el pasado, cuando alguien ha intentado colarse delante de mí, siempre lo he dejado marchar con sólo daños menores. Pero el intentar hacerse el listo en una cola no debe ser ignorado nunca; lo único que hace es alentar a los aprovechados. Richard, te compré zapatos porque sabía que tu nuevo pie no podía usar el zapato derecho que llevabas cuando llegamos aquí.

—Eso es cierto. —(Mi zapato derecho había sido siempre, desde la amputación, un zapato especial para la prótesis. No le iba a un pie de carne y hueso.)

—No fui a una zapatería; acudí a un fabricante que disponía de un pantógrafo de use general, y les hice utilizar tu zapato izquierdo para sintetizar un zapato derecho que hiciera pareja mediante un bucle espacial de imagen en un espejo. Tiene que ser igual a tu zapato izquierdo, pero del pie derecho. Creo que han hecho un buen trabajo.

—Gracias.

—Espero que te vaya bien. Si ese maldito colón no se hubiera dejado matar prácticamente en mi regazo, hubiera vuelto a tiempo a casa.

La miré parpadeando.

—Hum, me asombro a cada momento. ¿Cómo funciona este lugar? ¿Acaso es una anarquía?

Hazel se alzó de hombros. Justin Foote parecía pensativo.

—No, yo no diría eso. Pero tampoco está demasiado bien organizado.

Nos fuimos inmediatamente después de cenar en aquel espacioplano de cuatro plazas: Hazel y yo, un pequeño gigante llamado Zeb, Hilda la pequeña belleza, Lazarus, el doctor Jacob Burroughs, el doctor Jubal Harshaw, otra pelirroja —bueno, rubia fresa— llamada Deety, y otra más que no era su gemela pero debería

serlo, una dulce muchacha llamada Elizabeth a la que todos llamaban Libby. Miré a esas dos últimas y susurré a Hazel:

—¿Más descendientes de Lazarus? ¿O más tuyos?

—No. No lo creo. Respecto a Lazarus, quiero decir. Sé que no son mías; no soy tan inconsistente como eso. Una es de otro universo, y la otra es más de mil años mayor que yo. Échale la culpa a Gilgamesh. Hum..., ¿observaste en la cena a una muchachita, también con el pelo zanahoria, chapoteando en la fuente?

—Sí. Una chica encantadora.

—Pues ella... —Empezamos a subir, los nueve, en aquel espacioplano de cuatro plazas. Hazel dijo—: Pregúntamelo luego —y subió. Yo empecé a seguirla. Aquel pequeño gigante sujetó firmemente mi brazo, lo cual me hizo detenerme, pues su masa me superaba en unos buenos cuarenta kilos.

—No nos conocemos. Soy Zeb Carter.

—Yo Richard Ames Campbell, Zeb. Encantado de conocerle.

—Y ésta es mi madre, Hilda Mae. —Indicó a la muñeca china.

No tuve tiempo de considerar la improbabilidad de su afirmación. Hilda respondió:

—Soy su suegrastra, su esposa a tiempo parcial, y algunas veces su amante, Richard; Zebbie no siempre está en el centro del foco. Pero es dulce y cariñoso. Y tú perteneces a Hazel, así que eso te da las llaves de la ciudad. —Se puso de puntillas, apoyó sus manos en mis hombros y me besó. Su beso fue rápido pero cálido y no enteramente seco; me dejó muy pensativo—. Si quieres algo, simplemente pídelo. Zebbie te lo conseguirá.

Al parecer eran cinco los miembros de aquella familia (o subfamilia; todos formaban parte de la amplia casa o familia de Long, pero hasta entonces yo no lo había imaginado): Zeb y su esposa Deety, la primera rubia fresa a la que había conocido brevemente, y su padre, Jake Burroughs, cuya esposa era Hilda, pero que no era madre de Deety..., y el quinto era Gay. Zeb había dicho:

—Y Gay, por supuesto. Ya sabe a quién me refiero.

Pregunté a Zeb:

—¿Quién es Gay?

—Yo no. Nuestro vehículo es Gay.

Una sensual voz de contralto dijo:

—Yo soy Gay. Hola, Richard; estuviste dentro de mí una vez, pero no creo que lo recuerdes.

Decidí que el campo Lethe tenía algunos efectos secundarios realmente malos. Si alguna vez había estado dentro de una mujer (ella era quien lo había dicho, no yo) con una voz tan seductora y no podía recordarlo..., bien, era el momento de presentarme a la clemencia del tribunal; estaba acabado.

—Disculpe. No puedo verla. A la dama llamada Gay.

—No es una dama, es una mujerzuela.

—Zebbie, lamentarás eso. Quiere decir que no soy una mujer, Richard; soy ese vehículo en el que está a punto de subir..., y dentro del cual ha estado ya antes, pero estaba usted herido y enfermo así que no me siento dolida de que no me recuerde...

—¡Oh, sí la recuerdo!

—¿De veras? Eso es estupendo. Sea como sea, soy Gay Deceiver, y bienvenido a bordo.

Subí y empecé a arrastrarme a través de la compuerta que comunicaba con el departamento de carga en la parte de atrás de los asientos. Hilda me sujetó.

—No entre ahí. Está su esposa, con dos hombres. Dele una oportunidad a la chica.

—Y con Lib —añadió Deety—. No le incordies, tía Sharpie. Siéntese, Richard. —Me senté entre ellas..., un privilegio, excepto que deseaba ver aquel cuarto de baño metido en un bucle temporal. Si había alguno. Si no era un sueño del Lethe.

Hilda se apretó contra mí como un gato y dijo:

—Ha recibido usted una mala primera impresión de Lazarus, Richard; no me gustaría que siguiera pensando así.

Admití que sobre una escala de diez el hombre había conseguido un menos tres conmigo—. Espero que no siga pensando así mucho tiempo. ¿Deety?

—Día sí y día no, la media de Lazarus suele acercarse al nueve, Richard. Ya lo comprobará.

—Richard —prosiguió Hilda—, pese a lo que me ha oído decir, no pienso mal de Lazarus. He tenido un hijo suyo..., y solamente voy tan lejos con hombres a los que respeto. Pero Lazarus tiene sus peculiaridades; es necesario zurrarle un poco de tanto en tanto. Pese a lo cual le quiero.

—Yo también —admitió Deety—. Tengo una hijita de Lazarus, y eso significa que le amo y le respeto, o no hubiera ocurrido. ¿Correcto, Zebadiah?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Oh amor, descuidado amor! Jefa, ¿vamos a algún lado? Gay quiere saberlo.

—Informa preparado.

—Puerta de estribor sellada, control secundario preparado.

—Puerta de babor sellada, cinturones de seguridad puestos, todos los sistemas normales.

—Al Cuartel General del Cuerpo del Tiempo, vía Alfa y Beta. A voluntad, Jefe Piloto.

—A tus órdenes, capitán. Gay Deceiver, punto de referencia Alfa. Ejecuta.

—Marchando. —La brillante luz del sol y el verde césped al lado de la Casa Long desaparecieron en un parpadeo, para dejar paso a la negrura y las estrellas. Estábamos ingrávidos.

—Punto de referencia Alfa, probablemente —hijo Zeb—. Gay, ¿ves el CGT?

—Punto de referencia Alfa en el morro —respondió el vehículo—. CG del Cuerpo del Tiempo directamente al frente. Zeb, necesitas gafas.

—Punto de referencia Beta, ejecuta. —El cielo parpadeó de nuevo.

Esta vez pude verlo. no un planeta sino un hábitat, quizás a diez kilómetros de distancia, quizás a mil..., en el espacio, con un objeto extraño, uno no tiene forma de determinar.

Zeb dijo:

—Cuartel General del Cuerpo del Tiempo, ejec... ¡Gay fuera!

Una bomba nova estalló frente a nosotros.

## 25

El gato de Schrödinger.

—¡Por los huesos de Dios! —gimió el espacioplano—. ¡Me ha abrasado las plumas de la cola! Hilda, volvamos a casa. ¡Por favor! —La bomba nova estaba ahora muy lejos, pero aún seguía ardiendo con una intensa luz blanca, con el aspecto del Sol visto desde Plutón.

—¿Capitán? —inquirió Zeb.

—Afirmativo —respondió calmadamente Hilda. Pero se aferraba a mí y temblaba.

—¡GayMaureenEjecuta! —Estábamos de vuelta en los terrenos de la mansión románica de Lazarus Long y su tribu.

—Jefe Piloto, por favor comunícate con el anexo Oz y diles que desembarquen; no vamos a ir a ninguna parte por el momento. Richard, si no le importa salir por la derecha tan pronto como Jake esté fuera de su camino, eso permitirá a nuestros pasajeros salir también.

Lo hice con toda rapidez, apenas el doctor Burroughs despejó el camino. La voz de Lazarus retumbó a mis espaldas:

—¡Hilda! ¿Por qué has ordenado que salgamos de Gay? ¿Por qué no estamos en el Cuartel General? —Su tono me recordó a un sargento instructor que tuve cuando recluta, hacía diez mil años.

—Olvidé mi calceta, Woodie, hemos tenido que volver a buscarla.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué no hemos partido? ¿Por qué estamos desembarcando?

—Vigila lo presión sanguínea, Lazarus. Gay demostró que no era una indecisa cuando me pidió partir nuestro habitual viaje al CGT en tres saltos. Si hubiera utilizado la vieja rutina, ahora no seríamos más que un fulgor en la oscuridad.

—Me pica la piel —dijo nerviosamente Gay—. Apuesto a que soy capaz de hacer sonar un Geiger como un techo de plancha bajo un chaparrón.

—Zebbie lo comprobará más tarde, querida—dijo apaciguadoramente Hilda, luego se volvió de nuevo a Lazarus—: No creo que Gay haya resultado herida; supongo que ninguno de nosotros lo está. Porque Zeb tuvo una de sus premoniciones de malas noticias y nos sacó de allí casi por delante de los fotones. Pero lamento informarte, señor, que el Cuartel General ya no existe. Descanse en paz.

—Hilda, ¿es esto una de tus bromas? —insistió Lazarus.

—Capitán Long, cuando hables de esa forma, espero que te dirijas a mí como «comodoro».

—Lo siento. ¿Qué ocurrió?

—Lazarus, terminemos de descargar y te llevaré de vuelta y te lo mostraré —dijo Zeb—. Solos tú y yo.

—Sí, por supuesto, solos vosotros dos —dijo el espacioplano—. ¡Yo no! ¡No pienso ir! No firmé para servicio de combate. No dejaré que os acerquéis a mis puertas; eso significará que no podréis sellarlas, y en consecuencia no podréis hacer que me mueva. Me declaro en huelga.

—Amotinamiento —dijo Lazarus—. Fundidla y convertidla en chatarra.

El vehículo chilló, luego dijo excitadamente:

—Zeb, ¿has oído eso? ¿Has oído lo que ha dicho? Hilda, ¿lo has oído tú? ¡Lazarus, no te pertenezco y nunca te he pertenecido! ¡Díselo, Hilda! Ponme un dedo encima, y me volveré crítica y haré volar tu mano. Con todo el resto del condado de Boondock.

—Matemáticamente imposible —observó Long.

—Lazarus —dijo Hilda—, no deberías ser tan rápido en decir «imposible» cuando hables con Gay. En cualquier caso, ¿no crees que ya os habéis peleado lo suficiente por un día? Has hecho que Gay se sienta dolida, y se lo dirá a Dora, que se lo dirá a Teena, que se lo dirá a Minerva, que se lo dirá a Ishtar y a Maureen y a Tamara, y entonces tendrás suerte si alguien te da algo de comer y te permite dormir en algún lado.

—Me he dejado llevar por los nervios, Gay. Lo siento. Si esta noche te leo dos capítulos de *Tik-Tok*, ¿me perdonarás?

—Tres.

—Trato hecho. Por favor, dile a Teena que les pida a los matemáticos que trabajan en la Operación Señor de la Galaxia que se reúnan inmediatamente conmigo en mis compartimientos en Dora. Por favor, di a todos los demás implicados en la Operación que se les aconseja que acudan a Dora y coman y duerman a bordo. No sé cuándo vamos a partir. Puede ser dentro de una semana, pero puede ser en cualquier momento, y es posible que el aviso se dé con menos de diez minutos de antelación. Condiciones de guerra. Alerta roja.

—Dora ya ha sido informada; está retransmitiendo. ¿Qué hay de Boondock?

—¿Qué quieres decir con «qué hay de Boondock»?

—¿Quieres que la ciudad sea evacuada?

—Gay, no sabía que te preocuparas por esas cosas. —Lazarus sonó sorprendido.

—¿Yo? ¿Preocuparme por esas cosas que se arrastran por el suelo? —bufó el vehículo—. Simplemente estoy retransmitiendo para Ira.

—Oh. Por un momento pensé que estabas desarrollando simpatías hacia los humanos.

—¡Dios no lo permita! —

—Me siento aliviado. Tu sencillo egoísmo ególatra ha sido un cielo de estabilidad en un mundo siempre cambiante.

—No me hacen mella los cumplidos; me sigues debiendo tres capítulos.

—Por supuesto, Gay; lo he prometido. Por favor, dile a Ira que, por todo lo que sé, Boondock está tan seguro como cualquier otro lugar de este mundo, lo cual no es decir mucho..., por lo que, en mi opinión, cualquier intento de evacuar este hormiguero puede dar como resultado una gran pérdida de vidas, además de una pérdida aún mayor de propiedades. Pero quizá valiera la pena correr el riesgo tan sólo para agilizar un poco a esos lerdos metabolismos que lo pueblan..., el Boondock de hoy se me aparece como algo gordo, torpe y descuidado. Pregúntale su opinión.

—Ira dice: «Estoy de acuerdo».

—Recibido, y lo mismo en lo que a ti respecta; conforme con lo que hagáis. Coronel Campbell, lamento todo esto. ¿Le importaría venir conmigo? Puede que le interese ver cómo organizamos una emergencia. Hazel, ¿correcto? ¿O estoy invadiendo de nuevo tu terreno?

—Correcto, Lazarus, ya no es mi terreno. Es el tuyo y el de los demás Compañeros.

—Eres una mujer dura, Sadie.

—¿Qué esperabas, Lazarus? La Luna es una maestra exigente. Aprendí mis lecciones sobre sus rodillas. ¿Puedo venir?

—Eso esperamos; sigues formando parte de la Operación Señor de la Galaxia. ¿O no?

Caminamos unos cincuenta metros cruzando el césped hasta donde estaba aparcado el más grande y sorprendente platillo volante que cualquier cultista de los OVNIS haya afirmado haber visto nunca. Supe que se trataba de «Dora», nombre que designaba a la vez a la nave y al ordenador que la gobernaba. Supe también que Dora era el yate particular del Viejo, que era la nave insignia de Hilda, y que al mismo tiempo era una nave pirata capitaneada por Lorelei Lee y/o Lapis Lazuli y tripulada por Castor y Pollux, que eran o sus esposos o sus esclavos o ambas cosas a la vez.

—Ambas cosas a la vez —me dijo Hazel más tarde—. Y Dora es todas tres. Laz y Lor ganaron a Cas y Pol un contrato por sesenta años jugando a las cartas, poco después que se casaran. Laz y Lor son telépatas entre ellas, y hacen trampas. Mis nietos son listos como relámpagos y tan orgullosos como graduados de Harvard, y siempre intentan también hacer trampas en todo. Quise quitarles esta mala costumbre cuando eran aún demasiado jóvenes para perseguir a las chicas, utilizando una baraja marcada. No funcionó; descubrieron mis marcas. Pero su caída les sobrevino del hecho de que Laz y Lor son más listas que ellos e incluso más tramposas.

Hazel agitó renuientemente la cabeza.

—Éste es un mundo retorcido. Cabría pensar que un joven entrenado por mí se sentiría instantáneamente suspicaz con tres ases y un rey suelto en las manos..., pero Cas era codicioso. No sólo vio la apuesta pese a que no podía cubrirla, sino que empeñó sus derechos sobre Dora para garantizar lo que faltaba.

»Luego, apenas un día más tarde, Pol cayó en un engaño aún más transparente; estaba seguro de que sabía qué carta era la siguiente del mazo porque reconoció una pequeña mancha de café. Pol tenía buen juego, pero no se hallaba en una posición moral fuerte. Oh, bueno, probablemente sea mejor para los chicos ocuparse de limpiar la nave y lavar la cabeza y hacer la pedicura a sus esposas que vender a Laz y Lor en el mercado de esclavos de Iskander, como sin duda hubieran hecho de haber tenido éxito en sus propias trampas.

Dora es aún mayor por dentro que por fuera; tiene tantos camarotes como se necesiten. En su tiempo fue una lujosa pero completamente convencional espacionave hiperfotónica. Pero fue (la nave, no Dora el ordenador) reacondicionada con un motor irrelevante Burroughs (el medio mágico mediante el cual Gay Deceiver merodea por las estrellas en un parpadeo). Uno de los corolarios de las ecuaciones de Burroughs que teleportan a Gay puede aplicarse a modelar los bucles espaciales. Así pues, los pasajeros y la carga de Dora fueron reacondicionados; esto permite a Dora mantener un número interminable de compartimientos de reserva colapsados en sí mismos hasta que son necesitados.

(Éste no es el mismo proceso mediante el cual Gay tiene almacenados en su casco de babor dos cuartos de baño del siglo XIX. ¿O sí? Bueno, creo que no. Debo preguntárselo. ¿O debo dejar las cosas tal como están? Sí, quizá sea lo mejor.)

Se abrió una compuerta en la parte lateral del yate; una rampa se deslizó hasta el suelo, y seguí a Lazarus a la nave, con mi querida esposa del brazo. Mientras entrábamos sonó la música: «No es necesariamente así», de la inmortal *Porgy and Bess* de George Gershwin. Una voz muerta hacía mucho tiempo cantaba sobre la imposibilidad de un hombre tan viejo como Matusalén de persuadir a una mujer de que se acostara con él.

—¡Dora!

Una dulce voz joven respondió:

—Estoy tomando un baño. Llame más tarde.

—¡Dora, corta inmediatamente esta estúpida canción!

—Debo consultar con el capitán de servicio, señor.

—¡Consulta, y que lo zurzan! Pero acaba con este ruido.

Otra voz reemplazó la de la nave:

—Al habla la capitana Lor, colega. ¿Tienes algún problema?

—Sí. ¡Para este ruido!

—Colega, si te refieres a la música clásica que está sonando en estos momentos como un saludo a vuestra llegada, debo decir que tus gustos son tan bárbaros como siempre. En cualquier caso no puedo cortarla porque este nuevo protocolo fue establecido por la comodora Hilda. No puedo cambiarlo sin su permiso.

—Maldita sea —bufó Lazarus—. No puedo entrar ni en mi propia nave sin ser insultado. Juro por Alá que, una vez haya acabado con el Señor de la Galaxia, voy a comprar un Buggy Monoplaza Burroughs, lo equiparé con un Cerebrador Minsky, y me iré a unas largas vacaciones sin mujeres a bordo.

—Lazarus, ¿por qué dices esas cosas tan terribles? —La voz sonó a nuestras espaldas; no tuve problemas en identificarla como el cálido contralto de Hilda.

Lazarus miró a su alrededor.

—¡Oh, ahí estás! Hilda, ¿tienes la bondad de poner fin a esta espantosa cacofonía?

—Lazarus, puedes hacerlo tú mismo...

—Lo he intentado. Les complace frustrarme. Todas tres. Y tú también.

—...dando simplemente tres pasos más allá de la puerta. Si hay algún otro saludo musical que prefieras, basta con que lo nombres. Dora y yo estamos sólo estamos intentando hallar la melodía adecuada para cada miembro de nuestra familia, más una canción de bienvenida para cada invitado.

—Ridículo.

—A Dora le encanta hacerlo. Y a mí también. Es una práctica graciosa, como comer con tenedor en vez de con los dedos.

—Los dedos fueron hechos antes que los tenedores.

—Y los platelmintos antes que los seres humanos. Eso no hace a los platelmintos mejores que las personas. Sigue adelante, Woodie, y dale un descanso a Gershwin.

Gruñó y lo hizo; Gershwin se detuvo. Hazel y yo le seguimos..., y la música sonó de nuevo, una banda de tambores y cornetas aullando una marcha que no había oído desde aquel nefasto día en que perdí mi pierna..., y mi mando..., y mi honor: «Llegan los Campbell...»

Me sorprendió hasta casi ponerme fuera de mí, y me produjo ese latigazo de adrenalina que siempre me producía la antigua excitación de la batalla. Me sentí tan abrumado que tuve que obligarme a mí mismo a mantener mis rasgos impasibles, mientras rezaba para que nadie me dijera nada hasta que consiguiera controlar de nuevo mi voz.

Hazel apretó mi brazo y no dijo nada; creo que podía leer mis emociones..., siempre sabe mis necesidades. Seguí avanzando maquinalmente, muy erguido, equilibrándome apenas con mi bastón y sin ver el interior de la nave. Entonces la música cesó y pude respirar de nuevo.

Detrás nuestro estaba Hilda. Creo que se había mantenido distanciada para hacer que los saludos musicales sonaran separados. La suya fue una alegre cancioncilla que no pude identificar; parecía estar interpretada con campanillas de plata, o posiblemente una celesta. Hazel me dijo su título: «Jezabel»..., pero no pude situarla.

Los apartamentos de Lazarus eran tan lujosos que me pregunté cómo debía ser la cabina insignia de la «comodora» Hilda. Hazel se aposentó en el diván como si le perteneciera. Pero yo no me quedé; una mampara parpadeó, y Lazarus me condujo a través de ella. Al otro lado se abría una sala de juntas capaz para una corporación a nivel de sistema: una gigantesca mesa de conferencias, en la que cada sitio estaba provisto con un sillón de brazos abundantemente acolchado, un bloc de notas, un estilo, un dispensador de agua helada, un terminal con impresora, pantalla, teclado, micrófono y campo insonorizador..., y debo añadir que vi muy poca de toda aquella parafernalia en uso; Dora la hacía innecesaria, puesto que era una perfecta secretaria para todos nosotros al tiempo que nos ofrecía y servía refrescos.

(Nunca pude superar la sensación de que había una chica real llamada Dora en algún lugar fuera de nuestra vista. Pero ninguna chica mortal podría haber mantenido todos los huevos en el aire al mismo tiempo, como hacía Dora.)

—Siéntese donde quiera —dijo Lazarus—. Aquí no hay rangos. Y no dude en hacer preguntas y ofrecer opiniones. Aunque diga alguna tontería, a nadie le importará, y no será el primero en hacerlo en esta habitación. ¿Conoce ya a Lib?

—No formalmente. —Era la otra rubia fresa, la no-Deety.

—Entonces éste es el momento. Doctora Elizabeth Andrew Jackson Libby Long..., el coronel Richard Colin Ames Campbell.

—Es un honor, doctora Long.

Me besó. Ya lo había anticipado, tras aprender en menos de dos días que la única forma de evitar los besos de amistad era retroceder precipitadamente ... pero que era mucho mejor relajarse y disfrutar de ellos. De

modo que eso hice. La doctora Elizabeth Long es agradable de contemplar y no llevaba mucha ropa encima y olía y sabía estupendamente .... y permaneció pegada a mí tres segundos más de lo necesario, palmeó mi mejilla y dijo:

—Hazel tiene buen gusto. Me alegra que lo haya traído a la familia.

Enrojecí como un paleta. Todo el mundo lo ignoró. Supongo. Lazarus prosiguió:

—Lib es mi esposa y también mi socia desde el siglo XXI gregoriano. Hemos pasado algunos momentos difíciles juntos. Por aquel entonces era un hombre, un comandante retirado de las Fuerzas Militares Terrestres. Pero entonces y ahora, hombre o mujer, ha sido siempre el mayor matemático que haya existido nunca.

Elizabeth se volvió y acarició su brazo.

—Tonterías, Lazarus. Jake es un matemático mejor que yo y un geómetra más creativo de lo que yo nunca pueda esperar ser; es capaz de visualizar más dimensiones sin perderse. Yo...

El Jacob Burroughs de Hilda nos había seguido.

—Tonterías, Lib. La falsa modestia me hace ponerme enfermo.

—Entonces ponte enfermo, querido, pero no sobre la moqueta. Jacob, ni tu opinión, ni la mía, ni la de Lazarus, son relevantes; somos lo que somos, todos nosotros .... y comprendo que hay un trabajo que hacer. Lazarus, ¿qué ha ocurrido?

—Esperemos a Deety y los chicos, para no tener que hablar de ello dos veces. ¿Dónde está Jane Libby?

—Aquí, tío Woodie. —Acababa de entrar una chica desnuda que se parecía a... Miren, voy a dejar de hablar de parecidos familiares, pelos rojos y cosas parecidas, y de la presencia o ausencia de ropas. En Tertius, por el clima y las costumbres, las ropas eran algo opcional, que normalmente se llevaba en público, y a veces también en casa. En el hogar de Lazarus Long los hombres solían llevar algo más que las mujeres, pero no había ninguna regla que yo pudiera establecer.

El pelo rojo era muy común en Tertius, y todavía más común en la familia Long..., una herencia de Lazarus, pero no sólo de Lazarus; había otras fuentes en aquella familia, sin ninguna relación con Lazarus y sin ninguna relación entre sí; Elizabeth Andrew Jackson Libby Long y Dejah Thoris (Deety) Burroughs Carter Long..., y otra fuente de la que aún no sabía nada entonces.

La gente que favorece la teoría de Gilgamesh ha notado cómo los pelirrojos tienden a agruparse, por ejemplo Roma, Líbano, el sur de Irlanda, Escocia ..., y más marcadamente aún, en la historia, desde Jesús a Jefferson, desde Barbarroja a Enrique VIII.

Las fuentes de los parecidos en la familia Long eran difíciles de identificar, excepto con la ayuda de la doctora Ishtar, la genetista de la familia ..., pese a que la propia Ishtar no se parecía en nada a su hija Lapis Lázulí, lo cual no era sorprendente cuando averiguabas que no tenía ninguna relación genética con su propia hija..., cuya madre genética era Maureen.

Parte de lo dicho aquí arriba lo averigüé más tarde; lo menciono aquí a fin de poder olvidarlo rápidamente.

Aquel panel de matemáticos consistía en Libby Long, Jake Burroughs, Jane Libby Burroughs Long, Deety Burroughs Carter Long, Minerva Long Weatheral Long, Pythagoras Libby Carter Long y Archimedes Carter Libby Long —Pete y Archie—, el uno nacido de Deety y el otro de Libby, y las dos mujeres padre y madre únicos de ambos jóvenes: Deety la madre genética de los dos y Elizabeth el padre genético..., y me niego a seguir especificando sobre el tema; dejémoslo como un ejercicio para los estudiantes. Ofreceré solamente uno más: Maxwell Burroughs-Burroughs Long..., luego concluiré diciendo que todas esas extrañas combinaciones habían sido supervisadas por la genetista de la familia para un refuerzo máximo del genio matemático y una anulación óptima de los genes recesivos.

Observar trabajar a aquellos genios tenía algo de la soporífica excitación de contemplar una partida de ajedrez, pero no era exactamente lo mismo. Lazarus hizo que primero testificara Gay Deceiver, trayendo su voz a través de los circuitos de Dora. Escucharon a Gay, examinaron la proyección de sus cintas, luz y sonido, llamaron a Zebadiah, recibieron su testimonio, llamaron a Hilda, le pidieron su estimación más aproximada de la anticipación de Zebadiah sobre la explosión de la bomba.

Hilda dijo:

—En algún período intermedio entre el tiempo de un estremecimiento y el de un parpadeo. Todos sabéis que no puedo precisar más que eso.

El doctor Jake declinó expresar una opinión.

—No estaba mirando. Como siempre estaba comprobando las órdenes verbales en los controles. La penúltima orden, un «Gay fuera», anuló todas las demás, y regresamos a casa.

No establecí control manual, de modo que no aparece nada más en mis cintas. Lo siento.

El testimonio de Deety fue casi igual de escaso.

—La orden de «fuera» precedió a la explosión por un intervalo del orden de un milisegundo. —Tras ser presionada, se negó a decir que había sido «de un orden inferior». Burroughs insistió en ello y mencionó su «reloj interno». Deety le sacó la lengua.

El joven (de hecho, un adolescente) llamado Pete dijo:

—Voto por «datos insuficientes». Necesitamos situar una roseta de detectores en torno al lugar y descubrir lo que ocurrió antes de que podamos decidir el segmento temporal que podemos establecer para el rescate.

—Tras el «fuera», ¿fue visible ya la bomba nova desde el nuevo punto de avistamiento, o apareció después de la traslación de Gay? —preguntó Jane Libby—. Sea como sea, ¿cómo encaja esto con el cómputo del tiempo en el Punto de Referencia Beta? Pregunta: ¿queda establecido experimentalmente que el transporte al azar es instantáneo, totalmente nulo en términos temporales..., o es una suposición basada en pruebas incompletas y en hechos empíricos?

—J.L., ¿dónde quieres ir a parar, querida? —preguntó Deety. Yo me hallaba sentado entre las dos; hablaban a través mío, evidentemente sin esperar opiniones de mí..., pese a que yo había sido uno de los testigos.

—Estamos intentando establecer el segmento óptimo para evacuar el CGT, ¿no?

—¿De veras? ¿Por qué no aprobar la evacuación, calcular el tiempo necesario, y luego iniciar la evacuación a menos H-horas más treinta minutos? Eso nos permitirá traer a todo el mundo aquí con suficiente tiempo de sobra.

—Deety, con eso establecerás una paradoja que te dejará con la cabeza pegada al culo —comentó Burroughs.

—¡Papá! Esto ha sido rudo, desconsiderado y vulgar.

—Pero correcto, mi querida y estúpida hija. Ahora piensa en tu forma de salir de la trampa.

—Fácil. Estaba hablando del extremo de peligro, no del extremo de seguridad. Terminamos el rescate con treinta minutos de sobra, luego nos trasladamos a cualquier espacio vacío en un universo conveniente, digamos esa órbita alrededor de Marte que hemos usado tan a menudo, damos la vuelta, y volvemos a entrar en este universo en el aquí-ahora un minuto después de haberlo abandonado para el rescate.

—Torpe pero efectivo.

—Me gusta la programación sencilla, ya lo sabes.

—A mí también. ¿Pero no ve nadie nada equivocado en tomarnos todo el tiempo que necesitemos?

—¡Infiernos, sí!

—¿Y bien, Archie?

—Porque hay un cero coma nueve nueve siete y algo de probabilidad contra una de que sea una trampa. ¿Cómo es esa trampa? Depende. ¿Quién es nuestro antagonista? ¿La Bestia? ¿El Señor de la Galaxia? ¿Boskone? ¿O es una acción directa de otro grupo transformador de la historia, tratado o no tratado? ¿O, no os riáis, esta vez nos enfrentamos a un Autor? ¿Nuestra sincronización dependerá de nuestra táctica, y nuestra táctica debe encajar con nuestro antagonista. Así que debemos esperar hasta que esos grandes cerebros de la puerta de al lado nos digan contra quién estamos luchando exactamente.

—No —dijo Libby Long.

—¿Qué es lo que está mal; mamá? —quiso saber el muchacho.

—Tenemos que establecer *todas* las combinaciones posibles, querido, y resolverlas simultáneamente, y luego introducir la respuesta numérica apropiada en el escenario que nos proporcionen los fabulistas.

—No, Lib, seguirás apostando un par de cientos de vidas a que los grandes cerebros tengan razón —objetó Lazarus—. Y puede que no la tengan. Permaneceremos aquí y encontraremos una respuesta segura aunque nos tome diez años. Damas y caballeros, estamos hablando de nuestros *colegas*. No podemos prescindir de ellos. ¡Maldita sea, hay que encontrar la respuesta correcta!

Permanecí sentado allí sintiéndome idiota, dándome cuenta lentamente de que estaban discutiendo realmente cómo rescatar a toda la gente —y los archivos a instrumentos— de un hábitat que había visto vaporizarse hacia una hora. Y que con la misma facilidad podían rescatar incluso el propio hábitat..., apartarlo del espacio que ocupaba justo antes de ser bombardeado. Les oí discutir cómo hacerlo, cómo coordinar el tiempo. Pero rechazaron esa solución. Aquel hábitat debía haber costado incontables miles de millones de coronas..., pero rechazaron salvarlo. ¡No, no! El antagonista, ya fuera la Bestia del Apocalipsis o el Señor de la Galaxia (¡me atraganté!) o cualquier otra entidad..., debía creer que había tenido éxito; no debía sospechar que el nido estaba vacío, que los pájaros habían volado.



Tuve una sensación familiar en mi pierna izquierda: Lord Pixel estaba escalando de nuevo la pared delantera. Además lo estaba haciendo con un nuevo juego de pitones, así que bajé la mano, lo cogí y lo deposité sobre la mesa.

—Pixel, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—¡Bler!

—Sí, lo hiciste. Saliste al jardín, cruzaste el jardín, cruzaste el ala oeste (¿o diste la vuelta?), atravesaste el césped, entraste en una espacionave herméticamente cerrada (¿o estaba bajada la rampa?). De todos modos, ¿cómo me encontraste?

—Bler.

—Es el gato de Schrödinger—dijo Jane Libby.

—Entonces será mejor que Schrödinger venga a buscarlo, antes de que se pierda. O se haga daño.

—No, no, Pixel no pertenece a Schrödinger; Pixel todavía no ha seleccionado a su humano..., a menos que lo haya escogido a usted.

—No, no lo creo. Bueno, quizá.

—Creo que sí lo ha hecho. Le vi trepar a su pecho este mediodía. Y ahora ha recorrido un largo camino para encontrarle. Supongo que está atrapado. ¿Le gustan los gatos?

—¡Oh, sí! Si Hazel me deja tenerlo.

—Le dejará; a ella también le gustan los gatos.

—Espero que así sea. —Pixel se había sentado en mi bloc de notas y estaba lavándose la cara y haciendo un buen trabajo en frotarse concienzudamente detrás de las orejas—. Pixel, ¿me has elegido?

Dejó de lavarse el tiempo suficiente para pronunciar un enfático:

—¡Bler!

—De acuerdo, es un trato. Prima de enganche y dietas. Seguridad social. Libres todos los segundos miércoles de mes, por la tarde, siempre que lo comportamiento haya sido bueno. Jane Libby, ¿qué es eso acerca de Schrödinger? ¿Cómo ha venido hasta aquí? Dígale que Pixel se ha decidido.

—Schrödinger no está aquí; lleva muerto dos docenas de siglos. Fue miembro de ese grupo de antiguos filósofos naturales alemanes que se equivocaron tan brillantemente en todo lo que estudiaron: Schrödinger y Einstein y Heisenberg y... ¿O fueron filósofos en el universo de usted? Sé que no estuvieron en todas partes del omniverso, pero la historia paralela no es mi fuerte. —Sonrió como disculpándose—. Supongo que la teoría de los números es lo único en lo que soy realmente buena. Pero también soy una aceptable cocinera.

—¿Qué tal se le da rascar espaldas?

—¡Soy la mejor rascadora de espaldas de Boondock!

—Estás perdiendo el tiempo, J.L. —intervino Deety—. Hazel aún lo lleva a pasear sujeto de una correa.

—Pero tía Deety, no estaba intentando llevármelo a la cama.

—¿De veras? Entonces deja de perder el tiempo. Échate hacia atrás y déjame a mí. Richard, ¿es usted susceptible a las mujeres casadas? Todas estamos casadas.

—Hummm... ¡La Quinta Enmienda!

—Le comprendo, pero nunca han oído hablar de ella en Boondock. Esos matemáticos alemanes..., ¿no eran de su mundo?

—Déjeme ver si estamos hablando de los mismos. Erwin Schrödinger, Albert Einstein, Werner Heisenberg...

—Ésos son. Estaban orgullosos de lo que llamaban sus «experimentos de ideas»..., como si pudiera aprenderse algo de esa forma. ¡Teólogos! Jane Libby estaba a punto de hablarle del «gato de Schrödinger», un experimento de ideas que se suponía que decía algo acerca de la realidad. ¿J.L.?

—Es un asunto más bien tonto, señor. Se encierra un gato en una caja. Se controla si resulta muerto o no por la desintegración de un isótopo con una vida media de una hora. Al final de la hora, ¿está el gato vivo o muerto? Schrödinger afirmaba que, debido a las probabilidades estadísticas de lo que ellos creían era la ciencia en aquellos días, el gato no estaba ni vivo ni muerto hasta que alguien abría la caja; en vez de ello, existía como un cúmulo de probabilidades. —Jane Libby se encogió de hombros, produciendo una serie de curvas sorprendentemente dinámicas.

—¿Bler?

—¿No pensó nadie en preguntarle al gato?

—Blasfemia—dijo Deety—. Richard, esto es «ciencia», al estilo de los filósofos alemanes. Se supone que uno no debe recurrir a algo tan burdo. Sea como sea, Pixel se ganó el sobrenombre de «gato de Schrödinger» porque atraviesa las paredes.

—¿Y cómo lo hace?

—Es imposible, pero es un gato tan joven que todavía no sabe que es imposible, de modo que lo hace —respondió Jane Libby—. Así que nadie sabe nunca cuándo y por dónde aparecerá. Creo que le estaba buscando a usted. ¿Dora?

—¿Necesitas algo, J.L.? —respondió la nave.

—¿Has observado cómo subió el gato a bordo?

—Yo lo observo todo. No se molestó en subir la pasarela; entró directamente a través de mi piel. Me hizo cosquillas. ¿Tiene hambre?

—Es probable.

—Le prepararé algo. ¿Es lo suficientemente grande para tomar comida sólida?

—Sí. Pero no trozos grandes. Comida para niños pequeños.

—Picada.

—Mis queridas damas —dije—, Jane Libby utilizó las palabras «brillantemente equivocados» al referirse a esos físicos alemanes. Seguro que no incluirán a Albert Einstein en esta categoría.

—¡Por supuesto que sí! —respondió enfáticamente Deety.

—Me sorprende. En mi mundo, Einstein lleva halo.

—En mi mundo queman su efigie. Albert Einstein fue un pacifista, pero no fue honesto. Cuando se le presentó la oportunidad, lo olvidó todo de sus principios pacifistas y utilizó su influencia política para iniciar el proyecto que produjo la primera bomba mataciudades. Su trabajo teórico nunca fue mucho, y la mayor parte de él ha resultado ser erróneo. Pero vivirá siempre en la infamia como el político pacifista convertido en asesino. ¡Le desprecio!

## 26

*El éxito reside en alcanzar la cima de la cadena alimentaria.*

J. HARSHAW, 1900-

Entonces apareció la comida para Pixel, en un platito que brotó de la mesa, creo. Pero no puedo jurarlo, puesto que simplemente apareció. Darle de comer al gatito me proporcionó unos momentos para pensar. La vehemencia de la afirmación de Deety me había sorprendido. Aquellos físicos alemanes vivieron y trabajaron en la primera mitad del siglo xx, no muy atrás según mis nociones de historia, pero, si lo que aquellos tertianos querían que creyera era cierto —¡increíble!—, muy atrás para ellos. «Dos docenas de siglos...», había dicho Jane Libby.

¿Cómo podía aquella joven dama de aspecto despreocupado, la doctora Deety, mostrarse tan emocional respecto a unos eruditos alemanes muertos hacía tanto tiempo? Sólo sé de un acontecimiento, hacía dos mil años o más, que aún emocionaba a la gente..., y ese acontecimiento nunca se había producido.

Empecé a redactar mentalmente una lista de cosas que no encajaban: la pretendida edad de Lazarus; esa larga lista de enfermedades mortales que se suponía había sufrido yo; la media docena de extraños acontecimientos en la Luna; y sobre todo el propio Tertius. ¿Era realmente un extraño planeta muy distante de la Tierra tanto en el espacio como en el tiempo? ¿O era un poblado Potemkin en una isla del sur del Pacífico? ¿O incluso del sur de California? No había visto la ciudad llamada Boondock (un millón de habitantes, más o menos, o eso decían); quizá había visto cincuenta personas en total. Las demás, ¿existían solamente como un telón de fondo memorizado en el diálogo para encajar con los papeles Potemkin?

(¡Cuidado con esto, Richard! Estás volviéndote de nuevo paranoico.)

¿Cuánto Lethe se necesita para alterar el cerebro?

—Deety, parece que sus sentimientos hacia el doctor Einstein son muy intensos.

—¡Tengo mis razones para ello!

—Pero vivió hace tanto tiempo. ¿Dos docenas de siglos? Eso fue lo que dijo Jane Libby.

—Eso es para *ella*. ¡No para mí!

—Coronel Campbell —intervino el doctor Burroughs—, creo que supone usted que somos nativos de Tertius. No es cierto. Somos refugiados del siglo xx, como usted. Al decir «somos» me refiero a mí mismo y a Hilda y a Zebadiah y a mi hija..., mi hija Deety, no mi hija Jane Libby. J.L. nació aquí.

—Fuiste echado de casa, papá —le dijo Deety.

—Y apenas a tiempo —añadió Jane Libby.

—Ni siquiera pudo llevarse la vajilla y la cubertería. Supongo que no se lo reprocharás, querida.

—Nunca he pensado hacerlo. Tal como salió papá, es comprensible.

No intenté averiguar de qué estaban hablando; estaba adquiriendo la convicción cada vez más intensa de que todos los tertianos estaban certificablemente locos, según los estándares de Iowa.

—Doctor Burroughs, no soy del siglo xx. Nací en Iowa el año 2133.

—Bastante cerca, visto desde esta distancia. En diferentes líneas temporales, supongo: universos divergentes..., pero los dos hablamos casi el mismo dialecto, con los mismos acento y vocabulario; el vértice que lo situó a usted en un mundo y a mí en otro no puede estar muy lejos en nuestros pasados. ¿Quién llegó primero a la Luna, y en qué año?

—Neil Armstrong, 1969.

—Oh, *ese* mundo. Ha tenido usted sus problemas. Pero nosotros también hemos tenido los nuestros. Para nosotros el primer alunizaje se produjo en 1952: la *Koala rosa*, al mando de Ballox O'Malley. —El doctor Burroughs alzó la vista y miró a su alrededor—. —¿Sí, Lazarus? ¿Te preocupa algo? ¿Moscas? ¿Avispas?

—Si tú y tus hijas no queréis trabajar, sugiero que os vayáis a charlar a otra parte. En la puerta de al lado quizá; a los fabulistas y a los historiadores no les importa cazar conejos. Coronel Campbell, creo que usted también encontrará más conveniente dar de comer a su gato en otra parte. Le sugiero el cuarto de baño que hay por aquel lado.

—¡Oh, demonios, Lazarus! Eres un viejo gruñón y malhumorado. No hay forma de molestar a un matemático que está trabajando. Mira a Lib..., puedes hacer estallar una ristra de petardos bajo sus pies y ni siquiera parpadeará. —Deety se puso en pie—. Woodie, muchacho, necesitas urgentemente un nuevo rejuvenecimiento: te estás volviendo un viejo rezongón. Vámonos, J.L.

El doctor Burroughs se puso en pie, hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—¿Me disculpan? —y se fue sin mirar a Lazarus. Hubo una atmósfera de temperamentos en colisión, de necesidad de poner distancia entre dos viejos toros antes de que embistieran.

O tres..., debía incluirme también a mí. Reprenderme a causa del gatito era injusto a injustificado; me sentí irritado con Lazarus por tercera vez en un solo día. Yo no había traído al gatito hasta allí, y era su propio ordenador el que había sugerido darle de comer ahí dentro y me había proporcionado los medios.

Me puse en pie, cogí a Pixel con una mano, el platito con la otra, y tuve que colgarme el bastón al brazo para moverme.

Jane Libby vio mi problema, tomó al gatito y lo acunó contra su pecho. La seguí, apoyándome en mi bastón y llevando el platito de comida. Evité mirar a Lazarus.

Al cruzar el otro salón vimos a Hazel a Hilda. Hazel me hizo una seña y dio unas palmadas a la silla que tenía a su lado; agité negativamente la cabeza y seguí mi camino, y al ver eso se puso en pie y vino con nosotros.

Hilda la siguió. No causamos el menor trastorno en la sesión que se desarrollaba en la estancia. Estaba hablando el doctor Harshaw; casi nadie reparó en nosotros.

Un delicioso, decadente, sibarita aspecto de la vida en Tertius era la calidad de sus baños..., si puede aplicárseles un término tan mundano. Sin intentar describir ninguno de los adminículos que me eran desconocidos, permítanme definir un baño tertiano de lujo (y el de Lazarus era, estoy seguro de ello, el más lujoso de todos ellos), definido en términos de sus funciones:

Empiecen con su salón o pub favorito.

Añádanle una sauna finlandesa.

¿Y qué les parece una piscina estilo japonés?

¿Les gusta un baño caliente? ¿Con o sin agitador?

¿Formó una fuente de soda o un carrito de helados parte de su juventud?

¿Les gusta compañía cuando se bañan?

Situemos también un bien provisto snack bar (frío o caliente) al alcance de la mano.

¿Les gusta la música? ¿La tridi? ¿Libros y revistas y cintas?

¿Ejercicio? ¿Masaje? ¿Lámparas solares? ¿Brisas perfumadas?

¿Lugares blandos y acogedores para enroscarse y echar un sueñecito, solo o en compañía?

Tomen todo esto, mézclenlo bien, a instálenlo en una habitación grande, hermosa, bien iluminada. Esa lista sigue sin describir todavía el baño social junto a la cabina de Lazarus Long, puesto que omito el rasgo más importante:

Dora.

Si hay algún deseo que el ordenador de aquella nave no pueda satisfacer, no estuve el tiempo suficiente para descubrirlo.

No probé inmediatamente todos aquellos lujos; tenía un deber para con un gato. Me senté en una mesita redonda de mediano tamaño, del tipo que suelen usar cuatro amigos para beber unas copas, coloqué encima el platito del gato, fui a coger el gato. En vez de dármelo, J.L. se sentó y colocó al minino frente a la comida. Burroughs se nos unió.

El gatito olisqueó lo que había estado comiendo ávidamente unos minutos antes, luego realizó una inspirada actuación para hacerle saber a J.L. que se sentía horrorizado ante la pretensión de ella de ofrecerle algo tan poco adecuado para un gato. J.L. dijo:

—Dora, creo que tiene sed.

—Di lo que quieres. Pero recuerda que las ordenanzas no me permiten servir bebidas alcohólicas a menores excepto con finalidades de seducción.

—Deja de decir tonterías, Dora; el coronel Campbell puede creerte. Le ofreceremos al gatito agua y leche entera, por separado. Y a temperatura del cuerpo, que para los gatitos es...

—Treinta y ocho coma ocho grados. Marchando.

Hilda llamó desde la piscina —no, creo que era una bañera— a unos pocos metros de distancia.

—¡J.L.! Ven a remojarte, querida. Deety tiene algunos chismes interesantes que contar.

—Oh... —La muchacha pareció indecisa—. Coronel Campbell, ¿le importaría cuidar de Pixel unos momentos? Le gusta lamer su bebida directamente del dedo del que se la da. Es la única forma de conseguir que beba lo suficiente.

—Lo haré a su manera.

Al gatito le gustaba beber de aquella forma..., aunque parecía posible que muriera de viejo antes de llegar a tragar diez milímetros de líquido. Pero el gatito no tenía prisa. Hazel salió de la piscina/bañera y se unió a nosotros, chorreante. La besé cautelosamente y dije:

—Estás dejando la silla empapada.

—A la silla no va a dolerle. ¿Qué es eso de Lazarus haciendo de nuevo de las suyas?

—¡Ese hijo de madre!

—En este caso eso es meramente descriptivo. ¿Qué ocurrió?

—Hummm... Quizá yo reaccioné demasiado fuertemente. Mejor pregúntale al doctor Burroughs.

—¿Jacob?

—No, Richard no actuó excesivamente. Lazarus se puso ofensivamente difícil con nosotros cuatro. En primer lugar, Lazarus no tiene por qué intentar supervisar la sección de matemáticas; él no es matemático en ningún sentido profesional, y no está cualificado para supervisar. En segundo lugar, cada uno de nosotros en la sección conoce las peculiaridades de los demás; nunca interferimos con el trabajo de otro. Pero Lazarus me echó fuera, y a Deety y a Jane Libby, por atrevernos a hablar unos momentos acerca de algo que no estaba en su agenda .... totalmente inconsciente, o al menos despreocupado, del hecho que tanto yo como mis hijas utilizamos un modo de meditación a dos niveles. Hazel, contuve mi temperamento. De veras lo hice, querida. Te hubieras sentido orgullosa de mí.

—Siempre estoy orgullosa de ti, Jacob. Yo no hubiera contenido mi temperamento. Para tratar con Lazarus tienes que adoptar el peso de un sir Winston Churchill y caminar sobre las puntas de sus pies hasta que se disculpe. Lazarus no aprecia los buenos modales. ¿Pero qué le hizo a Richard?

—Le dijo que no diera de comer a este gato en la mesa de conferencias. ¡Ridículo! Como si fuera posible estropear su hermosa mesa si el gatito se hacía pipí en ella.

Hazel agitó la cabeza y pareció preocupada, lo cual no encaja con su rostro.

—Lazarus siempre ha sido una mula, pero desde que empezó esta campaña, la del Señor de la Galaxia me refiero, ha ido volviéndose progresivamente difícil. Jacob, ¿ha estado enviándole tu sección malas predicciones?

—Algunas. Pero la auténtica dificultad es que nuestras proyecciones a largo plazo son tan vagas. Eso puede ser enloquecedor, lo sé, porque cuando una ciudad resulta destruida, la tragedia *no es* vaga; es clara y nauseabunda. Si cambiamos la historia, no estamos evitando realmente la destrucción de esa ciudad, sólo estamos iniciando una nueva línea temporal. Necesitamos proyecciones que nos permitan cambiar la historia *antes* de que esa ciudad sea destruida. —Me miró—. Por eso es tan importante rescatar a Adam Selene.

Adopté una expresión estúpida .... mi mejor papel.

—¿Para hacer que el temperamento de Lazarus mejore?

—Indirectamente, sí. Necesitamos un ordenador supervisor que pueda dirigir y programar y monitorizar otros grandes computadores en la creación de proyecciones multiversales. El ordenador supervisor más grande que conocemos es el de este planeta, Athene o Teena, y su hermano gemelo en Secundus. Pero este tipo de proyección es un trabajo mucho más complicado. Las funciones públicas de Tertius se hallan en su mayor parte totalmente automatizadas, y Teena actúa solamente cuando se presenta alguna dificultad. Pero el Holmes IV, Adam Selene o Mike, como queráis, a través de una concatenación de extrañas circunstancias, fue creciendo y creciendo sin que aparentemente nadie intentara nunca mantener su tamaño a un nivel óptimo .... y *luego* su autoprogramación se incrementó enormemente a través de un desafío único: controlar la Revolución lunar. Coronel, no creo que ningún cerebro o cerebros humanos pudieran haber escrito nunca el programa o programas que Holmes IV se autoprogramó para permitir manejar todos los detalles de esa revolución. Mi hija mayor, Deety, es una de las principales especialistas en programación; dice que un cerebro humano no puede hacerlo y que, en su opinión, una inteligencia artificial lo haría solamente en la misma forma que lo hizo Holmes IV..., enfrentado a una necesidad, un caso de «rebélate, doblégate o muere ». Así que necesitamos a Adam Selene .... *o* su esencia, esos programas que escribió al crearse a sí mismo. Porque *nosotros* no sabemos cómo hacerlos.

Hazel miró a la piscina.

—Apuesto a que Deety podría hacerlo. Si se viera obligada a ello.

—Gracias, querida, por decir eso de mi hija. Pero ella no ha recibido el don de la falsa modestia. Si Deety pudiera hacerlo, o pensar que tenía la más remota posibilidad de poder hacerlo, ya estaría trabajando en ello en estos momentos. Tal como están las cosas, hace lo que puede; está trabajando duro intentando mejorar el banco de datos que poseemos.

—Jacob, odio decir esto... —Hazel dudó—. Quizá no debiera.

—Entonces no lo hagas.

—Necesito descargarlo de mi pecho. Papá Mannie no es optimista sobre los resultados aunque tengamos un éxito completo en recuperar todos los bancos de memoria y programas que constituyen la esencia de Adam Selene ..., *o* «Mike», como lo llama papá Mannie. Cree que su viejo amigo resultó tan gravemente herido en el último ataque (aún lo recuerdo; fue horrible) que se retiró a una catatonía electrónica de la que nunca volverá a despertar. Durante años papá intentó despertarlo de nuevo, tras la Revolución, cuando papá tenía libre acceso al Complejo del Guardián. No ve cómo el traer esas memorias y programas hasta aquí podrá conseguir algo. Oh, desea intentarlo, está ansioso por hacerlo, quiere a Mike. Pero no tiene muchas esperanzas.

—Cuando veas a Manuel, dile que sea optimista; Deety ha pensado en una respuesta.

—¿De veras? ¡ Oh, espero que así sea!

—Deety va a proporcionarle a Teena grandes cantidades de capacidad virgen adicional, tanto para memoria como para manipulación de símbolos, pensamiento .... y *luego* mostrará a Mike en la cama con Teena. Si eso no devuelve a Mike a la vida, nada lo hará.

Mi amor pareció desconcertada, luego dejó escapar una risita.

—Sí, eso tendría que conseguirlo.

Luego volvió a la piscina, y supe por Jacob Burroughs por qué su hija Deety hablaba de una forma tan emocional respecto al Padre de la Bomba Atómica: había visto, todos habían visto, los cuatro, cómo su hogar era borrado del mapa por una bomba atómica, una bomba de fisión supuse, aunque Jake no lo dijo.

—Coronel, una cosa es leer unos titulares o ver la noticia por televisión; es completamente distinto ver que lo propia casa se convierte en un hongo que la cubre, la despedaza y la elimina por completo y definitivamente.

»Somos unos desposeídos, nunca podremos volver a casa. Hemos sido borrados completamente de la existencia. En nuestra línea temporal no hay nada que demuestra que nosotros: yo, Hilda, Deety y Zeb, existimos alguna vez. Las casas donde vivimos han desaparecido, nunca existieron; la tierra se cerró sobre ellas sin dejar cicatrices. —Parecía tan solitario como Odiseo.

Hizo una pausa, luego prosiguió:

—Lazarus envió hacia atrás un campo operativo del Cuerpo del Tiempo... ¿Dora? ¿Puedo hablar con Elizabeth?

—Puedes empezar.

—¿Lib, amor? Sitúa esa roseta que quería Pete... ¿o era Archie? Elige la fecha más anterior de vigilancia. Retrocede tres años. Evacúa.

—Paradoja, Jacob.

—Sí. Sitúa esos tres años en un bucle, comprímelo, arrójalo lejos. Compruébalo.

—Lo haré, querido. ¿Algo más?

—No. Corto.

Burroughs prosiguió:

—...envió un campo operativo a nuestra línea temporal para intentar encontrarnos, en cualquier lugar, en la extensión de tiempo desde mi nacimiento hasta la noche en que tuvimos que correr para salvar nuestras vidas. No estamos allí. Nunca nacimos. Tanto Zeb como yo teníamos carreras militares y académicas; no estamos en los archivos militares ni de los campus. Hay un archivo de mis padres ..., pero nunca me *tuvieron*. Coronel, en todas las docenas, centenares de formas en que los ciudadanos quedaban registrados en los Estados Unidos de Norteamérica del siglo xx, no pudo hallarse ninguna huella que demostrara que habíamos estado alguna vez allí.

Burroughs suspiró.

—Gay Deceiver no sólo salvó nuestras vidas aquella noche; también salvó nuestra existencia. Efectuó una acción evasiva tan rápida que la Bestia perdió nuestro rastro... ¿Sí, querida?

Jane Libby estaba de pie a nuestro lado, chorreante y mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Papá?

—Di, querida.

—Necesitamos esos rastreadores que quería Pitágoras, pero deberían ser enviados mucho más atrás, oh, diez años o más incluso. Luego, cuando descubran el segmento en el cual el Señor de la Galaxia o quien sea empezó a observar el CGT, retirarlo y evacuar. Bucle y cierra, y así nunca sospecharán que les engañamos. Se lo dije a Deety; cree que puede funcionar. ¿Qué opinas?

—Creo que funcionará. Déjame hablar con tu madre y lo introduciremos. Dora, pásame de nuevo a Elizabeth, por favor. —Nada en su rostro o actitud sugería que acababa de hablar con Libby Long, proponiéndole lo que parecía (por todo lo que podía ver) el mismo plan.

—¿Elizabeth? Un mensaje de nuestra campeona de tenis de mesa. Jane Libby dice que sitúe esa roseta a menos diez años, detecte el inicio de la vigilancia, luego retroceda, hum, digamos tres años, evacúe, comprima un bucle y lo elimine. Tanto Deety como yo creemos que funcionará. Por favor somételo al panel, crédito a J.L., con los votos de Deety y mío. —Y mi voto.

—Tienes una chica lista, esposa mía.

—Eso se debe a haber escogido un padre listo, señor. Y bueno. Bueno para su descendencia, bueno para su esposa. ¿Corto?

—Corta. —Dirigiéndose a la muchacha que esperaba, Burroughs añadió—: Tus padres están orgullosos de ti, Janie. Predigo que la sección de matemáticas emitirá un informe unánime dentro de pocos minutos. Has respondido a la objeción que planteó Lazarus, una objeción completamente legítima, produciendo una solución

bajo la cual no importa quién nos haya hecho eso; podemos repararlo con seguridad aun sin saber quién fue el causante. ¿Pero te das cuenta de que tu método puede decirnos también quién lo hizo? Con un poco de suerte.

Jane Libby parecía como si acabara de recibir el premio Nobel.

—Me di cuenta. Pero el problema exigía simplemente una evacuación con garantías de seguridad; lo demás es cuestión de suerte.

—«Suerte» es otra forma de deletrear «listo». ¿Preparada para cenar algo? ¿O deseas volver a la piscina? ¿O ambas cosas? ¿Por qué no echas dentro al coronel Campbell, con ropas incluidas? Deety e Hilda te ayudarán, estoy seguro, y creo que Hazel también.

—¡Hey, espere un momento! —protesté.

—¡Cobarde!

—Coronel, olvídalo; no vamos a hacerle esto. Papá está bromeando.

—Y un infierno estoy bromeando.

—Arroje primero a su padre, para ver. Si no se queja, entonces me someteré sin resistencia.

—¡Blert!

—¡Tú mantente fuera de esto!

—Janie, querida.

—¿Sí, papá?

—Averigua cuántos encargos de batidos de fresa y perritos calientes, o sus facsímiles irrazonables, hay que pedir para la cena. Mientras lo haces, colgaré mis ropas en el armario, y si el coronel es listo también lo hará; coronel, éste es un grupo camorrista, especialmente en esta exacta combinación: Hilda, Deety, Hazel y Janie. Explosiva. ¿A quién le importa el gatito?

Una hora más tarde Dora (una pequeña luz azul) nos condujo a nuestra habitación; Hazel llevaba el gato y un platito, yo llevaba nuestras ropas, el otro platito, mi bastón y su bolso. Me sentía agradablemente cansado y esperando irme a la cama con mi esposa. Llevaba demasiado tiempo sin meterse en mi cama. Desde mi punto de vista nos habíamos perdido dos noches..., no demasiado para un viejo matrimonio, demasiado para una luna de miel. Y la moraleja de todo eso es: no dejes que te engañen en tu luna de miel.

Desde su punto de vista había sido... ¿un mes?

—¿Cuánto ha sido, oh mejor de las muchachas? Ese campo Lethe me ha dejado con mi sentido del tiempo un tanto desorientado.

Hazel dudó.

—Han sido treinta y siete días tertianos aquí. Pero para ti debe haber parecido una noche. Bueno, dos noches .... porque, cuando me metí en la cama la noche pasada, estabas roncando. Lo siento. Ódiame un poco, pero no mucho. Aquí está nuestro cuchitril.

(¡«Cuchitril», realmente! Era mayor que mi suite de lujo en la Regla de Oro, y más lujoso .... con una cama mucho mejor y más grande.)

—Esposa mía, nos hemos bañado en la sala de juegos del Taj Mahal de Lazarus. Ya no tengo que quitarme mi pata de palo y me ocupé de todo lo demás en ese Taj Mahal. Si tienes que hacer algo, hazlo. ¡Pero hazlo rápido! Estoy ansioso.

—No tengo que hacer nada. Excepto ocuparme de Pixel.

—Pondremos sus platitos en el baño, lo encerraremos dentro, y le dejaremos salir más tarde.

Eso hicimos, y nos metimos en la cama, y fue maravilloso, y los detalles no son asunto de ninguno de ustedes.

Un poco más tarde Hazel dijo:

—Ya estamos reunidos otra vez.

—Y es lo más maravilloso del mundo.

—Quiero decir: tenemos compañía.

—Ya lo he notado. Trepó a mis omoplatos hace un rato, pero yo estaba ocupado, y además pesa tan poco que ni siquiera lo mencioné. ¿Puedes cogerlo y sujetarlo para que no resulte aplastado mientras nos desenredamos?

—Sí. Pero no te apresures. Richard, eres un buen chico. Pixel y yo hemos decidido adoptarte.

—¡Intenta librarte de mí! No puedes. Amor, antes dijiste algo que me sonó un tanto extraño. Dijiste que habían sido «treinta y siete días tertianos aquí».

Me miró muy seria.

—Fue más que eso para mí, Richard.

—Eso sospeché. ¿Cuánto?

—Unos dos años. Años terrestres.

—¡Que me maldiga!

—Pero querido, mientras estuviste enfermo, vine a casa cada día. Treinta y siete veces me presenté en tu habitación del hospital por la mañana, exactamente tal como había prometido. Tú me reconocías cada vez, y me sonreías, y parecías feliz de verme. Pero naturalmente el campo Lethe te hacía olvidar cada momento una vez transcurrido. Cada tarde me marchaba de nuevo, y volvía luego a última hora, tras estar fuera, por término medio, unas tres semanas cada vez. El esquema no me resultaba difícil, porque Gay Deceiver hacía dos viajes cada tarde, ya fuera con los dobles gemelos o la tripulación de Hilda a cargo del control. Ahora podemos desenredarnos, querido; ya tengo a Pixel seguro.

Nos acomodamos más confortablemente.

—¿Qué estuviste haciendo durante tanto tiempo?

—Trabajo de campo para el Cuerpo del Tiempo. Investigación histórica.

—Sospecho que sigo sin entender lo que hace el Cuerpo del Tiempo. ¿No hubieras podido esperar un mes, y luego hacer lo que tuvieras que hacer entre los dos, juntos? ¿O debo mantenerme en reserva?

—Sí y no. Yo pedí el trabajo. Richard, quise rastrear qué ocurrirá después de que tú y, yo intentemos rescatar a Adam Selene. Mike el ordenador.

—¿Y qué averiguaste?

—Nada. Absolutamente nada. Solamente pudimos hallar dos líneas temporales a partir de ese acontecimiento .... es una acontecimiento bisagra; tú y yo creamos ambos futuros. Investigué los cuatro siglos siguientes de ambas líneas .... en la Luna, abajo en la Superficie, en varias colonias y hábitats. Todos ellos dicen que tuvimos éxito .... o que lo intentamos y morimos en el intento .... o ni siquiera nos mencionan. El último es el caso más habitual; la mayor parte de los historiadores no creen que Adam Selene fuese un ordenador.

—Bien.... no estamos peor que antes. ¿O sí?

—No. Pero tenía que mirar. Y deseaba comprobarlo antes de que tú despertaras. Antes de que salieras del campo Lethe, quiero decir.

—¿Sabes, querida personita? Tengo un buen concepto de ti. Eres considerada hacia tu esposo. Y hacia los gatos. Y hacia la otra gente. Hum... No, no es asunto mío.

—Habla, amor, o te haré cosquillas.

—No amenaces o te pegaré.

—Bajo tu propia responsabilidad..., recuerda que muerdo. Richard, he estado aguardando la pregunta. Esta es la primera vez que estamos solos. Quieres saber cómo la vieja y lujuriosa Hazel mantuvo fielmente su castidad durante dos largos y dolorosos años. O mejor, no crees que la mantuviera, pero eres demasiado educado para decirlo en voz alta.

—¡Oh, vamos, maldita sea! Mira, amor, soy un lunático, con valores lunáticos. El amor y el sexo son regidos por nuestras damas; nosotros los hombres aceptamos sus decisiones. Ése es el único arreglo feliz. Si quieres alardear un poco, adelante, hazlo. Si no, cambiemos de tema. Pero no me acuses de vicios de marmota.

—Richard, cuando eres más razonable es cuando resultas más enfurecedor.

—¿Quieres que te lo pregunte?

—Sería educado.

—Dímelo tres veces.

—Te lo digo tres veces, y lo que te digo tres veces es cierto.

—Miraste el final del libro. De acuerdo, iré directo al grano. Eres un miembro de la Familia Long, ¿verdad?

Contuvo el aliento.

—¿Qué te hace decir eso?

—No lo sé. De veras no lo sé, aunque ha habido muchas cosas pequeñas, ninguna de las cuales significaba nada en concreto y muchas de ellas ni siquiera quedaron en mi memoria. Pero esta tarde, en algún momento, mientras hablaba con Jake, me di cuenta de que estaba dándolo por sentado. ¿Estoy en un error?

Suspiró.



—No, tienes razón. Pero no tenía intención de decírtelo todavía. Entiéndelo, estoy en una especie de excedencia con la Familia, en estos momentos no soy un miembro de pleno derecho. Y no era eso lo que pretendía confesar.

—Aguarda un segundo. Jake es uno de tus esposos.

—Sí. Pero recuerda, estoy en excedencia.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¡Hasta que la muerte nos separe! Te prometí eso en la Regla de Oro. Richard, las historias muestran que tú y yo estábamos casados en el momento del acontecimiento cúspide .... así que le pedí el divorcio a la Familia .... y arreglé una excedencia. Pero también puede ser el final .... ellos lo saben, yo lo sé. Richard, estuve aquí cada noche, cada noche tertiana quiero decir, treinta y siete veces .... pero nunca dormí con la Familia. Yo..., normalmente dormía con Xia y Choy-Mu. Eran buenos para mí. Pero ni una vez con Long —añadió—. Ni con ninguno de ellos, masculino o femenino. Te fui fiel, a mi propia manera.

—No veo por qué necesitabas sufrir privación. Entonces eres una de las esposas de Lazarus Long también. En excedencia, pero su esposa. ¡Ese viejo macho cabrío lascivo! ¡Hey! ¿Es posible que lo que ocurra es que esté celoso de mí? Infiernos, sí, no sólo es posible, sino también probable. ¡Claro! Él no es lunático; no está condicionado a aceptar «la elección de la dama». Y procede de una cultura en donde los celos eran el desorden mental más común. ¡Por supuesto! ¡Oh, el estúpido tonto!

—No, Richard.

—En el ojo de un cerdo.

—Richard, Lazarus dejó a un lado todos los celos hace muchas generaciones .... y he estado casada con él treinta años, con tiempo suficiente para juzgar. No, querido, está preocupado. Está preocupado por mí y está preocupado por ti, sabe lo peligroso que es todo esto .... está preocupado por toda la Familia y por todo Tertius. Porque sabe lo peligroso que es el multiverso. Está dedicando su vida y todas sus riquezas a intentar conseguir seguridad para su gente.

—Bien.... me gustaría que fuese un poco más civilizado al respecto. Que tuviera más modales. Que fuera más educado.

—Yo también. Toma, coge el gato; voy a hacer un pis. Luego voto por dormir un poco.

—Yo también. Ambas cosas. Dios, qué gusto da levantarte de la cama sin tener que andar a saltos.

Estábamos acurrucados el uno contra el otro, con las luces apagadas, su cabeza sobre mi hombro y el gatito vagabundeando por alguna parte de la cama, ambos a punto de dormirnos, cuando Hazel murmuró:

—Richard. Perdona... Ezra...

—¿Perdonar qué?

—Sus piernas. Cuando caminó por primera vez con ellas .... con muletas. Creo que fue hace tres días .... pero tres meses para mí. Xia y yo le felicitamos... horizontalmente.

—Es la mejor manera.

—Lo llevamos a la cama. Le hicimos feliz.

—Buenas chicas. ¿Alguna otra cosa?

Parecía haberse dormido. Luego apenas murmuró:

—Wyoming.

—¿Qué, querida?

—Wyoh, mi hija. La niña jugando en la fuente .... ¿recuerdas?

—¡Sí, sí! ¿Tuya? ¡Oh, estupendo!

—La conocerás... mañana. La llamamos así..., por mamá.

Wyoh. Lazarus —¿Es hija de Lazarus?

—Sospecho que sí. Ishtar dice. Realmente tuvo... muchas oportunidades.

Intenté imaginar el rostro de la niña. Un duendecillo de brillante pelo rojo.

—Se parece más a ti.

Hazel no respondió. Su respiración era lenta y regular.

Sentí patitas sobre mi pecho, luego un cosquilleo en mi barbilla.

—¿Blert?

—Quieto, minino; mamá está durmiendo.

El gatito se aposentó, se echó a dormir también. Así que terminé el día igual que lo había empezado, con un cachorrillo de gato dormido sobre mi pecho.

Había sido un día ajetreado.

## 27

*Es una triste clase de memoria  
la que sólo funciona hacia atrás.*

CHARLES LUTWIDGE DODGSON, 1832-1898

—Gwendolyn, amor.

Hazel se detuvo con el cepillo de dientes en la mano y una expresión sorprendida.

—¿Sí, Richard?

—Este es nuestro primer aniversario. Debemos celebrarlo.

—Estoy completamente dispuesta a celebrarlo, pero no puedo imaginar tu aritmética. ¿Y celebrar cómo? ¿Un desayuno especial? ¿O volver a la cama?

—Las dos cosas. Más un acuerdo especial. Pero primero comamos. En cuanto a mi aritmética, escúchame. Es nuestro aniversario porque llevamos casados exactamente una semana. Sí, soy consciente de que tú piensas en ello como dos años...

—¡No pienso en ello! Eso no cuenta. Como el tiempo pasado en Brooklyn.

—Y tú dices que para mí han sido treinta y siete días, treinta y ocho, treinta y nueve, más o menos. Pero no son treinta y nueve días para mí, Gwen Hazel, puesto que Alá no restará de mi tiempo concedido esos días pasados en el campo Lethe, de modo que no los cuento. Infiernos, no creería en ellos si no fuera porque ahora tengo dos piernas...

—¿Te estás quejando?

—¡Oh, no! Excepto que ahora tengo que cortarme dos veces la cantidad de uñas de antes...

—¡Blert!

—¿Tú que sabes de eso? Tú no tienes uñas; tú tienes garras. Y me arañas por la noche, lo haces. Sí, lo haces..., no adoptes esa expresión de inocencia. La noche del lunes treinta de junio... de 2188 era, aunque no estoy seguro de qué año es aquí, salimos a ver el Ballet Halifax con Luanna Pauline como Titania.

—Sí. ¿No es encantadora?

—¡ En todo caso lo fue! En pasado, querida. Si lo que se me ha dicho es cierto, su etérea belleza se convirtió en polvo hace más de dos mil años. Descanse en paz. Luego fuimos al Final del Arco Iris para una cena de madrugada, y un total desconocido tuvo el mal gusto de dejarse matar en nuestra mesa. Tras lo cual me violaste.

—¡No en la mesa!

—No, en mi apartamento de soltero.

—Y no fue una violación.

—No es necesario que discutamos sobre eso, puesto que reparaste mi mancillada reputación antes del mediodía del día siguiente. El día de nuestra boda, mi auténtico amor. La señora Gwendolyn Novak y el doctor Richard Ames anunciaron su matrimonio el martes uno de julio de 2188. Recuerda esa fecha.

—¡No es probable que la olvide!

—Yo tampoco. Aquella tarde salimos a toda prisa de la ciudad, con las jaurías del sheriff ladrando y mordisqueando nuestros talones. Aquella noche dormimos en el Presurizado Huesos Secos. ¿Correcto?

Correcto hasta ahora.

—Al día siguiente, miércoles dos, Gretchen nos condujo al Presurizado Dragón Afortunado. Aquella noche dormimos en el acomodo del doctor Chan. Al día siguiente, jueves tres, tía Lilybet nos condujo a Hong Kong Luna, pero no todo el camino porque nos tropezamos con aquellos ansiosos reformadores agrarios. Tú condujiste el resto del viaje y nos alojamos en el hotel de Xia tan tarde que casi ni valía la pena meterse en la cama. Pero lo hicimos. Eso nos situó en el viernes cuatro de julio. El día de la Independencia. ¿Voy bien?

—Vas bien.

—Fuimos levantados ..., yo fui levantado; tú lo habías hecho antes .... fui levantado a primera hora del viernes por la mañana, y me enteré que el Ayuntamiento de la Ciudad no me quería. Pero tú y tía Lilybet me sacasteis las castañas del fuego..., y partimos hacia Ciudad Luna tan rápido que yo me dejé el tupé colgando en el aire.

—Tú no llevas tupé.

—Ahora ya no; lo perdí, sigue colgando allí. Llegamos a C-Luna aproximadamente a las dieciséis de aquel mismo viernes. Tú y yo tuvimos una diferencia de opinión...

—¡Richard! *Por favor*, no hurgues en mis pecados pasados.

—...que pronto se solucionó cuando yo vi mi error y te supliqué perdón. Aquella noche dormimos en el Raffles; era todavía el viernes cuatro de julio cuando nos metimos en la cama. Habíamos empezado el día a muchos kilómetros al oeste de allí, con los luchadores por la libertad jugueteando con sus armas. ¿Me sigues todavía?

—Sí. De algún modo, en mi memoria, parece todo más largo.

—Una luna de miel nunca es lo bastante larga, y la nuestra está siendo más bien movida. A la mañana siguiente, sábado cinco, contratamos a Ezra, luego fuimos al Complejo del Guardián..., volvimos y fuimos emboscados a la entrada del Raffles. Así que abandonamos el Raffles a toda prisa, en medio de una nube de cadáveres, escapando por cortesía de Gay Deceiver y el Cuerpo del Tiempo. Pasamos muy brevemente por la tierra de mi inocente juventud, Iowa, donde crece el alto maíz. Luego parpadeamos a Tertius. Mi amor, en este punto mi calendario marmota se vuelve inoperante. Abandonamos la Luna la noche del sábado cinco; llegamos aquí a Tertius unos cuantos minutos más tarde, de modo que para nuestros propósitos designo el día tertiano de nuestra llegada como el equivalente al sábado cinco de julio de 2188, y así lo denomino. No importa como lo llamen los ciudadanos tertianos; eso no haría mas que confundirme. ¿Me sigues todavía?

—Bueno .... sí.

—Gracias. Desperté a la mañana siguiente, domingo seis de julio..., con dos piernas. Para Tertius el lapso de tiempo fue, lo concedo, treinta y siete días. Me dijiste que para ti fue aproximadamente dos años, una historia de lo mas increíble..., antes creería en unicornios y vírgenes. Para Gretchen fueron cinco o seis años, lo cual me veo obligado a admitir porque ahora tiene dieciocho o diecinueve y está embarazada; tengo que creerlo. Pero para mí fue solamente una noche, la del sábado al domingo.

»Ese "sábado" por la noche dormí con Xia, Gretchen, Minerva, Galahad, Pixel, y posiblemente Tom, Dick y Harry y sus sheilas Agnes, Mabel y Becky.

—¿Quiénes son? Las chicas, quiero decir; conozco a los chicos. Demasiado bien.

—Pobre, dulce e inocente criatura; eres demasiado joven para conocerles. Sorprendentemente, dormí bien. Lo cual nos lleva a ayer, designado según la estricta numeración como lunes siete de julio. La última noche la pasamos recuperando nuestra luna de miel .... y gracias por ello, bolchoiej, querida mía.

—Bienvenido seas, señorito mío. Pero el placer fue compartido. Ahora veo cómo llegaste a esa fecha. Tanto por el calendario de la Superficie como por tu reloj biológico, ese reloj básico que todo saltatiempos conoce muy bien..., hoy es martes ocho de julio. ¡Feliz aniversario, querido!

Dejamos de besuquearnos y Hazel se echó a llorar, y mis ojos se humedecieron.

El desayuno fue de hartarse. Esa es toda la descripción que puedo dar, porque Gwen Hazel decidió introducirme en la cocina tertiana y consultó con Dora bajo un campo de silencio, y me hinché como un cerdo, y que me quiten lo bailado, como hizo grabar el campesino de Iowa en su lápida. Pixel también se dio el gran

banquete con algunos platos especiales que a mí me parecieron basura pero que debían saberle a ambrosía, como demostró con su comportamiento.

Acabábamos de tomar nuestra segunda taza de..., no, no era café, y estábamos a punto de dirigirnos a la mansión de los Long para mi «acuerdo especial», es decir, para conocer a mi nueva hija Wyoming Long..., cuando Dora dijo:

—Aviso urgente: línea temporal, tiempo y localización. Oficial. Por favor, prepárense para sincronizar sus controles temporales al tic. —Hazel pareció sorprendida, cogió apresuradamente su bolso, rebuscó en él, extrajo algo que nunca antes había visto. Digamos que era un cronómetro—. Estamos en órbita estacionaria en torno a Tellus, Sol III, en línea temporal tres, codificación «Neil Armstrong». La fecha es martes uno de julio...

—¡Dios mío! ¡Estamos de vuelta donde empezamos! ¡El día de nuestra boda!

—¡Tranquila, querida! ¡Por favor!

—...gregoriano. Repito: línea temporal tres, Sol III, primero de julio de 2177 gregoriano. Al tic será zona cinco, cero nueve cuarenta y cinco. ¡Tic! Aquellos equipados para recibir corrección sónica, aguarden a la tonalidad...

Empezó con una nota baja y fue ascendiendo hasta que me dolieron los oídos. Dora añadió:

—Otro tic, y la corrección sónica será ofrecida dentro de cinco minutos, tiempo de la nave o tiempo de Tellus zona cinco, que ahora se hallan igualados para tiempo local legal designado «tiempo diurno» para punto de intercepción en esa línea temporal. Hazel, cariño, privado para ti.

—¿Sí, Dora?

—Aquí están los zapatos de Richard... —(Plunk, golpearon la cama. Surgidos de la nada.)—...y sus otros dos trajes... —(plop)— ...y empaqueté la ropa interior y los calcetines con ellos. ¿Debo añadir un par de monos? Tomé las medidas de Richard mientras dormíais. No son lavables; son de tela Hércules, no se ensucia, no se desgasta.

—Sí, Dora, y gracias, querida. Es muy amable de tu parte. No le había comprado más que ropas de ciudad.

—Me di cuenta. —(Plop.... otro paquete.) Dora prosiguió—: Hemos estado cargando y descargando toda la noche.

El último de los rezagados partió a las cero nueve pero le hablé a la capitana Laz de vuestro desayuno de aniversario, así que se negó a permitir que Lazarus os molestara. Mensaje de Lazarus: si os parece bien, os ruega que os quitéis el resto de migas de alrededor de la boca y os presentéis en el CGT. Fin del mensaje. Transmisión desde el puente, en directo:

»¿Hazel? Al habla la capitana Laz. ¿Podéis abandonar la nave a las diez? Le dije al testarudo de mi hermano que las diez era una buena hora para la partida.

Hazel suspiró.

—Sí. Nos vamos inmediatamente a la tartana.

—Estupendo. Felicitaciones a los dos, de mi parte y de Lor y Dora. ¡Que seáis siempre muy felices! Ha sido un placer teneros a bordo.

Estábamos en la tartana dos minutos antes de lo previsto, yo cargado con los paquetes y el gato y acostumbrándome a los nuevos zapatos .... bueno, uno viejo, el otro nuevo. Supe que la «tartana» se refería a nuestra vieja amiga Gay Deceiver; el final de un corto pasadizo nos condujo directamente a su puerta de estribor. De nuevo me perdí ver aquellos cuartos de baño metidos en el bucle temporal; los nietos de Hazel eran nuestros pilotos, y se nos dijo que ocupáramos los asientos de atrás. Pol salió para dejarnos entrar.

—¡Hey, abuela! Buenos días, señor.

Dije buenos días, y Hazel besó a sus dos nietos de pasada, sin perder ningún segundo, y nos acomodamos y atamos nuestros cinturones. Cas dijo:

—Informen cinturones.

—Cinturones de los pasajeros asegurados —informó Hazel.

—¡Puente! Listos para el despegue.

—Despegue a voluntad —respondió Laz.

Al instante estábamos en el espacio e ingravidos. Pixel empezó a debatirse; lo enjaulé con ambas manos. Creo que era la ausencia de peso lo que lo sobresaltaba .... ¿pero cómo decírselo? No podía agarrarse a ninguna parte.

La Tierra estaba a estribor, aparentemente llena, aunque uno no puede decirlo desde tan cerca. Estábamos encima de la parte central de Norteamérica, lo cual me demostró que Laz era un piloto más que competente; si

hubiéramos estado en la habitual órbita de veinticuatro horas, concéntrica con el ecuador de la Tierra, nos halláramos sobre el ecuador a los noventa oeste, es decir, sobre las islas Galápagos. Imaginé que había seleccionado una órbita inclinada unos cuarenta grados y cronometrado para las diez, hora de la nave... y tomé nota mental de comprobarlo más tarde, si y cuando pudiera echarle una mirada al diario de la nave.

(Un piloto nunca puede evitar segundos pensamientos hacia otro piloto; es una enfermedad ocupacional. Lo siento.)

Luego estuvimos de repente en la atmósfera, tras descender treinta y seis mil kilómetros en un segundo. Gay abrió sus alas, Cas inclinó el morro hacia abajo, luego lo niveló, y de nuevo teníamos peso, a una *g*..., y a Pixel le gustó aún menos ese cambio. Hazel tendió una mano y tomó a Pixel, lo tranquilizó; se apaciguó un tanto..., creo que se sentía más seguro con ella.

Con las alas inclinadas para vuelo hipersónico, la única forma en que la había visto, Gay es principalmente un cuerpo en elevación. Con las alas completamente desplegadas, tiene gran cantidad de superficie de sustentación, y se desliza magníficamente. Estábamos a un millar de metros de altura, más o menos, y sobre tierras cultivadas en un hermoso día de verano .... despejado, excepto algunos cúmulos dispersos aquí y allá en el horizonte. ¡Glorioso! Un día para sentirse joven de nuevo...

—Espero que la traslación no le moleste —dijo Cas—. Si le hubiera dejado el mando a Gay, nos hubiera puesto en la superficie de un solo salto; se pone nerviosa ante el fuego antiaéreo.

—No me pongo nerviosa. Soy racionalmente cautelosa.

—Tienes razón, Gay. Hay motivos para ir con cautela. El Aviso Cautelar para Pilotos referente a este planeta en esta línea temporal y este año afirma que uno debe suponer la existencia de armas AA en torno a todas las ciudades y pueblos importantes. Así que Gay está volando por debajo del alcance del radar AA...

—Esperemos —dijo el vehículo.

—...a fin de que aparezca simplemente como un avión privado subsónico en el control del aire por radar, si hay alguno. Parece que no hay ninguno donde estamos ahora.

—Optimista —se burló el vehículo.

—Deja de incordiar. ¿Has visto ya tu escondite?

—Desde hace rato. Si dejas de interferir y me das permiso, me posaré.

—Tú mandas, Gay.

—Hazel —dije yo—, había contado con conocer a mi nueva hija en estos momentos. Wyoming.

—No te preocupes, querido; nunca sabrá que nos hemos ido y luego vuelto. Ésa es la forma de hacer las cosas hasta que los niños son lo suficientemente mayores como para comprender.

—Ella no lo sabrá, pero yo sí. Me siento decepcionado. De acuerdo, dejémoslo.

La escena parpadeó de nuevo, y estábamos en tierra. Cas dijo:

—Por favor, comprueben que no se dejan nada detrás. —Mientras salíamos y nos alejábamos unos pasos, Gay desapareció. Miré a través del espacio que había ocupado. La casa de mi tío Jock estaba a doscientos metros de distancia.

—Hazel, qué fecha dijo Dora que es?

—Martes primero de julio de 2177.

—Eso es lo que creí oír. Pero cuando volví a pensar en ello decidí que debía haberme equivocado. Ahora veo que no me había engañado: el 77. Once años en el pasado. Corazón, ese andrajoso granero se alza donde aterrizamos el sábado pasado, hace tres días. Me condujiste desde aquí hasta la casa en la silla de ruedas de Ezra. Amor, ese granero que estamos contemplando fue derribado hace años; esto es simplemente un fantasma. No me gusta.

—No te preocupes por ello, Richard. Los saltatiempos siempre sienten así, la primera vez que se ven implicados en un bucle.

—¡Yo ya he vivido el 2177! No me gustan las paradojas.

—Richard, trata esto simplemente como tratarías cualquier otro lugar, cualquier otro tiempo. Nadie más se dará cuenta de la paradoja, así que ignórala. Las posibilidades de ser reconocido cuando vives paradójicamente son cero para cualquier época fuera de tu tiempo de vida normal .... pero normalmente sólo una entre un millón si saltas temporalmente cerca de casa. Abandonaste esta zona muy joven, ¿no?

—En 2150: tenía diecisiete años.

—Así que olvídale. No puedes ser reconocido.

—Tío Jock me conocerá. He vuelto a verle bastantes veces. Aunque no recientemente. A menos que cuentas nuestra rápida visita hace tres días.

—No puede recordar nuestra visita de hace tres días...

—No puede, ¿eh? Claro, tiene ciento dieciséis años. O los tendrá dentro de once años. Pero no es senil.

—Tienes razón; no es en absoluto senil. Y tío Jock está acostumbrado a los bucles temporales. Como puede que hayas sospechado ya, pertenece al Cuerpo, y es de los viejos. De hecho, es el cuidador de la estación norteamericana en la línea temporal tres. La evacuación del CGT de ayer por la noche fue hecha a su estación. ¿No te das cuenta?

—Hazel, estoy desorientado. Hace veinte minutos estaba sentado en nuestra habitación .... Dora estaba aparcada en el suelo de Tertius, o eso creo .... y yo estaba intentando decidir si tomaba otra taza de café o lo que fuera aquello o llevarte de vuelta a la cama. Desde entonces he estado corriendo tan aprisa como he podido para intentar atrapar mi propia confusión. Sin éxito. Soy solamente un viejo soldado y un inofensivo escritor; no estoy acostumbrado a esas aventuras. Bien, vamos. Quiero que conozcas a tía Cissy.

Gay nos había dejado al otro lado de la carretera. La cruzamos en dirección a la casa, yo cargando los paquetes y balanceando mi bastón, Hazel con su bolso y el gatito. Hacía algunos años tío Jock había colocado en torno a su granja una verja mucho más recia de lo que era habitual en Iowa por aquellos días. Todavía no estaba construida cuando abandoné la casa y me alisté en 2150; estaba en su lugar cuando lo visité en... ¿2161? Correcto.

La verja era de tupida tela metálica, de dos metros de alto y con seis tiras horizontales de alambre espinoso en la parte superior. Creo que el alambre espinoso fue añadido más tarde; no lo recuerdo.

Entre el alambre espinoso había hilo de cobre con aislantes cerámicos. Cada veinte metros había un letrero:

¡¡¡PELIGRO!!!  
No toque la verja  
sin abrir el interruptor maestro #12

En la puerta había otro cartel, más grande:

AGENCIA DE ENLACE INTERDEPARTAMENTAL  
División de Investigación Bioecológica  
Oficina del distrito  
Entrega de materiales radiactivos  
por la puerta cuatro — sólo los miércoles  
7—D—92—1 O—3sc  
SUS IMPUESTOS EN MARCHA

—Richard —dijo pensativamente Hazel—, parece como si tío Jock no viviera aquí este año. O esta no es su casa y Gay equivocó las referencias. Es posible que tenga que llamar pidiendo ayuda.

—Es la casa, y tío Jock vivió (vive) aquí este año. Si éste es el año 2177, sobre lo cual mantengo mi mente abierta. Este cartel huele a tío Jock; siempre tuvo extrañas ideas sobre la intimidad. Un año fueron pirañas y un foso.

Encontré un botón a la derecha de la puerta y lo pulsé. Una voz metálica, tan artificial que tenía que ser un actor, anunció:

—Manténgase a un metro de distancia del objetivo. Muestre su distintivo. Mire directamente al objetivo. Gire noventa grados y muestre el perfil. Esta propiedad está custodiada por perros de ataque, gases y francotiradores.

—¿Está Jock Campbell en casa?

—Identifíquese.

—Soy su sobrino Colin Campbell. ¡Dígale que el padre de la chica lo descubrió todo!

La voz metálica fue reemplazada por otra que reconocí al momento:

—Dickie, ¿estás de nuevo en problemas?

—No, tío Jock. Simplemente quiero entrar. Pensé que estarías esperándome.

—¿Hay alguien contigo?

—Mi esposa.

—¿Cuál es su nombre de pila?  
 —Vete al infierno.  
 —Más tarde, no me des prisas. Necesito su nombre de pila.  
 —Y yo no tengo ganas de jugar; nos vamos. Si ves a Lazarus Long, o al doctor Hubert .... díles que estoy harto de juegos infantiles y que no pienso jugar. Adiós, tío.  
 —¡Espera! No te muevas; te tengo en mi visor.  
 Me di la vuelta sin responder y le dije a Hazel:  
 —Echemos a andar, amor. El pueblo está un poco lejos carretera abajo, pero alguien nos recogerá y nos llevará un trecho. La gente de por aquí es amistosa.  
 —Puedo telefonar pidiendo ayuda. De la misma forma que lo hice en el Raffles. —Alzó su bolso.  
 —¿Puedes? ¿Tu llamada no será transmitida directamente a esta casa, no importa dónde o cuándo o en qué línea temporal? ¿O no he conseguido comprender nada de eso? Echemos a andar. Es mi turno de cargar con este feroz gato.  
 —De acuerdo.

Hazel no parecía turbada por nuestro fracaso en entrar en la granja de tío Jock, o en el Cuartel General del Tiempo, o en lo que fuera. En cuanto a mí, me sentía feliz y con el corazón alegre. Tenía una esposa bella y encantadora. Ya no era un lisiado, y me sentía varios años más joven que la edad que reflejaba mi calendario. Si es que aún tenía edad según algún calendario. El tiempo era diáfano de una forma que solamente Iowa conoce. Oh, haría calor cuando el día avanzara un poco más (es preciso un sol muy caliente para que el buen maíz crezca), pero ahora, aproximadamente a las diez y cuarto, el clima era balsámico; cuando empezara a hacer realmente calor ya tendría a mi esposa —y al gatito— en el interior de algún sitio. Aunque tuviéramos que pararnos en la siguiente granja. Veamos.... ¿la de los Tanguay? ¿O el viejo la habría vendido ya en 2177? No importaba.

No estaba preocupado por mi falta de dinero local de curso legal ni por la ausencia de bienes tangibles de ninguna clase. Podía trabajar y lo haría .... apaleando estiércol si éste era el único trabajo disponible. Y pronto esparciría estiércol de otro tipo, durante las noches de luna llena y los domingos. En 2177 Evelyn Fingerhut aún no se había retirado, así que podía escoger algunos nuevos seudónimos y venderle las mismas viejas tonterías. Las mismas historias .... borrando simplemente los números de serie.

Borra los números de serie, cambia un poco las frases, dale un nuevo fondo, cámbiale el título..., ¡y es tuyo! Ése es el secreto del éxito literario. Los editores siempre afirman estar buscando nuevas historias, pero no las compran. Compran «la mezcla de siempre». Porque sus clientes quieren entretenimiento, no sorpresa, ni instrucción, no preocupaciones.

Si la gente deseara realmente novedad, el béisbol hubiera muerto hacía dos siglos .... en vez de seguir siendo popular. ¿Qué puede ocurrir en un partido de béisbol que todo el mundo no haya visto ya muchas veces antes? Y sin embargo, a la gente le gusta seguir viendo el béisbol .... mierda, me encantaría ver un partido de béisbol en aquel mismo instante, delante de unos perritos calientes y una cerveza.

—Hazel, ¿te gusta el béisbol?  
 —Nunca he tenido la oportunidad de averiguarlo,—Cuando empezaron a difundirse las drogas contra la aceleración, fui a la Superficie para mi graduación en leyes, pero nunca tuve tiempo de ver un partido de béisbol, ni siquiera en la caja tonta. Tuve que luchar duro en la escuela de leyes, y estuve realmente atareada. Eso fue cuando era Sadie Lipschitz.  
 ¿Por qué te fuiste? Dijiste que no te gustaba ese nombre.  
 —¿De veras quieres saberlo? La respuesta a cualquier «por qué» es siempre: «dinero».  
 —Si quieres que lo sepa, dímelo.  
 —Bergante. Eso fue inmediatamente después de que Slim Lemke Stone muriera... —Un ruido la alertó—.  
 ¿Qué demonios es ese trasto?  
 —Eso es un automóvil. —Miré a mi alrededor en busca de la fuente del sonido.

A partir de 2150 o un poco antes (vi el primero el año en que me alisté), el supremo placer de cualquier granjero de Iowa era poseer y conducir una réplica funcional de un vehículo de transporte personal del siglo xx, un «automóvil». Por supuesto, no un vehículo movido por medio de explosiones internas de un derivado del petróleo: incluso la República Popular de Sudáfrica tenía leyes contra arrojar venenos al aire. Pero con su Shipstone oculta y una cinta de sonido para proporcionar el ruido de un vehículo llamado de «combustión interna», la diferencia entre una réplica funcional y un «automóvil» real no era muy evidente.

Aquél era el más ostentoso de todas las réplicas, una antigualla, un «Ford Touring Car, Modelo T, 1914». Era tan digno como la Reina Victoria, a la que se parecía. Y era del tío Jock .... como había sospechado cuando oí sus infernales explosiones.

Le dije a Hazel:

—Toma, coge a Pixel y tranquilízalo; seguro que nunca ha oído nada como eso. Y mantente bien fuera de la carretera: esos trastos son más bien erráticos. —Seguimos andando carretera abajo; la réplica llegó a nuestro lado y se detuvo.

—¿Queréis que os lleve, chicos? —preguntó tío Jock. Desde cerca, el estruendo era horrible.

Me volví y le sonreí, y respondí, y articulé mis palabras de tal modo que no pudieran ser oídas por encima del ruido:

—Hace siete años y un día compré una vaca y no la ordeñé nunca.

—¿Cómo dices?

—El billar jamás reemplazará al sexo, ni siquiera los tomates.

Tío Jock adelantó una mano y cortó los efectos sonoros. Dije:

—Gracias, tío. El ruido estaba asustando a nuestro gatito. Es muy amable por tu parte haberlo cortado. ¿Qué estabas diciendo? No podía oírte por encima del ruido del motor.

—Preguntaba si queráis que os llevara.

—Oh, gracias. ¿Vas a Grinnell?

—Tenía intención de llevaros de vuelta a casa. ¿Por qué os habéis marchado?

—Ya sabes por qué. ¿Te dijo el doctor Hubert o Lazarus Long o cual sea el nombre que utilice esta semana que hicieras esto? Y si es así, ¿por qué?

—Preséntame primero, por favor, sobrino. Y discúlpeme por no bajar, señora; este trasto es muy quisquilloso.

—¡Jock Campbell, viejo macho cabrío, no se atreva a fingir que no me conoce! ¡O usará sus pelotas como castañuelas, créalo!

Por primera vez que pueda recordar, tío Jock pareció sorprendido y desconcertado.

—¿Madam?

Hazel vio su expresión y dijo rápidamente:

—¿Ha habido una inversión? Lo siento. Soy el mayor Sadie Lipschitz, del Cuerpo del Tiempo, en misión oficial, asignada a la Operación Señor de la Galaxia. Nos encontramos por primera vez en Boondock hará diez de mis años subjetivos. Me invitó usted a visitarle aquí, y eso hice, el año 2186 creo recordar. ¿Sí?

—Sí, una clara inversión. Mayor, me alegra conocerla. Pero me alegra aún más saber que nos conocemos de nuevo. Estudiaré nuestro encuentro posterior.

—Lo pasamos bien, se lo prometo —respondió Hazel—. Ahora estoy casada con su sobrino .... pero sigue siendo usted un viejo macho cabrío. Baje de este carricoche de juguete y béseme como Dios manda.

Tío Jock desconectó apresuradamente su rotor y bajó del coche; Hazel me tendió a Pixel, lo cual salvó su vida. Al cabo de un rato el viejo macho cabrío dijo:

—No, no la he conocido antes; hubiera sido incapaz de olvidarlo.

—Sí, nos hemos encontrado antes —respondió Hazel—: yo nunca olvido. Dios, es bueno verle de nuevo, Jock. No ha cambiado nada. ¿Cuándo fue su último rejuvenecimiento?

—Hace cinco años subjetivos .... sólo el tiempo suficiente para ponerme en adobo. Pero no les dejé que rejuvenecieran mi rostro. ¿Cuándo fue el suyo?

—El mismo tiempo subjetivo, más o menos. Aún no me correspondía, pero necesitaba un arreglo estético porque planeaba casarme con su sobrino. Así que me decidí. Resultó que lo necesitaba: él también es un macho cabrío.

—Lo sé. Dickie tuvo que alistarse porque estaban cercándole desde todos lados. —(¡Una absoluta mentira!)—. ¿Pero está segura de que su nombre es Sadie? Ése no es el nombre que me dio Lazarus como palabra clave.

—Mi nombre es cualquiera que yo quiera utilizar, lo mismo que ocurre con Lazarus. Bien, me alegra que trasladaran el CGT a su granja ayer por la noche. Béseme de nuevo.

Lo hizo, y finalmente dije con voz suave:

—No en una carretera pública, muchachos, no en el condado de Poweshiek. Esto no es Boondock.

—Ocupate de tus asuntos, sobrino. Sadie, el cuartel general no fue trasladado aquí ayer por la noche; lo fue hace tres años.



## 28

*La mayoría nunca tiene razón.*

L. LONG, 1912-

Volvimos a la casa, Hazel sentada delante con tío Jock, Pixel y yo en la parte de atrás con los paquetes. Como un favor a Pixel, la réplica del Modelo T avanzaba tan silencioso como un fantasma. (¿Avanzan silenciosos los fantasmas? ¿Cómo se originan esos clichés?) La puerta se abrió a la voz de tío Jock, y las defensas letales no actuaron. Si había alguna. Conociendo a tío Jock, sospecho que sí había ... pero no las anunciadas.

Fuimos recibidos en el porche delantero por tía Til y tía Cissy. Mientras tío Jock entraba, mis tías dieron la bienvenida a mi esposa a la familia, con toda la calidez de las maneras campesinas. Luego pasé el gatito a Hazel y fui saludado por las dos casi del mismo modo que Hazel había saludado al tío pero sin bucle temporal para confundirnos. Huau, era bueno estar en casa. Pese a mi a veces tormentosa adolescencia, los recuerdos más felices de mi vida estaban asociados con aquella vieja casa.

Tía Cissy parecía más vieja hoy, en 2177, que la recordaba de la última vez que la había visto ... era en 2183, ¿no? ¿Era eso un indicio del por qué tía Til siempre parecía tener la misma edad? Un viaje ocasional a Boondock podía hacer maravillas.

¿Estaban los tres —no, los cuatro, incluida tía Belden— sirviendo bajo alistamientos de cincuenta años, con la Fuente de la Juventud como una de las recompensas?

¿Estaba tío Jock, metabólicamente hablando, en sus treinta años, mientras conservaba el rostro y el cuello y las manos de un anciano a fin de apoyar la incógnita? (¡No es asunto tuyo, Richard!)

—¿Dónde está tía Belden?

—Ha ido a pasar el día a Des Moines —respondió tía Til—. Estará de vuelta a la hora de la cena. Richard, creí que estabas en Marte.

Consulté el calendario en mi cabeza.

—Ahora que pienso en ello, sí, allí estoy.

Tía Til me miró seriamente.

—¿Estás bucleado?

Tío Jock regresó justo a tiempo para decir:

—¡Alto ahí! Ese tipo de charla está prohibido. Todas lo sabéis; todas estáis sometidas al Código.

—Yo no estoy sometido al Código, sea lo que sea —dije rápidamente—. Sí, tía Til, estoy bucleado. He vuelto de 2188.

Tío Jock me miró con aquella expresión que acostumbraba a usar para asustarme cuando tenía diez o doce años.

—Richard Colin, ¿qué es eso? El doctor Hubert me dio a entender que estabais bajo órdenes de presentaros al Cuartel General del Tiempo. Hace un momento he entrado para telefonarle sobre vuestra llegada. Pero nadie que no haya jurado y esté sometido al Código entra nunca al Cuartel General. O al menos, si lo hace,

no vuelve a salir. Dijiste antes que no, estabas en problemas, pero ahora puedes dejar de mentir y, contármelo todo. Te ayudaré si puedo; la sangre es más densa que el agua. Así que adelante.

—No estoy en ningún problema que yo sepa, tío, pero el doctor Hubert no deja de tenderme algunos. ¿Estás sugiriendo seriamente que presentarse en el Cuartel General del Tiempo puede dar como resultado que no salga de ahí vivo? No he jurado para el Cuerpo del Tiempo y no estoy sometido a su código. Si hablas en serio, entonces *no* debo presentarme al cuartel general del Cuerpo. Tía Til, ¿podemos pasar la noche aquí? ¿O eso lo traerá problemas? ¿O a tío Jock?

Sin consultar a tío Jock ni siquiera con la mirada, tía Til respondió:

—Por supuesto que te quedarás aquí, Richard; tú y tu querida esposa sois bienvenidos esta noche y durante tanto tiempo como querráis quedaros y siempre que deseéis volver. Esta es tu casa, como siempre lo ha sido. —Tío Jock se encogió de hombros, no dijo nada.

—¡Gracias! ¿Dónde puedo dejar estos bultos? ¿En mi habitación? Y necesito hacer algunos arreglos para este feroz felino. ¿Hay por ahí alguna caja de arena de la última camada? Y, aunque Pixel ha tomado ya su desayuno, creo que podría utilizar un poco de leche.

Tía Cissy avanzó unos pasos.

—Til, yo me hago cargo del gatito. ¡Es encantador! —Tendió la mano hacia Pixel; Hazel se lo pasó.

Tía Til dijo:

—Richard, tu habitación está ocupada por un huésped, un tal señor Davis. Hummm, puesto que es julio, creo que la habitación del norte del tercer piso será la más confortable para ti y Hazel...

—¡Hazel! —interrumpió tío Jock—. ¡Ésa es la palabra clave que me dio el doctor Hubert! Mayor Sadie, ¿es ése uno de sus nombres?

—Sí. Hazel Davis Stone. Ahora Hazel Stone Campbell.

—Hazel Davis Stone —intervino tía Til—. ¿Eres la pequeña del señor Davis?

Los ojos de mi esposa se iluminaron de pronto.

—Depende. Hace mucho tiempo fui Hazel Davis. ¿Se refiere a «Manuel Davis»? Manuel García O'Kelly Davis?

—Sí.

—¡Mi papá! ¿Está aquí?

—Bajará a cenar. Espero. Pero... Bueno, tiene sus deberes.

—Lo sé. Llevo en el Cuerpo cuarenta y seis años subjetivos, y papá más o menos lo mismo, creo. Así que apenas nos vemos, teniendo en cuenta cómo es el Cuerpo. ¡Oh, esto es maravilloso! Richard, creo que voy a echarme a llorar. ¡Impídelo!

—¿Yo? Señora, yo sólo estoy esperando el autobús. Pero puedes utilizar mi pañuelo. —Se lo ofrecí.

Lo aceptó, se secó los ojos.

—Bruto. Tía Til, hubiera tenido que zurrarle usted más a menudo.

—Te has equivocado de tía, querida. Eso correspondía a tía Abigail, que se ha ido ya a buscar su recompensa.

—Tía Abby era brutal —comenté—. Conmigo usaba una varilla de melocotonero. Y disfrutaba con ello.

—Hubiera tenido que usar una rama gruesa. Tía Til, no puedo esperar para ver a papá Mannie. Ha sido tanto tiempo.

—Hazel, lo viste aquí mismo .... aquí mismo —dije, señalando a un punto a medio camino hacia la casa—, hace sólo tres días. —Vacilé—. ¿O fueron treinta y siete días? ¿Treinta y nueve?

—¡No, no, Richard! Ninguna de las dos cosas. Según mi tiempo subjetivo, han pasado más de dos años. —Hazel añadió, dirigiéndose a las otras—: Todo esto aún es nuevo para Richard. Fue reclutado, según su tiempo subjetivo, la semana pasada.

—No he sido reclutado —objeté—. Por eso estamos aquí.

—Veremos, querido. Tío Jock, eso me recuerda .... quiero decirle algo, y puede que tenga que quebrantar un poco el Código para hacerlo. Eso no me preocupa; soy una lunática, y nunca obedezco las leyes que no me gustan. Pero ¿está sometido usted realmente a la regulación de no escuchar nada referente a «futuras atracciones»?

—Bien... —dijo lentamente tío Jock. Tía Til sonrió. Tío Jock se volvió hacia ella—: Mujer, ¿de qué te estás riendo?

—¿Yo? No me estaba riendo.

—Hummm. Mayor Sadie, mis responsabilidades y deberes requieren una cierta amplitud en la interpretación del Código. ¿Se trata de algo que necesite saber?

—En mi opinión, sí.

—¿Es ésa su opinión oficial?

—Bueno, si lo plantea de ese modo...

—No importa. Quizá será mejor que me lo diga y deje que yo juzgue.

—Sí, señor. El sábado cinco de julio de dentro de once años, 2188, el CGT se transferirá a New Harbor en la línea temporal cinco. Usted irá con él. Toda su casa, creo.

Tío Jock asintió.

—Ese es exactamente el tipo de información derivada de un bucle que el Código señala suprimir. Porque puede crear muy fácilmente una realimentación positiva y dar como resultado heterodinia y posible pánico. Pero puedo tomármelo con calma y hacer buen use de ella. Uh... ¿puedo preguntar por qué el traslado? Puesto que parece improbable que tenga que cambiar de lugar ..., y seguro que menos aún mi casa. Esta es una granja en pleno rendimiento, independientemente de lo que oculte.

—Tío —interrumpí—, yo no estoy ligado a ningún estúpido Código. Esos fanáticos de la Costa Oeste dejaron finalmente de hablar y pasaron a la acción.

Sus cejas se fruncieron.

—No... ¿de veras? No creí que nunca reunieran el valor.

—Pues lo hicieron. El Primero de Mayo del 88. El día que Hazel y yo estuvimos aquí, el sábado cinco de julio, las Falanges de Angeleno acababan de capturar Des Moines. Las bombas estaban cayendo por todos estos alrededores. Puede que hoy piense que no va a dejarse echar de aquí. Pero sé que estaba a punto de marcharse entonces; yo estaba aquí. Estaré aquí. Pregúntele al doctor Hubert .... a Lazarus Long. Él opinó que este lugar era demasiado peligroso para seguir manteniéndolo aquí más tiempo. Pregúntele.

—¡Coronel Campbell!

Conocía aquella voz; me volví y dije:

—Hola, Lazarus.

—Ese tipo de charla está estrictamente prohibido. ¿Me comprende?

Inspiré profundamente, luego le dije a Hazel:

—Nunca aprenderá... —Luego a Lazarus—: Doc, ha intentado usted hacerme poner firmes desde la primera ocasión que nos conocimos, No ha funcionado ni una sola vez. ¿No puede meterse eso en su dura cabezota?

En algún lugar, en algún tiempo, Lazarus Long disponía de alguna especie de entrenamiento formal de su control emotivo. Pude ver. como lo llamaba en su ayuda. Necesitó tres segundos para invocar lo que fuera que utilizaba, luego habló suavemente, en un registro más bajo del habitual:

—Déjeme intentar explicárselo. Esa charla es peligrosa para la persona con la que esté hablando. Hacer predicciones, quiero decir, a partir del conocimiento obtenido en un bucle. Es un hecho observado que, una y otra vez, resulta ser un mal servicio para la persona a la que se informa cuando se le dice algo de su futuro que uno ha sabido en su pasado.

»En cuanto a por qué es eso cierto, le sugiero que consulte a uno de los matemáticos que se ocupan del tiempo .... el doctor Jacob Burroughs, o la doctora Elizabeth Long, o cualquier otro del personal de matemáticos del Cuerpo. Y debería consultar también al consejo de historiadores para obtener ejemplos del daño que se causa. O podría examinar la biblioteca de nuestro cuartel general .... archivo «Casandra» y archivo «Idus de Marzo» para iniciarse, luego archivo «Nostradamus».

Long se volvió hacia tío Jock.

—Jock, lamento esto. Rezo para que no permita que los problemas del 88 conviertan su casa en un lugar melancólico durante los años que faltan hasta entonces. Nunca planeé traer aquí a su sobrino antes de ser entrenado en las disciplinas del tiempo..., de hecho, nunca planeé traer aquí a su sobrino. Le necesitamos, pero esperábamos reclutarlo en Boondock, sin necesidad de traerlo al Cuartel General. Pero se negó a alistarse. ¿Desea usted intentar hacerle cambiar de opinión?

—No estoy seguro de tener alguna influencia sobre él, Lafe. ¿Qué opinas tú, Dickie? ¿Quieres oír la buena carrera que puedes hacer en el Cuerpo del Tiempo? Puedo decirte que el Cuerpo del Tiempo fue quien te mantuvo durante toda lo infancia ..., puedo decírtelo porque es cierto. El sheriff estaba a punto de embargarnos la granja cuando me uní a él. Tú eras un niño pequeño entonces ..., pero puede que recuerdes el tiempo en que comíamos mazorcas de maíz y no mucho más. Luego las cosas empezaron a ir mejor y siguieron yendo mejor ..., ¿lo recuerdas? Entonces tendrías seis años.

Medité largamente.

—Sí, lo recuerdo. Creo que sí. Tío, no estoy en contra de unirme a ellos. Tú estás en ello, mi esposa está en ello, varios de mis amigos están en ello. Pero Lazarus ha estado intentando venderme algo a ciegas. Tengo que saber primero qué es lo que quieren que haga y por qué quieren que lo haga. Dicen que me quieren para un trabajo con unas posibilidades de sólo un cincuenta por ciento de salir de él con vida. Con esas posibilidades, es un absurdo hablar de los beneficios de un retiro tranquilo. No quiero un sillón en el Cuartel General que tal vez nunca pueda ocupar. Debo saber si todo eso vale la pena antes de aceptar el riesgo.

—Lafe, ¿cuál es exactamente el trabajo que tienes para mi chico?

—Se trata de la Tarea Adam Selene en la Operación Señor de la Galaxia.

—No creo haber oído hablar de ella.

—Y ahora debes olvidarla, puesto que no figuras en ella y no ha sido montada para este año.

—Esto hace que me resulte difícil aconsejar a mi sobrino. ¿No debería ser informado?

—¡Lazarus! ¡Suéltalo! —intervino Hazel.

—Mayor, estoy discutiendo asuntos oficiales con el mantenedor de la estación del CGT.

—¡Y el beso de un cerdo! Estás intentando engatusar de nuevo a Richard para que arriesgue su vida sin siquiera saber por qué. Cuando acepté intentar conseguirlo, todavía no conocía a Richard. Ahora que lo conozco (y lo admiro: es un hombre *sans peur et sans reproche*), me siento avergonzada de haberlo intentado. Pero lo intenté ..., y casi tuve éxito. Pero tú te metiste de por medio y lo estropeaste todo, como era previsible. Te dije entonces que el Círculo tendría que convencerle, ¡te lo dije! Ahora estás intentando utilizar al pariente más próximo de Richard, su padre a todos los efectos, para que haga presión en tu lugar. ¡Tendrás que avergonzarte! Lleva a Richard al Círculo. Deja que *ellos* se lo expliquen ..., ¡o deja que vuelva a casa! ¡Pero no sigas esforzándote inútilmente!

Lo que siempre había pensado que era un pequeño armario para trastos en el cuarto de trabajo de tío Jock resultó ser un ascensor. Lazarus Long y yo entramos juntos; cerró la puerta y vi que, allá donde un ascensor tiene normalmente una serie de botones con números, éste tenía un display de símbolos iluminados..., los signos del Zodíaco creí, luego cambié de opinión, porque el murciélago no está en el Zodíaco, ni la araña viuda negra, y por supuesto no el estegosaurio.

En la parte inferior había una serpiente devorando su propia cola..., la serpiente del mundo, Ouroboros. Un símbolo repugnante.

Lazarus colocó su mano sobre él.

El armario, o cabina de ascensor, o pequeña habitación, cambió. Cómo, no estoy seguro. Simplemente parpadeó, y fue diferente.

—Por aquí —dijo Lazarus, y abrió una puerta en el extremo más alejado.

Partiendo de aquella puerta se extendía un largo pasillo que nunca hubiera cabido en el interior de casa de mi tío. Pero el paisaje que podía ver a través de las ventanas que se alineaban a un lado del largo corredor tampoco correspondía a la granja. Parecía Iowa, sí ... pero Iowa virgen de arados, nunca desbrozada para cultivar.

Nos metimos en aquel pasillo, e inmediatamente estuvimos en su otro extremo.

—Por aquí —dijo Lazarus, señalando.

Una pared de piedra se disolvió en una arcada. El pasillo al otro lado era oscuro. Me volví para decirle algo a Lazarus; no estaba.

Me dije a mi mismo: Lazarus, te advertí que no jugaras conmigo ..., y me volví en redondo para regresar por el largo pasillo, volver a la granja de tío Jock, encontrar a Hazel y marcharnos los dos. Ya había tenido bastante, estaba harto de todos aquellos juegos.

No había ningún pasillo a mis espaldas.

Prometí a Lazarus un porrazo en la cabeza, y seguí el único camino practicable. Seguía en penumbra, pero siempre con una luz un poco más adelante. Al cabo de poco tiempo, cinco minutos o menos, terminó en un salón pequeño y confortable, bien iluminado por una luz que procedía de ninguna parte. Una voz metálica y sin inflexiones dijo:

—Por favor, siéntese. Será llamado.

Me senté en un sillón y dejé mi bastón a un lado. Una mesilla contigua contenía revistas y un periódico. Les eché una ojeada, buscando anacronismos, pero no encontré ninguno. Las revistas eran las mismas que recordaba podían encontrarse fácilmente en Iowa en los años setenta; llevaban noticias de julio de 2177 o antes. El periódico era el *Grinnell Herald-Register*, fechado el viernes 27 de junio de 2177.

Fui a dejarlo, pues el *Herald-Register* no es precisamente excitante. Tío Jock estaba suscrito a un boletín diario de Des Moines y, por supuesto, al *Kansas City Star*, pero nuestro periódico local valía la pena solamente

para las notas del campus, las noticias locales y las secciones de «acontecimientos» y «sociedad» que se publican para exhibir tantos nombres del lugar como sea posible.

Pero algo atrajo mi atención: el domingo veinte de julio, en representación única, en el teatro municipal de la ópera de Des Moines, el Ballet Halifax presentaría *El sueño de una noche de verano*, con la sensacional nueva estrella Luanna Pauline como Titania.

Lo leí dos veces .... y me prometí llevar a Hazel a ver el espectáculo. Sería un aniversario especial: había conocido a la señora Gwendolyn Novak en el Baile del Día Uno de la Regla de Oro, el Día de Neil Armstrong, el veinte de julio de hacía un año (no importaba ese estúpido bucle temporal), y esto significaría una deliciosa repetición de la víspera de gala de nuestro día de bodas (sin, esta vez, un idiota sin modales estropeando la fiesta al morirse en nuestra mesa).

¿Sería decepcionante una representación a una gravedad tras haber visto a la Reina de las Hadas hacer cabriolas en pleno aire? No, aquél sería un acto sentimental; no importaría lo demás. Por otro lado, Luanna Pauline había conseguido (estaba consiguiendo, conseguiría) su reputación bailando a una gravedad..., sería un contraste fascinante. Podríamos acudir entre bastidores y decirle que la vimos bailar el personaje de Titania a un tercio de gravedad en el Salón Circular de la Regla de Oro. Claro que..., ¡la Regla de Oro no existiría hasta dentro de tres años! Empecé a comprender por qué el Código limitaba estrictamente hablar de ciertos asuntos.

No importaba. El Día de Neil Armstrong ofrecería a mi bellísima esposa esa celebración sentimental.

Mientras miraba el *Herald-Register*, un signo abstracto en la pared cambió a un lema en resplandecientes letras:

Una sutura en el tiempo ahorra nueve mil millones

Mientras miraba, cambió a:

Una paradoja puede ser paradigmática

Luego:

Precipitarse es estropearlo todo

Seguido por:

No te esfuerces demasiado; podrías tener éxito

Estaba intentando imaginar el sentido de esta última frase cuando cambió repentinamente a: «¿Por qué está mirando una pared desnuda?»..., y era una pared desnuda. Luego apareció, muy grande, la Serpiente del Mundo y, dentro del círculo que formaba su nauseabunda forma de alimentarse, las letras empezaron a perseguirse unas a otras. Finalmente se inmovilizaron en una línea recta:

Ordenando el caos

Y luego, debajo:

EL  
CÍRCULO  
DE  
OUROBOROS

Todo lo cual fue desplazado por otra arcada; la voz metálica dijo:

—Entre, por favor.

Agarré el bastón y crucé la arcada, y me encontré trasladado al centro exacto de una habitación circular. Como servicio quizá fuera demasiado.

Había una docena larga de personas sentadas en torno a la habitación, en una especie de estrado de un metro de altura ..., un teatro circular, conmigo como actor principal ..., en el mismo sentido en que un insecto clavado con una aguja en la platina de un microscopio puede considerarse la estrella del espectáculo. Aquella misma voz metálica dijo:

—Dé su nombre completo.

—Richard Colin Ames Campbell. ¿Qué es esto? ¿Un juicio?

—Sí, en un cierto sentido.

—Pueden posponerlo ahora mismo; yo no estoy sometido a ningún juicio. Si hay que enjuiciar a alguien, es a todos *ustedes* .... puesto que yo no deseo nada de ustedes, pero al parecer ustedes desean algo de mí. En consecuencia, son *ustedes* quienes deben convencerme *a mí*, no al revés. Tengan esto bien presente.

Me volví lentamente en redondo, examinando con atención a mis «jueces». Descubrí un rostro amistoso, Hilda Burroughs, y me sentí enormemente mejor. Me envió un beso; lo recogí y me lo comí. Pero me sorprendió enormemente también. Hubiera esperado encontrar a aquella grácil belleza en cualquier reunión que requiriera elegancia y gracia .... pero no como miembro de un grupo que se había presentado a mí como el exponente del más poderoso consejo en toda la historia y en cualquier universo.

Luego reconocí otro rostro: Lazarus. Hizo una inclinación de cabeza; se la devolví. Dijo:

—Por favor, no sea impaciente, coronel. Permita que se desarrolle el protocolo.

—El protocolo o es útil o debe ser abolido —dije— Yo estoy de pie mientras todos ustedes permanecen sentados.

Esto es un protocolo que establece una dominación. ¡Así que pueden metérselo donde les quepa! Si no tengo una silla dentro de diez segundos, me marchó. Su silla servirá.

El invisible robot con la voz metálica situó un sillón de respaldo alto detrás de mis rodillas, de una forma tan rápida que no tuve ninguna disculpa para irme. Me senté y apoyé el bastón cruzado en mis rodillas.

—¿Está cómodo? —preguntó Lazarus.

—Sí, gracias.

—Bien. El siguiente punto corresponde también al protocolo ..., las presentaciones. No creo que le encuentre ninguna objeción.

La voz metálica empezó a hablar de nuevo, pronunciando nombres, —«Compañeros»— del Círculo de Ouroboros, el gobierno del omniversal Cuerpo del Tiempo. Cada vez que era nombrado uno, mi sillón giraba hacia él. Pero yo no experimentaba ninguna sensación de movimiento.

—El maestro Mobyas Toras, de Barsoom, línea temporal uno, codificación «John Carter».

¿«Barsoom»? ¡Diantres! Pero me descubrí poniéndome en pie y haciendo una reverencia en respuesta a una gentil sonrisa y a un gesto que sugería una bendición. Era viejo, y apenas algo más que piel y huesos. Llevaba espada, pero estaba seguro de que no la había desenvainado en generaciones. Iba embozado con una recia capa de seda muy parecida a la que llevan los monjes budistas. Su piel era como caoba pulida, más rojiza que la de cualquier «piel roja» norteamericano .... en pocas palabras, su aspecto era exactamente el de las descripciones de ficción de los relatos sobre Barsoom ..., un resultado fácil de conseguir con maquillaje, un par de metros de tela y una espada de guardarropía.

Así que, ¿por qué me había puesto en pie?

(¿Porque tía Abby había enseñado a mis rodillas a ser respetuosas y educadas con mis mayores?

Tonterías. Supe que era auténtico apenas puse los ojos en él. El que mi convicción fuera ridícula no la alteró en absoluto.)

—Su Sabiduría Star, Árbitro de los Noventa Universos y de las líneas compuestas del tiempo, código «Cyrano».

Su Sabiduría me sonrió, y yo reí como un cachorrillo. No soy juez en sabiduría, pero estoy seguro de que los machos con presión sanguínea alta y un historial de problemas cardíacos no se acercarán demasiado a ella. Star, la señora Gordon, es tan alta o más alta que yo, pesa más, y es toda ella músculos, excepto sus pechos y esa ligera capa que suaviza las líneas de un cuerpo femenino. Iba vestida demasiado sucintamente para el condado de Poweshiek, aunque demasiado para Boondock.

Puede que Star no sea la mujer más hermosa de todos sus muchos universos, pero le aseguro que es la más sexy .... al estilo saludable de los Boy Scouts. Le basta cruzar caminando una habitación para convertir a un muchacho en un hombre.

—Woodrow Wilson Smith, Cabeza de las Familias Howard, línea temporal dos, código «Leslie LeCroix». —Lazarus y yo intercambiamos inclinaciones de cabeza.

—Doctor Jubal Harshaw, línea temporal tres, código «Neil Armstrong».

El doctor Harshaw alzó la mano en un semisaludo y sonrió; yo respondí del mismo modo..., e hice un gesto indicándole que quería charlar un ratito con él, quizá allá en Boondock, acerca de las muchas leyendas existentes sobre el «hombre de Marte». ¿Cuánto de ello era verdad, cuánto ficción?

—Doctora Hilda Mae Burroughs, línea temporal cuatro, código « Ballox O'Malley ». —Hilda y yo intercambiamos sonrisas.

—Comandante Ted Smith, línea temporal cinco, código «DuQuesne». —El comandante Smith era un atleta de cuadrada mandíbula con ojos azul hielo. Iba vestido con un uniforme gris carente de todo adorno, con una pistola al cinto y un enorme y enojado brazaletes.

—Capitán John Sterling, línea temporal seis, código «Neil Armstrong línea temporal alterna». —Miré al héroe de mi juventud y consideré la posibilidad de estar dormido y soñando un vívido sueño. Hazel me había dicho una y otra vez que el héroe de su *space opera* era real .... pero ni siquiera el uso repetido de la frase código «Operación Señor de la Galaxia» me había convencido..., y ahora ahí estaba: el antagonista del Señor de la Galaxia.

¿Lo era realmente? ¿Qué pruebas tenía de ello?

—Mariscal del Espacio Samuel Beaux, línea temporal siete, código «Fairacre». —El mariscal Beaux medía más de dos metros de altura, pesaba al menos ciento diez kilos, todo él músculos y piel de rinoceronte. Llevaba un uniforme color negro medianoche y el ceño fruncido, y tenía la apostura de una pantera negra. Me miró con unos ojos que parecían salidos de la jungla.

Lazarus anunció:

—Declaro quórum. El Círculo queda cerrado. La doctora Hilda Burroughs hablará ahora por el Círculo.

Hilda me sonrió y dijo:

—Coronel Campbell, he sido elegida para explicarle nuestros propósitos y lo suficiente de nuestros métodos como para permitirle ver de qué manera el trabajo que se le ha pedido que efectúe encaja con nuestro plan maestro, y por qué debe hacerse. No dude en interrumpir, o en rebatir, o en pedir más detalles. Podemos proseguir esta conversación desde ahora hasta la hora de la comida. O durante los próximos diez años. O durante mucho más tiempo. Todo el tiempo que sea necesario.

El Mariscal del Espacio Beaux interrumpió:

—Hable por usted misma, señora Burroughs. Yo me marcho dentro de treinta minutos.

—Sambo —dijo Hilda—, tendrá que dirigirse a la presidente. No puedo permitir que se marche hasta que diga lo que tenga que decir, pero si tiene que irse puede hablar ahora. Por favor, explique lo que hace y por qué.

—¿Por qué estamos mimando de esta manera a ese hombre? Nunca se me ha pedido que explique mis deberes a un recluta. Esto es ridículo.

—De todos modos, le pido que lo haga.

El Mariscal del Espacio se reclinó en su asiento y no dijo nada.

—Sambo —dijo Lazarus—, sé que esto no tiene precedentes, pero todos los Compañeros, incluidos los tres que no están aquí, han admitido que la Tarea Adam Selene es esencial para la Operación Señor de la Galaxia, que la Operación Señor de la Galaxia es esencial para la Campaña Boskone, que la Campaña Boskone es esencial para nuestro Plan a Largo Plazo..., y que el coronel Campbell es esencial para la Tarea Adam Selene. El Círculo está cerrado en este aspecto, no hay desacuerdo. Necesitamos los servicios de Campbell, de una forma completa y voluntaria. Así que debemos persuadirle. No es necesario que usted sea el primero..., pero, si espera que se excuse su presencia en el Círculo dentro de treinta minutos, será mejor que hable.

—¿Y si decido no hacerlo?

—Es su problema. Es libre de dimitir; todos nosotros lo somos, en cualquier momento. Y el Círculo es libre también de destituirle.

—¿Me está amenazando?

—No. —Lazarus miró su muñeca—. Ha estado hablando durante cuatro minutos en contra de la decisión unánime del Círculo. Si espera acatar la decisión del Círculo, se está quedando sin tiempo.

—Oh, muy bien. Campbell, soy el oficial al mando de las fuerzas armadas del Cuerpo del Tiempo...

—Corrección —interrumpió Lazarus Long—. El Mariscal del Espacio Beaux es el jefe de personal de...

—¡Es lo mismo!

—No es lo mismo, y puedo decirle que sabía exactamente lo que hacía cuando dispuse las cosas de este modo. Coronel Campbell, el Cuerpo del Tiempo interviene a veces en algunas batallas clave de la historia. De las historias. El equipo de historiadores del Cuerpo intenta identificar los puntos cumbre donde el uso juicioso de la fuerza puede cambiar la historia de la forma que creemos, en nuestra limitada sabiduría, será mejor para la raza humana ..., y debo añadir que esta política afecta y es afectada intensamente por la Tarea Adam Selene. Si el Círculo se muestra de acuerdo con una recomendación de los historiadores, se monta una acción militar, y el Círculo selecciona un comandante en jefe para esa operación.

Lazarus se volvió y miró directamente a Beaux.

—El Mariscal del Espacio Beaux es un jefe militar altamente cualificado, quizás el mejor de toda la historia. Normalmente es seleccionado él para el mando. Pero es el Círculo quien elige el comandante para cada tarea. Esta política mantiene el poder definitivo fuera de las manos de los comandantes militares. Debo añadir que el Jefe de Personal es un auditor sin voto; no es un Compañero de este Círculo. Sambo, ¿tiene usted algo que añadir?

—Parece que ha hecho usted mi discurso.

—Porque usted tenía prisa. Es libre de corregir, rectificar y ampliar todo lo que crea conveniente.

—Oh, no importa. Es usted quien da las lecciones de oratoria.

—¿Desea que le disculpemos ya ahora?

—¿Me está diciendo que me marche?

—No.

—Me quedaré un poco más, porque quiero ver qué piensa hacer usted con ese payaso. ¿Por qué simplemente no le recluta y lo asigna a la Tarea Selene? Se ve claramente que es del tipo criminal: mire su cráneo, observe su actitud hacia la autoridad. En mi planeta natal nunca utilizamos nada tan torpe y de poca confianza como voluntarios ..., y no tenemos una clase criminal porque los alistamos en las fuerzas tan pronto como asoman la nariz. No hay mejores luchadores que los del tipo criminal si los entrenas desde jóvenes, los sometes a una disciplina de hierro y haces que teman más a sus sargentos que a sus enemigos.

—Ya basta, Sambo. Por favor, absténgase de expresar opiniones que no le han sido solicitadas.

—Creí que era usted el gran adalid de la libre expresión.

—Lo soy. Pero no existe la comida gratis. Si quiere hacer usted un discurso, puede alquilar su propio foro; éste es pagado por el Círculo. Hilda. Te toca a ti, querida.

—Muy bien. Richard, la mayor parte de las intervenciones recomendadas por nuestros historiadores y matemáticos no corresponden a la fuerza bruta, sino a acciones mucho más sutiles, llevadas a cabo por operadores de campo individuales .... como nuestra chica Hazel, que es una auténtica zorra cuando se trata de saquear un granero. Sabe usted lo que estamos intentando conseguir con la Tarea Adam Selene, pero creo que no sabe para qué. Nuestros métodos de pronosticar los resultados de un cambio introducido en la historia son mucho menos que perfectos. Ya se trate de socavar uno de los bandos en una batalla clave, o de algo tan simple como proporcionar a un estudiante universitario un preservativo alguna medianoche para evitar el nacimiento de un Hitler o un Napoleón, nunca podemos predecir los resultados tan bien como desearíamos. Normalmente tenemos que hacerlo, y luego enviar a un operador de campo a ese nuevo tiempo para que informe de los cambios.

—Hilda —dijo Lazarus—, ¿puedo ofrecer un horrible ejemplo?

—Por supuesto, Woodie. Pero hazlo rápido. Querría terminar antes de comer.

—Coronel Campbell, procedo de un mundo idéntico al suyo hasta aproximadamente 1939. Las divergencias, como es normal, aparecieron principalmente al inicio del vuelo espacial. Tanto su mundo como el mío mostraban una tendencia hacia la histeria religiosa. En el mío alcanzó su cúspide con un evangelista televisivo llamado Nehemiah Scudder. Su hierro al rojo y su azufre y sus chivos expiatorios (los judíos, por supuesto; no es ninguna novedad) alcanzaron su punto álgido en un momento en que el desempleo llegaba también a su cúspide y la deuda pública y la inflación escapaban de las manos; el resultado fue una dictadura religiosa, un gobierno totalitario más brutal de lo que mi mundo había visto nunca.

»Así pues, este Círculo montó una operación para librarlo de Nehemiah Scudder. Nada tan burdo como un asesinato; fue empleado el método específico que mencionó Hilda. Un muchacho de la escuela de segunda enseñanza recibió un preservativo de manos de un operador de campo, y el pequeño bastardo que más tarde se convertiría en Nehemiah Scudder nunca llegó a nacer. Así que la línea temporal dos, la mía, se escindió, y fue creada la línea temporal once, que siguió los mismos derroteros pero sin Nehemiah Scudder, el Profeta. Lo cual parecía querer decir que las cosas iban a ir mejor, ¿no?

»Falso. En mi línea temporal la Tercera Guerra Mundial, la guerra nuclear, conocida también por otros nombres, dañó terriblemente a Europa, pero no se extendió; Norteamérica, bajo el Profeta, había optado por mantenerse al margen de los asuntos internacionales. En la línea temporal once la guerra empezó un poco antes,



en el Oriente Medio, se extendió a todo el mundo de la noche a la mañana .... y un centenar de años más tarde seguía siendo imposible encontrar algo de vida superior a las cucarachas en las masas de tierra de lo que en su tiempo habían sido las verdes colinas de la Tierra. Prosigue, Hilda.

—Gracias. Muchas gracias. Lazarus me ha dejado con un planeta resplandeciendo en la oscuridad para demostrar por qué necesitamos mejores métodos de predicción. Esperamos utilizar a Adam Selene, el ordenador supervisor Holmes IV, conocido como «Mike», cuyos programas y memorias lo hacen único, para enlazar los mejores ordenadores de Tertius y de algunos otros planetas en un mamut lógico que pueda proyectar correctamente los resultados de un cambio definido en la historia .... de modo que no cambiemos a un Nehemiah Scudder, que puede ser soportado, por un planeta en ruinas, que no puede ser soportado. Lazarus, ¿debo mencionar el supertelescopio de infrarrojos?

—Ya lo hiciste, así que apáñatelas como puedas.

—Richard, disto mucho de ser una mujer de profundos conocimientos; sólo soy una simple ama de casa...

Un gruñido llenó la sala. Puede que Lazarus lo impulsara, pero parecía ser unánime.

—...que carece de una base tecnológica. Pero sé que los progresos en ingeniería dependen de instrumentos exactos, y que los instrumentos exactos, desde el siglo xx, mi siglo, dependen de los progresos en electrónica. Mi marido número uno Jake Burroughs y la doctora Libby Long y la doctora Deety Carter están preparando un pequeño artilugio combinando el retorcedor del espaciotiempo de Jake con la televisión y el telescopio de infrarrojos normal. Con él puedes observar no sólo lo que hace tu esposa mientras tú pasas una noche fuera de casa, sino también ver lo que hará dentro de diez años. O cincuenta. O quinientos.

»O puede permitir al Círculo de Ouroboros ver cuál será el resultado de una intervención antes de que sea demasiado tarde para frenarla. Quizá. Con la potencia única de Holmes IV ..., quizá sí. Veremos. Pero lo que sí es más cierto que cualquier otra cosa en este mundo de arenas movedizas es que Mike Holmes IV puede mejorar enormemente los logros del Círculo de Ouroboros, aunque nunca podamos disponer del supertelescopio a rayos infrarrojos.

»Puesto que estamos intentando con ahínco hacer que las cosas vayan mejor, resulten más decentes, y todo el mundo sea más feliz, espero que comprenda que esa Tarea Adam Selene vale la pena de ser emprendida. ¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una, Hilda.

—¿Sí, Jubal?

—¿Ha sido inductado nuestro amigo Richard en el concepto del Mundo como Mito?

—Se lo mencioné de pasada en una ocasión, cuando le conté cómo nosotros cuatro, Zeb y Deety, Jake y yo, fuimos echados de nuestro planeta y borrados del guión. Creo que Hazel lo ha hecho un poco mejor. ¿Richard?

—En ningún momento pude hincarle el diente al asunto. Nada que tenga sentido. Y, discúlpeme, Hilda, encuentro la historia difícil de tragar.

—Por supuesto, querido; ni yo misma la creo. Excepto en mitad de la noche. Jubal, será mejor que se la cuentes tú.

El doctor Harshaw asintió con la cabeza.

—Muy bien. El Mundo como Mito es un concepto sutil. A veces ha sido llamado el solipsismo multipersonal, pese a la ilógica interna de esa frase. Pero a veces la ilógica puede ser necesaria, puesto que el concepto niega la lógica. Durante muchos siglos la religión mantuvo su estandarte como a explicación del universo .... o del multiverso. Los detalles de las religiones reveladas diferían de una forma alocada pero eran esencialmente los mismos: en algún lugar arriba en el espacio, o debajo de la Tierra, o en un volcán, o en cualquier lugar inaccesible, había un anciano con una camisa de dormir que lo sabía todo y era todopoderoso y lo creaba todo y recompensaba y castigaba .... y podía ser sobornado.

»A veces este Altísimo era femenino, pero no a menudo, porque los machos humanos son normalmente más grandes, más fuertes y más beligerantes; Dios fue creado a la imagen de papá.

»La idea del Dios todopoderoso empezó a ser atacada porque no explicaba nada; simplemente empujaba todas las explicaciones un peldaño más lejos. En el siglo XIX, el positivismo ateo empezó a desplazar la noción del Dios todopoderoso en aquella minoría de la población que se bañaba regularmente.

»El ateísmo tuvo también una carrera corta, puesto que no explica nada, es solamente el deísmo vuelto del revés. El positivismo lógico se basó en la ciencia física del siglo XIX, la cual, según creían sinceramente los físicos de ese siglo, explicaba totalmente el universo como las piezas de un gran mecanismo de relojería.

»Los físicos del siglo xx tuvieron poco tiempo para elaborar esa idea. La mecánica cuántica y el gato de Schrödinger echaron abajo el mundo de relojería de 1890 y lo reemplazaron por una bruma de probabilidad en la que podía ocurrir cualquier cosa. Por supuesto, la clase intelectual no se dio cuenta de ello durante muchas décadas, puesto que un intelectual es un hombre altamente educado que no sabe emplear la aritmética con los

zapatos puestos, y se siente orgulloso de esa carencia. De todos modos, con la muerte del positivismo, el deísmo y el creacionismo volvieron más fuertes que nunca.

»A finales del siglo xx, corrígeme si me equivoco, Hilda, Hilda y su familia fueron expulsados de la Tierra por un demonio, alguien a quien apodaron «la Bestia». Huyeron en un vehículo que ya conoce, Gay Deceiver, y en su búsqueda de seguridad visitaron muchas dimensiones, muchos universos ..., e Hilda efectuó el mayor descubrimiento filosófico de todos los tiempos.

—¡Apuesto a que les dices eso a todas las chicas!

—Tranquila, querida. Visitaron, entre otros muchos lugares mundanos, la tierra de Oz...

Me erguí en mi asiento con un sobresalto. No había dormido mucho aquella noche, y la conferencia del doctor Harshaw inducía al sueño.

—¿Ha dicho usted «Oz»?

—Se lo diré tres veces. Oz, Oz, Oz. Efectivamente, visitaron el país de hadas soñado por L. Frank Baum. Y el País de las Maravillas inventado por el reverendo señor Dodgson para complacer a Alicia. Y otros lugares conocidos solamente en la ficción. Hilda descubrió que ninguno de nosotros se había dado cuenta antes de ello porque estábamos dentro de él: el Mundo es Mito. Lo creamos nosotros mismos ... y nosotros mismos lo cambiamos. Un creador de mitos auténticamente fuerte, como Homero, como Baum, como el creador de Tarzán, crea mundos sustanciales y duraderos ..., mientras que los mentirosos pobres y poco imaginativos y los fabulistas no crean nada nuevo y sus tediosos sueños son olvidados. Sobre este hecho observado, Richard, no religión, sino hechos verificables, se basa el trabajo del Círculo de Ouroboros. ¿Hilda?

—Ya queda poco tiempo antes de la pausa para comer. Richard, ¿tiene algún comentario que hacer?

—No le va a gustar.

—Adelante, muchacho, suéltelo —animó Lazarus.

—No sólo no arriesgaré mi vida en una tontería como ésa, sino que haré todo lo posible por impedir que Hazel lo haga. Si realmente quieren, y necesitan, los programas y memorias de ese ordenador lunar pasado de moda, hay al menos dos formas mejores de conseguirlo.

—Siga hablando.

—Una forma es usar simplemente dinero. Crear una organización fachada, una farsa académica. Canalizar el dinero hacia la Universidad de Galileo como donaciones, y entrar en la habitación del ordenador por la puerta grande, y tomar lo que necesiten. La otra forma es usar la fuerza suficiente como para hacer un auténtico trabajo. No enviar a una pareja de viejos recién casados para intentar robarlo. Sus buenas intenciones cósmicas no me han convencido.

—¡Déjeme ver su billete!

Era el Pequeño Negro Sambo, el Mariscal del Espacio.

—¿Qué billete?

—El que le autoriza a desatornillar lo inescrutable. Muéstrelo. No es más que un débil cobarde, demasiado asustado para enfrentarse a su deber.

—¿De veras? ¿Quién le ha nombrado a usted Dios? Mire, muchacho, me alegra que el color de su piel sea como el mío.

—¿Por qué?

—Porque de otro modo me hubieran llamado racista por la forma como le desprecio.

Le vi llevar la mano a la pistolera, pero mi bastón, ¡maldita sea!, había resbalado y caído al suelo. Estaba inclinándome para recogerlo cuando su disparo me alcanzó, en la parte baja y a la izquierda.

Mientras, él era alcanzado desde tres lados, dos tiros al corazón, uno a la cabeza, disparados por John Sterling, Lazarus y el comandante Smith... un malgasto de munición y energías, pues uno solo hubiera bastado.

Aún no sentía ningún dolor. Pero sabía que su disparo me había alcanzado en el vientre ..., malo, terriblemente malo, si no recibía ayuda rápido.

Pero algo estaba ocurriéndole a Samuel Beaux. Estaba inclinado hacia delante, derrumbado en su asiento, muerto como el rey Carlos ... y su cuerpo empezó a desaparecer. No se desvaneció; desapareció a sacudidas, primero la parte central, luego el rostro, como si alguien hubiera tomado un borrador y estuviera limpiando una pizarra. Luego desapareció por completo; ni siquiera quedó la sangre. Ni siquiera su silla.

Y la herida de mi vientre había desaparecido también.

## 29

*Puede que llegue un tiempo  
en el que el león y el cordero duerman juntos,  
pero yo sigo apostando por el león.*

HENRY WHEELER SHAW, 1818-1885

—¿No sería mejor —objeté— hacerme extraer una espada de una piedra? ¿Si realmente quieren venderme el producto? ¡Todo el plan es una estupidez!

Estábamos sentados junto a una mesa de picnic en el huerto del este: Mannie Davis, el capitán John Sterling, tío Jock, Jubal Harshaw y yo .... y un tal profesor Rufo, un tipo viejo y calvo que me fue presentado como ayudante de Su Sabiduría e (¡imposible!) su nieto. (Pero tras haber visto con mis propios enrojecidos ojos algunos de los resultados de las brujerías de la doctora Ishtar, ya no utilizaba la palabra «imposible» tan libremente como lo había hecho una semana antes.)

Pixel estaba con nosotros también, pero hacía rato que había terminado su comida y estaba en la hierba, intentando atrapar una mariposa. Estaban bastante igualados, pero la mariposa ganaba por puntos.

El brillante cielo sin nubes prometía una temperatura de treinta y ocho o cuarenta grados a media tarde; mis tías habían decidido comer en su cocina con aire acondicionado. Pero soplaba una ligera brisa, y se estaba bastante fresco bajo los árboles..., un día encantador, ideal para un picnic; me recordó nuestra conferencia con el padre Hendrik Schultz en el huerto de la granja del Viejo MacDonald hacía exactamente una semana (y dentro de once años).

Excepto que Hazel no estaba conmigo.

Aquello me hacía refunfuñar interiormente, pero intentaba no demostrarlo. Cuando el Círculo hizo una pausa para comer, tía Til tenía un mensaje aguardándome.

—Hazel se dejó caer por aquí con Lafe hace unos minutos —transmitió—. Me pidió que te dijera que no estará aquí para comer, pero espera verte luego esta tarde ..., y estará sin falta a la hora de la cena.

¡Un maldito y deficiente mensaje! Necesitaba discutir con Hazel todo lo que había ocurrido y se había hablado en el Círculo cerrado. Maldita sea, ¿cómo podía decidir algo hasta que tuviera oportunidad de hablarlo con mi esposa?

Las mujeres y los gatos actúan como actúan; no hay nada que un hombre pueda hacer al respecto.

—Le venderé una espada en una piedra, barata —dijo el profesor Rufo—. Como nueva. Usada solamente una vez, por el rey Arturo. A la larga no le hizo ningún bien sacarla de allí, y no puedo garantizarle que a usted le ayude..., pero no me importa si puedo sacar provecho de ella.

—Rufo, serías capaz de vender entradas para tu propio funeral —dijo tío Jock.

—No «sería capaz». Lo hice. Obtuve lo suficiente para pagarme una peluca que necesitaba desesperadamente, gracias a que había mucha gente que deseaba asegurarse de que estaba realmente muerto.

—Entonces les engañaste.

—En absoluto. Las entradas no afirmaban que yo estuviera muerto; simplemente permitían al portador asistir a mi funeral. Y fue un espléndido funeral, el más hermoso que haya tenido nunca ..., especialmente el clímax, cuando me senté en mi ataúd y canté el oratorio de *La muerte de Jesse James*, haciendo yo todas las voces. Nadie reclamó que se le devolviera su dinero. Algunos incluso se fueron antes de que yo alcanzara la nota más aguda. Desconsiderados. Asiste a tu propio funeral y descubrirás inmediatamente quiénes son tus auténticos

amigos. —Rufo se volvió hacia mí—. ¿Desea esa piedra y esa espada? Baratas, pero tiene que ser en efectivo. No puedo aceptarle crédito; sus expectativas de vida no son tan buenas como eso. ¿Digamos seiscientos mil dólares imperiales en billetes pequeños? Ninguna denominación superior a diez mil.

—Profesor, no deseo ninguna espada en una piedra; es sólo que todo este estúpido asunto suena como esas tonterías del «auténtico príncipe» de las novelas pre-Armstrong. No puede hacerse abiertamente con dinero, no puede hacerse con seguridad empleando las fuerzas suficientes para reducir las pérdidas a cero, tengo que ser yo y mi esposa y empleando solamente una navaja de excursionista. Es un argumento miserable; incluso un libro de auténticas confesiones lo rechazaría. Es lógicamente imposible.

—Quinientos cincuenta mil y yo me hago cargo de los impuestos.

—Richard —respondió Jubal Harshaw—, es la lógica misma lo que es imposible. Durante milenios los filósofos y los santos han intentado razonar un esquema lógico para el universo ..., hasta que llegó Hilda y demostró que el universo no es lógico sino caprichoso, y su estructura depende principalmente de los sueños y pesadillas de soñadores no lógicos. —Se alzó de hombros, casi derramando su Tuborg—. Si los grandes cerebros no hubieran sido tan embaucados por su compartida convicción de que el universo debe contener una estructura consistente y lógica que podían descubrir a través de un cuidadoso análisis y síntesis, hubieran descubierto el llamativo hecho de que el universo, el multiverso, no contiene ni lógica ni justicia salvo donde nosotros, a otros como nosotros, imponen tales cualidades en un mundo de caos y crueldad.

—Quinientos mil, y es mi última oferta.

—Entonces, ¿por qué Hazel y yo debemos arriesgar nuestros cuellos? —Añadí—: ¡Pixel! ¡Deja a ese insecto tranquilo!

—Las mariposas no son insectos —dijo seriamente el capitán John Sterling—. Son flores autopropulsadas. Lady Hazel me lo enseñó hace muchos años. —Se inclinó y tomó suavemente a Pixel—. ¿Cómo le da de beber?

Se lo enseñé, utilizando agua y la punta de mi dedo. Entonces Sterling se dedicó a ello, ofreciendo al gatito un pequeño charco en la palma de su mano. El gatito lo probó con la punta de la lengua, luego empezó a lamerlo a la manera gatuna, enroscando su puntiaguda lengüecita dentro de la somera agua.

Sterling me preocupaba. Conocía su origen, o creía conocerlo, y por ello tenía problemas en creer en él pese a hablarle así, cara a cara. Pero es imposible no creer en un hombre cuando lo ves, y lo *oyes* comer apio y crujientes patatas fritas.

Sin embargo, tenía una cualidad bidimensional. Ni sonreía ni reía. Era infaliblemente educado, pero siempre terriblemente serio. Intenté darle las gracias por salvar mi vida disparándole a aquél como se llamara; Sterling me detuvo:

—Era mi deber. Podía prescindirse de él; de usted, no.

—Cuatrocientos mil. Coronel, ¿quedan aún huevos rellenos ahí?

Le pasé los huevos rellenos a Rufo.

—¿Me permite decirle lo que puede hacer con su espada y su piedra? Primero, saque la espada; luego...

—No sea duro. Trescientos cincuenta mil.

—Profesor, no la querría ni a precio de saldo. Simplemente estaba poniendo un ejemplo.

—Pero tome una opción, al menos; la necesitará para el programa de apertura cuando conviertan todo eso en una teleserie.

—Nada de publicidad. Ésa fue una de las condiciones que me fueron impuestas. Si lo hago.

—Nada de publicidad *hasta después*. Luego tiene que haber publicidad; ha de figurar en los libros de historia. Mannie, dígame por qué usted nunca ha publicado sus memorias de la Revolución.

—Mike está durmiendo —respondió el señor Davis—. No hay que permitir que la gente le moleste. *Nyet*.

—Manuel —dijo tío Jock—, ¿tiene una autobiografía no publicada?

Mi suegrastro asintió con la cabeza.

—Era necesario. El prof está muerto, Wyoming está muerta, Mike quizás esté muerto. Soy el único testigo de la auténtica historia de la Revolución Lunática. Mentiras, montones de mentiras, por gente que no estuvo allí. —Se rascó la barbilla con la mano izquierda, la que sabía que era artificial. O eso había oído. Aquella mano parecía exactamente igual que la mano derecha. ¿Un trasplante?—. Almacenada con Mike antes de partir hacia los asteroides. Si rescatamos a Mike..., entonces quizá la publique. —Davis me miró—. ¿Quiere oír ahora cómo conocí a mi hija Hazel?

—¡Sí, por supuesto! —respondí, y Sterling afirmó enérgicamente con la cabeza.

—Fue el lunes trece de mayo de 2075 en C-Luna. Un debate en Stilyagi Hall, cómo luchar contra el Guardián. Nada de revolución, sólo un desesperanzado y estúpido debate por parte de una serie de gente infeliz.

Había una niña delgada sentada en el suelo en la primera fila. Pelo naranja, sin pechos. Diez, quizá once años. Escuchaba cada palabra, aplaudía fuertemente, muy seria.

»Chaquetas amarillas, los policías del Guardián: revientan las puertas, empiezan a matar gente. Demasiado ocupado para seguirle la pista a la flacucha pelirroja, los Chaquetas acaban de matar a mi mejor amigo ..., cuando la veo en acción. Se lanza por el aire, rueda como una bola, golpea al Chaqueta Amarilla en las rodillas, lo derriba. Rompo su mandíbula con la mano izquierda, no esta mano: la número dos, y salto sobre él arrastrando a mi esposa Wyoming, que aún no era mi esposa, conmigo. La flacucha del pelo llameante ha desaparecido, no la veo en varias semanas. Pero, amigos, tan cierto como la dura roca, Hazel niña luchó tan duro y tan inteligentemente que salvó a su papá Mannie y a su mamá Wyoh de los esbirros del Guardián mucho antes de que supiera que éramos nosotros.

Manuel Davis sonrió soñadoramente.

—La encontramos, y la Familia Davis la adoptó .... como hija, no como esposa. Era aún una niña. ¡Pero no una niña cuando era necesario! Trabajó duro para liberar a la Luna, día a día, hora a hora, minuto a minuto, sin que el peligro la detuviera nunca. El cuatro de julio de 2076, Hazel Meade Davis fue el camarada más joven que firmó la Declaración de Independencia. ¡Y se lo juro, ningún camarada se lo mereció más!

El señor Davis tenía lágrimas en los ojos. Yo también.

El capitán Sterling se puso en pie.

—Señor Davis, me siento humildemente orgulloso de haber oído esa historia. Señor Campbell, he gozado de su hospitalidad. Coronel Campbell, espero que decida luchar con nosotros; le necesitamos. Y ahora, si me disculpan, debo irme. Puesto que el Señor de la Galaxia no pierde mucho tiempo comiendo, yo tampoco puedo hacerlo.

—Tonterías, John, tiene que tomarse algún descanso de tanto en tanto —dijo tío Jock—. Venga de nuevo a cazar dinosaurios conmigo. El tiempo pasado en el mesozoico no afectará su búsqueda; el Señor de la Galaxia nunca sabrá que usted se ha ido. Ésa es la gran ventaja del salto en el tiempo.

—Yo sabría que me he ido. Pero le doy las gracias. Disfruté con esa caza. —Hizo una inclinación de cabeza y se fue.

—Ahí va la auténtica nobleza —dijo con suavidad el doctor Harshaw—. Cuando finalmente destruya al Señor de la Galaxia, será borrado de la existencia. Él lo sabe. Pero eso no le detiene.

—¿Por qué debe ser borrado de la existencia? —pregunté.

—¿Eh? Coronel, sé que esto es nuevo para usted .... pero usted es, o ha sido, un fabulista también, ¿o no?

—Todavía sigo siéndolo, por todo lo que sé. Terminé una novela larga y la envié a mi agente hace apenas diez días. Debo ponerme a trabajar de nuevo pronto ..., tengo una esposa que mantener.

—Entonces sabe que, para las finalidades de la trama, especialmente en historias de aventuras, los héroes y los villanos van siempre en parejas complementarias. Cada uno es necesario al otro.

—Sí, pero... Mire, aclaremos esto. Ese hombre que acaba de irse, ¿es realmente el personaje que Hazel y su hijo Roger Stone crearon para su serie *El azote de las rutas del espacio*?

—Sí. Hazel y su hijo lo crearon. Sterling lo sabe. Mire, señor, todos nosotros somos ficciones, los sueños de algún fabulista. Pero normalmente no lo sabemos. John Sterling lo sabe, y es lo bastante fuerte como para soportarlo. Sabe su papel y su destino; los acepta.

—No tiene que ser borrado de la existencia.

El doctor Harshaw pareció desconcertado.

—Pero usted es escritor. Esto.... ¿un escritor literario quizá? ¿De esos que no fabulan argumentos?

—¿Yo? No sé cómo escribir literatura; yo escribo historias. Para la imprenta o para la tridi o incluso para libros encuadernados, pero todo historias. Pecado, sufrimiento y arrepentimiento. Aventuras en lugares salvajes. Aventuras en el espacio. Guerra. Asesinatos. Espías. Historias en el mar. Lo que sea. Hazel y yo vamos a revivir su clásica serie, con el capitán Sterling en el papel principal. Como siempre. Así que, ¿qué es todo eso de «borrarlo de la existencia»?

—¿No va a dejarle usted que destruya al Señor de la Galaxia? Debería hacerlo, *debe* hacerlo, puesto que el Señor de la Galaxia es tan malvado de la cabeza a los pies como Boskone.

—¡Oh, por supuesto! Las primeras trece semanas. Hubiera debido ocurrir hace años.

—Pero *no ocurrió*. La serie terminó con ambos personajes, héroe y villano, aún vivos. Sterling se ha visto obligado a luchar solo en una acción de mantenimiento desde entonces.

—Oh. Bien, arreglaremos eso. *¡Señor de la Galaxia delenda est!*

—Entonces, ¿qué hará Sterling?

Empecé a responder, me di cuenta de pronto que la pregunta no era interrogadora sino socrática. Para cada gato listo hay una rata lista. Un héroe de la estatura de Sterling debe oponerse a un villano tan fuerte como él. Si matamos al Señor de la Galaxia, entonces deberemos soñar al Hijo del Señor de la Galaxia, con tantas pelotas como él, los dientes tan largos, la disposición tan vil, y el humo brotando de sus orejas.

—No lo sé. Pensaremos en algo. Dejarlo envejecer quizá, y ponerlo a pastar como comandante de la Academia de la Patrulla de las Estrellas. Algo así. No es necesario matarle. Un trabajo como ése no requiere un villano tan horrendo como el Señor de la Galaxia.

—¿De veras? —preguntó suavemente Harshaw.

—Hum..., ¿quizá le gustaría hacerse cargo de la serie?

—No yo. Estoy semirretirado. Todo lo que hago ahora es *La familia Stonebender*, una serie estrictamente cómica, que no requiere ningún villano específico. Ahora que sé la verdad del Mundo como Mito jamás volveré a crear un auténtico villano .... y doy gracias a Klono de que nunca lo he hecho, no realmente, puesto que sólo siento una creencia limitada en la villanía.

—Bien, no puedo responder sin Hazel, de todos modos; soy el escritor joven, a cargo de la puntuación y de llenar el clima y el escenario; ella controla el argumento. Así que debo cambiar de tema. Tío Jock, ¿qué era eso que dijiste al capitán Sterling acerca de cazar dinosaurios? ¿Uno de tus chistes? Como aquella vez que aserraste diez kilómetros cuadrados de la placa de hielo de Ross y la remolcaste hasta Singapur, nadando de costado.

—No de costado todo el camino; eso no es posible.

—Oh, vamos. Dinosaurios.

—¿Qué pasa con los dinosaurios? Me encanta cazarlos. Llevé a John Sterling conmigo una vez; cazó un magnífico *tyrannosaurus rex*. ¿Te gustaría intentarlo?

—¿Estás hablando en serio? Tío, sabes que no cazo. No me gusta dispararle a nada que no pueda devolverme el tiro.

—¡Jo! Me has entendido mal, sobrino. No matamos a las pobres bestias. Matar a un dinosaurio es casi tan deportivo como dispararle a una vaca. Y la carne no es tan buena. Un dinosaurio de más de un año es correoso y no tiene ningún sabor. Probé su carne hace años, cuando algunos pensaron que la carne de dinosaurio podría servir para paliar una hambruna que hubo en la línea temporal siete. Pero la logística era terrible y, cuando piensas en ello, hay muy poca justicia en matar estúpidos lagartos para alimentar a gente estúpida; se habían merecido su hambruna. Pero cazar dinosaurios con cámaras, eso es realmente divertido. Incluso resulta deportivo si, mientras vas detrás de los grandes carnívoros, resulta que incomodas a un toro que se siente excitado sexualmente .... mejoras tu fondo. O de lo contrario... Dickie, hay un lugar abajo en Wichita donde puedo prometerte triceratops, varios tipos de pterodáctilos, ornitorrincos, y quizá un estegosaurio macho, todo en un sólo día. Una vez termine todo esto te llevaré y lo haremos. ¿Qué dices?

—¿Tan fácil resulta?

—Con el equipo instalado en el mesozoico no está más lejos que este CGT o Boondock. Tiempo y espacio son ilusiones; el equipo de irrelevancia de Burroughs te situará en medio de una horda de bichos comiendo y fornicando antes de que puedas decir sesenta y cinco millones de años.

—La forma en que has fraseado esa invitación parecía implicar que supones que he aceptado la Tarea Adam Selene.

—Dickie, el equipo pertenece al Cuerpo del Tiempo ..., y es caro; cuán caro no vamos a discutirlo. Fue construido para apoyar el Plan a Largo Plazo; su uso recreativo es incidental. Sí, di por supuesto eso. ¿Vas a hacerlo?

Mannie Davis me miró, inexpresivo. Rufo se puso en pie, dijo en voz alta:

—Tengo que irme, Star tiene algo para mí. Gracias por este rato, Jock. Encantado de conocerle, coronel —y se fue rápidamente. Harshaw no dijo nada.

Dejé escapar un profundo suspiro.

—Tío, puedo hacerlo si Hazel insiste. Pero tengo que hablar con ella primero. No se me ha ofrecido nada que me convenza de que estoy equivocado acerca de las dos opciones que ofrecí. Cualquiera de ellas es un enfoque mucho más sensato para recuperar los programas y memorias que forman el cuerpo de Holmes IV o Mike .... y me siento feliz de estipular que deberían ser recuperados. Pero mis métodos son más lógicos.

—No es un asunto de lógica, coronel —dijo Harshaw.

—Es mi cuello, doctor. Pero lo haré si Hazel desea que lo haga..., creo. Es sólo que...

—¿Sólo qué, Dickie?

—¡Odio entrar en acción con una inteligencia inadecuada! Siempre lo he odiado. Tío, durante la última semana o los últimos diez días es difícil precisarlo por la forma en que he sido llevado de un lado para otro, he

sido perseguido por lo inexplicable y, bien, por una serie de contrasentidos *asesinos*. ¿Está tras de mí el Señor de la Galaxia del que hablan? El hecho de verme mezclado en todo esto, ¿explica esos interminables fallos en el último minuto? ¿O estoy volviéndome paranoide?

—No lo sé. Háblame de ellos.

Empecé a hacerlo. Al cabo de poco Harshaw sacó un bloc de su bolsillo, empezó a tomar notas. Intenté recordarlo todo: Enrico Schultz y su extraña observación acerca de Tolliver y su mención de Walker Evans. Su muerte. Si era su muerte. Bill. El curioso comportamiento de la administración de la Regla de Oro. El autobús, sus dos vehículos atacantes y los asesinos en cada uno de ellos. Jefferson Mao. Los emboscados en el Raffles...

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? No, no es todo. ¿Qué carga llevaba tía Lilybet? ¿Por qué fuimos atacados de aquel modo tan sanguinario? ¿Que hacían Lady Diana y los cabezotas de sus maridos en aquellos parajes? Si pudiera permitírmelo, gastaría todo el dinero que fuera necesario en sherlocks para que desentrañaran lo que ocurrió realmente, qué iba dirigido contra mí, qué fue fruto solamente de mis nervios, qué fue simple coincidencia.

—No existen las coincidencias —dijo Harshaw—. Un aspecto en el cual el Mundo como Mito es mucho más sencillo que la primitiva teleología es el simple hecho que *no* hay accidentes, no hay coincidencias.

—¿Jubal? —dijo tío Jock—. Yo no tengo la autoridad.

—Y yo sí. De acuerdo. —Se puso en pie.

Mi tío se puso también en pie.

—Dickie, muchacho, espera aquí; estaremos fuera cinco minutos o así. Tenemos que hacer una gestión.

Cuando se iban, Davis se puso también en pie.

—¿Me disculpa? Tengo que cambiarme el brazo.

—Por supuesto, papá Mannie. ¡No, no, Pixel! La cerveza no es para gatitos pequeños.

Estuvieron fuera siete minutos, según mi Sonychron. Pero no, a todas luces, según su tiempo. Tío Jock llevaba una poblada barba. Harshaw tenía una nueva y rosada cicatriz cruzando su mejilla izquierda. Les miré.

—¡Fantasmas de las pasadas Navidades! ¿Qué ha ocurrido?

—De todo. ¿Queda todavía algo de cerveza? Cissy —dijo, sin alzar la voz—, ¿puedes proporcionarnos algo de cerveza? Y Jubal y yo no hemos comido desde hace algún tiempo. Horas. Días, quizá.

—Inmediatamente —respondió la incorpórea voz de tía Cissy—. ¿Querido? Creo que tendrías que echar una siesta.

—Más tarde.

—Tan pronto como hayas comido. Cuarenta minutos.

—Deja de incordiarme. ¿Puedo un poco de sopa de tomate? Para Jubal también.

—Te traeré sopa y más cosas. Cuarenta y cinco minutos hasta tu siesta; es oficial. Til lo dice.

—Recuérdame que te dé una paliza.

—Sí, querido. Pero no hoy; estás agotado.

—Muy bien. —Tío Jock se volvió hacia mí—. Veamos, ¿qué tienes primero? ¿Esos vehículos que atacaron el autobús? Tu amigo Hendrik Schultz manejaba uno; puedes estar seguro de que es concienzudo. Resultó ser un investigador de campo ichibano. Puedes olvidar la paranoia a este respecto, Dickie: dos oponentes, los Señores del Tiempo y los Cambiaescenas..., y ambos detrás tuyo al mismo tiempo que detrás los unos de los otros. Tu vida está predestinada, hijo ..., naciste para ser ahorcado.

—¿Qué quieres decir con los Señores del Tiempo y los Cambiaescenas? ¿Y por qué yo?

—Quizás ellos no se designen con esos nombres. Los Señores y los Cambia son grupos que hacen el mismo tipo de cosas que el Círculo..., pero no nos vemos directamente. Dickie, no crearás que en todos los universos hasta el Número de la Bestia o más, nosotros los del Círculo somos los únicos que hemos encontrado la verdad e intentamos hacer algo al respecto, ¿verdad?

—No sé nada sobre eso, ni de una forma ni de otra.

—Coronel —intervino el doctor Harshaw—, una imperfección importante del Mundo como Mito reside en el hecho de que contendemos con, y a menudo perdemos ante, tres tipos de antagonistas: villanos por designio como el Señor de la Galaxia, y grupos como nosotros pero con diferentes intenciones, malas según nuestra opinión, quizá buenas para la de ellos ..., y los terceros y más poderosos, los propios creadores de mitos, como Homero y Twain y Shakespeare y Baum y Swift y sus colegas en el panteón. Pero no esos que he nombrado. Sus cuerpos han muerto; viven en el cuerpo inmortal del mito que cada uno ha creado ..., que no cambia y en consecuencia no nos pone en peligro.

»Pero hay creadores de mitos vivos, y cada uno de ellos es peligroso, cada uno de ellos es casualmente descuidado mientras revisa un mito y elimina un personaje —Harshaw sonrió hoscamente—. La única forma en que uno puede vivir con el conocimiento es darse cuenta primero de que es el único juego en la ciudad, y segundo que no duele. La eliminación. Ser borrado de la historia.

—¿Cómo saben que no duele?

—¡Porque me niego a sostener cualquier otra teoría! ¿Seguimos con nuestro informe?

—Dickie, muchacho; preguntaste: «¿Por qué yo?» Por la misma razón que Jubal y yo abandonamos una agradable comida para ponernos a trabajar y enviar a muchos otros a una ardua y peligrosa investigación en varias líneas temporales. Por la Tarea Adam Selene y tu participación clave en ella. Por todo lo que podemos decir, los Señores del Tiempo desean secuestrar a Mike, mientras los Cambiaescenas desean destruirlo. Pero los dos grupos quieren tu muerte; eres una amenaza para sus planes.

—Pero en aquel tiempo yo ni siquiera había oído hablar de Mike el Ordenador.

—El mejor momento para matarte, ¿no crees? Cissy, no sólo eres hermosa, sino que también resulta agradable tenerte a mi lado. Aparte tus talentos ocultos. Ponlo aquí; nosotros mismos nos serviremos.

—*Blagueur et gros menteur*. Sigues necesitando una siesta. Mensaje de Til. No vas a sentarte a la mesa para la cena hasta que no te hayas quitado esta barba.

—Dile a ese fardo que me moriré de hambre antes de permitir ser dominado.

—Sí, señor. Yo opino lo mismo que ella.

—Paz, mujer.

—Así que me presento voluntaria para afeitarte. Y para cortarte el pelo.

—Acepto.

—Inmediatamente después de tu siesta.

—Está bien, puedes irte. Jubal, ¿has probado alguna vez esta ensalada a la gelatina? Es algo que Til hace excepcionalmente bien ..., aunque mis tres propietarias son excelentes cocineras.

—¿Pondrás eso por escrito?

—Te dije que desaparecieras. Jubal, vivir con tres mujeres requiere fortaleza.

—Lo sé. Lo hice durante muchos años. Fortaleza y disposición angélica. Y una predisposición hacia la vagancia. Pero un matrimonio de grupo, como el de nuestra Familia Long, combina las ventajas de la soltería, la monogamia y la poligamia, sin los inconvenientes de ninguna.

—No lo discutiré, pero sigo con mis tres Gracias durante tanto tiempo como me soporten. Ahora veamos... Enrico Schultz. No existe este personaje.

—¿De veras? —respondí—. Hizo algunas manchas horribles en el mantel de mi mesa.

—Así que tenía que tener otro nombre. Pero tú ya lo sabías. La hipótesis más probable lo convierte en un miembro de la misma pandilla que tu amigo Bill ..., que era un sonriente villano, si alguna vez ha habido alguno que sonriera, además de un consumado actor. Nosotros los llamamos los Revisionistas. La motivación tenía que ser Adam Selene. No Walker Evans.

—¿Por qué mencionó a Walker Evans?

—Para impresionarte, quizá. Dickie, no sabía nada del general Evans hasta que tú planteaste el asunto, puesto que esa debacle se halla aún en mi futuro. Mi futuro normal. Puedo ver cómo pesa en tu mente. Pesará en tu mente. Recuerda, no sabía que hubieras quedado inválido a raíz de los Cruzados del Pacto Andorrano hasta que tú me lo dijiste.

»De todos modos... Todos los «Amigos de Walker Evans» están muertos excepto tú y uno que marchó a los Asteroides y no puede ser hallado. Eso se refiere al diez de julio de 2188, dentro de once años. A menos que desees hablar con cualquiera que esté vivo en alguna otra fecha intermedia.

—No veo ninguna razón para ello.

—Eso nos pareció también. Ahora respecto al propio Walker Evans. Lazarus fue quien se encargó de eso ..., y marcó un cambio en los acontecimientos, en parte para mostrarte lo que puede hacerse. No se ha hecho ningún intento de revisar la batalla. Sería difícil, en 2177, revisar una batalla en 2178 sin cambiar completamente tu vida. O bien matarte este año, o no perder tu pierna y seguir en el servicio ..., sí, ahora sé lo de tu pierna, aunque es algo que está en mi futuro actual. De cualquier modo, eso representaría no ir a la Regla de Oro, no casarte con Hazel ..., y no estar sentados ahora aquí, hablando de todo esto. El cambiar el mundo es algo delicado, Dickie..., es mejor hacerlo en dosis homeopáticas.

»Lazarus tiene dos mensajes para ti. Dice que no debes sentirte personalmente culpable de aquella debacle. Hacerlo sería tan estúpido como el que un subordinado de Custer se sintiera culpable de lo de Little Big Horn..., a lo cual añade que Custer fue un general mucho más brillante de lo que nunca fue Evans. Lazarus habla



como alguien que ha pasado por todos los rangos militares, desde soldado raso hasta comandante en jefe, con una experiencia que se extiende a lo largo de muchos siglos y diecisiete guerras.

»Ese es el primer mensaje. El segundo es éste: Dile a tu sobrino que sí, es algo que horroriza a la gente de bien. Pero ocurre. Sólo aquellos que van más allá del final de las farolas y del pavimento de una calle saben cómo esas cosas pueden ocurrir. Dice que está seguro de que Walker Evans no te guardaría ningún rencor. Dickie, ¿de qué está hablando'?

—Si deseara que lo supieras, te lo hubiera dicho.

—Razonable. ¿Era un hombre de buen gusto el general Evans?

—¿Qué? —Miré a mi tío ..., luego respondí, reluciente—: Bueno, no, yo diría que no. Lo encontré más bien duro y un tanto correoso.

—Ahora que ya lo hemos puesto al descubierto...

—¡Sí, maldito seas!

—...puedo decirte el resto, el cambio. Un operador de campo ocultó un par de paquetes de raciones bajo el cuerpo del general. Cuando tú moviste el cuerpo las encontraste ..., y fue gracias a ellas que ninguno de los Amigos de Walker Evans llegó a alcanzar nunca ese grado de hambre necesario para vencer el tabú. Así que nunca ocurrió,

—Entonces, ¿por qué yo lo recuerdo?

—¿Lo recuerdas?

—¿Qué ... ?

—Recuerdas haber encontrado raciones de campaña bajo el cuerpo. ¡Y lo bien que te sentiste!

—Tío, esto es una locura.

—Eso son los cambios. Durante un tiempo, guardas un recuerdo. Luego, un vago recuerdo de un recuerdo. Luego nada. Nunca ha ocurrido, Dickie. Pasaste por una prueba terrible y perdiste una pierna. Pero no te comiste a tu comandante en jefe.

Tío Jock prosiguió:

—Jubal, ¿qué nos hemos dejado que sea importante? Dickie, no esperarás que sean respondidas todas tus preguntas; ningún hombre puede esperar eso. Hummm, oh, sí, esas enfermedades. Sufriste dos de ellas; el resto fueron inyecciones. Estuviste curado en unos tres días; luego te mantuvieron en un campo de memoria controlada y te pusieron una pierna nueva ..., e hicieron algo más. ¿No te has sentido mejor últimamente? ¿Más activo? ¿Más lleno de energía?

—Bueno ..., sí. Pero eso viene del día que me casé con Hazel, no de Boondock.

—Probablemente de ambos. Durante el mes que tu tuvieron a su disposición la doctora Ishtar te dio un empujón. Supe que te trasladaron de la clínica de rejuvenecimiento al hospital justo el día antes de dejar que despertaras. Oh, realmente te dieron un buen trato, muchacho; te proporcionaron una pierna nueva y te hicieron treinta años más joven. Creo que deberías demandarles.

—Oh, cállate. ¿Y esa bomba de calor? ¿Más inyecciones?

—Quizá, quizá no. No está decidido, habría que hilar muy fino. La cosa es...

Harshaw intervino:

—Richard, ahora creemos que podemos conseguir terminar la Tarea Adam Selene antes de que sea necesaria una bomba de calor. Hay algunos planes. Así que el bombardeo con bombas de calor se halla ahora en el status del Gato de Schrödinger. El resultado depende de la Tarea Adam Selene. Y viceversa. Veremos.

—Esos planes... Estáis suponiendo que voy a hacerlo.

—No. Estamos suponiendo que no vas a hacerlo.

—Hummm... Si suponéis que no voy a hacerlo, ¿por qué os estáis molestando en contarme todo esto?

Tío Jock dijo con voz cansada:

—Dickie, muchacho, miles y miles de horas-hombre han sido empleadas en satisfacer tu infantil demanda de ver el velo alzarse ante lo desconocido. ¿Crees que simplemente vamos a quemar los resultados? Quédate sentado y presta atención. Hummm, permanece alejado de Ciudad Luna y de la Regla de Oro a partir de junio de 2188; hay acusaciones contra ti por ocho asesinatos.

—¡Ocho! ¿Quiénes?

—Hummm, Tolliver, Enrico Schultz, Johnson, Oswald Progant, Rasmussen...

—¡Rasmussen!

—¿Lo conoces?

—Llevé su fez durante diez minutos; nunca puse mis ojos en él.

—No perdamos tiempo con esas acusaciones de asesinato. Todo lo que significan es que alguien quiere cazarte, tanto en C-Luna como en la Regla de Oro. Con tres grupos de saltatiempos tras de ti, eso no es sorprendente. Quieres que sean eliminados; pueden ser eliminados más adelante. Si es necesario. Si no te quedas simplemente en Tertius y lo olvidas todo. Oh, sí..., ese grupo de códigos. No es un mensaje, sólo un cebo para que abrieras esa puerta. Pero no dejaste que te mataran discretamente de la forma que suponían. Dickie, eres un buscaproblemas.

—Oh, lo siento.,

—¿Alguna otra pregunta?

—Ve a dormir tu siesta.

—Todavía no. Jubal. ¿Ahora?

—Por supuesto. —El doctor Harshaw se puso en pie y se fue.

—Dickie.

—Sí, tío.

—Ella te quiere, muchacho; te quiere realmente. Dios sabrá por qué. Pero eso no significa que te diga siempre la verdad o actúe en tu beneficio. Quedas advertido.

—Tío Jock, nunca sirve de nada advertirle a un hombre acerca de su esposa. ¿Aceptarías cualquier advertencia mía respecto a Cissy?

—Por supuesto que no. Pero soy más viejo que tú y tengo mucha más experiencia.

—Respóndeme.

—Mejor cambiemos de tema. No te gusta Lazarus Long.

Le sonreí.

—Tío, la única cosa que me persuade de que puede que sea tan viejo como dice es que se necesita más de una vida para volverse tan pendenciero y tan generalmente difícil como él. Me restriega a cada momento que estoy equivocado. Y el bastardo lo hace aún peor echándome encima obligaciones con respecto a él. Esta pierna..., de un clon suyo ..., ¿lo sabías? Y esa pelea esta mañana. Lazarus le disparó a ese tipo que intentó matarme. Pero el capitán Sterling y el comandante Smith lo hicieron también, y probablemente más rápido. O quizá no. De cualquier forma tuve que darles las gracias a los tres. Maldita sea, me gustaría salvarle la vida sólo una vez para equilibrar las cuentas. El muy bastardo.

—Ésa no es forma de hablar, Dickie. Abby te hubiera deslomado.

—Sí que lo hubiera hecho. Retiro lo dicho.

—Además..., tus propios padres nunca se casaron.

—Eso me han dicho muchas veces. De una forma más bien colorista.

—Me refiero literalmente. Tu madre fue mi hermana preferida. Mucho más joven que yo. Una chica encantadora. Yo le enseñé a andar. Jugué con ella mucho tiempo, la malcrié de todas las formas posibles. De modo que, naturalmente, cuando se encontró en lo que se acostumbraba a llamar «problemas» acudió a su hermano mayor. Y a tu tía Abby. Dickie, no fue que tu padre no se hallara por los alrededores; fue que a tu abuelo le desagradaba, le desagradaba tan intensamente como..., bien, como a ti te desagrada Lazarus Long.

»No me refiero al señor Ames. Recibiste este nombre, pero él conoció y se casó con Wendy después de que tú nacieras. Y nosotros te recogimos y te criamos. Tu madre iba a venir a buscarte al cabo de un año, decía que Ames se merecía esto ..., pero no vivió tanto. Así que Abby fue tu madre en todos los sentidos menos en el biológico.

—Tío, tía Abby fue la mejor madre que haya podido desear nunca un chico. Mira, esos tremendos pellizcos que me daba fueron buenos para mí. Lo sé.

—Me alegra oírte decir eso, Dickie. Me gustan todas tus tías ..., pero nunca habrá otra Abby. Hazel me recuerda a ella Dickie, ¿te lo has vuelto a pensar?

—Tío, lucharé contra ello con todas mis fuerzas. ¿Cómo puedo dejar que mi esposa se arriesgue a hacer algo en lo que sólo tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de salir con vida? Especialmente cuando nadie ha intentado siquiera demostrarme por qué mis sistemas no son mejores.

—Sólo preguntaba. Los matemáticos están probando otro equipo ..., puesto que tú no estás dispuesto. Veremos. Tu padre era testarudo y tu abuelo era testarudo; no es sorprendente que tú seas testarudo también. Tu abuelo, mi padre, dijo lisa y llanamente que prefería tener un bastardo en la familia que a Lazarus Long. Así que lo tuvo. Tú. Y Lazarus se fue y nunca llegó a saber de ti.

»No es sorprendente que tú y tu padre no congeniéis; sois demasiado iguales. Y ahora él se está preparando para tomar tu lugar en el equipo para la Tarea Adam Selene.

## 30

*Nuestras juergas han terminado.*  
WILLIAM SHAKESPEARE, 1564-1616

Morir no es difícil. Incluso un gatito puede hacerlo.

Estoy sentado con la espalda apoyada contra la pared, en la habitación del viejo ordenador, en el Complejo del Guardián en la Luna. Pixel está enroscado en mi brazo izquierdo. Hazel está tendida en el suelo, junto a nosotros. No estoy seguro de que Pixel esté muerto. Puede que esté dormido. Pero no voy a molestarlo para averiguarlo; en el mejor de los casos está seriamente herido.

Sé que Hazel está aún viva porque observo su respiración. Pero no está en buena forma. Me gustaría que se apresuraran.

No puedo hacer mucho por ninguno de los dos porque no tengo nada en lo que apoyarme y no puedo moverme mucho. Me falta una pierna y no dispongo de ninguna prótesis. Sí, la misma pierna derecha —la de Lazarus—, quemada justo hasta la línea del trasplante. No voy a desangrarme, con la quemadura ha resultado cauterizada, no ha habido mucha sangre. Tampoco ha empezado a dolerme todavía. No ese dolor blanco como si te aplicaran una antorcha. Eso viene luego.

Me pregunto si Lazarus sabe que es mi padre. ¿Se lo ha dicho tío Jock alguna vez?

Hey, eso convierte a Maureen, esa maravillosa, esa hermosa criatura, ¡en mi *abuela!*

Y..., quizá será mejor que me tranquilice un poco.

Siento la cabeza como ligera.

Ni siquiera estoy seguro de que esto esté siendo grabado. Llevo una grabadora de batalla, pero es de un tipo de Tertius, —pequeña, con el que no estoy familiarizado. O bien estaba conectada y la he desconectado o estaba desconectada y la he conectado. No estoy seguro de que Pixel esté muerto. ¿Dije ya eso? Quizá será mejor que me tranquilice un poco.

Era un buen equipo, el mejor, con el poder ofensivo suficiente como para tener la impresión de que las posibilidades eran buenas. Hazel estaba al mando, por supuesto...

El mayor Sadie Lipschitz, líder del grupo de ataque.

El capitán honorario Richard Campbell.

La corneta Gretchen Henderson.

El sargento Ezra Davidson.

El cabo Ted Bronson, alias W. W. Smith, alias Lazarus Long, alias Lafayette Hubert, doctor en medicina ..., oficial médico.

Manuel Davis, especialista civil en operativa de campaña.

Lazarus insistió en ser llamado «Ted Bronson» cuando fue designado cabo para aquella fuerza operativa. Supongo que era un chiste personal; no me dejó compartirlo.

La corneta Henderson había vuelto al servicio activo varios meses después de haber tenido su chico. Estaba esbelta y fuerte como nunca, y bronceada y hermosa, y las cintas de combate en su hermoso pecho parecían hallarse en su casa allí. El sargento Ezra siempre había parecido un soldado, una vez tuvo piernas, y sus cintas lo demostraban también. Un buen equipo.

¿Por qué fui nombrado capitán? Hice esta pregunta inmediatamente después de que Hazel me tomara juramento para entrar en el cuerpo ..., obtuve una respuesta idiota o razonable, según como se mire. Debido (dijo Hazel) a que en todos los libros de historia en los que era mencionado, había sido el segundo al mando. La historia no nombraba a otros, pero no decía que hubiéramos actuado solos, así que decidí ampliar la fuerza y escogí su equipo. (Ella decidió. Ella escogió. No Lazarus. No algún complejo de cerebros del CGT. Eso me parecía bien.)

Gay Deceiver fue manejada por su primer equipo también: Hilda comandante, Deety astrogador, Zeb Carter jefe piloto, Jake Burroughs copiloto... y la propia Gay, consciente, sentiente, y capaz de pilotar por sí misma..., cosa que no podía decirse de ningún otro vehículo excepto Dora (que era demasiado grande para ese trabajo).

La comandante del vehículo, Hilda, estaba bajo las órdenes del líder del equipo de combate. Aquí cabía esperar un pique ..., pero había sido Hilda quien lo había propuesto:

—Hazel, tiene que ser de esta forma. Todo el mundo debe saber quién es el jefe. Cuando actuemos, no tendremos tiempo de charlas.

Un buen equipo. No nos habíamos entrenado juntos pero éramos profesionales, y nuestra comandante lo había dejado todo tan claro que no necesitábamos más explicaciones.

—Atención a las órdenes. La finalidad de esta fuerza es capturar los elementos seleccionados por Davis, y regresar con ellos y con Davis a Tertius. *No hay otra finalidad*. Si no tenemos bajas, estupendo. Pero si todos nosotros resultamos muertos mientras Davis y lo que ha seleccionado alcanzan Tertius, nuestra tarea se habrá cumplido.

»Éste es el plan. Hilda nos situará en la pared norte, del lado de estribor, en el momento preciso, después de que el CGT nos avise que el bucle está listo para ser activado. Abandonaremos a Gay por este orden: Lipschitz, Campbell, Henderson, Davidson, Bronson, Davis. Sitúense a proa y popa en los cuartos de baño para salir por este orden.

»La sala del ordenador es cuadrada. Lipschitz a la esquina sudeste, Henderson a la esquina sudoeste, Campbell a la esquina noroeste, Davidson a la esquina nordeste. Las parejas en diagonal cubren todas cuatro paredes, de modo que dos de esas parejas cubren doblemente todas las paredes.

Bronson montará guardia junto a Davis, sin ningún puesto fijo.

»A medida que Davis trabaje, las cajas llenas serán colocadas en el coche. Henderson y Davidson trasladarán los elementos al coche siguiendo las directrices de Davis, ayudados desde dentro por Deety. La comandante y los pilotos permanecerán atentos, listos para partir en cualquier momento, y ayudarán solamente a pasar los elementos atrás. Bronson no ayudará a mover ningún bulto; su única tarea será proteger a Davis.

»Cuando Davis me diga que la tarea ha terminado, regresaremos al coche a toda velocidad, en orden inverso: Davis, Bronson, Davidson, Henderson, Campbell, Lipschitz. Hilda, tú estarás preparada para dar la orden de partida en cualquier momento después de que Davis y las cajas que habremos ido a buscar estén a bordo, según la situación táctica. Si hay problemas, no esperes a nadie. Usa tu buen criterio, pero tu buen criterio debe decirte que hay que salvar a Mannie y sus elementos, no importa quién quede atrás.

»¿Preguntas?

¿Cuánto tiempo llevo aquí? Mi Sonychron fue una de las primeras bajas. El equipo escogido por Hazel fue... No, ya he dicho eso. Creo que lo he dicho.

¿Qué le ha ocurrido al Árbol-San?

El momento seleccionado fue inmediatamente después de que Hazel abandonara la sala del ordenador el sábado cinco de julio. El grupo encargado de preparar el segmento temporal razonó que si estaban esperándonos en el Raffles, entonces nuestros antagonistas (¿Los Señores del Tiempo?) no estarían buscándonos en la sala del ordenador. No había forma de hacerlo antes que eso; Hazel había informado que «Adam Selene» estaba en la sala del ordenador cuando estuvo allí.

Hilamos fino, quizá demasiado fino; cuando Hazel salía de Gay, se detuvo bruscamente en la portezuela, conmigo a sus espaldas ..., casi chocamos. Aguardó un breve instante, luego salió.

Se había detenido porque vio su propia espalda, abandonando la sala.

Debo enviarle una nota a tía Til para que sepa que Hazel y yo no vamos a poder ir a su casa a cenar.

Me duele la cabeza y me preocupan los ojos.

No sé cómo llegó Pixel a bordo de Gay. ¿Te encuentras a ese minino por todas partes!

Jubal Harshaw dice: —Lo único constante en esos mundos a la deriva, imprecisos, cambiantes, es el amor humano. Eso es suficiente.

Pixel se ha movido un poco.

Ha sido hermoso tener dos piernas por unos cuantos días.

—¿Richard?

—¿Sí, amor?

—El bebé de Gretchen. Tú eres su padre.

—¿Eh?

—Ella me lo dijo, hace meses.

—No comprendo.

—Paradoja.

Empecé a preguntarle sobre aquello; estaba dormida de nuevo. La compresa que había puesto sobre su herida estaba ya empapada. Pero no tenía nada más, así que no la toqué.

No veré a tía Belden este viaje. Lástima.

¿Qué les pasó a mis archivos? ¿Siguen aún en mi otra pierna?

¡Hey! Mañana es el día de «todos muertos», si Tolliver no lo está.

La primera hora transcurrió sin ningún incidente. Mannie trabajó firme y seguro: cambió su brazo una vez, empezó a llenar cajas. Gretchen y Ezra las llevaron al coche, las entraron, volvieron a sus puestos entre viajes. La mayoría del material parecía ser programas que Mannie estaba sangrando a sus propios cubos, utilizando el equipo que había preparado. No podía ver. Luego empezó a llenar cajas más rápidamente, cargándolas con cilindros. ¿Las memorias de Adam Selene? No lo sé. Quizá miré demasiado.

Mannie se enderezó, dijo:

—¡Ya está! ¡Hecho!

Oí una respuesta:

—¡Bler!

Y nos golpearon.

Caí casi al momento, con la parte inferior de la pierna desaparecida. Vi a Mannie caer. Oí a Hazel gritar:

—¡Bronson! ¡Llévalo a bordo! ¡Henderson, Davidson... eras dos últimas cajas! —Me perdí lo demás, porque empecé a disparar. Toda la pared este había sido abierta; la atravesé con mi quemador a toda potencia. Alguien más estaba disparando, desde nuestro lado, creo.

Luego hubo silencio.

—¿Richard?

—Sí, querida.

—Ha sido divertido.

—¡Sí, amor! Todo.

—Richard..., esa luz, al extremo del túnel.

—¿Sí?

—Te esperaré... ahí.

—¡Cariño, vas a sobrevivirme!  
—Búscame. Yo...

Cuando se abrió aquella pared, creo que vi a cual sea su nombre. ¿Puede el tipo que lo borró de la historia volver a meterlo en ella? ¿Para atraparnos?

¿Quién estaba escribiendo *nuestra* historia? ¿Va a dejarnos vivir?

Cualquiera capaz de matar a un gatito es cruel, insensiblemente cruel. Quienquiera que seas, te odio. ¡*Te desprecio!*

Meforcé a despertarme, me di cuenta de que me había dormido estando de guardia. Tenía que recuperarme, porque podían volver. ¡Oh, bendita seas! Gay Deceiver volverá. No podía imaginarme por qué Gay aún no había vuelto. ¿Problemas en delimitar el segmento del tiempo? Podía ser cualquier cosa. Pero no van a dejarnos aquí.

Salvamos a Mannie y a todo el material que había recogido. ¡Ganamos, malditos seáis todos!

Tenía que ver qué armas y municiones nos quedaban. No disponía de nada más. Mi arma de rayos estaba agotada, lo sabía. ¿Pero y la que llevaba al cinto? No recordaba haberla disparado. Pero no estaba. Tenía que buscarla.

—¿Querido?  
—¿Sí, Hazel? —(¡Va a pedirme agua, y no tengo ni una gota!)  
—Siento que los demás estuvieran comiendo.  
—¿De qué hablas?  
—Tuve que matarlo, cariño; había sido asignado para matarte.

Coloqué el gatito encima de Hazel. Quizá se moviera, quizá no ..., quizá los dos estuvieran muertos. Conseguí levantarme sobre mi único pie, sujetándome a la carcasa del ordenador, luego me dejé caer de nuevo. Pese a mi larga práctica en cojear a un sexto de gravedad, descubrí que no me sentía lo bastante fuerte ni tenía un buen equilibrio ..., y estaba separado de mi bastón, por primera vez desde hacía años. Creo que estaba en el baño delantero de Gay.

Así que me arrastré, con cuidado por mi pierna derecha. Estaba empezando a doler. No encontré armas con carga. Finalmente, dolorosamente, volví al lado de Gwen y Pixel. Ninguno de los dos se movía. No podía estar seguro.

Una semana no es una luna de miel demasiado larga, y es una vida matrimonial horriblemente corta.

Exploré su bolso, cosa que hubiera debido hacer antes. Lo había llevado consigo, colgado del hombro y balanceándose sobre su cadera, incluso durante la batalla.

Aquel bolso era mucho más grande por dentro que por fuera. Encontré doce barritas de chocolate. Encontré su pequeña cámara. Encontré su mortífera pistolita, aquella Miyako ..., totalmente cargada, ocho balas en el cargador, una en la recámara.

Y, al fondo, encontré el proyector de dardos que tenía que estar allí. Casi no lo reconocí, estaba camuflado para parecer un lápiz de labios. Todavía tenía cuatro dardos.

Si vuelven..., o una nueva pandilla, no me importa... voy a cargarme a una docena de fraile.

·FIN·